JERÓNIMO

PATUROT

EN BUSCA

DE LA MEJOR REPÚBLICA.

POR

MR. LOUIS REYBAUD.

TRADUCCION DE D. J. F. S. DE U.

MADRID.
IMPRENTA DE D. RAMON CAMPUZANO,
calle del Ave María, núm. 17.

1856.

Reg. 130 10

MUSEO ROMÁNTICO MADRID

MCD 2022-L5

IV

JERONIMO

PATUROT

MUSEO ROMANTICO
Q - IV
19

MCD 2022-L5

LIBRERIA ESPAÑOLA
Y ESTRANGERA
DE LA
REVISTA MEDICA
Plaza de Sn Agustin Nos 4 y 5.
CADIZ.

20.000
Tᵉ 102

MCD 2022-L5

JERÓNIMO PATUROT

EN BUSCA

DE LA MEJOR REPÚBLICA.

Q-IV
19

ESTA TRADUCCION ES PROPIEDAD DE LOS EDITORES.

JERÓNIMO
PATUROT

EN BUSCA

DE LA MEJOR REPÚBLICA.

POR

MR. LOUIS REYBAUD.

TRADUCCION DE D. J. F. S. DE U.

MADRID.
IMPRENTA DE D. RAMON CAMPUZANO,
calle del Ave María, núm. 17.

1856.

Reg. 13010

MUSEO ROMÁNTICO MADRID

MCD 2022-L5

ADVERTENCIA.

Pocas personas algun tanto aficionadas á la lectura, dejarán de conocer al héroe de este libro, á *Jerónimo Paturot* el *Gil Blas* de nuestros dias, el reflejo exacto de las estravagancias y las ridiculeces de la sociedad actual, la figura grotesca que se forma con los delirios y los vicios de las costumbres políticas de estos tiempos. La creacion de Reybaud popular en toda Europa, porque *Jerónimo Paturot* es cosmopolita, y ha tomado carta de ciudadanía donde quiera que su historia es la historia fiel de muchos individuos, ha sido recibida en España, donde hay tantas parecidas que no son fingidas sino verdaderas, como en la patria misma donde el autor la dió luz.

El público español no conoce sin embargo mas que un retazo de ella, que ha bastado para hacer entre nosotros á *Paturot* casi tan popular como en Francia. Los episodios que hoy ofrecemos, completamente independientes de los antiguos, que no tienen de comun con ellos mas que el pensamiento del autor que los ha dictado y parte de los héroes que figuran en ambos, no se han traducido todavia á nuestro idioma, con ser acaso los mejores segun opinion de personas competentes, con ser sobre todo los que tal vez conviene mas que sirvan de leccion en el periodo que atravesamos.

No es pues necesario haber tratado antes de ahora al buen *Jerónimo*, para entrar en relaciones con él abriendo este libro; no hay para qué saber qué papel se empeñó en representar en los últimos tiempos de la monarquía de Luis Felipe, al averiguar qué hizo durante la república fugaz de 1848. El primer periodo de la vida del héroe pasó para no volver; será útil como historia; no aprovecha como leccion; la época que comprende este libro es totalmente distinta de la anterior; es doblemente interesante; es sobre todo mas fecunda en enseñanza.

Consignada la independencia total que hay entre las dos partes de esta historia, sentada la índole de la obra, nada mas nos queda que decir, si no que nos felicitaríamos de haberla traducido, si en cambio de la mortificacion que podrá sufrir algun lector, al verse retratado en ella, si en recompensa del disgusto que alguna vez produzca tal cual pintura, ridícula pero exacta, de cosas grandes y bellas que al practi-

MCD 2022-L5

carlas han sido puestas en caricatura, contribuyera á esparcir entre nuestros conciudadanos el conocimiento de los escollos en que tantos han tropezado, y ellos mismos podrian tropezar, buscando en línea recta un puerto, de salvacion es verdad, pero inaccesible para quien no esté preparado con un conocimiento exacto de los peligros que hay á su entrada.

PROLOGO.

He pintado á la sociedad francesa en tiempo de la monarquia, y no la he hecho favor: ahora acometo la empresa de describirla en tiempo de la república, y tampoco la adularé. Si varía el régimen político, quedan los hombres, y sobre las fluctuaciones políticas están siempre las grandezas y debilidades del corazon humano.

Consagro á este trabajo el mejor sentimiento, que es un amor profundo á la pátria, y un afecto sincero á sus nuevos destinos. Quiero contribuir con arreglo á mis fuerzas, á la consolidacion de lo que existe, y si de paso logro librar á la república de algunas vanidades que pesan sobre ella, y de ciertos errores que la embarazan, creeré haberla satisfecho mi deuda de ciudadano. Tengo en cuenta las dificultades, que de seguro son grandes; rindo tambien el debido tributo de veneracion al patriotismo, pues nunca se mostró tanto. Á unos hombres, á un pueblo que han dado tales ejemplos, se les puede decir la verdad, en la seguridad de que será bien recibida.

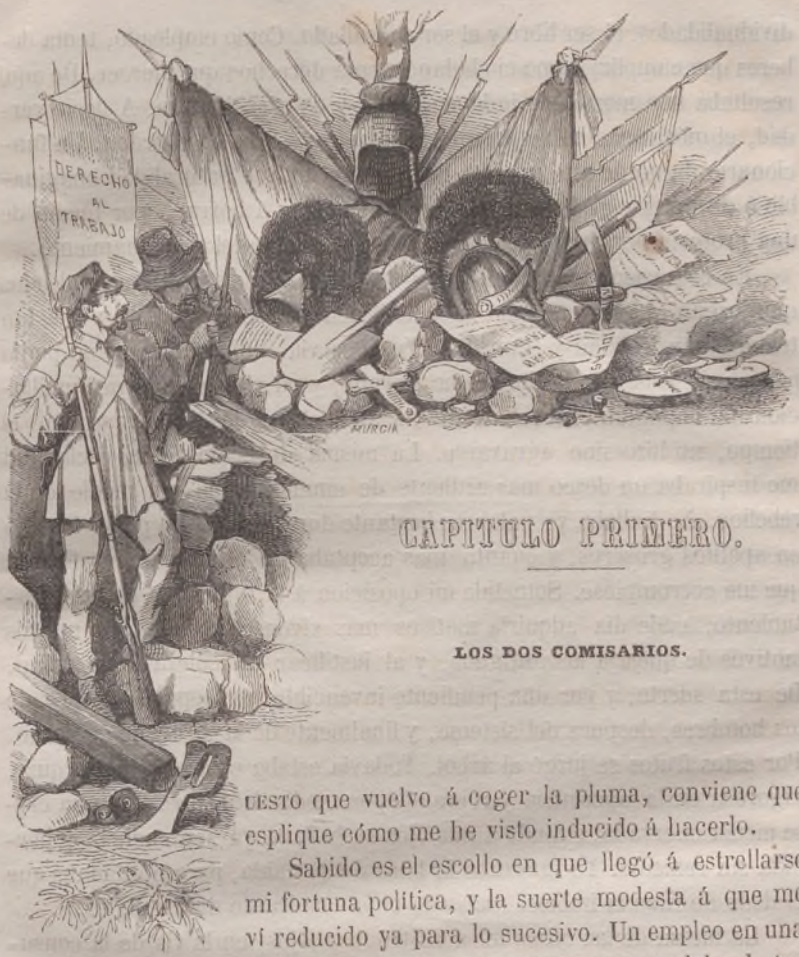
Además, es deber de escritores no permanecer apartados de un órden de cosas que se funda. Un abuso señalado á tiempo, desaparece; resiste cuando ha llegado á arraigarse, y luego llega la hora en que segun la bella espresion del autor de las *Tusculanas*, todo cuidadano debe llevar escrito en su frente lo que opina de la cosa pública.

Ahora cedo la palabra á mi héroe, dejándole toda la parte de responsabilidad que corresponde á los hijos de la ficcion.

Luis Reibaud.

Mayo de 1848.

MCD 2022-L5



CAPITULO PRIMERO.

LOS DOS COMISARIOS.

Puesto que vuelvo á coger la pluma, conviene que esplique cómo me he visto inducido á hacerlo.

Sabido es el escollo en que llegó á estrellarse mi fortuna política, y la suerte modesta á que me ví reducido ya para lo sucesivo. Un empleo en una provincia, muy mezquino, muy oscuro, era cuanto me quedaba de todas mis glorias y grandezas. El cielo lo habia querido: preciso era inclinarse ante sus decretos. Frentes mas soberbias que la mia habian pasado bajo aquel nivel, y apenas podia considerarse como una línea añadida al gran capítulo de las decadencias humanas. En tales casos, el único remedio consiste en devolver al mundo olvido por olvido, desden por desden, y en castigarle con estrictas represalias.

Esto hacian los Paturot. Comian el pan del Gobierno, para servirme de la espresion de Malvina, quien añadia: «¿Qué puede haber mas duro?» pero en la casa no se creian obligados á otra cosa. El celo se mide por el sueldo. Además, en mí se mezclaban y confundian dos in-

dividualidades: el ser libre y el ser avasallado. Como empleado, tenia deberes que cumplir; como ciudadano, tenia derechos que ejercer. De aquí resultaba una mezcla de independencia y de servidumbre. A decir verdad, el móvil mas noble prevalecia siempre: estaba en el órden. Un funcionario digno de este nombre llega con la mayor naturalidad imaginable á despreciar al Estado que le alimenta, y á borrar, por medio de una protesta perseverante, la periódica mancilla del marginamiento.

En este caso me encontraba; pertenecia á la clase de los empleados que juzgan al gobierno cual si se hallasen sobrepuestos á él, y afectan tratarle con frialdad y severidad. Yo le servia indignándome; no podia pensar sin rubor en la librea que llevaba, y en el salario cuya humillacion me imponian. El estado de mi alma, lejos de dulcificarse con el tiempo, no hizo sino agravarse. La misma duracion de mi esclavitud me inspiraba un deseo mas ardiente de emanciparme por medio de la rebelion. No hallaba yo palabras bastante duras contra un poder basado en apetitos groseros, y cuanto mas aceptaba de él, mas le desafiaba á que me corrompiese. Sometida mi oposicion á la influencia de este sentimiento, cada dia adquiria matices mas vivos. Agregábanse nuevos motivos de queja á los antiguos, y al justificar mi cólera la atizaban. De esta suerte, y por una pendiente invencible, me separé primero de los hombres, despues del sistema, y finalmente de la forma de gobierno. Por estos frutos se juzgó al árbol. Todavia estaba en pie la monarquia, vigorosa en la aparencia y reinando por medio del favor sobre una clase media enervada, cuando á mis ojos se hallaba ya sentenciada y perdida sin remedio. Yo ignoraba la hora de su caida, pero no dudaba que el dedo de Dios la hubiese marcado en el cuadrante de los siglos.

La fuerza de las cosas me arrastró mas lejos; en la via de la censura no se detiene uno donde quiere. Yo buscaba solo un culpable y hallé dos; á los errores del gobierno fué preciso agregar muy pronto los de la sociedad. Quizá se recordará que este fué uno de mis cuidados en otro tiempo; la esperiencia y la reflexion le reproducian en mi mente. Comencé á dudar de nuevo que este mundo con sus imperfecciones y contrastes, llenase de un modo satisfactorio el propósito de la Providencia. Considerándole sin prevencion y con entera libertad de ánimo no se podia ver en él sino un bosquejo informe, que apenas es digno de la infancia del arte. Parecíame que con el auxilio del mas mínimo esfuerzo de la imaginacion, lograria yo combinar alguna cosa menos incoherente y mas armoniosa. Este pensamiento me exaltó: comprendí el

orgullo de Prometeo y su lucha contra el cielo. ¡Cuánta gloria habria en sustraer un solo rayo de arriba en inundar de claridad á una civilizacion tenebrosa! ¡No habia papel alguno cuyo desempeño pudiese ser mas seductor, y al lado de esta ambicion, cualquiera otra habria parecido pequeña!

Tenía ante mi vista, á manera de ejemplo y de aguijon, á los maestros en este género, y antes que ofrecerme como ellos á los aplausos de la muchedumbre, no queria cederles en cosa alguna, ni en estension ni en profundidad.

Este trabajo prestó encanto y nueva vida á mi retiro, inspirándome un ódio mas profundo contra la política del tiempo, y un desden mas caracterizado hácia los medios triviales que emplea todo régimen efímero. Por lo demás, no me cuidaba de ocultarlo, y jugaba, como suele decirse, á cartas vistas. Nuestro prefecto solo era, á mis ojos, un seide de la dinastia; me ensañaba con todos los poderes, responsables ó irresponsables. En mis momentos de exaltacion, cuando acababa de añadir un capítulo á los destinos del globo, no encontraba espresiones bastante vehementes contra el órden social que se colocaba entre el porvenir y yo. Enviaba todo, civilizacion y gobierno, á las gemonías, y lo hacia en tales términos que Malvina no podia menos de sentir cierto espanto.

—Pero ¿qué tienes, desgraciado? me decia. Quieres perdernos.

—Quiero salvaros, replicaba yo, fuerte con el sentimiento de mi mision.

—Nos quitarás el pan de la boca, Jerónimo; piénsalo bien.

—Tanto vale, Malvina, morir de hambre como de vergüenza.

—¿Y nuestros hijos, qué será de ellos?

—Serán hombres, añadí con un estoicismo digno de la antigüedad.

Estos debates se reprodujeron diferentes veces, y al fin hubo de transigir mi entusiasmo con aquella prudencia vulgar. De los sacrificios que hice en aras de mi paz doméstica, ninguno me costó tanto como este, y de vez en cuando me emancipaba de él por medio de rebeliones imprevistas. Mi mujer se aturdia, habia cesado de comprenderme. ¿De dónde procedian aquellos accesos de independencia tan bruscos y recientes? ¿A qué podia atribuirse aquella infraccion de los hábitos mas arraigados? Malvina se planteaba este problema sin poderle resolver. En vano intentaba penetrar en mis ideas: permanecia yo misterioso como los granitos de Tebas. Era inútil que me abrumase á preguntas y

multiplicase las hipótesis; nada me conmovia. Sin embargo, un dia me venció; se me escapó mi secreto. Mi mujer acababa de darme vueltas en todos sentidos, con una paciencia y una sagacidad dignas de un inquisidor. Resistia yo como el metal, cuando por un esfuerzo desesperado recurrió Malvina á una interpelacion terrible.

—Vamos á ver, Jerónimo, me dijo, ¿serás acaso republicano?

La pregunta heria en lo vivo; era preciso confesar mi fé ó ser perjuro. Ante el hacha del verdugo, habria yo hecho lo primero sin vacilar; delante de Malvina no pude librarme de un momento de turbacion. Sin embargo, prevaleció el deber, y mi respuesta fué instantánea.

—A mucha honra, señora Paturot, la dije con entereza.

Hoy que la república cuenta á sus cortesanos por millones y que le llegan de todos los puntos del globo, semejante confesion no me parece temeraria ni singular. Republicano ¿quién no lo es, salvo el matiz y la fecha? Pero en el momento en que aquella palabra decisiva se escapó de mis lábios, no sucedia así. Acerca de esto predominaban grandes preocupaciones en la provincia tranquila en que residiamos. Vivíase allí bajo el dominio de impresiones atrasadas, de reminiscencias pueriles, y las comadres del lugar estaban perfectamente de acuerdo para considerar á un republicano como á un ser dotado de propiedades maléficas y de gustos perversos. Tal era la opinion acreditada, y Malvina no habia podido sustraerse á su influencia. Por eso, al oir una declaracion tan formal, solo esperimentó un sentimiento: el estupor. Aguardaba yo una explosion, una riña: nada hubo. Contentóse con juntar las manos en ademan espresivo, y alzando los ojos al cielo, como para tomarle por testigo de mi vértigo, esclamó:

—¡Republicano! ¡republicano! ¡un hombre que vive del presupuesto! ¿es esto creible?..

En seguida salió, imprimiendo á sus hombros un movimiento significativo. ¿Qué habria sido si hubiese conocido toda la estension de mi rebelion, si hubiese sabido que no solo marchaba hácia la república, sino que la tomaba la delantera, que la llamaba menos como á un fin que como á un medio, y que entraba especialmente en mis ideas convertirla en instrumento de regeneracion social? La república por la república, ¡qué disparate! ¡Tanto valdria decir el arte por el arte! La entrada del templo no es el santuario.

Temia yo que tan brusca manifestacion de principios produjese algunas tormentas domésticas, y en calidad de verdadero creyente me

hallaba pronto á aguantarlas. No fuí sometido á esta prueba. Por el contrario, parecia que Malvina alejaba todas las ocasiones de volver á ocuparse de aquel tema, y cuando la fuerza de las cosas hacia que volviese á presentarse, sabia cortar la conversacion con maravillosa destreza. Yo aguardaba el martirio: ¡no llegó! Era evidente que me guardaba ese género de consideraciones que se guardan á un enfermo. Al propio tiempo se ponia á la defensiva y adoptaba sus precauciones. El menor estravio podia comprometerme, y mi mujer, que no se hallaba animada por la fé, pensaba ante todo en que tenia que mantener dos hijos, y arregló su conducta á este sentimiento limitado.

Entre las personas que frecuentaban nuestra casa, habia dos á cuyos escrúpulos era preciso ocultar mi atrevimiento político. Ambos pertenecian á mi oficina; el primero era mi jefe, y el segundo un subordinado mio. Mi jefe pertenecia á la escuela del Imperio, y en ella habia tomado un aspecto de conquistador que los años no habian podido suprimir ni debilitar. Por lo demás, su persona se prestaba á la ilusion. Era derecho como un junco y verde como un roble. En su traje reinaba esa limpieza que es el adorno de los ancianos. La ropa blanca deslumbraba, la barba estaba siempre recien afeitada, y el corte y estado de las prendas esteriores de su traje eran perfectos. Agregábanse á esto modales muy galantes, y la costumbre de ir á abrasarse cual las mariposas, en todos los lindos ojos. Mi mujer le habia juzgado desde el primer momento en que le vió: tendió sus redes, y el viejo leon cayó en ellas; una vez cogido, le cortaron las garras; es cuento antiguo. Así pues, por esta parte habia seguridad completa; bien podia estallar la tormenta: nosotros estábamos al abrigo de ella.

La intimidad del subordinado ofrecia mayores peligros. Empleado en mi oficina, ejercia sobre mí una vigilancia forzosa: nos reuniamos en una misma chusma, y yo tenia en él un compañero de cadena. Malvina intentó catequizarle, pero era una naturaleza rebelde, taimada y reservada. Dominábale un sentimiento profundo de envidia; nada perdonaba á sus superiores. Veía en ellos un obstáculo para sus adelantos y un testimonio vivo de su dependencia. Yo, especialmente, me hallaba condenado en su opinion, como un producto de la intriga y el favor. Ocupaba mi puesto á manera de intruso, con menosprecio de la gerarquia. De aquí resultaba un despecho sordo mezclado con una sumision aparente. Tenia á mi lado á un enemigo y un espia. En vano aumentó Malvina sus atenciones y cortesia: no pudo domar aquella

organizacion rebelde. El leon habia cedido, el oso se resistió.

Desde el primer dia habia adivinado mi subalterno las tempestades que agitaban mi alma, y mi invencible alejamiento respecto de las instituciones vigentes. Esto era una arma contra mí y se apoderó de ella. Otro habria intentado matarme de un solo golpe y pasar por encima de mi cadáver; pero, ya fuese por desconfianza ó por cálculo, prefirió someterme á un tormento cruel. Consistia su táctica en lanzarse al terreno de la política y en arrastrarme en pos de él. En vano procuraba yo defenderme; sabia arrojarme de mis últimos atrincheramentos. Profesaba hácia la monarquia una admiracion, ya fuese sincera ó fingida, que me ponia fuera de mí y me arrancaba protestas involuntarias. En concepto suyo, nada habia mas bello que ese régimen, objeto constante de mi repugnancia y desden. Era el bello ideal prometido á la tierra, la última áncora de salvacion contra el espíritu de trastorno. Corrupcion, abuso de poder, prostitucion de las conciencias, todo lo disculpaba gustoso en gracia del mantenimiento del órden, esa base de las sociedades. No habia medio alguno que no fuese legítimo con tal que se lograse aquel objeto.

Facilmente se adivinarán los sentimientos que habia de producir en mí semejante tésis, repetida á cada instante. No sabia yo resistirlos y me lanzaba á la liza, oponia bandera á bandera, sistema á sistema. En el arrebato de mis convicciones á nadie perdonaba, ni al soberano ni á los ministros, y aun tocaba á los directores generales, á esos ídolos del oficinista. La indignacion sofocaba en mí los consejos de la prudencia mas vulgar. Era un peligro positivo; Malvina lo conoció y consagró todos sus cuidados á combatirle. No pudiendo seducir ni domesticar al animal venenoso, procuró precaver el efecto de sus mordeduras. A medida que yo tenia mas que temer de mi subalterno, se apoderaba ella mas y mas del ánimo de mi jefe y se congraciaba mas con él. Así pasábamos nuestra vida, yo destruyendo mi posicion, ella restaurándola. Algunas veces se apoderaba la desesperacion de Malvina, y estallaba en reconvenciones. Los epítetos la costaban poco, y aun menos los calificativos. Sin embargo, me mantuve firme, y solo Dios sabe los esfuerzos que necesité para mantener incólume mi creencia republicana en medio de aquellas borrascas domésticas.

Trascurrieron varios años en esta alternativa de dias buenos y malos. Marchaba el tiempo y me daba la razon. Acumulábanse las faltas políticas, y por los estremecimientos del espíritu público, por los sordos

bramidos de los rencores populares, podia preverse que en un momento cercano llegaría á abrirse un nuevo cráter en el volcan de las revoluciones. ¡Lo que es la ilusion de la perspectiva! Todo síntoma de este género tenia para mí un carácter fatal.—Van á parar al abismo, decia para mí, mientras que mi escribiente reportaba motivos de seguridad y confianza.—¡Cómo se fortalece este gobierno! esclamaba.—El rey se pierde, añadia yo.—Se salva, replicaba él. Palabra profética y digna de ser recogida.

A nuestra provincia tranquila y retirada no llegaba el ruido de los sucesos sino como un eco muy débil. Se hablaba, en verdad, de aquella campaña laboriosa en la que el manejo de los tenedores se mezcló con el brillo de los discursos; pero escepto yo, nadie veía en aquellas manifestaciones una amenaza formal contra la monarquia. ¡Júzguese la sorpresa que reinaria en nuestra ciudad cuando noticias, vagas al pronto, y luego mas precisas, anunciaron sucesiva y rápidamente un cambio de ministerio, una abdicacion, una regencia, y al fin una república! No se sabia de dónde procedían aquellos pormenores, pero flotaban, por decirlo así, en la atmósfera, y se difundian de calle en calle, de casa en casa, con una rapidez eléctrica. Los cafés se llenaron de curiosos, las calles fueron obstruidas por una poblacion inquieta y desasosegada. Circulaban entre los grupos mil opiniones contradictorias; aquí se afirmaba, mas lejos se negaba. Varias personas habian interrogado al prefecto, pero permanecia impenetrable. Quizás carecia de noticias oficiales, pues la capital se hallaba situada fuera de las grandes líneas, y el telégrafo no funcionaba para nuestras modestas regiones.

Esta ansiedad se prolongó por espacio de dos dias; no se sabia qué temer ni qué esperar; las noticias se veían confirmadas ó desmentidas veinte veces en una sola hora. El aspecto de la ciudad se resentia de ello, é iba trasformándose gradualmente. Al principio solo era curiosidad: mas tarde fué efervescencia. Contribuí á ello lo mejor que pude y me señalé evidentemente en favor de la república. Esto era jugar mi destino á los dados: mi escribiente lo comprendió, adivinó una vacante que heredar y se declaró desembozadamente en favor de la monarquia. Tuve yo mi campo, y él tuvo el suyo; las preferencias secretas comenzaban á traslucirse. Mi jefe, por un principio de prudencia, fácil de esplicar en un hombre que habia atravesado tres sistemas de gobierno, permaneció neutral y aguardó los sucesos. Así se distribuian los papeles en medio del choque de las opiniones y de la agitacion de los ánimos.

En tal estado se hallaban las cosas cuando una variacion súbita vino á dar treguas á aquellos debates tempestuosos. Una silla de posta, anunciada por los estallidos de un látigo, atravesó la ciudad y se dirigió á la casa de la prefectura. Dos banderas tricolores adornaban sus portezuelas, y constituian una demostracion que no dejaba lugar á duda. La multitud corrió hácia aquella parte, y la seguí. El prefecto como funcionario bien educado, estaba de pié en la escalera, preparado para hacer á su sucesor los honores de la residencia administrativa. Su aspecto era tranquilo y digno, su mirada era serena y aun algun tanto desdeñosa. La silla de posta paró, y se apeó de ella un hombre de edad madura, que llevaba ceñida una faja tricolor. Aquella faja llevaba en sus pliegues un gobierno nuevo: el prefecto lo conoció y se inclinó. Con un ademan lleno de resignacion acababa de mostrar á aquel huésped inesperado la subida de la habitacion oficial, cuando un nuevo ruido llamó su atencion y la de la multitud reunida en derredor de la prefectura. Era una segunda silla de posta que llegaba, empavesada del mismo modo que la primera. Los caballos, lanzados á todo correr, la condujeron muy luego á su destino, y salió de ella un segundo personaje revestido de los tres colores, tan largo y flaco, como el otro era gordo y bajo. Todos estos movimientos fueron tan rápidos que las dos fajas se encontraron en la escalinata, y la subieron juntas, una por la derecha y otra por la izquierda.

El prefecto se detuvo sorprendido; por ambas partes le tendian un pliego revestido de un sello que le era familiar. ¿A cuál habia de creer? Examinó los dos nombramientos: eran del mismo tenor, de igual fecha, y solo los nombres diferian. Estudió las fisonomías: en ambas reinaba igual seguridad y buena fé. Desde el tiempo de Salomon no se habia encontrado hombre alguno en posicion tan delicada. Adoptó en seguida un partido:

—Señores, dijo á los pretendientes, lo que mas claro veo aquí es que tengo que disponer mi maleta. Es negocio de un momento. Cuando yo haya marchado arreglarán VV. entre sí el resto de la cuestion.

Iba á retirarse cuando uno de los personajes intervino, y poniéndole una mano sobre su brazo, de un modo familiar, le dijo:

—Ciudadano ex-prefecto...

El funcionario caido no estaba acostumbrado á aquel lenguaje y frunció el entrecejo. Su interlocutor aprovechó la ocasion para volver á la carga.

—Ciudanano ex-prefecto, dijo, no le inquiete á V. el contratiempo. Todo se vá á arreglar. ¿Hay dos comisarios en vez de uno, verdad?

—Así es, caballero, replicó friamente el prefecto.

—Poco importa, repuso el enviado estraordinario; el mal no es grande. No desenganche V. postillon. Y V., ciudadano colega, añadió volviéndose hácia el que llegó primero, no abrigue temor alguno: le queda á V. este departamento. Yo tengo cuatro de repuesto.

—Mil gracias, dijo el comisario mofletudo.

—Y ahora, prosiguió el flaco, consagrémonos á los intereses de la patria.

Dirigiéndose entonces á la multitud que obstruia las avenidas de la prefectura, dijo:

—¡Ciudadanos! la república triunfa: acaba de ser proclamada solemnemente en Paris. ¡Viva la república!

Aquel grito me llegó al alma: no pude oirle sin esperimentar súbito vértigo. La ilusion de mi vida estaba realizada; mi ídolo respiraba; el soplo del pueblo le habia animado. Ya no habria en lo sucesivo obstáculo alguno para mi entusiasmo: podia estallar impunemente. Crucé por entre la multitud, que vacilaba y se hallaba mas bien sorprendida que entusiasmada. Tratábase de inspirarla, de darla impulso. Me precipité hácia la escalinata para segundar al magistrado y ampararle en caso necesario, con mi propio pecho. ¡Celo inútil! Llegué demasiado tarde; otro me habia tomado la delantera para subir los escalones que conducian á la prefectura, y gritaba con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Viva la república!

Fijé la vista en él: era mi escribiente. La sorpresa ahogó la voz en mi garganta.

CAPITULO II.

CÓMO EMBELLECE EL MIEDO LOS OBJETOS.

De los dos comisarios, perdíamos al flaco y conservábamos al grueso; todo era ganancia. El flaco habria hecho pesar sobre el departamento los efectos de su complexion biliosa; el grueso, dotado de órganos escelentes, debia encontrar motivos para dulcificar la severidad de sus instrucciones. Además, era hijo del pais y hombre escelente bajo todos conceptos. Su historia se resumia en pocas palabras. Cuando jóven sintió hácia la carrera literaria una de esas inclinaciones que se hallan sostenidas por los vapores de la cerveza y el humo de los cafés. Quizás la habria combatido mejor á no ser por el enjambre de aduladores; pero como prodigaba el licor de ajenjos en torno suyo y perdia al dominó con un abandono caballeresco, no faltó quien le dijese que un talento como el suyo exijia un teatro mas elevado, y que las flores de su ingenio no eran de las que pueden lucir á la sombra. ¡Qué lazo tendido á la vanidad de un autor! Este se defendió, sin embargo, hasta el límite de su postrer escudo, y si capituló, si se resignó á aceptar una suerte mas elevada, fué porque los restos de su patrimonio desaparecieron un dia en las dudosas probabilidades del doble seis.

Trasladóse, pues, á París, ese centro de reunion de las grandes ambiciones y de las vocaciones imperiosas; allí vivió quince años, ceñida su frente con la aureola mas mezquina, condenado á trabajos áridos y oscuros, comiendo mal, almorzando raras veces, y ofreciendo á sus amigos el espectáculo de sombreros muy usados y botas permeables. No

obstante estas pruebas, continuó siendo lo que le habia hecho la naturaleza: bueno y sin hiel. No adquirió en ellas, como tantos otros, un odio inveterado contra la superioridad; no vió en sus reveses una conspiracion universal contra su génio, y se libró de las desesperaciones sombrías y de las ridículas sugestiones del orgullo. Este fué su único mérito, pero supo tenerle. Rara vez se hacen esta justicia los ingenios medianos; prefieren hacer la guerra al universo entero antes que acusarse á sí propios, y hacen gustosos que cargue la sociedad con los defectos de su organizacion.

Sin embargo, nuestro comisario, por la fuerza de las cosas, se encontraba mezclado con el inquieto pueblo de los escritores desconocidos. Habia compartido su suerte y aceptado sus colores; se habia constituido con ellos en un estado de conspiracion permanente. En la senda de la literatura habia tropezado en las mismas escabrosidades, y traspuesto iguales abismos, es decir, publicaciones sin lectores y periódicos sin suscritores. En una palabra, era miembro de aquella iglesia en el momento en que estalló la revolucion. Todo era para él títulos en que poder apoyarse: su lucha contra el destino, su oscuridad, su calzado deteriorado. Por eso se le designó incontinenti para ser uno de los misioneros del nuevo régimen. No se cuidaron de su aptitud: tan solo le pidieron celo. Por lo demás, la pátria no exigia servicios gratuitos; hacia las cosas con largueza. Habia sueldos fijos y sueldos eventuales; nada faltaba. ¡Qué rocío para una tierra que habia sido tan árida durante tanto tiempo! Por esto mismo, nuestro comisario halló la revolucion muy de su gusto, y partió con alegría en el corazon y la sonrisa en los lábios.

Preciso es decirlo: los recuerdos que dejó en su ciudad nativa no eran muy lisonjeros. En las provincias no se devora impunemente una herencia paterna de ocho mil francos, y este solo motivo de queja basta para colocar á un hombre en un grado muy bajo en la estimacion de sus conciudadanos. Á este motivo de desgracia se unieron muy luego algunos otros. Algunos rumores vagos habian anunciado en la ciudad, que el disipador se halló convertido en uno de los hijos perdidos del ejército literario, y esto bastó para considerarle como un ser desprestigiado irremisiblemente. Los mas severos le abrumaron con su desden; los mas indulgentes se limitaron á compadecerle, y quedó borrado del libro de oro de la ciudad. Si hubiese aparecido nuevamente en ella en una época ordinaria, le habria estado reservada una acogida

Nuestro comisario no estaba de humor de devorar á las gentes...

MCD 2022-L5

muy triste; estaba convencido de ello. Pero una revolucion es un prisma en el cual se descompone todo, y nuestro comisario, visto de esta suerte, adquirió instantáneamente otra fisonomía, otro aspecto. Hé aquí como se verificó esta transfiguracion.

Al escuchar la primera palabra de república, solo yo, acaso, no sentí turbacion ni sorpresa: la aguardaba. Para el resto de la ciudad era un acontecimiento imprevisto. Cada uno le interpretaba con arreglo á sus temores ó á sus deseos; pero el comentario mas generalizado era un sentimiento de recelo. Una sola palabra esplicará esta debilidad, hija de la preocupacion. No se queria ver á la nueva república, sino al través de las sombras del pasado; la poblaban de espectros amenazadores y de fantasmas terribles, resultando en los ánimos ese estupor y ese vago malestar. Mezclábase tambien la desconfianza: aun entre los vecinos no se hablaba sino en voz baja y sin franqueza. La vida habitual parecía hallarse suspendida; habia cedido el puesto á no sé qué cosa artificial en que predominaba el pánico de los recuerdos. Cuando llegó el comisario, aquella impresion se llevó al último estremo. Por todas partes se corrió en busca de noticias: querian saber lo que habia dicho y hecho, si tenia el aspecto feroz y falsa la mirada. Hablaban de él como de uno de esos héroes que hacen estremecer á los niños y alimentan las narraciones sombrias de todos los cuentos de hadas.—¿Qué giro irá á tomar? esclamaban los mas asustados; ¿qué pensará hacer de nosotros?

Nuestro comisario no estaba de humor de devorar á las gentes; sus gustos eran menos depravados. Tenia que reparar quince años de abstinencia, y esta fué la revancha que tomó por el pronto. Hacía mucho tiempo que se habia visto privado de todo: del lujo del servicio de la mesa, de los manjares delicados, y todo volvió á encontrarlo en un solo dia, por un golpe de varita. ¿Cómo podia resistir? Cedió, aproximó á sus lábios la copa en que beben los opulentos, y acometió la empresa de arreglar con su estómago unas cuentas muy antiguas y sobre las cuales parecia estenderse la prescripcion. No era un cuidado leve, ni una ocupacion insignificante. Nuestro hombre comprendió que no podia desempeñarlo solo, y se rodeó de los mismos parásitos que le habian ayudado á liquidar su patrimonio. Repartida la tarea de esta suerte, fué menos dura y se llevó por buen camino. De vez en cuando se mezclaban algunas diversiones esteriores que tenian en suspenso á la emocion pública. Despues de beber, los amigos del comisario rompian

los cristales de los vecinos, y nuestro funcionario, apareciendo oportunamente cual un dios de Homero, lanzaba en un momento dado una proclama en la cual prodigaba las flores de su estilo.

Esta conducta produjo grande efecto; nada predispone tanto al entusiasmo como el miedo. Ya no hubo persona alguna en el departamento que no jurase por el comisario. Le agradecieron que no hubiese mandado saquear las ciudades, ni llevado el incendio al seno de las propiedades, ni arrastrado á las poblaciones á la esclavitud. Llegó á ser objeto de un culto esclusivo; por lo mas mínimo le habrian eregido estátuas. Aunque en materia de ventajas personales esteriores no tenia sino un vientre que se acercaba ya á los cuarenta años, las mujeres dieron en prendarse de él. Los hombres, por su parte, hicieron de él un gran talento, una inteligencia de muchos recursos. Exhumaron sus obras de las tinieblas en que se hallaban envueltas, citaron á porfia sus ocurrencias chistosas, y ensalzaron hasta las nubes sus alocuciones de estilo anticuado. En resúmen, fué un delirio universal. Aquel ser, en otro tiempo desconocido, se habia reformado en el bautismo de los sucesos y se levantaba de nuevo, adornado con una aureola luminosa, para ofrecerse á las adoraciones locales. Solo las revoluciones realizan tales prodigios.

Nuestro comisario, á manera de buen príncipe, disfrutó sus triunfos sin exagerarlos; aquel incienso no le produjo vértigos. Solo que se enervó sin saberlo y faltó á las leyes de su orígen. Las cosas marchaban por sí solas, y se creyó dispensado de añadir lo mas mínimo por su parte. Además, la localidad se prestaba poco á ello. Tenia que habérselas con una provincia tranquila, que ofrecia pocos elementos para la agitacion. No habia manufacturas ni centros industriales; todas eran poblaciones agrícolas á quienes aisla la vida del campo, y que adquieren el instinto del órden en el sentimiento celoso de la propiedad. ¿En dónde podian hallarse así los elementos de una efervescencia sostenida? ¿En dónde podia descubrirse la chispa revolucionaria? En vano lo habria intentado: no pensó, siquiera, en hacerlo. dejó á sus amigos el cuidado de mantener un pequeño terror en el vecindario, por medio de alborotos inocentes, y les pagó este servicio con banquetes dignos de un monarca sirio. Nada estaba variado en el departamento: solo habia un prefecto menos y un comisario mas.

Las cosas se mantuvieron bajo este pié hasta el dia de una aparicion inesperada. Era una mañana. El magistrado de la república aca-

baba de sentarse á la mesa con algunos convidados. Tratábase de un almuerzo de inteligentes, acompañado de vinos finos, y delicados primores. Ya funcionaban los tenedores y la sangre de uva teñia el cristal de los vasos. Íbanse á ocupar entre dos servicios, de la administracion superior y de la política de porvenir. Entre tanto se las habian con un pastel de carne de venado, y con un vino de Pomard de la mejor clase. Los corazones se consagraban á la alegria y los estómagos á sus funciones. Ningun mal signo habia en el cielo, ninguna letra fatal en las paredes. Nunca se vió un banquete que prometiese mas satisfaccion ni menos pesar. Proponíanse secretamente prolongarle hasta el último límite de las facultades humanas. ¡Ay! esto era contar sin el destino y eliminar del programa el capítulo de lo imprevisto. Íbase á concluir el primer servicio, cuando cedió la puerta á una presion imperiosa y franqueó el paso á un hombre cuya fisonomía espresaba el descontento y la irritacion. Á este ruido, á este espectáculo, el primer movimiento del comisario fué volverse á los que estaban de servicio.

—¿Qué significa esto? esclamó; ¿cómo es que no se hace caso alguno de mis órdenes? ¿No he dicho que para nadie estoy en casa?

El desconocido, en vez de obedecer á esta despedida indirecta, se adelantó friamente hácia el anfitrion, y dirigiéndole, así como á sus convidados, una mirada llena de severidad, contestó:

—Escepto para mí, ciudadano colega.

Era el comisario flaco, convertido en comisario general, y por consiguiente un superior. No era lícito rebelarse. Por eso el magistrado del departamento se inclinó ante poderes mas estensos que los suyos.

—Sea V. bien venido, ciudadano, dijo levantándose y haciendo una seña á sus convidados para que le imitasen; sea V. bien venido á nuestros dominios. Eso se llama llegar á tiempo He ahí mi sitio; vá V. á presidirnos. Hay un guisado de vaca condimentado al estilo del pais, que de seguro justificará la confianza de V.; y para regarle tenemos un vino de Borgoña que data de la administracion pasada. Preciso es convenir en que no todo lo tenia malo.

El comisario general, lejos de asociarse á este chiste y ceder á la invitacion, lo convirtió en motivo para oscurecer mas aun su semblante, y pasear una mirada inquisidora en torno suyo. Aquella mesa, aquellos manjares, le chocaban; tanto lujo le parecia sospechoso. Pertenecia á la clase de los republicanos austeros que quieren someter la sociedad al régimen del pisto negro. Él mismo daba el ejemplo y vivia con una

frugalidad de Espartaco. En concepto suyo, las hosterias en que se sirven cubiertos á cuatro reales eran templos erigidos á lo supérfluo; pagaba un tributo mucho menor á las necesidades de la vida. En él era esto un sistema y no insuficiencia de recursos. Gustaba de imponerse privaciones, así como otros son aficionados á gozar; era cuestion de temperamento. Una vez entrado en esta via; se habia sentido arrastrado por la pendiente: una alimentacion mala engendra los malos estómagos, y estos producen los malos caractéres. De esta suerte se esplicaba su vocacion política. La intolerancia es hija de los falsos dioses y de las digestiones dificultosas. En tal disposicion de ánimo, fácilmente se adivinará el efecto que debió producir en nuestro comisario general aquella mesa cubierta de suculentos manjares. En ella vió el baldon de las nuevas instituciones. Un plato de espárragos era lo que particularmente le escandalizaba: le perseguia con miradas de indignacion. ¡Espárragos en los primeros dias de marzo! ¡En sus completas primicias! ¡Qué ejemplo para la poblacion! Por eso contenia mal su cólera, y contestó á su interlocutor con rudo tono:

—Mil gracias, ciudadano... por la mañana me basta una taza de leche... Además, tengo contado el tiempo... Me aguardan en el departamento inmediato... solo puedo consagrar á V. una hora.

Estas palabras iban acompañadas de gestos bruscos que les formaban un comentario espresivo. El anfitrion conocia que perdia su aplomo, y los convidados ya no sabian en qué actitud colocarse. El comisario general los inspeccionaba uno por uno.

—¿Estos ciudadanos, son amigos de V.? dijo dirigiéndose á su subalterno.

—Sí, querido colega, ¡y me lisongeo de ello! replicó este con acento de conviccion; ¡la nata y flor de los patriotas de la ciudad! ¡el terror del vecindario! ¡Son puros! ¡escogidos!

—¡Enhorabuena! entonces sentémonos, repuso el comisario general. Prefiero, por cierto, que las cosas pasen delante de testigos. Á vuestros espárragos, ciudadanos, añadió empleando un tono y ademán de suprema ironía; yo voy á consagrarme á otros cuidados.

Cogió una silla y dirigió una nueva mirada llena de cólera, á los intempestivos vegetales. Los convidados se agruparon á un lado, con un respeto mezclado de temor, cual si una estátua de mármol hubiese ido á tomar parte en su banquete. Era un juez y un amo á la vez; todo lo anunciaba. El simple comisario se reducia á la mas mínima espre-

sion ante el comisario elevado á la segunda potencia. La república estóica pedia cuentas á la república epicúrea. Reinó un silencio prolongado, y el recienvenido fué quien le interrumpió.

—Ciudadanos, dijo, iré derecho al objeto: no estoy contento de esta ciudad. Dispensen VV. mi franqueza; la verdad ante todo.

—Querido colega, he ahí un juicio muy severo, contestó el magistrado del departamento, herido en lo mas vivo. ¿Se puede saber en qué le merecemos?

—En todo, ciudadano, pues todo está aquí por hacer. Nada se conmueve, nada marcha. De una sola ojeada lo he visto.

—Esplíquese V., colega, esplíquese. ¿Cuáles son sus motivos de queja? ¿dónde están sus pruebas? esclamó el acusado cada vez mas resentido.

—¿Pruebas? harto abundan, ciudadano. Hace ya un cuarto de hora que estoy en la capital; ¿qué he visto en ella? Calles tranquilas, gente que vá á sus ocupaciones.

—Pero creo...

—Ciudadanos, ciudadanos, solo pido que se me esclarezcan los hechos. Si he dado un fallo injusto, yo seré el primero en reconocerlo. Veamos: ¿qué ha ocurrido aquí? ¿qué han hecho VV.? Pronto se instruirá la sumaria. ¿Tienen VV. clubs, al estilo de París?

—Á la verdad... no, dijeron los circunstantes; no tenemos clubs.

—¿Han tenido VV. paseos en corporaciones populares como en Paris?

—Tampoco, dijo la corporacion entera.

—Ni paseos, ni clubs: es muy grave. Al menos, quiero creer que habrán VV. tenido iluminaciones.

Los convidados se miraban unos á otros con muda espresion de contrariedad; penetrábanse cada vez mas de la enormidad de su falta. Parecian retroceder ante aquel interrogatorio abrumador. Al fin, se exhaló de sus pechos una nueva confesion.

—No hemos tenido iluminaciones, dijeron.

—¡Y llaman VV. á eso república! esclamó el juez indignado; ¡una república sin iluminaciones, sin paseos, sin clubs! Nada me sorprenderá ya. ¡Apostemos á que aquí no ha habido árbol de la libertad, con acompañamiento de cohetes y de adornos tricolores!

Las conciencias estaban aterradas y los lábios sin fuerzas: solo el silencio sirvió de contestacion al acusador.

—Lo sospechaba, prosiguió este. No insistamos mas sobre esto:

se ha perdido el aparato escénico. Nada se ha hecho al estilo de París, nada, absolutamente nada. Ni una idea grandiosa, ni un espectáculo noble. ¡Oh república! ¿así te inauguran? ¿En dónde están tus haces de armas? ¿en dónde tu antiguo ropaje?

El comisario general se levantó al concluir de pronunciar estas palabras; su pesar era profundo, sinceras sus quejas. Era de aquellos que no separaban el régimen nuevo de una comitiva de analogías y reminiscencias, y que no le escaseaban las flores del entusiasmo ni las perlas del sentimiento. Verdad es que no le conmovia menos el lado positivo de las cosas, porque despues de haber exhalado su mal humor, dando dos ó tres vueltas por la sala, volvió á sentarse junto al anfitrion y le dijo:

—Á V. le toca ahora, ciudadano colega. Concluyamos la sumaria. ¿Por qué no ha agitado V. á la provincia?

—¡Agitarla! ¿con qué objeto? Á todo se prestaba.

—En la apariencia sí, pero en el fondo es refractaria, créalo V. ¿Y ha espulsado V. á todos los funcionarios del régimen caido?

—¿Para qué? Se han apresurado á protestar obediencia y sumision.

—¡Pura farsa! se han burlado de V., colega. ¡Cómo! ¿ni una cesantía, ni una destitucion?

—Apenas ha habido tres ó cuatro. ¡Si supiera V. cuán sumiso es el departamento!

—¡Eso es! ¡parece un santo y seña! ¡Sumiso! ¡todos pretenden ser sumisos! ¡Y en realidad conspiran! Decididamente carece V. de energía, colega: ¡se enerva V. al contacto de los honores y en el encanto de la residencia! Pierde V. de vista los ejemplos varoniles y las austeras tradiciones, añadió el comisario general aludiendo de un modo evidente á la mesa cubierta de primores.

—Pero en verdad...

—Mis órdenes son formales, ciudadano colega, muy formales, ¿oye V? es preciso agitar el departamento.

Estas palabras fueron pronunciadas con el acento de un superior, que no sufre réplicas ni discusiones.

—Haré todos los esfuerzos imaginables, contestó humildemente el magistrado subalterno.

—Tiene V. que recuperar el tiempo perdido; póngase V. inmediatamente á la obra. ¡Proclamas, boletines! y sobre todo, ¡cuide V. del estilo! Palabras altisonantes hasta no mas.

MCD 2022-L5

—Por supuesto.

—Luego tendrá V. un club, ó dos, si es posible.

—Tendré tres.

—Plantará V. un árbol de la libertad con acompañamiento de cohetes y luces tricolores.

—Plantaré cinco.

—Organizará V. paseos en corporaciones populares.

—Desde mañana.

—En cuanto á las ceremonias públicas, nada puedo imponer á V.; el programa de ellas es libre. Lo esencial es que sea grandioso. En caso necesario que contraiga deudas la ciudad: ningun dinero puede hallar mejor colocacion. Siempre al estilo de París: jóvenes vestidas de blanco, bueyes con astas doradas. Eleve V. el alma del pueblo por medio de espectáculos grandiosos. Y sobre todo alegoría, alegoría á manos llenas.

—Habrá alegoria, puesto que V. lo desea.

—Enhorabuena, querido colega; veo con placer que vuelve V. á profesar los principios verdaderos. Se resumen estos en dos palabras: obre V. y destituya, destituya sobre todo. Nada de vacilacion, nada de debilidad. Destituya V., destituya, que solo á ese precio puede fundarse.

—Destituiré.

—Y recuerde V. que Curio Dentacio estaba almorzando un plato de rábanos cuando los Samnitas le enviaron los embajadores. Un pueblo está muy próximo á dejarse esclavizar cuando piensa demasiado en su estómago. Á buen entendedor... ya sabe V. el resto. He dicho.

Despues de haber dado á su colega este último aviso y esta leccion postrera, el comisario general se levantó majestuosamente. Se despidió con el ademán de un hombre que tiene la conviccion del papel que desempeña y el sentimiento de su superioridad. Le hicieron un acompañamiento honroso, como á un príncipe de la sangre, conduciéndole el anfitrion y sus convidados hasta la puerta esterior de la casa, y no se movieron de allí hasta que hubo arrancado la silla de posta. Solo que, en el momento en que esta iba á desaparecer en la revuelta de una calle, el comisario humillado irguió su frente y saludándola con un gesto irónico, dijo:

—¡Buen viaje!

Luego, volviéndose hácia sus compañeros como un hombre que necesita tomar alguna revancha, esclamó:

—Amigos mios, ¿saben VV. á quién acaban de ver?

—No, respondieron todos.

—Al presidente de la República del pan seco: si llega esta á prevalecer, ¡abdicaré!

Carcajadas unánimes acogieron este chiste, y el anfitrion añadió á guisa de voz de mando:

—¡Á la mesa, compañeros, á la mesa! Esto solo ha sido una nube en un dia hermoso. ¡Pronto al almuerzo! Ahora somos de nuevo lo que éramos hace un momento. Continuemos.

El banquete se prolongó hasta la noche. De esta suerte restablecia y honraba nuestro comisario las tradiciones de Curio Dentacio.

CAPITULO III.

UNA TEMPESTAD EN UN VASO DE AGUA.

De bueno ó de mal grado, fué preciso obedecer las instrucciones del comisario general: su voz no era sino el eco de otra voz mas poderosa. Agitar al departamento, agitar á la ciudad, fué la consigna en lo sucesivo. Ya no bastaron los parásitos de la prefectura: una efervescencia formal reclamaba otros elementos. En los grandes centros de poblacion, estos movimientos se producen por sí solos; es su terreno natural, y hay siempre mas facilidad para crearlos que para calmarlos. Pero la vida agrícola tiene virtudes calmantes que alejan semejantes accesos. El hombre del campo, antes de conmoverse, gusta de enterarse del objeto de su emocion; reflexiona lo que puede ganar ó perder en ella, y á poco confuso que esté el beneficio, prefiere abstenerse.

Tal era el obstáculo de que habia de triunfar nuestro comisario. Además tenia que vencer sus preferencias secretas. Cambiar la tranquilidad por el ruido, la paz por la lucha, era una perspectiva que le agradaba muy poco. ¡Cuán gustoso se habria dejado llevar por el curso de las revoluciones con una copa en la mano y rosas en la cabeza! Desgraciadamente no le era dado escoger, y aun la vacilacion habria parecido sospechosa. Puso pues manos á la obra, á despecho de todos y aun de sí mismo. Era una tarea ingrata, odiosa, digna del ángel del mal. Tratábase de sembrar los disturbios en donde reinaba la tranquilidad, la desunion en donde reinaba la concordia. Tratábase de despertar pasiones que nada tenian de nobles ni de puras: el espíritu de turbulencia, los odios de clase, la envidia que se encarniza con las superioridades, la co-

dicia que se ceba en la persecucion de los empleos, cual lo hace el ave de rapiña en un cadáver. ¡No! ¡ni la grandeza misma del fin que se proponen, alcanza á disculpar tales medios! Tanto como se exalta el alma con los impulsos espontáneos y las súbitas cóleras de la multitud, ante un insulto que requiere venganza ó un derecho que debe conquistarse, otro tanto se aleja con disgusto de esos desencadenamientos artificiales, de esos odios friamente calculados, que descubren la mano de aventureros sin porvenir ó de ambiciosos sin pudor.

Preciso es hacer á nuestro comisario la justicia de conocer que no tenia inteligencia para desempeñar su papel, ni sentia aficion hácia él. Obligado á obedecer, hizo malas cosas, ó solo las hizo á medias: no todo el que quiere tiene instintos revolucionarios. Entre los medios que se le habian prescrito, figuraba en primera línea el de las proclamas y boletines. Los prodigó, cubrió de arriba á bajo las paredes de la prefectura con exhortaciones enérgicas y llamamientos al entusiasmo. Las formas del lenguaje eran vivas y llenas de figuras: encontrábase en ellas el sello del artista. Sin embargo, la poblacion no se conmovió; aquel estilo lleno de facetas tuvo escaso eco. Nada parecia haber cambiado en la ciudad; las plazas de los mercados permanecian tranquilas, y lo propio se observaba en las calles; nada de grupos ni de gritos. Unos se dirigian á hacer su sementera, otros se encaminaban al molino. Las cosas seguian su curso ordinario, y la ciudad no se agitaba.

Sin embargo, era preciso agitarla á toda costa; las órdenes eran terminantes. No habiendo logrado buen éxito el entusiasmo, recurrió nuestro comisario al sentimiento. De los himnos de Tirteo pasó á las lamentaciones de Jeremias. Era el verdadero tema, el tema social, humano, el de mi mente y mi corazon. El magistrado se mostró inspirado en él. Comenzó por hacer al pueblo la narracion fiel de sus propias miserias. Le describió, con gran lujo de colores, el hambre que llama á su puerta y las privaciones sentándose en su hogar. Nada faltaba en aquellos cuadros: ni el llanto de los niños, ni la agonia de los ancianos, ni la angustia de las madres, ni la deshonra de las hijas. De aquí sacaba conclusiones terribles, y lanzaba un prolongado grito de anatema contra la sociedad que tolera semejantes espectáculos. «El régimen actual» añadia la voz de las paredes, «es una red de iniquidades cuyas mallas es »preciso romper. Su aparente armonia encierra un desórden profundo. »Dios no ha intentado crear situaciones ni derechos desiguales entre los »hijos de los hombres. Es odioso pensar que de sus manos salen, unos

»para gozar, otros para sufrir, y que en ese contraste permanente, lo »que se agrega á los placeres de unos es lo que se segrega de las nece»sidades de los demás.»

De esta suerte se espresaba la prefectura con mil variaciones ingeniosas. Decididamente teníamos que habérnoslas con un colorista; veíase en su habilidad y destreza que revelaban las mejores tradiciones del arte melenudo. Envidiaba yo su procedimiento; admiraba sus recursos. Habia encontrado la inspiracion feliz; el buen terreno.

Pues bien; ¿será creible? aquel grito que procedia del corazon, aquel llamamiento á los desheredados y desvalidos, encontraron á nuestras poblaciones impasibles. No resultó ni un tumulto armado ni una emocion pública. El estado de la ciudad no se empeoraba. Sucedíanse ante los carteles de la administracion los grupos de curiosos, sin que pareciesen afectarles en lo mas mínimo aquellas pinturas sombrias. Cambiaban algunas palabras en pró ó en contra, despues de lo cual seguia su curso la corriente. El obrero se alejaba silvando una cancion, y el vecino regresaba á su casa con la frente serena y tranquilo el ánimo.

Así pues, á pesar de sus esfuerzos, habia fracasado nuestro comisario. Inútil era cuanto hacia la ciudad: no se agitaba. El desaliento se habia apoderado hasta de sus mismos secuaces: las calles estaban espeditas y á los cristales los dejaban quietos. Era una derrota absoluta, patente, irremediable. Manteníase la union y tambien el órden, lo cual constituia dos faltas imperdonables. Felizmente se mezcló en ello la casualidad y vino á procurar al afligido funcionario la honra y las ventajas de una situacion menos tranquila. Aguardaba la tempestad por un punto del horizonte, y precisamente llegó por el punto opuesto. He aquí como aconteció.

Preparábanse unas elecciones, y por vez primera iba á recibir ilimitada aplicacion el sufragio universal. Este ensayo tenia grandeza y brillo; ponia en juego muchas ambiciones mas ó menos legítimas. Así sucedió que Francia se cubrió en un momento de delegados de todos los clubs y de comisionistas viajeros. A un mismo punto llegaban tres y cuatro á la vez: era una verdadera inundacion. Todos aquellos personajes tenian un poder, una mision. A la verdad, los términos de esta no eran muy claros y producian mas de una situacion embarazosa. No se sabia si los poderes debian confundirse ó escluirse, ni cuál era el órden de precedencia ó supremacia entre ellos. De aquí resultaban muchos

conflictos de atribuciones, en los que el amor propio llegaba á exhalarse con violencia. Mas de un edificio de prefectura se convirtió en teatro de luchas sordas, de torneos misteriosos en los que los campeones entraban en liza con el sable al costado y las pistolas en el cinto. Por lo general vencian los mas audaces, y al dia siguente sabia la ciudad que habia variado de dueño; ó bien, cuando llegaban las fuerzas á equilibrarse, las poblaciones tenian dos déspotas en vez de uno y se hallaban colocadas entre proclamas contradictorias.

En un solo punto cesaba esta desunion para dejar el puesto á la unidad de miras. Todos los delegados, todos los comisionados especiales ó generales, aspiraban á la honra de representar al pueblo en el gran jurado que iba á abrirse. La fuerza que tenian y que emanaba de la autoridad pública, intentaban ponerla al servicio de sus intereses personales. Para muchos de ellos solo era un instrumento, un estribo. Siempre tendria la patria suficiente gloria y grandeza con tal que ellos fuesen elegidos. Es indudable que la monarquia llevó muy lejos el abuso de las influencias; ¡pero cuán pronto la ha sabido sobrepujar la república! Ha imaginado la candidatura rodeada de poderes ilimitados. La historia le dará privilegio de esa invencion, y Dios quiera que, para honra de la misma república, le deje esta caducar. Entre tanto pululaban en el pais las ambiciones grandes y pequeñas; los genios desconocidos tomaban su revancha. Parecian al enjambre de Efímeros que se lanzan al espacio en la primavera. No habia abogado sin clientes, escritor cesante, ni comerciante arruinado, que no lograse cubrir sus pretensiones con una faja tricolor, é imponerse audazmente á la provincia sorprendida ó intimidada.

Nuestra ciudad, lo mismo que las demás, fué visitada por aquella calamidad. Un dia se difundió el rumor de que acababan de llegar tres comisarios á un tiempo, y de que estaban celebrando en la casa de la prefectura un consejo tempestuoso. Añadíase que los recien llegados, enmedio de una sesion agitada, habian llevado la política hasta la provocacion, y la administracion hasta el pugilato. Deciase, finalmente, que aquel congreso presagiaba una caida, y que nuestro comisario, el favorito de la ciudad, se hallaba amenazado con perder el destino. Estos rumores, que al pronto solo eran vagos, tomaron consistencia poco á poco. Se habló de ello en los cafés y en los mercados. Se conmovió la ciudad, y luego la campiña. A medida que circulaba mas la version, tornábase mas sombria. Para la multitud, los comisarios desconocidos

eran otros tantos espantajos. Los suponian dotados de semblantes siniestros y armados de pies á cabeza. Uno de ellos, segun la voz pública, habia jurado que no saldria de la provincia sin confiscar y repartir las propiedades. Otro queria convertir á las mujeres en posesion comun. El tercero no se contentaba con las mujeres ni con las propiedades: pedia por via de distraccion algunas cabezas de vecinos.

Propagándose estas narraciones, creaban la agitacion por tanto tiempo buscada. Sin embargo, no habrian bastado como elementos formales, si á ellos no hubiese venido á agregarse una circunstancia singular. Uno de los nuevos comisarios salió de la prefectura con el objeto de cerciorarse por sí mismo del estado de los ánimos. Era un jóven que veia en la revolucion su parte teatral y habia hecho de ella una cuestion de trajes. Para él se componia la república de un sombrero con hebilla de acero, un chaleco blanco con vuelta grande, un pantalon ceñido y botas de campana. Asi es que gastaba con orgullo todas estas prendas, en honra de las nuevas instituciones y por sentimiento histórico. Cifraba en ellas sus ilusiones, eran su bello ideal; se remontaba por el curso del tiempo y de los trajes revolucionarios. Hasta entonces, aquel culto hácia el pasado no habia tenido resultados desagrables; solo escitaba curiosidad y sorpresa. Nuestra ciudad no lo tomó así; verdad es que se hallaba mal predispuesta. Apenas se vió en las calles aquella vestimenta estravagante, surgió de entre la multitud un murmullo prolongado. Aquellos emblemas no eran de su gusto; vió en ellos un insulto, un reto, y en el mismo instante recogió el guante que se le arrojaba. El plagiario no pudo regresar á su casa sino en medio de la mas completa rechifla.

El siguiente dia lo era de mercado, y la ciudad se llenó de campesinos. No se habló sino del acontecimiento de la víspera. En diferentes puntos se formaron grupos en que se hablaba en términos poco respetuosos, de los hombres que se imponian alternativamente al departamento, y le daban en espectáculo sus disfraces y contiendas. El traje revolucionario especialmente, escitaba la animadversion pública; parecia ser presagio de un atentado á la propiedad. En este punto son intratables los aldeanos: los nuestros hablaban ya de despedazar al que se proponia repartir sus bienes. Sin embargo, muchos de ellos, en cuanto á tierras, solo tenian una estension que apenas llegaba á igualar á la sombra que proyectaban sus casitas; pero en el hombre, la pasion hácia la propiedad no se mide tanto por la importancia del objeto que posee, como por los cuidados y esfuerzos que ha exigido su adquisicion.

Aquel campo, por pequeño que sea, representa los sudores de una vida entera, y aun con frecuencia los ahorros de varias generaciones. Es la identificacion del labrador con la tierra: preferiria dar un pedazo de su propia carne á ceder una pulgada de terreno. Ya sea ó no una preocupacion, es el instinto dominante, y desgraciado del que intentase herirle ó desconocerle.

Bajo la influencia de estas prevenciones y de estos rumores, iba creciendo la animosidad. Los grupos aumentaban y se hacian mas tumultuosos. Algunos oradores de café convertian las banquetas en trípodes, y desde allí arengaban á la multitud. Los parásitos del comisario dirigian el movimiento; su plan de campaña era sencillo y breve. Querian librar á su amigo de aquella nube de intrusos, y que solo él se esceptuase de las vísperas administrativas que se preparaban. Para tres nombres, la roca Tarpeya; para un nombre, el Capitolio; este era el grito de guerra, y las voces de la muchedumbre le correspondian. Sabido es con cuánta rapidez se inflaman los ánimos cuando se hallan en contacto. ¡A la prefectura! ¡á la prefectura! gritaban en todas partes. El motin estaba ya en sazon; solo le faltaba un tambor y una bandera: pronto se hallaron estos dos accesorios. El tambor tocó marcha, ondeó la bandera, y una reunion tumultuosa de gente, que á cada paso aumentaba, se encaminó al edificio en que los cuatros comisarios tenian cobijadas sus candidaturas y sus poderes. Al primer ruido se presentó uno de ellos en el balcon: era el jóven de las botas de campana y del calzon ajustado. Bastó su presencia para hacer que la efervescencia llegase al mayor grado. Quiso hablar: el clamor popular ahogó su voz. Su chaleco blanco exasperaba á la multitud, que se obstinaba en ver en él las insignias de la espoliacion.

Sin embargo, del seno de aquel tumulto surgia un deseo con formidable unidad: era la espulsion de los tres comisarios. Sus nombres, repetidos á porfia, iban acompañados de epítetos inspirados por la irritacion del momento. Se recorrió todo el vocabulario campesino. Algunos aldeanos, mas partidarios de las demostraciones, quisieron acompañar con hechos á las palabras. Sirviéndose de sus propias cabezas á manera de ariete, acometieron la empresa de romper la puerta de la casa y abrirse paso hasta el sitio en que se hallaban los sitiados. Ya cedian las hojas de la puerta al choque, y la oleada de facciosos iba á hacer irrupcion en la plaza, cuando se enarboló una bandera parlamentaria en las ventanas de la fachada. La guarnicion queria capitular. Los parla-

mentos fueron breves, y categórico el arreglo. En el momento mismo habian de evacuar la ciudad los comisarios. Intentaron mantenerse firmes, salvar su dignidad, pero el huracan popular bramaba en la parte esterior y era de temer que se cometiesen escesos. Al fin, medio por fuerza, y medio de buen grado, los metieron en un carruaje, y se alejaron recibiendo testimonios mas ruidosos que lisongeros.

La ciudad acababa de emanciparse; disponia de sí misma. Un solo comisario permanecia de pié sobre las ruinas de la institucion. Otros tres habian sucumbido allí, y apenas se habia salvado el principio. Tormentas de este género no estallan inútilmente en un territorio, pues siempre dejan en él vestigios significativos. El pueblo habia probado la fruta prohibida: conocia su propia fuerza. A aquel poder, objeto de profundo y prolongado respeto, acababa de imponerle la vergüenza de una ejecucion sumaria. Ahora bien, nadie teme á aquello que ha podido envilecer, y el hombre insulta gustoso al ídolo de quien nada tiene que temer ni esperar. Este sentimiento comenzó á reinar definitivamente en torno nuestro y pervirtió los ánimos. Aquel pueblo, antes tan tranquilo y disciplinado, no quiso reconocer ya en lo sucesivo otro poder que el suyo. El desórden de las calles invadió tambien las costumbres; las emociones callejeras engendraron la aficion á la vida ociosa. A los hábitos de laboriosidad sucedieron los paseos y ceremonias al aire libre, cuyo acompañamiento obligado eran el ruido y el tumulto, que difundian la alarma entre la parte acomodada y pacífica de la poblacion. Esta pro-

testó al pronto aislándose, y luego, como persistia la agitacion, abandonó la ciudad. De aquí resultó un vacío y un nuevo malestar. Detúvose la circulacion, desapareció la riqueza, y se secaron las fuentes del trabajo. De este modo se empeoraban las cosas por sí mismas, enmedio de síntomas cada vez mas desagradables. Era evidente que el pueblo acababa de jugar con un arma nueva para él, y se habia herido por no saberla manejar.

Sin embargo, nuestro comisario habia obtenido lo que deseaba: reinaba el espíritu revolucionario en el recinto de nuestra ciudad, y ya no estaba en sus facultades amortiguarle. Habia invocado á la agitacion, y esta le contestaba. La agitacion halló jefes en la ciudad, y vinieron otros de fuera. Se abrió un club; los ociosos y los turbulentos acudieron á él presurosos, y la embriaguez de la palabra cautivó muy luego las opiniones. Una vez dado el impulso, fué irresistible y todos cedieron ante él. El departamento se encontró mas rico en republicanos de lo que se hubiera atrevido á esperar; todos quisieron serlo á porfía. Presentáronse algunos cuyos títulos se perdian en la noche de los tiempos; los mas modestos solo se remontaban á algunos años. Los que pecaban por falta de antigüedad, tomaban su revancha en el ruido, y para no ser sospechosos se mostraban intratables. Ninguno confesaba, ni aun á sí propio siquiera, el móvil secreto que le impulsaba sin él saberlo: á este era el temor, á aquel una ambicion sorda, al otro el rubor de una posicion equívoca. Era cosa de velarse el rostro; nuestra república, tan grandiosa y tan pura, comenzaba por una abdicacion de la conciencia en provecho de la avaricia ó del miedo. Quizás en otros puntos tendrian mas dignidad; pero nuestra provincia dió ese espectáculo desconsolador. Júzguese por un solo hecho. Mi escribiente se habia convertido en el repúblicano mas feroz de la ciudad. El club le habia alzado sobre su pavés: era su presidente. Esta simonía me causó profundo dolor, y me alejó de él con repugnancia.

La situacion se agravaba, y hubo un momento en que nuestro comisario se arrepintió de su obra; pero lo hizo demasiado tarde, porque el club era ya mas fuerte que él. Todas las noches, por via de distraccion, pedian en el club su cabeza. La prefectura se veia acometida con amenazas é intimaciones que no siempre tenia fuerzas suficientes para rechazar. Se reclamaba la abolicion de los impuestos, el alejamiento de la gendarmería, la imposicion de la pena de muerte á todos los empleados de contribuciones indirectas. Esta rebelion de las voluntades se

traducia en hechos: las recaudaciones eran turbadas y las rentas se hallaban comprometidas. Pero en ningun punto ejercia el club su poderio con tanta estension como en el capítulo de las destituciones. Nada de escepciones ni de perdon: era preciso herir. Del seno de los conciliábulos secretos salian listas de nombres sospechosos, á cuyo pié tenia que poner el comisario su firma. Hubiérase dicho que era una cruzada contra los empleos, en la que los vencedores se repartian los despojos de los vencidos.

Una tarde, despues de haber dado un paseo por los alrededores de la ciudad, acababa yo de entrar en mi casa; era la hora en que comíamos todos reunidos, en familia. El aire del campo me habia escitado el apetito y examinaba con cierto placer los modestos manjares espuestos ante mi vista. Mi mujer no tenia igual para hacer las cosas bien y á poca costa. Iba yo á gozar el fruto de sus cuidados, cuando llegó un importuno solicitando hablarme. Le introdujeron y me entregó una carta.— «De parte del comisario» me dijo, y se retiró. Abrí el pliego oficial sin desconfianza; ¿qué podia yo temer de aquel gobierno? ¿no me hallaba defendido por la pureza y la fecha de mis opiniones? Malvina parecia hallarse menos tranquila.

—Vamos, léelo, me dijo con impaciencia.

—Verás, repliqué, como me han dado un ascenso sin solicitarlo.

Fortalecido con esta confianza, comencé mi lectura en alta voz, cuando en los primeros renglones me detuvieron el espanto y la sorpresa. Pasó una nube por mi vista y la voz espiró en mi garganta.

—¿Qué es, Jerónimo? me dijo Malvina.

—Toma, la contesté entregándola el papel fatal.

Tuvo mas fuerza que yo para dominarse y leyó lo siguiente:

«Ciudadano.

»La república tiene por mision purificar los escalafones administra-»tivos y separar de ellos los nombres comprometidos en la época de la »monarquia caida. El de V. se halla comprendido en este número; per-»tenece á los peores dias de las cámaras del privilegio.»

»Así pues, he decretado la destitucion de V. y he dispuesto de su »empleo en favor del ciudadano M..., cuyos sentimientos republicanos »no pueden ser sospechosos.

»Salud y fraternidad.

«El comisario del departamento.»

—¡M...! esclamé al oir el nombre de mi sucesor. Él, ¿mi escribiente?

—El mismo Jerónimo ¡héle aquí con todas sus letras, M...! ni sobra ni falta una.

—¡Es cosa de dudar de la república! repuse dirigiendo al cielo una mirada de indignacion.

—El reinado de los intrigrantes, Jerónimo; ¿qué te habia yo dicho? ¡Asesinar á un hombre á traicion, á manera de los bandidos italianos! Hé ahí sus golpes.

—¡Á mí semejante ultraje! dije consternado.

—¿Y por qué no, Jerónimo? Además, ¿de qué puedes quejarte? Tienes el derecho de vivir; la pátria te le reconoce.

Ya no me atrevia á contestar; aquella ironia me abrumaba. ¿Cómo defenderme? Yo mismo habia llamado sobre mi cabeza al rayo que me heria. Me habia pronunciado en favor de la república contra la monarquia, cuando estaba esta en pié y aquella se hallaba todavia en el dominio del porvenir. Sin embargo, la monarquia me habia dado pan, y la república me le quitaba. ¡Qué desengaño tan cruel y doloroso! Me hallaba aniquilado. Malvina no gustaba de herir á los vencidos, y por lo tanto acudió á auxiliarme.

—Jerónimo, dijo, de nada sirve amilanarse; ánimo, amigo mio, valor. El golpe es fuerte, pero no irremediable. Además, tienes dos hijos y no me encuentro dispuesta á entregárselos á la pátria, que los alimentaria muy mal. Así pues, es preciso obrar.

—Estoy pronto á hacerlo, Malvina; verás cómo digo al comisario lo que merece.

—De ese yo me encargo: iré á verle con mi sombrero de granate, y será preciso que ande derecho; pero es un pobre hombre. Dirijamos nuestros pasos mas arriba. ¿Quieres que te dé un buen consejo, Jerónimo?

—Di, Malvina.

—Marcha mañana á Paris; irás á llamar á la puerta de esos señores del gobierno, que deben ser muy buena gente. Tengo una idea de que ellos y yo nos arreglaríamos. Vé, pues, á buscarlos. Diles lo que te pasa y lo que sientes, claro, sin andar en rodeos. Les gustará tu proceder.

—¿Lo crees así?

—Un republicano como tú ¡un antiguo! ¡un puro! Es el ave fénix,

no lo dudes; no los tendrán á docenas. Te repito que celebrarán infinito verte. Allá arriba se necesitan hombres de capacidad. Así pues, marcharás mañana, Jerónimo.

—¡Si asi lo quieres!

—Y en cuanto á ese comisario panzudo, no te cuides de él lo mas mínimo. Iré á enseñarle mi sombrero granate, que ha domesticado á otros mas valientes.

Toda objecion era ya inútil; Malvina habia pronunciado la sentencia. Además, tenia razon; era nuestro único recurso.

La comida fué triste, y la noche se invirtió en hacer los preparavos del viaje. Mi mujer quiso acompañarme hasta el carruaje, con el fin de darme sus últimas instrucciones, y al abrazarme me dijo:

—Tu empleo ó guerra á muerte; no salgas de abí, á no ser que te ofreciesen un empleo mejor, por supuesto.

—Queda convenido.

—Sobre todo, nada de debilidad, é intima esplícitamente al gobierno provisional que solo á ese precio me adhiero á él. Es cosa de decir sí ó no, clarito.

CAPITULO IV.

LAS VIRTUDES REPUBLICANAS.

En vano procuraba hacerme superior á mi desgracia; me hallaba herido en el corazon. Hay heridas que están sangrando eternamente, y la mia era de este género. Consagrar su alma entera á un principio, y sucumbir víctima de él en la hora del advenimiento, es perecer como el Indio á quien aplastan el cráneo las ruedas del carro triunfal de su deidad. Tomo al cielo por testigo de que en mí habia suficientes tesoros de abnegacion para hacer que aquel sacrificio me fuese fácil y en estremo llevadero. Siempre me habia juzgado suficientemente dichoso con tal que la pátria se ostentase gloriosa. ¿Pero me hallaba yo en este caso? ¿nada tenia que rebajar de las regiones ideales en que me mecian mis ilusiones? ¿Teníamos, acaso, ante nuestra vista á la verdadera república, á la que habia de ser de todos, como todos serian de ella, la santa y gran república del porvenir? Lo dudaba, y esta duda me abrumaba mucho mas todavia, que mi desgracia.

En el reducido espacio en que pude seguir los acontecimientos, ¿qué ví sino el desencadenamiento de las peores pasiones bajo las formas mas hediondas? Yo, que me habia prometido ver la armonia universal, la union de las voluntades, poblaciones tranquilas en una nacion floreciente, el bien estar y la felicidad por medio del buen acuerdo de las inteligencias y de las fuerzas, las naciones reunidas en un abrazo fraternal, el olvido del individuo en provecho de la generalidad, la gloria al mas humilde, la honra para el mas adicto, el poder para el mas digno,

me veia precisado á bajar de aquel empíreo, para contemplar las cosas tales como eran: el desórden en las ideas y en los corazones, el choque de los partidos, el reinado de la declamacion y de la mediania, el empobrecimiento general, la caza de empleos, en fin, un simple cambio de influencias y de usurpacion. No, no era mi casta y radiante deidad, aquella hada á quien aguardaba y cuya varita habia de curar todos los males. La mia no habria tenido la amenaza en sus miradas ni la esclusion en sus lábios. Hubiera puesto en sus atributos menos armas y mas espigas, fiándolo todo al atractivo, nada á la fuerza. Esta idea me atormentaba, y solo lograba desterrarla por medio de nuevas ilusiones.—Paciencia, me decia á mí mismo, aquí abajo todo se funda lentamente. El tiempo es la materia de las obras concluidas; no hay una sola que al principio no sea informe. El niño que acaba de nacer ¿es hermoso alguna vez?

Sometido á la influencia de esta impresion filosófica fué como verifiqué mi viaje. Nada predispone tanto á la meditacion como la vida que se hace en los caminos. Parece que la molestia y la inmovilidad del cuerpo dejan á la imaginacion mas libertad, mayor actividad. En medio de esos ruidos confusos del chirrido de los ejes y de la rotacion de las ruedas, el recogimiento llega á convertirse en un encanto y en una necesidad. Mézclase en ello la emocion, y tambien el pesar: el alma se halla á un mismo tiempo preocupada y enternecida. Acababa de separarme de Malvina, es decir, de resignarme á hacer un sacrificio positivo. Mi afecto hácia ella no se habia debilitado con los años. Ademas, Malvina se hallaba en todo el brillo de su belleza: apenas habia traspuesto el límite que los novelistas fijan á sus heroinas como el apogeo de su esplendor. Amaba á mi mujer; ¿por qué no he de confesarlo? Así pues, no cesaba un punto de pensar en ella. La seguia mentalmente en sus diferentes ocupaciones diarias, la veia ensayando la influencia de su sombrero granate en el ánimo de nuestro infortunado comisario. Vivia cerca de ella y con ella, mientras que cada vuelta de las ruedas me alejaba mas y mas de su lado.

Esta preocupacion fué bastante viva para hacerme permanecer estraño, durante mucho tiempo, á cuanto pasaba en torno mio. Al fin recobré, por decirlo así, el sentido, y dirigí una mirada á mis compañeros de viaje. El carruaje estaba completamente lleno, y el personal era bastante variado. Un anciano y su mujer ocupaban conmigo los asientos del testero; al vidrio iban tres hombres provistos de barbas caracte-

rísticas. Un olor á tabaco que rayaba en infecto habria revelado sus hábitos aun cuando no hubiesen llevado sus pipas en el cinto, á manera de armas. Por lo demás, parecian pobres diablos, algo menos negros que sus barbas. El anciano, por su parte, tenia ese aspecto metódico que revela la vida del empleado. Su traje era sencillo y severo, su lenguaje fino y agradable. Llevaba la barba recien afeitada y una peluca roja perfectamente ceñida á las sienes. No podia equivocarme: tenia por compañeros de viaje á un empleado y á tres héroes de fumadero.

Una diligencia es un confesonario: todo secreto transpira en ella. Voluntaria ó forzosamente llega á establecerse una intimidad breve pero completa. Aquella vida en comunidad se presta á la conversacion, y cada uno se entrega á ella con tanto mas abandono cuanto que las relaciones han de ser fugaces. Así sucedió en torno mio: mediaron confidencias. Habianse formado dos grupos; las tres barbas hablaban entre sí, el anciano solo conversaba de tarde en tarde y esclusivamente con su mujer. Solo yo me hallaba sin interlocutor y me veia reducido á escuchar, á falta de otra cosa mejor. La conversacion era muy animada en los asientos del vidrio.

—Es tal como te lo aseguro, nada puede negarme el ministro, decia una de las barbas, que era negra y algo canosa. Tengo aquí en mi cartera documentos decisivos. ¡Oh! nunca me pongo yo en camino sin provisiones.

—¡Bueno! dije para mí, he ahi un pretendiente.

—¡Documentos! repuso la segunda barba con un acento algo gascon, ¿quién no los tiene, ira de Dios? Es una moneda vulgar. Mas valen las introducciones personales. Para lograr buen éxito con un ministro, es preciso tener entrada en la casa. Yo tengo ya lo que necesito. Mi prima trata con intimidad á una de las señoras del gobierno.

—Vamos, dije, ese es otro pretendiente.

—En cuanto á mí, añadió la tercera barba, que era de un negro muy brillante, no tengo documentos ni recomendaciones. ¿Para qué los quiero? ¿no he hecho ya mis pruebas? ¡Quisiera ver que me rehusasen algo! Con menos de diez mil francos anuales no me contento. ¡Un hombre de opiniones antiguas como yo! ¡Qué regateen siquiera, y entonces veremos!

—Ya son tres, dije para mí, solo falta mi vecino por añadidura.

Apenas habia formulado este pensamiento en mi mente, cuando el anciano dijo en voz baja á su mujer:

—¿Has puesto en sitio seguro la carta del comisario general?

—No tengas cuidado; está en el cofre pequeño con tus hojas de servicios.

—¡Ah! bueno. ¡Es nuestra áncora de salvacion! de lo contrario me destituirian.

—¡Cuatro pretendientes, esclamé, y yo soy el quinto! ¡Cargamento completo!

En otra ocasion este descubrimiento me habria parecido chistoso; entonces me heló de espanto.

—¡Cómo! dije, ¡cinco pretendientes en el mismo departamento del carruaje! ¿Y quién sabe si la berlina, el cupé y la rotonda llevarán tambien los suyos? Pongamos otros cinco, y forman un total de diez. Pasado mañana, una sola diligencia arrojará á las calles de Paris diez pretendientes. Ahora bien, llegan diariamente quinientas diligencias. Con que cada una lleve un contingente igual, resultan cinco mil pretendientes, sin contar los ferro-carriles. ¡Cinco mil pretendientes, es decir, cinco mil fraques negros persiguiendo á los ministros, solicitud en ristre! ¡Y llaman á esto república! ¡Entonces será la república de los mendigos!

Esta queja, por no poder exhalarse, me desgarraba el corazon y le inundaba de amargura. Me veia constituido en cómplice de la decadencia de las costumbres públicas; me figuraba espuesto en la picota de las pretensiones. A no haberme conducido rápidamente el carruaje, sometido á la influencia de aquel sentimiento habria adoptado una resolucion desesperada. Pertenecer á aquella legion de hambrientos, ¡qué dolor! Suministrar un nombre mas á aquella lista de vampiros, ¡qué vergüenza! No, no habia prueba alguna mas cruel que aquella. Mas valia ganar el pan con el trabajo material, trazar penosamente un surco en un campo estéril, que adherirse á la gleba del pauperismo administrativo. Si hubiese tenido á Malvina junto á mí, la habria tomado por árbitro, y quizás hubiéramos hallado un medio de conciliarlo todo. Pero no estaba en mi compañia; ¿cómo habia yo de destruir por mí solo el programa fijado de comun acuerdo entre ambos? Además, cada minuto que transcurria me acercaba mas al sitio á que me dirigia y daba un carácter mas obligatorio á mis compromisos. Prevalecia la fatalidad; me entregué á ella y cerré los ojos ante un peligro á que no me era dado sustraerme.

Así llegué á Paris, y me alojé en la fonda mas modesta; solo que

escogí el barrio de modo que pudiese colocarme en el centro de mis operaciones. Desde allí habia de dirigirme con mayor rapidez á los puntos en que mi presencia fuese necesaria. El arte del pretendiente consiste ante todo en la oportunidad. Lo esencial es llegar á tiempo y ahorrarse pasos inútiles: esto fué lo que procuré. Tan luego como me hube instalado, saqué de mi maleta el frac negro de rigor, el pantalon y el chaleco adecuados, la corbata blanca y los guantes de color, que eran los únicos conocidos en nuestra provincia. Tratábase de asegurar el primer golpe de vista, que es mas decisivo de lo que se supone. Mi espejo me dijo que en este punto dejaba yo poco que desear. Otro punto no menos delicado era el de saber á qué puerta llamaria primero. Mi tránsito por la literatura y el parlamento me habia procurado relaciones numerosas entre los hombres á quienes la revolucion acababa de poner en evidencia. Unos habian llegado á la cumbre, otros ocupaban los puestos secundarios. Antes de dirigirse á los mismos miembros del gobierno, acaso seria prudente sondear á los que estaban en interioridades y proporcionarse su concurso. Adopté este plan de conducta.

Entre las nulidades que el huracan habia lanzado, con gran sorpresa de los propios interesados, á los mismos escalones del poder, se hallaba una persona con quien en otro tiempo viví en estrecha intimidad. Emprendimos juntos la vida literaria, y bebimos en la misma copa, la de la desgracia. Cuando mas tarde el comercio de gorros me hubo vengado de los agravios de la Musa, continuó siendo amigo mio y se hizo uno de mis comensales mas asíduos. Verdad es que desde entonces nos habian separado los acontecimientos, pero no me cabia la menor duda de que habria permanecido fiel á los recuerdos de nuestra amistad. Me dirigí á su casa alentado por esta confianza: todo debia espararlo de él, apoyo ó consejos, pues solo era un nombre secundario en el nuevo almanaque. Sus títulos consistian en tres tomos indigestos en que habia desplegado el talento de los que no le tienen, y hecho una compilacion en provecho del dogma repúblicano. El éxito que alcanzó fué cierta estimacion, cuando mas. Le agradecian mas la intencion que el hecho. En resúmen, no me dirigia ni demasiado arriba, ni demasiado abajo, y emprendia el mejor camino para conocer el terreno á que iba á lanzarme.

Mi antiguo compañero residia en una de las cumbres de la parte estudiosa de la ciudad, cerca de los colegios y en las inmediaciones de una biblioteca á la que iba diariamente en busca de elementos para sus libros y para su comida. Su habitacion de hombre soltero era muy sen-

cilla, y estaba completamente desprovista de adornos; pero la llenaba ya con su majestad y la decoraba con su importancia. En vano intentaria yo describir lo solemne que fué la acogida que me dispensó. Ya no era el mismo hombre: los sucesos le habian transformado. Llevaba la cabeza erguida y se envolvia en su bata con tal aire de superioridad, que era imposible desconocer en su aspecto y en su porte la influencia de una revolucion. Mejor lo observé aun en su ceremoniosa acogida y en los altisonantes discursos que pronunció. Al escucharle, parecia que los destinos de la Europa entera dependian de él; suplia en este mundo á la Providencia.

—No me hable V. de eso, amigo mio, me decia; hace ya quince dias que ni dormir puedo; el pais cuenta conmigo para organizarle. Son diez en el poder, y no tienen ideas para uno solo. Es una trapisonda, Paturot, una verdadera trapisonda. No hay plan, armonia, grandeza, ni fundamento. Sabe Dios lo que seria de nosotros si no se les ayudase. Afortunadamente estamos aquí para remediarlo.

Mientras trascurrió la hora que duró nuestra conversacion, nada pudo alterar en aquel hombre la buena opinion que tenia de sí mismo. Volvia á ocuparse incesantemente de lo que habia hecho y de lo que le quedaba por hacer. Habia tomado las Tullerias é invadido la Cámara de los Diputados. No hubo barricada á que no hubiese llevado su adoquin; no se disparó un tiro al cual no hubiese suministrado, cuando menos, el cebo. Si la monarquia se disolvió cual la nieve en el mes de Abril, se debia á sus trabajos; si se restablecia sin obstáculos la república, era porque didáctica y filosóficamente habia probado su preeminencia sobre todas las demás formas de civilizacion. Nunca hubo un Atlante que llevase sobre sus hombros un mundo mas vasto ni mas pesado. Si aquel hombre llegaba á faltarle á Francia, todo se perdia. Luego, era preciso ver ¡con qué despego tan completo trataba á los hombres á quienes los sucesos habian dado la investidura del poder! Este solo era una arpa eólica que sonaba al antojo y capricho de todos los vientos; aquel tenia una cabeza de adorno, que solo servia para ostentarse en una decoracion. En cuanto á los demás, apenas hablaba de ellos: cerebro estrecho, incapacidad notoria, era lo único que les atribuia. Uno habia meditado sobradamente sobre las revoluciones celestes para saber cosa alguna de lo que pasaba en nuestro globo; otro figuraba en la clase de esos ancianos que se resisten á las sentencias de la edad, y que los pueblos de Sumatra aderezan piadosamente con sal,

pimienta y limon. En fin, tenia algo que decir de todos, y en breves rasgos los pintaba con maestria. Hasta mencionaba incompatibilidades respecto de algunos, ya fuese por escasez de estatura ó por abuso de deformidad física. Era un burlon inexorable, que en sus ataques no esceptuaba nombre ni fama alguna, y que en su partido no encontraba á quien admirar no siendo á sí propio.

En otras circunstancias, estos cuadros al natural habrian podido interesarme, y el espectáculo de tan cándida fatuidad hubiera acrecentado su valor; pero habíame trasladado á Paris bajo la impresion y dominio de cuidados mas graves. Intenté atraer á la cuestion á mi protector, y obtener de él que, despues de haber salvado á Europa, me salvase tambien. A falta de la memoria del corazon, contaba con la del estómago. Tuve mesa puesta para todos con liberalidad y sin escepcion de partidos: era llegado el caso de acordarse. Mi comensal no lo recordó: el humo de su engrandecimiento habia pervertido sus órganos. Reunia en sí la necesidad y la ingratitud, dos malas cualidades que suelen ser frecuentes en los republicanos inveterados. Era, ademas, tan esclusivo como ellos, y tenia mas pretensiones que instruccion. Por uno solo podia juzgarse á todos. Estos hombres, dije para mí, pasarán por el poder, pero no permanecerán en él. Son inferiores al papel que les está encomendado, y solo tienen la vanidad del mando.

En vano insistí; solo obtuve promesas vagas: mi hombre se me escapaba en el momento en que creia sujetarle.

—Sí, querido, sí, me decia, ya pensaremos en eso. Pero por hoy es preciso que nos consagremos á los negocios de Berlin. Es un movimiento cuya idea me pertenece, como históricamente necesaria.

La Prusia arrebataba al orador, y durante diez minutos no podia arrancarle de ella. Creíase precisado á esplicarme lo que intentaba hacer con la confederacion, con los grandes y pequeños margraves, con los Estados soberanos y con los príncipes vasallos. Apenas pude lograr que se detuviese cuando atravesaba el Elba é invadia el Hannover.

—Si escribiera V. cuatro palabras al ministro, le dije trayéndole de nuevo á mi terreno.

—Sin duda, sin duda, replicó con un ademan digno de un califa; lo pensaré. Pero mire V. Paturot, mi preocupacion grande y verdadera, ¿quiere V. saber cuál es?

—Con mucho gusto.

—Es Polonia. Todavia ignoro lo que haremos de ella. Por mi parte

me encuentro bien dispuesto hácia ella. Polonia puede contar conmigo. Entre ella y Francia hay vínculos, hay afinidades, hay títulos. Es una deuda, y me felicito de poderla pagar: seria hermoso hacer lo que Napoleon no llevó á cabo. Pero se lo digo á V. con pena, amigo mio; nadie comprende cosa alguna en esa cuestion, nadie. Desembarazar al elemento eslavo del elemento germánico, he ahí el problema, y es grandioso.

No juzgué necesario aguardar á escuchar su solucion; habia agotado toda mi dósis de resignacion y de paciencia. En el momento en que mi interlocutor comenzaba á hacer una definicion de razas y se preparaba á demostrarme las bellezas del pensilvanismo, me levanté y cogí mi sombrero. No por eso cejó, sino que me persiguió hasta la escalera para decirme que tendria en cuenta la posicion de los habitantes de Transilvania y de los búlgaros. Esto era ya abrumar á un hombre, por lo cual salí muy poco satisfecho y sabiendo á qué atenerme respecto de las eminencias de la república.

Era preciso renunciar á aquella mediacion y retrotraerme al medio mas sencillo, el de la peticion directa. En último resultado, podia dirigirme á los soberanos del momento sin necesidad de abogado ni de introductor. ¿De qué se trataba? De una simple reparacion para oponerla á una iniquidad suprema. Algunas esplicaciones claras y exactas bastarian; ¿no nos hallábamos sometidos, acaso, á un régimen de verdad y de justicia? Este sentimiento me alentó, y me dirigí inmediatamente á la casa del ministro de quien yo dependia. Mi intento era hablarle con entera franqueza y constituirle en árbitro de mi suerte.

Durante el tránsito me sorprendió el aspecto de París. La gran ciudad no se habia repuesto todavia de la última conmocion; conservaba su actitud revolucionaria. En la esquina de cada calle se sentaba el pié sobre adoquines vacilantes y mal nivelados; la línea de los *boulevards* ó calles en que habia árboles, parecia un soto recien desmontado. Cada ventana ostentaba su bandera, cada farol tenia rotos sus cristales. La fisonomia de la poblacion correspondia á aquel estado de los sitios públicos. No se podia recorrer una distancia de veinte pasos sin encontrar grupos llenos de oradores, ó procesiones de obreros desfilando con banderas y tambores. Además, por todos lados circulaban hombres armados de un modo estravagante, como si la ciudad se hubiese entregado á cuerpos de aventureros. Aquel espectáculo no me sorprendió: las olas que agita y embravece el huracan no se apaciguan tan pronto como él;

la agitacion solo cede despues de un largo espacio de tiempo. Pero lo que escitaba mi sorpresa era el aire de confianza que reinaba al lado de aquel desórden. Ninguna de aquellas escenas tenia poder suficiente para conmover; no producian entusiasmo ni temor: ni siquieza despertaban la curiosidad. El sentimiento mas general y positivo era el de una indiferencia profunda. Este descubrimiento me dejó sumido en el mayor desaliento.—¡Oh mi República! esclamé, ¿estarás, acaso, tan solo en los lábios y no en los corazones?

Confieso que llegué á casa del ministro con la esperanza de encontrar allí algun resarcimiento. A mi entender, los hombres á quienes el pueblo habia confiado las riendas del poder debian reunir en sí todas las virtudes, todas las grandezas de la nueva era. Las críticas de que eran objeto se embotaban en mi ánimo; es la sancion obligada del mérito. Ademas, á mí no era fácil engañarme; sabia á qué atenerme respecto de los individuos del gobierno. La ciencia y la poesia se hallaban hermanadas en las altas regiones gubernamentales; en estas no faltaban, tampoco, la abnegacion y la inteligencia. Mi único cuidado era el de saber cómo comprendian sus respectivos papeles aquellos soberanos improvisados. Me los figuraba sencillos y dignos á un mismo tiempo, modestos en las formas y grandiosos en sus actos; nuevos, sobre todo, y separados del pasado por medio del abismo. Sobrado tiempo habia soportado la política ese espectáculo de la misma farsa representada por distintos actores. Puesto que el soplo revolucionario acababa de pasar por allí, nada se hacia demás con arrinconar las decoraciones viejas y hacer los gastos de una nueva representacion.

Tal era mi pensamiento al comenzar á subir la escalera de la casa, cuando entró un carruaje impetuosamente y se detuvo en el portal. Nada podia echarse menos en aquel magnífico tren, ni los caballos de mucho valor, ni el brillo de los arneses, ni lo escogido de la librea. Para hallar una cosa de tan perfecto gusto, era preciso remontarse á las tradiciones de la corte, y no de la última.

—¿Quién será este embajador estrangero? dije para mí apartándome con respecto. Del carruaje se apeó un hombre vestido de negro: era el ministro, le conocí al momento. Entregó una cartera de tafilete encarnado á su secretario, quien le siguió como pudiera haberlo hecho un macero. Los lacayos formaron en ala, y la guardia se puso sobre las armas. Era una entrada arreglada á las leyes mas estrictas del ceremonial. ¡Oh poder de las tradiciones, he ahí tus prodigios! ¡Los adoquines

Era mi ministro.

MCD 2022-L5

se conmueven, los tronos caen hechos pedazos, pero tú sobrevives á los tronos y á los adoquines!

Subí la escalera en seguimiento de un ministro tan glorioso, admirando hasta qué punto habia sabido adquirir, en poco tiempo, los modales y el porte propios de su empleo. Una multitud de pretendientes llenaban la antesala; el ministro cruzó por medio de ellos con singular majestad y maravillosa sangre fria. Su mirada espresaba la impaciencia y el desden; parecia hallarse confuso con ver en torno suyo tal comitiva. Sin embargo, era un accesorio obligado. Quien gasta carruaje, tiene cortesanos; toda grandeza tiene su espiacion. Por lo demás, el ministro no anduvo en contemplaciones: mandó despedir brutalmente á aquella multitud chasqueada. La audiencia estaba aplazada, y no quedaba mas recurso que despejar el sitio. En tiempo del régimen caido, eran frecuentes estos sucesos, pero al menos se guardaba cierta consideracion. Desde que se hallaba establecida la república, los ugieres juzgaban deber suyo elevar el órgano de su voz á la altura de los acontecimientos, y ocultar bajo una rudeza ficticia su orígen sospechoso. De esta suerte daban prendas de seguridad á la revolucion.

Durante tres dias consecutivos me presenté en la audiencia del ministro sin lograr mejor fortuna. En vano empleaba la mayor exactitud; llegaba al vestíbulo al amanecer, y me colocaba en la antécamara en posturas desesperadas: nada enternecia á los cancerberos que defendian la entrada del despacho. Bajo uno ú otro pretesto me veía siempre despedido. Y sin embargo, delante de mí se sucedian numerosos pretendientes favorecidos. Entraban con el sombrero puesto y atropellaban la consigna con sin igual aplomo. En caso necesario, algunos votos y ternos enérgicos completaban la maniobra y aseguraban su buen éxito. Por lo demás, no se observaba en ellos compostura alguna ni el mas mínimo respeto. Solo hablaban del ministro en términos familiares, y si se negaba á recibirlos, se ensoberbecian hasta el estremo de proferir amenazas. Causaba rubor y vergüenza verse postergado por tales bergantes. Hasta su mismo traje era estravagante. Unos usaban sable con el traje de paisano, otros una faja roja; otros convertian la antecámara en fumadero, y cuando mas, se resignaban á dejar el cigarro en la puerta del despacho. Sin embargo, nos posponian á ellos.

En el número de los desgraciados que tenian la misma mala suerte que yo, habia yo observado á un anciano, listo y ágil todavia, cuya perseverancia me sorprendió. Estaba allí desde por la mañana, y no

abandonaba el puesto sino en el último momento: la comunidad de desgracia inspira mútua simpatia, y muy pronto nos pusimos en contacto. Algunas conversaciones sostenidas á media voz nos ayudaron á matar el tiempo, y mi interlocutor las amenizaba con sus agudezas.

—La continuacion en el número próximo; acostumbraba á decirme cuando el ugier venia á despedirnos.

Así aguantábamos nuestros reveses con paciencia, y buscábamos la revancha en epígramas inocentes.

—Vecino, le dije un dia, la medida se ha colmado. Tres descalabros seguidos, es demasiado.

—Verdad es que otros renunciarian, me contestó con inalterable calma.

—Un sitio en regla costaria menos tiempo, repuse. La República es la que tambien nos proporciona esto. Ministerios en estado de plazas fuertes. ¿No habrá medio de intentar un asalto brusco?

—Conozco un medio, replicó gravemente mi interlocutor.

—¡Bah! ¿y por qué no hablaba V.? ya estaríamos fuera de cuidado ambos.

—Es que el medio es estremado.

—Sea como quiera, puesto que no tenemos la facultad de eleccion. Mis fuerzas se han agotado; ¿y las de V.?

—Tambien: por lo tanto escuche V. Al salir de aquí va V. á hacer de modo que pueda procurarse un tambor.

—¿Un tambor?

—Sí; por mi parte, obtendré en alguna parte (porque el artículo no escasea) un estandarte, una oriflama, ó aunque sea un guion.

—¿Y luego?

—Llega V. aquí con su tambor, y yo con mi bandera. Dá V. un redoble; grito yo: ¡Viva la república! y entramos. Es lo que se llama una demostracion, y un ministro revolucionario no resiste á ella.

La frase era exacta y picante: habíamos presenciado mas de una audiencia con tambor. En metiendo un poco de ruido, habia seguridad de ser admitido. El heroismo del momento se resumia en pocas palabras: ceder ante los fuertes, aplastar á los débiles. En la apariencia, el pais solo tenia diez dueños; en realidad tenia millares. Reinaba quien queria; la receta era sencilla: un tambor y una bandera.

Un ruido que sonó en el gabinete del ministro suspendió nuestra conversacion. Creí que iba á llegar mi turno, y me levanté. Durante cin-

co minutos, el hombre de Estado y sus ugieres cambiaron en voz baja algunas palabras que indudablemente nos concernian. Reinaba en la antesala un silencio significativo; todos esperábamos con ansiedad el decreto solemne. ¡Oh decepcion! era un nuevo aplazamiento.

—Vuelvan VV. el viernes, señores, nos dijo el ugier.

—Será el viernes para los demás, pero para mí será al momento, esclamó un personaje que acababa de llegar y atravesaba la antesala con aire de conquistador.

—Para V. lo mismo que para los demás, será el viernes, Sr. Oscar, contestó el impasible ugier. El ministro acaba de marchar á la Casa de la Villa.

Al oir el nombre de Oscar me volví con viveza: sonaba como un eco en mi existencia anterior. Era él, era mi pintor: la edad apenas habia impreso sus huellas en él; solo algunas canas se veian sembradas en su barba de color de naranja. Por un movimiento simultáneo y casi simpático, acababa de fijar su vista en mí.

—¡Eh! esclamó, ¡es mi querido Paturot! ¡Tú aquí, y yo lo ignoraba! Ven, ven, añadió arrastrándome consigo, sepa yo al menos qué buen viento te ha traido.

En vano quise desembarazarme de sus brazos: no tuve otro remedio que seguirle.

CAPITULO V.

EL ANVERSO Y EL REVERSO DE LA MEDALLA.

¡Tú aquí! ¡tú aquí! repetia Oscar. ¿Quién lo habria adivinado? ¡Y solo debo á la casualidad el saberlo! Es mal hecho, Paturot, es mal hecho. Merecias que riñese contigo.

En vez de corresponder á su efusion, me mantenia en una actitud embarazosa. Nos habíamos separado en malos términos del artista, y los recuerdos que conservaba de nuestras relaciones de amistad con él, no carecian de cierta amargura. Oscar lo observó, y se apresuró á salir al encuentro de mi prevencion para combatirla y destruirla. Fué el primero en hablarme de Malvina en tales términos que era difícil no conmoverse. Percibíase en su lenguaje la espresion de un respeto profundo hermanado con un afecto sincero. ¿Habré de confesarlo? aquel lenguaje me hizo mucho bien, y espulsó de mi mente las visiones que el tiempo habia debilitado sin destruirlas. Ya no quedaba motivo de duda: era aquel el acento de la franqueza y de la verdad. Luego, Oscar habia continuado siendo mas amigo nuestro de lo que yo pensaba; habia seguido á Alfredo en sus triunfos de colegio, y manifestado hacia él tierno interés y solicitud. Así pues, la ausencia y la desgracia, esas dos faltas imperdonables, no nos habian hecho desmerecer á sus ojos, y era justo agradecerle tan singular fidelidad.

A medida que se franqueaba conmigo y me referia estos pormenores, sentia que se disipaba mi frialdad y se restablecia la confianza entre nosotros.

MCD 2022-L5

—¡Vamos! pensé, habré tenido algun mal sueño. Este pobre muchacho no es tan malo como yo lo imaginaba.

Dado el primer paso, lo demás marchó por sí solo; Oscar continuaba siendo lo mismo, alegre, gracioso, é incansable para hablar. Tomó la palabra, y ya no la dejó. Nunca habia desplegado tantos recursos, ni mostrado tanta alegria natural. Queria concluir de conquistarme y lo logró. En menos de veinte minutos volvimos á hallarnos mútuamente tales como habíamos sido en otro tiempo. Tratábamos y abandonábamos sucesivamente mil asuntos distintos, de un modo incoherente, á la aventura, á merced del capricho de la mente.

—A propósito, Jerónimo, me dijo entre dos equívocos, ¿ha llegado á las provincias el estrépito de nuestras hazañas?

—¿Cuáles, Oscar?

—¡Me parece que no ha lugar á equivocarse! ¡El negocio ha sido bastante ruidoso! Confiesa que hemos hecho una revolucion buena y hermosa.

—Seguramente; ¿tambien tú has tomado parte en ella?

—¿Por qué no, querido? Lo que á nadie pertenece es de todos. He ahí mi derecho: es tan claro como la luz del dia.

—¡Enhorabuena! Pero eso no impide que la revolucion te haya dejado á pié.

—¿Cómo es eso?

—¿No eras pintor de Cámara de S. M.?

—¿Y qué, vamos?

—¡Me sorprendes! en donde no hay Majestad, no hay pintor de Cámara, eso es evidente.

—¡Qué niño eres! ¡cuán poco conoces la historia de la humanidad! Recorre los anales de los pueblos. ¿Qué vés en ellos? Hay reyes caidos; pintores, no. Dejo de ser pintor de Cámara de S. M., corriente; pero me convierto en pintor pensionado de la república. Los colores no tienen opiniones.

—Sobre todo el verde, que es tan variable.

—¡Paturot, Paturot, eso es un epígrama! pues bien, contestaré á él. Si he cometido errores, los espiaré. Dices que alguien ha variado: busquemos al culpable. ¿Soy yo? no. Entonces será el gobierno. He ahí su sentencia.

Asi pues, Oscar era uno de los vencedores de febrero; por ningun precio queria cejar en este punto. Le hice la concesion que apetecia,

MCD 2022-L5

y abusó de ella. En el momento mismo formuló una nueva pretension: la de haber sido republicano desde tiempo inmemorial. La hipérbole era demasiado fuerte, y opuse resistencia: no se debe jugar con las creencias. El artista no se confesó derrotado; volvió á la carga, la tomó de muy arriba y se remontó hasta sus antepasados para poner fuera del alcance de todo ataque el orígen de sus sentimientos. A medida que se empeñaba mas y mas en la defensa de su aserto, su barba se elevaba al mayor grado de exaltacion y se convertia en foco de unos rayos de luz que habrian encantado á los coloristas.

—Sí, esclamó, era republicano de anterioridad, de actualidad, de posterioridad, de siempre; republicano de temperamento, de nacimiento, lo mas republicano que pueda imaginarse.

—Entonces lo disimulabas perfectamente.

—Propiedad es esa de las convicciones profundas, querido; se escapan á las investigaciones de la simple vista. Consulta la historia.

—¿Pero tú tan alegre, tan indiferente, tenias siquiera alguna opinion? ¿la tienen los locos?

—¡Locura de Bruto, Paturot! ¡Estratagema de las grandes pasiones del alma! ¡Cómo se vé que tú no has conspirado!

—¿Segun eso conspirabas?

—¡Qué sí conspiraba! dijo el pintor con trágico acento y postura; ¡me pregunta si conspiraba! ¡Pero Jerónimo, si era mi elemento, esas mis funciones, ese mi honor y mi título mas brillante! ¿Es acaso vivir, no conspirar siquiera un poco? Se conspira como se respira, querido. De lo contrario, se iguala uno á los moluscos y á las organizaciones rudimentarias.

Mi hombre se exaltaba, y se engañaba á sí mismo. Cuando trabaja la imaginacion, y se emplea en beneficio de la buena fé, concluye por creer en sus propias creaciones. ¿Qué habia yo de hacer? ¿qué podia oponer á esto? ¿habia de combatir ilusiones? ¿para qué servia? Toda controversia habria empeorado las cosas. Lo comprendí y me refugié en el silencio, como postrera y elocuente protesta. Pero Oscar no se resignaba con tanta facilidad: se habia dado el impulso y este le arrastraba.

—¡Ah! ¡dudabas de mí! esclamó; eso es grave, Jerónimo.

—No por cierto, le dije para cortar la conversacion.

—¡De veras! ¿no soy republicano? ¿no tengo sangre republicana en las arterias? ese es tu modo de pensar.

—Basta, Oscar, ya renuncio.

MCD 2022-L5

—Paturot, no acuso á tu corazon, sino á tu erudicion. Dos veces te he remitido á la historia, y lo hago por tercera vez.

—¡Dios mio! concluyamos.

—Consulta la historia, te digo, y verás como todos los pintores eminentes han sido republicanos. ¿De dónde salieron nuestros maestros? ¡De Grecia! república; ¡de Roma! república; ¡de Florencia! república; ¡de Venecia! república; ¡de Holanda! república. Paréceme que es concluyente. En todos los tiempos, en todas las épocas ha sido la república la madre resplandeciente del arte. ¡Y querias que hubiese yo renegado mi filiacion natural! ¡que no fuese, que no hubiese sido eterna é invariablemente republicano! ¡Jerónimo, comienzas á contraer la enfermedad del siglo! te hallas contagiado de escepticismo, querido.

—Vamos, Oscar, cálmate, me rindo; sobre todo no vuelvas á hacer gestos exagerados, pues parece que te estás poniendo en espectáculo.

—¡Gracias á Dios! me gusta ver que reconoces tu error: eso es prudente y juicioso. A no ser así, mira, iba á confundirte con una sola palabra.

—¡Bah! ¿cuál era?

—¡Te llamaba dinástico! es un epíteto que hunde á un hombre para siempre.

—Corriente, me doy por muerto; pero calla, que nos observan.

En efecto, los desordenados ademanes del pintor habian atraido en torno nuestro á algunos curiosos, é íbamos á convertirnos en centro de una reunion numerosa de personas. Me cuidaba muy poco de obtener semejante honra, y apresuré el paso para sustraerme á ella. Oscar se tranquilizó por fin; una espresion de tranquilizadora serenidad se estendió por sus facciones. Además absorvia su atencion un nuevo espectáculo. Caíamos en plena fiesta. Corporaciones de obreros cubrian los *boulevards* y se adelantaban hácia nosotros con banderas desplegadas. Oíase el sonido del clarin y las canciones llenaban el espacio. Hasta donde alcanzaba la mirada se veía tan solo una masa ondulante sobre la cual flotaban mil banderas. Elevábanse de ella estrepitosos gritos, lo que añadia un comentario significativo á aquella escena.

—¡Ese es mi pueblo, esclamó Oscar, mi noble y grandioso pueblo! le conozco.

El artista habia vuelto á su exaltacion; sus ojos lanzaban relámpagos, su barba se animaba con reflejos mas brillantes. No habia sido muy largo el momento de descanso.

—Ya vés á mi pueblo, Paturot, ya le vés.

—¿Tu pueblo?

—Sí, Jerónimo, el mio. ¿De quién ha de ser? ¿No le he llevado, acaso, en mis entrañas de artista? ¿No es ese el pueblo del génio y de la pasion? ¿el pueblo del colorido y de la pureza de líneas? ¿el pueblo del ocre y del cobalto? ¿Solo somos dos los que en la tierra podemos comprenderle, y quieres que no sea mio? ¿De quién ha de ser, entonces? habla.

—Nada pongo en duda, Oscar.

—Sí, Jerónimo, es mio, muy mio, y la prueba está en que á todas horas me apodero de él, me adorno con él, y no protesta. ¡Mira como camina por las calles! ¡Qué aspecto tan glorioso! ¡Qué actitud tan altiva! ¡Oh pueblo mio! ¡Mi hermoso y gran pueblo! ¡Eres fuerte porque eres bueno; eres bueno porque eres fuerte! Eres bueno y fuerte porque eres fuerte y bueno. Posees el vigor del atleta, pero tienes tambien las gracias infantiles del niño. Jerónimo, Jerónimo, hay momentos en que mis ojos se llenan de lágrimas de placer y ternura al pensar que ese pueblo me pertenece, que es mio, verdaderamente mio, de su amigo, de su colorista. ¡Tanta abnegacion por algunas paletas llenas de pintura! ¡Eso es pagarme con creces, pueblo generoso!

—¿Así pues, es enteramente tuyo? dije al artista haciendo todos los esfuerzos imaginables para abundar en sus ideas.

—Entendámonos, Jerónimo: otros aspiran á poseerle; todos se prevalen del pueblo y hablan en su nombre. No hay un solo botarate que no pretenda llevarle en pos de sí. Este le convoca en la Bastilla, aquel en el Campo de Marte. Le emplean para todo: en paseos, en carteles, en boletines. ¡Es tan bueno el pueblo! Pero en cuanto á ser de todos, como muchos lo piensan, nada de eso. Solo pertenece á dos seres en este mundo: á mí, y á una musa á quien yo conozco.

—¡Ah!

—Sí, Jerónimo, y mas á ella que á mí. Lo confieso, aunque por ello haya de padecer mi vanidad. Preciso es conocer que nada ha escaseado. ¡Cómo le ha prodigado el cinabrio y el vermellon! ¡Glorioso pincel, por vida mia! En fin, nos aventaja. Entre ella y el pueblo, es una union de vida y muerte. Si Dios resumiese en un tipo humano la robustez, la gracia y la virilidad del pueblo, ¡cielos! ¡qué hermosas bodas veríamos!

El torrente popular seguia su curso, y cuando el artista hubo con-

cluido su período, el *boulevard* estaba libre. Dirigió una invocacion postrera á la multitud y me acompañó hasta la fonda en que yo residia.

En lo sucesivo no volvió á dejarme; casi llegamos á ser inseparables. En vano habria sido que yo hubiese intentado libertarme; se imponia. Debo añadir que su concurso me era útil. Me habia prometido ver al ministro, preparar el terreno y facilitarme la entrada en su despacho. Además, ¿en dónde podia encontrar un compañero tan afectuoso y adicto? Mis antiguas relaciones se habian interrumpido, y aun no habia podido formar otras nuevas. Solo me quedaba Oscar; era preciso aceptarle con sus cualidades y sus defectos. Luego, como he dicho, se imponia.

No transcurria un solo dia sin que asistiésemos á alguna emocion esterior. Unas veces era el pueblo que llega á sorprender al gobierno con un programa inesperado; otras era el gobierno que invitaba al pueblo á disfrutar en alguna fiesta pública, el espectáculo de su propia embriaguez y de su propia felicidad. Estas ceremonias se reproducian á cada instante, sin que nunca se cansase la paciencia ni el entusiasmo de sus ordenadores. Nada les costaba trabajo prodigar; ni las estátuas, ni las luces de Bengala, ni la solemne pompa de la antigüedad. Se admiraban á sí mismos en su obra y se complacian en ella. ¡Qué satisfaccion esperimentaban cuando en un hermoso dia, podian abarcar con una sola mirada cien mil bayonetas y admirar los rayos del sol reflejándose á lo lejos en aquellas masas de acero! Era su espectáculo favorito, y se le procuraban con frecuencia; al dia siguiente consignaban sus pintorescas impresiones en numerosos manifiestos públicos. Era imposible no reconocer en esto hombres felices contentos de sí mismos, entusiastas del efecto que habian producido.

—¡Esos son artistas! me decia Oscar con marcado sentimiento de orgullo; al menos nos comprenden. No temas, Jerónimo, que dejen á la República desviarse de su objeto; son del oficio y no pueden hacer eso. Sabe Dios lo que llegaremos á tener con ellos: solo con pensarlo me lleno de satisfaccion. Tendremos las fiestas de Eleusis y las Panaténeas, los combates del Circo, toda Grecia, toda Roma, y Egipto por añadidura. Asi es como se adiestra á los grandes pueblos, Paturot; divirtiendo al pueblo se le maneja de un modo irresistible. ¡Oh! ¡lo entienden esos hombres profundos! ¡Los he llamado artistas! ¡tambien son políticos, y qué políticos!

Ya fuese ó no por cálculo, París estaba en continuos festejos. Habia

cambiado su existencia ocupada por una vida ociosa. De los talleres desiertos salia una multitud ávida de distracciones. Tenia donde escoger: tiro de arco, juegos de sortija, loterias al aire libre. Era una feria perpétua. Parecia un pais fértil y abundante, un pueblo libre del cuidado de pensar en el dia siguiente. ¡Venturosos pastores! ¡felices ovejas! Para los primeros diversiones mitológicas; para los segundos el campo libre y pasto asegurado. Así se distribuian los papeles en aquella égloga digna de Jesner. Verdad es que aquí y acullá habia algunos cohetes demás, é iluminaciones de un carácter poco espontáneo; pero solo era una sombra imperceptible en un cuadro brillante. Yo, que iba siempre en busca de mi bello ideal, casi estaba tentado á creer que le habia encontrado en mi camino sin trabajo, sin esfuerzos, cual un resultado casual de las circunstancias.

Sin embargo, esperimenté cierta duda; temia que aquel júbilo aparente ocultase misteriosos dolores. En aquellos gritos, en aquellos raptos predominaba no sé qué indicio áspero y artificial que despertaba mis sospechas. En el fondo de aquella actividad febril buscaba yo el trabajo, un trabajo formal, la salud del alma y el pan del cuerpo; no le hallé. Aquellos hombres tan ardientes para regocijarse, cada dia tomaban prestada de la comunidad una parte de su subsistencia y nada le daban en cambio. ¿Podia durar aquello? ¿No tenian ellos mismos este convencimiento? Era una averiguacion que debia hacerse, y la emprendí con fervor. En los salones, en los grupos, encontré gentes de todas las clases y condiciones. Llamélas aparte y las interrogué. El problema se planteaba por sí solo. Si la República constituia en conjunto el júbilo y el orgullo de Francia, ¡cuántos dichosos debia hacer al pormenor!

La primera persona á quien me dirigí, fué un banquero, hombre honrado y sinceramente republicano.

—¡Ah! caballero, me dijo, ¿qué me pregunta V. ahí? ¿No vé V. acaso, lo que está pasando? Veinte casas de banca de primer órden rehusan cumplir sus compromisos; varias otras sucumbirán todavia. Los que quieren quedar con honra se declaran en liquidacion. Antes de dos meses ya no habrá en Paris una sola caja para el papel del comercio, y aun quizás no habrá papel. ¿Qué quiere V.? Los millones se funden en nuestras carteras; es cosa que dá compasion. No hay un valor que no esté en completa decadencia; no hay garantía que no sea sospechosa. Se duda de todo el mundo, de V., de mí, del Banco, del Tesoro. El crédito está perdido, estinguida la confianza. He ahí los hechos: son bien

evidentes á la simple vista. ¡Ay! caballero, el gobierno caido es un gran culpable.

Esta queja del banquero me sorprendió; era tan amarga que me inspiró sospechas. Creí por un momento que aquel hombre estaba vendido á la reaccion. Para absolverle, necesitó el concurso de otros testimonios; pero me sirvió de leccion. En lo sucesivo solo me dirigí á los republicanos puros, probados, de acreditada opinion. Tal era, por ejemplo, el fabricante á quien espuse mis dudas.

—La industria, ¡ciudadano! ¡me pide V. noticias de la industria! Tanto vale informarse de la salud de un muerto. Empleaba yo dos mil operarios; ahora solo tengo ciento, y aun estos los conservo por humanidad. Nada vá bien, nada marcha como es debido. La pátria ha pedido que en su obsequio rebajemos dos horas diarias de trabajo. Está hecho: las he sacrificado en sus aras y no me pesa. Ante un principio es preciso saber prescindir de un interés propio. Pero dos horas menos de trabajo constituyen un diez por ciento en la mano de obra, y como por término medio solo ganaba yo un cinco, comprenderá V. que me he visto precisado á desarmar mis telares. Si el público se resigna á pagar las telas mas caras, veremos; entonces como entonces. Pero no me parece que se decidirá á ello. Una clientela de arruinados es poco provechosa, ciudadano. Por lo mas mínimo me marcharia á América con mis capataces y mis privilegios. Calcule V. ¡yo, la flor de los patriotas! El gobierno caido es quien tiene la culpa de todo ello. ¡Infame gobierno!

Esto parecia un eco; el banquero y el fabricante se confundian en el mismo anatema. Llególe su turno al que vivia de sus rentas.

—¿Quiere V. mis cupones? me dijo; se los daré baratos. He tomado del cinco á ciento veinte y dos, y del tres á ochenta y cuatro: tenia confianza, caballero, y esta palabra lo esplica todo. El tres está á treinta y cuatro, y el cinco á cincuenta. Vaya V. contando. Tenia acciones de todos los ferro-carriles: del de Orleans, del Norte, de Ruan, de Marsella, de Nantes, de Estrasburgo. ¡Dios sabe cuánto dinero me han costado! Hoy son verdaderos papeles mojados: helos aquí, azules, verdes, de color de rosa. Tanto me valdria tener acciones del Mississipí. Poseia bonos del Tesoro; dinero facilitado, deuda exigible, contaba con ello. Encontré la puerta cerrada. «Pase V. de largo, buen amigo, mas tarde veremos. Si tiene V. priesa, váyase á la Bolsa: allí le darán quientos francos por mil.» Muy bien: no hay que andar en dificultades con los amigos. Ahora, caballero, recapitule V.: fondos públicos, un millon; ferro-carriles, tres mi-

llones; bonos del Tesoro, dos millones, sin contar los céntimos adicionales sobre inmuebles, y el impuesto sobre los empréstitos hipotecarios. He ahí mi balance.

—¡Pobre hombre! esclamé.

—Por lo demás, soy justo: dejo fuera de todo á la república, ¡Dios me libre de acusarla! Toda la culpa es del gobierno caido.

—Es una fortuna, pensé yo.

Hasta entonces no me habia dado resultados muy satisfactorios mi investigacion. Por todas partes sufrimientos y quejas. Los procuradores no veían llegar los pleitos; los empleados de la curia temblaban por sus títulos. Hasta los alguaciles del tribunal de comercio se quejaban á voz en grito: un decreto suprimia la prision por deudas. En cuanto á los empleados, cuando no se les destituia, se les reducia á un sueldo mezquino. La desgracia se hacia sentir tambien en el ejército y en la armada, pues la situacion de reemplazo hacia numerosas víctimas entre los oficiales de todas graduaciones. La naturaleza misma tomaba cartas en el asunto y destituía á los médicos: ya no habia enfermedades, habian desaparecido en la piscina de la revolucion.

Sin embargo, solo me habia dirigido á las clases acomodadas: quizás existian las compensaciones en otra parte.

—Vamos hasta el fin, dije; es imposible que una metamórfosis tan gloriosa no haya dejado en alguna parte un gérmen fecundo y ventajas visibles. Acabo de consultar á los que habian abusado de la fortuna: la suerte les castiga. Espian en un dia las culpas de veinte años. Habíanse adormecido en el fausto y la corrupcion, y despiertan entre ruinas. Es justicia; el dedo de Dios se revela. Todo lo artificial y falso que habia en su existencia se hunde en un solo dia: ¿puede verse cosa mas natural? Creyeron en una opulencia y en un poderío eternos, y se les escapan de entre las manos; ¿quién osaria decir que no es un castigo merecido? La rueda de la fortuna se ha puesto en movimiento y ahora encumbra á otros. Olvidemos á los antiguos favoritos y veamos á los nuevos. Para estos, al menos, habrá sido buena madre la república.

Dirigíme á las clases favorecidas por el nuevo régimen: el comercio al por menor, el capataz de fábrica, el obrero. En la tienda y en el taller busqué á los afortunados de la revolucion.

—¡Ah! ciudadano, no me hable V. de eso, dijo el comerciante al pormenor; el cielo me es testigo de que todo lo he sacrificado á la república. Por ella he conspirado y me he batido. En julio y en febrero me

vieron detrás de las barricadas, empuñando el fusil. Tomé una vez el Louvre, y otra las Tullerias. Esto fué dar garantias de mi opinion, ¿verdad? ¡Pues bien! ¿sabe V. el beneficio que me ha producido? Tener los estantes llenos de género, y el arca vacia. Ha caido una maldicion sobre nuestro almacen de dos meses á esta parte: nadie entra ya en él. Luego, los que nos deben no nos pagan, y tenemos que pagar á nuestros acreedores. Los pobres como nosotros, ciudadano, no tienen mas patrimonio que la honra. Una letra vencida es cosa sagrada, y cuando no entra el metálico y se acerca el vencimiento de un plazo, hay momentos de terrible angustia, de que no puede V. formarse una idea. Se impone uno privaciones, se junta escudo por escudo para llegar á reunir el total; y cuando se logra, se respira durante dos dias mientras llega otro vencimiento. ¿Es esto vivir? Mire V., si no fuese por la idea de dejar á las criaturas en la miseria y de imponer á la mujer querida el traje de viuda antes de tiempo, varias veces habria dejado ya este comercio para ir á ver el que se hace en un mundo mejor. No es esto acusar á la república: ¡Dios me libre de hacerlo! Necesita tiempo para robustecerse y se le concedo. No es suya la culpa, ¿está V.? hace lo que puede. Hay en ella hombres de mérito y tan puros como el rio. Si las cosas estan así, culpa es del gobierno caido.

Así me habló el mercader; he aquí, ahora, como se espresó un obrero.

—¿Quiere V. saber lo que opino, ciudadano? Se lo diré muy clarito. Se ha errado el negocio y hay que rehacerle. Nos dijeron: ayudemos á hacer la revolucion, y esta vez se contará con VV. Está bien; palabra dada, trato cumplido. En dos golpes de mano se hizo la operacion. Ahí tienen VV. su mercancía: ¿dónde está el dinero? Aquí comenzaron las dificultades. Organicemos el trabajo, esclamaron en el Luxemburgo. Muy bien, organicen VV., ciudadanos, y tómense el tiempo necesario. El obrero tiene algunos ahorros y aguardará. Pasan tres dias, cuatro; se pronuncian discursos, se abrazan, se felicitan mútuamente. Muy bien: el obrero ha delegado á algunos compañeros suyos que toman por juego el sentarse en los escaños de los pares. Siempre es una honra, aunque no sirva para llenar el estómago. Lo tomó con paciencia y confió en los demás; ademas, si estaba en la calle, era en lo mas alto, lo cual servia de consuelo. Sin embargo, se alzó una voz del Luxemburgo, diciendo:—¡Vamos á tratar de organizar el trabajo! ¡Diablo! dijo el obrero, el primer dia organizan y ahora tratan de orga-

nizar; esto no progresa. Temo que habremos de contentarnos con los ejercicios recreativos procurados á nuestros compañeros. Entre tanto, el obrero permanece en la calle con mas escaseces que nunca. Poco á poco se agota el dinero, se vácia el bolsillo, y aun el crédito para tomar al fiado desaparece. Quiere volver á su taller y encuenlra la puerta cerrada; llama en otra, y recibe la misma acogida. Todo se cierra ante él. El trabajo habia desaparecido mientras trataban de organizarle. Me equivoco, todavia quedaba uno, pero este tenia un nombre usurpado: no era trabajo, era la facultad de pedir limosna. Antes me romperia los brazos que recurrir á este medio de subsistencia.

—¡En efecto, es muy triste! pensé yo.

—Sin embargo, se trataba de vivir y de apelar á todos los recursos.—Echemos mano del dinero que está en la caja de ahorros, dije para mí, y fuí á pedir al gobierno los escudos que le habia confiado. ¿Querrá V. creerlo? pues se negaron á dármelos. Vamos, esclamé, eso es una chanza pesada. ¡El dinero del pobre! ¡el óbolo del desgraciado! ¡no restituirle al instante, y eso al dia siguiente de una revolucion! Bien decia yo á V. ciudadano, que hay que rehacerlo. Nos invitan á dar un golpe de mano, y acudimos; nos dicen:—Esta vez es para VV., y lo creemos. ¡Y luego, cuando están arriba, cuando se han encumbrado apoyándose en nuestros hombros, su primera palabra es hacernos bancarrota! Gracias ¡magnífica fortuna! ¡Haga V. revoluciones para eso! Y no es esto que yo les quiera mal, ciudadano: el obrero no es injusto y sabe sufrir. Sé que nuestros hombres hacen lo que pueden.

Hallábame al fin de mi investigacion, que me habia sumido en profundo abatimiento: desde el mas alto hasta el mas ínfimo puesto de la escala social, todos sufrian, todos se lamentaban. No faltaban variaciones, pero el tema siempre era el mismo.

—Sí, dije para mí, repitiendo el estribillo, el gobierno caido era malo ¿pero en dónde están los hombres á quienes la república ha hecho felices?

Oscar se hallaba junto á mí: le espuse las dudas que acababan de ocurrirme y los escrúpulos que me asediaban.

—¿Es esta nuestra ilusion? le dije; todos se quejan, todos se lamentan.

—Es un género como otro cualquiera, querido, y nada mas. ¿No les ocurre, acaso, hacer otro tanto, á los pintores de brocha gorda y á los literatos? Los unos hablan de beberse su tinta, y los otros de tra-

garse sus colores. Es una manera de hacerse los interesantes, y nada mas. Estamos en pleno paraiso terrenal, Jerónimo; crée á un hombre que lo entiende.

Al fin habia yo encontrado al hombre feliz de la república: ¡era Oscar!

CAPITULO VI.

JUGAR CON FUEGO.

En las reuniones del ministro volví á hallar al anciano de buen humor cuyo encuentro me habia sido tan precioso, y se establecieron entre nosotros íntimas relaciones. Pertenecia á una familia antigua de Bretaña, los San-G***, quienes habiendo regresado en 1814 y hallándose arruinados por una emigracion prolongada, hubieron de aceptar, por via de compensacion, elevados cargos administrativos. Vencidos con la rama primogénita de la familia real, dejaron sus empleos y se retiraron á vivir á una provincia, con algunas rentas insignificantes y unas tierras de escasa estension. La familia se estinguió allí, y de una descendencia numerosa solo quedó mi nuevo amigo el baron, reducido á una mediania muy próxima á la indigencia. Lo soportaba alegremente, como mas fuerte que el destino. Al oir el rumor de los acontecimientos ocurridos, acudió á París; era su dia de revancha. Nada habia querido aceptar de un rey que no era el suyo, pero no se ruborizó por constituirse en pretendiente de la república. Esta le arrebataba su título, y él la pedia pan. —Soy hijo de obrero, decia riendo; uno de mis antepasados machacó hierro en las cruzadas. Desde aquella época, todos hemos sido herreros á nuestro modo; veinte de los nuestros han muerto en la faena. ¡Eran verdaderos y buenos compañeros, á fé mia! ¡compañeros inseparables del deber, sobre todo!

El baron habia nacido bastante pronto para asistir, muy jóven todavia, á las escenas de nuestra primera revolucion. Pero mostraba estraordinario acierto en el capítulo de las analogias y de las reminiscen-

cias. Todo lo que era plagio de otra época, lo observaba, lo denunciaba al momento.—Eso es, eso es, decia; clubs, mociones, hojas verdes en las bocas de los fusiles. Os conozco, republicanos, os llamais Petion y Camilo Desmoulins. He ahí á Bailly, que quiere detener el carro y coronarle con los atributos de la paz; mas tarde vendrá Danton, que le impulsará á la conquista, con sangre hasta los ejes. Está bien, á cada cual su papel. A todos os encuentro, Fuldenses y Girondinos. Cerca está la Montaña, puesto que os hallais ahí. Vamos, ¡valor! ¡manos á la obra y pronto! Haced vuestra faena, Dios hará la suya.

Si la memoria del baron no le hubiese servido con tanta exactitud para estos pormenores, tenia á su lado una persona muy á propósito para suplirle. Era una criada anciana, bretona, cuya edad imposibilitaba ya todo cálculo, despues de haber apurado la paciencia de tres generaciones. Llamábase Marta; habíase empeñado en seguir á toda costa á su amo á París. En los criados hay un momento en que se truecan los papeles; el baron pertenecia á Marta mas que esta á aquel. En la reducida habitacion que ocupaba, nada se hacia sino al antojo de la bretona. Todo lo arreglaba ella, y era preciso conformarse. Su amo tenia que acostarse á tal hora, levantarse á tal otra, comer esto ó aquello; era un programa establecido, en el que nada habia de alterarse. El baron pasaba una mitad del dia discutiendo con Marta, y la otra mitad cediendo á sus caprichos. Estas dos existencias se identificaban así, y ya no podian separarse sino para bajar á la tumba.

Desde que Marta llegó á París, un sentimiento predominaba esclusivamente en su alma: era el espanto. De su larga existencia, solo le quedaba un recuerdo: el de las escenas de la Revolucion. Todo se habia borrado escepto aquella huella profunda. El aspecto de París la hizo recordar aquel tiempo; creyó volverle á ver y asistir á él; en lo sucesivo fué ya esta su idea fija. Reinaba fuera el terror, nadie la habria arrancado esta conviccion. Habia visto el gorro frigio sobre un haz de armas, y esto bastaba. Desde aquel momento se creyó autorizada á adoptar medidas decisivas: la seguridad de su amo lo exigia. Arregló un escondite en el cual debia ocultarse de las visitas domiciliarias, y de buen ó de mal grado fué preciso que el baron hiciera la prueba de meterse en él. Marta fué mas lejos todavia: en todo tiempo tuvo provision de pan para tres dias, y de carne para dos. A la menor señal de alarma, duplicaba la cantidad de provisiones. El baron habia llevado consigo un poco de dinero y algunas cantidades en papel: Marta se apoderó de

ello, lo metió todo en un saco y lo ocultó debajo de las cenizas del hogar. Por esceso de precaucion echó encima una capa de hollin. Era una imginacion fértil que habia atravesado las guerras de la Vendée y el régimen de los sospechosos.

Inútil era que el baron se resistiese á aquel esceso de celo; Marta era intratable. A toda costa queria salvarle y arrebatar su cabeza al cadalso. Para esto le hacia morir á fuego lento y con ingenioso refinamiento. Eran persecuciones interminables y con el mas mínimo pretesto. Si disparaban un cohete en la calle, ya no podia salir el baron; por su gusto le habria puesto una coraza. Como siempre estaba escuchando, rara vez volvia á casa sin alguna noticia alarmante ó alguna narracion sombria, y todo lo que recogía de esta suerte, habia que resignarse á escucharlo. No perdonaba á su amo el mas mínimo detalle, y añadia de su propia cosecha comentarios espantosos. Con ella no habia un momento de tregua; siempre se estaban degollando en uno ó en otro barrio de París. Se habian formado listas de proscripcion, y en ellas figuraba el baron. A toda costa era preciso marchar al estranjero, pues la situacion era ya inaguantable. Un dia veia que arrastraban por fuerza á un sacerdote hasta un árbol de la libertad, y que le obligaban á bendecirle. Al dia siguiente veía á una diosa de la Razon, con la pica en la mano y el gorro frigio en la cabeza. Cada salida que hacia á la calle producia un descubrimiento, y cuando por casualidad no descubria cosa alguna, era la mujer mas desgraciada.

Una mañana en que habia ido á comprar algunas provisiones, el baron la vió volver en un estado de turbacion y de sobresalto que escedia los límites de sus terrores habituales. Cubria su rostro una palidez cadavérica; un temblor convulsivo agitaba todos sus miembros. Dirigia sus manos á la pared como para buscar un punto de apoyo en ella, y se dejó caer en una silla lanzando un suspiro profundo.

—¡Ah, señor! dijo con voz sofocada, acabo de verle, le he visto.

—¿Á quién, Marta? preguntó el baron sobrecogido por involuntaria inquietud.

—Digo á V. que le he visto, señor.

—Ya lo oigo, ¿pero á quién?

—Con su chaleco blanco y su faja tricolor. ¡Ah! sí, ¡él era, el bribon! Le habria conocido entre mil.

—Dios mio, Marta, pero ¿á quién? ¿á quién? Vamos, esplíquese V.

—No hay dos en el mundo que gasten un sombrero como el suyo. Lleva plumas en él, y luego ¡tiene un aire!

—Pero Marta, Marta, ¡pregunto á V. quién es! ¿Se vuelve V. loca?

—¡Loca! ¡no por cierto! Le he visto, señor, tan claro como veo á V. ¡Un par de charreteras como las suyas! es imposible equivocarse.

—Decididamente, nada conseguiré de ella, esclamó el baron. Por décima vez, Marta, ¿me dirá V. quién es?

—¿Quién? ¡buena está la pregunta! ¿Quién quiere V. que sea? ¿Acaso puede ser otro?

—¡Todavia!...

—Rossignol, señor, que no hay dos como él.

—¿Rossignol?

—El mismo, sí, Rossignol. Ha pasado por la calle con dos edecanes. Me figuro que habrán denunciado á V., señor. V. es de los de la Vendée, señor, y es lo que él busca. De seguro vá á subir aquí.

Por fin adivinó el baron: tratábase del general Rossignol, á quien la Convencion envió al Oeste en la época de las primeras guerras de la Vendée. Sin duda habia encontrado la bretona en el camino á uno de aquellos juglares que solo veían en la revolucion un motivo de parodias y de disfraces. Habia visto dos charreteras y un plumero, y en materia de estos adornos, no conocia sino al general Rossignol que pudiese gastarlos. Inútiles fueron todos los esfuerzos de su amo, que no logró disuadirla. No quiso creer que, en el transcurso de sesenta años, se suceden muchos generales en este pais, ni que su Rossignol, proscrito por el consulado, habia muerto en los bosques del archipiélago indio. En su concepto era esta una mera invencion, y se creyó cada vez mas obligada á defender al baron contra los ataques del Tamerlan de la Vendée.

El anciano hidalgo se burlaba naturalmente de las alucinaciones de su sirvienta, y cuando esta se entregaba á ellas delante de mí, solicitaba de mí, con un ademan suplicante, que compadeciese á un cerebro debilitado. Sin embargo, la manía de Marta era tambien la suya, aunque en menor grado. En la nueva revolucion no queria ver sino un fiel trasunto de la primera; nada mas, y sobre todo nada menos. Trazaba á los sucesos un círculo fatal, fuera del cual no habian de moverse ya. Esta misma era la idea fija de la bretona, con distintos personajes y nombres. Preveía las propias locuras, los mismos escesos, y se jactaba de fijar el momento de su reproduccion con la exactitud del jugador que

lée en su tablero de ajedrez. Ignoro hasta dónde le conducia este trabajo de cálculo, y si acaso intervendria en él una esperanza misteriosa, un deseo favorito. Semejantes secretos pertenecen á los pliegues mas recónditos de la conciencia: no penetré en ellos. Pero su perspectiva, ya fuese ó no interesada, me parecia falsa, y la combatia con todas mis fuerzas. De aquí surgieron entre nosotros frecuentes debates, que todos dieron resultados negativos; no logró catequizarme, ni yo pude convencerle.

Lo que mas robustecia las convicciones del baron era que hasta entonces las cosas, en su sucesion histórica, marchaban punto por punto, detalle por detalle, tal como él lo habia previsto. En el seno de los clubs, encontraba de nuevo el lenguaje y los recuerdos de los Jacobinos; en las calles y encrucijadas, las emociones populares de otro tiempo. Los periódicos tomaban otra vez los colores y los títulos de los diarios mas célebres de la otra época revolucionaria. Era evidente que el pasado se reproducia; revivia hasta en aquellas fiestas, mezcladas de alegorias, que el gobierno se daba á sí propio con perjuicio del Tesoro, y con la mira de una satisfaccion pueril. Aquellas análogias tan positivas, tan evidentes, eran para el baron un motivo de triunfo y le suministraban armas contra mí.

—¿Pero V. nada vé de lo que ocurre, Sr. Paturot? me decia con viveza. Esto no es sino una segunda edicion, poco revisada y nada corregida. ¡No me equivocaba!

—Aguarde V. baron, le contestaba.

—¿Para qué? ¿no está bien claro? Escepto el patíbulo, todo lo hay ya, y tambien tendrá V. aquel.

—Ignoro, baron, lo que estamos destinados á ver; no soy profeta. Los sucesos casuales de este mundo, engañan á los mas previsores. Pero lo que sé muy bien es, que en el fondo de las cosas que estamos presenciando, hay mucho ficticio y poco formal. Lo que V. toma por síntomas profundos no son sino accidentes sin gravedad. Nuestros antepasados figuraron en un drama terrible en que los actores se inspiraban con los acontecimientos; nuestros contemporáneos se esfuerzan todo lo posible para representar una mala comedia con libros. Imitan á sus padres y solo copian los errores de estos. ¿Dice V. que esto es como la antigua revolucion, el mismo aspecto, la propia perspectiva? ¡sí, pero es volviendo el anteojo del revés!

—¡Qué importa, si los resultados son iguales!

—No, no lo serán. Las cosas grandes son espontáneas, no se hacen por imitacion. Además, ¿en dónde vé V. en todo esto pasiones elevadas ni generosas? Algunas vanidades, ambiciones pequeñas, codicias de baja ralea, y sobre todo ello la impotencia y tras de esta el plagio. Copian, ya que no pueden crear. Ese es su argumento, baron; ¡pues bien! le vuelvo contra V.

—¡Diantre! quisiera ver eso, dijo el baron herido en lo mas vivo.

—¿Dónde encuentra V. en los anales de los pueblos, un período histórico que se calque sobre otro? En ningun tiempo han faltado los plagiarios, pero la Providencia ha tenido que defraudar sus designios, porque le agrada la variedad y no gusta de repeticiones. Luego, ¡cuántos elementos ausentes, imposibles, desvanecidos! ¿En dónde están la Bastilla y su puente levadizo? ¿En dónde Versalles y su rey? ¿Y al lado de las cosas que se llevó el tiempo, cuántas otras han sobrevenido? Aquel inmenso pueblo armado, ¿por qué no le tiene V. en cuenta, baron? Aquella prudencia del pueblo, que resistia á todo, á las adulaciones, á los consejos, y aun á los malos ejemplos, ¿por qué no hace V. caso de ella? ¿No se pueden sacar de allí pronósticos mas ciertos y seguros que de todas esas parodias revolucionarias, del corte de una casaca, de una emocion de club y de un título de periódico?

—Me trae V. á maltraer, Sr. Paturot, indudablemente. Poco me falta ya para pedir gracia.

—Convénzase V., baron, de que el peligro no está ahí. Nunca se repite á sí misma la historia. ¡Ojalá no tuviéramos que resolver otros problemas!

—¿Otros problemas? ¿cuáles?

—Esos son nuevos, al menos; recuerdan la fábula de Atlas: hay todo un mundo que sostener sobre los hombros, nada menos. ¡Espero lograrlo dentro de poco tiempo!

—¿V., señor Paturot?

—Yo, baron; pero no insista V., pues solo podria mostrarle un bosquejo. Me faltan todavia siete ú ocho combinaciones.

—¡De veras!

—Lo que quiero establecer de un modo positivo, es que nada tiene que temer el pais de esas alharacas y de esa renovacion de pasadas violencias. Eso no es sino un juego de niños voluntariosos.

—¿A qué aguantarlo entonces, Sr. Paturot? ¿A qué dejar que se instale el desórden en las calles y que penetre el terror en las casas en

pos de esas imitaciones tan inofensivas y pueriles? Dice V. que carecen de verdadero peligro; pero el imaginario que crean, ¿para nada ha de contarse?

El baron tomaba la revancha, se colocaba á su vez en el buen terreno, y yo no sabia cómo defenderme en la discusion en que me encerraba. Permanecí silencioso y él continuó diciendo.

—¿Para nada cuenta V. los sufrimientos de la industria que tanto necesita la tranquilidad? ¿Para nada cuenta V. esa emigracion constante que autoriza el miedo, y que priva al comercio de sus salidas mas productivas? ¿Para nada cuenta V. la angustia del pais, que anhela asentarse de nuevo y lo mas pronto posible sobre sus bases conmovidas?

—¿Quién dice á V. eso, baron?

—Y si es verdad que nada hay profundo en ese desórden esterior; si es cierto que el gobierno, en materia de serios obstáculos, solo tiene delante de sí algunas imaginaciones enfermas, ¿cómo es que no ha obrado con mas energia, armonía y oportunidad? ¿Se complacerá, acaso, en ver como esa agitacion turba los ánimos, hiere de muerte al crédito y aniquila la riqueza?

—Es V. severo, baron; el gobierno no ha podido tener sino buenas intenciones: se fiaba en los beneficios del tiempo.

—Y todo empeoraba, Sr. Paturot, y nuevas ruinas se agregaban á las existentes. He ahí precisamente en lo que le culpo. Para hacer una república que no fuese la antigua, era preciso emprenderlo desde el principio; decir lo que se queria y lo que no, y luego reprimir atrevidamente el resto. En Francia solo se conoce al poder por la accion. Debe disponer de la via pública, y no permitir que al antojo de algunos facciosos se convierta en teatro de violencias ó de farsas. En la primera invasion estaba ya marcada la línea de conducta: era preciso obrar; ¿por qué no lo ha hecho el gobierno?

—¿Al menos convendrá V. en que ha defendido nuestra bandera?

—Sí, y eso le honra; en aquel dia se mostró grande; era principiar bien: ¿por qué no continuó del mismo modo? Pero en el momento mismo daba una facilidad al desórden: ¡permitia que le llamasen ciudadano!

—¡Vea V. que crímen! esclamé riendo.

—No me chanceo, Sr. Paturot, repuso gravemente el baron; en esa palabra ha habido mas calamidades de lo que V. imagina. Era la muestra del nuevo régimen, y al aceptarla daba el ejemplo de todas las parodias que hemos presenciado. ¡Hay tantos carneros en este mundo! Del ciu-

dadano se ha pasado al club, del club á los árboles de la libertad, de estos á los penachos revolucionarios, y por poco que dure la situacion, en el año 56 de la república verá V. reproducidas las fiestas de los descamisados y de la Razon.

—¿Todo eso encierra la palabra ciudadano?

—Sí señor, sí, dijo el baron animándose cada vez mas; ha herido á muchas almas, créalo V. Ha envalentonado á unos, y ha aterrado á otros. Ha debido hacer derramar muchas lágrimas en secreto á los primeros que tuvieron el triste cargo de pronunciarle en público. No desisto de mi idea; ha sido mal principio y el gérmen de muchas locuras.

—¡Qué empeño tiene V.!

—Es que no me gusta que se zahiera á la conciencia pública. ¡Violentar el idioma, caballero! ¡Oh! otros mas fuertes que ellos lo han intentado, y no lo han logrado. ¡Con qué majestad se rebela nuestra hermosa lengua contra lo que le desagrada! ¡cómo resiste á lo arbitrario! Eso es lo que la ha salvado en todos tiempos; nunca ha tolerado mas yugo que el suyo. Esta es la razon de que yo no tema por ella, sino por nosotros. Así es como se corrompen las costumbres y se rebajan los caractéres.

—¿De veras? ¿y en qué?

—¡En qué, Sr. Paturot! Que confiesen la verdad los que en público se tratan con afectacion de ciudadanos, y de cada veinte habrá quince que solo lo hacen por cobardia ó por cálculo.

Decididamente el baron tomaba la cosa por lo serio, y de nada habria servido insistir, pues tenia que habérmelas con un breton. Además, acababa Marta de entrar en la estancia, y dirigiéndose al baron, procuraba llevárselo á la fuerza. En la calle se oía sonar un tambor.

—¡Pronto, señor, decia la sirvienta, pronto al escondite! Rossignol esta ahí, le busca á V.; es positivo.

Deseando saber quién podia turbar de aquel modo la imaginacion de la pobre mujer, me acerqué á la ventana.

—¿Dónde está ese Rossignol? la dije.

—¿No le vé V. con su baston y su plumero? Me parece que bastante llama la atencion.

Era un tambor mayor de la guardia nacional. He ahí el hombre á quien Marta transformaba en general, y á quien tachaba de descamisado y de asolador.

MUSEO ROMÁNTICO MADRID

MCD 2022-L5

CAPITULO VII.

EL ENFERMO Y LOS MEDICOS.

Solo hacia algunos dias que residia yo en París, y ya habia podido formar una idea de los sufrimientos que padecia. Su vida esencial, la que constituye su beneficio y su orgullo, se hallaba suprimida. El lujo habia abdicado, y con él las industrias que alimenta. El enjambre de los ociosos y opulentos huia á todo vuelo para ir á buscar á lo lejos un cielo menos sombrio y calles mas tranquilas. La gran ciudad perdia sus buenos clientes y veia aumentar por momentos los malos. Lo que se perdia en fortuna se ganaba en turbulencia, y esta ley de equilibrio no era muy á propósito para hacer que de nuevo entrasen en caja el trabajo y el crédito.

París no sufria solo: la riqueza del pais se hallaba profundamente herida. En casi todos los puntos se paraba la fabricacion, cual si por ella hubiese pasado un soplo mortal. Las únicas industrias que se hallaban al abrigo de la calamidad eran las que satisfacen las necesidades mas materiales, y aun se observaba en ellas estancamiento y decadencia. Pero las industrias de lujo, y especialmente las que llevan á lejanas comarcas la reputacion de nuestras artes, parecia que habian desaparecido de la superficie de la tierra. Esto se esplica. Los refinados goces de la existencia solo pueden ir unidos con la vida ociosa y con la tranquilidad de espíritu. Los séres felices engañan así su fastidio y derraman su oro con verdadera imprevision. Muchos se arruinan, todos ceden á porfia á la tentacion. En épocas borrascosas, estas costumbres y estos deberes mundanos se modifican instantáneamente. En vez de ha-

cerse visible, cada cual procura oscurecerse. Ayer cada uno procuraba hacer mas que otro; hoy se trata de hacer lo menos posible. Estos se lamentan; aquellos atesoran; todos se abstienen. Mézclase en ello la manía: es de buen gusto estar arruinado.

Esta vez, la ruina no era una ficcion; alcanzaba á todos. Desde el millonario hasta el simple obrero, no existia en Francia un solo hombre que no hubiese de sufrir alguna pérdida, de soportar alguna carga. Era un balance terrible ante el cual se sentia poseida de terror el alma de mejor temple. Una paz prolongada, el bienestar de la clase media, el abuso del crédito y el dominio de los hombres de negocios, habian inundado al pais con una masa enorme de valores convencionales que no podian liquidarse sin daño, sino con el auxilio de la tranquilidad general de los ánimos y de una paz perpétua. Ahora bien: esta liquidacion iba á hacerse en medio de un huracan y fácilmente se adivina el resultado que podria dar. Los títulos de la deuda, las acciones de ferrocarriles, los bonos del tesoro, los cupones de cajas de ahorros, todas les emisiones de las empresas públicas y particulares, los bancos, los canales, las sociedades industriales en comandita, las obligaciones de las compañias y de las ciudades, á todo esto alcanzaba un mismo golpe hiriéndolo, hundiéndolo. La proporcion del daño variaba; algunas veces llegaba al valor íntegro; en ningun caso era menor de la mitad. Para valuar á punto fijo la suma completa sería preciso consagrarse á hacer cálculos minuciosos, pero fijándola en sies ó siete mil millones, se obtiene un guarismo aproximativo. ¡Siete mil millones destruidos en un mes! ¡siete mil millones en circulacion! ¡siete mil millones rebajados de la fortuna de Francia!

¡Qué vacio, cielo santo! ¡y qué confianza tan viva y profunda era preciso tener en las nuevas instituciones para considerarle sin temor! Y no era que á mí me satisficiesen, como al gobierno, las estratagemas y las ilusiones. No, para todos era yo equitativo y marchaba de buena fé. No hacia pesar por entero sobre el régimen caido la responsabilidad de aquel desórden financiero. Atribuia una parte de él, y quizás la mayor, á los sucesos, al estado de los ánimos, al desórden de las calles, y aun á algunos decretos recientes de dudosa oportunidad. Pero una vez hecha justicia en este punto, tomaba las cosas desde mas atrás y como conviene lo haga un hombre pensador. Mas allá de esta catástrofe veía yo una leccion. Europa habia abusado del crédito; espiaba esta culpa. El crédito, mientras se apoya en trabajos formales, en garantias positivas,

puede tomar impunemente un vuelo sin límites. Adquiere fuerzas marchando y desafia al ojo mas perspicaz. Los reveses le someten á pruebas sin conmoverle, y resistiéndolas patentiza mejor su poder. Aplicado á garantias sospechosas ó á trabajos imaginarios, el crédito varia, por decirlo así, de carácter y de efecto. En el grado mas abyecto, no es ya sino una arma en manos de los bribones. En una escala menos equívoca, significa una confianza pasajera que nadie piensa en examinar. Se acepta con una mano lo que se restituirá casi al momento con la otra. Este juego se prolonga sin harto peligro hasta la hora en que el mundo se conmueve bajo la mano de Dios. Entonces desaparecen esas garantias ficticias, cual se desvanece un sueño al despertar. Se creia tener un objeto verdadero: solo era una sombra.

Tal es el crédito sospechoso, peligroso, sujeto á los abusos, y en esta categoria clasifico el crédito que se concede á los estados. Asegúrase que ningun dinero está mejor colocado que las sumas confiadas á aquellos. ¿En qué se apoya este sentimiento? ¿En el empleo de los fondos de que son depositarios? No. ¿En una gran habilidad financiera? Tampoco. Se dice que hay despilfarro, se sabe que hay dilapidacion, y sin embargo al primer llamamiento se abren todos los bolsillos. ¿Se tiene acaso entera y legítima fé en la fidelidad para cumplir los compromisos? Veinte veces se han violado estos; la historia está llena de estas catástrofes. Entonces, ¿de dónde procede esa confianza defraudada con frecuencia y pronta siempre? De malos hábitos, nada mas. No se discute el crédito, se sufre su imposicion. Se le atraviesa mas bien que se le sigue; se sirven de él, pero no se interesan en sus operaciones. Es un título del cual procuran deshacerse lo mas pronto y lo mejor posible. Nada mas. Los locos se lanza siempre adelante, y los mas cuerdos se contentan con seguir. Se hace lo que se vé hacer, sin fijarse en otras ideas ni en otros motivos.

Ya era tiempo de que se hiciese un ejemplar, y acababa de hacerse. El instrumento de que Europa habia abusado se rompia entre sus manos. He ahí la espiacion: si era dura, yo de antemano contemplaba sus buenos efectos. Nada de valores de mala ley: se sabia hasta qué punto quemaban los dedos. En cuanto al estado, el castigo era severo; la facultad de contraer empréstitos se secaba en sus manos. No importa; se inauguraba una nueva era para el crédito. La deuda pública, mas difícil de contraer, llegaria á ser mas formal y concluiria por un reembolso positivo y no por ficciones de amortizacion. El empréstito seria un

acto maduramente pensado y no un juego de azar. Se trataria al estado como un deudor comun, y dependeria de la intervencion pública. Espondria sus necesidades y sus recursos, esplanaria sus planes, y daria garantias de su buena gestion. Es la marcha sencilla, y como tal la mejor. En este mundo no puede haber dos sistemas de conducta, uno para los particulares y otro para los gobiernos. Para todos rigen las mismas reglas y el propio deber de no comprometer el porvenir sino con prudencia, y de arreglar los gastos á los ingresos. Dirán que es sistema de mercader de gorros, corriente; pero al menos tiene la ventaja de no conducir á la bancarrota.

Séame perdonada esta escursion á un terreno que no es el mio; es un tributo pagado á la debilidad de la época. Impulsa á ello el viento, y tambien las circunstancias. ¿Quién no es hoy algun tanto hacendista? ¿Quién, en sus horas perdidas, no salva al tesoro, y no tiene en sus bolsillos cuando menos veinte recetas para el uso de los gobiernos empeñados?

De todas suertes, el mal era grande aunque no faltasen doctores. Los mismos custodios de las arcas públicas lanzaban gritos de alarma. No se separaban de la cabecera del paciente, é imploraban en todos los tonos y modos el concurso de los prácticos. ¡Qué grandes medios! ¡Qué medicacion tan heróica! Nada se ahorró, ni las moxas, ni los sinapismos, ni revulsivo alguno de cuantos se conocen. Pero el enfermo no por eso mejoraba. Se debilitaba el pulso, enfriábanse las estremidades, era el principio de la agonía.

—¡Si le administrase un decreto! dijo entonces para sí el doctor que era el mas inmediato responsable del suceso.

Y al momento imaginaron en consejo un electuario que debia hacer que el Tesoro retrocediese desde las puertas de la tumba. No podia haber cosa mejor combinada: sus elementos eran todos específicos y de virtudes positivas. Solo un detalle perjudicaba, y era que el público debia suministrarlos. En efecto, se trataba, de un empréstito nacional que habia de suscribirse á la par. Se juzgó que á tanta costa era demasiado cara la curacion, y por falta de fondos quedó el electuario en estado de proyecto. Fácilmente puede conocerse que el enfermo no se mejoró y que la crísis se hacia intensa.

—No podré sacerle de ese estado sin un segundo decreto, dijo de nuevo el doctor responsable; es preciso que se le administre sin tardanza y vigorosamente.

MCD 2022-L5

A consecuencia de estas palabras se reunió el consejo y compuso ya una fórmula con elementos que tenia á mano y cuya eficacia era notoria. El paciente debia reformarse y renacer á la vida. Solo habia que temer una cosa: que sufriese por la demasiada obesidad. ¿Cómo no había de aliviarse de un modo patente? íbase á aplicar á sus órganos enfermos una porcion de bosques de la corona, millones de fresnos y álamos blancos, olmos seculares y tilos históricos, todas las riquezas vegetales del pais. ¿Qué tesoro no se habria salvado á este precio? El doctor responsable no lo dudaba; felicitábase de haber imaginado semejante medio. ¡Pues bien! envidioso el cielo frustró su combinacion. Quiso la desgracia que los bosques no pudiesen reducirse á metálico para el alivio del paciente. Los fresnos se negaban á entrar en las arcas en estado de esencia, lo mismo que los álamos blancos y los tilos. Era preciso convertirlos en metal, y en esto estribaba la dificultad. Quizás con el tiempo habria sido posible esta transmutacion; ¿pero de qué le sirve á un agonizante un auxilio lejano? Habia que obrar en el momento mismo, porque se declaraban accidentes desagradables. Habia aniquilamiento de fuerzas y síncopes contínuos.

—Decididamente, dijo el doctor responsable, soy demasiado avaro de decretos. Es el único medio de dominar el mal. Es preciso que le administre otro todavia. Una cosa ligera, pero decisiva.

El consejo se reunió por tercera vez y espidió un decreto. Nada complicado ni heróico habia en él; un medio muy sencillo, muy inocente. Tratábase de aplicar al enfermo el producto de los diamantes de la corona, es decir, lo mas portátil que hay en materia de remedios. Era imposible reunir mas energia en menos volúmen, ni imaginar una sustancia que concentrase mas virtudes. Era solo un paliativo; pero debia restituir las fuerzas al enfermo, y ponerle en estado de aguardar los beneficios naturales de la organizacion. ¡Ah! ¡cuán engañador es todo en este mundo! Este medio tan sencillo fracasó lo mismo que los demás. Los diamantes no fueron mas afortunados que los robles; el tratamiento mineral defraudó la esperanza de la ciencia como lo habia hecho el tratamiento vegetal. El estado del Tesoro no mejoraba.

—He ahí un enfermo grave, dijo el doctor ordinario. Tres decretos, administrados sucesivamente y sin intervalos, no han podido salvarle. Pasemos al cuarto, luego al quinto, y así indefinidamente. Si perece, no será por falta de decretos.

Este régimen llegó á ser el estado normal del Tesoro. Un decreto

por la mañana, otro por la tarde; decretos en todos los horizontes de la hacienda. Muchos se estraviaron como rayos impotentes; algunos lograron su objeto á costa de los capitalistas y de los contribuyentes. El Tesoro obtuvo de este modo recursos precarios, pero la fortuna del pais se agotaba para suministrarlos. Parecia que el dinero huía ante aquellos decretos destinados á alcanzarle; hubo un momento en que solo figuró ya en el estado de recuerdo ó de muestra de alguna raza perdida. Le ocultaban, le enterraban; con pocas semanas mas que durase el pánico, era preciso volver á la estampacion de asignados. Mi amigo el baron lo esperaba, y habia adoptado las disposiciones oportunas. Marta, por su parte, no permanecia en la inaccion; se hallaba al frente de ocho dias de víveres, y guardaba tres sacos de patatas ocultos en su desvan.

Acontecia esto en lo mas fuerte de la crísis. Las casas de banca se hundian con carteras rellenas de valores; calles enteras cerraban sus almacenes y sus arcas. Se citaban industrias que rescindian en masa sus contratos, otras que espiraban al pormenor, por no poder realizar sus recursos. Muchos nombres que se habian transmitido de generacion en generacion intactos y honrados, se vieron obligados á confesar su derrota en aquella lucha contra los sucesos. Los hubo que sostuvieron noblemente el choque, otros llevaron el dolor hasta el estremo del suicidio. Nunca en tan poco tiempo se habian visto amontonar tantas ruinas, y si el mismo ángel del mal hubiese presidido personalmente á aquella destruccion, no habria podido nivelar las fortunas de un modo tan rápido, ni tan completo. Era una disolucion general, una confusion espantosa, para la cual no habia anuncios prévios y que sorprendia al mundo financiero en medio de los abusos del crédito y de la fiebre de las empresas.

¿Cómo conjurar la calamidad? ¿qué dique habia de oponerse á aquella devastacion siempre creciente? ¿Era preciso aguardar á que las fortunas fuesen á sepultarse todas en aquel abismo, ó se debia tratar de salvar algunos restos en aquel naufragio universal? Los hombres importaban poco; ¿se cuentan estos, acaso, en tiempo de revolucion? Pero lo que peligraba era la actividad misma del pais, su riqueza, sus recursos, los bienes presentes y venideros. Preservar todo esto era un deber estrecho, imperioso. Ahora bien, ¿por qué medios habia de hacerse? ¿por qué vias? ¿á quién dirigirse? ¿al gobierno? apenas bastaba para desempeñar su tarea y atender á su propia responsabilidad. ¿Al espíri-

tu público? parecia haberse apagado bajo el peso de tantos disturbios y de tantas miserias.

No era por falta de salvadores, porque pululaban, ni de planes milagrosos, porque las esquinas de todas las calles estaban cubiertas de ellos. Cada dia se presentaban cien individuos con garantias de salvacion pública, y ofrecian tomar por empresa la ventura de la sociedad. En concepto suyo, tantos sufrimientos no eran sino una mala inteligencia; para curarlos tenian un bálsamo seguro y palabras mágicas. Era una nueva profesion que se creaba, la de salvador de la pátria, con garantia del gobierno ó sin ella.

La revolucion recorria todas sus fases; el motin de las calles invadia los cerebros: habíamos llegado al empirismo.

Los hay cuyo cerebro está siempre en movimiento; las ideas se escapan...

CAPITULO VIII.

LOS EMPÍRICOS.

Hay personas predestinadas; la naturaleza, al crearlas, las consagró á la invencion, y en vano intentarian sustraerse á las leyes de sus orígen. Si esta facultad se inclina á los objetos materiales, se les verá emplear su vida entera en busca de una máquina imposible, de una combinacion de cuerpos refractarios, de un aparato de navegacion aérea, ó de un análisisis de gases que no existen. Los hombres de este temple fueron los que, en la edad media, buscaron en el misterio de sus alambiques procedimientos infalibles para convertir el plomo en oro, y que en nuestros dias someten el carbon á operaciones ingeniosas para obtener de él piedras preciosas. Naturalezas, inflexibles, indómitas, á las que no detiene obstáculo alguno ni desalienta ningun revés, y que saben hacer en aras de su vocacion el sacrificio de su bienestar y de su fortuna. Viven con su quimera, y les basta: nada ven fuera de ella ni mas allá.

El talento y la inteligencia tienen tambien de esos mártires que no muestran menos afecto y abnegacion hácia una idea, ni menos desden hácia cuanto no tiene relacion con ella. No todos estos perseguidores de lo imposible y de lo desconocido se asemejan entre sí; se cuentan diferentes variedades. Los hay cuyo cerebro está siempre en movimiento; las ideas se escapan de ellos cual la lava del cráter de un volcan. No tienen tregua ni reposo; el trabajo subterráneo no se interrumpe. Apenas se han enfriado las primeras capas cuando comienza otra irrupcion ardiente, impetuosa, en todo el esplendor de la fusion y del mo-

vimiento. ¡Ideas, siempre ideas! Corren á torrentes en medio del humo y del ruido. En vano querria uno sustraerse á ellas; es un espectáculo que deslumbra y cansa, pero atrae. Tal es el papel que están encargados de desempeñar los inventores inagotables; se recrean en las ejercicios molestos; la piedra y el tonel de la Fábula parece que se inventaron para ellos. Su alegria, su orgullo, consisten en crear. Crean solo por crear; de buena gana se destruirian á sí mismos por tener el placer de reconstruirse. Es una fecundidad que se eleva á las proporciones del genio, y una facultad de pululacion muy á propósito para confundir y humillar á nuestra impotencia general.

Al lado de estos Proteos y sobre un pedestal mas ambicioso se colocan otros inventores que solo tienen una idea, pero inmensa, universal, capaz de abarcarlas todas. Se trata nada menos que de una revelacion. El mundo está por reconstruir; tienen ellos uno completamente confeccionado, y no cesan de proponer á los humanos que aprovechen la ocasion y le adquieran.

Además, lo hacen con entero desinterés: no venden el procedimiento, le dán. Mas tarde, si la generalidad está satisfecha de él, se les pagará en gloria, en fama, y aun en estátuas. No imponen límites á la gratitud de las generaciones. Será durante su vida ó despues de su muerte, á elegir. Se les pagará en dinero ó en efectos, como se quiera. Lo que hacen es para honor de la especie y para su satisfaccion de artistas. Han visto, por ejemplo, que el eje del globo no tenia la regularidad deseable, y que Dios, descuidando este detalle, habia faltado á todos sus deberes. ¿Cómo pudieran haber callado ante una combinacion tan defectuosa y de ese ataque á las leyes del movimiento? De aquí resultó una mision y un apostolado á los cuales permanecerán fieles hasta el sepulcro. Esto es lo que constituye los inventores de ideas fijas, los que reproducen con mas exactitud la obstinacion y la paciencia de los alquimistas de los pasados siglos. En ellos es completa y profunda la creencia; no transige con el triunfo, no retrocede ante la persecucion. En caso necesario serian mártires de su idea; solo nuestras costumbres les niegan esa gloria. No se contentan con resistir, sino que atacan. Tienen un espíritu de esclusivismo y de intolerancia. Fuera de su concepcion no admiten ni reconocen lo mas mínimo: todo lo que constituye una derogacion para aquella es condenado sin remision. Aun entre ellos se tratan sin compasion, no se hacen favor alguno. Es preciso ver cómo juzgan la idea fija del vecino y con qué soberano desprecio hablan de

ella. Se parecen á esos huéspedes de una casa de orates que tratan siempre de locos á los que habitan en la jaula inmediata.

En tiempos normales, estas existencias singulares vegetan lejos del ruido y de la pública atencion. Apenas se agrupan en torno de los inventores algunos adeptos, algunos entusiastas que aspiran á una importancia de reflejo, y se encargan de crearles una gloria misteriosa. Se admiran en familia, y no pasa de aquí. Si transpira algo al público se toma por la peor parte. Una sociedad tranquila se presta mal á estos estravios del orgullo; desdeña estas pretensiones solitarias. Entonces acerca de los puntos esenciales, predominan opiniones formadas y sentimientos fijos. La corriente se halla establecida y se cede á ella. Si hay controversia, es sobre asuntos limitados, definidos. Se refutan algunos pormenores, pero no el conjunto. Por lo tanto no se deja á los buscadores de aventuras puesto alguno, sino el que se atribuye su propia imaginacion. Unos están solos para admirarse; otros tienen un pequeño templo y en él se embriagan con el incienso que en honor suyo queman algunos Levitas escogidos. Todos permanecen estraños á la generalidad del público, que resiste á las esperiencias temerarias y no se aventura gustoso en esas regiones del vacío y de lo desconocido.

Así pasan las cosas en épocas normales; no acontece lo propio en un período agitado. Túrbanse las conciencias y se estravian las inteligencias. El individuo sufre entonces la misma conmocion que el cuerpo social. En vano busca un punto de apoyo en el terreno que vacila, tropieza en cuanto encuentra y se agarra á cuanto vé. Halla el vacío en su imaginacion; duda de todos y de si mismo. Ayer, todavia, habia algunos dioses á los cuales le encadenaban ciertos hábitos de respeto; hoy han desaparecido esos dioses, y no sabe á qué aplicar sus creencias. Ayer existia un pacto que aseguraba su reposo; este pacto ya no existe; y se pregunta á sí mismo en dónde encontrará nuevas garantias. Héle ahí abrumado con dos cuidados: el cuidado privado y el público. Es preciso que piense en sus asuntos y en los de todos. Es para él un estado escepcional en el que le aguarda mas de una asechanza. Uno esplotará sus terrores, otro sus arrebatos coléricos: estará á merced del primer aventurero que llegue. Por poco que dure la crisis, tendrá por compañeras á la ociosidad y á la miseria, dos consejeras peligrosas. ¿Cómo se ha de precaver? El sufrimiento es crédulo y se defiende mal contra las sorpresas del error.

Una sociedad hasta tal punto conmovida está abierta al empirismo:

es su hora, su momento. Su reinado será corto, pero absoluto. Los que mejor se defienden contra él, le abandonan siempre alguna cosa. Todas las ideas mostruosas ó locas que se agitaban en las catacumbas del desden y del olvido, aparecen á un tiempo en la plaza pública. La via pública les pertenece y disponen de ella: ¿hay cosa mas natural? ¿No se trata, acaso, de teorias propias para curar todas las enfermedades? Así pues, acude una multitud compuesta de pocos clientes y de muchos curiosos; si no se someten al tratamiento, al menos escuchan, y esto constituye ya un paso dado en la nueva senda. El éxito seria mejor aun sin la lucha que se establece de orquesta á orquessa, de tablado á tablado. El ruido que hace uno cubre la voz del otro: hay conflicto de elixires, es decir, de sistemas. El público, solo á favor de esta rivalidad se libra del tributo.

Conocia yo todas esas máscaras, y ninguna me impresionaba. En la edad de las ilusiones habia tomado parte en sus ejercicos. Sabia á qué atenerme respecto de la eficacia de sus recetas y de la virtud de sus ungüentos. No se cae dos veces en un mismo lago. Además, yo tenia un preservativo. Desde la profundidad de mi pensamiento me habia elevado por grados lentos y seguros á una concepcion que, aunque incompleta, no dejaba de contener un ideal muy satisfactorio. En él pude resumir por medio de fórmulas sencillas y breves, la suma de ventura y de desahogo que Dios ha reservado á la tierra. Un esfuerzo mas, y lograba yo un conjunto completo. Cuando en tal estado se halla el ánimo, ofrece pocos lados vulnerables á la invasion de ideas estrañas. Solo se inspira en sí mismo y rechaza la imitacion. Es un vaso lleno: la menor gota sobraria en él. Así pues, en este punto no existia ningun peligro, ningun atractivo que temer; podia desafiar con entera seguridad á esos despachos públicos del vulnenario social.

Sin embargo, la curiosidad me impulsaba hácia ellos; todo París se preocupaba con lo mismo. Cinco ó seis nombres se hallaban de contínuo en los lábios de todos. Hablaban de ellos en los salones y en los talleres para maldecirlos ó para exaltarlos. Unos los convertian en ángeles, otros en abortos del infierno. Era harto honor por ambas partes. En fin, reinaban por medio del ruido y dominaban la atencion. Berlin y Viena amotinados, Venecia libre, Milan emancipado, apenas les habian arrebatado algunas horas de fama. Los pueblos, al despertar por la mañana, se preguntaban qué harian los empíricos de la nacion francesa y á qué régimen la someterian. Un detalle era el que mas particularmente les preo-

cupaba: saber si vaciarian los bolsillos de unos para llenar los de otros. El instinto público vá en derechura á la última palabra de los sistemas.

Así pues, tanto esplendor y tan grande notoriedad obraban á manera de un aguijon; se sigue con facilidad á la multitud.

—¿Iremos á ver á esos hombres? dije á Oscar; se asegura que es un espectáculo curioso.

—Y gratuito, pero que no todos los dias divierte, querido.

—En fin ¿á qué nos aventuramos?

—Llevar alguno que otro empujon. No hay obligacion de llevar encajes, y además, hay donde escoger.

En la misma noche, el pintor y yo nos dirigimos á uno de los clubs mas acreditados de Paris, á un club original, característico. En él no se trataba de las formas de la constitucion ni de los errores del gobierno. La política no figuraba allí sino en el estado de accesorio. Nada mas sencillo y claro que el problema que les preocupaba. Trátabase de cortar á la sociedad en trozos y rejuvenecerla en una caldera mágica. Cabeza, brazos, cuerpo, pies, todo entraba y suministraba elementos para la amalgama. Nada de distincion entre los órganos, nada de variedad en las funciones, sino la igualdad mas absoluta ante el fuego civilizador y un mundo en estado de gachas hirviendo.

Esta doctrina placentera se llamaba la doctrina de la comunidad, y si no era nueva, era aun menos consoladora. El club á que nos dirigiamos tenia por objeto demostrar sus beneficios. Por lo demás no deben creer nuestros lectores que allí eran lícitos los debates; el club no toleraba semejantes estravios. Tenia su pontífice y sus fieles; nada mas admitia en la institucion. El pontífice hablaba y los fieles escuchaban; todo pasaba en familia. En torno del estrado donde se vertian aquellas frases, se agrupaban algunos atletas altaneros é inmóviles cual pretorianos. El pontífice tenia cuidado de escogerlos entre los hombres acostumbrados á trabajos rudos, y cuyos músculos ofrecian algunas garantias. Era un medio seguro de imponer el respeto. Ante aquella legion marcial, los curiosos se mantenian respetuosos y apenas dejaban escapar á hurtadillas algunas sonrisas burlonas.

Acabo de hablar del pontífice de la comunidad: su nombre ha sonado bastante. Antes de verle, me formaba de él una idea terrible; imaginaba un héroe sombrio, un orador fogoso, con la mirada feroz de Muncer y el enfático ademan de Babœuf. Con mis lecturas y mis recuerdos componia un personaje que estuviese en armonia con el papel que

desempeñaba, una figura vengadora en un principio violento. La primera mirada que dirigí á la sala bastó para desengañarme. El pontífice estaba en la tribuna, vertiendo raudales de palabras sobre un auditorio conmovido y atento. Creí ver á un benedictino y escuchar una homilía. No habia la menor dureza en sus facciones, la menor acrimonía en sus discursos. Ocupábase en describir su siglo de oro. Ya no habria separaciones fingidas, ni distinciones arbitrarias: la fraternidad gobernaria el mundo. No reconoceria ya mas que un título, la virtud; no se tendria sino un cuidado, la felicidad comun. Era una porfía para ver quién habia de ocuparse mejor de los demás. Ya no se castigaria ni se impondria la pena de muerte; habiendo cesado el crímen, no se necesitaria *la cuchilla de la ley*. Los ejércitos se disolverian por innecesarios; solo se lucharia contra la naturaleza. La ciencia la desarmaria y la sujetaria. Los venenos desaparecerian, los bichos nocivos se suprimirian en la creacion, los animales mas feroces reclamarian la honra de ser domesticados. Los hijos de Adan disfrutarian, en fin, una herencia conquistada laboriosamente; serian soberanos en la tierra y elevarian á Dios su concierto de victoria.

Aquel himno comunista duró bastante tiempo para turbar la economía de Oscar y producir en sus nervios una perturbacion profunda. Estábamos de pié y rodeados de codos que se hincaban en nuestros costados. A los ímpetus del orador se asociaban, por parte de su auditorio, algunos gestos de adhesion que comprometian la integridad de nuestras personas. Las quejas habrian ofrecido peligro, porque el entusiasmo es poco tolerante. Además, los pretorianos estaban allí, y en sus ojos húmedos y chispeantes se podia conocer una emocion muy próxima á la intolerancia. Así lo comprendí, y como un verdadero espartaco devoré mis dolores. El pintor tuvo menos resignacion.

—Esto es tan fastidioso como las moscas, me dijo con un bostezo muy acentuado.

Al instante se levantó un rumor, y un círculo de ojos indignados nos envolvió por todas partes.

—¡Silencio! esclamó un órgano imponente situado junto á la tribuna.

—Cállate, dije á Oscar de modo que solo él me oyese; ván á hacernos alguna mala partida.

—¡Silencio, digo! repuso el órgano.

—¡Fuera! añadieron otras voces.

Era preciso callarse; pero no se efectuó esto sin una protesta final por parte del artista.

—¡Calambres en las piernas! dijo; ¡agujetes en los riñones! ¡Espasmos terribles! ¡Una jaqueca espantosa! ¡Y llaman á esto un régimen favorable para la humanidad! ¿Te parece que salgamos, Jerónimo?

Iba yo á adoptar este partido cuando se animó la sesion. El pontífice seguia el hilo de su sermon, y del ditirambo pasaba á la dialéctica.

—¿Qué se vé aquí abajo? dijo. ¿Ricos y pobres? ¿Hombres á quienes todo les sobra, al lado de hombres que carecen hasta de lo mas necesario? Yo que solo tengo un estomago, dos brazos, una cabeza, ¿por qué he de tener para mantener á mil? ¿A qué tener mas recursos de los necesarios? ¿Es esto justo?

—¡Sí! dijo una voz en el auditorio.

Era decididamente el dia de las rebeliones y de los incidentes. La asamblea no estaba acostumbrada á aguantarlos y se oyó un murmullo prolongado. Ya se ponia en movimiento la cohorte de pretorianos y maniobraba de modo que pudiese suprimir de un mismo golpe la interrupcion y el interruptor, cuando una mirada compasiva que bajó del estrado se fijó en el culpable.

—Es un obrero, dijo el pontífice; que me le traigan: acepto el debate.

Al escuhar estas palabras, la multitud se abrió como el mar Rojo delante de los hebreos, y el disidente pudo llegar junto al pretorio. En torno suyo se formó una guardia de vigilancia, y sobre sus hombros se apoyaron dos manos encarnadas y abultadas como piernas de carnero. El honor del principio debia quedar á salvo; quizás era prudente no descuidar los medios de influencia. Sin embargo, el obrero no parecia estar intimidado; aunque en la apariencia era endeble, por el brillo de su mirada se conocia que tenia energia y fuerza. Habíase despertado la atencion de la asamblea, y tambien la mia. Oscar consentia en olvidar el estado de sus nervios.

—¿Es V., hermano, quien me ha interrumpido? dijo el pontífice con el tono de un superior que admira su propia generosidad.

—Yo mismo, ciudadano, replicó resueltamente el obrero.

—¿Segun eso no quiere V. la igualdad?

—La quiero siempre que es posible.

—¿La igualdad en las condiciones, en las fortunas, no la admite V.?

—¡No! como tampoco puedo admitirla en las estaturas, ciudadano. Ahí está la naturaleza para indicarlo; el hombre no puede obrar de distinto modo que ella. Hay pobres y ricos, como hay hombres altos y bajos.

Un lenguaje tan poco ortodoxo heria las convicciones y las costumbres de la asamblea, y por lo tanto promovió algunos murmullos. Solo Oscar se atrevió á manifestar un sentimiento de aprobacion.

—He ahí un mozo que tiene pico y garras, me dijo. El predicador vá á tener que luchar de firme. Vamos á reirnos.

En efecto; la seguridad del obrero habia arrebatado á su interlocutor una parte de su majestad y de su aplomo. Ya no mostraba tan arrogante apostura. Temia que el cisma se deslizase entre las filas de sus adeptos: era un ensayo peligroso y se propuso abreviarle.

—¡Cómo, hermano! esclamó lleno de uncion, ¿se niega V. á comprender todo el encanto que encierra nuestro régimen de comunidad? ¡Un régimen tan bello y glorioso! Un órden lleno de armonía en vez de ese órden defectuoso que el interés y la ambicion condenan á perpétuas conmociones. ¡Y sin embargo, es un espectáculo que enternece! ¿Vé V. ese pueblo de hermanos, vestido de un mismo modo, que solo tiene un corazon y una mesa, bebe en la misma copa y se surte en un mismo granero? No mas vallados ni paredes; que son signos de desconfianza; los carneros se confundirán en las praderas, los haces en los campos. La igualdad, la santa igualdad, he ahí el código de la humanidad y el nuevo evangelio prometido á la tierra.

El pontífice recobraba su perdida ventaja; las notas del sentimiento eran en él mas persuasivas que las de la discusion. Un estremecimiento eléctrico recorrió toda la asamblea; los pretorianos se sentian profundamente conmovidos. Solo aguardaban una órden para despedazar al contradictor. Este no se alteró, é insensible á la presion que gravitaba sobre sus hombros, dijo con evidente ironia:

—Es bonito, ciudadano, es bonito, pero nada mas.

Los guardias hicieron un movimiento significativo; el pontífice les contuvo con una mirada.

—Esplíquese V., hermano, dijo con una dulzura en que entraba algun cálculo.

—¡Esplicarme, ciudadano! ¿cómo podria yo hacerlo? Me hace V. un mundo en el aire, y quiere que le siga allá. Soy un obrero, y nada mas; veo las cosas como obrero y no como doctor. ¿Tiene V. obreros en su máquina?

—¡Que si tenemos obreros! sí por cierto.

—¿Y trabajo?

—¡Buena pregunta!

—¿Y hay salarios, siquiera?

—¡Ah! en cuanto á ese artículo, se ha suprimido por completo.

—¡Suprimido! ¡suprimido el salario! ¿y quiere V. tener obreros?

—Un momento, hermano, aguarde V. un momento: llega V. ahí al fondo del sistema. El trabajo es gratuito entre nosotros, pero todo es gratuito. V. dá el suyo, y sus compañeros el que les corresponde; es un cambio. ¿No comprende V. que los bienes de la tierra serán comunes en lo sucesivo? ¿que ya no habrá *tuyo* ni *mio*? ¿que todo estará confundido, mezclado...?

—La misma olla de rancho, ya lo sé, contestó el obrero. Eso no es muy impio, ni tampoco muy consolador. Hoy, cuando trabajo, sé lo que hago. Si gano seis francos, bien; tanto para los víveres, tanto para lo demás; procuro ajustar bien las cuentas. Si anda el trabajo, me permito algunas comodidades; si escasea, me impongo algunas privaciones. Así llego al fin del año, con frecuencia sin ahorros, siempre sin deudas. Suponga V. que en vez de laborioso soy holgazan: sin embargo, es preciso que trabaje; ahí está la necesidad. Sin trabajo no hay pan: es la ley que rige al mundo. Tan luego como asegure V. el pan al obrero, adios trabajo. Es un género de resultados que le garantizo á V. cuidadano.

—Sin embargo, hermano, la abnegacion...

—Es buena en las cátedras y en los libros, ciudadano. Es preciso ver al mundo tal cual es. ¿Creé V. que sea agradable tostarse la cara todo el dia delante de un fuego de fragua, y derrengarse golpeando sobre una bigornia? No, no tiene eso grandes atractivos, y con placer se renunciaria á ello. Que provea la comunidad á las necesidades de los herreros, y ya no los tendrá; no tendrá mineros, ni vidrieros, ni plomeros, ni fabricantes de albayalde. Todos seremos iguales, todos amos, y nos pasearemos en masa con el baston en la mano. He ahí la historia de la mecánica de V., ciudadano.

—¡Cómo toma V. las cosas, hermano! dijo el pontífice que se sentia derrotado.

—Eso se me ocurre, nada mas; dispense V. la charla. ¿Quiere V. igualdad? ¿la tendrá V. alguna vez? ¿Podrá ser igual el trabajo, igual la inteligencia? Este trabajará, aquel se paseará, ¡y á todos se tratará bajo

el mismo pié! Capaz seria eso de irritar á un cordero. Solo habrá igualdad en la pereza, y todos se entregarán á ella á porfia. Y la igualdad en las condiciones ¿cómo la establecerá V.?

—Por la libertad de eleccion.

—¡Gracias! ¡entónces todos querrán ser emperadores! Si no ha de haber emperadores, se inscribirán para ser reyes, generales, jueces, ó representantes del pueblo. ¿Quién consentirá en llevar el fardo y en trabajar para un amo? diga V.

—¡Detalles, puros detalles!

—Y en las distribuciones, ¿dónde estará la igualdad? ¿Será lo mismo la racion para todos los estómagos? Para unos será el hambre, para otros la indigestion. Este tendrá demasiado, aquel no tendrá bastante. En la ropa sucederá lo mismo; varía la clase y tambien las dimensiones. ¿Y los pequeños goces, como nivelarlos? La pipa, el café, el traguito, la cerveza de la tarde, ¿las decretará V. para todos ó solo para algunos? En cuanto á las casas, claro es que habrá que reedificarlas todas. Si subo yo cien escalones para llegar á mi cuarto y V. solo sube doce, no habrá igualdad; si el techo de la habitacion de V. está á cinco metros de altura y el mio solo á dos, no habrá igualdad; si la cama de V. es de caoba y la mia solo de nogal, no habrá igualdad. En vano se cansa V., ciudadano, la madeja no es fácil de devanar.

—Le falta á V. la fé, hermano, esclamó el pontífice, procurando lanzarse de nuevo al sentimiento. Con la fé desaparecen todos esos obstáculos; la fé levanta las montañas.

—Lo creeré cuando lo haya visto, añadió el obrero. Entre tanto, hablemos de la cocina de V. ¿Cómo la vá á establecer? ¿Cocerá V. vaca para todos en el mismo dia? ¿Y si no me gusta la vaca? ¿Los jefes de cocina serán los dueños de Francia? Se harán bajezas para obtener su proteccion; se urdirán intrigas por disfrutar ciertos guisos. Me ocurre que resultará un famoso barullo, ciudadano. Prefiero creerlo á verlo.

—Decididamente ese hombre comienza á ser embarazoso, me dijo Oscar.

Tal fué tambien el pensamiento del pontífice, é hizo una seña á sus pretorianos. El obrero argumentador les fué entregado; dos tenazas de hierro pesaban sobre sus hombros; sin embargo, á consecuencia de una nueva seña se aplazó la ejecucion: era menester cubrir siquiera la derrota.

—¿Crée V. en Jesucristo, hermano? dijo el maestro con su tono mas solemne.

—Cierto que sí, y hace ya mucho tiempo, ciudadano.

—Enhorabuena; no esperaba yo menos de V. Ahora, ¿considera V. que Agis y Cleomene fueran hombres de algun valor?

—No tengo razon alguna para dudarlo.

—¿Pone V. en duda la importancia de Sócrates, de Plutarco y de Pitágoras?

—No.

—¿Concede V. alguna autoridad á las opiniones de Puffendorf, de Grocio, de Montesquieu, de Bossuet y de Napoleon?

—La mayor.

—¡Pues bien, hermano! nos pertenece V., es V. de los nuestros.

—¿Y por qué, ciudadano?

—Jesucristo era comunista; Agis y Cleomene eran comunistas; Sócrates era comunista; Pitagoras comunista, Montesquieu comunista, Bossuet comunista, todos comunistas, hasta Napoleon. ¿Dice V. que esos son sus modelos? Pues bien, es V. comunista; no salgo de ahí.

—Es comunista, repitió la concurrencia.

—¡Arrebatado! añadieron los pretorianos. ¡Uno mas para Icaria!

Y antes de que hubiese podido protestar, el disidente se hundia entre aquella multitud y producia una especie de remolino. ¿Qué habia sido de él? Nadie habria podido decirlo; solamente habia desaparecido.

—¡Diantre! ¡cómo despachan á la gente! esclamó Oscar; es un trabajo hecho con limpieza.

Parece que el pontífice estaba muy acostumbrado á estas ejecuciones, pues nada perdió de su serenidad, y hallándose ya mas desembarazado pudo dar libre vuelo á los impulsos de su alma.

—La Icaria, esclamó; acaban de hablar de Icaria; ese es, hermanos, nuestro Canaam. ¡Oh Icaria! ¡oh tierra de promision, cuántos tesoros reservas á tus hijos! ¡Márgenes afortunadas del Tair! ¡cuántas maravillas te guarda el porvenir! ¡Sí, hermanos, juremos ir allá todos! ¡Francia es una ingrata; hace pocos esfuerzos para detenernos en su suelo! ¡Castiguémosla abandonándola! ¡Allá está nuestra vanguardia; nos prepara alojamientos, y qué alojamientos! Ayer, todavia recibí noticias de aquella comarca. Están llenas de interés y de encanto, vais á ver.

Delante de la reunion conmovida y atenta, sacó el pontífice de su bolsillo un paquete voluminoso.

—Fechado en las orillas del Tair, dijo poniéndose las gafas. ¡Rio sagrado! ¡benditas sean tus aguas!

En seguida leyó, interrumpiendo el testo con reflexiones de su propia cosecha.

«Padre.

»Todo vá bien; la fraternidad nos embriaga. Por la noche no pode»mos dormir en razon á los muchos maringuines que hay, pero su»cede con estos insectos lo que con todo lo demás, nos son comunes: »esta idea nos consuela.»

—¡Pobres hijos queridos!

«Han reinado fuertes sequías; nos eran comunes. Han faltado pastos para los ganados, reses para los hombres. Con la fraternidad todo es insignificante, hasta el alimento. Ayer mañana fuimos á buscar agua al Tair, estaba seco; solo cogimos saltamontes.»

—¡Divino! ¡pastoril! parece una página de la Biblia.

«Hoy ha venido una tribu de Siux á hacernos una visita de vecin»dad. Les convidamos á compartir nuestra vida comun. Arrancaron la »piel del cráneo á dos hermanos nuestros. Padre, esto fué un disgusto »para nosotros. Arrancar la piel del cráneo á dos, ¡y no hacerlo á los »demás! ¿En dónde está la igualdad? Debieron hacernos á todos la mis»ma operacion.»

—¡Tierno escrúpulo!

«Se os aguarda aquí con viva impaciencia, y sereis recibidos con

»los brazos abiertos. Nos hallamos muy próximos á carecer de camisas; »apresúrese V. á enviarnos algunas, pues de lo contrario pasaríamos »al estado de pueblo primitivo. Padre, bendiga V. á sus hijos.»

«La Colonia del Tair.»

—¡Mortales venturosos! esclamó el pontífice, despues de concluir su lectura. Sí, se pensará en vosotros que sois nuestros hermanos y nuestra vanguardia de esploradores. ¡Amigos mios, una colecta! ¡pronto una colecta para los Icarios! Tengo aquí, añadió, buscando entre sus papeles, numerosos testimonios de simpatía. El rico envia sus tesoros, el pobre su óbolo. Lo comunidad se ha fundado, hermanos; vive, reina. Un esfuerzo mas, y la proclamará el universo. Escuchad.

Volvió á comenzar su lectura.

«La hermana Malachard hace á la comunidad Icaria el donativo de »un gergon de paja; desea que se ponga al servicio de sus hermanos en »el ingrato suelo del estranjero.»

—¡Noble mujer! sí, tu deseo será cumplido; tu ofrenda recibirá el destino que exiges.

«El hermano Roubinot regala una caja de fósforos á la comunidad »icaria. Quiere que sirva para encender las luces que han de ilustrar á »la humanidad.»

—¡Deseo de una alma hermosa! Se conformarán con él.

«La hermana Bentabole se desprende en favor de la comunidad »icaria de sus ocho hijos, cuatro varones y cuatro hembras; en cambio »pide que la desembaracen de su marido.»

—¡He ahí verdaderos tesoros! ¡No os quedeis atrás, amigos mios; pronto, una suscricion para el Tair! y no andeis con miramientos.

Pude observar que al primer llamamiento hecho á la generosidad del público, se formó en la reunion un vacío considerable. Aclarábanse las filas; primero se iban los curiosos, luego los fieles, los mismos pretorianos se pusieron en movimiento, y llegó un momento en que el pontífice se halló casi solo en frente de una bandeja vacía. ¡Cuántos entusiasmos mueren así á la mitad del camino y no logran llegar hasta el bolsillo!

—Todo esto es bien mediano, me dijo Oscar al salir. No merecia la pena de haber venido, Jerónimo.

—¿A quién se lo cuentas?

—¡No hay arte! ¡Ni siquiera un modelo vivo! Todo se reduce á un maniquí.

MCD 2022-L5

—¡Y cuando se piensa, Oscar, que ese pobre pueblo se vé reducido á tener tales pastores! Decididamente es tiempo ya de que yo tome cartas en el asunto.

—¿Tú, Paturot?

—Yo, Oscar; me basta con un dia de inspiracion. Sabes muy bien que solo me faltan ya siete ú ocho combinaciones insignificantes.

CAPITULO IX.

LAS COLAS PROMETIDAS A LA HUMANIDAD.

Acababa de ver una de las muestras de la gran familia de los empíricos; faltábame conocer las demás variedades. Estudiarlas á todas habria sido imposible; muchas se negaban á sufrir un exámen: era preciso escoger las que estaban algo en boga y ofrecian cierta originalidad.

En este número figuraba la secta que pretendia dotar á la humanidad con una cola y un ojo suplementarios. He aquí el orígen de este suceso. A fines del siglo pasado nació en Lion uno de esos ilustres predestinados que se están muriendo de hambre mientras viven, y que despues de su muerte reciben los honores del apoteósis. No se cuenta qué signos escritos en la celeste bóveda precedieron á su aparicion, ni qué milagros rodearon su cuna. Lo único que se ha podido saber del principio de su vida es que, siendo todavia muy jóven, pudo formarse una idea de la maldad de los hombres. Unos logreros de granos arrojaron al agua un cargamento entero de cereales, mientras él estaba vuelto de espaldas. De aquí resultó una revelacion súbita.

—Si hubiese yo tenido una cola con un ojo en el estremo, esclamó, en esta ocasion pudiera haberla utilizado con ventaja. Es un sentido que falta al hombre. Este es incompleto.

Esto era tan solo un relámpago, una ráfaga de luz; pero constituía un destello del genio. Al través del hombre incompleto descubrió el gran lionés una creacion que habia que rehacer. Comenzó por un rasgo atrevido. Los amantes y las poetas habian sabido crear á la luna cierta reputacion; nada podia haber mas delicado que tocar á ella. Sin embargo,

se atrevió á hacerlo, denunció á aquel astro como lleno de imperfecciones y creó otros cinco que le son infinitamente superiores. Aun no es esto todo: Saturno posee un anillo, y era humillante pensar que la tierra no presentaba cosa alguna análoga á esto. Nuestro cosmógrafo proveyó á ello, y supo vengar esta nueva afrenta. Merced á sus desvelos, nuestro globo recuperó sus derechos y su rango en la gerarquia esférica; tendrá su alumbrado completo; tendrá sus lunas y su anillo.

Prestábase este servicio sin que su autor fuese por ello mas ilustre: ¡se desdeña tan fácilmente al genio! Hallábase humildemente colocado en un escritorio, él, que habria merecido coronas. Sus dedos alineaban guarismos mientras su cerebro concebia mundo. Llamábase Cárlos, nombre modesto y cándido; mas tarde le llamaron Fourier, nombre destinanado á tener fama. Entre una factura y una cuenta corriente, examinaba el estado de los polos y desprendia de ellos un ácido que convertia el agua del mar en una bebida refrigerante. Cada dia producia un nuevo beneficio. Organizaba legiones de ballenas para llevar los buques á remolque, adiestraba los focas para la pesca, convertia á los leopardos en estafetas. Ningun detalle le cogia desprevenido; no toleraba olvido alguno en el nuevo material con que surtia al planeta. Pasaba de lo grave á lo agradable, de lo severo á lo suave, y en este conjunto lleno de armonía hacia estensivos á los carneros los beneficios de la educacion música.

Todo esto tenia por punto de partida un ojo y una cola. Los descubrimientos se encadenan. El globo estaba reconstruido, restaurado; era preciso pensar en el hombre. ¿De qué servia renovar el alojamiento si el inquilino continuaba siendo el mismo? Fué un estudio grave y un problema espinoso. El filósofo le consagró muchos cuidados y vigilias. Consideró al hombre en sus diferentes estados, en sus múltiples funciones, le siguió al campo, á sus negocios, á su taller; examinó la vida pública y se sentó en el hogar de la familia. En sus investigaciones obtuvo por resultado que era difícil imaginar un mónstruo mas completo en un cuadro mas abominable. La sentencia era severa; era preciso justificarla. Nuestro hombre ilustre no dejó de hacerlo, y trató con altaneria á una civilizacion que habia sabido contentarse con una luna. Se burló de nuestras miserias y tribulaciones, ajó nuestra hipocresia y denunció nuestras bajezas. Hasta aquí todo iba bien; pero de nada sirve destruir si no se reedifica. Reedificó, y en vez de un mundo de corredores de conciencias y de bancarroteros, compuso un mundo de glotones y prostitutas. ¿En dónde estaba el provecho?

El destino del hombre es imperioso, decia, no puede sustraerse á él. Así pues, importa mucho que prepare sus órganos. Seis comidas diarias y veinte y cinco libras de alimento, tal es el objeto evidente de la creacion. Hagamos adecuados á ese porvenir los estómagos y los cultivos: que unos sean sólidos y los otros abundantes; consumamos y recojamos buenas cosechas. No basta ya el puchero: una civilizacion nueva trae consigo una espetera de cocina distinta. La unidad social está variada; en otro tiempo era el alvéolo, hoy es la colmena. La comuna (1) ha sustituido á la familia. Una comuna que alimentar es una obra de artistas, una faena de grandes proporciones, y solo se encuentra otra análoga en los siglos antiguos. ¡Festines de héroes ó de gigantes! Homero está lleno de narraciones de esta especie. Bueyes enteros ensartados en los humeantes asadores; rosarios de aves y de trozos de venado; el jabalí de robustos colmillos junto á la tímida liebre; el carnero oportunamente cebado; los faisanes de doradas alas; el cabrito de la montaña cerca del ternero, hijo de los valles; luego esos huéspedes que alimentan los mares en sus depósitos inagotables: el salmon, el atun, el sollo, la dorada, he ahí los principios ofrecidos á la generacion, la lista de manjares prometida en lo sucesivo al aparato digestivo de los hijos de los hombres. La naturaleza les paga ese tributo; la industria añade sus perfeccionamientos, y el vapor se apodera de todo para someterlo con mecánica exactitud á las ardientes caricias del fuego.

Así queda resuelto el problema del alimento; á los ojos de nuestro ilustre personaje es el mas esencial, el mas temible de todos. Se ocupa de él una y otra vez con un cuidado que revela su tierna solicitud. ¿Concibe alguna duda acerca de cualquier detalle, aunque sea el menor, los pastelillos por ejemplo? No teme empeñar una guerra entre sesenta imperios y hace llegar al Eufrates un ejército de seiscientos mil combatientes. Quiere triunfar, aunque para ello hubiese de cubrir el suelo de víctimas. ¿En dónde está la mejor receta para hacer pastelillos? tal es la clave del negocio; y puesto que la diplomacia no ha podido vencerle, la guerra lo resolverá. ¡A las armas pues! El ala izquierda, compuesta de pasteles de carne, fué la primera que se puso en movimiento, cayendo de improviso sobre los pasteles del centro. Estos ceden al choque y se rehacen despues. Se suceden las hornadas, y tambien las salsas. Empéñanse mil combates singulares en el campo de batalla. La musa de la

(1) En lenguaje menos francés: *falansterio*.

(N. del A.)

epopeya no tendria trompetas suficientes para celebrarlos todos. Al fin sale de todo esto un héroe y una receta victoriosa. Coronan al hombre y á los pastelillos. Hay concurso público y banquete en Babilonia. Trescientos mil tapones de botellas saltan á un tiempo, y los ejércitos se reponen, con la copa en la mano, de las fatigas de la pasteleria.

Así pues, se ha logrado el objeto; hé ahí un régimen que ofrece á los estómagos garantias ilimitadas. Para asegurar su servicio, irá hasta la guerra si es preciso. Ahora, ¿qué hará para el trabajo? ¡Es el otro término del problema! ¡El trabajo! ¡Cuántas preocupaciones hay en este punto! ¡Cuántos errores nacidos de una mala inteligencia, y sostenidos por la costumbre! Escuchad á los pedantes. Unos os dirán que el trabajo es el freno; otros que es una pena. Muchos ven en él un castigo que Dios impuso al hombre espulsándole de su paraiso. Todos piensan que tiene el carácter y el peso de un deber para los miembros de la comunidad. Para estas definiciones, tan viejas como el mundo, solo tuvo nuestro ilustre una sonrisa de compasion. ¿El trabajo un deber? ¿una faena? ¡Bah! Admitia que se hiciese de él todo lo que se quisiera menos esto; un rigodon ó una chacona, una cavalgata ó una comida de campo, segun la voluntad de cada uno. ¡Pero una faena, un freno, y sobre todo un deber! contra semejantes ideas no tenia suficiente desden y cólera. En concepto suyo la alternativa era esta: Ó habia en ello una mentira, ó un sacrilegio. ¿Habria convertido Dios á la tierra en un presidio y á cada hombre en un penado?

Sin duda existe en este globo un trabajo ingrato, objeto de legítimas repugnancias; nuestro ilustre lo sabia muy bien y lo decia mas alto que cualquier otro. El labrador que abre un surco laborioso no baila un rigodon, no lo ignoraba. La faena del artesano dentro del taller nada tiene de comun con un baile; convenia en ello. Como cualquiera otro, ó acaso mejor que nadie, conocia las miserias que acompañan al trabajo corporal, y el desórden que reina en el intelectual. Habia trazado el cuadro y prodigado el color. Nadie podia alabarse de haber llevado mas lejos aquel inventario lamentable. ¿Pero era este el verdadero trabajo, el que Dios debió bendecir antes de imponerle al hombre? ¿Era el trabajo verdaderamente santo y fecundo? ¿No existian en gérmen, en el juego de los músculos, mas que aquellos sufrimientos y tormentos? ¿Era aquello la última espresion de las articulaciones humanas? A estas preguntas contestaba con una negativa enérgica. ¡No, no era aquel trabajo ingrato, escesivo, odioso, el que la Providencia habia prometido á la tierra!

El hombre, al resignarse á él, habia derogado su grandeza; ya era tiempo de que entrase de nuevo en la senda de su destino.

El atractivo y el encanto en el trabajo constituyeron el segundo capítulo de un nuevo mundo. El hombre, venturoso respecto de los víveres, debia serlo tambien respecto de sus funciones. Lo que consume con placer, es preciso que lo produzca con alegria y entusiasmo. Aquel surco regado con sudor en otro tiempo, va á abrirse sin esfuerzos al sonido del sistro y de los tamboriles. Se irá al trabajo como se vá á una fiesta, con ardor contenido y secreta voluptuosidad, los brazos adornados con cintas y ceñida la frente con guirnaldas. Del seno de la colmena saldrá todas las mañanas un enjambre de labradores. ¡Véase! es á la vez un ejército moderno y una teoria á imitacion de las de la antigüedad. Hay grados é insignias; cada cultivo, cada detalle de cultivo tiene sus sacerdotes y sus oficiales. Los espárragos, tienen tenientes, las cerezas sus capitanes. Hay un mayor para las espinacas y un general para las zanahorias. Los cuadros están completos, y no faltan los clarines. Se conduce un ganado en *la* menor, se cavan las viñas en *fa* sostenido. Añádanse ambigús para los glotones, y copas para los bebedores. Es una *kermesse* flamenca que concluye por la noche para comenzar de nuevo al dia siguiente. Cuando oculta el sol sus rayos, el placentero enjambre se recoge á un palacio edificado por mano de las hadas. Los niños descansan ya en él, desparramados sobre zarzas cual gusanos de seda. Solo hay deberes de madre para aquellas que lo tomen por aficion. Pocos tabiques y aun menos preocupaciones. Llegan las sombras y rodean á aquellas gentes con un manto discreto que las oculta á las miradas profanas. Se ha encontrado la ley, es la atraccion; conviene pasar por alto los comentarios.

Tal es el idilio: se resume en pocas palabras. Alimentacion fuerte y fiesta perpétua; amores libres y trabajo encantador. Es corto pero completo. En vano será resistirle, huirle: prevalecerá la idea de Dios. Se halla inscrita en el movimiento de los astros, en los instintos del corazon. La humanidad no tiene, no podria tener otro programa; tarde ó temprano se realizará. No nos libraremos de las cinco lunas, provistas de un cristalino radiante, ni del apéndice que el cuerpo humano reclama, con un ojo al estremo. Todo esto forma parte de nuestro destino, y el que sabe leer en él no lo duda. Tendremos nuestros pequeños corrales agrícolas, en donde el alimento estará siempre preparado y la cama de paja siempre fresca. Tendremos corrales medianos abiertos para los hombres can-

sados de la vida del campo; corrales grandes para sustituir á nuestras dolorosas capitales, en fin, el corral universal, asentado en las orillas del Bósforo, en el límite de los dos continentes y de ambos mares, sitio predestinado con el cual no habria dotado la Providencia al mundo si no hubiese previsto ese advenimiento de carneros músicos, de océanos potables, de leopardos de tiro, y de cultivos hechos al son de la gaita.

¡Qué lujo de descubrimientos! ¡y todos ellos salian del mismo cerebro! Aquel hombre era un loco ó un dios; era preciso escoger. Hicieron de él un dios, aunque algo tarde. Durante sesenta años habia estado aguardando el nombramiento; apenas comenzaba á disfrutarle cuando le arrebató la muerte. Desapareció, pero como Elias, en un carro luminoso y dejando caer su manto sobre los hombros de su lugar-teniente. Quizás redundó este eclipse en provecho de su memoria. Bajo una claridad vaporosa, sus ideas adquirieron mayor crédito y ejercieron mayor imperio. El alejamiento borra la dureza de los contornos y suaviza las asperezas. Se sobrevivia á sí propio por medio de apóstoles celosos, pero prudentes; mas de uno renegó al maestro al primer canto del gallo. Es la historia de todas las revelaciones: se atenúan en las glosas.

Sin embargo, quedaba el nombre del dios; pasó al estado de símbolo. Importaba convertirle en una arma, en un instrumento; los fieles se encargaron de este cuidado. Tenian la fé, y esto lo facilita todo. Cogieron aquel nombre, por tanto tiempo desdeñado y oscuro, y le colocaron tan alto que logró los honores de la notoriedad. Era mucho: se habia conseguido lo mas difícil. Solo faltaba acrecentar su valor por medio de la ponderacion de los paralelos. Con tiempo y con aplomo lo lograron. Los nombres mas eminentes sirvieron de vehículo al nombre favorito. Napoleon y César fueron las primeras víctimas; mas tarde les tocó el turno á Moisés y á Jesucristo. Esta comparacion produjo al pronto mal efecto; á fuerza de ser reproducida triunfó. Las opiniones no son sino costumbres. Sin reparo alguno se toman formadas ya y sin examinarlas. Así el público no sospechaba lo mas mínimo que el nuevo Mesias habia traido al mundo en materia de moral, una relajacion muy próxima al desórden, y que aquel otro Napoleon contaba con mas títulos militares que un plan de campaña contra los militares.

No importa, el impulso estaba dado, la celebridad adquirida; sobre este fondo podia una doctrina vivir y desarrollarse. Tenia un nombre, tenia una bandera. El primer ensayo se verificó en pequeña escala; lue-

go, con el tiempo, se acrecentó la ambicion. En cambio disminuia la fé. Mas de una transaccion se llevó á cabo á costa del muerto; algunas ideas suyas que no repudiaban, consentian en olvidarlas. Este trabajo alcanzó al pronto á las estravagancias notorias; en seguida se estendió á puntos menos sospechosos. Era una liquidacion á beneficio de inventario. El maestro habia edificado castillos en el aire; los discípulos los tuvieron lo mismo. Estos reveses condujeron á un nuevo abandono de accesorios embarazosos. Todavia se conservaba el ídolo, pero ya no se creía en él. Finalmente, en un dia de escasez le pusieron en comandita; todo concluye así en nuestros tiempos.

Bajo esta forma, regida por el código de comercio, el dios caido adquirió un rango distinguido en el mundo de la especulacion. Hubo acciones, cupones; poco faltó para que le cotizasen en la Bolsa. Llegó el dinero, luego la fama, y luego los honores. La iglesia prosperaba, pero ¡ay! con detrimento del dios. Le relegaban á un puesto cada vez mas lejano, en las nebulosas esferas de la hipótesis. Le herian sobre todo con el olvido, con el abandono. ¡Muerto glorioso, sombra del otro mundo! si, segun has dicho, el placer de las almas que han desaparecido consiste en un balanceo en el seno de la eternidad, la tuya ha debido ser apartada de ese ejercicio por el espectáculo de tal abandono, y quizás sentirás haber prodigado tantas lunas á discípulos ingratos en un dia de largueza.

He ahí en qué estado se hallaba, en el momento de la revolucion, una de las escuelas que habian agitado mas vivamente los problemas, objeto de las preoupaciones del momento. Aquella escuela habia hecho de ellos su estudio, su título especial. Ninguna habia hablado con mayor confianza de un procedimiento infalible y universal contra las deformidades sociales. Anunció y prometió mucho: era llegado el momento de obrar. Esperimentos que en otras épocas no se habrian sufrido, se toleraban á la sazon. La sociedad lanzaba un grito de angustia; llamaba salvadores. De donde quiera que llegasen habrian sido bien recibidos: nadie hubiera discutido los términos del concurso, ni el precio de los servicios. El abismo estaba delante; se le media con la simple vista: para librarse de él, todo apoyo era bueno, toda mano caritativa.

En otro tiempo habia yo seguido los trabajos de aquella escuela y conocido á varios jefes suyos, quedándome de ellos un recuerdo favorable. Habríame acercado á ellos gustoso si no hubiese hallado en el alimento habitual de mi pensamiento los medios de defenderme contra la

imitacion. Sin embargo, deseaba saber en qué estado se hallaban sus estudios y trabajos. La escuela habia abierto un club en el barrio del Temple, y todas las noches enviaba á el á algunos de sus oradores. Me dirigí allá sin que lo supiese Oscar. El artista les guardaba cierto rencor, porque en el periódico que les servia de órgano habian tratado sus lienzos con alguna ligereza.

—Esas gentes, decia, tiran tajos y mandobles á todo aquel que les desagrada; no voy adonde ellos estén.

Así pues, me fuí solo. Cuando entré en la sala ocupaba la tribuna un orador con frac negro. Exaltábase tratando el principio de la asociacion, citaba las queserias del Jura, y probaba que el régimen en comunidad, bueno para los quesos, podia aplicarse con buen éxito á todas las cosas. El ejemplo, aunque antiguo, no carecia de valor.

—Asociemos á los hombres en capital, trabajo y talento, añadia con énfasis. Es la salvacion de los intereses, es su reconciliacion.

En ningun tiempo me han gustado esos aforismos sentenciosos que parecen muestras pomposas colgadas delante de almacenes vacíos. Menos me gustaban todavia por razon del prodigioso abuso que de ellos hacian. Cada escuela social, cada partido político creaba así, para su uso, una especie de formulario del cual era imposible hacerle salir. Esta vez no pude ya contenerme, y se me escapó una interrupcion.

—¿Qué entiende V. por esas palabras? dije al orador.

—¿Lo que entiendo? replicó este con inalterable sangre fria, está bastante claro. Digo que es preciso asociar á los hombres en capital, trabajo y talento. La sociedad está á punto de naufragar; traigo la rama de olivo que anuncia la aproximacion de la tierra.

No dejaba esto de ser concluyente; iba yo á insistir, cuando prosiguió el orador:

—El problema consistia en prestar atractivo al trabajo, y le hemos resuelto. Poseemos un mecanismo que dá ese resultado. Ahora bien, el atractivo en el trabajo es la vida feliz, es el taller salubrificado, es la humanidad regenerada, es el mundo restituído á su verdadera senda.

—¿Y ese mecanismo? dije volviendo á la carga.

—Es sencillo y poderoso como todo lo que está señalado con el sello del genio. Prestar atractivo al trabajo, tal es su objeto, y le realiza.

Vanos fueron todos mis esfuerzos; no pude sacarle de estas vulgaridades y de estas formas pomposas del discurso. Empeñóse una controversia y procuré atraerle al terreno de la corona boreal y de los aromas

cardinales. Se negó á seguirme, y viéndose estrechado muy de cerca, me habló de un ministerio de progreso. Era cosa de marcharse por la ventana á falta de puerta.

La esperiencia era corta, pero decisiva. De estravio en estravio, aquella escuela habia perdido su carácter mas curioso, el de la originalidad. Privada de sus atributos propios, se hallaba destinada á estinguirse en la impotencia y en la imitacion. Pensaba en ello al regresar á mi casa y hacia las siguientes reflexiones:

—¡Lo que somos! ¡cómo hacen variar á los hombres la edad y la ambicion! Con ellas, ¡cómo se enervan! ¡cómo se tranquilizan! ¿En dónde están las ilusiones de otro tiempo? ¿En dónde, las impetuosas creencias de la juventud? ¡Ay! los arriesgados se han hecho hombres pacíficos, han echado vientre, se han vuelto accesibles. ¡Son hombres al agua!

CAPITULO X.

LA DESORGANIZACION DEL TRABAJO.

La sabiduria antigua nos dice: Desconfiad del hombre acostumbrado á leer tan solo en un libro. El consejo es sensato y oportuno: únicamente reclama un corolario. Sí, conviene desconfiar de cuantos solo juran por un libro, sobre todo si este es parto de su imaginacion. Entonces, á la obstinacion de la creencia se añaden las debilidades de la paternidad, y no hay estravio á que no puedan conducir estas dos pasiones.

La revolucion, apenas consumada, tuvo la desgracia de caer en manos de hombres que habian compuesto su libro. Nadie pensaba en ellos; pero acudieron, libro en mano, y dijeron:—«¡He aquí la verdadera ley; es la que quiere el pueblo. Paso á sus amigos!» En momentos mas tranquilos pudiera haberse discutido, y haber examinado los poderes de aquellos hombres; en lo fuerte del huracan faltaba fuerza y voluntad para hacerlo. Todo quedó aceptado, las obras y los autores. Entraron en el gobierno conduciéndose unos á otros. Luego se verificó un arreglo. Uno de ellos reclamó los negros y les concedió de antemano los derechos mas estensos; los convirtió en electores y en guardias nacionales. ¡Placeres inocentes de una buena alma! Habia escrito dos tomos acerca de esto. Pero otro fué mas ambicioso: estendió sus pretensiones hasta los blancos, y quiso que se los entregasen á fin someterlos á las servidumbres de su libro. Aseguraba que eran su propiedad, su tribu, su familia; habia escrito trescientas páginas acerca de esto. El gobierno intentó resistir, pero el autor se mostró intratable. Cansados de luchar, le entregaron los blancos que exigia, procurando adivinar,| con

MUSEO ROMANTICO MADRID

espanto, qué pretenderia hacer con ellos. Su primer acto fué conducir la víctima á las alturas del Luxemburgo, á fin de que, aislada del mundo, se mostrarse menos rebelde al tratamiento á que se la iba á someter.

Era la organizacion del trabajo, ó en otros términos, la organizacion de la indolencia y de la pereza. Esto no carecia de barniz, y menos aun de color: se conocia al instante un pincel ejercitado. La imaginacion, esa llama del cielo, derramaba algunos reflejos. Un solo defecto deslucia aquel bello conjunto; el autor habia inventado un hombre que no existe y olvidado al que existe. Su sistema, aplicado á cualquier otro mundo, á un planeta de un órden perfecto, solo habria producido buenos efectos; habria reinado sobre pueblos felices. Marte ó Saturno se hubieran arreglado perfectamente con él. Pero nuestro globo, en su estado de educacion, no podia disfrutar sus méritos ni sus virtudes. Las plantas mas ricas necesitan un terreno que se les asimile, pues de lo contrario se desnaturalizan y se convierten en zizaña.

El hombre del libro, aquel sobre el cual fundaba el autor sus cálculos, es uno de esos seres escepcionales que desde tiempo inmemorial hacen el gasto de las creaciones de los poetas. Como los héroes oscuros de nuestros campos de batalla, sabe sufrir y callar, sin murmurar siquiera. El sacrificio es su elemento; fuera de él no podria vivir. Pensar en sí mismo le parece una flaqueza indigna; pensar en los demás constituye el único cuidado digno de su corazon. Si es rico, se pondrá á merced del pobre; si sábio, á la del ignorante; si laborioso, á la del holgazan. Su divisa es dar mucho y recibir poco; cifra su elevado pago en los placeres de su abnegacion; no quiere otro. Ha escrito este lema en su bandera: El deber en razon de las aptitudes, y el derecho en razon de la necesidad. No cejará un punto, aunque hubiese de sucumbir en su empeño. Que el egoismo y la pereza especulen con sus virtudes le importa muy poco; se prestará á esta esplotacion. Su línea de conducta está trazada y la seguirá sin arredrarse ni conmoverse; se halla ámpliamente resarcido por un asentimiento secreto y por los goces íntimos de su conciencia. Tal es el hombre del libro; si Saturno tiene muchos de esta especie, le felicito cordialmente; en cuanto á la tierra, es muy avara de ellos, y hay fundadas razones para temer que lo será todavia durante mucho tiempo.

El hombre, tal como nos es lícito conocerle, se halla muy lejos de esta perfeccion. Las necesidades de la vida le sujetan á preocupaciones

personales. No se abandona, no se olvida á sí mismo. No descuida sus faenas para ir á hacer las del vecino. Tendrá desprendimiento, abnegacion, pero no escederán ciertos límites, y nunca los llevará hasta la imbecilidad. Además, aunque quisiese hacerlo no podria, pues le domina el instinto, que es siempre el mas fuerte. La naturaleza ha depositado en el seno de los corazones un gérmen de egoismo que no es sino la garantia de nuestra conservacion y el estímulo de nuestra actividad. Llevado este egoismo hasta el abuso, conduce á tristes estravios; pero arreglado, contenido, es la fuerza virtual del hombre, su iniciativa, su móvil. Con este sentimiento se liga el de buscar la felicidad, es decir, uno de los alimentos y una de las llamas de la vida. Que se apague esta llama, y reinarán las tinieblas, y los pueblos se enervarán en la perpétua noche de una existencia vegetativa.

He ahí cuáles eran el hombre del libro y el hombre de la realidad: entre ellos no habia relacion ni conciliacion posibles. El uno no podia vivir; el otro vivia. El autor, para animar al primero, trató de sofocar al segundo. Una organizacion menos robusta habria sucumbido, y el paciente no logró salir ileso. Cuando llegué á París estaba ejecutándose ya el ensayo, que no dejaba de tener cierta fama y cierto esplendor. El autor queria poner en accion á toda costa al hombre de su libro, inspirarle, darle movimiento. Para esto se habia retirado al Luxemburgo, residencia favorable al recogimiento, y allí se entregaba diariamente al estudio de los fenómenos sociales, rodeado de obreros escogidos y de colaboradores de una ciencia complaciente. Era su monte Aventino. Allí pasó dos meses, los de las flores hermosas y de las primeras sonrisas de la primavera. Al entrar en aquel palacio de los Médicis, lleno de sombras históricas, sintió un escrúpulo corto, pero decisivo. Nada preveia su libro en este punto.

—No importa, dijo, pasemos adelante; no es sino un capítulo que añadir.

El antiguo refrendario, en el curso de un prolongado ejercicio, solo habia tenido un cuidado verdaderamente formal, el de tener al Luxemburgo al nivel de los recuerdos mas grandiosos. Habia creado en él salones de recepcion dignos de la Reina Madre, y gabinetes que no habrian despreciado Barras, ni las hijas del Regente. El lampas y el brocado brillaban allí en todo su esplendor; las telas de los Gobelins cubrian las paredes. Por todas partes se encontraban tapices que agradaban á la vista como un hermoso cuadro, y que eran tan suaves al pisar

como el musgo. Los accesorios eran del mismo lujo y buen gusto; nada desmerecia. A no haber nacido en el pabellon de una princesa, era imposible no esperimentar ante aquel fausto cierta turbacion mezclada de orgullo, y aun podian sentirse algunos escrúpulos. ¿Aquellos artesonados, legados por la monarquia, no eran harto fastuosos para republicanos? Otros habrian retrocedido ante este sentimiento, temiendo el contagio del ejemplo: el huésped del Luxemburgo no se detuvo en consideraciones tan insignificantes. Consideró la cuestion bajo el punto de vista de los contrastes. No era glorioso para su propia persona, sino para el trabajo de que se habia convertido en genuina espresion. Ahora bien, este trabajo no habia conocido hasta entonces sino talleres oscuros é infectos: ¿no era justo que en el dia de la revancha habitase en un palacio? Tal fué su pensamiento, y volviéndose hácia el lacayo con librea, dijo:

—Que acerquen mi carruaje.

Hizo mas aun para el honor y la dignidad del trabajo: conservó el personal del Luxemburgo, el de la cocina y el de la reposteria. Al menos así se decia públicamente. El trabajo habia vivido pobremente; en lo sucesivo vivirá de un modo fastuoso. ¿A qué vencer, si la victoria no ha de procurar algunos beneficios de poca monta? Aun cuando en la lista de comidas que habia de pagar la revolucion figurasen algunas botellas de Champaña demás, caza en tiempo de veda, primicias en toda clase de novedades, y otras superfluidades para los dias borrascosos; ¡vaya un gran daño! y ¿haria bien, acaso, la pátria, en ser reparona hasta tal punto con hombres que no vacilan en sacrificarse por ella? ¡No! nada era bastante bueno y hermoso para los representantes del trabajo, para los hombres encargados de organizarle. Esta empresa exigia brazos de hierro, hombros robustos. Ahora bien, ¿de dónde podia sacarse esta fuerza sino de la alimentacion? ¿Con qué podian inspirarse mejor que con aquellos vinos delicados que destierran la languidez del cerebro? Nada de escesos, nada de estravios, sino una vida decente, conveniente, y aun suntuosa, digna, en fin, del pueblo y de su favorito. Tal fué la consigna del palacio, y el programa de la mesa.

Arreglado ya este punto, reapareció el gran problema mas sombrio, mas temible que nunca. El pueblo escuchaba á las puertas, y era preciso obrar. Le habian hecho concebir las esperanzas mas vastas: ya era tiempo de sacrificarse para realizarlas. ¡Organizar el trabajo! ¡organizar el trabajo! Es fácil repetir estas palabras en mil tonos diferentes,

y añadirles, á manera de acompañamiento, períodos sonoros. Es fácil irritar al pueblo con el relato de sus propios dolores, y amontonar en las corazones tesoros de cólera y de hiel. Es fácil encontrar en la desigualdad de las condiciones humanas el testo de incesantes declamaciones, y los elementos de una rebelion tremenda contra los privilegiados de la riqueza y de las grandezas. Todo esto es fácil, sobre todo para las plumas vigorosas y apasionadas; pero lo que no lo es, y hoy se vé, es apaciguar las embravecidas olas despues de haberlas agitado, curar las llagas despues de haber sondeado su profundidad, aliviar los infortunios despues de haber hecho pesar su responsabilidad y su castigo sobre los hombres y las instituciones que desaparecieron en un dia de borrasca. El sitio está libre y despejado, censores austeros: ahora ha llegado vuestro turno. Los acontecimientos os lanzan un reto: tiempo es ya de que contesteis á él.

Sin duda estaba ya dispuesto el libro sacramental, proveía á todo; pero los comentarios variaban á merced de las interpelaciones. Al fin salieron del apuro cual lo hacian en otro tiempo los sacerdotes de Delfos en casos apurados. A un oráculo oscuro agregaron otro mas oscuro todavia. De la organizacion del trabajo hicieron derivar el derecho al trabajo, es decir, un juego de palabras que para nadie era nuevo. Un decreto pomposo en alto grado consagró aquel equívoco pueril. Ese derecho al trabajo, considerado con sangre fria, no podia soportar el exámen. Era una locura, ó una mentira. Si el trabajo que el gobierno pretendia garantizar no era formal, no llevaba sino un nombre usurpado; mas habria valido restituirle el suyo propio· era una limosna. Los talleres nacionales fueron su espresion. Si por el contrario entraba en las ideas de los autores del decreto que ese trabajo debiese ser positivo, seguido, proporcionado al salario, entonces era preciso compadecer al gobierno víctima de semejante vértigo, y mas aun al pais entregado á tal gobierno. Decir y garantizar á todo ciudadano que el Estado se hallará constantemente dispuesto á suministrarle trabajo, es aceptar la obligacion y el cuidado de sostener talleres de todas clases, no solo para cada industria, sino para cada detalle de una industria; no solo en la esfera de las profesiones manuales, sino tambien en la de las obras de arte y de imaginacion; es decir que el Estado será albañil, herrero, sillero y guarnicionero, carretero, empresario de mensagerias, zapatero, sastre, panadero, carpintero, escultor, pintor, librero, impresor, hilador, fabricante de telas; es decir que tendrá tierras para

dar ocupacion á los jornaleros que no la tengan; viñas para los viñadores, minas para los mineros, barcos de transporte para los barqueros; es declarar en una palabra que el Estado pretende reasumir en sí toda la actividad, todo el movimiento, toda la fuerza, toda la riqueza de la nacion. Este régimen no tiene mas que una bandera y es preciso enarbolarla: es la comunidad, es el comunismo. No creo que gobierno alguno, con el corazon sereno, haya podido tener ó tenga el intento de arruinar al pais, de convertir á Francia en un desierto erial, de destruir toda actividad con el contacto de la suya; no, hay actos sacrílegos, en que la mano se secaria en el momento de ir á ejecutarlos. Pero entonces, ¿á qué ese abuso de palabras? ¿á qué esos errores? ¿á qué esos equívocos?

En último resultado, solo habia en esto un acto de condescendencia desprovisto de sancion; el daño estaba únicamente en una hipótesis. Solo el gobierno se desprestigiaba; prometia lo que no podia cumplir. Pero á los pocos dias surgió de las alturas del Luxemburgo un rayo mas brillante y menos inofensivo. Era un decreto que rebajaba dos horas la duracion del trabajo cuotidiano para los obreros de las manufacturas. El poder público intervenia en un contrato particular consentido libremente; se declaraba en favor de una clase de ciudadanos contra la otra, ó mas bien, en su ciega iniciativa las heria á ambas. Hasta entonces, esta tutela del Estado solo se habia escrito en nuestros códigos en beneficio de las personas incapacitadas y de los menores; por vez primera abrazaba la ley la causa de hombres que se hallaban en toda la plenitud de sus derechos civiles. De este modo se tomaba por punto de partida á un insulto para llegar á un daño. Insulto, porque la tutela supone incapacidad; daño, porque la medida era una espada de dos filos, y habia de herir mas aun al obrero que al empresario.

En efecto, el castigo siguió muy de cerca á la falta; muchas industrias que solo vivian por un impulso antiguo, se paralizaron inmediatamente. El decreto sirvió de motivo ó de pretesto. Aun las mismas que habrian podido sostenerse, se alarmaron al ver aquella justicia salvaje que atacaba á los intereses, y los sujetaba á un régimen de violencia. Esta ejecucion sumaria, sin investigacion, sin exámen, manifestaba muy á las claras lo que las empresas fabriles podian esperar del nuevo gobierno. ¡Dos horas menos de trabajo! Muy pocas eran las que podian soportar semejante perjuicio. Repartido este entre nuestros diez millones de obreros, y á razon de veinte y cinco céntimos por hora, ascendia

á dos millones y medio diarios, y á setecientos cincuenta millones anuales. ¿A quién aprovechaban? A nadie. Era un capital perdido, y un impuesto que gravaba al consumo. El precio de todos los objetos iba á encarecerse otro tanto y á alcanzar al obrero en sus necesidades despues de haberle alcanzado en su salario. Nadie se aprovecharia de él, he dicho; nadie en torno nuestro; pero el estranjero, libre ya de toda competencia, iba á recoger en el esterior las primicias de nuestros desastres y la herencia de nuestras industrias.

Por todas partes prorumpian en quejas; era un concierto formidable. Un decreto de esa especie, aun en época floreciente, habria perturbado profundamente los talleres; ¡júzguese cuáles serian sus efectos en medio de una crísis financiera, y de una conmocion política! Los lamentos rayaban en imprecaciones, la via pública estaba llena de ellas; llegaban hasta el Luxemburgo bajo una forma mas suplicante.

—Ciudadano, decian los industriales anonadados, compadézcase V. de nosotros. Con tales condiciones es imposible el trabajo; vamos á cerrar las puertas de nuestras fábricas y á echar á la calle á nuestros obreros. ¿Qué harán estos entonces?

—Leerán mi libro, contestaba gravemente el Napoleon del trabajo; para eso le he compuesto.

Los desventurados insistian, pues nadie se resigna fácilmente á la inaccion y la ruina. Hacian valer el interés de las clases laboriosas y la necesidad de procurarles ocupacion.

—Los beneficios de V., añadian, los rechazan los buenos obreros, y solo se aprovecharán de ellos los holgazanes y los torpes. ¡Si conociera V. á esa gente como nosotros!

—¡Qué si los conozco, ciudadano! Ya veo que no han leido VV. mi libro. En él se convencerian de que los conozco.

—Nos guardaríamos muy bien de dudarlo, ciudadano.

—Lean VV. mi libro; en él establezco de un modo evidente las ralaciones que deben VV. tener con aquellos. En primer lugar conviene que los asocien VV. á sus ganancias.

—Ya no tenemos mas que pérdidas.

—No importa, asócienlos VV.; es una combinacion acertada. En seguida instituyan VV. á su propia costa, para ellos, fondos vitalicios y cajas de retiro. Está indicado en mi libro: les producirá buenos efectos. Es preciso asegurar el porvenir del obrero.

—¿Pero cómo, en el estado en que se hallan nuestras industrias?

MCD 2022-L5

—No importa, háganlo VV.; no puede dar sino buenos resultados. He escrito un capítulo acerca de eso. Hay tambien un detalle sobre el cual me permitiré insistir.

—Diga V., ciudadano.

—La existencia del obrero es una cuenta por partida doble. En un lado están los ingresos, y en el otro los gastos: los ingresos son los salarios; nunca podré recomendar á VV. bastante que los aumenten indefinidamente. Es el pan del pobre: lean VV. mi libro.

—Hacemos mas de lo posible, ciudadano.

—Muy bien, vayan VV. mas lejos todavia, que no tendrán motivos sino para felicitarse. Pero dejemos esto y pasemos al artículo de los gastos. Estos se hacen mal, tanto por el precio como por la calidad. El obrero, los objetos que consume los compra de tercera mano, en vez de sacarlos de los grandes depósitos de Francia. No hace que le traigan su azúcar de la Guadalupe, ni su manteca de Isly. Esto es lo que le mantiene en un estado de miseria. Mi libro esplica mejor el por qué: le leerán VV.

—Con mucho gusto, ciudadano.

—En el estado de estos hechos, procuremos al obrero dos cosas: un cuartel y un rancho. ¡Vean VV. los inválidos! ¿Qué cuestan? cincuenta céntimos diarios cada uno. Sin embargo, se aducirán los alimentos que consumen. Lo repito: un cuartel y un rancho; es el porvenir del obrero. Lean VV. mi libro.

—Sí, ciudadano, sí, participamos de las miras de V., las adoptamos, las comprendemos. Pero para reanimar al obrero, es preciso reanimar la industria. Los planes de V. son escelentes, solo que se hallan ligados con el restablecimiento del trabajo. Ahora bien, el trabajo está muerto, completamente muerto en la actualidad, y los decretos de V. no son á propósito para hacerle que reviva.

—¿No es mas que eso, ciudadanos? ¡Yo sé de donde proceden los males de VV.! Es de esa concurrencia infame.

—¡Todo está parado; ya no la hay!

—¡Es un modo de disfrazarse, ciudadanos: lean VV. mi libro! Pero yo la conozco, á esa concurrencia infernal; sé con qué máscaras se encubre y qué lazos nos tiende. ¡Mónstruo vil! pero descuiden VV. que le tengo bajo mis plantas.

—¡Bah!

—¡Lean VV. mi libro: en él encontrarán una inspiracion suprema.

Una idea triunfante, ciudadanos; ¡la idea del siglo! El Estado vá á consagrar todos sus esfuerzos al esterminio de la concurrencia.

—¿Y cómo?

—Practicándola él mismo en grande escala. Tendrá un establecimiento fabril para cada industria y á todas las batirá en brecha hasta que vengan á capitular. Lean VV. mi libro.

—Pero ciudadano, eso es una espoliacion; es el robo organizado. ¡Cómo! ¿habia de arruinarnos el Estado por medio de nuestro propio dinero? ¿Le habíamos de dar disciplinas para azotarnos, armas para asesinarnos? ¡Nos matarian á fuego lento, y uno por uno!

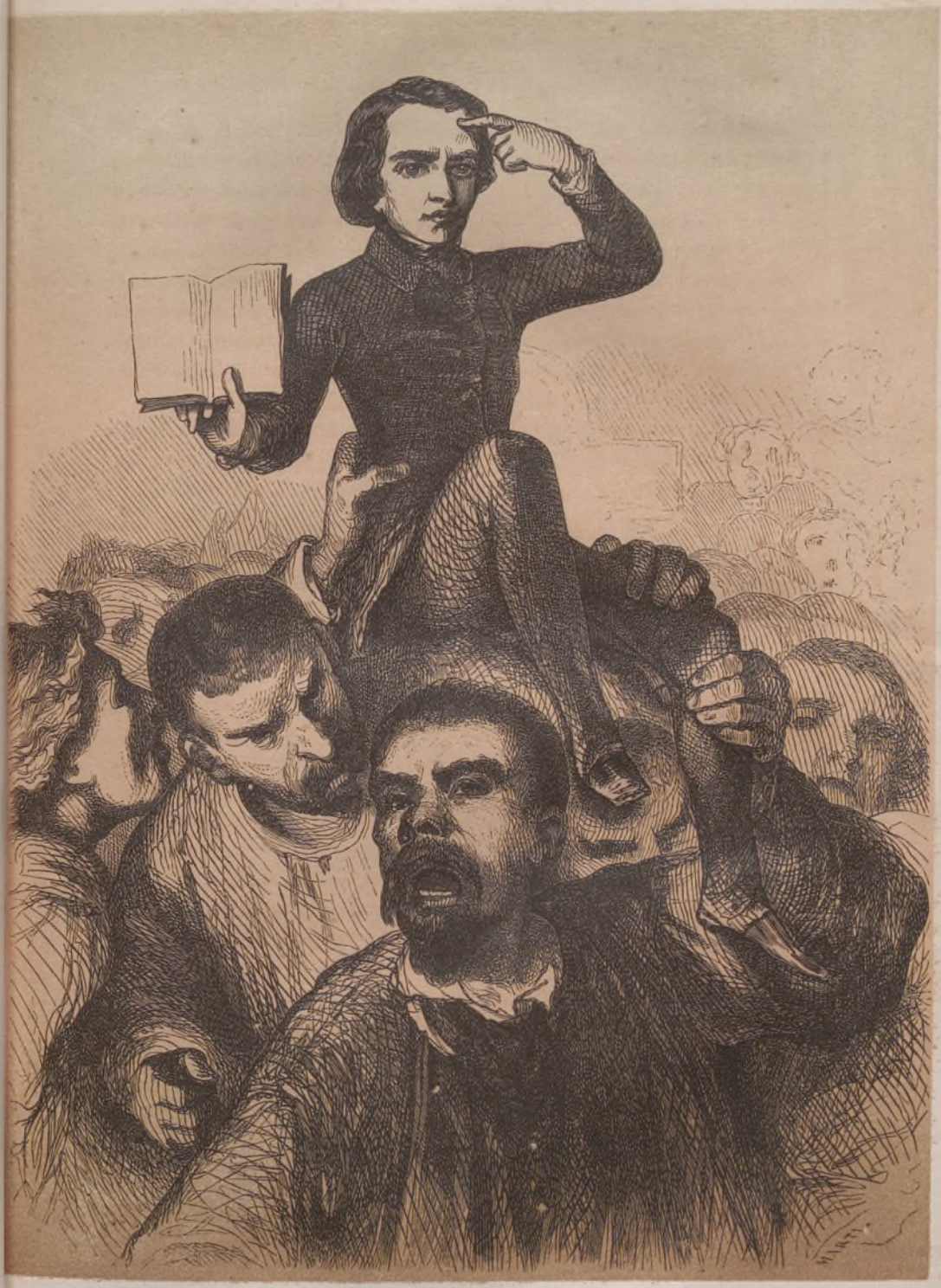
—Sí, ciudadanos, y por via de compensacion, la patria procuraria mejor suerte á los obreros. Salarios iguales; trabajo á voluntad; solo para los ignorantes y los holgazanes, habrá las orejas de asno. Esto es nuevo y completo.

—¿Es eso formal?

—¡Ya lo creo! ¡Aniquilar la concurrencia! ¡Un vampiro odioso á quien persigo hace diez años! Bien se vé, ciudadanos, que no han leido VV. mi libro. Léanle VV.

Estas escenas se reproducian con frecuencia; el Luxemburgo sufria viente asaltos por dia. A los jefes de industria sucedian los obreros que llevaban cada vez un ultimatum amenazador y acudian al gobierno para los mas mínimos detalles de su organizacion interior. Estas conferencias no se hallaban exentas de borrascas ni de ruido; los debates de interés tenian especialmente aquel carácter. Entonces era preciso intervenir y emplear los recursos oratorios para aplacar los ánimos. La multitud no resistia; apaga sus querellas en las seducciones de un discurso. Pero este triunfo tenia otro escollo. Merced á la libertad de interpretacion, el entusiasmo escedia algunos veces los límites permitidos. La multitud olvidaba fácilmente el respeto que ha de tributarse al mando, y abusaban de su favorito hasta el estremo de trasmitírsele de unos en otros á fuerza de puños. Era reproducir un triunfo de los reyes de larga cabellera: quizás los robustos obreros tomaban por disculpa aquel recuerdo.

Estas recepciones, estas visitas en corporacion, estos discursos, estos ejercicios de volatines, formaban otros tantos capítulos de la organizacion del trabajo. Organizar el trabajo era el grito del antiguo palacio de los Médicis. Los ugieres habian aprendido á repetirle: hasta los mozos de limpieza se empleaban para aquella empresa. En la mesa ó bajo



Era reproducir un triunfo de los reyes de larga cabellera.

MCD 2022-L5

las lilas en flor se hablaba del trabajo; en él se pensaba en aquellos salones llenos de régio lujo, en aquel jardin en que se habian agotado el genio y el gusto del refrendario. En aquella persecucion encarnizada, mas de una vez hubo momentos de duda, horas de desaliento. Parecia que aquel trabajo, organizado con tanta paciencia, desaparecia bajo la mano que acababa de imponerle reglas. La organizacion estaba siempre en pié, sábia, irreprensible; pero ya no existia el trabajo. Tenia el templo sin el dios, y era cosa capaz de sumir á un hombre en los abismos de la desesperacion. Ni las cenas opíparas, ni las flores del parterre podian borrar del alma tan cruel contrariedad.

En aquellos dias sombrios, el huésped del Luxemburgo solo sentia alivio al lado de sus amigos. Esperimentaba la necesidad de desahogarse y de hacerles confidencias, seguidas de todos los honores de la insercion. Así entretenia sus ócios y lanzaba retos terribles al fantasma del trabajo. Los delegados de los obreros, hombres de escelente corazon, jugaban su partida en aquella exhibicion, con singular abnegacion y bondad. Conocian su libro y por consiguiente su discurso, y no obstante esto, en los momentos oportunos tenian aplausos para las mismas imágenes y lágrimas para las mismas efusiones. Tampoco el programa variaba. Tratábase de ocupar un sitio en los escaños de los antiguos pares, y de escuchar una arenga poco nueva, sobre un tema muy conocido. Todos se prestaban á ello, tan cierto es que la paciencia constituye una de las virtudes del pueblo. Distribuidos de esta suerte los papeles, el orador subia á la tribuna, y comenzaba:

«AMIGOS MIOS, HERMANOS MIOS:

»No debiera haberme presentado hoy delante de vosotros. He pasado mala noche, y no estoy muy seguro de conservar mis fuerzas hasta el fin. (¡Hablad! ¡hablad!)

»Además de hallarse mis nervios muy mal dispuestos, añadiré que tengo un humor muy negro. No obstante las investigaciones que he practicado, ha sido imposible alcanzar al trabajo. Si no supiese yo hasta qué punto es la suerte del pueblo, llegaria yo á creer que el trabajo conspira, que está vendido á la redaccion. Aparto esta hipótesis. (¡Es divino!)

»Llego ahora á un asunto muy interesante y nuevo: me refiero á los estravios de la concurrencia.

Una voz.—¡Bueno! ya estamos con el libro.

»Sin duda, y nunca podré recomendaros demasiado que recurrais á él. Vuelvo, pues, á esa concurrencia, asunto siempre nuevo. La concurrencia es la miseria, no salgo de esto. (¡Sí! ¡sí!) Gracias por esa interrupcion: me prueba que somos muy á propósito para comprendernos. (¡Seguramente! ¡Bravo!) Un mundo entregado á la concurrencia es una de esas monstruosidades en que me niego á ver la mano del Creador. (¡Bien dicho!) Si quereis que insista, todavia tengo dos columnas acerca de esto. (¡No! ¡no!)

»Paso á otro argumento. Me han dicho que, proscribiendo la concurrencia, proscribo la libertad. ¡Reconvencion singular! ¡Si la concurrencia, lejos de ser la libertad es la peor esclavitud!

Una voz.—¡Otra vez el libro!

»Sí, otra vez el libro; y al sostener que la concurrencia es una esclavitud, el libro dice la verdad y yo tambien. (¡Perfectamente! ¡perfectamente!) No conozco negros que no sean mas libres que los pueblos en donde predomina la concurrencia. (¡Bravo!) Esta opinion podrá lastimar á algunas preocupaciones; pero ofrezco mi cabeza..... (¡Tambien nosotros! ¡tambien nosotros!)

Una voz.—Parece que está V. ronco; ¿quiere V. un poco de regaliz?

»No, amigo mio, no; tenia efectivamente algo tomada la voz, pero la bondad de V. ha hecho que se aclare. (¡Qué lindo! ¡qué dulce es eso!)

»Prosigo. He hablado de la concurrencia (¡Lo sabemos!); he hablado de la esclavitud (¡Ya lo sabemos!); me resta hablar de la igualidad. (¡Ya ya lo conocemos!)

Una voz.—¡Siempre el libro!

»¿Y por qué no? Cuando se buscan materiales, es preciso tomarlos de buenos lados. Estoy, pues, en la igualdad. Aquí, amigos mios debo deciros que acaso habré hablado prematuramente de ellos. (¡Nada, nada de eso!) todos me han dado quejas acerca de este capítulo; los fabricantes, y hasta los mismos obreros. En el número de estos hay algunos que, bajo el pretesto de que son hábiles y laboriosos, formulan la pretension de que se les pague en razon de su trabajo, y se niegan á ser tratados bajo el mismo pié que los torpes y los holgazanes. (¡Esa sí que es severidad!) Amigos mios, respeto esa preocupacion; pero es una de las oportunidades de que están abusando para hacerme sufrir augustias mortales! (¡Pobrecito!) ¡Oh! no son todo rosas en el oficio: y algunas veces paso trances crueles. ¡No importa! ya me conoceis, ya sabeis

beis cuán fiel soy á mis convicciones; si es preciso moriré por ellas. (¡Tambien nosotros, tambien nosotros moriremos! Enternecimento general; hay llanto en los ojos.)

»¡Pues bien! ¡moriremos todos; pero en ese dia, amigos mios, hermanos mios, el reinado de la igualdad estará muy próximo! Todo hombre consumirá segun sus necesidades y producirá segun su aptitud. El gloton quedará entregado á sus escesos, y el holgazan á sus remordimientos; con esto se hallarán suficientemente castigados. Y nosotros, hombres de conciencia, trabajaremos con mas ardor que nunca á fin de hacer que se ruboricen. (¡Eso es! ¡eso es! ¡siempre tiene una palabra oportuna!)

»Llego ahora á lo que termina invariablemente mis discursos. Procuremos producir un poco de emocion, y aun en caso de necesidad, derramemos algunas lágrimas. Hermanos mios, amigos mios, no puedo abrazaros á todos, porque seria demasiado largo y algo fastidioso; pero he aquí, junto á mí, á uno de los vuestros. Voy á conferirle el fraternal abrazo, la acolada dirigida á todos vosotros. Deseo que llegue á vosotros, sin equivocar su destino. »(¡Cuadro general! se confiere la acolada en medio de universales aclamaciones.)

Los grupos al salir.—¡Cielos! ¡que bueno, que bueno ha estado!

Con tales distracciones, reproducidas frecuentemente, era como el huésped del Luxemburgo procuraba ahuyentar á los fantasmas que le

asediaban. En vano veía las cosas al través del prisma de las ilusiones, pues no podia desconocer que los hechos no correspondian á sus esperanzas. Quedábale el recurso de atribuir sus reveses al gobierno caido, y no dejaba de hacerlo. Añadia que le habian encomendado la faena sin suministrarle las herramientas necesarias, y que el dinero era el alma del trabajo, asi como lo era de la guerra. De aquí deducia la consecuencia de que no podia ser responsable de un esperimento hecho en tan imperfectas condiciones. Corriente; pero entonces ¿á qué arriesgarse á una aventura tan temible sin poder disponer de los medios de triunfo?

Sin embargo, no se libraba, tanto como él lo exageraba, de los ataques del remordimiento y del grito de la conciencia. En los salones de aquel vasto Luxemburgo veía vagar delante de sí algunas veces ciertas sombras revestidas de sudarios. Cuando apresuraba el paso, huian haciéndole sarcásticas muecas. Era la industria que sufria, los talleres desiertos, las fábricas paradas. Con frecuencia se sentaba por la noche un espectro á la cabecera de su cama: era el del trabajo.

—¿Por qué no me dejabas en paz? repetia obstinadamente á su organizador.

Una noche se revistió esta vision de un carácter aflictivo y alarmante. Parecíale que un peso enorme abrumaba su pecho y dificultaba su respiracion. Despertó sobresaltado y buscó la causa de su malestar.

Era su libro.

CAPITULO XI.

EL TALLER NACIONAL.

Dado el siguiente problema: «Ejecutar la menor cantidad posible de »trabajo con el mayor número posible de brazos;»

Y suponiendo que se trate de hallar la institucion, creada ó por crear, que llenase este objeto del modo mas completo;

La incógnita que habria que despejar seria necesariamente

EL TALLER NACIONAL.

Nunca se habia presentado, quizás, un hecho de este género, y particularmente con tales proporciones. Antes de nuestra época, á nadie habia ocurrido la idea de confundir á la limosna con el trabajo, ni á este con aquella. Á nadie habia ocurrido la idea de cubrir á la limosna con las apariencias de un trabajo ineficaz. Ante ciertas miserias individuales, este modo de ocultar la mano que dá, puede dejar algunas ilusiones á la persona que recibe; pero los socorros que concede el tesoro público á un ejército entero, á cien mil hombres regimentados, no son á propósito para dejar que reine la menor duda acerca de la opinion que cada uno debe formarse de ellos. No es sino el pauperismo inglés en el estado rudimentario, y como nuestra revolucion habia dicho: «Derecho al trabajo,» para no tener que decir: «Derecho al socorro,» este cambió de nombre sin variar de carácter, y solo fué trabajo en concepto de aquellos que consienten en pagarse de palabras.

MCD 2022-L5

Mas de una vez habia yo oido hablar de aquellos talleres nacionales, de los que Oscar referia historias singulares. Segun decia, una de aquellas brigadas contenia la flor y nata de la sociedad de París: cinco escultores, doce pintores, de los cuales habia tres que obtuvieron el primer premio de Roma, y luego una multitud de escritores cesantes. El huracan de febrero habia sorprendido á estas cándidas palomas del arte en un momento de desórden y confusion, en esa hora fatal en que la paciencia de los acreedores se habia agotado hasta el último estremo. La decadencia del crédito público no habia rehabilitado el suyo, y viendo pocas probabilidades de encontrar una chuleta en el horizonte del porvenir, fué preciso recibir el carreton y la pala de honor de las augustas manos de la patria. Por lo demás, al oir á Oscar parecia que la industria de terraplenar se habia ennoblecido mucho al servicio del Estado; no producia callos ni agujetas. Un escultor amigo suyo, artista muy concienzudo, habia fijado su tarea en veinte y cinco guijarros diarios. El lunes los transportaba de derecha á izquierda; el martes de izquierda á derecha, cuidándolos como un tesoro. En estas mudanzas alternativas, los veinte y cinco guijarros le habian producido ya setenta y cinco francos, tres francos cada uno. Con tiempo y con cuidado esperaba hacerlos subir al precio de un napoleon cada uno. Que se prolongase la institucion, y entonces valdrian su peso de oro. Tal era una de las historietas que referia Oscar, y pierden algo de su valor con no ser oidas de sus propios labios.

Deseaba cerciorarme de que este relato no pecaba de exajerado. Suponia que, cuando menos, trataria tan solo de una escepcion. En un hermoso dia, y despues de haber llamado inútilmente una vez mas á la puerta del ministro, me dirijí en compañia del pintor al sitio en que se hallaban los talleres nacionales. La administracion ocupaba el parque y los pabellones de Monceaux. En el picadero se verificaban los alistamientos; para ser recibido bastaba un certificado de las autoridades municipales. Cada obrero, tan luego como se hallaba inscrito, recibia cuarenta sueldos por un dia activo, y veinte por un dia franco; de modo que siempre percibiese ocho francos por semana, ya fuera que holgase ó trabajase. Era un mínimum que parecia llenar el doble objeto de proveer á las estrictas necesidades de una familia, y de aclarar las filas del pauperismo oficial en el momento mismo en que comenzase á reanimarse la industria.

Ya he dicho que la administracion de los talleres ocupaba los pabe-

llones y el parque. Era un hecho mas en apoyo de una observacion general. Entre los republicanos y los palacios antiguos habia atraccion, y sin duda mútua conveniencia. Todo palacio desocupado veía llegar á un republicano que le encontraba muy de su gusto y se instalaba en él sin contradiccion. El mismo fenómeno se reproducia en diferentes puntos, en París y en los alrededores, con una coincidencia tal que era difícil no reconocer en ella misteriosas afinidades. El efecto de la residencia hacia que este sentimiento se revelase y se caracterizase mejor todavia. Nuestros republicanos recorrian las alfombras de césped de los parques con entera libertad de ánimo, y con una naturalidad que participaba bastante de la de los antiguos nobles. No les imponia el aspecto de los grandes bosques, y caminaban sin conmoverse por entre dos filas de estátuas. En cuanto á los muebles del interior, cualquiera habria dicho que habian sido dispuestos para su uso, al ver cómo los disfrutaban con desembarazo y como antiguos dueños de ellos. Era evidente que en todo esto habia una vocacion secreta y un buen gusto que, sofocados durante mucho tiempo, solo necesitaban una ocasion para revelarse.

En el momento en que llegamos á la entrada del parque, las puertas se hallaban obstruidas y rodeadas por multitud de obreros. El aspecto de los grupos era tumultuoso, y algunos alumnos de las escuelas intentaban en vano disiparlos ó reducirlos. Los revoltosos pedian ver al director; querian interrogarle acerca de la marcha del gobierno, y de un decreto disciplinario que les concernia. Acaso habrian prescindido de la primera queja si les hubiesen dado satisfaccion respecto de la segunda; pero el decreto debia mantenerse en vigor, y por lo tanto se desahogaban en reconvenciones contra la autoridad. Algunos oradores arengaban á los grupos, mientras que en diferentes puntos mediaban frases mas ó menos significativas.

—¡Hola! Comtois, decia un obrero vivaracho y astuto; ya estás pagado, hijo mio. Te han dado lo que vales. Por eso tienes siempre tanta priesa: temes, sin duda, que te se escape el suelo que pisas. ¿Qué diablo de idea te ha dado de unirte al gobierno?

—¿Qué quieres, Percheron? replicaba una especie de coloso: preciso es estar de parte de alguno.

—Sin duda, Comtois; ¡pero para eso no es menester meterse de cabeza entre las gentes! ¡Se debe hacer con dignidad! ¡Se imponen condiciones! Es preciso no dejarse engañar, hijo mio.

—Convengo en ello, Percheron.

—En febrero, ¿sabes tú cuál era la posicion de cada uno? ¿lo sabes bien?

—A fé mia que no.

—Éramos dos á jugar la partida, Comtois, ni mas ni menos. Los del gobierno provisional, y nosotros los del pueblo: estábamos equilibrados. Entonces nos hicieron proposiciones.

—¿De veras?

—Como te lo digo; estaba yo en el negocio. Nos dijeron, á nosotros los del pueblo: Os ofrecemos esto, aquello, y lo demás allá; estad con nosotros. Los demás querian aceptar al instante; pero yo contesté muy clarito: No tendrán mi apoyo tan barato; ¡pido cuarenta y ocho horas para reflexionar!

—¿Y luego?

—Todo se lo llevó el viento, Comtois. Y sin embargo, yo me hallaba bien decidido; habia reflexionado acerca de mi negocio. Pensaba ir á decirles: Me dareis además esto, aquello y lo de más allá, y si no, ¡buenas noches! Echo abajo á los del gobierno provisional. A la una, á las dos, ¿os conviene? ¡Entonces hablad!

—¡Ah! ¡muy bien! ¿Y en qué quedó?

—¡No pude alcanzarlos, Comtois! Ausentes con licencia desde aquel momento. Y sin embargo, todavia están en la Casa Municipal. Preciso es que alguien nos haya hecho traicion; por ejemplo, alguno fácil de conquistar, como tú.

—¡Ah! ¡Percheron!

—Sí, Comtois, sí; hay centenares y millones que se dejan coger por una simple palabra. Sí, lo repito con dolor, si no tenemos mejor gobierno, es culpa tuya. ¡Qué arruina oficios eres, anda! Y si no, vamos á las pruebas: ¿te mueves siquiera? Hace ya una hora que estamos consumiéndonos delante de esta puerta; ¿has gritado siquiera una vez: ¡El Director!

—¡El Director!

—¡Enhorabuena! y aun lo haces con demasiada blandura; ese grito no tiene cuerpo, no tiene nervio. Un hombrachon como tú debia lanzar suspiros capaces de hundir las paredes. Vamos, grita como en el teatro, dime eso con un poco de fuerza: ¡El Director!

—¡El Director! ¡el Director! esclamó el coloso, empleando toda la fuerza de que eran susceptibles sus pulmones.

—Eso vá mejor, Comtois; pero todavia te contienes, dejas algun

sonido ahí dentro. Veamos, en coro; á la una, á las dos, á las tres. ¡El Director!

—¡El Director!

—¡Bravo! ¡un verdadero canto llano! ¡Pero, diantre! cómo tarda en venir ese director. Ya se conoce que es un verdadero agente de esos aristócratas del gobierno provisional. Escucha, Comtois, y conserva bien en la memoria lo que voy á decirte. Antes de que transcurran ocho dias habrá una danza que no está muy autorizada por las leyes. Contamos desde luego contigo, pues se necesitan hombres robustos. Tú, echarás abajo las puertas; pero esta vez seré yo quien dirija el tinglado, ¿estás?

En el momento en que el Percheron acababa de pronunciar estas palabras, el desórden habia llegado á su mayor grado. Las intimaciones hechas al director habian tomado un carácter cada vez mas vehemente. Pero estaba acostumbrado á estas escenas; no se turbó y continuó su paseo por el parque, á orillas de un estanque en que nadaban dos hermosos cisnes. Para arrancarle de esta distraccion campestre fué preciso que el peligro se hiciese mas apremiante. El Comtois, impulsado por sus amigos, habia consentido en probar sus fuerzas contra las puertas del cercado, y al primer choque cedieron estas. El director, amenazado por una invasion, se resignó á la entrevista, y salió al encuentro de los obreros. Su presencia tranquilizó algun tanto á los grupos; cesaron las violencias y se restableció la calma.

—¿Qué es eso, cuidadanos? dijo con voz fuerte y segura: ¿qué piden VV.?

Estas palabras fueron la señal para una nueva esplosion. Tratábase de esponer quejas que no tenian la menor precision, y cuya espresion variaba segun los lábios que las proferian. Alzáronse veinte voces, cada una con tema distinto. Apenas se desprendian con claridad algunos deseos del seno de aquellos clamores confusos.

—¡El gobierno nos hace traicion!—¡Abajo el reglamento!—¡Nos perjudican en los pagos!—¡El jefe de brigada es un aristócrata!—¡Trabajo!—¡Trabajo! ¡Queremos trabajo!

Este último grito parecia predominar, y fué el único en que el director se fijó. Rehuía el debate, tanto respecto de la política como de las personalidades, é intentaba no salir del terreno de sus atribuciones.

—¿Trabajo, amigos mios? les dijo dominando el tumulto; ya sa-

ben VV. que se le procuramos en cuanto de nosotros depende. ¿Es hoy, acaso, el dia en que toca á VV. por turno?

—¡Trabajo! ¡trabajo! esclamó ya la multitud de un modo unánime.

Para comprender el valor de esta reclamacion, es preciso saber que el número de brazos á que habia de darse ocupacion escedia en mucho á la que se les podia procurar y á las sumas que habia disponibles. Sesenta mil hombres estaban formados en brigadas; mas tarde debia llegar este número á ciento veinte mil. Era un ejército, escepto la disciplina y el espíritu de cuerpo. Ahora bien, de este número, apenas podian emplearse quince mil hombres, y por lo tanto era preciso establecer el trabajo por relevos, y llamar á los obreros por turno. De aquí resultaban el descontento y las envidias. El dia ocupado producia doble que el dia ocioso; uno dejaba la ilusion de un salario, el otro era una limosna sin disfraz. En vista de esto, ¿podia haber cosa mas natural que aquel deseo tumultuoso de obtener la mejor de las dos posiciones, aquella en que á la vez se encontraba mas honra y mas provecho? El director, por su parte, no podia traspasar los límites de las cantidades de que le era dado disponer. Así pues, resistió lo mejor que pudo.

—¿Es hoy el dia que corresponde á VV.? repetia.

—¡Trabajo! ¡trabajo! esclamaba la multitud con creciente exaltacion.

De los clamores á los escesos no hay mas que un paso, y este se dá muy pronto en tiempo de revolucion, y por esto era preciso transigir. El director prometió trabajo.

—Irán VV. á trabajar en los terraplenes del Campo de Marte, dijo.

—¡Gracias! ¡salimos de allí!

—Entonces pasarán VV. á Asnieres, repuso el director; allí se pica piedra para las carreteras.

—¡Nada de eso! ¡estropea las manos! esclamó la multitud. ¡Nada de picar piedra!

—¿Prefieren VV. la llanura de Saint-Maur? añadió el director. Allí sembrarán VV. patatas de primavera; la patria les decreta la cosecha de ellas.

—¡Hermoso porvenir! dijo la multitud desdeñosamente; ¡porvenir de enfermos!

Los ánimos se hallaban mal dispuestos: siempre lo están en una reunion numerosa. Algunos descontentos llevan la voz y bastan para

arrastrar á los demás. El director, viendo que no podia vencer el obstáculo, le eludió por un medio cuya eficacia habia llegado á conocer.

—Nombren VV. delegados, dijo, me entenderé con ellos.

Y se retiró, dejando á la multitud esta especie de ultimatum. Los obreros, al parecer, se contentaron con él. Nada les agrada tanto como el ejercicio de un derecho, por humilde que sea su esfera. En elegir y delegar pasaban su vida. La ociosidad aguzaba este gusto; era un modo de entretener sus ócios. Eligieron, pues, á sus apoderados, que fueron admitidos en el parque, mientras la multitud aguardaba fuera el resultado de esta negociacion. El Percheron, no obstante sus múltiples intrigas, no habia podido lograr la honra de representar á sus compañeros: el el Comtois era quien le vencia.

—¡Bueno! dijo para sí con un sentimiento de mal humor; ¡hétenos vendidos otra vez!

Este intermedio nos dió tiempo suficiente para estudiar el carácter de la reunion, y calificar á su personal.

—¿Tienes ahí, por casualidad, á alguno de tus amigos? pregunté á Oscar.

—A ninguno distingo, me dijo. ¡Solo veo á mi pueblo, á mi hermoso y gran pueblo!

—En efecto, repuse, solo hay blusas.

—¡Nada significaria la blusa, Jerómino! ¡Es tambien patrimonio del artista! ¡y que bien la lleva!!! Pero hay otro detalle por el cual nos conocemos mas especialmente.

—¿Cuál es, Oscar?

—La barba, querido. Nunca separes á un artista de su barba; es su título, su pasaporte. Me enseñarias quinientas barbas y te diria: No hay un solo pelo de artista ahí. Salta eso á los ojos cuando uno es del oficio.

—¡De veras!

—¡Sí, Jerónimo! hay signos positivos: el reflejo, el empaste, el glacis. El artista es un ser aparte en la creacion. Por ejemplo: tu servidor; ¿conoces otro igual en el mundo?

—No, Oscar, no; eres un tipo especial.

—De lo que me felicito, Paturot. Pues bien, todos somos así. El garbo *ad hoc*, y hermosos en los efectos de luz. Y sino, ¡mírame!

¿Conque segun eso, Oscar, no ves á ningun amigo tuyo?

—A ninguno. Esta brigada no es de las nuestras. Además, al ar-

tista pocas veces se le vé aislado. Es de la naturaleza del pato; vá siempre en bandadas. Pero á falta de artistas, querido, ¡ahí tenemos á mi noble y glorioso pueblo! Cuando está tranquilo no se hace notar; pero cuando se anima, ¡qué hermoso está! ¿Le has oido rugir ahora poco?

Hablando de esta suerte nos habíamos acercado á un grupo en que el Percheron peroraba con calor. Rodeábanle próximamente veinte obreros, unos para apoyarle, y otros para impugnarle. Entre estos últimos sobresalia un hombre cuyos miembros delicados formaban completo contraste con el oficio penoso á que se veía condenado. Él era quien hacia frente á Percheron, la mayor parte de las veces.

—Asi es el joyero, decia Percheron; se dá tono. Es un aristócrata completo.

—¿Quieres decir por qué?

—Porque te se figura que el oficio que tenemos no es el mejor. ¡Servir á la pátria! ¿dónde puede haber cosa mas hermosa?

—¡Faltaba todavía, camarada, que fuese un servicio formal!

—¿Cómo que no es formal? ¡me gusta la palabra! Conque la pátria, joyero, al rayar la aurora te entrega un carreton, una azada y un rastrillo, luego te dice con urbanidad: «¡Ahí tienes!» ¿y no encuentras eso formal? Pues desgraciado, haz uso de tus instrumentos, si te gustan. Cava, trabaja, destrózate á fuerza de hacer ejercicio: ¿encontrará la patria algo que criticar en eso?

—¡Con estas manecitas! dijo el obrero enseñando las suyas flacas y delgadas. ¿Cómo quieres que el azadon y yo nos entendamos? ¿Cuando me haya encallecido los dedos removiendo tierra, podré manejar mas tarde el desbastador y el buril?

—¡Alto ahí, colega! El argumento es viejo, pero tiene su valor. ¿No quieres comprometer tus órganos? ¿deseas cuidarte para las joyas? ¿no esperimentas la necesidad de echarte á perder ya para siempre? Está bien, comprendo ese escrúpulo. Pero haces mal en acusar á la patria; no exige que te deteriores en lo mas mínimo, ¿entiendes?

—Sin embargo.....

—La patria te dice por la mañana, al salir el sol: «Ahí tienes herramientas;» pero nada previene acerca del modo de servirse de ellas. Rascas la tierra ó la revuelves, poco importa; no se cuida de eso. ¡Y querias que hubiese concebido la idea infernal de arrebatarte á tus joyas! ¡Quita allá! ¡es demasiado buena madre para hacer eso!

—Pero si nos paga, Percheron.

—Nos paga para satisfacer los impulsos generosos de su gran corazon, y nada mas. Su ventura, su alegria, consisten en prodigarnos sus tesoros. ¿Y quieres arrebatar á la patria sus legítimas satisfacciones? ¿quieres causarla disgustos? ¡Sér ingrato! ¡hijo desnaturalizado!

—¿Quién te dice eso?

—Pues bien, déjala que se prodigue, que vacie sus bolsillos. Tiene empeño en ello, no lo dudes. ¡Diantre! ¡preciso es hacer algo por sus hijuelos! ¡Imita al pelícano!!!

—Sí, Percheron, ¿pero crees que esto podrá durar? Es muy grave sacar siempre de un saco y no meter nada en él.

—¿Que te importa?

—Me importa, me importa, porque no puedo habituarme á ello. Solo la idea me irrita. ¡No dar en proporcion de lo que se recibe! ¡no hacer un trabajo concienzudo!

—¡Qué joyero eres!

—Seré lo que sea; pero esto constituye un tormento para mí, y cuando tiendo la mano para recibir un jornal que no he ganado, me suben los colores al rostro. Ese dinero me humilla, me quema los dedos.

—¡El dinero de la patria! ¿veis qué joyero?

—En vano te burlas, Percheron; es la pura verdad, y te compadezco si no piensas como yo. Cuando el obrero ha hecho buena labor, está en paz con su propia conciencia: coge un jornal con orgullo, conoce que ha hecho su tarea, que ha cumplido con su deber. Lo que le dá de jornal el maestro es menos de lo que él ganará. Al obrero pertenece entonces el mejor papel; él es quien tiene grandeza y generosidad. Procura mas ganancia de la que obtiene: al menos crea alguna cosa, se hace útil; pero aquí ¿qué hacemos?

—¡Una obra de hombres libres, joyero! ¿no lo ves?

—Una obra de holgazanes, Percheron, digámoslo claro. Créelo, y todos vosotros, amigos, creedlo tambien: estamos en una mala escuela. Dios quiera que no vicie aun á los mejores. Han hecho por nosotros lo que debian. Carecíamos de pan y nos le han dado. El gobierno es justo; ama á los obreros; lo ha probado. Pero no hay que hacerse ilusion: el sacrificio no puede durar mucho tiempo; provocaríamos el hambre en el pais; agotaríamos sus recursos.

—¡Bah! el rico es quien surte de dinero á la hacienda, joyero.

—El rico y el pobre, Percheron; y este mas que aquel. Mas dinero entra en las arcas del Tesoro en piezas de veinte sueldos que en napo-

leones. El pobre es quien hace el gran número de cantidades, y el gran número de estas es lo que produce las sumas crecidas. Así pues, ¿estamos en una posicion justa? Para nuestros jornales todos contribuyen, y por consiguiente todos tienen derecho á saber lo que pasa. El jornalero de las provincias que hace un trabajo verdadero, os preguntará si es equitativo hacerle contribuir al pago de un trabajo ridículo. El labrador que se afana y suda manejando el arado, encontrará muy estraño que una parte del fruto de su trabajo se emplée en alimentar á hombres que solo tienen un azadon en la mano por pura forma. Todos tienen derecho para decir al gobierno:—¿Por qué dispones de lo que nos pertenece en favor de hombres que juegan al club y al chito, y pasan el dia olvidando lo que saben hacer? ¿No es indigno que haya dos clases de franceses y de obreros: el obrero y el francés de París, que tiene el derecho de hacer lo que se le antoje y á quien la patria ha de alimentar, y el obrero y el francés de las provincias, que no tiene otro derecho sino el de molerse trabajando para alimentar y sostener al parisiense? Mira, Percheron, es inútil cuanto hago, pues no consigo desterrar esa idea.

—Porque eres demasiado joyero, hijo mio. ¿Cómo no ves que en el dia de hoy es el rico quien paga? ¡Qué diablo! solo para eso se ha hecho la revolucion. Ahora bien, si es el rico, á cada uno le toca su vez. La patria, chico, no quiere hacer injusticias. En el mero hecho de concedernos algunos favores, es porque se lo permiten sus medios.

—Por el momento, bien; pero dentro de dos meses, dentro de tres, será cuando haya de verse; y si algun dia llega el Erario á encontrarse apurado, podrá decirse que el obrero de París es la causa esclusiva de esa calamidad. No, Percheron, hay momentos en que cruzan por mi mente ideas terribles. Por la cosa mas insignificante libraria al pais de uua boca de mas; conozco que para mí no hay sitio conveniente fuera del trabajo, fuera de la obra que entiendo. ¡Es mi vida, mi elemento, mi ventura! ¡Si por fin se reanimase mi arte! ¿Pero qué quieres que hagan ahora de las joyas? ¡Los tapiceros, los ebanistas, los broncistas, los esmaltadores son otras tantas industrias arruinadas!

—Vamos, ahora la tomas por el sentimiento, joyero; ¡cuánto me afliges!

—¡Y pensar que hay entre nosotros algunos hombres que vienen aquí como cazurros, como falsarios, á escamotear el pan del pobre, que comen á dos carrillos, que no aceptan trabajo cuando pueden, cuando se lo proponen, que hacen uso de esta limosna para hacer la forzosa

á sus maestros é impedirles que abran de nuevo sus talleres! Mira, Percheron, entonces reparo en que vivimos entre gentes que carecen de sentido comun y de sentimientos de justicia, y me ruborizo mas aun por hallarme confundido con ellos. Y esto sin contar con que se han deslizado aquí ciertos hombres cuya compañia nada tiene de honrosa.

—¿En dónde has visto una sociedad en que no se haya mezclado algo malo, joyero? no hay que ser delicado.

—¡Qué hermoso dia será, Percheron, aquel en que vuelva yo á encontrar mi banco, mis herramientas, mis barras de metal, mis moldes, y todo lo demás! Ahí tienes, esa es mi mejor ilusion.

—¡Pobre chico! ¡prefieres servir á un particular á servir á la pátria! Los gustos son libres: haz que te esploten, hijo mio. La esplotacion del hombre por el hombre es ya cosa conocida. ¡Y estás en eso todavia! ¡Dios del cielo! ¡cómo se embrutece el hombre trabajando en joyeria!

Acababa el Percheron de pronunciar estas palabras en tono sentencioso, cuando un ruido que se oyó hácia la puerta indicó el regreso de los delegados. Habíase estipulado el arreglo y firmado el pacto; se obtenia trabajo, es decir, un jornal de cuarenta sueldos. En cuanto á la faena, era de las mas gratas: tratábase, tan solo, de dar un paseo por los alrededores. Un jardinero de Ville-D'Avray debia entregar los árboles destinados á renovar las alamedas de los *boulevards*. La brigada llevaba encargo de ir á buscarlos y de plantarlos; ¡faena de joyero, como se vé! Sin embargo, la idea tuvo buen éxito, pues el movimiento agrada siempre á las masas. Apenas hubo alguno que otro descontento, en cuyo número figuraba el Percheron.

—¿Con que siempre nos has de hacer traicion, Comtois? dijo á su compañero con acento de reconvencion.

—Era preciso concluir, replicó filosóficamente el interpelado.

El Comtois, como todos los hombres á quienes la naturaleza ha dotado con fuerzas de toro, era el ser mas inofensivo y tolerante que podia imaginarse. Podian darle broma y aun zaherirle; solo oponia una fuerza de inercia. Era esto una fortuna, porque sus puños, una vez puestos en movimiento, no golpeaban, sino que derribaban. El Percheron brillaba menos en este sentido, pero tenia el cerebro mas exaltado y la peor lengua de la brigada. Ambos representaban, uno la fuerza y la bondad del pueblo, el otro su turbulencia y su mordacidad. Este formaba el partido del movimiento; aquel el de la resistencia. Se escuchaba con mas placer al Percheron, pero se tenia mas confianza en el Comtois.

MCD 2022-L5

La brigada se puso en movimiento bajo el mando de un alumno de las escuelas; el cielo estaba nublado sin presentarse muy amenazador.

—¿Te parece que les sigamos? dije á Oscar.

—No tengo inconveniente, respondió; es un espectáculo que me agrada. ¡Es tan curioso estudiar á ese hermoso y gran pueblo!

Podíamos mezclarnos con la partida de obreros sin causar la menor sorpresa. Nos creían empleados de la administracion, y cuando menos jefes de servicio. El tránsito fué rápido y animado por alegres cantos. No reinaba en la marcha órden alguno; ninguna consigna se observaba. Era una partida de aventureros y no una tropa regular. Atravesamos el bosque de Boulogne en toda su longitud, y por las alturas de Saint-Cloud llegamos á Ville-D'Avray. El paraje era triste y tambien el palacio: parecia que llevaba luto por sus últimos huéspedes. Por entre los árboles despejados, solo se veía abandono y soledad. Una niebla espesa que vagaba por el aire, añadia á aquel cuadro un accesorio que no contribuía en manera alguna á animarle.

La brigada llegó á la puerta del vivero, en donde se hallaban ya dispuestos los arbustos: el jardinero, al ver á tantos hombres, no pudo contener un movimiento de sorpresa.

—¿Para qué es toda esa gente? preguntó.

—Para llevar los árboles de V., contestó el jefe de brigada. La pátria nos ha encomendado su transporte.

—¡Pero si habia yo ajustado el porte! Dos carretas, era cuestion de quince francos.

—Procuraremos ese ahorro á la nacion, ciudadano. He aquí unos mocetones que, para llevar los árboles, valdrán mas que los caballos de V.

—Pero si están empaquetados...

—¡Bastante importa! se abrirán. ¡Aquí, muchachos, y manos á la obra!

Los obreros acudieron presurosos: en pocos minutos fueron desgarrados los lienzos en que estaban envueltos los árboles, dejando á estos descubiertos. El jardinero parecia hallarse consternado: se encogia de hombros y alzaba los ojos al cielo. En el fondo de su alma compadecia sin duda á sus retoños porque caían en tales manos. Recordaba involuntariamente los cuidados que les habia prodigado y el esmero con que los habia tratado. En su dolor se revelaba un sentimiento paternal que habria enternecido á corazones menos feroces. Iba de un obrero á otro para asegurar y remojar la tierra adherida á las raices para li-

brarlas de todo deterioro. Finalmente, cuando la brigada con su preciosa carga volvió á ponerse en marcha para bajar la cuesta, la siguió con la vista durante mucho tiempo, y en el momento de volver á entrar en su casa, esclamó.

—¡Mis pobres acacias!...

Entre tanto, adelantábamos con rapidez; una lluvia menuda comenzaba á humedecer el suelo y aconsejaba que se apresurase el regreso á Paris. Delante de Sevres aumentó el agua; entonces se resolvió hacer alto en el pueblo, y almorzar en él. Los arbustos se dejaron en el camino, y las tabernas se llenaron de aficionados. Alzáronse mil voces á un tiempo: la cuestion de los manjares suscitaba algunas dificultades. Cada uno queria hacer prevalecer sus combinaciones y su gusto. Los taberneros no sabian á quien atender. Un número tan considerable de parroquianos no les agradaba mucho: además, acaso abrigasen algunas dudas acerca del pago de lo que consumieran. Por fin lograron entenderse los obreros; la tortilla y el lomo fresco prevalecieron. Para remojarlo, tuvieron un vinillo producido por los viñedos de las colinas circunvecinas. Bastó esto para alegrar los estómagos y los corazones.

Oscar y yo habíamos entrado en el mejor establecimiento de la aldea: el ejemplo nos sedujo. Tomamos peces fritos y chuletas; y no me recuerdo haber hecho en mi vida una comida mejor. El apetito la servia de salsa. Junto á nosotros habia una mesa rodeada de obreros, en cuya cabecera se hallaba el Percheron, y en el testero estaba el Comtois. Como obsequio de vecindad mandamos que les sirviesen unas cuantas botellas de vino bueno. Con esto se esparcieron mas los ánimos; nos dirigieron pomposos brindis y nos ofrecieron una candidatura para las próximas elecciones. Se pronunciaron discursos, y en ellos se quejaron en términos amargos de un régimen que descuidaba á los obreros. Como consecuencia natural de esto, se propusieron firmemente cambiarle en la ocasion mas inmediata. Cada convidado tenia su progama en el bolsillo. El Comtois, que era muchacho de sano juicio, comprendió que habia llegado el momento de intervenir.

—Esto no puede pasar sin cancion, dijo. El vino bueno llama á la cancion.

—¡Es muy justo! esclamaron los convidados.

—Ea, Percheron, hijo mio, ya lo oyes, repuso el coloso. Ya ves que la reunion hace un llamamiento á tus recursos vocales. ¡Vamos, canario, adelante!

MCD 2022-L5

—Esta lluvia me ha enronquecido la voz, contestó el obrero con el tono del artista que trata de hacerse rogar.

—¡Bah! dijo el Comtois, ¿no es mas que eso? ¡Pues bien! toma otro trago de este vinillo: esto echa fuera el mal aire.

Le echó entonces un vaso enorme, que el Percheron se bebió muy concienzudamente.

—Ahora, hijo mio, no mas escusas, añadió el atleta; ya conocemos el valor de tu instrumento. Así pues, entona con el pulmon izquierdo.

—¡Adulador! ¿Y qué quieres que cante, Comtois?

—Lo que quieras, chico. *Los Girondinos en el taller nacional*, por ejemplo; entonas con perfeccion ese canto.

—Es demasiado alegre y trivial.

—Tanto mejor, hijo mio; en tiempo de miseria es preciso adormecer el mal.

—¿Lo quieres? pues bien, allá vá.

Ensayó su voz y comenzó:

(Música de los *Girondinos*.)

Nadando en cerveza y ron,
Mira, gran Francia, á tus hijos,
Que los ojos en tí fijos
Te piden les dés jamon.
Que á costa de la patria
Llenar la tripa,
Es toda una chiripa,
¡Buen chiripon!

—¡Bravo, Percheron! ¡bien ejecutado, hijo mio! dijo el Comtois con visible emocion.

—¡Ahora os toca á vosotros, amigos! añadió el cantor. Un coro y sostenido.

Todos los obreros repitieron juntos el estribillo:

Que á costa de la patria
Llenar la tripa,
Es toda una chiripa,
¡Buen chiripon!

—¡El hecho es que la cancion tiene chispa! justamente lo mismo que el vino, dijo el coloso vaciando su vaso.

MCD 2022-L5

La reunion opinó del mismo modo, y el Percheron fué elogiado por todos. Le rogaron de nuevo, y esta vez se mostró aun mas accesible.

—¡*La Marsellesa del trabajo! ¡la Marsellesa del trabajo!* gritaban de todas partes.

—¡Silencio, amigos, silencio! Nada de eso, que es demasiado fuerte.

—¡Bah! ¡todo queda entre nosotros, en familia!

—Vamos, corriente, puesto que lo exije la mayoria. ¡Respecto á las mayorias!

Y cantó:

(Música de la *Marsellesa*.)

En marcha denodados campeones,
Llegó de la piqueta el claro dia;
Mañana cuando canten los gorriones,
Vereis sin trabajar la pilleria.
¿No oís á los granujas
Y á los gateras,
Que á fin de llenar b-ches,
Trituran piedras?
A las piquetas por batallones,
Cavemos, cavemos,
Y así segura la bucólica tendremos.

—¡Coro! ¡coro! ¡hijos de la lira!

Cavemos, cavemos,
Y así segura la bucólica tendremos.

—¡Ahí está! dijo el Percheron á manera de artista que ha desempeñado su cometido.

—¡Segunda copla! ¡segunda copla! esclamaron los convidados.

—Imposible, hijos mios; ¡la voz se niega! Hay una nota que no puedo dar á luz. ¡Está ausente con licencia!

—No importa: ¿quién hace caso de eso? dijeron todos.

—¡Pues bien! hijos mios, ya que lo exigís, se pasará á la última estrofa. ¡Atencion, que es lo mejor!

—¡Enhorabuena! esclamó la reunion; ¡y con acompañamiento de banderas! ¡Cómo en el teatro francés, Percheron!

—¡Dios de Dios! ¡qué delicados sois! Os gustan las cosas buenas, segun parece, hijos mios. Vamos, está bien, se os complacerá.

Al propio tiempo unió dos servilletas, hizo de ellas una especie de

bandera, se envolvió entre sus pliegues de un modo pintoresco, y luego, revolviendo los ojos en las órbitas, se arrodilló y tomó el aspecto de una pitonisa que ha estudiado mucho sus posturas delante de un espejo.

—Copla final, dijo.

Y cantó:

Amor sagrado del aguardiente,
Rompiendo corchos ayúdanos;
Y berreando cantemos todos
Que viva el vino, viva el licor.
Y si el trabajo es un embuste,
Gente de fuste, gente de honor,
Gritemos todos ¡viva el granuja!
¡A la garulla honra y loor!
A las piquetas por batallones.
Cavemos, cavemos,
Y así segura la bucólica tendremos.

—Coros y mas coros, ¡hijos de Apolo!

Cavemos, cavemos,
Y así segura la bucólica tendremos.

—Ahora en marcha, que ya el jefe de brigada se impacienta. Respeto á los superiores.

Se levantó la sesion, y la bulliciosa banda emprendió de nuevo el camino de París. Cada obrero habia cargado sobre sus hombros uno de las preciosos arbustos destinados al arbolado de los *boulevards*. Preciso es confesar que aquellos vegetales no eran tratados con todas las consideraciones que merecia su tierna edad. El ejercicio que les hacian sufrir debia acrecentar el pesar que esperimentaban por haber abandonado el pais nativo. Desde Ville-D'Avray hasta Sevres habia sido tolerable su condicion, pero desde Sevres á París se agravó cruelmente. Los vapores del vino impulsaban á los obreros á tener entre sí juegos tumultuosos que perjudicaban en estremo á la existencia de las plantas. Estos convertian los arbustos en espadones y los empleaban en asaltos abusivos; aquellos, transformándolos en fusiles, los dedicaban á un manejo de arma bastante incompatible con el uso á que se les destinaba. Todos estos ejercicios amenos concurrian á producir un mismo resultado; el de despojar á aquellos vejetales de su último abrigo y herirles en las fuentes de la vida.

MCD 2022-L5

Una broma concluyó de rematarlos: el Percheron fué quien tomó la iniciativa. Hallándose al lado su amigo el coloso, arrojó sobre los hombros de este el peso que llevaba.

—Toma, Comtois, le dijo; no llevas suficiente lastre: ahí tienes.

El robusto obrero tomó la cosa con paciencia y continuó su marcha alegremente. El ejemplo tuvo imitadores, y muy luego otros doce ó quince individuos de la retozona banda dijeron á su vez:

—Toma, Comtois.

Pronto desapareció el atleta bajo aquella masa con que le cargaban. Era mas lo que estorbaba que no su peso, y caminaba cual si hubiese llevado libres los hombros; solo que, con esta frotacion contínua, las raices acababan de quedar descubiertas y sufrian deterioros irreparables. Cuando llegaron á las puertas de París, ya no eran retoños para un plantío, sino faginas.

Tal fué aquel dia memorable en que Oscar y yo pudimos juzgar lo que era un taller nacional y los servicios que prestaba. La cuenta era fácil de ajustar. Doscientos cincuenta hombres habian efectuado el transporte de otros tantos arbustos. A razon de cuarenta sueldos de jornal á cada hombre y de tres francos por pié de árbol, eran quinientos francos por una parte y setecientos cincuenta por otra; total: mil dos-

cientos cincuenta francos perdidos. Ninguno de los arbolillos sobrevivió á las consecuencias del almuerzo, y todavia fué preciso plantarlos, así como mas tarde será necesario arrancarlos; doble trabajo y doble gasto. Tal era el taller nacional; tales los beneficios de la institucion.

Seguramente que nada es mas respetable que las miserias del pueblo, y para el Estado es una obligacion imperiosa socorrerlas. En tales casos conviene obrar inmediatamente, sin calcular la estension del sacrificio. Pero si el fin es exacto y no admite vacilaciones, no acontece lo propio con la eleccion de los medios. Antes de verificarla, importa mucho calcularlo todo, el efecto de los planes y la trascendencia de los actos, asegurarse en el terreno y no confiar lo mas mínimo á la casualidad. Es terrible juego turbar, bajo la fé de un mero sueño, la economía entera del trabajo, su movimiento natural, su dominio sobre la multitud. Es grave responsabilidad la de trastornar las existencias, alterar los hábitos, inquietar los sentimientos, para realizar combinaciones que no contienen elementos de órden ni condiciones de duracion. El taller nacional era uno de esos caprichos de niño, llevado á ejecucion por otros niños. En él, nada habia grave ni digno de un gran pueblo. Las dificultades que vencian de esta suerte se las habian creado á su propio antojo, por sus propias manos. Algunas medidas sencillas adoptadas en un principio, habrian bastado para remover las dificultades. Verdad es que estas medidas habrian escluido el aparato teatral, las palabras pomposas, las proclamas sonoras, las emociones de taller, pero habrian aliviado de un modo mas equitativo y con menos gastos para el tesoro las miserias mas positivas, las mas urgentes. En vez de agrupar con afectacion á los obreros desocupados, habrian mantenido su diseminacion, á fin de no corromper á las almas con el espectáculo de un trabajo irrisorio, á fin de dejar vivos entre ellos, como un preservativo saludable, el sentimiento de una situacion falsa y el deseo de librarse de ella volviendo á un trabajo formal.

Tal fué el sentimiento que produjo en mí lo que presencié en aquel dia. Estudiando las disposiciones de nuestros compañeros de camino, descubrí un descontento de sí propios que estallaba bajo diferentes formas y de mil maneras. En unos se revelaba con ruido, en otros por medio de las diversiones de taberna. Estos decian chanzas amargas, aquellos lanzaban epígramas al gobierno. Un malestar secreto dominaba á todos; presentian que se hallaban fuera de la esfera de las emociones saludables, mal rodeados, mal dirigidos. Por eso no tenian límí-

tes sus exigencias; su trabajo carecia de valor, y no obstante esto, se quejaban del jornal.

—Mira, Comtois, decia el Percheron al regresar á Monceaux, es la última que te paso.

—¿Pues? ¿por qué? replicó el coloso, en quien estas filípicas hacian muy poco efecto.

—¡Hacernos mojar como ratas por cuarenta sueldos miserables! ¿En dónde tenias la cabeza cuando hiciste tan lindo trato?

—Preciso era hacer algo, replicó el delegado con su inalterable filosofia.

—Decididamente, Comtois, penetro tus intenciones, dijo el Percheron. Hay en esto alguna obra tenebrosa, algun jarro de vino. Comtois, sé franco con tu amigo; prefiero eso. Confiesa que nos vendes.

CAPITULO XII.

LOS CLUBS DE VINAGRE Y DE ALCANFOR.

Entre el empirismo y el taller nacional, es decir, entre el desórden en las ideas y el desórden en los actos, tenia el gobierno dos obstáculos graves; pero tropezaba con otro mas grave todavia en los clubs, que cada noche le trataban como si fuesen sus superiores y hablaban de ir á cortarle las orejas.

Al dia siguiente de la revolucion estaba el poder por el suelo; algunos hombres de corazon cargaron con tan pesado fardo. Algunos peligros verdaderos daban á este acto un carácter de abnegacion, y seria mostrarse ingratos desconocer el servicio que prestaron. Un pueblo armado no se calma de repente; sus deseos tienen mucha semejanza con las violencias. No hay en la multitud un sentimiento de energia ó de orgullo que no degenere entonces en pretensiones de mando. Todo hombre que reune en torno suyo veinte bayonetas ó veinte sables, puede tratar de potencia á potencia con el gobierno establecido, dictarle condiciones y reclamar su parte de soberanía, y aun en caso necesario, le ordena que se disuelva. Los jefes que se han coronado por sus propias manos no inspiran un respeto muy profundo. Los que han asistido á su advenimiento están siempre inclinados á derribarlos para proclamar á otros, y á no imponer á este manejo otros límites que los de su capricho y su vanidad.

Así sucedia que sobre las ruinas del poder caido se habian levantado veinte ó treinta poderes. Tenian su asiento en los clubs, y tenian por órgano á las celebridades de las prisiones. Los hombres á quienes

la revolucion habia restituido su libertad, reclamaban el precio de su martirio. Parecian hallarse dispuestos á no regatear mucho respecto de sí mismos, pero se mostraban exigentes relativamente á sus ideas. A su modo de ver, el triunfo del pueblo era el suyo, le habian preparado, cuando se hallaban cargados de cadenas, santificándole con el sufrimiento. El pueblo no podia olvidar á los que habian defendido el principio republicano á costa de su sangre y de su libertad. Por su frente arrugada antes de tiempo, por esa espresion sombria que deja en las facciones el encierro, ¿cómo no habia de conocerse á los héroes del momento, á los verdaderos soberanos de las circunstancias presentes? El gobierno aparente solo era producto de una mala inteligencia y de una sorpresa. ¿En dónde habia peleado? ¿Qué habia sufrido? El único y verdadero gobierno residia en siete ú ocho nombres rodeados de aureola y consagrados por la persecucion.

Desde los primeros dias se delineó la posicion. Por una parte estaban las ambiciones que habian llegado al poder: por otra las que pretendian escalarle. Para aquellas la Casa de la Villa; para estas los grandes clubs, los clubs revolucionarios. Desde entonces trataron de potencia á potencia, calcularon mútuamente las respectivas fuerzas; en la Casa de la Villa no veian sin recelo aquellos focos de accion llenos de amenazas contra el poder; los clubs no podian pensar sin indignacion en aquel conjunto incoherente de individuos y de opiniones, á quienes la casualidad y la bondad natural del pueblo habia investido con el mando. Unos abrigaban secretos temores; entre los otros reinaba visible efervescencia. El mejor papel correspondia mas bien á estos gobiernos libres que no al gobierno instituido. No incurrian en responsabilidad alguna y compartian el poder. Ninguna medida grave dejaba de ser juzgada por ellos y alambicada de un modo rigoroso. Los hombres de la Casa de la Villa no se pertenecian á sí propios: vivian bajo tulela. Su deseo secreto era restituir á París un aspecto tranquilo que hiciese renacer el crédito. El interés de los clubs estaba en mantener la agitacion revolucionaria, y lograr la nivelacion por medio de la angustia. Los clubs lograron el triunfo: los hombres de la Casa de la Villa cedieron. Estos veian en el regreso de la tropa de línea dos efectos provechosos: una garantia de órden y una reparacion. Los clubs temian que el ejército tuviese inclinacion á una revancha, y exigieron que París permaneciese sin guarnicion. El gobierno fué quien volvió á doblegarse: apenas llevó la rebelion al estremo de un desfile de teatro. Siempre y en

todas partes volvia á encontrarse esa dominacion misteriosa que dejaba sin fuerza á la política y sin dignidad al poder.

Esta presion funesta se ejercia en nombre del pueblo. No era Oscar el único que se prevalia del pueblo y se fortalecia con su apoyo. Cada club tenia un pueblo á sus órdenes. ¿Era siempre el mismo pueblo? ¿ó se contaban tantos como clubs? Si era el mismo, se daba á sí propio tremendos mentís, porque los clubs solo estaban de acuerdo en un punto, el de las perpétuas contradicciones. Si eran diferentes pueblos, faltaba saber dónde estaba el bueno, el verdadero. Cualquiera que fuese el pueblo, segun decian los clubs cada noche tenia algo que pedir á la Casa de la Villa. Ya era esto, ya aquello: precio fijo, sin rebajar lo mas mínimo. Á poco que tardase en obtenerlo, iba á ponerse en marcha hácia el punto en que tenia su asiento el gobierno y á tomarle por asalto. Sobre todo nada de dilaciones, nada de malas derrotas, que ya no satisfarian al pueblo, porque estaba cansado. Aquel noble y gran pueblo habia hecho bastantes revoluciones estériles, y se hallaba resuelto á velar por la presente, á fin de que nada turbase su fecundidad. Así hablaban los clubs; Oscar no se habria espresado mejor.

De todas suertes es lo cierto que aquel pueblo, tan universalmente invocado, no tenia trazas de ser un amo condescendiente. ¡Cuántas exijencias! ¡qué despotismo! ¡Cómo hablaba á los soberanos que él mismo se habia impuesto! ¡Cómo los retraía á las condiciones de su orígen! Tratando con dependientes, no pudiera haber sido el tono mas incisivo ni mas altanero. ¡Pronto, un ejército á las fronteras! lo desea el pueblo. Un impuesto forzoso á los ricos, así lo dicta el pueblo. ¿Á qué hacer elecciones en breve plazo? el pueblo no las quiere. Retrasadlas, dice un club; apresuradlas, dice otro; ¡y ambos hablan en nombre del pueblo! ¿Á quién creer? Luego venian opiniones imperativas acerca de los decretos espedidos ó por espedir. El pueblo aprueba, el pueblo censura, segun las versiones; acepta el conjunto, pero protesta contra los detalles. Nunca acababan de tomar en boca al pueblo: era este minucioso como un aguacil, fanfarron como un perdonavidas, receloso como un Otelo, y hablador como un criado de comedia. Esto sin contar con que su mayor alegría consistia en ponerse perpétuamente el sombrero ladeado, en retorcer las puntas de su vigote, y en romper algunos vidrios por via de pasatiempo. Tal era el pueblo en cuyo nombre dictaban los clubs sus disposiciones. Una palabra lo esplica todo: le hacian á semejanza suya.

Héme aquí en los clubs: era la gran curiosidad. Al dia siguiente de la revolucion se creó uno; al cabo de una semana se contaban ya mas de cincuenta. Todo propietario que tenia una habitacion vacía fundaba un club; de este modo se procuraba una influencia y se aseguraba un alquiler. De este cálculo nacieron muchos establecimientos análogos; no se elevaron á la esfera de la política sino despues de haber pasado por la especulacion. Los clubs estaban en voga, y esto es mucho en París. Íbase á buscar en ellos la comedia ó el melodrama, segun el barrio. Habia el club sombrío y el risueño, el pintoresco y el fastidioso. En suma, era todo ello muy mediano; ni un talento, ni una idea: enormidades sin fin, verdaderas esposiciones de tonterias. Todas las vulgaridades que de medio siglo á esta parte han fijado su domicilio en los libros, se proferian de nuevo en aquellas tribunas sin ser contrariadas por un gesto ni por una espresion. Aquellos genios enterrados, aquellos grandes hombres ignorados, que para ponerse de manifiesto aguardaban tan solo un escenario digno de ellos, iban á estrellarse uno por uno y lo mas miserablemente del mundo. Allí donde esperaba encontrarse buen juicio y sencillez, solo se hallaban sofismas y énfasis. Nada de naturalidad ni de impulsos verdaderos, sino una confusa mezcla de trivialidades y de palabras huecas poco dignas de un pueblo ateniense.

Mi amigo el baron de la Vendée, era uno de los concurrentes habituales del club mas borrascoso de París. En vano Marta reñia y le rodeaba de consignas severas, pues se sustraía el baron á ellas para ir á seguir en su foco mas activo al movimiento histórico cuyas fases habia previsto. Era su punto de vista; no consentia en ver las cosas de otro modo. La revolucion actual era una falsificacion de la otra; nadie habria logrado alterar en él esta conviccion.

—¿Está V. libre de toda ocupacion, Sr. Paturot? me decia.

—Enteramente libre, baron, y á las órdenes de V.

—¿Sin duda le gustará á V. asistir á una funcion?

—¿Me será permitido preguntar de qué clase es?

—Es una funcion nueva, ó mas bien copiada de las antiguas. Tengo ahí dos tarjetas.

—¿Y los actores, baron?

—¡Son sobresalientes! Pero los principales murieron hace mucho tiempo. ¿Adivina V?

—Lo presumo, baron, es un club.

—V. lo ha dicho; pero no es club vulgar. En él juegan al gobierno.

—Como en los Jacobinos, le dije sonriendo.

—Como en los Jacobinos, ¡señor Paturot! En vano se burla V. pues caminamos hácia ellos. ¿Viene V.?

—Con mucho gusto, baron; es la ocasion harto buena para que yo la desperdicie.

—¡Verá V. personajes curiosos!

—¿De veras? ¿Se les debe llamar curiosos?

—Corriente, no los califiquemos; mas tarde se encargará de ese cuidado la Providencia.

No obstante las objeciones de Marta, el baron se preparó para salir, y solo tuvo aquella el recurso de refugiarse á una protesta silenciosa.

—Me le echan á perder, señor, me le echan á perder, dijo acompañándonos hasta la meseta de la escalera.

El club al cual nos dirigíamos no estaba muy lejos, y en menos de diez minutos llegamos á la puerta. Razon habia tenido mi compañero al hablarme de una funcion; al ver la multitud que habia en la calle, cualquiera se habria equivocado.

—¿Los billetes, señores? decia un portero á los que se presentaban.

—Tómelos V., contestó el baron.

Las personas introducidas tomaban dos direcciones; nos indicaron la que habíamos de seguir. Hasta entonces nada terrible ni revolucionario se veia, á no ser uno ó dos fusiles que brillaban en las puertas. Era la fuerza armada de la localidad y una medida de policía. Subimos por la escalera, y llegamos á una fila de palcos en donde pudimos sentarnos. El club celebraba sus sesiones en un teatro, y el local habia tenido que adaptarse á su nuevo destino. En el escenario estaba la mesa; los miembros del club ocupaban la orquesta y las lunetas; los palcos habian quedado para el uso del público. Se entraba mediante una pequeña retribucion. Sin duda pagaba el club el alumbrado con esta renta.

—Vamos, ¿los vé V.? me dijo el anciano sentándose; ¿los conoce V.?

—¿Conocerlos? seria difícil, baron.

En efecto, desde el punto en que nos hallábamos, solo se veia un millar de blusas y de fraques agitándose en las profundidades del patio. De allí salian gritos confusos, y aun me pareció ver relucir algunas armas. Solo la mesa, mejor alumbrada, entregaba á las miradas de los curiosos los personajes que la componian. Al instante me llamó la atencion uno de ellos; era imposible dejar de conocer al jefe y el alma

de aquella reunion. Sus ademanes habituales revelaban el cansancio, y su aspecto era enfermizo. Cualquiera habria dicho que la prision pesaba todavia sobre él como un fardo penoso y dejaba tan solo á su pecho una cantidad insuficiente de aire. Pero cuando se animaba, cuando le arrastraba el debate, adquirian sus ojos un brillo sombrio y sus palabras penetraban como el acero. Era una especie de transfiguracion. La fisonomia revelaba entonces los secretos de aquel carácter indomable; se veia que se habia propuesto un fin, y que no se desviaria de él. Hasta en el descanso se verificaba un trabajo interior, semejante al del volcan que tiende á romper la corteza que le cubre. La contradiccion le irritaba sobre todas las cosas; no la sufria en el recinto en que predominaba su ascendiente. Mientras el orador no se apartaba del tema asignado, se dignaba estimularle con un asentimiento mudo; pero si se suscitaba una oposicion, en el momento mismo se cargaban de relámpagos sus ojos y su ademan parecia una amenaza.

Aquel personaje era el presidente del club; figuraba en primera fila entre los héroes del cautiverio y de la conspiracion. ¡Desgraciados tiempos! ¡desgraciadas naciones aquellas en que la política crea semejantes celebridades! La persecucion engendra los martirios, y el martirio tiene mas atractivos de lo que se crée. Vá unido á él no sé qué efecto lisonjero que derrama en el alma insana voluptuosidad. Se embriagan con la persecucion lo mismo que lo hacen con la gloria, y en los vapores que de ella emanan tienen ante la vista aquel Capitolio lejano adonde han de subir algun dia. Aunque hubiesen de permanecer en un estado de opresion, todavia halagaria aquella condicion. El amor propio encuentra en ella algun provecho y ámplias compensaciones. Se ejerce un dominio ilimitado sobre esos ánimos exaltados, sobre esas organizaciones inquietas que piden un nombre como punto de reunion, como escarapela, como bandera. ¡Legiones entusiastas y atentas á la primera señal! ¡Austros impetuosos, prontos siempre á desencadenarse! ¿No ha de hallar e corazon un placer secreto en ese mando terrible? ¿No es, acaso, una vida grata aquella en que las emociones del combate suceden á las de la cárcel? Pueden variar un régimen tras otro sin que se olviden tales hábitos. Lo que la naturaleza no habia hecho mas que bosquejar, la cárcel lo concluye y perfecciona; las almas apartadas del mundo durante mucho tiempo, no vuelven á unirse á él sino por un sentimiento de ira. Ya sea lo establecido Monarquía ó República, conspiran siempre, pues en lo sucesivo ha de ser su título honroso.

Asaltáronme estas reflexiones sin que pudiese rechazarlas. El aspecto del salon, los clamores que en él se alzaban, las ondulaciones de la multitud que se estrechaba á nuestros pies, todo despertaba en mí ideas tristes y una impresion semejante á la que siente un viajero al ver horizontes desconocidos. ¿Con tales elementos, habia sociedad alguna posible? Mezclábanse lo burlesco y lo odioso de un modo que hacia se esperimentasen cólera y compasion á un mismo tiempo.

—¡Vamos! me dijo mi compañero volviendo á su tema, ¿los conoce V. ya?

Estaba aferrado á su idea;

—¿Á quiénes, baron? repliqué.

—¡Á quiénes ha de ser! á nuestros antiguos, Sr. Paturot. He aquí á Anacarsis Clootz, el orador del género humano. ¿No ha oido V. que pedia una cruzada contra el Sardanápalo del Norte? Hace sesenta años que habla así. ¿Y su vecino? no ha lugar á equivocacion: es el capuchino Chabot. ¡Vea V. cómo se distingue la tonsura! ¿No habla, acaso, de ir á hacer la barba al poder ejecutivo? Es su espresion favorita. ¡Siempre son los mismos esos Jacobinos!

Sin embargo, acababa de establecerse un poco de silencio; un orador ocupaba la tribuna. Su testo era este: «La clase media ha esplotado sobrado tiempo al pueblo; tiempo es ya de que este esplote á aquella.»

—¡Ciudadanos, decia, nos hacen traicion! La patria está en peligro; vigilemos. Aquellos que durante varios siglos, han medrado con el fruto de nuestro sudor, han conservado todas las posiciones que debiéramos haberles arrebatado. ¿Qué veis en la guardia nacional? la clase media; ¿en los grados del ejército? la clase media: ¿en la magistratura? la clase media; ¿en la administracion pública? la clase media; en todas partes la clase media. Ella es la que pinta los cuadros y la que escribe los libros; ella la que tiene las casas de banca, y tambien el comercio. De todo se apodera esa clase. Entonces, ¿en dónde está el pueblo? ¿No hay ya pueblo? Sí, cuidadanos, hay uno, pero es para servir de esclavo al hombre de la clase media, para limpiarle las botas, para llevarle el agua, para hacerle el calzado, para abrirle la portezuela del carruaje de alquiler cuando el gran aristócrata vá á los segundos palcos del teatro del Ambigú. Hé ahí la parte que toca al pueblo: la de ser pisoteado por el individuo de la clase media.

La reunion, en la cual predominaba la gente de blusa, escuchaba este lenguaje con un estremecimiento de placer. El entusiasmo se halla-

ba reprimido únicamente por el temor de turbar al orador en el curso de sus períodos. No obstante esto, en diferentes puntos se veían señales evidentes de una admiracion mal contenida.

—¡Bravo! ¡eso es! ¡muy bien! decian algunas voces.

—Así pues, prosiguió el orador, hace ya siglos y siglos que el pueblo está á merced de la clase media. Todos lo confiesan, ¿no es cierto? ¿todos convienen en ello?

—¡Sí! ¡sí!

—Pues bien, ya que hoy el vencedor es el pueblo, tócale á este su vez. La pena del talion, como en los antiguos tiempos. El pueblo vá á ser banquero, administrador, general, pintor, poeta y rentista; á él le corresponde ahora. En cuanto al individuo de la clase media, necesita un puesto, es muy justo. Por lo tanto será limpia-botas, aguador, mercader al pormenor, zapatero de viejo, sastre y trapero. Hé ahí la suerte natural de la clase media: hará lo que hacia el pueblo, y este lo que aquella hacia. Cada uno á su vez, y ¡adelante la igualdad! Ahora, si alguien encuentra que no tengo razon, que lo diga.

El acento con que se habian pronunciado estas últimas palabras demostraba que en el orador habia cierta predisposicion á la intolerancia. Por eso nadie tomó la palabra para sacar al individuo de la clase media de la condicion á que se le condenaba. Parecia que cada uno de los que componian la asamblea se resignaba á verle convertido en trapero y en buhonero; y sin embargo, habia en el club muchos individuos de la clase media, y el mismo orador lo era. El presidente pertenecia á la misma clase, y la mesa contaba entre sus miembros á varios individuos de ella. Habria sido cosa de preguntar á toda aquella gente si venderia limonada por las calles ó llevaria el cajon de fosforero.

Sucedíanse las mociones; ¡daba compasion! Todas tenian próximamente el mismo carácter y la propia oportunidad. ¡Qué ideas y qué lenguaje! ¡Todo eran trozos plagiados sin un solo sentimiento verdadero! ¡Declamacion en frio, que es la peor de todas.

—¡Vámonos, dije á mi vecino; me hace daño oirles!

—Aguarde V., Sr. Paturot; ahora entra lo bueno: no hemos oido sino los preliminares.

En efecto, comenzaron los grandes oradores; tratábase de ir á presentar al dia siguiente una peticion al gobierno, y de manifestarle hasta qué punto se hallaba descontento con su política el club. Esta peticion fué discutida y votada; los términos en que se hallaba concebida eran

tan imperiosos que rayaban en insultos. Indicábanse las epuraciones que habian de hacerse; prohibíanse ciertos actos y se imponian otros. Las exigencias se sucedian y se acumulaban. Cada miembro del club queria suministrar su idea, ponderar la espresion y agregar á la manifestacion del desden general, la de los suyos particulares. ¡Pobre gobierno! No habia allí una sola persona que no se creyese con derecho para ir á cortarle las dos orejas.

—Veamos, me dijo el baron al salir, ¿qué piensa V. de esto?

—Es un vértigo aislado, repliqué, un poco de delirio en un rincon de París.

—¡Bah! repuso, así es como está V. al corriente de lo que pasa. Acaba V. de ver á un gobierno, Sr. Paturot; pues bien, hay treinta de este género. No hay club que no se dedique á este juego y que no envie órdenes. Todos amenazan marchar si les oponen resistencia: los que solo hablan de cincuenta mil hombres son los mas discretos. Los hay que tienen á su disposicion hasta trescientos mil hombres, y ví uno el otro dia, cerca de Bercy, que no se contentaba con quinientos mil hombres, pues llevaba sus miras hasta el millon. Cada dia dice á los de la Casa de la Villa: ¡Cuidado! que tengo un millon de hombres detrás de mí.

—¡Qué ejército tan considerable! ¿con qué le alimenta?

—No le alimenta, le cura: de ahí su fuerza. En las profundidades de su laboratorio ha descubierto un específico aplicable á todos los males. Es el alcanfor y le emplea para todo. Le ha puesto en frascos, en almohadillas, en canutos de pluma y en política. La única reconvencion que dirige al gobierno es la de que no adopta una política alcanforada. Si alguna vez se decide á poner en movimiento á su millon de hombres, lo que instituirá será un gobierno al alcanfor. El alcanfor es eminentemente purificador; todo aquel que le aspira se salva al instante. Solo él puede combatir eficazmente la tos aristocrática y el asma de la reaccion. Tome V. al príncipe del alcanfor con su millon de hombres, y mañana tendrá instituciones todo lo alcanforadas que sea dado á la tierra conocerlas. Dice á sus hombres al despertar: Amigos mios, estad dispuestos; aun no es eso. Mientras no veais al alcanfor ocupar en nuestras instituciones el rango que le corresponde, repetios unos á otros: nos roban, hay que rehacerlo. Podrán ensayarse otras drogas, pero si la nuestra no tiene preponderancia, desconfiemos. ¿Me entendeis, no es cierto? Fuera del alcanfor no hay salvacion. ¡Permanezcamos sobre las armas, vigilemos!

—¿Y es eso tambien un gobierno? dije al baron.

—Sí, uno de los veinte que tenemos; he aquí otro. Este profesa la política del abono, y se halla establecido cerca de Montfaucon. Es renovar á los latinos. Un pensador llamado Círculo, descubrió en otro tiempo en Roma que las miserias de la humanidad son únicamente una cuestion de resíduos. Restituir á la tierra cuanto suministra, no distraer ni perder lo mas mínimo de ella, tal es el deber del hombre, y con frecuencia falta á él. De aquí se derivan muchos sufrimientos. Todo átomo ausente forma un vacío en la fecundidad del suelo, y este vacío se revela por medio de una diminucion de recursos. Es un círculo vicioso en el cual han girado hasta el dia las generaciones. De aquí resulta una necesidad urgente de instituir un gobierno que tenga por programa la fertilidad de la tierra y la política del abono.

—¿Es eso formal?

—Muy formal, Sr. Paturot. Esa política tiene un jefe y un nombre conocidos. Aun no es eso todo: tenemos tambien el gobierno del cambio, que es de un giro mas ingenioso, y de un comercio menos sospechoso. La felicidad humana depende tan solo de una preocupacion antigua: el empleo de la moneda. Suprímase esta, y se suprimirá la desgracia. Luego, en vez de la moneda, institúyase el cambio; este es tan inocente como feroz es aquella. Con el cambio no puede haber deseo de amontonar, como con la moneda. Dá tentaciones el metal, pero no así el producto. Es tan claro como la luz del dia. Cuando tenga en su casa un reloj de sobremesa, no querrá tener dos mil. Así pues, ¡no mas moneda, y viva el cambio, ese instrumento de la felicidad perfecta! Soy poeta, por ejemplo, y quiero colocar un soneto: le propongo naturalmente á los que me rodean. ¿Qué obtendré en cambio? quizás un canario. Es poco alimenticio; pero menos aun lo es un soneto. Verdad es que el gobierno del cambio lo acepta todo y dá billetes de contra-valor. No importa: tarde ó temprano habrá que llegar á una liquidacion, y si he entregado cincuenta sonetos, desearé saber qué papel representarán en ella.

—Todo eso parece un sueño, baron.

—Y no es el único, Sr. Paturot. Durante su residencia en la provincia se ha enmohecido V., ha permanecido estraño al movimiento de las ideas. Ande V., que se dicen cosas singulares en las calles de París.

—Ya lo veo.

—No parece sino que volvemos al diluvio. ¡El cambio! ¿dónde hay cosa mas primitiva? Decididamente me agrada ese gobierno; conviene á los pueblos pastoriles. Además es poético, y nos inclinamos á la poesia. Luego, al lado de los gobiernos del alcanfor, del abono y del cambio, tenemos el del arte. Hay donde escoger.

—¡Ese le conozco! Oscar es su inventor.

—¡No, Sr. Paturot, no! ¡Su amigo no es el único que nos gobierna en nombre del arte! ¡Tenemos otros pinceles y otras liras! ¡Qué torrentes de entusiasmo, Dios mio! Nunca se prodigó tanto la lengua. Y siempre el mismo estribillo: Hacen traicion al pueblo, venden al pueblo. ¡Permanezcamos sobre las armas! ¡Vigilemos! Es imposible sacarlos de ahí.

—En efecto, baron.

—Es como el gobierno de las proclamas; no ceja en su propósito. A cada proclama que fija en las esquinas, pretende que contiene al pueblo lo mejor posible, pero que su mano vá á ceder á impulsos del esfuerzo. Son exhortaciones interminables, palabras suplicantes. «No, pueblo, no, le dice, deja todavia al culpable el tiempo suficiente para enmendarse. Eres fuerte, bien lo saben; no tienes que hacer mas que mostrarte para reducirlo todo á polvo. Pero es un juego que requiere hacerse con maestria; no te lances antes de recibir la órden: aguarda la señal. Si esperimentas el deseo de saber mejor á qué atenerte, ven á verme, pueblo, completaré mis instrucciones. Ahí tienes las señas de mi casa. Pero, por favor, guarda tus puños para mejores dias.» Así habla el gobierno de las proclamas.

En el momento en que el baron concluyó de pronunciar estas palabras, acabábamos de internarnos en los soportales de la calle de Rívoli. Era tarde, y Marta debia estar inquieta; apresurábamos el paso, cuando resonó delante de nosotros una voz brusca gritando:

—¿Quién vive?

—Amigos, contesté siguiendo mi camino.

Un hombre se colocó delante de nosotros de modo que nos impedia el paso.

—Avancen VV. á dar el santo y seña, dijo.

Le examiné con cuidado; no podia ser un guardia nacional. Allí no habia cuerpo de guardía ni nada que se le pareciese; además su traje escluía aquella suposicion. Las únicas prendas notables que llevaba puestas eran una corbata y una faja encarnadas. ¿Qué significaban ta-

les insignias, y qué hacia allí aquel hombre? Quise saberlo de un modo evidente.

—¿Con qué derecho? le dije contestando á su intimacion.

—¡A dar el santo y seña! repitió.

—¡Otra vez! ¿y el santo y seña de quién? repliqué sin dejarme intimidar.

—¡De los montañeses! dijo con voz ronca y temblona.

Me acerqué: estaba ébrio. Pasamos adelante despues de haber cambiado algunas palabras. Era un gobierno mas, el de las fajas encarnadas.

—He ahí cinco ó seis, pensé al entrar en mi casa. ¿Pero cuál es el verdadero?

Estaba en todas partes y en ninguna; en vano se habria buscado el sitio en que se hallaba establecido, y los nombres que figuraban en sus listas. Sin embargo, ejercia un poder evidente y reinaba sobre los ánimos. En medio de aquellas locuras y usurpaciones, solo él conservaba el sentimiento de su situacion, solo él mantenia entre la multitud ese instinto del órden sin el cual no hay salvacion posible para los imperios ni para las sociedades. Al primer peligro acudia y desplegaba una fuerza irresistible. Esta accion, no la ejercia á todas horas ni sin motivo formal; pero no dejaba de producirse cuando ocurria un peligro grave, cuando habia una amenaza digna de castigo.

Este gobierno salvó á Francia; ¿y cuál era? El buen juicio público.

CAPITULO XIII.

LA CASA DE LA VILLA.

Cuna y baluarte de tres revoluciones, ¡yo te saludo! Desde la rebelion armada del preboste Marcel hasta nuestras alarmas mas recientes, ¡cuántas tormentas han bramado en tu recinto y ante tus muros! Has servido de asilo á los poderes terribles y á los inocentes, á la municipalidad de París y al gobierno provisional. A la mas mínima nube que se levante en el horizonte, hácia tí se dirigen la primera mirada y el primer esfuerzo. Cualquiera creeria que llevas grabado en tu escudo de armas el verdadero signo de la soberania, es decir, el consentimiento popular.

En los primeros dias de su imprevisto reinado, los hombres á quienes el torrente revolucionario habia elevado tanto, debieron asustarse de su triunfo y esperimentar un momento de angustia. Quedaban aislados en medio de una multitud armada. No habia fuerza alguna organizada en torno suyo, ni muralla alguna que oponer á los importunos y á las violencias. Pertenecian á la casualidad, al destino. La misma mano que los habia elevado en un dia de combate, podia derribarlos en un dia de capricho. Bien conocida es la mala fama que se han grangeado las repúblicas en lo relativo á las deudas de corazon. Tenian aquella perspectiva ante su vista. Despues de haber sacrificado en aras de la causa pública su vida, sus bienes y sus nombres, acaso no lograrian otra recompensa que el abandono y la ingratitud.

Asaltábales otra duda. En el primer momento de entusiasmo habian dado un paso muy audaz, y contraido una responsabilidad enorme. Ante

el pais y el mundo respondian de la república, de una república pura de escesos. ¿Realizarian este deseo de su corazon? era para ellos, como para todos, un verdadero problema. ¿Cómo concurrian aquellos elementos de desórden á formar un nuevo órden? ¿Cómo se confundirian aquellos intereses tan distintos en el interés general? En este punto comenzaban sus dudas é incertidumbres. Y luego, ¡qué espectáculo tenian ante su vista! Todo ruinas, y ni una sola institucion existente. La monarquia habia desaparecido, y de la república solo quedaba el nombre. Tenian el plan de la obra, pero faltaba esta todavia.

El gobierno hubo de plantearse estas cuestiones temibles, aunque se planteaban por sí solas. En cuanto á resolverlas, no pensó en ello, que otros cuidados ocuparon mas útilmente sus horas. Como á todo poder nuevo, llegáronle sus cortesanos, y le fué preciso acogerlos. Entonces hubo cumplimientos interminables y asaltos de ternura. La magistratura, el Consejo de Estado, y el Instituto, pusieron sucesivamente á los pies de la república una adhesion que no habian bastado cinco sistemas de gobierno consecutivos para desgastar. La ceremonia fué muy tierna, el homenaje bien recibido. No se habrian hecho las cosas con mas aparato bajo el dominio de una monarquía. Hubo ropajes encarnados con armiño, casacas con palmas verdes, fraques franceses. La república, en su cuna, ensayaba la mania de los trajes, mania que habia de llevar tan lejos. Decretaria para su uso las fajas, y tomaria del arco iris sus mas bellos colores para hacerlas dignas de la nueva institucion.

Tales cuidados eran los primeros en turno; otros les siguieron despues. El pueblo pedia una rendicion de cuentas, y fué preciso transigir. A cada instante le ocurria el capricho de ver á sus soberanos, con el fin de cerciorarse de que no se los cambiaban, y resultaban audiencias que se sucedian sin interrupcion, y que iban acompañadas de aquellos apretones de mano de que tan pródigo era el otro régimen. El pueblo prometia su apoyo algo brutalmente y bajo ciertas reservas; el gobierno aceptaba el apoyo, y para lo demás fiaba en el tiempo. Viviase de esta suerte en una especie de compromiso mútuo que no era precisamente paz ni guerra. Además, nada terminaba; cuando habian triunfado de una pretension, se suscitaban al momento otras veinte. Cuando una diputacion se iba satisfecha y con el ánimo tranquilo, sobrevenian otras tres con nuevas exigencias. Entre tanto no cesaba el tumulto esterior, y las oleadas de obreros afluian de contínuo á la Casa de la Villa. A las arengas de dentro se unian los gritos de fuera, y el gobierno se hallaba

colocado de este modo entre un doble motin; el que invadia los salones, y el que bramaba en las puertas.

Contra estas graves usurpaciones, el poder ejecutivo se hallaba indefenso, ó al menos lo creía así. Durante mucho tiempo sus únicas armas fueron la impasibilidad y la voluntad de morir en su puesto. Sin embargo, en la ocasion oportuna supo agregar algunas inspiraciones elocuentes, algunos acentos del corazon, lo cual en nada perjudicó. Así logró mantenerse en un equilibrio que no tiene ejemplo en los anales del mundo. No representaba un papel activo, sino que únicamente empleaba una fuerza de inercia. Era un juego lleno de peligros, como se lo probaron repetidas veces. Así sucedió que un dia, cien mil hombres sintieron un arranque de celo y fueron á la Casa de la Villa á informarse de la salud del gobierno. En los términos del arte, esta visita se llamaba una demostracion; ¿sin duda una demostracion de cariño? El infortunado gobierno se habria pasado sin ella muy gustoso; nada temia tanto como el celo de sus amigos. Así pues, con mudo espanto vió desembocar en la plaza á aquella multitud de hombres armados de banderas y haciendo resonar sus gritos en ambas orillas del Sena. La víspera, un error cometido habia conmovido y debilitado al gobierno; aquellas buenas gentes acudian á fortalecerle y á procurarse el placer de ver si tenia buen semblante. Forzoso era resignarse; aparecer en el balcon en conjunto y en detalles, prestarse á una exhibicion pública. Aun no era esto todo; los delegados habian subido la escalera y entraban como amos en las salas de recibo. Su lenguaje fué altanero, casi amenazador, como el que empleaban las cortes de Aragon con los reyes de Castilla. El pueblo no intentaba derribar todavia á la soberania, pero con una condicion, la de que sus órdenes serian obedecidas puntualmente y su programa ejecutado al pié de la letra. Era un aplazamiento y una gracia, nada mas.

Pocas semanas despues tuvo efecto una revancha, pero fué debida á la casualidad. Los corifeos del pueblo, los que lanzaban retos en su nombre, anunciaban con ruidoso alarde que aquel iba á hacer una nueva demostracion.—Esta vez es la última, dijo para sí el gobierno. Y se preparaba á bien morir. Hablábase de trescientos mil hombres reunidos en el Campo de Marte. ¡Trescientos mil contra once! no era igual la partida. ¿Qué hacer? Resignarse. Hubo tiernas despedidas, lágrimas de dolor, en fin, todo lo que suele servir de fúnebre acompañamiento á los sacrificios solemnes. Sin embargo, las cosas empeoraban; el número de descontentos, de trescientos mil que era, habia subido á cuatrocientos

mil. ¿Era posible acaso la resistencia? No. Ni siquiera pensaban en ello las once víctimas: se hallaban dispuestas; aguardaban, con la bandeleta en la frente, á los sacrificadores.

—¿Por qué no llaman VV. á la guardia nacional? les dijo una persona.—Nos suministra V. una idea, esclamó el gobierno; y mandó tocar generala. Mágico fué el efecto. En menos de una hora habia variado todo de aspecto. En la plaza y en toda la estension de los muelles no se veian mas que bayonetas. Era un ejército entero, un ejército de defensores. La blusa predominaba en él; el mismo obrero iba á defender á aquellos á quienes en su nombre se trataba de derribar. Habia en esto toda una revelacion, un verdadero descubrimiento. El pais no se abandonaba como el gobierno. No habian querido salvarle, y se salvaba á sí propio.

Así marchaban las cosas en aquella esfera de los deberes oficiales. Era evidente que el poder ejecutivo imitaba los procedimientos de Napoleon; contaba con su estrella. Por otra parte, como sucede á todos los poderes, no le faltaban reconvenciones. Decíase por ejemplo, que no era la union su principal virtud, y que en su seno rugian frecuentes tormentas. Añadíase que muchos miembros suyos se hallaban ligados por medio de un pacto misterioso con los treinta y seis gobiernos desparramados por la capital, y que daban la mano, unos á los de fajas encarnadas, otros al comité de salvacion pública. Estas pequeñas combinaciones, por muy secretas que las mantuviesen, no podian pasar desapercibidas para aquellos de sus colegas que permanecian ajenos al movimiento del mercado. De aquí las tormentas que mas de una vez turbaban la serena atmósfera del consejo, y que, segun decian, habian sido llevadas hasta el terreno de la violencia. Este último detalle pertenecia ya á la calumnia, pues bien sabido es que ataca siempre al poder.

Aun no paraba aquí la malignidad pública; empeñábase en reconocer en el seno del poder ejecutivo dos campos muy distintos: el de los austeros y el de los sibaritas. De este modo se suponia que habian surgido en una misma política dos filosofías: la de Epicuro y la de Zenon. El caso era grave. ¡Si todavia hubiesen permanecido estas dos tendencias en el estado especulativo! Pero salian del dominio de la conciencia para pasar al terreno de los hechos; se revelaban por medio de amenazas contra el tesoro. Como es fácil adivinarlo, solo los epicúreos incurrian en tales estravios. Solo ellos montaban las mesas de la Casa de la Villa bajo un pié fastuoso; solo ellos abrian créditos para servicios que

no puede reconocer un presupuesto. ¡Júzguese la acogida que en el campo de los estóicos hallarian estas enormidades! Prorumpian en reconvenciones, y resultaban esplicaciones en que la república coronada de rosas concluia siempre por reducir al silencio á la de los alimentos frugales. Zenon tocaba retirada ante Epicuro. Quedábales, tan solo, á los estóicos el recurso de una censura silenciosa, y le empleaban ámpliamente. En cuanto á los demás, continuaban montando á caballo, bebiendo los mejores vinos, y consumiendo su existencia como hombres que conocen su valor.

Así pues, la vida del nuevo gobierno tenia dos términos esenciales, los peligros y los conflictos: ahora hay que agregar las fatigas. Fué este un capítulo interminable; hé aquí de qué manera. No habian podido transcurrir para el pais treinta años de paz, sin dejar en él un acrecentamiento considerable de riquezas. La abundancia de brazos, la difusion de los capitales, concurrian á crear valores nuevos, que puestos en circulacion, aceleraban mas aun aquel movimiento fructífero. Este espectáculo hubo de llamar naturalmente la atencion de muchos, y de aquí resultaron algunos himnos laudatorios para el interés material. En vez de limitarse á disfrutarle, le celebraron: fué un error. Las clases acomodadas acogieron favorablemente aquel tributo que la inteligencia pagaba á la riqueza, y le convirtieron en un estímulo mas para adquirir. Los obreros, á su vez; consagraron al cálculo y logro de sus intereses un cuidado y una vehemencia que no empleáran hasta entonces. Por via de induccion llegaron á examinar qué ley preside al reparto de la fortuna, y viéndose maltratados por ella, la condenaron.

Tales eran, en el momento de la revolucion, los sentimientos en que se hallaba imbuido el pueblo. Ilustrado ya acerca de sus propios intereses, creyó llegado el momento de asegurar su triunfo. Aun cuando no hubiese tenido este pensamiento y este deseo, el gobierno se los habria inspirado por medio de sus actos y promesas. Nadie habia que no abriese la boca para deplorar la suerte del obrero y decir que le preocupaba vivamente. Cuando todos usaban tal lenguaje, ¿habia de permanecer indiferente el obrero? ¿Podia descuidar su propia causa? Hablaban de sus intereses; ¿pero quién se hallaba mejor que él en estado de definirlos, de dilucidarlos, de calcular con exactitud su estension? ¿Habia de dejar concluir aquella obra de reparacion sin decir una palabra, sin dar su dictámen? ¡Es evidente que no! Debia intervenir como parte y como

abogado: como abogado para defender su causa; como parte para hacer que le adjudicasen las conclusiones. El buen juicio indicaba esta conducta; la victoria la imponia.

Desde este momento se hallaban distribuidos los papeles y dispuestas las situaciones. El obrero debia hablar muy alto, y se estaba en la obligacion de escucharle. Habian despertado en él y exaltado hasta la embriaguez el sentimiento de sus intereses: ¿qué podia estrañarse en que no viese otra cosa en su victoria? Le habian mostrado en perspectiva un horizonte de bienestar casi infinito, mas salario en cambio de menos trabajo, y los que redactaron este programa se hallaban en el poder; tenian el deseo en el corazon y la fuerza en las manos. Todos los obreros debieron decirse mútuamente, por un movimiento espontáneo:—Vamos á ver á nuestros bienhechores. Por fin han llegado. ¡Cuán felices van á ser al escucharnos! Podremos referirles nuestras miserias y les enternecerán. Además, con ellos no hay que temer que nos engañen. Estos nos darán mas de lo que nos han prometido.

Esta fiebre del interés atacó con tal intensidad á las clases laboriosas, fué tan súbita y viva que, dos dias despues del triunfo, podian leerse en las esquinas de París los anuncios mas singulares, entre ellos estos, que todos recordarán.

I.

«Se ruega á los ciudadanos mozos de botillerias y de fondas que se »reunan mañana en el Picadero, para deliberar acerca de los asuntos »que les conciernen.»

II.

«Se advierte á los ciudadanos coristas que se reunirán el lunes pró»ximo para entenderse acerca de los intereses del arte de los coros.»

III.

«Los criados de servir esperimentaban la necesidad de tener un »punto de reunion para entenderse acerca de las relaciones que han de »existir en lo sucesivo entre ellos y sus ex-amos. Se reunirán, etc.»

Era un vértigo; ¿pero á quién acusar sino á aquellos que habian hecho llamamientos tan reiterados y apremiantes al sentimiento del interés? El impulso estaba dado; el pueblo no hacia mas que ceder á él. Por eso

le vieron desembocar muy pronto en la plaza de la Casa de la Villa, con banderas desplegadas á su frente y en corporacion. No queria ver frustradas sus ilusiones, y acudia á pedir cuenta al gobierno de las condiciones de su felicidad. En su mente se hallaba muy comprometido el gobierno, pues le mezclaba en todos los sueños con que el empirismo habia dotado á su memoria. ¡Era de ver el aire glorioso y severo porte con que se presentaban aquellas compañias de artesanos, que creian de buena fé estar llamando á las puertas de su paraiso terrenal!

Aquella revista de artes y oficios se prolongó durante mas de un mes; todas pasaron por allí. Bastaba el ejemplo para que ninguna se abstuviese, pues habrian tenido harto temor de perder su fortuna. Los hombres de la Casa de la Villa concluyeron por acostumbrarse, y para el cumplimiento de aquella tarea delegaron á los secretarios. Uno de estos recibia á la diputacion, escuchaba los discursos y contestaba dando seguridades triviales. Aquellas buenas gentes salian de allí embriagadas; habian pisado las alfombras de la autoridad, gritado ¡*viva la república*! con toda la fuerza de sus pulmones, y escuchado algunas palabras de estímulo de una boca oficial. Nadie podria haberles quitado la idea de que acababan de ver al gobierno en persona, y que le habian estrechado la mano. En cuanto á la felicidad creian haberla logrado; la llevaban consigo. ¿No acababan de decirles, por ventura, que su suerte era objeto de la mas viva solicitud? Luego, ¡con qué consideracion habian hablado de ellos! por ejemplo, con variantes como esta:

«La industria de los hortelanos es una de las mas respetables, etc.»

Ó bien,

«La industria de los constructores de edificios es la mas respeta-»ble, etc.»

O finalmente:

«No conozco industria mas respetable que la de los carpinteros, etc.»

Estas palabras les encantaban, y se las repetian á la vuelta, para dar mayor vuelo á su entusiasmo.

Sin embargo, preciso es decirlo: no todas estas demostraciones tuvieron un carácter tan cándido. Aquí, al menos, el sentimiento del interés tomaba una forma inofensiva y bondadosa hasta la credulidad; pero en otras circunstancias se revestia de un carácter odioso que nunca será bastante censurado. Aludo á aquellas proscriciones de nacionalidad á nacionalidad, de corporacion á corporacion, para las cuales, á falta de poder que las reprimiese, tuvo la opinion pública palabras severas.

La historia cita con horror aquellos pueblos salvajes de Táurida que ofrecian en holocausto á sus deidades los estranjeros arrojados por las tempestades á sus inhospitalarias playas. A aquellas costumbres querian retrotraernos; aquella civilizacion era la que nos ofrecian como ejemplo. Obreros, maquinistas ingleses estaban empleados en nuestros ferro-carriles; algunos furiosos no temieron espulsarlos violentamente de ellos. Saboya enviaba á París una colonia de sus hijos fieles y laboriosos que, en las fondas y en los comercios, ocupaban puestos de confianza. Bastaron los gritos de un pequeño número de instigadores para que aquellos desgraciados se viesen obligados á abandonar una ciudad que en todo tiempo fué hospitalaria.

¡Tales fueron los escesos á que el sentimiento del interés condujo á un pueblo estraviado! ¡Recaiga la vergüenza sobre quienes tuvieron la culpa de ellos! ¡Recaiga, asimismo, sobre quienes los sufrieron!

Un dia en que yo estaba desocupado y cruzaba la plaza de la Casa de la Villa, asistí á una escena del mismo género. Era tambien una cuestion de intereses y de industrias en pugna. Nunca se halló multitud tan inmensa reunida en un mismo punto. Habia afluencia de tambores y de banderas. Cinco ó seis columnas desembocaban además por las calles laterales é iban á ocupar el puesto correspondiente para ser introducidas á su vez.

—¿Qué es esto, cuidadano? pregunté á un personaje que, merced á su majestuosa obesidad, ocupaba la cabeza entera de la columna.

—La diputacion de los pasteleros, ciudadano, para servir á V.

—¡Ah! ¿y qué vienen á hacer aquí?

—Vienen, ciudadano, á reclamar los imprescriptibles derechos que les ha dado la naturaleza y la declaracion del difunto Robespierre.

—¿De veras?

—Sí, ciudadano; no procedemos sin un proyecto bien decidido. Ó esto ó lo otro; es preciso que los panaderos escojan.

—¿Los panaderos? ¿cómo es eso?

—Sí, ciudadano. Ellos tienen el privilegio del pan, bien; no se los pone en duda, aunque nada dicen la declaracion y la naturaleza. Pero si ellos tienen el privilegio del pan, nosotros tenemos el de las hornadas pequeñas. Es fácil de entender.

—Sí por cierto.

—Si por el contrario, quieren tocar á nuestro privilegio, atacamos el suyo. La declaracion y la naturaleza nos autorizan para hacerlo. Es

nuestro ultimatum. Vamos á significárselo al gobierno provisional.

—Es muy justo.

—Estos señores, añadió, volviéndose hácia los que le seguian, querian pedir tres cabezas de panaderos. Me he opuesto á ello, porque el momento no es oportuno. Mas tarde, no digo que no.

—He ahí, al menos, lo que se llama fraternidad, ciudadano. Bien se se vé que conoce V. nuestra divisa.

Se abrió la verja y entró la diputacion. Perdí á mi pastelero en el momento en que comenzaba á animarse la conversacion. Felizmente se oyó una voz hácia mi izquierda.

—¿Tienen para mucho tiempo, ciudadano? me decian.

Me volví; era otro hombre de buena presencia, bien alimentado, bien vestido, y convertido tambien en cabeza de columna.

—¿Quién? le pregunté.

—Los que entran, repuse.

—Lo ignoro, añadí; pero en vista del objeto que llevan, no puede ser larga la entrevista.

—Tanto mejor, ciudadano, porque cada minuto de retraso es para nosotros una pérdida.

—¿Es banquero el ciudadano? dije examinándole.

—¡Vendedor de crema! y muy á propósito para ello. Crema de Chantilly todos los dias, y sorbetes en verano. He ahí los precios y las señas de mi casa. Cuatro letras por el correo, ciudadano.

—Singular manera de reclutar parroquianos, pensé yo, guardándome el impreso.

—Con tal que nos reciba el gobierno, repuso el vendedor de crema con significativa impaciencia.

—¿Segun eso, es muy urgente? le dije.

—Vá en ello nuestra ruina, ciudadano. Ese es el estado en que nos hallamos.

—Es, sobre poco mas ó menos, el de todos, ciudadano.

—Y el nuestro, sobre todo, si el gobierno no nos libra de un enemigo.

—¿Un enemigo de los vendedores de crema?

—Sí, ciudadano, ó mas bien una enemiga.

—¡Una mujer! entonces no es grande el peligro.

—Mujeres feroces, ciudadano, que nos chupan hasta la médula de los huesos. ¡Feroces! ¡feroces!

—¿Pero en fin, quiénes son?

—¡Las lecheras, ciudadano! ¿Concibe V. que se deje subsistir á las lecheras cuando existen vendedores de crema? ¿Vamos, es eso justo? ¿Qué necesitan esas mujeres? Una estufilla y un rincon en una puerta cochera; he ahí todos sus desembolsos. ¿Qué producen al Estado? ni un óbolo. ¿Conviene V. en ello?

—Puesto que V. se empeña...

—Mientras que los vendedores de crema pagan el alquiler de una tienda, la licencia, y hacen su servicio de guardias nacionales. ¡Pida V. á esas condenadas lecheras que salven periódicamente á la pátria! Se contentan con arruinarnos.

—¡Un comercio tan ínfimo, ciudadano!

—¿Pensará V. acaso en defenderlas, caballero? Solo faltaria eso. Por mi parte, estoy perfectamente decidido; voy á imponer mis condiciones al gobierno. Yo he hecho la revolucion, caballero; pero si redunda en provecho de las lecheras, declaro á V. que me separo positivamente de ella y que me paso á todas las regencias. Soy enemigo de todos los abusos, y las lecheras constituyen uno muy marcado.

—¡Viva la República! esclamé para distraerle de sus furores.

—Sí señor, dijo poniéndose el sombrero sobre la oreja; ¡viva la república de los vendedores de crema! No reconozco mas que esa.

Me alejé, y al salir de la plaza me asediaba una reflexion:

—¡Cuán mentidas son las divisas! dije para mí. ¡Los saboyanos, proscritos! ¡los ingleses, proscritos! ¡los sastres alemanes, proscritos! todo esto por mero interés. Entre nosotros, la misma lucha. El vendedor de crema persigue á la lechera; el pastelero al panadero; el mercader de de puesto fijo al vendedor ambulante; el tendero de precio fijo al que vende con rebaja. Guerra de salarios ó de industrias. ¿Es esto un mal sueño? Y sin embargo vivimos bajo el régimen de la fraternidad.

¡Ay! de esta fraternidad solo teníamos el lema, y era llegado el caso de decir de él lo que el ilustre Romano decia de la virtud. Cada dia me proporcionaba un nuevo ejemplo. En nombre de la fraternidad se escluía á los hombres y se destrozaban las prensas. En nombre de la fraternidad se perseguia á los ricos con pasquines odiosos y gritos amenazadores. Treinta años de reposo habian enervado y pervertido al mismo tiempo á las almas. Careciendo de fuerza para el mal, tampoco la tenian para el bien. Así se agitaban á la ventura y en mal sentido. Para muchos no era ya la revolucion una conquista, sino un negocio.

CAPITULO XIV.

EL CANDIDATO DE MALVINA.

En medio de estas distracciones, no progresaban mis negocios. A pesar de las instancias de Oscar, no habíamos podido penetrar hasta donde se hallaba el ministro. Tres peticiones de audiencias, escritas y remitidas consecutivamente, habian quedado sin respuesta. Era esto una condenacion formal: el nuevo régimen se mostraba implacable para mí. Sin embargo, no me atrevia á confesarlo á Malvina; todavia abrigaba esperanzas, y aguardaba siempre al dia siguiente. Llegaba este, y en nada variaba mi situacion. Habria yo preferido cien veces un golpe mortal á esta agonia lenta.

—¿Con que nada puedes obtener de él? dije á Oscar.

—¡Nada, querido, es imposible hablarle! Dios me perdone, pero creo que ha dado mi filiacion á los porteros. ¡Ingrato! ¡Un hombre á quien yo he formado!

—¿Tú? ¡me dejas sorprendido!

—Sí, yo, Jerónimo; bien se vé que no le has seguido en su carrera. Cuando la comenzó en la antigua cámara, dejaba mucho que desear. Su antebrazo sobre todo era defectuoso. Apercibíme de ello y le hice una indicacion, una simple indicacion. Desde entonces ha sido un hombre completamente distinto; me debe el ademan semicircular que produce tanto efecto. ¡Mira, este!

El artista imitó el movimiento oratorio y añadió:

—¡Y decir que se puede olvidar á un amigo que ha entregado tal secreto! ¡un secreto sustraido á la naturaleza! Jerónimo, ya habia

aprendido á desconfiar de los personajes que se encaraman al escenario político, pero ahora, mira, todo ha concluido, se ha colmado la medida. Lléveme el diablo si vuelvo á hablar á uno solo de ellos; es como si ya no existiesen para mí.

—¡Y á fé que lo sentirán mucho!

—Reniego de ellos Jerónimo, ¿y no los crees bastante castigados? Bien se vé que estás de un humor negro.

—¡Tanta desgracia!

—Querido, lo escesivo siempre es hermoso. Es el momento de ponerse en buena actitud. Las grandes desgracias son atributo del genio. ¡Mira á Napoleon! He pasado por ello y sé lo que es.

—¿Y nuestros hijos?

—Calle, me das una idea. Vamos á ver á tu Alfredo; eso distraerá tu pesar. Hace algunos dias que no hemos parecido por el colegio. Ya sabes que deben haberle examinado ayer.

—Es verdad, ya no lo recordaba.

—¡Franja de color de naranja! ¡estilo universitario!

El colegio estaba muy lejos; tomamos un carruaje que nos condujo á él rápidamente. El ver á Alfredo me hizo mucho bien; desterró las ideas sombrías que me asediaban. Mi Alfredo no era ya un niño, sino un hombre. Sin dejar de ser el primero siempre en la clase de griego, habia obtenido en las demás asignaturas triunfos muy á propósito para envanecer el corazon de un padre. Como decia el director del colegio, tenia una educacion perfecta, podia escoger entre todas las carreras. Además era alto y fuerte, con la mirada audaz y la charla petulante de su madre. Quizás pecaba por un esceso de aplomo; era el defecto de sus cualidades. Desde la revolucion, especialmente, se creía sujeto á otros deberes que los del colegio.... Perdon.... del liceo; el nombre ha variado con las franjas de los pantalones. En el número de aquellos deberes figuraba el de dar una constitucion á Francia. Decia, dándose aire de importancia, que el pais aguardaba de él aquel servicio, y que iba á resignarse á hacerlo.

Oscar tenia razon; las franjas amarillas no embellecian á los jóvenes alumnos del liceo; tenian un aspecto charro. Cuando se les veía juntos, parecian una pradera de junquillos. Estaba probado que la universidad no habia andado muy acertada en materia de colores; pudiera haberse contentado con hacer liceos y establecimientos de educacion sin tener la pretension de vestirlos. Todos aquellos chicuelos á quienes

MCD 2022-L5

ponian calzones nuevos parecian hallarse encantados; pero estaban sumamente feos. Solo mi Alfredo sufria la variacion de traje sin grave detrimento de su aspecto. Pasamos una hora con él, y en el curso de la conversacion halló medio de darme una idea sucinta de su constitucion. Procuré retraerle de este trabajo.

—Bastante harán sin tí, hijo mio, le dije.

—Lo sé, me contestó; pero faltará lo esencial que es la juventud. Ya sabe V., padre mio, que quieren hombres nuevos.

—¿Quién quiere eso, Alfredo?

—¿Quién, padre? ¡Buena pregunta! el ministro. ¿Segun eso no lee V. las circulares que envia?

—¿Y tú, las lees?

—¡Qué si las leo! ¿pues qué he de hacer? ¡Hombres nuevos como nosotros! Es un deber.

—¿Teneis periódicos? ¿Es permitida aquí su introduccion?

—¡Hasta en la clase, padre! ¿Hay algo prohibido, acaso, en tiempo de revolucion? ¡Bien pueden tenerse firmes los peones! ¡Un dia de estos los enviamos á todos al suplicio!

—¡Vamos, Alfredo! ¿Quieres tener cuidado con tus palabras?

—Padre, con todo el respeto que debo á V., no puedo dejar pasar la reprension. Está V. hablando á un hombre libre ¿oye V.?

Al pronunciar estas palabras tenia un aire tan formal y atrevido, me recordaba tanto á su madre, que, en vez de reñirle como debiera hacerlo, comencé abrazarle con toda mi alma.

—Señor hombre nuevo, le dije al separarme de él, ¿quieres hacerme un favor?

—Diga V. padre.

—Renuncia á tu constitucion.

—Tiene razon tu papá, dijo Oscar apoyándome; renuncia á tu constitucion, perillan; pues con ella podrias echar á perder la de tu cuerpo.

—¡Antes la muerte! esclamó mi heredero colocándose en una actitud heróica.

Decididamente tenia empeño en ello. ¿A qué contrariar sus gustos? Este no ofrecia peligro alguno: no se hacen constituciones todos los dias.

Estaba escrito que en aquella mañana habian de llegarme todas las compensaciones que necesitaba una alma agriada como la mia. Al en-

trar en mi casa, encontré una carta de Malvina: en vez de carta pudiera decir un mensaje, en razon á sus dimensiones. ¿Qué motivo podia arrancarla á sus hábitos de laconismo? La lectura del documento iba á esplicarmelo. He aquí la carta de amor, de la cual escuso decir que no conservo la ortografía.

«Querido mio,

»¿Qué es de tí en París? ni recibo cartas ni noticias tuyas. Si no te conociese tanto, me inquietaria eso, pero te conozco como á la ropa que llevo puesta, y sé lo que no habrás hecho. No me has olvidado, no has dejado de amarme, es cuanto quiero saber. En cuanto á lo demás, carta blanca. Cuando un hombre está fuera del alcance del brazo de una mujer, hace lo que quiere, y la mujer cree lo que quiere creer. En este mundo dichoso, solo la fé nos salva. Tú la tienes, y yo tambien: estamos iguales, en paz.

»A otra cosa. Tú, no me escribes: señal de que las cosas van mal; esto es tan claro como una luna de Venecia. Preciso es que Oscar y tú os hayais metido en algun berengenal. Tienes sobrada confianza en ese muchacho; tomas demasiado por lo sério lo que te dice. Toca muy de cerca á la familia de los Ostrogodos, y adopta unos géneros capaces de hacer sudar á un topo. Si se ha mezclado en nuestros intereses, deben andar mal. Lo veo desde aquí. Te habrá dicho que conoce á todos los ministros, ¡y eso con un aplomo! Pues bien, anota en tu cartera que nunca ha tenido relaciones con ninguno de ellos, y procura arreglar tus asuntos por tí mismo. Siempre se reporta mas provecho sirviéndose de un dedo propio que empleando la mano entera de otro.

»Mientras tú duermes ahí, velo yo aquí. Está tranquilo; no será tu mujer quien vaya á entretenerse con alicácabos: nunca he tenido comunidad alguna con el arbusto que los produce. Segun te lo anuncié, he visto á nuestro comisario. ¡Pobre cordero! hago de él cuanto quiero. ¡Y esos parisienses que creyeron enviarnos un tigre! Podria yo hacer *beefsteks* de ese tigre: verdad es que me abstendria de comerlos. Así pues, le he visto, y con una simple gorra en mi cabeza. No merece la pena de adornarse para tales hombres. Es nuestro, Jerónimo; escribirá lo que queramos y cuando queramos. Solo que se necesita le pregunten su opinion desde París; no es muy difícil obtener eso. ¡Cielos, si yo estuviese ahí! Pero no puedo hallarme en todas partes, y por lo tanto, procura lograr ese objeto: ¡que pidan un dictámen! ¿Está claro? Haré que á toda costa le dén favorable y en buenos términos.

»Aun no es eso todo: he examinado bien á esta república y sé lo que vale. Harán ni mas ni menos que lo que se hacia bajo la difunta monarquía. Siempre habrá mucha escoria y pocos hombres honrados. Se intrigará para los destinos como hacian en otro tiempo. Las primas de los ministros serán todavia buenas recomendaciones; los parientes serán parientes, y amigos los amigos. Esa jente no alterará el órden de la naturaleza; además los códigos se opondrian á ello y con razon.

»Así pues, Jerónimo, hoy lo mismo que antes, para triunfar es preciso estar apoyado. Cuanto mas alto sea el apoyo, tanto mejor. Siempre he calculado de este modo. Se ván á nombrar unos cuantos representantes, es decir, otros tantos reyes. Novecientos reyes; el número les salva, pues de otro modo no los perdonaria la república, que no siempre es esta muy cómoda. Vuelvo, pues, á decir que necesitamos un representante, pero que sea muy nuestro; un hombre de quien podamos disponer por completo. Entenderá los asuntos de la república, ó sucederá lo contrario; esta no es la cuestion para nosotros. Que entienda bien los nuestros es lo único que se le ha de pedir. En fin, como te he dicho, un hombre muy nuestro. Si hubiese yo podido mandarle fabricar, lo habria ejecutado; pero esto no se puede hacer de encargo.

»Pensaba en ello, la otra noche, en mi sillon, con un periódico delante de la vista. ¿A quién tomar? ¿á quien elegir? me decia á mí misma. ¿A qué puerta llamar? Urge el tiempo, van á llegar las elecciones. Esta idea bullia en mi cabeza y no podia libertarme de ella. Maquinalmente me fijé en un párrafo del diario que estaba leyendo. Era una carta del ministro de Alfredo, ya sabes, el que es jefe de todos los peones de la república. Decirte lo que esperimenté al leerla, seria casi imposible. Salté sobre mi sillon cual si hubiese logrado echar la mano á los diamantes de la corona. ¡Era un diamante, y de los mas hermosos! Figúrate, Jerónimo, que ese ministro general de los peones, con una sangre fria digna de tan bella alma, recomendaba á toda su jente que nombrase labriegos, no fingidos sino labriegos á propósito para el efecto, verdaderos y buenos labriegos, marqueses de la labor, vizcondes del arado. Y aun de esos, no todos habian de ser admitidos. El ministro queria que hubiese rigor, ¡pues habian de sufrirse exámenes! Todo el que supiese leer, rechazado; sabiendo escribir, mas aun. Y nada de hacer trampas en este juego, pues de lo contrario la república sabria enseñar los dientes. Querido mio, ¿no encuentras muy curioso á ese ministro? ¿Te formas una idea, siquiera, de lo que debe ser? En cuanto á

mí, me figuro que será un delgaducho; en último resultado, puede ser muy gordo, que no por eso le estaré menos agradecida. Lo que en él me ha gustado, ha sido su idea; puede esta alabarse de haber llegado en derechura á mi corazon. Un representante que no sepa leer ni escribir, he ahí un hombre sobre el cual no se podrá ejercer una influencia. Solo será posible cogerle por las orejas, sobre todo si las tiene largas.

»Pues bien, Jerónimo, esa idea estrafalaria me ha sujerido otra que no lo es en manera alguna. ¡Ah! ¡quieren VV. labriegos, señores parisienses! ¡Ah! ¡quieren VV. seres desprovistos de toda clase de lectura! ¡Pues bien! se les vá á suministrar cuando menos uno, un fénix, una ave rara, un fenómeno como se ven muy pocos. Ahora es, Jerónimo, cuando reclamo toda tu atencion; se trata de la cuna de un representante del pueblo, y cuanto hace relacion al orígen de esos seres privilegiados, es digno de quedar grabado en la memoria de los hombres.

»Recordarás que, en nuestros paseos campestres, parábamos con frecuencia en casa del molinero Simon; muchacho honrado si los hay, y dotado de ese buen juicio que hace distinguir, á primera vista, la paja del heno. Simon nos quiere, y lo que lo prueba es el gozoso semblante con que nos recibia, y las galletas de harina de flor con que nos obsequiaba cuando, cerca de su molino, almorzábamos sobre la yerba. Apenas hube leido la... cir... ¡cómo llamas á eso!... la circular en cuestion, cuando esclamé: ¡ya le he hallado!—¿A quién? me preguntó la criada. —¡A nuestro representante del hombre, al hombre que desea el ministro! Le he hallado, es él, no hay otro en los ochenta y seis departamentos. ¿Quién no sabe leer? Simon. ¿Quién no sabe escribir? Simon. ¿Quién tiene el alma tan blanca como la nieve? Simon. ¿Quién es bueno como el mejor pan blanco? Simon. ¿Quién todas las virtudes de la circular? Simon. Y no te ocultaré, querido mio, que despues de esta suma de las virtudes públicas y privadas de mi candidato, añadí, pero mas bajito y para mí sola: ¿Quién hará perfectamente nuestro negocio? Simon. ¡Diantre! cuando se ha hecho tanto por la patria, es lícito pensar un poco en sí. Simon es el fénix del ministro, solo que tiene una cualidad mas. ¿Quién se atreveria á echársela en cara?

»Ahora, querido mio, comprenderás ya mi plan de campaña. Convertir á Simon en representante del pueblo, he ahí el fin propuesto; en cuanto á los medios, llegan á lo infinito. En primer lugar he ocultado el golpe de Estado; héme tornado feroz en materia de República. Era preciso. Escepto ponerme el gorro frigio, lo he hecho todo. He hablado en

favor del pueblo en todos los salones; era cosa de arrancar lágrimas. Despues, he dicho al comisario que exigia cuando menos dos labradores entre los representantes, pero que no fuesen fraudulentos, sino verdaderos, de pura raza. He dicho dos con el fin de tener alguna amplitud. Cuando hayan admitido á Simon, prescindiré del otro. Ya comprenderás que es cuestion de táctica. Una vez admitido el principio, he presentado mi hombre. Simon no queria; graznaba como un grajo y se resistia como un asno; pero le he dado tantas vueltas y revueltas que ha concluido por entregarse. Cinco pesos diarios, querido mio, brillan mucho á los ojos de un molinero. Él es muchacho honrado y superior á estas cuestiones de interés; pero en fin, el dinero brilla, no busquemos otra cosa.

»Aun no era todo haber obtenido el hombre: era preciso adiestrarle. Antes de presentarle en el club, queria yo que tuviese medio de hacer en él un papel regular. No se exije que un labriego sea un gran orador, pero si se muestra demasiado torpe y embarazado, los mismos que son mas zotes que él se sienten humillados por tener tal nombre en el estremo de los dedos ó en sus bolsillos. Le abandonan sin decir nada á nadie y rastreramente, como acostumbran á hacerlo los paletos. Era preciso dar á Simon un poco de aplomo, cierto barniz: ha sido cuestion de pocas lecciones; ha aprendido como debia llevar el sombrero y saludar al auditorio. Solo le he enseñado dos ó tres ademanes, pero naturales y sencillos, y prohibiéndole los demás del modo mas formal. Mi único temor era que, una vez llegado á la tribuna del club, recobrase su imperio la costumbre y malograse su entrada; pero jugábamos con buena fortuna.

»Despues de esta leccion acerca de las posturas y los ademanes, era preciso amueblar su cabeza con algunas frases. No habia en esto gran dificultad, querido mio. Los grandes políticos tienen muletillas que les sirven para esforzar todos los entusiasmos, y solo se trata de arreglarlas de un modo ó de otro en el momento decisivo. Es cuestion de un poco de práctica.—Simon, le dije, escúcheme. Sea V. sóbrio de palabras, que la sobriedad revela siempre el hombre profundo. Hay gentes que son sóbrias hasta el estremo de no decir cosa alguna: esos son genios. No lleve V. sus pretensiones tan lejos. No sea V. sóbrio en tan alto grado, pero séalo mucho. Un hombre que calla tiene ya una fuerza: el que habla está entregado. Si se halla V. en estado de abrir la boca, emplée siempre ante todo la palabra patria; es una palabra que siempre produ-

El candidato de Malvina.

MCD 2022-L5

ce buen efecto. La patria está en peligro, velemos; he ahí un modelo de laconismo. Mi brazo al trabajo, mi corazon á la patria; he ahí un segundo modelo. Y cuando ya no halle nada y llegue á apoderarse de V. el embarazo, no vacile en gritar: ¡*Viva la república*! Es un grito capaz del salvar las retiradas mas falsas.

»He ahí, querido mio, por qué medios he logrado obtener un candidato de un calibre muy distinguido. El comisario le encuentra escelente; ha ido á visitar su molino y ha comido de sus galletas. En fin, está en muy buena posicion para con la prefectura. Solo le falta sufrir la prueba del club; pero de aquí á entonces habré preparado tan bien el terreno, que para perder la partida seria preciso tener la mala suerte mas feroz. Ya sabes que no tengo mala mano y que entiendo bien la manera de preparar un triunfo. Además, Simon es hombre de buen porvenir. Su buena figura agrada á la vista, y disfruta una salud que honrará á la representacion nacional. Le vestiremos de pies á cabeza y le haremos que se lave las manos con salvado. Este artículo no escasea en su casa.

»Nada podemos augurar, Jerónimo; pero todo me permite creer que lograré buen éxito en mi proyecto. He hecho ya un gran cartel en el cual se leen estas palabras:

Simon, *molinero*, *candidato del pueblo*.

»La simple vista de este objeto nuevo ha puesto en efervescencia á la ciudad en favor de mi candidato. Nuestras señoras no quieren sino á Simon; no hablan mas que de Simon; es el favorito. Han escrito en favor suyo á doce leguas en circuito. Los distritos vecinos desisten casi todos y aceptan á Simon; ¡un molinero, nadie le resiste! Cuán buena fué mi inspiracion de ir á buscar á este hombre en medio de sus moyuelos y de sus sacos de trigo! Héle ahí lanzado; aun cuando yo quisiera detenerle no podria hacerlo. Ayer era oscuro; hoy es una notabilidad. ¡Con tal que cuando llegue á la posicion que le destino no se nos escape! ¿Se albergará la ingratitud hasta en el alma de un harinero?

»Al terminar mi carta, querido mio, te recomiendo la prudencia como un remedio contra el fastidio. No toques á la fruta prohibida, y piensa en tu mujercita. Tan luego como llegue á ser proclamado mi Simon, me apodero de él, y llegamos ahí, el uno llevado por el otro. Adios, Jerónimo; dentro de una ó dos semanas volverá París á verme. ¡Ah! ¿con que tenemos República? Pues bien, que cuente con nosotros, ó de lo contrario la diremos lo que viene al caso. Los veo á todos desde

aquí: distintos galgos con los mismos collares. ¡Cielos! ¡cómo me tarda el momento de ir á decirles lo que pienso acerca de sus venerables personas!

»¡Y cómo les lanzaré mi Simon á que les muerda las pantorrillas! No tengas cuidado, querido mio; te han dado con la puerta en el rostro, y ha de ser por la ventana por donde entremos.

»Tu mujer poco sumisa,

MALVINA.»

«P. D.—He detenido mi carta dos dias á fin de poder añadir algo acerca de la sesion del club y de la presentacion de Simon. Ha sido maravilloso, hijito mio, sorprendente, piramidal; añade á estos epítetos todos los que quieras, tú que conoces á fondo el idioma. Me hallaba en un rincon de la sala, con algunas señoras que temblaban mas que Simon. Temia yo las asechanzas, las emboscadas secretas. No conocia á nuestro hombre. Es una roca, Jerónimo; una verdadera roca, incontrastable, á prueba de bomba y de bala. Su pecho es una coraza, su rostro un broquel. Le interpelan y no se altera; le interrumpen y permanece impasible. Su cabeza, imágen de la fuerza y de la robustez, dominaba al club; parecia á la estátua del dios del silencio dominando á sus adoradores. Ya ves que hablo poéticamente: tuya es la culpa, me contagia tu mal. El hecho es que me divertí en aquella sesion como una verdadera reina, y las señoras que me acompañaban esperimentaron la misma impresion que yo. Están locas con Simon y hablan de confiscármele. Como puedes conocer, me defiendo. Al fin y á la postre, es obra mia, y bien puedo atribuirme ciertos derechos.

»Ya sabes que habia yo recomendado á Simon que se sirviese de la palabra patria á cada instante, sin temor de abusar de ella. Cumplió con su consigna con singular presencia de ánimo. Tan luego como pudo apoderarse de la palabra en cuestion, ya no la abandonó: la patria por aquí, la patria por allí; aplastaba, agoviaba á sus adversarios con ella. Nosotras le sosteníamos con el ademan y con la voz.—¡Bravo, Simon! ¡bravo, Simon! Y él repetia:—¡La patria! ¡mi corazon á la patria! ¡mi brazo á la patria! El acento, la postura, los ademanes, todo era adecuado, y el entusiasmo fué grande.

»En resúmen, Simon ha triunfado, Simon será elegido, Simon reunirá cincuenta mil sufragios. El comisario le trata ya como á un hom-

bre importante. El otro dia comió en la prefectura, y desplegó un apetito cuyo recuerdo conservará la cocina oficial. A falta de otros triunfos tendrá los del estómago, que son los menos engañosos y los mas infalibles. Por lo demás, no muestra preferencia hácia la calidad, sino hácia la cantidad. Le falta hacer dos progresos: no mantener su silla á demasiada distancia de la mesa y servirse algo menos de sus dedos. Fuera de esto es, en concepto de todos, un muchacho muy presentable.

»Adios otra vez, querido mio, y esta es la última. Dí á Alfredo que su madre le abraza, pero que no quiere volver á oir hablar de su plan de constitucion. ¡Miren eso, á los diez y seis años!

M.»

CAPITULO XV.

LOS VÉRTIGOS EN EL AIRE.

Hacia cerca de dos meses que se habia verificado la revolucion, y nada anunciaba que el desórden que reinaba en los ánimos estuviese próximo á calmarse. Las calles tenian mejor aspecto, sin que el estado de los cerebros hubiese esperimentado mejora alguna sensible. Parecia París á aquellas ciudades de la antigüedad cuyos vértigos nos refiere la historia. Cualquiera habria creido que se hallaba entregada á una tribu de habitantes de Trácia entre los cuales se encontrasen algunos hombres avergonzados de su razon, y menos deseosos de prevalerse de ella que de hacerla olvidar por medio del silencio.

La insensatez era la que prevalecia, tanto en el gobierno como en el pueblo. Apenas podian notarse algunas escepciones, señalarse algunos matices. Los cerebros no se hallaban alterados en igual grado ni de igual modo. En unos habia llegado la locura á sus últimos límites; en otros solo se habia cebado en un punto, y tomaba el carácter de una idea fija. Habia los locos furiosos, y los artificiosos. Aquellos sacaban las uñas á cada momento, y no hacian uso de ellas; estos las ocultaban, pero solo aguardaban la ocasion de emplearlas. Los primeros hacian mas ruido que daño; los segundos mas daño que ruido. Todos pretendian poseer la locura buena y verdadera, y se burlaban de la del vecino. En el ódio comun que les animaba, no olvidaban sus rencillas mezquinas, y solo aguardaban una ocasion favorable para destrozarse mútuamente.

De todos estos locos, los mas peligrosos eran aquellos cuyo estado

MCD 2022-L5

mental se prestaba á formar ilusiones acerca de él. Nadie se engaña relativamente á una demencia completa, puesto que estalla sobrado abiertamente. Los estravios parciales se revelan con mas lentitud, y con ellos se mezclan tales ráfagas de buen juicio, que se vacila para asignarles su nombre verdadero. ¡Cuántas aberraciones se ocultan de esta suerte bajo apariencias de lucidez! ¡Escuchad á ese hombre: con cuánta sinrazon se han adoptado algunas medidas contra los estravios de su juicio! Nada las justifica, nada las disculpa. Los médicos le quieren mal; tal es el motivo esclusivo de la reclusion de que se queja. Entáblase la conversacion, y en efecto, es la de un ser que goza de toda la plenitud de sus facultades intelectuales. Habla con claridad y vehemencia; sus ideas son abundantes, exactas, y las espresa en un lenguaje que se eleva hasta la elocuencia. Apenas se impregnan de un poco de exaltacion. Vais á creer que ese hombre es víctima de una trama ó de una equivocacion: aguardad. No está lejos su mania; no estará libre de ella mucho tiempo. Héle ahí que se dispara: es emperador del Mogol ó reina de Chipre; ha inventado un sistema para andar con la cabeza, ó encerrar los rayos en botellas; tiene quince gobiernos en su bolsillo, y se desprenderá del mejor si se quiere darle su precio.

Tal es la peor especie de locos, la que burla con mayor facilidad la vigilancia: esta es, tambien, la que abundaba en las calles. Salian de todos los rincones, de todas las avenidas; llenaban el espacio con sus proyectos y sus gritos. A los vértigos del gobierno querian agregar á toda costa los suyos propios. Así se multiplicaban por la invencion y por el ruido; les costaba poco prodigar los carteles y los manifiestos. Ninguno de ellos reparaba en gastos cuando se trataba de salvar al Estado, además de que llegaban con las manos cargadas de tesoros. Los que solo podian ofrecer mil millones eran considerados como hombres de cortos alcances; veinte mil millones formaban un contingente razonable. ¡Veinte mil millones! ¡qué frusleria! Pegando con el pié en el suelo debian encontrarse. Bastaba para ello un simple procedimiento: tratábase de *movilizarlo* todo. ¡Oh virtud de una palabra! Movilizar, movilizacion; engendros de un vocabulario que no es el de Bossuet, ¿cuántas cualidades secretas encerrais? ¡Movilizar, en esto estriba el porvenir de la república! Aquel que movilice mejor, ¡habrá encontrado el secreto de nuestro destino! ¡Cuántos carteles acerca de la movilizacion, sin contar los que se referian á la reforma hipotecaria y á los asignados! Tratábase de movilizar á la naturaleza entera: los campos, los bosques, las casas,

los terrenos de propios, los bosques del Estado; de movilizarlo todo, en una palabra, probablemente para *liquidarlo* todo mas pronto. ¡Medio ingenioso! es el de un héroe muy conocido: despojarse á sí mismo á fin de no ser despojado.

Otros insensatos habian puesto el dedo en un descubrimiento mejor todavia. Habíanse imaginado que un gobierno asentado sobre ruinas, no tiene ocupacion suficiente para emplear todos sus instantes. Restaurar el conjunto de las instituciones, consultar los deseos del pais, mantener, en medio de un desórden inmenso, el respeto de los derechos, la seguridad de las personas, hacer frente á los peligros del esterior y á las dificultades del interior; defender al Tesoro contra el descrédito, á las clases laboriosas contra las fluctuaciones del trabajo, á la fuerza armada contra la indisciplina; todo esto no les parecia sino un preludio de trabajos mas formales, de una tarea mas vasta. Segun ellos, un gobierno debe concentrarlo, reasumirlo y abarcarlo todo. Ningun beneficio grande debe tener efecto fuera de su esfera. Vá á emprenderlo todo, y la nacion solo tendrá que estarse con los brazos cruzados. Designábanse ya las víctimas. En mil puntos se prescribia al gobierno que sustituyese su actividad á la de las compañias ó de los individuos. Le invitaban á que echase mano de cuanto le rodeaba, á que se apoderase de lo que le convenia. Espoliacion ó no, ¿qué importa? Suyos los fondos vitalicios, suyos los seguros de todas clases. No mas bancos, no mas establecimientos de crédito que no estuviesen en su mano. Las ferro-carriles y canales no podian permanecer fuera del dominio oficial, y el Estado, para dar mayor estension á este comercio, debia agregarle una empresa general de transportes. De la profesion de carromatero pasaba lo mas naturalmente del mundo á la de vendedor de sal, y restituía al pais embelesado las inefables delicias del impuesto sobre la sal. Despues de esta aparecia el horno en que se pagaba la poya, otra institucion desconocida; luego el monopolio de la caza y de la pesca, finalmente, una desamortizacion general de los bosques para volverlos á plantar. Así, de usurpacion en usurpacion, se realizaba ese sueño de talentos poderosos, en el que la mitad de la familia francesa estaria encargada de administrar á la otra mitad, y en donde nuestras tribus venturosas, provistas ya de pólvora y de tabaco, serian además transportadas, aseguradas, administradas en comandita, y saladas por su gobierno.

Pero de todos estas vértigos, el mas frecuente y pertinaz era el que atacaba al bolsillo de los ricos. ¿Cómo alcanzarle? ¿cómo vaciarle de un

solo golpe? El empréstito forzoso, los impuestos sobre el lujo, la incorporacion de las sucesiones colaterales al Estado, la contribucion sobre las rentas, el impuesto progresivo, nada se omitió en aquella nomenclatura de espedientes, muy dignos de hacendistas que se encuentran reducidos al último estremo. Un dia, un rentista ó uno que supone serlo, pronto á desprenderse de diez mil francos en favor de la patria, invita á todos los capitalistas á que hagan otro tanto, y convoca á los obreros de París con el fin de añadir mas peso á su ejemplo y á su invitacion. Otro, se acuerda de la indemnizacion pagada á los emigrados y pide que sea restituida al pueblo con capital é intereses. Este quiere que el rico sea lastimado en su vanidad; aquel, que dia por dia dé cuenta de su fortuna, y que en escediendo de cierta suma se le aplique el procedimiento sumario inventado por un malhechor de la antigüedad. Otros forman listas de opulentos, á manera de proscritos, y designan nombres como punto de mira para los peores instintos. En todos se encuentra el deseo de llegar á las arcas mejor provistas, y de practicar en ellas sangrias frecuentes y profundas.

¡Alcanzar la riqueza! ¡gravar á la riqueza! ¿cuál es el régimen que no lo ha intentado? ¿cuál es el que, en los momentos de apuro, no ha traspuesto el límite que separa á los medios arbitrarios de los regulares? He aquí lo que ha sucedido en toda ocasion semejante: A medida que se ejercia una presion mas fuerte sobre la riqueza, desaparecia esta cual un pedazo de hielo que se disuelve entre los dedos que le oprimen. Creian tenerla sujeta todavia, cuando ya se habia desvanecido. La riqueza para nacer y desarrollarse, requiere condiciones de larga y constante seguridad pública. No puede sobrellevar ensayos ni violencias. En materia de exacciones y diezmos, no acepta sino lo que le conviene, y encuentra medios ingeniosos para evadirse de lo que la repugna. Cuando la asustan y zahieren, abandona su forma ostensible para recurrir á mil disfraces. Así se libra de las persecuciones y engaña á la mano que cree apoderarse de ella. Cuando se la estrecha demasiado, vá á buscar en un pais menos hostil leyes mejores y un régimen mas hospitalario. De este modo, el arma con que la hieren se vuelve contra los mismos que se sirven de ella, y el pais que la declara la guerra se vé condenado á la escasez. Todo se estingue en él: primero la vida de lujo, y luego la actividad misma. Es una prescripcion que se prolonga hasta la vuelta de un sentimiento menos receloso y de una política mas tolerante.

No hay que hacerse ilusiones: toda forma de progresion en el impuesto nos conduciria á ese resultado. Tan luego como las fortunas llegasen á ese límite en que la parte del Estado fuese igual ó superior á la del individuo, se apagaria en las almas el deseo de adquirir, y solo quedaria el de sustraerse por medio del fraude á las violencias de la ley. De aquí resultaria una distribucion anticipada de las fortunas en diferentes cabezas; innumerables fideicomisos; un nuevo fraccionamiento en la propiedad; mil astucias que es fácil prever. Su efecto seria doblemente fatal: por una parte, elevaria de un modo estraordinario los valores á que no alcanza el impuesto; por otra, haria caer en descrédito á los que no pueden sustraerse á él, al terreno y las construcciones, es decir, á la riqueza verdadera y sólida. Y no solo habria depreciacion, sino que en el instante mismo se estancarian todas las mejoras. En ningun tiempo ha puesto el hombre su inteligencia y sus brazos á merced de la escitacion: cuando no protesta por medio de la rebelion, lo hace por el de la inercia. Esto es lo que sucederia. Elevar la renta cuando el fisco ha de llevarse la mejor parte, seria quedar chasqueados, y nadie se deja chasquear voluntariamente. De donde se deduce que los grandes esfuerzos del génio humano tenderian á cesar ó á decrecer, y que se veria pesar sobre el pais, cual un nivel, una mediania muy cercana á la miseria.

De este modo colocaban á Francia entre dos vértigos: uno que la aconsejaba abdicase su actividad en manos del gobierno; otro que intentaba llevar á las entrañas del pais el escalpelo de la fiscalía con el fin de estraer de ellas en conjunto todo el oro que pudiesen contener. Doble daño, doble causa de ruina. Bajo el monopolio oficial, la actividad no podia menos de decaer, y la fortuna pública habia de sucumbir bajo la presion de las exacciones. Así pues, estaba mal elegido el momento para imponer á la comunidad nuevas cargas, nuevos sacrificios; sin embargo, se pensaba en hacerlo, y en la escala mas vasta. Tal era por ejemplo, la obligacion impuesta para lo sucesivo al Estado, de sustituirse al capitalista voluntario, y de suministrar los instrumentos de trabajo á todo el que los pidiese. Tal era, asimismo, el imperioso deber de asegurar á los hijos de la gran familia, sin categorias ni distincion, las ventajas de la educacion gratuita y de la instruccion en todas los grados imaginables.

¡Cuántos beneficios de una sola plumada! ¿dónde hay cosa mas sencilla? Asegurar al hombre el empleo de sus facultades y la cultura de su

inteligencia, ¿puede haber algo mas justo y natural? ¿Quién no firmaria gustoso tal programa? Sí, el programa es hermoso, es digno del corazon, pero considerarle como cosa formal seria esponerse á desengaños crueles. ¿A qué prometer lo que no puede cumplirse, y colocar sobre la cuna de una revolucion muestras engañosas? Para suministrar instrumentos de trabajo á todo el que los pide, no bastarian los tesoros del globo entero. Cuéntanse en Francia diez millones de hombres y otras tantas mujeres que viven de salario. Suponiendo que cada uno de ellos necesitase, para emanciparse, un capital de mil francos, serian precisos, cuando menos, veinte mil millones para realizar esa emancipacion. ¿En dónde estarian, despues, las garantias del acreedor respecto de esa masa innumerable de dendores? ¿Quién asegura que ese capital destinado á la emancipacion del trabajo no iria á sepultarse en los ensayos de la inesperiencia y en los desórdenes de la vida privada? ¿Es posible imaginar una vigilancia eficaz ante tantos intereses esparcidos? ¿Y si en vez de préstamos individuales, logra el Estado organizar un sistema de préstamos colectivos y solidarios que le hace augurar, por parte de las asociaciones, mas prudencia, mejor acuerdo, y mas habilidad que por parte de los individuos? Si una de esas asociaciones sucumbe, el vacío será mayor, y mas considerable el daño. El Estado, despues de proveer á las primeras necesidades, ¿habrá de constituirse en reparador de todas las faltas, de todas las incurias, de todas las malversaciones? Seria una prima ofrecida al peculado y á la negligencia.

Pero dirán que el Estado procederá tan solo por medio de ensayos parciales; que no intenta aplicar á todos indistintamente esa comandita del trabajo, sino que escogerá entre los individuos, entre las industrias, entre las asociaciones. ¿De veras? la confesion es cándida. Es decir que el gobierno tendrá sus favoritos; es decir que derramará el maná del tesoro con arreglo á sus preferencias, acaso con arreglo á sus caprichos. Tomar de las fortunas de todos, los subsidios que concederá á algunos. Bajo un régimen de igualdad consagrará la desigualdad mas flagrante, la mas monstruosa que puede concebir la inteligencia humana. En la familia de los industriales habrá dos clases, de las que una obrará con sus propios fondos, y la otra con los fondos del Estado; y los segundos emplearán contra los primeros las armas que estos mismos hayan forjado. ¿No es esto el colmo de la aberracion? Sin embargo, estas cosas se dicen, se repiten, sin que nadie piense en ver si son ciertas. Hablan en el lenguaje del dia, de suministrar á los obreros

el capital, el instrumento de trabajo, como de la medida mas natural y mas fácil. No retroceden ante la idea de poner el tesoro á merced de todos los ensayos, de todos los planes que germinan en los cerebros aventurados. Para unos, es cuestion de uno ó dos millones aplicables á desmontes hipotéticos; para otros, es una suma igual destinada á legiones movilizadas de labradores, á establecimientos sedentarios sujetos á un régimen conventual. Por dó quiera habia locuras, y al estremo de estas, millones. Siempre es mayor la sed ante el espectáculo del rio que se ha secado.

Para destruir estos errores, para disipar estas ilusiones, ¿qué se necesita? Ir hasta el fin y entrar en la region inexorable de los hechos. En ella es donde ván á estrellarse las palabras sonoras, las vanas fórmulas, y aun las cuestiones de sentimiento mas justas y legítimas. La instruccion dispensada á todos, gratuita, uniforme, en dósis iguales, ¡qué deseo tan tierno! Al instante se adhiere uno á él por los sentimientos del corazon. ¿No es justo, acaso, que los hombres sean iguales ante el alimento de la inteligencia? Nadie se atreveria á decir que no. Así pues, este proyecto embriaga, se le impone á la sociedad regenerada cual una reparacion y un deber. He ahí una promesa formal: ¿cómo podrán cumplirla? Nadie piensa en ello. Se ha producido el efecto, y esto es lo esencial. Solo mas tarde destruirá la reflexion lo que haya creado el entusiasmo, y así, únicamente quedará para el pueblo una decepcion mas. La educacion uniforme irá á reunirse, en el pais de las quimeras, con los mil sueños de los hombres de bien.

En efecto, la instruccion igual y gratuita que se quiere hacer estensiva á todos los miembros de la gran familia, no podria limitarse á nociones superficiales ni á simples rudimentos. Débese hacer que el hombre se eleve y no que decaiga, y por lo tanto ha de considerarse el programa del Estado como un plan de estudios completo, formal, digno de él. La educacion dada en otro tiempo á las clases escogidas será ahora la educacion de todos. No puede el Estado hacer menos; se esforzará para hacer mas. Tomémoslo bajo este pié y pasemos á los medios. ¿En dónde ha de colocarse el tipo de esta enseñanza? ¿En las municipalidades? Seria demasiado costoso, harto diseminado. La fuerza de las cosas impulsa á escoger un centro mas populoso, el barrio, el distrito, acaso el departamento. Ahora bien, ¿quién no conoce las consecuencias? El alumno se convierte en pensionista del Estado. Ya no se trata solo de instruirle, sino de proveer á sus necesidades. El Estado

MCD 2022-L5

ha sustituido á la familia, acepta sus cargas y sus deberes. Calculándolo en el precio mas ínfimo, son cuatrocientos francos anuales por término medio para cada niño ó adulto, y como en Francia se cuentan tres millones de niños y de adultos, es una suma de mil doscientos millones la que hay que consignar en cada año en el presupuesto de instruccion pública. Las épocas borrascosas producen ministros á quienes no falta el aplomo: ¿habrá siquiera uno que se atreva á pedir á una asamblea mil doscientos millones para la educacion de la juventud?

De esta suerte hacia dos meses que vivíamos en un círculo de vértigos y alucinaciones. Lo falso, lo absurdo, lo imposible, nos rodeaban por todas partes, y no dejaban espacio para las inspiraciones tranquilas y sensatas. Unos se lanzaban á las regiones de las hadas, otros á los abismos del infierno. Eran sueños placenteros ó terribles pesadillas. Los que no conspiraban se paseaban por las nubes. Parecia que todos habian perdido el sentimiento de la vida real y positiva en la fiebre y embriaguez del triunfo. Sin embargo, no se confundian los campos contrarios; en un lado estaban los sombrios, en el otro los esclusivos. Los sombrios querian escalar el poder; los esclusivos le ocupaban. Los sombrios murmuraban como gente despojada; los esclusivos se preservaban de todo contacto con la muchedumbre. Para ellos era la república una querida; la espiaban con miradas celosas. ¡Con qué cuidado apartaban de su lado cuanto no pertenecia á su serrallo y no llevaba impresa en la frente la señal de una virilidad equívoca! ¡Qué rudos vigilantes! ¡qué consignas tan severas! Jamás princesa alguna fué custodiada por tan terribles encantadores. Acaso temian que, si llegaba á escaparse de sus manos, perdiese por completo el deseo de volver á ellas.

Este reinado de los esclusivos arrancaba vivas y contínuas quejas al campo de los sombrios. Los esclusivos no se turbaban por esto lo mas mínimo. Cada dia se fortificaban mas en su posicion y añadian algunos nombres á su línea de defensa. Uno de los suyos se apoderaba de una cortina, otro de un bastion. Cuando todos los frentes estuvieron guarnecidos, todavia hallaron medio de alojar jente en las casamatas. Algunas poternas se hallaban en poder de amigos dudosos; se desembarazaron de ellos y las guarnecieron con agentes suyos. Poco á poco llegaban á ser inatacables y preponderantes. ¡Júzguese la envidia que despertaria en el campo de los sombrios el espectáculo de aquellas usurpaciones! Era un rugido perpétuo y un inmenso grito de alarma. Aquella revolucion, título y honra suya, aquel engendro de su pluma y su mosquete, ¿ha-

bian de dejarle despedazar de esta suerte por los obreros del último momento? Á esta sola idea se inflamaba su sangre y contestaban con retos feroces y con el estremecimiento de las espadas.

Fuera, este estado de las almas y de los partidos se revelaba con síntomas evidentes. Diez cuerpos de pretorianos paseaban sus abigarrados uniformes. Unos pertenecian á la autoridad regular, otros á los poderes irregulares. Cada uno tenia un jefe, una contraseña, una escarapela, una bandera. ¡Cuántos trajes distintos! ¡Cuántos disfraces variados hasta lo infinito! Cada escuela tuvo el suyo: la escuela normal se ciñó la espada para marchar á la conquista del profesorado; la escuela central cubrió el pecho de sus químicos y de sus mecánicos con chalecos á lo Robespierre; los mismos liceos se convirtieron en semilleros de guerreros. No se veían sino vueltas encarnadas, cascos, penachos y plumeros. La ciudad era un campamento, el ciudadano un soldado. Al toque de diana, depertaba el tambor para agitar durante todo el dia y aun durante la noche, sus incansables palillos. No habia mas negocios que los del vivac. Para variar los placeres, se recurria á los piquetes, á las patrullas ó al reten que daba la guardia en torno del gobierno.

Á este movimiento militar correspondia otro formidable de publicidad. Veinte, treinta, cincuenta periódicos, se repartian el imperio de la opinion y el asfalto de los *boulevards*. Nacian cual las hojas del arbusto y no duraban como ellas, toda una estacion. Era un conjunto de títulos espantosos y de política vehemente. Varios órganos descendian hasta lo innoble y lo convertian en condicion de buen éxito. Los peores instintos, los recuerdos mas detestables encontraban aduladores é intérpretes. Nunca se practicó una especulacion de escándalo con tal audacia ni tanta impudencia. Hasta la venta de papeles públicos por las calles se hallaba á la altura de este cinismo del pensamiento y de su espresion. El vendedor imaginaba mil estratagemas para sorprender la atencion y el bolsillo de los transeuntes. Tan pronto era una noticia increible, como un comentario grosero. Cuando no bastaban estos medios, asaltaban á los paseantes y les encerraban en un bloqueo tan diestramente combinado que no podian librarse de él sin pagar rescate.

Estos síntomas eran tristes: manifestaban el desórden que predominaba en los ánimos. Vértigo en las ideas, en los actos; por todas partes vértigo y confusion. Luego, nada habia en el horizonte en que pudiesen descansar las miradas; ni un resplandor en medio de aquella noche oscura, ni un relámpago que surcase aquellas tinieblas. Nadie ha-

Este profesa la política sustanciosa.

MCD 2022-L5

bia que no esperimentase algun terror. El transcurso de dos meses no habia cambiado los términos del problema; permanecia tan sombrío, tan temible como el primer dia. ¿Qué esperar? ¿qué desear? ¿Era un hombre? ¿Era un sistema? Hombre ó sistema, era ya tiempo de que llegase; todo retraso se hacia fatal. Las cosas empeoraban: habia urgencia. No podia pensar en ello sin sentir que me escitaba un aguijon. ¡Qué gloria podia conquistarse! ¡En qué posicion podia uno colocarse! Á la verdad, yo tenia mi plan, pero insuficiente, incompleto, en estado de bosquejo. Solo le faltaban siete ú ocho combinaciones. Desgraciadamente eran capitales; era preciso encontrarlas so pena de esponerse á un descalabro gratuito.

—Busquemos, dije para mí; las ideas necesarias vienen á punto, y es llegado el momento. El cielo me inspirará: busquemos.

Dispuesto de esta suerte, me lancé al descubrimento de las combinaciones que me faltaban.

CAPITULO XVI.

EL ARTE REPUBLICANO.

Hacia algun tiempo que Oscar se hallaba asediado por una idea que turbaba su reposo y el mio. Acababa de abrirse la esposicion de pinturas; el viejo Louvre habia visto forzadas sus puertas. No mas acepcion de escuelas ni de colores, no mas privilegios para los unos, ni esclusion para los otros. La revolucion habia pasado su nivel terrible por los talentos y los nombres; emancipaba á los pinceles y para lo sucesivo los proclamaba iguales ante los tableros oficiales. Habia pasado la época de la aristocracia del pincel, y llegádole su vez á la clase media y á la ínfima.

Oscar pertenecia á esta última espresion del arte; era uno de los héroes oscuros de la pintura plebeya. En el fondo de su corazon yacian adormecidos profundos motivos de queja; habia conocido dias muy malos y hecho campañas muy desgraciadas. Casi todas sus concepciones, y las mas queridas, las mas acabadas habian ido á estrellarse en las decisiones de un areopago envidioso. ¡Apenas habia conseguido, á fuerza de instancias, algunos momentos de favor, bálsamo insuficiente para heridas profundas! Por eso aceptó con gratitud la revolucion como una revancha, y el Louvre como una rehabilitacion. Creyó obedecer á un deber llevando ante el público una apelacion de tantas sentencias dictadas en secreto. Veinte y cuatro lienzos habian sido objeto de negativas sucesivas; los reprodujo todos, mas bellos, mas verdes, mas resplandecientes que nunca. En primera línea figuraba la *Coleccion de vistas de Roma*, que se habian espuesto en otro tiempo en mi casa, y que me pareció no habian ganado lo mas mínimo con el transcurso del tiempo.

Así pues, la idea fija de Oscar era esta: arrastrar á los salones de la esposicion el mayor número posible de víctimas. Por vez primera figuraba ámpliamente en ella; no queria que aquella exhibicion permaneciese ignorada, y concluyese sin provecho alguno para su nombre. Habia tenido cuidado de llamar la atencion de la prensa, y cada dia ofrecia á sus cuadros, como holocausto obligado, los homenages de siete ú ocho amigos que recogia en los cafés inmediatos. Algunas botellas de cerveza, algunas copas de coñac, elevaban la opinion de aquellos jueces hasta el entusiasmo; no reparaba en gastos, porque era dinero bien empleado. Para influir en mi ánimo, no necesitaba recurrir siquiera á aquellos medios ingeniosos.

—Ven, Jerónimo, me dijo, ven á la esposicion, hijo mio. Te prometo una ó dos horas de goces selectos. De seguro que me lo has de agradecer.

—¿Lo crees así?

—Estoy persuadido de ello; no tendrás el disgusto del emperador romano. Emplearás bien tu dia, querido, muy bien; ya verás.

—No es eso lo que dicen por ahí, Oscar.

—¡Envidiosos, Jerónimo, envidiosos! ¿Vas á caer, tambien tú, en esos estravios de la imaginacion? Creí que tenias el alma mejor puesta. ¡La primera esposicion de la república, hijo mio! Esto solo responde á cuanto pueda decirse. ¡La espresion mas elevada de la fantasia! Tenlo en cuenta.

—Así lo haré.

—No, Jerónimo, no estás convencido, dudas, vacilas. ¡Te falta la fé, se conoce desde luego! ¡Dudar del arte en tiempo de la república! ¡Es demasiado fuerte!

—Pero hombre, no...

—¡Ten cuidado, Paturot! Hay algo de escepticismo en tí; juegas con las grandes ideas. ¡Escéptico! ¿quién no lo es? Tambien lo es el droguero. ¡Lo que escasea mas, es tener el alma embriagada de esplendores y el ojo lleno de brillo! Es llevar en su mente un mundo de colores y de luz, y revestir con ellos á todos los objetos en masa, en conjunto, sin distincion. He ahí lo que nos caracteriza, á nosotros los artistas, y lo que pone un abismo entre nosotros y los que no lo son. ¿Me entiendes, Jerónimo?

—Sí, Oscar.

—¡Pues bien! puedes escoger. ¿Vienes conmigo á la esposicion?

Me resistí durante algunos dias, pero al fin venció. Era una conquista escogida, y se envaneció con ella.

—Por fin, esclamó, ya he cogido á uno. Vas á ver, Jerónimo, ¡qué esposicion de sorpresas! ¡Es el arte en su capricho, en su lujosa libertad! ¡Un género empastado, sabroso! Hay especialmente una coleccion de vistas de Roma...

—La conozco, Oscar.

—Volverás á trabar conocimiento con ellas, que ganan en ser vistas de nuevo. Te recomiendo los terrenos, querido. Están tratados á lo Salvator, solo que de un modo mas deliberado. ¡Y qué efectos de sol poniente! Las tintas rubias del cesped y de las nubes de púrpura realzadas con filetes dorados. Todo natural, Jerónimo, ¡ni un átomo de yerba copiado! Admiro á los maestros, pero en cuanto á copiarlos, ¡nunca! Ya verás, ya verás.

Bajé la cabeza como una víctima, y con una resignacion que habria enternecido á un verdugo menos encarnizado. Nada me perdonó, y me preparó á ver sus lienzos por medio del análisis de sus bellezas. Por de pronto fué el follage; luego las aguas, las rocas, los cielos. Hubo sus palabras para los lejos, para la perspectiva. Todo ello procedia de alguna escuela, de algun maestro afamado. Habia cogido un detalle del Giotto, otro de Claudio de Lorena; en cuanto á la línea descendia de los Carrachio, y del Corregio en el relieve. Era aquello la gracia de los italianos, el vigor de los españoles, la candidez de los flamencos, es decir, un ideal en que se resumian las perfecciones pasadas.

—¡He ahí mi gloria, Jerónimo! esclamó el pintor abandonándose á su exaltacion; he ahí mi rango, he ahí mis títulos; y sin embargo, ¿querrás creerlo? solo encontré desprecios y esclusion en aquel jurado de infortunio. ¡Mis paisajes rehusados! ¡mis retratos rehusados! ¡Mis cuadros de género rehusados! ¡Todo rehusado, y por unanimidad! ¡Oh! aun cuando la revolucion no hubiese hecho otra cosa que reducir á polvo á ese cónclave de pasteleros, á ese congreso de marmitones, que disponian soberanamente de nuestras obras y de nuestras personas, sentenciando á aquellas á la picota y á estas á morir de inanicion, todavia hallaria que es digna de las bendiciones de los contemporáneos y del asentimiento de los siglos. ¡Cómo! ¡diez hombres reunidos en una sala baja del Louvre, tenian de ese modo el derecho de condenar al Poussin en su representante mas directo; á Miguel Angel en su mas audaz intérprete! Sófocaban el génio en gérmen, cortaban las alas al aguilucho.

¡Qué mordaza, Jerónimo, y con cuánta mas libertad respiro desde que me veo libre de ella! ¡Por fin están destrozados esos vándalos! ¡esos eunucos del arte! han vuelto á la nada de donde nunca debieran haber salido. Y la república, es quien nos ha valido eso. ¡Viva la república!

—Ya hemos llegado, Oscar.

Apenas logró calmarse al subir la escalera del Louvre y para restituirle á su estado natural fué preciso nada menos que al aspecto de su paisage favorito.

—Vista de Roma, dijo deteniéndose delante del cuadro. Vamos á ver, Jerónimo ¿me equivocaba yo?

Al mismo tiempo retrocedió dos pasos á fin de colocarse bajo la perspectiva mas favorable, y quedó sepultado en muda contemplacion. Nada de esto era fingido; se admiraba á sí propio de buena fé. Despues de algunos instantes de satisfaccion silenciosa, esperimentó la necesidad de hacer que me asociase á ella, y volviéndose hácia mí, añadió con el acento y ademan de un trágico:

—¿Qué dices de esto?

El caso era apurado, pues yo no me hacia ilusion alguna respecto de las vistas de Roma. Era preciso, ó violentar mi conciencia, ó disgustarle; recurrí á un subtergio, y fingiendo tener fija la vista en un cuadro inmediato al suyo, le dije:

—He ahí mucha desnudez.

Bastaba la mas mínima diversion para que Oscar cambiase de via, yo lo habia previsto así, y no dejó de suceder,

—¿Desnudez, Jerónimo? ¿quién habla de desnudez? ¿La hay realmente en el arte? Este siempre es casto, querido; lo es tanto mas, cuanto mas lejos vá en el desnudo. ¿Dónde hay cosa mas casta que la Venus de Florencia? Pónla un ropaje, y no lo será tanto.

Por fin logré arrancar al artista de la primera vista de Roma y entramos en las galerias abriéndonos paso lo mejor posible, por entre la muchedumbre que las ocupaba. La esposicion republicana era accesible á los obreros, y acudian á ella á porfia. Era aquella una escena animada y original. Cada uno emitia su dictámen, y frecuentemente con mucha oportunidad. Hay en el pueblo un gusto innato, y especialmente un sentimiento de reserva que no puede herirse impunemente. Por eso se oía un clamor general contra las impurezas y las vulgaridades que mancillaban las paredes del Louvre. Por mas que dijese Oscar, aquella invasion de la pintura plebeya en manera alguna redundaba en provecho del arte.

MCD 2022-L5

Por el contrario, no podia hallarse cosa mas triste que aquella exhibicion interminable; era un capítulo doloroso en la historia de las ocasiones erróneas. ¡Cuántas vanidades se ocultaban allí! ¡cuántas miserias tambien! ¡Vanidades castigadas con justicia! ¡Miserias inevitables! En las artes, la mediania es mas que un error: es una profanacion.

Estas impresiones se sucedian en mí al ver tantas obras dignas de compasion, é iba á manifestárselo á Oscar, cuando le ví detenerse bruscamente delante de otro cuadro.

—¡Vista de Roma! esclamó de nuevo.

Estaba dicho que no habia de librarme de ninguno de ellos. Tantas vistas de Roma, otras tantas estaciones: tuve que sufrir ocho. Al fin me faltó la paciencia.

—¿Sabes que todo esto es miserable? le dije. ¡Qué torpezas! ¡qué horrores!

—He ahí lo que eres, Jerónimo, me dijo el artista; el sentimiento de las situaciones pasa completamente desapercibido para tí. ¿No ves, acaso, que asistimos á una transformacion, á una variacion del arte? En la edad media, ante las gárgolas y los mascarones, ¿quién habria dicho que iba á llegar el renacimiento? Y sin embargo aquellas contenian el gérmen de este. Mira la crisálida; ¿donde hay cosa mas hedionda? Y sin embargo encierra la mariposa de brillantes alas. Lo mismo sucede con nuestras artes; buscan su senda y la encontrarán. Se agitan en la oscuridad para despertar en la luz. Pero dí, ciego, ¿nada vés?

—No, te lo confieso.

—¡Cómo! ¿ni siquiera las grandes escuelas que lo fian todo del porvenir? ¿De veras no las ves?

—¡No por cierto!

—Entonces veo que comienzas á ser un pobre hombre. ¡Cómo! ¿no ves la escuela del empaste, la escuela revolucionaria por escelencia? Mira, examina ese cuadro: es de un maestro. Mira qué empastado está. No te pregunto si hay proporcion en las figuras, si tienen los objetos su color natural. No está ahí el problema. ¿Está bien empastado, responde?

—¿Qué sé yo?

—Admirablemente, querido. Solo él puede amasar, empastar de ese modo. Montes y valles, he ahí su cuadro. Por eso, mira cómo se refleja la luz, sobre todo en las crestas. Solo él logra esos efectos: es el rey del empaste.

—¿Y qué prueba eso?

MCD 2022-L5

—Que empasta para el porvenir. Es un precursor de la pintura á la paleta de albañil.

—¡De verás!

—Sí, querido; pero ven mas lejos: mira la escuela del glacis. Otro maestro como el de antes, otra escuela de porvenir. Este tiene en sus atribuciones el glacis. Nadie practica el glacis como él. Todo consiste en saber quién vencerá, si el glacis ó el empaste, si este ó aquel. El dilema es delicado, y acerca de él se hallan divididas las mejores inteligencias. ¿Habrás formado alguna opinion respecto de esto?

—¡Dios me libre!

—Te felicito por ello, que el dudar es de sábios; tanto mas, cuanto que existe una tercera escuela de gran porvenir que podria muy bien derrotar al empaste por el glacis, y á este por aquel, á fin de establecerse sobre sus ruinas y de fundar un imperio bajo los auspicios de la voluptuosidad. Se trata de la escuela de las vistas tomadas de espaldas: ¿has oido hablar de ella, Jerónimo?

—No, Oscar.

—Sin embargo, la citan, llena las bocas de la fama y los folletines. Las vistas de espalda han de representar un papel importante en las civilizaciones futuras; pueden ejercer una influencia fecunda en los progresos de la inteligencia humana. Antes, las vistas de espalda eran poco conocidas. Se exigia á los pintores que mostrasen los rostros por buena parte. ¡Error profundo, querido! y la mejor prueba es el éxito brillante que ha tenido la vista de espaldas desde su primera entrada en el mundo. Nada de vacilacion en la opinion pública, nada de divisiones en los ánimos.—¡Cielo! eso si que es exacto, han esclamado por todas partes. Los grandes triunfos se conocen en esa unanimidad. Desde aquel tiempo, la vista de espalda no ha hecho sino ganar terreno. Hoy predomina y amenaza al glacis y al empaste. Si logra unirse á los esfuerzos de luz, que es otra escuela de porvenir, podrá aspirar al cetro universal y guiar á los pinceles jóvenes á la conquista de nuestro destino. Es una gran mision, querido, y mas de una vez ha alimentado mis sueños. Pero las vistas de Roma no han podido conquistar el sitio que les asignará la posteridad. El siglo es injusto para ellas; no conoce su valor.

Esta queja terminó la escursion pintoresca que acababa de hacer el pintor á los dominios del arte. Mi opinion no se habia alterado, y persistia en ver en aquella esposicion de medianias un síntoma irrecusable de decadencia. Las artes necesitan sobre todo una regla respetada; en

ella inspiran y se mueven; en ella encuentran un freno contra la intemperancia del pensamiento y los estravios de la mano. ¿Ahora bien, en donde está hoy la regla? ¿En dónde inspirarse? ¿En dónde está el límite asignado al capricho? Esa sed de aventuras que todo lo ha perdido, ha producido el mismo efecto en las artes. Se han faltado al respeto á sí mismos, han faltado al cuidado de su propia dignidad. De ahí proceden sus desórdenes y su caida.

Salimos del Louvre, y esperaba regresar á mi casa para reponerme del vértigo que produce el aspecto de tantos cuadros desfilando por delante de la vista; pero habia contado sin mi compañero que me arrastró hácia uno de los postigos del Carrousel.

—¿Adónde me llevas? le dije. No es este nuestro camino.

—Ven, Jerónimo, me contestó ejerciendo sobre mí una presion bastante viva.

—Pero siquiera, sepa yo adónde, añadí, y al propio tiempo hice todos los esfuerzos posibles para soltar mi brazo.

Me retuvo y no quiso ceder.

—Vamos, déjate conducir, Jerónimo; no hagas niñerias.

—Pues díme adonde vamos.

—Escucha, has contemplado mis vistas de Roma; ¿están bien ejecutadas, verdad?

Esto era ya abusar de las fuerzas y de la prudencia de un hombre; no contesté.

—Pues bien, prosiguió, nada es eso comparado con lo que vas á ver. Prepárate á un efecto maravilloso.

—Por Dios, Oscar....

—Es decir, querido, que he puesto ahí toda mi alma. Nada de reminiscencias ni de plagios. ¡La llama mas viva, la creacion mas positiva! Ya sabes el carácter que daba Cimabue á sus vírgenes. Lo cándido, lo primitivo, he ahí lo que he reproducido. ¡Ya verás!

—¡Qué enigma!

—Fácil es adivinar, Jerónimo. He concurrido á la oposicion. Perdóname si no te lo he confiado antes. ¡Qué quieres! el genio tiene su pudor. Además, queria procurarte una sorpresa y gozarme en tu primera impresion.

—¡Lléveme el diablo si te entiendo! repliqué irritado. Una sorpresa, ¿y con qué motivo?

—¿No caes en ello, Jerónimo?

—¡Te digo que no!

—Se trata de la figura simbólica de la república ¡hijo mio! Concurso público abierto para los maestros y los discípulos. Otros se han mantenido apartados; yo no me he desdeñado de descender á tomar parte en él. ¡Qué creacion! ¡qué idea tan vaporosa! ¡Toda la gracia y pureza que puede crear la imaginacion! ya juzgarás. Y hecho de una vez, querido, de una sola vez.

Estaba fijada mi suerte: tenia que sufrir una segunda esposicion. Habria dejado muy gustoso á la obra y á su autor, pero no era cosa fácil soltarse de las manos de Oscar. Habia contado con el espectáculo de mi admiracion, y por ningun precio consentiria en privarse de tal goce. Sus alegrias interiores se revelaban por medio de síntomas numerosos: sus ojos estaban vivarachos y chispeantes, su barba brillaba en todo su esplendor. El semblante espresaba el júbilo y esa confianza que dá la fuerza. Su talante era el del hombre feliz y contento de sí mismo. En una galeria se hallaban colocados los bocetos enviados por los opositores; me la hizo atravesar rápidamente, y deteniéndose delante de una de sus obras maestras, me dijo:

—¡Mira, ahí tienes!

Quedéme estupefacto; no hallé una sola palabra para contestarle. Apenas me bastaban todas mis fuerzas para contener la inmensa risa que bullia en mí y ansiaba hacer esplosion. Figúrese el lector una doncella lívida pegando con un ramo de oliva á un globo terráqueo que se entreabria, y tendrá una idea bastante exacta de la obra maestra de Oscar. Únicamente, lo que es imposible reproducir en lenguaje alguno humano, era el carácter de aquella fisonomia en que el artista habia buscado el candor y solo halló la estupidez. Un ojo desmesurado se abria bajo una aureola confusa, y contemplaba con sorpresa aquel globo abierto como una granada. Además, el artista no habia renunciado á sus hábitos precedentes: tonos verdes, manejados con arte, ocupaban el conjunto de los terrenos, y por medio de gradaciones insensibles llegaban hasta el rostro de la doncella. Oscar afectaba prevalerse de un hermoso conjunto.

—¿Vamos, qué dices? me preguntó como hombre que provoca á su juez y no duda acerca de la sentencia.

—Digo... contesté con embarazo.

—¿Es la mejor? repuso.

—¿La mejor de qué?

—¡La mejor de las repúblicas, Jerónimo! ¡El boceto número uno! el rey del concurso.

—¡Ah! ¡ya!

—¿Tienes dudas, acaso? ¡Dilo francamente! estoy dispuesto á escucharlo todo.

—¡Dios me libre!

—¡Ya entiendo! ¡la admiracion es harto violenta para revelarse! lo esperaba. Es que he empleado ahí, querido, todo el aliento de mi alma, ¡todo el poder de mi inspiracion! ¡Qué vida! ¡qué animacion hay en ese cuadro! Y el colorido, ¿qué dices de él?

—Que es algo verde.

—¡Lo natural, querido, lo natural! Nuestra doncella está en la edad delicada. Por eso ¡mira que formas tan juveniles! No seré yo quien haga una ama de cria, como el autor de ese otro cuadro que está al lado del mio. ¡Mira esas jarras de leche!

—Eso es hiperbólico.

—¿Y esa república que está en cinta? ¿Qué auguras de ella? ¿Dará á luz un primer premio? ¡Qué emblemas, Dios mio! ¡Qué atributos! Jerónimo, abunda el talento, ¡pero el genio escasea!

—¡Á quién se lo dices!

—Mira todos esos bocetos: hay trabajo material, hay recursos del arte; ¿pero en dónde está la concepcion? ¿en dónde la idea? ¡Nada que haga meditar, nada que lleve al hombre á los espacios imaginarios! Veo repúblicas sentadas, repúblicas de pié, otras recostadas, otras agachadas. Cerca de estas hay leones y tigres; cerca de aquellas se ven algunas serpientes. De vez en cuando se encuentran árboles, palmas, en fin, el mueblaje de la creacion; luego, esferas al capricho. Muy bien; pero ¿en dónde está la palabra profunda, profética, inspirada? ¿La percibes? ¿La oyes resonar en las profundidades del horizonte? ¡No, Jerónimo, no! Todo eso está mudo como la losa de un sepulcro, ¡mientras que mi boceto tiene todas las melodias de la naturaleza! La doncella hiere el globo, y salen de él tesoros infinitos. ¿Ves el androginio provisto de una doble esencia y de una doble fecundidad? Entrega la clave de los destinos y el sombrio enigma del esfinge. Todo eso en pocos rasgos, en un lienzo de algunos decímetros. Con un poco de tinta de china se revela el misterio del mundo. Eso es ciclópeo, es genesiáco; nunca se elevará mas el genio humano. Solo he cometido un error, Jerónimo, lo conozco ahora.

—¿Cuál es, Oscar?

—¡El de presentarme al concurso! Nadie dudaba de mi genio, ahora dudarán de mi generosidad.

Así se consolaba el noble artista de los disgustos que tanto habian abundado en su carrera. En vano le abandonaban, pues él no se abandonaba á sí mismo. Veinte veces quedó frustrada su esperanza y defraudada su confianza; á pesar de todo persistia en alimentarse de ilusiones. Por cima de sus reveses sobresalia el sentimiento de su fuerza y la buena opinion que de ella habia formado. Por eso al volvernos á casa me decia con el aplomo que le era familiar:

—Jerónimo, cuando escribas á tu mujer, no olvides decirla que en un concurso público he obtenido la ejecucion de una figura simbólica de la república. Así verá que no he degenerado.

Y para apoyar estas palabras, su mirada era provocadora y su barba resplandecia.

CAPITULO XVII.

EL ESCRUTINIO DE LISTAS.

El asunto principal del dia eran las elecciones.

Por vez primera iba á ponerse á prueba el sufragio universal. Lo que nuestros grandes revolucionarios no se habian atrevido á intentár, ni aun en lo mas fuerte de sus sombrios esperimentos, iba á ser para nosotros el primer paso, la obra de estreno. El pueblo no delegaba ya sus poderes, sino que los ejercia de un modo directo. Nada de intermediarios entre él y sus representantes; él era quien debia elegirlos y nombrarlos. La investidura, dada y recibida de esta suerte, tenia un carácter mas sólido y mas solemne. Estableciase un vínculo mas formal entre el representante y el representado, y los poderes que de aquí resultaban formaban la espresion y la emanacion mas verdaderas de la soberania de todos.

En esta consagracion que un hombre recibe de las manos populares, se cifra un encanto secreto y un orgullo legítimo que se siente mejor que se define. Parece que millares de almas corresponden con una sola, y que esta voz no es sino un eco de otras mil. Entonces se opera una especie de identificacion entre los sentimientos del elegido y de los que le eligen, de modo que ningun dolor aislado quede sin simpatia, que ningun derecho legítimo quede sin defensa y sin apoyo. Son otros tantos eslabones de una cadena voluntaria que vá del representante al departamento, y de este á la patria. En tan vasta esfera, no hay intereses mezquinos ni servidumbres parciales, sino solo ese interés supremo que abraza el honor y la salvacion del pais; y por servidumbre, el

deber de combatir hasta el fin, y de morir, en caso necesario, bajo la bandera parlamentaria.

Ante la perspectiva de esta gloria y de estos peligros, se ofrecian muchos aspirantes para aventurarse á las eventualidades del escrutinio. En el número de aquellos se contaban algunos que estaban naturalmente designados; otros tenian que hacer mas pruebas y mayores esfuerzos. Se iba al encuentro de los obreros, especialmente en París; en provincia, algunos labradores se presentaban candidatos ó se dejaban presentar como tales. De todas estas candidaturas, la única que me interesaba vivamente era la del molinero Simon. En ella veia la obra de Malvina, y hasta cierto punto la base de nuestras futuras combinaciones. Mi mujer habia juzgado con exactitud á los hombres nacidos en este siglo de hierro, y educados bajo el dominio de los hombres de negocios. Su virtud era tan solo un simple barniz; á la primera frotacion se la habia visto desaparecer. El abuso de las influencias se practicaba ya, é importaba mucho poder disponer de un hombre que tuviese crédito suficiente para hacerse escuchar. Cuanto mas observaba yo á Malvina, tanto mas me sorprendia su penetracion. Con una simple y rápida mirada lo habia comprendido y adivinado todo, ¡y con qué prontitud habia establecido sus baterias! La naturaleza se equivocó al imponerla el usó de las faldas; habria derrotado á los diplomáticos mas hábiles, y hecho una carrera brillante en las embajadas.

Sea de esto lo que quiera, en el movimiento electoral tenia yo fija mi vista en la provincia, y me cuidaba en estremo de los incidentes de la lucha que se empeñaba. Mi mujer no me dejaba sin cartas; se esmeraba en tenerme al corriente. No se hacia lo mas mínimo en beneficio de Simon sin que me lo escribiese. Eran pequeños detalles que concurrian todos á presentar las probabilidades como muy favorables. Solo restaba ya fijar entre los distritos un escrutinio de listas que fuese comun á todos, con el fin de dirigir el esfuerzo general hácia unos mismos nombres. He aquí en qué términos me refirió Malvina este resultado:

«Querido mio:

»Triunfamos en toda la línea de los distritos; es cosa estipulada, arreglada. Cuatro temblores de tierra y dos invasiones del cólera no podrian impedir hoy que Simon fuese representante del pueblo. El negocio está hecho ó poco menos; es como un casamiento al que solo faltan las formalidades. Antes de ocho dias proveerá el señor alcalde.

»Ahora voy á referirte cómo han pasado las cosas. Tratábase de entenderse de distrito á distrito, y ya sabes lo bien avenidos que están por lo general. Basta con que uno diga blanco para que el otro diga negro, y además siempre tienen que tirarse al degüello, ya por un camino, ya por un arroyo, sin contar con que cada uno piensa que paga impuestos harto crecidos y que los demás pagan demasiado poco. Esto seguirá así mientras el mundo exista, y los que crean que se abrazarán algun dia por unanimidad, deben pertenecer á la familia de las calabazas ó la de los cohombros. En todo caso, no iré yo á alojarme en sus establecimientos: tengo la mano ligera y les daria hartos cuidados.

»Vuelvo á decir, querido mio, que era preciso ponerse de acuerdo con los demás distritos y componer lo que llaman un escrutinio de listas; esto es, que cada distrito presentase sus nombres, y que en seguida se hiciese un sorteo. Nada mejor; yo tenia mi tema preparado, como te lo indiqué. Presenté á Simon, y el nombre no promovió dificultades; solo que de los demás distritos, escribieron: «Pase Simon, iremos á su favor, pero es preciso conocerle.» Sí, queridito mio, he ahí la pretension de estas gentes. Un candidato que les daban garantido y de toda confianza, quisieron verle, exactamente como las reses que se pasean por la feria. He aquí á nuestro Simon obligado á andar de aldea en aldea, y á charlar con las autoridades. Era cosa de inquietarse, ¿pero qué se habia de hacer? Los distritos se obstinaban; querian verle. Acaso tenian empeño en cerciorarse de que no les hacian votar á un negro.

»Cuando ví esto, queridito mio, adopté muy luego mi partido. Dije para mí: Puesto que es preciso que vaya Simon, iré yo tambien. No conozco los demás distritos: es buena ocasion para visitarlos. Dicen que son muy saludables, y que aun hay en ellos curiosidades: veré todo eso. En cuanto á soltar á Simon, ¡qué si quieres! me le convertirian en ama de cria. Y luego, ¿quién sabe? ¿y si necesita consejos? es indudable que se vá formando, pero los demás distritos van á mostrarse mucho mas escrupulosos que este. ¡Y si se cortase! ¡si fuese á desagradarles! Nada, nada de eso; es preciso que Simon triunfe en todas partes, y lo vigilaré personalmente. Además, mientras estuviese lejos de aquí, tendria negros presentimientos. Soñaria con disgustos terribles y con tonterias tamañas. Me pareceria que á cada momento se rompia Simon las narices, y un representante futuro no debe deteriorarse este órgano. En resúmen, no hay que reflexionarlo mas: iré con Simon, le serviré de escolta. Es un viaje de placer, y si hay que sufrir en él algun contratiem-

po, le haré frente. Soy buen caballo de batalla, no temo al fuego.

»Dicho y hecho: embarqué á Simon en un birlocho con algunos víveres, me senté á su lado, empuñó las riendas, y nos pusimos en camino. Era exactamente como un prefecto girando una visita de inspeccion, querido mio, ó si lo prefieres, como un viajero del Sr. Tarina, el verdadero. Llevábamos una yegua que caminaba al trote corto andando tres leguas por hora, y deseo á Simon que maneje las riendas del Estado como lo hace con las de un caballo. Es buen cochero: hará un famoso representante. Sin embargo, al paso que ibamos caminado, me dediqué á formarle, á prepararle. Debo decirte, queridito mio, que una de las pretensiones que sustentan los demás distritos es la de ser mas republicanos que el nuestro, mas antiguos, mas auténticos, y de un color mas subido. He ahí un gusto singular: es cosa de decir que no debe disputarse. De todos modos, es lo cierto que no nos consideraban bastante puros para ellos. Ni teniamos su fecha, ni su ferocidad. ¡Diantre! ¿qué quieres? el distrito mejor del mundo no puede dar mas de lo que tiene: nadie es feroz á medida de su antojo y no todos tienen el gusto depravado de acomodar las gentes á su capricho.

»Era preciso salvar á Simon, salvarle á toda costa, con prudencia era cosa fácil. No rechazaban á mi candidato; un molinero les agradaba á aquellos puros de los puros. Halagaba sus gustos. Pero exigian que se pronunciase y que diese garantias. Por este lado comencé á amonestarle.—Simon, le dije, ¿cuál es el estado de sus pulmones?—Muy bueno, señora, me contestó.—¿Tiene V. su voz entera y dispone de toda la plenitud de sus facultades?—Sí señora, lo creo así.—Pues bien, amigo mio, ejercitese V. para gritar ¡Viva la República!—¡Viva la República! esclamó. Nunca he oido un timbre mas claro y puro. El órgano se hallaba en perfecto estado de servicio.—Ahora, amigo mio, añadí prosiguiendo el curso de mis recomendaciones, cuídese V. para el momento solemne; pero cuando hayamos llegado á la capital del distrito, prodigue V. sus medios, y envie al conducto de sus oidos vivas á la república que conmuevan hasta sus cerebros. El triunfo depende de eso, ¿oye V?—Sí señora.—¿Y no faltará V. Simon?—Ya lo verá V., señora.

»En efecto, no faltó. Mi Simon es un mozo que sale de las situaciones mas delicadas con un tacto y un talento de que no puedes formar idea. Logró lanzar veinte y dos veces el grito de: ¡Viva la República! y esto, sin afectacion alguna. Le seguí con la vista desde la ventana de la po-

sada en que nos apeamos; no tropezó, no dió un mal paso; conservó toda su calma, toda su dignidad. De hecho se le puede considerar como un hombre esencialmente parlamentario. Ha nacido para la representacion nacional. Consiste su método en no prodigarse, contentándose con lucir bajo el mejor aspecto sus formas atléticas y sus mejillas adornadas de bermellon. Se vé en él un corazon feliz y bueno envuelto en una cubierta florida. Es lo suficiente para captarse las voluntades.

»Por eso el primer distrito quedó muy luego subyugado. Las autoridades hablaron de darle un banquete patriótico, á veinte sueldos el cubierto, pero Simon prefirió sustraerse á tan peligrosos honores. Habia logrado buen éxito y esto era lo esencial. ¿A qué prodigar sus vivas sin fruto alguno, y arriesgarse á verles perder su brillo en los distritos vecinos? Despidióse, pues, y le acompañaron con todo el ceremonial de que era susceptible la localidad. Habia entrado en la ciudad con el título de candidato impuesto; salia escoltado por el entusiasmo que es inherente á los candidatos adoptivos.

»He ahí, queridito mio, la historia de nuestro estreno. ¡Es negocio conquistado! Bastó con que Simon se presentase para subyugarlo todo: es un vencedor completo. Yo, solo he representado el papel de apuntador y de testigo; pero te aseguro que era un espectáculo curioso. Era preciso ver á los personajes de la aldea cómo unian sus voces para dominar los vivas de Simon, y no lo lograban. ¡Cielos! ¡qué buena voz de bajo vá á hacer en el parlamento! ¡Con tal que la resista el salon! ¡Construyen tal mal los edificios hoy en dia!

»Los demás distritos no opusieron mayor resistencia á nuestra acometida. Simon les atacó valiéndose de los mismos medios, y cedieron con la misma buena voluntad. Es un hecho probado que agrada nuestro candidato á la generalidad. Tengo buena mano. Cuando llega el caso, habla, y no lo hace mal á la verdad, pues tiene imágenes propias que toma de su molino, y que producen un efecto prodigioso en el auditorio. Así, por ejemplo, le preguntaban el otro dia si creia que el gobierno deberia proceder á espurgos de funcionarios. Esta pregunta ocultaba un lazo que se le tendia, y Simon lo comprendió. Querian hacer que le fuesen hostiles los que ocupan los empleos, ó bien los que aspiran á ellos. ¿Qué hizo nuestro candidato? Salió del paso por medio de un apólogo, como se acostumbraba en la antigüedad.—Cuando dá vueltas la piedra del molino, dijo, el torno tiene tambien deberes que cumplir; que separe el salvado de la harina, es el papel que le corres-

ponde desempeñar. En cuanto al molinero, nada tiene que ver con eso. Solamente, si el torno se echa á perder, si hace mal su servicio, le cambia.—He ahí nuestro hombre, un ser ingenioso, discreto y difícil de sorprender. Con pocas lecciones mas, será capaz de enseñarnos á su vez. Esta gente del campo tiene una sutileza especial.

»Ahora, querido mio, ¿quieres que te diga francamente todos mis temores? Tengo miedo de que este muchacho se nos escape. ¿Si cuando sea representante irá á hacernos traicion? ¡Y yo, que entonces habria hecho inútilmente con él una visita de inspeccion al departamento! ¡Yo, que le habré creado, guiado y conducido al pináculo! Seria muy duro. Varias veces me ha ocurrido ya este mal pensamiento, y me arrepiento de ello. No debemos suponer el mal venidero, que bastante es ya con el que existe.

»Ayer se reunieron aquí los distritos para entenderse acerca de las listas que se han de formar. Cada uno se hallaba representado por cinco delegados. Se discutió mucho, y aun se administraron algunos empujoncillos, pero tuve la satisfaccion de ver que Simon fué aclamado inmediatamente. Todos los distritos se honran con votarle. La lucha solo tuvo efecto respecto de los demás candidatos, y no me intereso gran cosa por su triunfo. Simon está en todas las listas, y este nombre ilustre será el primero que salga de la urna del escrutinio. ¡Qué gloria para un molinero! Este recuerdo se conservará durante mucho tiempo en su familia. Entonces será cuando grite con su timbre mas retumbante: ¡Viva la República! Dice esto magníficamente. Un órgano lleno, fuerte y sostenido. Sorprende, especialmente en las notas graves.

»Al pensar en el oficio que hago aquí, Jerónimo, me dan algunas veces unas ganas de reir locas. Podria haber trastornado el departamento y haber puesto en compota al comisario; solo me faltó quererlo hacer. Dios del cielo, ¡qué títeres son estos hombres! Se me ha metido en la cabeza hacer un representante; lo mismo habria hecho un emperador. Estos mansos corderos que, dentro de algunos dias, irán á dar sus votos, no sabrán siquiera á quién se le dan ni por qué. Tomarán una papeleta, hecha ya por mano del cura, del alcalde, ó del escribano, y sin abrirla siquiera la echarán en la urna. Es una comedia, y los mas avisados son los que están entre bastidores. La comedia es la misma, solo varian los trajes.

»Adios; cuento con marchar pocos dias despues de la eleccion; te daré noticias mas ámplias. Alfredo me ha escrito: no estoy contenta de

él. Me dice con mucha formalidad, que no sabe si será mejor tener dos Cámaras ó una sola, y si la magistratura habrá de proceder de la eleccion. Añade que estos escrúpulos le detienen. Copio su carta, porque de lo contrario no lo creerias. Díme, ¿es eso todo lo que le enseñan en el colegio? En ese caso vale mas sacarle, porque nos le echan á perder. Nos le convertirán en pedante y charlatan. Si hace de esas conmigo, nos veremos las caras, porque á mí me gusta que se ande derecho. ¡Vea V. qué mozo de provecho para ir á cuidarse ahora de las Cámaras y de la magistratura! ¡Ah! si estuviese yo en París, ¡qué filípica administraria á sus profesores! Cuando se educa bien á los chicos, no incurren en esas tonterias. ¡Constituciones! ¡como si á él le importasen! ¡Amonéstale, Jerónimo!

»Tu triunfante esposa,

MALVINA.»

«P. D. Atencion, que la última palabra es siempre la mejor. Jerónimo, me han hablado de tí. Dicen que llevas en París una vida de Baltasar. ¡No lo creo; pero si llegase á creerlo!... ¡En fin, no importa! Dentro de pocos dias, te veré de cerca.»

Mientras que la provincia se agitaba en un cuadro reducido, Paris era foco de emociones mas vastas y mas formales. Las candidaturas se discutian ante el público, ante los clubs. Cubrian las paredes y corrian por las calles en forma de manifiestos. El título mas irresistible era el de obreros, y á porfia se concedoraban con él. Cuando no lo hacian de frente, recurrian á subterfugios, á disfraces. Entonces eran hijos de obrero, obreros de la víspera, obreros del dia siguiente. Los que no lo eran en manera alguna, recurrian á otra combinacion: no eran obreros, pero podrian haberlo sido. A falta de la cosa, jugaban con la palabra. Otros iban mas lejos; vestíanse la blusa, y creian pertenecer al pueblo porque usaban su traje. ¡Qué tiempo tan singular! ¡qué estrañas costumbres!

Hablan de las adulaciones dispensadas á los reyes y del veneno que encierran. El pueblo tuvo entonces aduladores cual nunca los hubo para monarca alguno, y su alma permaneció durante mucho tiempo inaccesible al veneno. Solo creyó en si mismo, y no se entregó sino de todas veras. En vano se prostituian en torno suyo en interminables adora-

ciones y en himnos exagerados, pues comprendió que estos ocultaban un lazo y aquellas un cálculo. No quiso constituirse en cómplice de una especulacion ni de una vanidad. Los cantos duraban todavia, el incienso seguia ardiendo, cuando hacia ya mucho tiempo que el ídolo rehusaba aquellos homenajes.

Las circunstancias daban nuevo alimento á aquel culto. Acercábanse las elecciones, y bajo el imperio del sufragio universal, iba el pueblo á representar en ellas un papel importante. Ser favorecido por él, era triunfar. A cualquier lado que llevase sus ciento cincuenta ó doscientos mil votos, estaba seguro de hacer inclinar la balanza. ¡Por eso, cuántos candidatos tenia á sus pies! ¡cuántas frases se pronunciaban en honor suyo! Los sultanes de Asia no tienen corte mas servil que la que rodeó entonces al pueblo; para seducirle mejor tomaban del Oriente las magnificencias del lenguaje. En él estaban toda la sabiduria y toda la virtud; unia la fuerza del leon á la prudencia de la serpiente. Su genio se parecia á esas flores silvestres que embalsaman el desierto con sus perfumes; penetraba sin ser visto; era la esencia de mil cálices oscuros. Así era todo lo demás; fácilmente se adivina hasta donde puede ir un instrumento afinado en este tono, y las fantasias brillantes que puede ejecutar. Solo el estribillo variaba poco; siempre era: ¡Héme aquí, elegidme!

¡Elegidme! ¡elegidme! este grito del alma cubria las paredes de Paris. Ochocientos candidatos esperimentaban á la vez la necesidad de ser elegidos y dirigian al pueblo esa súplica lastimera. La espresion de ella no siempre era una misma; comprendia diferentes matices. La circular se transformaba segun las necesidades; tenia el tono digno ó suplicante, trataba de ser elocuente ó profunda. Abundaban los contrastes; lo trivial al lado de lo sublime, la humilde falta gramatical junto á la antítesis desarrollada en toda su majestad. Nunca se habia elevado el género á aquella altura, ni habia suministrado tan considerable número de modelos. Yo los observaba atentamente y los coleccionaba con curioso cuidado: hay cosas que no deben perderse para la posteridad. Por interés de nuestros sobrinos, he aquí algunas muestras escogidas entre mil.

Circular de sentimiento.

«Ciudadanos:

»Elegidme. Los intereses del pueblo han sido la preocupacion de mi

vida entera. He conocido al pueblo y le he amado. Cuanto mas se le conoce, mas se le ama. ¡Qué filosofía tan profunda! ¡qué poesia tan cándida! ¡Pueblo, tienes todas las gracias, así como todas las virtudes!

»¡Elegidme!»

Circular de conspiracion.

«Ciudadanos:

»Elegidme; elegid al hombre que os habla. Tiene el derecho de hablar alto; lleva las señales de las cadenas de la monarquia; y ha conocido sus calabozos. Mientras otros pactaban con el poder y se dejaban corromper en secreto por el oro de los tiranos, él solo sabia oponer su pecho al hierro de los seides. Lo que ha sufrido por el pueblo, preguntadlo á las prisiones del Monte de San Miguel y á aquella paja húmeda que recibia su cuerpo extenuado. Entre nosotros, pueblo, se han hecho ya las pruebas, están dadas las garantias. Soy uno de los mártires de tu causa; mira mis llagas. Mientras tú sufrias, yo conspiraba. Sufres todavia, y aun conspiro. Conspiraré mientras sufras. La cárcel me conoce; es el orgullo y el consuelo de las almas aventajadas y de las existencias meditativas.

»¡Elegidme!»

Circular de patronato.

«Ciudadanos:

»Me presento á vosotros llevando con una mano al ilustre Pedro, y con la otra al ilustre Pablo. He ahí mis fianzas. Habia de irse muy lejos para encontrarlas mejores.

»El ilustre Pablo os dirá lo que piensa acerca de mí, é invito al ilustre Pedro á que haga otro tanto. Lo que no os diga el ilustre Pedro, se apresurará á decíroslo el ilustre Pablo. Ya veis que no escatimo. Un fiador á la derecha, otro fiador á la izquierda; me parece que me porto como es debido. ¡Y qué fiadores!

»Añado que en el curso de mi carrera política he tenido siempre relaciones escogidas. El ilustre José, cuya muerte deploramos, gustaba de prodigarme los apretones de mano. ¡Cuántos vasos de cerveza he apurado con el célebre Gabriel! ¡y cuántas pipas, bien ahumadas en regla, he cedido al famoso Baltasar! Os invoco todavía, soles del dia,

astros del momento, Sebastian, Miguel, Nicolás, Pancracio, y otros veinte: no me contaba yo, acaso, ¿en el número de vuestros amigos? ¿No hemos andado juntos trabajando por esos caminos en los inviernos rigorosos? ¿No hemos compartido las patatas fritas de la amistad, y vaciado el jarro de la esperanza?

»He ahí, pueblo, mis apoyos naturales, mis hermanos, mis iguales. Están en las cumbres, y quiero elevarme hasta ellos. Me llaman á sí y vuelo hácia ellos. El ilustre Pablo me desea y el ilustre Pedro me aguarda. No querrás tenerme mas tiempo alejado de mi sociedad.

»¡Elegidme!»

Circular de pureza.

«Ciudadanos:

»La vida es un espejo; basta el menor aliento para empañarla. Os entrego la mia: ¡vereis que cristal!

»¡Soy el puro de los puros, la nata y flor de los primitivos! Nombrándome ireis á lo mas selecto de la República. Otros la han renegado, yo, jamás. Siempre he vivido en su atmósfera, y cuando ha conocido la desgracia, la he alimentado con mis manos. He ahí lo que yo llamo pureza. Y hoy que se trata de pasar del pan seco á una organizacion sustanciosa, todos querrian echarle mano. ¡Atrás, glotones, atrás! Los puros solo admiten á los puros.

»Ciudadanos, si teneis el mas mínimo sentimiento de justicia, impedid que vengan algunos intrusos á comerse nuestra parte.

»¡Elegidnos, elegid á los puros de los puros!»

Circular de orígen.

«Ciudadanos:

»Soy hijo de un Constituyente y por lo tanto de la misma madera de que se hacen. Mi padre trató con intimidad á los Mirabeau y á los Lameth; bastante os significo con esto que haré falta en la asamblea si no me nombrais. Olvidaba deciros que mi autor ocupó la tribuna de un modo brillante, y no podreis negarme que esto es un título para mí.

»Permitidme que recuerde un solo hecho para ilustrar mejor vuestra eleccion. Despues del suceso de Varennes, cuando el rey fugitivo fué traido á París, mi padre, á quien unian con Barnave vínculos de

amistad, creyó observar en este constituyente una inclinacion secreta hácia la familia real. La imágen de la reina perseguia al jóven tribuno. —Mantente firme, Barnave, esclamó mi padre con un estoicismo digno de aquella alma pura. La frase se ha conservado.

»Basta esto para deciros lo que somos, lo que valemos. ¡Elegidme!»

Circular de fechas.

«Ciudadanos:

»Nací el dia 1.° de agosto de 1772. La revolucion me hizo soldado; conquisté todos mis grados en el campo de batalla. En 5 de febrero de 1793 fuí nombrado sargento de brigada en el ejército del Rhin; en 18 de marzo de 1794, fuí promovido al grado de subteniente. Era la época hermosa. Ascendí sucesivamente á teniente en 28 de agosto de 1794, á capitan en 25 de julio de 1795, á mayor en 6 de abril de 1796, á jefe de batallon en 6 de diciembre de 1797, á teniente-coronel en 27 de mayo de 1798, á coronel en 8 de junio de 1799, á general de brigada en 16 de setiembre de 1802, á general de division en 18 de octubre de 1808.

»He ahí mis servicios. ¡Elegidme!»

Circular de especialidad.

«Ciudadanos:

»Es preciso que todas las industrias se hallen representadas en la Asamblea nacional. Si faltase un solo órgano de los intereses del pais, la espresion no seria verídica ni completa.

»Soy fabricante de birimbaos; ¿quién no conoce ese instrumento inofensivo? Para sacar de él sonidos deliciosos, basta el mas mínimo arte. Es la alegria del hombre formal, la cándida orquesta de la primera edad. Y sin embargo, en el conjunto de la armonia francesa no ocupa el birimbao el rango que le pertenece. Le desconocen, le abandonan. La envidia, que ataca al mérito, no le ha perdonado. Una palabra lo esplica todo: no ha sido defendido.

»Que se unan los fabricantes de birimbaos para emanciparle; que me designen como el abogado natural de su industria. ¡Sí, que el escrutinio nos vengue de un abandono prolongado! ¡Hay tanto que decir so-

bre los encantos de ese producto fabril, sobre los brazos que emplea, sobre los trabajos accesorios que alimenta! El acero y el laton le sirven de base y no podrian separarse de él. Todo se encadena en las artes. Servir á uno, es servirlos á todos.

»Así pues, fabricantes, id al escrutinio y votad cual una sola mano hiriendo al mismo birimbao.

»¡Elegidme!»

Circular de un dios incompleto.

«Ciudadanos:

»Se han sucedido los tiempos. Un número harto reducido de hombres vive del producto neto. La ley de la produccion no se ha fijado aun. El viejo mundo y la antigua economia política se hunden. Ha concluido la época de Malthus. Es urgente adoptar un partido.

»¡Elegidme!

»Comprendereis, sin que insista en ello, que soy el órgano de un principio superior, y que traigo una revolucion á la tierra. Las tres cuartas partes de los franceses no comen pan; ocho millones de ellos, cuando mas, comen carne. La antigua economia política era la que les condenaba á eso, y Malthus tambien.

»¡Elegidme!

»Podria deciros al instante mi secreto; prefiero hacerosle aguardar indefinidamente. Estoy dispuesto á recibir vuestras adoraciones; es lo único que me permite mi dignidad. En cuanto á pronunciar la última palabra de mi secreto, imposible. Nunca se ha hecho eso. Preguntadlo á los dioses de la antigüedad. Siempre habia nubes en torno suyo. Es algo húmedo, pero se acostumbra uno á ello. Tengo mi nube: ¿seria yo dios sin ella?

»¡Elegidme!»

Circular de encadenamientos.

«Ciudadanos:

»Antes de solicitar vuestros sufragios, he querido cerciorarme de que podria contar con el concurso de diferentes gremios. Al tomarme ese cuidado asentaba mi candidatura sobre la sólida base del número.

»Así pues, escribí á los herreros, y he aquí lo que me han contestado:

»*Llevamos á V. en nuestros corazones y sobre nuestras bigornias. Cuente V. con nosotros.*

»Igual invitacion se ha hecho á los cerrageros; la contestacion ha sido perentoria:

»*De V. son nuestras limas y martillos; basta con esto para decirle que tendrá tambien nuestros votos.*

»Me faltaban los carpinteros; es un gremio poderoso, y debia interesarme su concurso. Ha contestado en los términos siguientes:

»*Nuestras garlopas y nuestros berbiquíes le son á V. adictos. Los verá V. trabajar cuando llegue el momento.*

»Tales son ciudadanos, los testimonios que he merecido; solo os resta unir los vuestros.

»¡Elegidme!»

Circular de huracan.

»Ciudadanos:

»¡Sangre y esterminio! ¡muerte y condenacion! ¡Se vende al pueblo! ¡se despoja al pueblo! Sí, pueblo, te despojan y te hacen traicion. ¡A las armas, ciudadanos! ¡obreros á las barricadas! ¡Ved las promesas y ved los hechos! Comparad. ¡Es el perjuicio, es la deslealtad erigida en sistema! Quieren medrar todavia con el sudor del pueblo; nada ha variado mas que algunos nombres. ¡Vamos á fundir balas! ¡á levantar el empedrado! Oh pueblo, pueblo, ¿qué vá á ser de tí? Tus elegidos, esos hombres de tu preferencia ¡como te engañan! ¡Sangre y esterminio! ¡muerte y condenacion!

»¡Felizmente estoy yo aquí! Me comprometo á lograr tu salvacion.

»¡Elígeme!»

Circular á lo obrero.

«Ciudadanos:

»Hijo de obrero, sobrino de obrero, primo de obrero, yerno de obrero, tio de obrero, padre de obrero, habria yo podido ser obrero tambien, si las circunstancias se hubiesen prestado á ello.

»¿Qué digo? obrero, lo soy y mas que nadie. ¿Obrero? ¡oh! ¡sí! ¡obre-

ro! ¡Es una cualidad de que me envanezco y que no cambiaria por ninguna otra! ¡Es tan hermoso ser obrero y llevar su nombre! Le revindico ese nombre. Me engalano con él, ¡me glorifico! ¡Obrero, como llena la boca esta palabra! ¡Obreros, hermanos mios, venid, venid pronto á mis brazos! Cambiemos nuestros fraternales abrazos. ¡Por las palpitaciones de mi corazon conozco que soy digno de vosotros! ¿Obrero? sí, lo soy; ¿quien me pondrá en duda esa honra?

»Soy obrero de ideas.

»Así pues, obreros, he aquí á uno de los vuestros, el mas humilde, el mas adicto; ¡que vuestros corazones respondan al suyo!

»¡Elegidme!»

En estos términos se espresaban las circulares, y se vé qué gradacion de ideas, qué variedad de tonos recorrian. Luego, en esas mismas variedades, ¡cuántos matices! La categoria de los dioses incompletos suministraba ocho ó diez, y se multiplicaba por medio de los símbolos. Habia una parte que volvia igualmente á los recuerdos imperiales: entonces era el tono y el estilo de nuestros partes mas gloriosos; el olor de la pólvora, el redoble de los tambores, el ojo y las garras del águila. Se habian atravesado los Alpes, la Europa entera se estremecia bajo nuestras plantas conquistadoras. ¡Evocaciones de un pasado casi mitológico! La circular las cogia á manos llenas, y lanzaba su prestigio á las pasiones del momento. Todo servia de bandera y de palanca. No habia fibra alguna del corazon que no se tocase, ninguna creencia, ninguna religion que no se pusiesen en juego; la circular nada omitia, nada olvidaba. Tenia notas desesperadas para las almas sensibles, notas vehementes para las impacientes; pasaba de las imágenes sombrias á las fantasias suaves, y variaba sus perspectivas con arreglo á los acontecimientos, y segun las necesidades de la candidatura.

En esta esfera de pretensiones y de esfuerzos era donde se agitaban los individuos; fuera de ellos, los partidos procuraban reconocerse y agruparse. En un terreno tan nuevo, la marcha era insegura, vacilante el paso, podian esperarse todos los errores, todas las sorpresas. No faltaron unos y otros.

CAPITULO XVIII.

LOS GRANDES DIAS.

Bajo la presion de los acontecimientos se habia verificado en el pais una alteracion súbita de posiciones. Sea el que quiera el régimen vigente, y por muy esclusivo que se le suponga, rara vez sucede que el movimiento natural de la opinion no ponga en evidencia, para combatirlos ó sostenerlos, á los hombres mas eminentes, á las inteligencias mas privilegiadas. Esta parte selecta, consagrada por la eleccion, añade entonces los beneficios y la sancion de la esperiencia. Envejecida en los negocios, se forma en ellos y los estudia. Ya sea que apruebe ó censure, lo hace con entero discernimiento. Si se equivoca, no es por falta de ilustracion.

La revolucion, con un solo rasgo de pluma pretendia escluir de los consejos del pais á aquel conjunto de fuerzas y de facultades. Preludiaba con el ostracismo. Nada aceptaba del antiguo personal legislativo: cuando mas aplazaba su uso para una época remota. Era una proscripcion en masa, un entredicho universal. No se hacia escepcion alguna, ni aun en favor de aquellos que habian dirigido el sitio contra los poderes derrocados, un sitio tan largo como el de Troya. No habia perdon, ni para el talento, ni para el carácter. Fuera de los que eran rechazados tan brutalmente debia encontrar el pais bastantes ánimos decididos, bastantes méritos verdaderos, bastantes corazones nobles, bastantes brazos capaces de soportar el peso de los negocios. Era la fábula del ramo de oro: á los tallos cortados iban á suceder otros de un metal mas puro.

Á propósito de las elecciones fué como se mostró en toda su esplendidez este sistema procedente de la ley de los sospechosos. ¡No mas antiguos! tal era el santo y seña repetido á porfía. ¡Abrid paso á las capacidades nuevas! abrid paso, especialmente, ¡á las opiniones comprobadas respecto de la fecha y del color político! Nada fuera de estas, nada que no llevase impreso su sello. Con el fin de realizar tan fraternal deseo, hubo oficinas de espurgo, y entre estas, una que acometió la empresa de dictar elecciones á la Francia entera. Tomaba las candidaturas por contrata, y en caso necesario enviaba comisionistas para ayudar su colocacion. Disponia de medios de publicidad, como periódicos, prospectos, carteles. Todo candidato revestido de su etiqueta circulaba franco de porte, y en caso necesario, el gobierno añadia á esta ventaja la autoridad de un pergamino y el prestigio de una faja. Era una industria bien montada, solo que esperimentó desgracias.

Tuve ocasion de ver de cerca aquella manufactura de candidatos, y debe hacersele la justicia de manifestar que este artículo se trataba allí en grande y con cierta facilidad. Así pues, cuando hube espresado el deseo de ver á nuestro Simon figurar en la lista general, un miembro del cenáculo me dijo:

—¡Un molinero! ¡eso no llena un pliego! ¡aceptado!

Y Simon fué sentado en los registros y recomendado á los agentes de la institucion que viajaban por todo el pais. Tenian la órden de presentarle como el primer molinero de Francia. ¡Qué honor para nuestro amigo! ¡Su nombre iba á volar de boca en boca, de aldea en aldea! ¡Ya veia yo á los molinos de viento saludarle con sus aspas, y á los tratantes en granos llenando los mercados con su nombre! Malvina habia preparado el triunfo; yo le completaba. Ella habia logrado hacer de Simon una celebridad local; yo le convertia en celebridad europea.

La casualidad me habia conducido á aquel taller de candidatos; la curiosidad me retuvo en él. La institucion no me pareció muy opulenta: solo habia una claridad sombría y misteriosa como la de un consejo veneciano. ¿Era cálculo ó insuficiencia de fondos? lo ignoro. Lo que puedo decir es que habia allí una coleccion de barbas á las que estaban prometidos grandes triunfos. Todos nombres oscuros, pero tan puros como el diamante. En su número figuraba un pasamanero de porvenir y un tintorero de grandes esperanzas. Luego una mezcla confusa de tribunos de botilleria y de escritores mas provistos de pretensiones que de botas. El conjunto era imponente, salvo el alumbrado. En los semblan-

tes podia leerse un sentimiento de legítimo orgullo. Esto se concibe fácilmente; entre veinte ó treinta amigos disponian de la suerte de Francia y distribuian á la redonda títulos de civismo perfeccionado. Espedian así, bajo su estampilla, nombres garantizados y elecciones hechas en toda conciencia.

Siempre recordaré el espectáculo lleno de interés que me ofreció aquella empresa de elecciones. Hallábanse en lo mas fuerte del trabajo. Los departamentos aumentaban con urgencia los pedidos; era preciso apresurarse á hacer las remesas. ¿Cómo, en un trabajo tan precipitado, no habia de deslizarse un poco de fraude? Este era mi temor; ví que en torno mio nadie participaba de él. La mesa contaba con su infalibilidad y con la virtud de su marca. Todo candidato fabricado por ella, entregado por ella, se convertia en el instante mismo en una mercancia que quedaba al abrigo de toda sospecha. La provincia debia recibirle con entera confianza. Por lo demás, los procedimientos de fabricacion eran en estremo sencillos. Cada departamento pasaba sucesivamente ante la vista de la mesa. Un miembro leia en alta voz cada nombre, y con tal que este fuese completamente desconocido, que nadie en el cónclave hubiese oido hablar de él, se veia consagrado por el bautismo de la adopcion.

—Admitido, decia el presidente.

—Admitido, repetia la mesa.

Así era como se dotaba á Francia con un semillero de tribunos destinados á derramar nuevo brillo sobre ella. En aquellos nidos de aguiluchos, desdeñados poco antes, no habia mas que elegir. El régimen caido los sofocaba sistemáticamente; libres á la sazon, iban á desplegar sus alas y á emprender su vuelo sobre el universo. Era gloria en gérmen: la mesa no queria ninguna otra. Queria partir de la oscuridad mas profunda para llegar á la luz mas viva. Si se presentaba un nombre conocido, célebre, de incontestable notoriedad, se arrugaban las frentes en el momento mismo. Delante de mí citaron á un hombre ilustre, cuyos títulos nadie habria osado recusar. No podia desconocerse en él un carácter intachable, unido á un talento verdadero. Sin embargo, al oir aquel nombre, solo hubo un grito y un movimiento de desden en el seno de la reunion.

—¡Un dinástico! esclamó el presidente.

—¡Un dinástico! repitió la mesa. ¡Qué horror!

Y esto fué dicho con un acento de gazmoñeria inimitable. El pasa-

manero de porvenir se indignaba, y una tormenta interna bramaba en el corazon del tintorero de grandes esperanzas.

—¡Qué horror! ¡qué horror! repetian á porfia.

El gran nombre fué apartado; espiaba una falta irremisible, la de ser conocido. Para ser puro, era preciso ser oscuro. Lo desconocido burla toda intervencion. ¿Quién sabe nada de ello? Entre aquellos modelos de pureza, ofrecidos á la eleccion del pais, quizás se encontraban algunos que habian servido á doce amos distintos, cambiado veinte veces de opinion y cometido algunos errores de conducta. La oscuridad lo encubria todo. A un hombre oscuro se le creia por su palabra. En cuanto á los hombres ilustres, solo se les veia por entre las nubes de la calumnia y de la denigracion; se les entregaba á manera de pasto á la mediania envidiosa. ¡Revancha sabrosa y muy digna de corazones tan grandes!

Así fué como se completaron aquellas listas de candidatos con que París obsequió á los departamentos; desde lejos era posible la ilusion; de cerca, no. Algunas docenas de amigos se repartieron la Francia por la noche, entre cuatro luces. Comenzaron por inscribirse á sí mismos ocho ó diez veces, á la aventura, distribuyendo sus probabilidades en el Norte y el Sur, en el Este y el Oeste, de modo que abarcasen todos los climas y todas las temperaturas. ¿Qué cosa mejor podian ofrecer? Se daban, se prodigaban; eran otras tantas garantias. Despues de ellos, llegó el turno de los suyos, primero los íntimos, luego los íntimos de los los íntimos, y finalmente el capítulo de las complacencias y de las exigencias. La mesa no resistia á los sombreros colocados sobre la oreja, ni á las barbas desaseadas; gustaba de guarecer su propia pureza detrás de las purezas mas ruidosas y feroces. Las listas se llenaban de esta suerte con jugadores de villar afamados, y con fumadores de pipa célebres. Nada faltaba en aquel surtido, ni el abogado, ni el médico, tomados en dósis hiperbólicas, ni los periodistas del grado octavo. ¡Coleccion brillante completada por una eleccion de industriales y de comerciantes de una pureza probada en el crisol de la bancarota! Era el dia de las reparaciones; debian ser completas y no descuidar cosa alguna.

Yo no tenia motivos para quejarme de aquel areópago soberano: habia admitido á Simon. Esta eleccion, la voz del pueblo habia de confirmarla cuando menos; con las demás no tuvieron tanta suerte. De aquella pacotilla de candidatos, remitida con gran ruido, el pais no

aceptó sino la flor, y despreció el resto. No faltaron pretestos; en muchos puntos la mercancia era de deshecho. De aquí á un descrédito completo no hubo sino un paso. La marca de la fábrica fué muy luego despreciada: ir revestido de ella era ya una presuncion de derrota. ¡Tan cierto es que los pueblos tienen una inclinacion marcada á desconocer á sus bienhechores y á pagarles con la mas negra ingratitud!

Además, los clubs se mezclaban en ello y reclamaban una parte en la industria de las candidaturas. Ahora bien, París contaba á la sazon ciento sesenta clubs, y todos se mostraban despiadados para con los hombres que descuidaban comparecer ante la luz de sus lámparas. Ciento sesenta apariciones y ciento sesenta discursos, ¡qué tarea, qué fatiga! ¿Hay pecho humano capaz de resistirla? Para pasear sobre aquellas olas tumultuosas, de escollo en escollo, de tormenta en tormenta, era preciso tener un grande espíritu aventurero ó un ardor inmoderado de triunfos. Sin embargo, hubo candidatos de corazon de hierro, de pulmones de bronce, que recorrieron ese itinerario espantoso. En una misma noche se les vió pasar del club de los Corta-tocino al de los Rompemontañas, y conmover la baranda de la tribuna con puñetazos dignos de ambos establecimientos. Verdad es que, para reponerse de aquel ejercicio forzado, prodigaban una hora despues, en el club de los Fraternales, los recursos de poner los ojos en blanco y de hacer ademanes amanerados. ¿Iban á hablar delante de los socialistas? llenaban las bóvedas con discursos acerca del derecho al trabajo, de la organizacion del trabajo, del minimum de salario, y de otras paparruchas que están en uso en la institucion. ¿Comparecian delante de los guardias nacionales y de la clase media? fulminaban anatemas contra la utopia y dirigian al espíritu de desórden reprimendas severas y retos solemnes. Dicen los marinos que las velas han de arreglarse al viento; los candidatos decian que la palabra habia de arreglarse al club, y se disculpaban con esta frase célebre de un pensador: ¡Era preciso!

Hacia algunos dias que observaba yo en Oscar los síntomas de una preocupacion profunda. Parecia abandonarle su petulancia ordinaria, y era presa de los tormentos de la cavilacion. Algunas veces, en las esquinas de las calles, se me escapaba para ir á proseguir, delante de los carteles de todos colores, una estacion interminable. Abismábase en sus reflexiones, y luego volvia á mi lado con el aspecto de un hombre entregado á luchas interiores. Aquella barba desconsolada ocultaba una alma en pena: era evidente. Sin embargo, me guardé muy bien de estrechar-

le. Oscar no era hombre capaz de contener por mucho tiempo lo que desbordaba de su corazon, y de un momento á otro debia yo esperar que se desahogase. En efecto, una mañana acudió precipitado, con los ojos chispeantes y con todo el aspecto de un erizo rebelado.

—Querido amigo, esclamó tirando su sombrero á la aventura y precipitándose en un sillon, esto es demasiado fuerte, ya no puedo aguantar.

—¿Qué es eso, Oscar? le pregunté; ¿qué significa ese trastorno?

Se movia incesantemente, é introducia en su cabellera una mano convulsiva.

—Es imposible resistirlo; me arrastra, Jerónimo, me arrastra. Y sin embargo, añadió con ademan solemne; el cielo me es testigo de que he luchado, ¡oh! sí, he luchado.

Al mismo tiempo sepultaba su cabeza en las profundidades de la butaca, y caia en el mayor desaliento. Por lo general no tomaba las cosas tan á pechos, y comencé á inquietarme.

—¿Qué te sucede? le dije; ¿tienes alguna pena? ¿algun disgusto?

Me tomó una mano y la acercó vivamente á su pecho.

—¡No es pena, Jerónimo, contestó, sino mas bien una preocupacion! Uno de esos grandes cuidados que señalan las vísperas de Ulm y de Jena. ¡El cuidado de la concepcion! ¡el cuidado de la victoria!

—¿No es mas que eso? dije ya mas tranquilo.

—Querido, si ya no puedo dormir ni comer. Hace ocho días que está trabajando mi imaginacion. El martes pasado me paré delante de un cartel. Era un movimiento maquinal, y nada mas; he leido mas de ciento sin peligro. ¿Quién lo habria pensado? Aquel cartel está todavia aquí, añadió dándose en la frente con un vigor alarmante, sí, aquí, aquí. Ya no puedo arrancarle.

—¡Vaya un cartel tenaz!

—Como la grama, Jerónimo, y que vá á arrojar brillo. Deja que pasen algunos dias.

—¿Y qué contenia aquel cartel?

—Una revelacion, Paturot, nada menos que eso, ¡Dios mio! una cosa bien sencilla, sin embargo, el huevo de Colon, y yo no habia pensado en ello. Figúrate que es un sastre, un modesto sastre, quien ha producido en mí ese caudal de ideas. ¿Será, acaso, un Teuton? ¡Es tan estravagante la casualidad! En fin he aquí el caso. Ese sastre hace un llamamiento á sus colegas del pespunte y de la trabilla, y les dice: Compañeros, contaos, contémonos. Hay en París veinte mil sastres, unos

que trabajan á jornal, y otros por piezas. Es un total de veinte mil votos. ¿Los dareis sin provecho para el gremio? Seria una candidez. No, sabed calcular mejor. ¡Votad á un sastre, tened un sastre, el mas digno, sin duda, el mas legislativo de todos los sastres, pero un verdadero sastre, un sastre auténtico! No se puede dejar sin representante á las sisas.

—¡Diantre! ¡vaya un sastre ingenioso!

—¿Verdad que sí, Jerónimo? Pues bien, su idea es la que ha herido mi imaginacion, y parece que ha producido el propio efecto en otros mil individuos. Los albañiles tienen un candidato, los criados un candidato, y esta mañana, todavia, adivina quien se pronuncia y aspira á los honores de una candidatura, adivina.

—¡Hay tantos gremios!

—¡Los porteros, querido, los porteros! ¡hay treinta mil en París! es decir, ¡un ejército! Tienen niños y papagayos, cuanto puede servir para propagar su nombre. Además, tienen á la capital bajo llave, y dominan por medio de los cordones de campanilla. He admirado esa idea, Jerónimo. ¡Un portero, un sastre, un albañil! y se me ha escapado un grito súbito, involuntario: ¿Por qué no un pintor?

—¡En efecto!

—¿Por qué no un pintor? me repetí á mí mismo. Un pintor, ó en otros términos, la espresion mas elevada de la naturaleza y de la sociedad. De la naturaleza por el paisaje; de la sociedad por el retrato. ¡Un pintor, el creador despues de Dios, que echa unos cuantos colores sobre una paleta, y hace que salga de ella un hombre, un sitio, un monumento! ¡Cómo! ¡el cordon de campanilla ha de tener un representante, la confeccion de calzones tambien, y el pincel no lo ha de tener, ni tampoco la brocha, ni el arte, ni el cinabrio, ni el bermellon, ni la tierra de Siena! ¡Haber un portero, y no un pintor! ¡Vergüenza y baldon!

—¡Comprendo tus dolores, Oscar!

—¿Quejarse, á qué conduce Jerónimo? ¡Compadecer al arte, que es tan altivo y tiene tantos derechos! ¡Mas vale vengarle! ¡Sí los porteros tienen su candidato tambien los pintores tendrán el suyo! ¡Héme aquí dispuesto!

—¿Tú, Oscar?

—¡Sí, querido, me inmolaré á la dignidad del arte! He vacilado durante mucho tiempo, queria delegar ese cuidado á otro; pero ha prevalecido la reflexion. Se necesitan nombres que reunan partidarios en tor-

no suyo, me he dicho á mí mismo, una cosa brillante é inspirada. Una brocha de porvenir, en una palabra. Es menester, tambien, un republicano que tenga su carácter peculiar, un antiguo, un auténtico. Es otra condicion del momento. Ahora bien, el verdadero carácter republicano, solo yo le tengo. Es cosa conocida en los talleres. En cuanto á la idea artística, es mi terreno. Soy la mas exacta representacion de la brocha moderna; no hay un solo pintor que no esté convencido de ello. He abierto los horizontes vastos y he trillado la senda en los espacios. La escuela del pasado lo sabe muy bien; me persigue con sus entredichos. Por eso soy el único que está en línea, el único posible, el único verdadero. Si sucumbo, perece el arte. Es una lucha, Jerónimo, un combate; pero por el arte, en nombre del arte, con el arte, en honor suyo, ¿qué no haria uno?

—La causa es buena.

—¡Á quién se lo dices, Jerónimo, á quién! ¡Y es buena, y segura, y sólida! No soy un niño, he echado mis cálculos. Somos quince mil pintores en París, incluyendo á los que pintan Bacos adornados con pámpanos para las muestras de las tiendas de vinos. Hay tambien los que pintan fachadas de edificios, que son de nuestro gremio, y ascienden á otros diez mil. Hay moledores de color, fabricantes de pinceles, los vendedores de lienzos, de encáustica. Estamos relacionados con los naturalistas por el cobalto, con los químicos por el barniz, con los drogueros por el aceite, con los ebanistas por el tallado de los marcos, en todo cincuenta ó sesenta mil votos en el oficio mismo, á mano, votos seguros, verdaderos Mamelucos. Tendré de ellos mas que el sufragio: tendré su aclamacion. Es forzoso.

—¿Lo crees así?

—¿Que si lo creo? estoy seguro de ello. Con gran trabajo lograré moderarlos. Á la menor palabra, destrozarian á mis enemigos. No los conoces, Jerónimo, constituyen un pueblo entusiasta.

—Corriente, lo admito.

—Entusiasta y vehemente, querido. Ya los verás trabajar. Un artista vale por diez individuos de otra especie; se multiplica, cautiva, conduce á la multitud. Tienen ademanes de efecto, palabras capaces de trastornar los votos. Luego, sus barbas, que ya olvidaba mencionar. Jerónimo, cuando veo aquellas barbas en las aguas de un candidato, ¡podrás decir que su negocio es cosa concluida! ¡Los pintores! ¡harian pasar al gran Turco! Es operacion difícil, sin embargo.

MCD 2022-L5

—¿Segun eso, has adoptado tus medidas, Oscar?

—Sí, querido, la bomba estallará en París esta noche. Las calles ván á estar cubiertas de carteles; espero que haya un movimiento. Felizmente tenemos amigos en la guardia movilizada.

—¿Tambien allí?

—Diez tenientes y nueve subtenientes, artistas que han hecho sus pruebas en la escuela de la desgracia. Han dejado la brocha por la espada; ¡están los tiempos tan malos! Pues bien, Jerónimo, esos oficiales son mios, con sus brazos y espadas; protegerán mis carteles y dispersarán los grupos. El plan es completo, arrebato las cosas.

Al pronto creí que el artista no hablaba formalmente y queria ensayar en mí el efecto de una broma de taller. En la primera salida que hice quedé desengañado. El manifiesto de Oscar se ostentaba orgullosamente en toda la estension de los *boulevards*, y merced á la originalidad de sus formas, tenia el privilegio de escitar la risa unánime de los curiosos. Sabido es á qué estremo llegaba el sentimiento de su propia valía que profesaba mi amigo el pintor. Habíase entregado á él sin reserva, y para espresarle habia encontrado las palabras mas pintorescas y pomposas. De aquí resultaron mil chanzonetas picantes, y Oscar, que seguia la pista á sus carteles, oyó algunas.

—¡Asnos albardados! esclamaba. ¡Aristócratas! ¡Necios! Se los entregaré á mis aprendices, para que los devoren.

El asunto esencial he dicho ya que era el de los clubs; era preciso presentarse en ellos y someter su candidatura. En vez de votos desparramados se recogian allí sufragios colectivos. Era además, una notoriedad, un apoyo, una fuerza; el rumor se difundia fuera y se multiplicaba por medio de ecos numerosos. Oscar no descuidó este medio de accion: produjo su barba en todos los puestos, en todas las zonas; se la vió en Montrouge y en Clichy; un dia se mostraba en el horizonte de Charenton, al dia siguiente en los confines de las Batignollas. Sceaux la conoció, y tambien Saint Denis; atravesó por Villejuif é inundó con sus reflejos á Belleville. Ningun barrio interior, ninguna sala esencial quedaron privados de su visita y de su aspecto; concurrió al *Palais-Royal* y al Conservatorio, á Valentino y á Montesquieu, á la Sorbonne y al Marais; á todos los centros activos, á todos los puntos acreditados. En menos de ocho dias fué la barba mas notoria y popular de París.

Para todos estos clubs, Oscar tenia solo un discurso, pero era de grande efecto, á toda orquesta. Le habia meditado detenidamente y

estraídole de las profundidades de su pensamiento. La primera prueba se hizo en el club de los Cabezas-de-Requin, en las cumbres de uno de nuestros arrabales. El personal de la reunion se componia de obreros y de estudiantes de edad avanzada. Eran allí muy difíciles en materia de política, y en cuanto á colores, iban hasta á los mas oscuros. De aquel club era de donde salian las mociones incendiarias destinadas á turbar al tendero de comestibles en sus funciones y al vecino pacífico en su tranquilidad. Tan luego como veian que el comercio volvia á reanimarse algun tanto y que las niñeras salian á la calle, un pasquin fulminante anunciaba á la poblacion de París que solo tenia veinte y cuatro horas de término para ponerse en estado de gracia y encomendar su alma á Dios. Por el mismo medio invitaban á los ricos á que abandonasen sus tesoros, so pena de verse quemar á fuego lento en sus palacios incendiados. Al principio, estos consejos dictados por la mas pura fraternidad produjeron cierto efecto. Las niñeras no salieron de casa, y el comercio se paralizó por completo. El club comprendió su fuerza y abusó de ella. ¡De qué no se abusa en este mundo! Se prodigó, habló invariablemente sobre el mismo tema. «¡Temblad, parisienses! ¡Millonarios, traed vuestro rescate!» Esto era faltar á las leyes de la retórica mas vulgar: nada hay mas fatal que la uniformidad. La sombría fama del club se resintió de sus efectos; fué debilitándose de dia en dia, y hasta las niñeras se acostumbraron á estas fanfarronadas.

El dia en que Oscar compareció ante aquel tribunal, aun no habia perdido lo mas mínimo de su tenebroso prestigio. Los candidatos se aventuraban en él temblando, y no siempre salian bien librados. Se planteaban cuestiones terribles; se exigian compromisos solemnes. Los mismos movimientos del club eran á propósito para intimidar á los mas audaces y para helar la palabra en los lábios. Dirigíanse mútuamente mil apóstrofes en medio de un tumulto espantoso, y los debates llegaban al estremo de conflictos personales. Oscar conocia aquellas tormentas, gustaba de ellas, las buscaba. Para él era lo imprevisto, y sabia servirse de ello como de un instrumento.

—Ya verás como los manejo, Jerónimo, me dijo en el tránsito, son feroces, pero yo sabré refrenarlos.

—¿Estás seguro de tí mismo? le pregunté.

—¡Como del universo, hijo mio! Ya juzgarás. Primero les cogeré por el estilo ligero, y despues si es preciso, pasaremos al grave. Prepárate á oir una sesion selecta; me los llevaré de calle.

Cuando nos introdujeron en el club, predominaba en la reunion una emocion violenta. Algunas palabras pronunciadas en la tribuna habian producido un cisma interior, y estaban en pugna las opiniones. La entrada de Oscar produjo una diversion feliz; rara vez sucedia que su barba no ejerciese algun dominio en los ánimos. Restablecióse el silencio, y le aprovechó el presidente para llamar al artista á la mesa.

—El candidato Oscar pide que se le escuche, dijo, acompañando estas palabras con un magnífico campanillazo.

—¡Sí, sí! ¡No, no! esclamó el club fraccionándose nuevamente.

Sin embargo la mayoria se inclinaba de un modo evidente á la afirmativa, mezclándose en ello la curiosidad. Querian saber cuanta elocuencia contendria aquella barba, y qué reflejos produciria en ella la luz de los quinqués. Sin duda alguna se hallaba el club provisto de barbas; pero ninguna tenia aquellas dimensiones colosales ni aquellos colores variables. El color de naranja agrada á las masas por razon de su misma escasez. Á esta circunstancia debió el pintor un primer triunfo: el uso de la palabra le fué concedido inmediatamente. Se acercó al estrado y lanzando al auditorio su mirada mas fascinadora, comenzó de esta suerte:

«Ciudadanos:

»Soy Oscar: conocido es mi orígen. Soy hijo de un simple sombrerero. ¿Por qué ¡ay Dios! no he de poder ofreceros de un robusto obrero la blusa y el traje?»

Este exórdio que heria el oido como un recuerdo, arrancó al club un murmullo de sorpresa y de satisfaccion.

—¡Bravo! dijo una voz.

—¡Bravo! ¡bravo! repitieron los demás.

—¡Sí, repuso el artista, la blusa del obrero, he ahí cual es hoy el traje del porvenir! Lo digo muy alto, yo que soy un pintor de porvenir, porque sé que hablo á hombres de porvenir. ¡Atrás el pasado!

—¿Y la declaracion de los derechos, ciudadano? dijo una voz; eso pertenece al pasado sin embargo. ¿La desechará V. tambien?

Era un primer síntoma de oposicion, y se manifestaba desde el principio. Á poco que hubiese vacilado Oscar, era hombre perdido. Un orador que se deja trastornar no encuentra ya piedad ni perdon en su auditorio. Procuran todos á porfia tenderle lazos y empujarle hácia el abismo entreabierto. Si, por el contrario, se apodera de la interrupcion

para aniquilar con ella al interruptor, si recoge oportunamente el guante y se le devuelve con gracia á su enemigo, toda hostilidad queda desarmada al momento, toda oposicion queda contenida. El águila ha remontado nuevamente su vuelo, se han visto sus garras. Temblaba yo por Oscar, temiendo que no tuviese réplica oportuna; ignoraba sus recursos.

—Ciudadano, contestó, nunca se ha hecho aplicacion de la declaracion; por lo tanto es una obra de porvenir. Sepamos hacer que este sea inmediato. Además, leo en su artículo VI: *No hagas á tu prójimo lo que no quieras te hagan á tí.* Ahora bien, si el orador se hallase en esta tribuna como estoy yo, es muy probable que le fastidiase en estremo, que le cortasen la palabra desde el principio de su discurso. Le aconsejo que vuelva á leer la declaracion y que arregle á ella su conducta. Ahora prosigo.

Esta réplica fué dada con tanta oportunidad, y cayó tan de lleno sobre el descontento, que el club, tan ávido de espectáculos, se procuró el de una ejecucion. El culpable fué cogido, trasmitido de mano en mano, y expulsado de la sala. Era un procedimiento familiar y que se empleaba en aquellas reuniones como una medida de policía. El triunfo de Oscar se aseguró mas aun, y resonaron aplausos frenéticos.

—¡Muy bien! ¡muy bien! decian de todas partes.

El artista tenia ya el campo libre para lo sucesivo; podia esplicarse con entera libertad. Por la zarpa habian conocido al leon. Se lanzó á las regiones del colorido y agotó en ellas su paleta.

—«Veo dos repúblicas, decia, una que nace en la estacion de las rosas, cuando todo sonrie, y otra que surge con el primer austro, cuando todo se torna sombrío. La primera es la que tuvo un culto para la Razon y una apoteósis para Mirabeau, es decir, una mano en el pensamiento y la otra en la palabra; la que hablaba de Atenas con Camilo Desmoulins, de Roma con la señora Roland, para morir con esta y burlarse con aquel; la que subyugó á Danton hasta perderle y á Barnave hasta transformarle, á este para los placeres del hogar, á aquel para las mercedes reales; aquí y allí una mujer, ese ángel de las revoluciones. La otra república es la que llevó á la plaza pública un aparato sangriento, y cortó las cabezas que no pudo convencer; aparato simbólico, la váscula y el verdugo; la váscula horizontal y el verdugo vertical; un ángulo recto cuya base es el busto del ejecutor, y la cúspide la cabeza del paciente, con uno de los lados hácia la tierra, y el otro hácia el cielo; lo finito y lo infinito, el barro y la luz, el sacrificio y la remuneracion. La primera de

estas repúblicas es la meditativa, la encantadora, la de los poetas y los amantes; la segunda es la república activa, la de los tribunos y los hombres de accion. ¿Cual de ellas preferís? Hablad, haced que os sirvan á vuestro gusto.»

Este lenguaje era singular; agradó por su novedad. Conocíase en él cierto movimiento, cierta habilidad. El antítesis cautiva siempre; es el arma de los fuertes y el capricho de la multitud. En resúmen, Oscar logró un éxito prodigioso, su modo de hablar le ayudó mucho. Al ruido de las palabras unia el prestigio del acento, y con su aplomo anonadaba á los que no habian podido comprenderle. El club de las cabezas-de-Requin le inscribió en la lista de sus candidatos, honra que ni aun los mas feroces se atrevieron á rehusarle. Fué aprobado por unanimidad. Desde entonces marcharon sus asuntos por buen camino. Su reputacion estaba formada: le citaban como á un orador original. El club de los deshuesados quiso oirlo, y luego el de los Ropavejeros. De club en club dió la vuelta á Paris y á los arrabales. Por lo demás, no se arruinaba en gastos de invencion: veinte veces le oí, y otras tantas reprodujo su exordio:

«Ciudadanos,

»Soy Oscar: conocido es mi orígen. Soy hijo de un simple sombrerero. ¿Por qué ¡ay Dios! no he de poder ofreceros de un robusto obrero la blusa y el traje?»...

Si se entregaba á las modificaciones, eran insignificantes, no pasaban de un epiteto ó de un sustantivo. Por eso su discurso, pasando de boca en boca, llegó muy pronto á tener popular notoriedad, y los miembros de los clubs, al encontrarse, gustaban de decirse á manera de saludo:

—Soy Oscar, conocido es mi orígen.

Á lo que el interlocutor contestaba:

—Soy hijo de un simple sombrerero.

Y así sucesivamente. Oscar estaba envanecido con este género de triunfos.

—Paturot, me decia, es un hecho probado. Viviré en la memoria de los pueblos.

Este paseo de club en club nos condujo á la semana decisiva. Pocos dias habian de transcurrir ya para que se pronunciase la sentencia. Yo abrigaba pocas ilusiones; en cambio, Oscar no asignaba límite alguno á

sus esperanzas. Por medio de cálculos hábiles habia logrado fijar el número de sus votos. Trescientos doce mil seguros, y veinte y cinco mil dudosos, no habria dado su candidatura por menos. Sus riquezas comenzaban á servirle de embarazo; verdaderamente era aquello demasiado. Entrábanle escrúpulos acerca de los miembros del gobierno. Temia perjudicarles y arruinar su crédito en el ánimo de los pueblos. Encontrábase siempre en él igual aplomo, realzado esta vez por la grandeza de la persecucion.

El artista, no obstante sus ilusiones, supo descender á las precauciones mas vulgares. Tratábase de formar una lista para difundirla por medio de los carteles y de los boletines. Era una preocupacion grave y un cuidado delicado. Solo se interesaba por un nombre, por el suyo; habríale presentado gustoso solo y sin satélites. Sin embargo, comprendia las probabilidades ventajosas que añade á una candidatura la circunstancia de ir rodeada de nombres gloriosos, y las fuerzas desconocidas que así conquista. En este cambio de afinidades se dá y se recibe; hay así sufragios casuales y conquistas de vecindad. Oscar no queria privarse de semejante concurso, y la única cuestion para él consistia en la eleccion. Admitir á terceras personas á compartir los honores de su lista, llevarlas sobre sus alas, abrigarlas en su seno, ¿dónde podia haber cosa mas grave? Por eso se mostró severo y escrupuloso respecto de su combinacion. La fijaba un dia para retocarla al siguiente; multiplicaba en ella las variantes, cambiaba su espíritu y sus elementos, y se hallaba colocado entre el doble temor de no obtener bastante fuerza, ó de que le sobrase en términos de aplastarle.

En el tránsito halló otra idea. Fijarse en un surtido único, era revelar la mano que le habia concebido. Muchos nombres brillantes junto al suyo, reunidos en su lista, habrian denunciado su orígen. Tal era el escollo; ¿como salvarle? Reflexionó acerca de esto, y multiplicó las combinaciones. Su nombre figuraba en todas ellas, pero con distintos acompañantes. La eleccion iba á debatirse entre dos opiniones marcadas; se mezcló en cada una de ellas y puso á su lado á sus respectivos jefes. De este modo se le veia en todas partes y con toda clase de compañias, aquí á la cabeza, allá en el centro, en otra parte lanzado como al descuido á los flancos.

—¡Pero vean VV. á ese candidato Oscar, decia la multitud, cuantas probabilidades tiene! No hay partido que no le apoye; está en todas las listas. Los puros le han adoptado, y tambien los otros. Hasta los

feroces le han reservado un puesto. Es evidente que se le arrancan unos á otros, se ha convertido en una bandera. El asunto de ese es cosa segura, y ¡sabe Dios por qué mayoria!

Acercábase el dia decisivo, y no parecia que la nacion tuviese en toda la estension de su territorio, el sentimiento, la conviccion del acto que iba á ejecutarse. Y sin embargo, ¿dónde podia haber cosa mas grave? La dictadura tocaba á su término, y el pais entraba de nuevo en posesion de sí mismo. Con solo una semana mas que transcurriese se perteneceria á sí mismo. Ya era tiempo: bastante ruinas cubrian el suelo. Agitábanse en medio de ensayos ruinosos y en creciente desolacion. ¡La sentencia por la voluntad del pueblo iba á estenderse sobre todo aquello! Suyo iba á ser el derecho de condenar ó de absolver. De aquellas urnas abiertas en todos los puntos habian de salir la palabra definitiva de la revolucion y la sancion de aquellos decretos numerosos, dados bajo el imperio de la necesidad. ¡Qué hora tan solemne! y sin embargo no se revelaba por emocion alguna esterior. Los ímpetus del pais estaban comprimidos, apagados sus ardores; la mano de la desgracia pesaba sobre él.

Solo un hombre se adelantaba á la pelea con toda su fogosidad y todas sus ilusiones: era Oscar. Llevaba erguida la frente y hollaba los adoquines con majestuosa planta. Nunca brilló la confianza en una fisonomia con señales mas evidentes. Su corazon entonaba himnos de victoria, y á cada instante parecia que iban á exhalarse de sus lábios. Por lo demás, aquella predisposicion no escluia cuidado alguno de los que eran necesarios para asegurar el triunfo. Todo lo vigilaba, en todo pensaba. Una legion entera, salida de los estudios y talleres, recorria la ciudad guiada por sus inspiraciones, y ejecutaba en ella sus últimas órdenes. Unos distribuian listas, otros defendian los carteles contra los ataques de los mal intencionados. Tenia espias en todas partes, seides por dó quiera. Al menor aviso se trasladaba personalmente á los puntos amenazados. Nunca hubo general alguno que se prodigase tanto, ni que desplegase mas recursos. Se multiplicaba por su actividad.

—Jerónimo, me decia, mira como se maneja el negocio. Casi me ruboriza mi triunfo. No se habla en todo el pais sino de mí.

—Soy Oscar, conocido es mi orígen, le dije riendo.

—¡Burlon! Pues bien, ¡sí, eso es! Consigo un esceso de popularidad. Me pondrán en los organillos que van tocando por las calles.

—¿Estás dispuesto para mañana?

—Completamente, querido, no lo dudes. Todavia se podria recurrir á ciertos medios de regular efecto, pero se los abandono á los inválidos del escrutinio. Por ejemplo, los hay que pertenecen al género de los seguros mútuos. Brisquet recomienda á Courtot, y este á aquel; de este modo se recogen veinte y cinco votos de los cuatrocientos mil. Es asunto de jugadores tímidos.

—¡Tu aspiras á hacer las cosas mas en grande!

—¡Á lo mas grande, Jerónimo! ni siquiera he mencionado en los carteles los ciento treinta y tres clubs que me honran con su confianza. ¡Para qué!

—Es verdad, ¿para qué?

—Se tienen, y eso es lo principal. Solo que en el momento crítico es preciso refrescárles los ojos y la memoria. Ya verás como me manejo.

Al dia siguiente, á los primeros albores de la madrugada, Oscar estaba de pié: un cuarto de hora despues entraba precipitadamente en mi cuarto.

—¡Arriba, Jerónimo! me dijo, hoy es el gran dia. ¡Si supieras que sueños he tenido esta noche!

—Por eso mismo, sin duda, vienes á interrumpir los mios, dije restregándome los ojos.

—¡Bah! ¡una vez, por casualidad! ya te desquitarás esta noche. Además, Jerónimo, es la hora de la lucha. Hénos aquí, ya estamos, se ha abierto el escrutinio. ¡Qué latidos dá el corazon! ¡Comienzo á comprender á Napoleon!

—¡Bah!

—Sí, querido, se vive diez veces con estas emocionos, y cuando se las ha tomado el gusto, se vuelve á caminar en busca de ellas. ¿Te has formado siquiera una idea de eso, Paturot? ¡En el momento mismo en que te estoy hablando, cuatrocientos mil hombres piensan en mi, se ocupan de mí! ¡Un verdadero ejército! ¡Ejército de puros voluntarios! Gracias, amigos mios, gracias! ¡El enternecimiento me hará empapar veinte pañuelos! ¡Me abrumais!

Mientras Oscar se entregaba á estas demostraciones sin testigos, me habia yo levantado y me ocupaba en vestirme, escapándoseme de vez en cuando algunos bostezos muy pronunciados. Una hora ó dos de sueño me habrian convenido mucho mas que aquella espedicion matinal. El artista no opinaba del mismo modo; no me daba tregua ni descanso y me iba entregando una por una todas las prendas de mi traje. Era una

verdadera mortificacion, y no habia mas remedio que el de resignarse. Íbamos á salir, cuando llamaron suavemente á la puerta.

—Adelante, dije.

Era el agente de confianza de Oscar, su discípulo favorito, su querubin. En el lenguaje del taller le habian bautizado con el apodo de Mistigris, y solo por este nombre le conocia yo. El artista no le llamaba de otro modo, ni tampoco sus compañeros. Mistigris tenia en el mas alto grado la malicia peculiar á los muchachos de su clase. Habiendo sido durante mucho tiempo blanco de frecuentes persecuciones, habia acostumbrado su imaginacion á la idea de represalias ruidosas. El destino le debia esta revancha, y la aguardaba.

—¡Bravo, hijo mio! le dijo Oscar al verle, eso si que es cumplir. ¡Levantado tan temprano!

—Si señor.

—¿Y has hecho lo que te encargué ayer?

—Nada falta, señor. Puede V. ir á verlo.

—¿El impresor, verdad?

—Si señor.

—¿El pegador de carteles?

—Tambien: corra V. á verlo.

—¿Y está todo dispuesto?

—Si señor, dispuesto y colocado. ¡Presentaun golpe de vista magnífico! Mucho pierde V. con no ir.

—¿Lo oyes, Jerónimo? ¿lo ves? ¡Son mis edecanes! No hay que temer que me abandonen despues que los llene de oro. Está bien, Mistigris, puedes marcharte.

El muchacho no aprovechaba el permiso, y permanecia de pié delante de su maestro.

—Señor, dijo insistiendo.

—¿Qué es eso? replicó Oscar, creí que te habias ido. ¿Qué mas quieres?

—¿Puedo ir á la eleccion, no es verdad? Es cosa permitida.

—Sí por cierto, hijo mio, sin duda alguna, le contestó Oscar bondadosamente.

—¡Qué bueno vá á estar, diantre! añadió el aprendiz marchándose; ¡vá á estar muy bueno!...

Este modo de marcharse me sorprendió. Mistrigris debia tener el convencimiento de la derrota que le esperaba á su maestro. En sus ojos

se veia chispear una espresion de astucia, su voz tenia mucho de burlona, y me pareció que en el momento de marcharse dirigia á Oscar uno de esos gestos irreventes que son el arma familiar y la sentencia del taller.

Salimos, y al primer aspecto de la calle quedó el corazon del artista henchido de las mas dulces emociones. Los manifiestos estaban intactos todavia; un sentimiento de curiosidad los habia preservado de todo ultraje. Apenas se veian dos ó tres cubiertos con las confidencias de otro candidato. El pintor observaba esto con satisfaccion, cuando surgió de su pecho un ruidoso grito de júbilo.

—¡Oh! ¡Dios mio! esclamó, ¡qué buen efecto hace! ¡Oh! ¡Divino! ¡divino!

—¿Qué tienes? le dije, por qué te alegras tanto?

—¡Mira, mira, Jerónimo!

—¿Adonde?

—Allí, en la pared de la derecha, en la misma esquina, querido. ¿Lo ves? ¿lo ves?

—Ahora sí.

Era un cartelon colosal en el cual se leian estas palabras:

NOMBREMOS Á OSCAR,
artista pintor.

—¡Cielos! ¡qué bien está! repitió con visible alegria.

En los puntos que recorrímos se hallaba repetido este cartel; solamente, en algunas partes, sufria ciertas variaciones, ciertas metamorfosis.

Así, por ejemplo, al acercarse á las salas destinadas á la eleccion, tomó una forma diagonal.

NOMBREMOS Á OSCAR,
artista pintor.

Mas lejos, el llamamiento era mas formal, menos vago, y se dirigia á clases especiales. He aquí lo que se leia en el cartel:

Obreros,
NOMBREMOS Á OSCAR,
el padre del pueblo.

Esta calificacion conmovió el corazon del artista arrancándole algunas lágrimas. Sin embargo, el hecho de manifestar preferencias hácia una categoria de electores no dejaba de ofrecer algun peligro. Podia temerse que la clase media se sintiese humillada y tomase las cosas de mala manera. Era una simpatia harto esclusiva. Como para responder á esta reconvencion, pocos momentos despues, un nuevo cartel mostró estas palabras escritas con caractéres monstruosos:

Guardias nacionales,
NOMBREMOS Á OSCAR,
el enemigo de los motines.

—Decididamente, dijo el pintor, conmovido hasta lo mas profundo de su barba, ese Mistigris es muchacho de singular talento. ¡Cómo se ha penetrado de mi pensamiento! ¡Con qué acierto le ha reproducido! ¡Es un muchacho de provecho! ¡un diamente en bruto! ¡Y yo que dejaba se perdiesen tan buenas facultades! Es un error, Jerónimo, y quiero repararle.

—Harás bien.

—Desde mañana le lanzo á los inmensos mares del porvenir, y establezco las bases de su fortuna.

Hablando de esta suerte llegamos á las puertas del colegio electoral. La aglomeracion de gente no era muy grande; sin embargo, junto á la misma entrada se habia formado un grupo en el cual se oian resonar las carcajadas mas francas. Un sentimiento de curiosidad nos llevó hácia aquella parte: el buen humor del grupo se hallaba escitado por un cartel que cubria la pared, y en el cual se leia:

Ciudadanos,
NOMBRAD Á OSCAR,
y tendreis:
Decretos en verde,
leyes en verde,
ministros en verde,
un presidente en verde,
¡Es su color!

Oscar quedó aterrado; aquel cartelon era para él la cabeza de Me-

dusa. No podia creer su existencia, aun viéndole y tocándole. Creia hallarse bajo el dominio de una ilusion funesta. Finalmente, cuando ya no pudo dudar su desgracia, se reveló su cólera, y blandiendo su baston en el vacio, esclamó:

—¡Bribonzuelo! Si te cogiese aquí, te romperia las costillas.

Terminaronse las elecciones. Oscar, de los cuatrocientos mil votos con que contaba, recogió tan solo quinientos ochenta y cuatro, que habian permanecido fieles á su fortuna. Era un bálsamo harto ineficaz para tan profunda herida. Pero lo que nadie pudiera haberle arrancado de la imaginacion era que sin aquel percance funesto tenia segura la victoria, y que la responsabilidad de su derrota, debia recaer por entero sobre la cabeza del odioso Mistigris.

CAPITULO XIX.

LA ASAMBLEA.

Hacia dos dias que seguia yo con muy viva impaciencia las elecciones que el telégrafo anunciaba á Paris, y no acertaba á comprender por qué el nombre de Simon no figuraba todavia en ellas. Acusaba á todos por aquel retraso, al comisario, al ministro, al gobierno; no podia creer que una eleccion tan natural no se verificase y se supiese al momento. Nadie ignora las quiméricas ideas que se forja una imaginacion preocupada; veia yo en esto una trama maquiavélica y un nuevo rigor de la mala suerte, tan encarnizada conmigo.

Para mantenerme al corriente de cuanto ocurria, no descuidaba precaucion alguna. Llamaba á todas las puertas, ya fuesen ó no oficiales, y hasta espiaba las señales de los telégrafos ópticos, aunque eran ininteligibles para mí. En la bolsa, en el café, en las redacciones de los periódicos buscaba un dato positivo; pedia nuestro Simon á cuantos noticieros me rodeaban. El digno molinero no sospechaba de seguro, que era objeto de tan viva solicitud. Verdad es, que mas allá del representante veia yo á Malvina, y que la ausencia me habia hecho mas grata la perspectiva de nuestra reunion. Así pues, los asuntos del corazon, los negocios políticos, todo concurria á mantenerme alerta y á escitar en mi alma, en el mas alto grado, las sordas inquietudes del que espera.

Un dia, despues de una de esas prolongadas escursiones sin resultado, acababa de regresar á mi casa, cuando con profunda sorpresa ví mi habitacion abierta y ocupada. Temí que fuese un abuso de confianza y entré precipitadamente. Una mujer se hallaba instalada en mi cuarto, y

tanto este como una parte del descanso de la escalera se hallaban obstruidos con cofres y diferentes bultos. Iba yo á pedir una esplicacion, cuando conocí á Malvina. Se arrojó en mis brazos, mientras que mi hijo pequeño se suspendia de los faldones de mi fraque. ¡Era mi familia, era mi casa! Tuve un momento de purísima y completa felicidad. Éranme restituidos mi mujer y mi hijo; nos hallábamos reunidos, y estrechados uno con otro; podiamos desafiar á la desgracia.

—¡Hete aquí, por fin! la dije; ¡cuánto anhelaba verte!

—¿De veras, queridito mio? ¿es eso cierto? replicó abrazándome de nuevo. Á la verdad, te encuentro mas delgado.

—¡Es tan triste vivir solo!

—Tienes razon, esposo mio, es preciso tener alguien con quien desahogarse. Tambien á mí me hacia falta, aunque no fuese mas que para sufrir mis arrebatos de cólera.

—Y luego, cuando no estás á mi lado, para nada tengo ánimo. Tú me das valor, Malvina.

—Sí, querido mio, sí; hay hombres de ese genio; que si no los pinchan se duermen. No tengas miedo, recuperaremos el tiempo perdido. ¿Á propósito, y Alfredo? ¿en qué está de su constitucion?

—Tiene mucho de tu genio, Malvina, no quiere cejar.

—Eso, allá lo veremos.

—Dice que su ministro cuenta con él y que se debe á su pátria.

—Le tendré á racion de habichuelas durante ocho dias, y estoy deseosa de ver si la pátria le librará de ese castigo. ¡Perillan!

—Haz lo que gustes.

—Como siempre, querido, ni mas ni menos. Pero ahora recuerdo, ¿cómo no me pides siquiera noticias de Simon?

—¡Es verdad!

—Ha sucedido lo mismo que te dije: es nuestro representante. ¡El representante Simon! Se me figura que suena bien: ¿y á tí?

—¡Perfectamente!

—¡Una mayoria inmensa, querido! ¡El primer número del departamento! ¡Un éxito loco, loco! Querian llevarle en triunfo, y se negó á ello.

—¡Qué buen juicio!

—¡Oh! ¡tiene mucho y muy bueno! ¡Temo, añadió mi mujer á media voz, que tenga demasiado! ¡Tanto se ha perfeccionado que comienzo á alarmarme! Progresa á ojos vistos, queridito mio. Vas á ver

que nos le cogen para convertirle en embajador. Es muy capaz de desempeñarlo el picarillo. Que vayan á sorprenderle á ese su correspondencia.

—¿Y en donde está?

—Aquí al lado: he querido tenerle á mano. Está aseándose. No querrás creer que antes de dejarnos marchar nos han abrumado con carretillas y cohetes. ¡Viva Simon! ¡Viva el representante del pueblo! Era un grito unámine. Le echaban culebrillas entre las piernas para honrarle mas. Me han chamuscado un vestido, y son homenajes sin los cuales se pasaria una gustosa. Vamos á ver, ¿y nuestro negocio aquí?

—¡Nada! ¡nada!

—No es mal modo de arreglarle. ¿Has visto al ministro, siquiera?

—¡No ha habido medio!

—Ese es Oscar. ¡Qué bien le conozco! En fin, no importa: llego á tiempo. Ahora, hijo mio, déjame que arregle un poco este cuarto. Vé á ver á Simon, el cuarto de al lado, número 14, y llámale ciudadano. Están locos con esa palabra en las provincias.

—Lo mismo sucede aquí.

—¡Oh! ¡que títeres de hombres! ¡Cómo se les maneja con la cosa mas trivial! ¿Qué dice V. de eso, Sr. Jerónimo? ¿Qué piensas, ciudadano Paturot?

—Me voy.

—Escucha, añadió mi mujer llamándome, no puede seguir vistiendo como hasta aquí, con la chaqueta gris y el sombrero de alas anchas. Haz que le surtan tus proveedores. Dispone de cinco pesos diarios; sus medios de fortuna se lo permiten. Así pues, que le surtan de ropa y de sombrero, y que sea todo bueno. ¿Me entiendes, Jerónimo?

—Sí, Malvina.

—Un molinero tiene sus preocupaciones: y tiene formas atléticas, tómale un paño fuerte. Ahora, marchate, que estoy perdiendo tiempo.

Entré en el cuarto de Simon, que se entregaba á copiosas abluciones. Á cada instante metia su rubicunda cara en una palangana llena de agua, y la sacaba chorreando como la de un Dios marino. Era siempre el mismo hombre, bondadoso y jovial. Por mas que dijese Malvina, le hallé poco desbastado: únicamente se mostraba algo mas reservado. Cuando estuvo dispuesto para salir, le propuse llevarle á casa de mi sastre y de mi sombrerero, y consintió en ello. Comprendió espontáneamente que era preciso renunciar á las singularidades del trage, y esto

era una prueba mas de su buen juicio. Por mi parte hice disponer las cosas de modo que no pareciese hallarse entorpecido en su nuevo traje.

Simon ofrecia un objeto de estudio curioso; me proponia observarle sin prevencion y juzgarle con imparcialidad. Era un elemento nuevo en la vida parlamentaria, y conceptuaba útil juzgar con exactitud el papel que representaria en ella aquel elemento, si esencial ó secundario, si humilde ó elevado. Nuestro elegido no esperimentaba entonces mas sentimiento que un embarazo natural en un hombre lanzado fuera de su esfera. Todas las sorpresas le habian llegado á la vez. Tenia que acostumbrarse al ruido y al lujo de Paris al propio tiempo que á las grandezas de su posicion. No habia cosa alguna que no fuese nueva para él, y en aquella region de las novedades, llevábale la fortuna del primer salto á la mayor elevacion posible. ¿Cómo podia librarse del vértigo en el punto mismo en que hombres acostumbrados á los honores, veteranos de la vida pública, le sufren algunas veces?

Practiqué con Simon lo que se acostumbra á hacer con un hombre friolero á quien se empuja hácia el agua. Desde el primer dia le lancé en pleno mundo parlamentario. Desde diferentes puntos acudian los representantes al Palacio de la Asamblea, designaban en él sus asientos y se hacian inscribir en la secretaria. Conduje allí á Simon y cumplí con él aquellas formalidades. Eligió su banco y dió las señas de su habitacion. En cambio, obtuvo una targeta que forzaba las consignas y le servia para darse á conocer en caso necesario. Vió la sala, probó su asiento, y abarcó con una mirada curiosa aquellos bancos desiertos y aquellas tribunas vacias. Hallábase por vez primera en el santuario de las leyes, realzado por la gravedad de la circunstancia y por la grandeza de los recuerdos. Le hice recorrer la antigua Cámara, en donde reinaban el silencio y la oscuridad. Fué un itinerario completo, una exhibicion en la mas grande escala. Simon lo vió todo, hasta el templo sospechoso abierto á las limonadas y á las horchatas.

Al entregar inmediatamente mi víctima, ignoraba yo los ataques que le preparaba. Al dia siguiente, muy de mañana, apenas acababa Simon de vestirse cuando dieron en la puerta dos golpecitos discretos. Abrió, y un personaje vestido de negro se deslizó como una sombra en la habitacion. Por su porte, por su mirada suplicante, por su voz zalamera, se conocia que le era familiar aquel género de invasiones. Aun cuando su fisonomia no le hubiese descubierto, una cartera de tafilete que llevaba debajo del brazo le habria asignado su verdadero carácter.

MCD 2022-L5

Pero nada podia saber Simon, é iba á pagar á la inesperiencia el debido tributo. En el personaje que entraba no vió, no pudo ver sino á un hombre atento y decentemente vestido que iba á visitarle; por eso contestó á sus saludos con una profunda reverencia.

—¿Es al ciudadano representante Simon á quien tengo la honra de hablar? dijo el importuno inclinándose hasta el suelo.

—El mismo, ciudadano, replicó Simon.

—El ciudadano representante no ha formado parte de las antiguas legislaturas, segun creo, añadió el interlocutor.

—De ninguna, dijo lacónicamente Simon.

—En ese caso, permítame el ciudadano representante que le esponga el objeto de mi visita. Una reunion de hombres de Estado, á que se ha agregado lo mas selecto de nuestros literatos, ha concebido el proyecto de entregar á la admiracion del universo los nombres de los novecientos representantes del pueblo. En efecto, es muy importante que ese producto de la eleccion mas ámplia que se ha verificado en tiempo alguno, sea convenientemente apreciado y no quede perdido para la posteridad. Como representante, tiene V. marcado su puesto, ciudadano, en esa obra memorable, y vengo á invitar á V. á que nos suministre los documentos necesarios á fin de que ninguno de sus títulos se omita ó se pierda. Concienzudos y benévolos, he ahí nuestra divisa. ¿Ha figurado V. ya en alguna biografía, ciudadano?

Júzguese cual seria el embarazo de Simon ante una provocacion tan directa. Á pesar suyo sintió un impulso de mal humor y replicó con viveza.

—No por cierto, ciudadano.

—Varios colegas de V. se encuentran en ese caso, ciudadano representante, repuso el orador con inalterable finura. La Asamblea se compone, sobre todo, de hombres nuevos, y á Dios gracias por eso mismo vale mas. Nada de compromisos anteriores, nada de tener que hacer olvidar un pasado; eso es inapreciable. Puesto qne nada hay impreso acerca de V., ciudadano representante, dígnese suministrarnos algunas notas, un resumen sucinto, solo fechas, lo que quiera. Tenemos redactores que se encargarán de ampliar esos datos. Si el ciudadano representante desea ver una prueba, estamos á sus órdenes.

La situacion de Simon iba haciéndose intolerable; no comprendia una sola palabra de lo que querian de él, y no habria osado confesar aquella elipse en sus nociones elementales.

—Dios mio, no merece la pena, dijo bruscamente.

La casualidad le habia servido oportunamente; habló con acierto. El biógrafo tomó una palabra tan formal por una negativa. Sin embargo, quiso hacer el último esfuerzo, y sacando de su cartera algunas entregas de las que ya se habian publicado, las puso ante la vista de su víctima.

—Mire V., ciudadano, añadió, están ejecutadas con esmero; papel de lujo, viñetas y florones; veinte francos la obra completa, es casi de valde.

—¿Por qué no lo ha dicho V. antes, ciudadano? ¿ha manifestado V. que son veinte francos? tomelos; he ahí sus veinte francos, y no hablemos mas del asunto.

Simon no era pródigo, pues los molineros no acostumbran á serlo; pero su amor propio habia sido sometido á tal tormento que, por su rescate, habria pagado el doble en caso necesario. El biógrafo estaba loco de contento, y precipitó su botin al fondo de su bolsillo.

—Representante Simon, dijo al despedirse, dejo á V. las entregas que han salido á luz; mas tarde recibirá V. las demás. En cuanto á lo que á V. se refiere, ya venceremos su modestia, ciudadano; la perseguiremos hasta en sus últimas trincheras..... Haria V. gran falta en nuestra obra, representante Simon, y los editores no lo sufririan: son amigos harto sinceros de su pais.

Al acabar de decir estas palabras, el hombre vestido de negro se dirigió hácia la puerta andando de espaldas, y prodigando desmesurados saludos á que Simon hacia todos los esfuerzos posibles para corresponder. Por fin se marchó, y el molinero se echó en un sillon lanzando un *¡Uf!* de desconsuelo. Estoy persuadido de que un dia de molino le habria cansado menos que aquella audiencia. Corríale el sudor por la frente, y se hallaba sepultado en una postracion general.

Apenas comenzaba á volver en sí, cuando oyó que se reproducia el mismo ruido, y sonó fuera un nuevo llamamiento. ¡Oh terror! ¡oh suplicio digno del infierno pagano! Acababa de salir de las manos de un ejecutor: ¿se hallaba destinado á caer el instante en manos de otro? ¿Qué significaba aquella sucesion de visitas y de importunidades? Acababa de llegar, y ya todo Paris emprendia el camino de su morada. ¿Qué sucederia cuando fuese mas conocido? Sin embargo, por una especie de instinto, no se entregó sin resistencia á esta segunda demostracion. Guardó silencio y no se movió de su sillon. ¡Ay! tenia que habérselas con una

raza que se ceba en perseguir á su presa y no pierde fácilmente la pista. Redoblaron los golpes y se hicieron cada vez mas apremiantes, mas fuertes. Fué preciso capitular y abrir de nuevo.

Era otro fraque negro, y debajo de él una cartera. Los fraques negros se sucedian, y tambien las carteras. Parecia la escena en que Moliere destaca á sus matachines en persecucion del hidalgo de Limoges. Solo que abordaban al representante Simon por distinto lado. En cuanto al objeto de la visita, nuestro pobre amigo no habia hecho sino cambiar de arte; el lazo era el mismo.

—Ciudadano; dijo el personaje nuevamente introducido; una reunion de artistas viene á poner sus lápices á los pies de la Asamblea nacional. Quiere y se propone reproducir para siempre las facciones de los salvadores de la patria, de aquellos á quienes el pueblo ha investido con su soberania. ¿Es una pretension legítima, verdad, representante Simon?

—Sin duda alguna, contestó este balbuceando.

—Sin embargo, ciudadano, ruego á V. escuche lo que sigue. Si nos hubiésemos visto precisados á ejercitar indistintamente nuestros lápices para todos los miembros de la Asamblea, yo por mi parte, no habria consentido en ello. Lo que queremos hacer es una galeria selecta, un conjunto de notabilidades. En este concepto, representante Simon, es V. uno de los primeros que estan apuntados en mi lista. Seria sensible que un nombre como el de V. permaneciese estraño á una coleccion destinada á figurar en todos los museos y en todas las iconografias. No podemos privarnos, ciudadano, de un hombre del valor de V., de su elocuencia, de su saber. Nos pertenece V. de todos modos, y á fin de que no pueda retroceder, vamos á comenzar la primera sesion.

Al mismo tiempo el artista, con un aplomo increible, sacó de su arsenal todo lo necesario para ejecutar su amenza. Simon se entregaba: ya no tenia fuerzas para defenderse. Cuanto veia le llenaba de estupor, y creia ser juguete de un sueño. Sin embargo, el artista afilaba sus lápices y preparaba el papel.

—Apenas emplearé un cuarto de hora, representante Simon. ya verá V.; su fisonomia es fácil de dibujar. A la verdad que me considero feliz con poderle copiar del natural; rara vez he tenido bajo el rayo visual un rostro tan lleno, una imágen tan bella de la salud. Que un hombre de mérito como V. esté tan bueno, es un verdadero lujo. La cabeza un poco hácia la derecha, ciudadano, para que pueda yo coger la línea de las tres cuartas partes: ciudadano, es la mejor. De frente nos

pareceriamos demasiado á un astro que el pudor me prohibe nombrar. ¡Bien! ¡bien! así, ese es el punto de vista exacto. Me prometo entregar á la admiracion de Europa una obra maestra. ¿Cuántos necesita V., ciudadano?

—Los que V. quiera, contestó Simon, que ya no sabia lo que decia.

—¿Entonces, un ciento? Y en papel de China, ¿verdad? Es mejor.

—¡De China! dijo Simon.

—Eso es, prosiguió el artista sin soltar el lápiz. La plancha, quince francos; cien hojas de papel de China, veinte y cinco francos. Por la cantidad de cuarenta francos, ciudadano Simon, podrá V. hacer que cien amigos disfruten de su retrato. Es enteramente de valde. ¡Y qué retrato! tendrá V. una obra maestra. Descuide V. que yo le trataré bien. Á aquellos á quienes no queremos, les prodigamos las narices torcidas y los ojos vizcos. Pero me conviene V. representante. Mire V. ¿será preciso decirlo? me parece V. un escelente muchacho. En fin, yo estoy contento ¿y V.?

Á este flujo de palabras, el molinero solo oponia una paciencia estóica. Se habia entregado á aquel hombre, consintió en servir de modelo, y solo aguardaba su libertad del cielo. Por fin se levantó el artista con el bosquejo, y le puso ante la vista del modelo. Simon lo encontró todo escelente, y para ahorrarse un nuevo asalto, obligó al dibujante á que se llevase su salario. ¡Qué maná para aquel infortunado, y cómo debió bendecir al cielo por su descubrimiento!

Así pues, en menos de una hora se habia desprendido Simon de sesenta francos en favor de dos aves de rapiña. Por parte de un campesino era un desprendimiento singular, una derogacion, una sorpresa. No podia esplicárselo á sí mismo, y permanecia estupefacto delante de su bolsa vacia.

Llegué á su habitacion en el momento en que acababa de salir el dibujante. Simon me refirió las dos escenas en que habia representado tan triste papel.

—¡Pero qué bonachon es V.! esclamé; debia V. haberme llamado.

—¡Llamar! es fácil decirlo, replicó el representante del pueblo; como si fuese posible desprenderse de las garras de vuestros parisienses.

Durante dos dias fué este suceso motivo de risa en toda la casa; Malvina no podia consolarse de ello.

—¡Es preciso mandarlos ahorcar! decia con un sentimiento de exasperacion. Engañar á un representante, es engañar al pueblo.

Luego, volviéndose hácia su discípulo, añadió con tono mas doctoral:

—Simon ¿por qué no me los ha enviado V.? Al menos habrian visto que sabe una defenderse, mientras que V., amigo mio, se ha dejado desplumar ¡cómo una gallina! ¡Oh! ¡sí, como una gallina! Es V. representante, Simon, pero no retiro la palabra.

—Tiene V. razon, señora: todo es culpa mia; esos hombres me han trastornado el juicio.

—Escuche V. Simon, se halla V. en edad de reflexionar. Poseyendo ya la calidad de representante del pueblo, es evidente que el cálculo ha de entrar por mucho en su conducta. ¿Qué es lo que distingue al hombre del irracional? El saber calcular, pues de lo contrario no valemos mas que un pato ó que una pintada. ¿Admite V. eso?

—Con V. señora, lo admito todo.

—He ahí una frase galante, Simon; recobra V. su presencia de ánimo, Volvamos á nuestros cálculos; son en estremo sencillos. La pátria le concede á V. veinte y cinco francos diarios ¿no es así?

—V. es quien me lo ha dicho, señora.

—Si se lo he dicho, representante, es porque debe ser así. He ahí pues, veinte y cinco francos diarios de ingreso. Veamos ahora los gastos: por ejemplo, sesenta francos hoy. De sesenta, pague V. veinte y cinco quedan treinta y cinco. Es decir, Simon, que tendrá V. un déficit de treinta y cinco francos diarios, ó de mil ochocientos francos anuales. Ahora bien: declaro á V. hijo mio, que no podrá sostener esa vida mucho tiempo, pues sus medios de fortuna no se lo permiten.

—¡Oh, señora, de seguro que no!

—Ahora bien: puedo indicar á V. el modo de ponerse para siempre al abrigo de semejantes sucesos. ¿Quiere V. la receta, Simon?

—Con mucho gusto, señora, pues soy bastante torpe.

—Se trata de cincuenta céntimos: ¿consiente V. en hacer ese sacrificio?

—¡Vaya si consiento!

—Pues bien, Simon, entonces, he aquí lo que ha de hacer. Ruega V. á algun aldeano, amigo suyo, que le elija, mediante aquel precio, un palo de cerezo, puro cerezo, ¿oye V.? lo mas robusto y nudoso que pueda hallarse, una cosa selecta. ¿Está V.?

—Sí señora.

—Cuando posea V. ese servidor, le introduce en su casa, en su cuarto, en la pieza de recibo.

—Entiendo.

—Tiene V. cuidado de colocarle en el sitio mas visible, de modo que todo el que entre fije necesariamente su atencion en él. Esta condicion es de rigor, y sobre todo, Simon, ponga V. los nudos muy á la vista.

—Cuidaré de hacerlo.

—Teniendo á ese fiel amigo á mano, su casa estará segura, ó bien su habitacion, si no tiene V. casa. Deje V. que entren: el cerezo habla por sí solo, es una madera elocuente. Pero si llegase V. á verse demasiado apurado, acostumbre á su mirada á pasearse del importuno al palo de cerezo y vice-versa. Al cabo de pocos minutos de esa pantomima muda pero espresiva, es muy difícil que no se verifique un movimiento de retirada que deje á V. libre el campo. ¡Tiene tanta virtud el cerezo! ¡Y á fé mia que no es caro! ¡cincuenta céntimos!

De este modo preparaba mi mujer paulatinamente á Simon para los grandes deberes y para las pequeñas exigencias de la vida. Le demostró que París, mas que ninguna otra ciudad del mundo, abunda en fieras que buscan siempre á alguien á quien devorar, y le aconsejó que desconfiase principalmente de las que ocultan sus garras para destrozar mejor á las personas. El representante escuchaba estos consejos lleno de confianza, y los observaba con docilidad. El tiempo completó lo que mi mujer principiara, y muy luego pudo Simon defender su bolsa contra las acometidas mejor combinadas, como, por ejemplo, los billetes de conciertos, las colonias filantrópicas y los bailes de beneficencia. Una vez llegado á esta altura, podia abandonársele á sus propios impulsos; ingresaba en la clase de los invulnerables.

Entre tanto, de todos los horizontes de Francia se veia acudir á los representantes. La Asamblea se completaba, é iba á dar principio á sus sesiones. Simon se preparaba secretamente; queria crearse desde el primer dia una posicion que no pudiese disputarle ninguno de sus colegas. Con nadie se franqueó, ni aun con Malvina. Verdad es que su proyecto pertenecia al género de esos que justifica el buen éxito, y que necesitan madurarse bien en el silencio para que brillen en medio de lo imprevisto. He aquí en qué se fundaba su combinacion.

Simon, en su viaje por nuestros distritos habia tenido ocasion de cerciorarse de hasta donde llegaba su fuerza virtual, la fuerza de que podia hacer uso en todo tiempo y lugar, sin reserva y sin temor. Con tres palabras, muy sencillas por cierto, habia obtenido uno de esos triunfos que dejan hondos recuerdos. Verdad es que puso al servicio de esas tres

palabras uno de los órganos mejor alimentados que á la naturaleza le es dado producir. No se sabia qué era lo mas admirable en aquel instrumento vocal, si su timbre ó su vibracion, su fuerza ó su suavidad. Era un bajo profundo ó un trueno, segun se queria, pero con notas incansables y sostenidas.

Tal era el instrumento que nuestro representante cuidaba en estremo para el dia de la inauguracion. Algunas pastas suculentas mantenian libre la laringe, mientras que un sistema de buenos tragos daba á los costados ese vigor sin el cual son dudosas las emisiones é incompleta la estension. No eran supérfluos tantos cuidados. Tratábase de un servicio estraordinario y de un propósito decisivo de llevar la esperiencia al último límite de las fuerzas humanas. Simon se habia propuesto colocar su órgano sobre todos los conocidos hasta el dia, ó cascar su voz en la tentativa. Así pues, ofrecia en holocausto á la patria lo mejor que tenia, la señal mas incontestable de su poder, su medio de accion en las borrascas del parlamento. Todo esto lo esponia en un solo dia en honor de las nuevas instituciones. ¡Y nada sabia Malvina! Era una abnegacion á la romana, profunda y secreta.

Llegó la solemnidad; los representantes de Francia tomaron posesion de sus dominios. Ante aquel nuevo poder, emanacion del soberano, se inclinaron los demás. La dictadura se desarmaba, las turbas de la calle enmudecieron. Hasta los mismos partidos pareció que se resignaban á una tregua de un dia. Me hallé en aquella sesion: asistí con Malvina á aquel renacimiento del derecho y de la ley. Tal grandeza tenia la situacion, que dominaba á los individuos. No podia considerarse sin cierto estremecimiento el porvenir reservado á aquella cámara soberana. El insulto bramaba ya en sus puertas, y en un horizonte sombrio, apenas era lícito percibir algunos puntos luminosos. Los mismos que caminaban con la frente erguida y la esperanza en el corazon hácia la region de sus ilusiones, no podian discernir por qué camino llegarian á ella, y buscaban inútilmente en el horizonte la ráfaga de luz que habia de servirles de guia.

La Asamblea se reunió bajo esta impresion, y por los estremecimientos que se observaban en ella, era fácil distinguir en su seno muchos elementos revolucionarios. Á aquella agitacion de los ánimos se agregaban la turbacion y la confusion del primer momento. Para muchos era una novedad una Asamblea deliberante, y no sabian en qué actitud colocarse. Cada uno se sentaba á la aventura, sin tener en cuenta

las afinidades. La casualidad llevó á Simon á las cumbres de la izquierda, y á un banco que muy luego habia de adquirir cierta nombradia. Apenas se hubo instalado, nos buscó con la vista y nos hizo un saludo majestuoso. Malvina desconocia á su discípulo; tenia el porte y la gravedad de un mandarin. Comprendia ya la distancia que separa al espectador del actor, al curioso de las tribunas de los personajes que pueblan el recinto.

La sesion de inauguracion tenia únicamente un objeto de aparato; se trataba de verse y de contarse, y luego, de manifestarse al pais y hacer alarde de poder. En tales casos cada miembro se oscurece ante la grandeza del conjunto. Todo tiene un carácter general, colectivo. Simon abrigaba este convencimiento; contaba con los efectos del conjunto, y se habia preparado un papel importante. Por eso vigilaba atentamente el movimiento de los debates, con el fin de intervenir en el momento oportuno. Su mirada inquieta revelaba los secretos de su alma; al fin se entregó. Un orador discurria en la tribuna acerca de la forma de gobierno, y lo tomaba como punto de partida, para exhalar su entusiasmo. Simon comprendió que era preciso señalarse, y reuniendo todos los medios de que podia disponer, lanzó uno de los gritos mas brillantes que han salido en tiempo alguno de un pecho humano.

—¡Viva la República! dijo.

En vano intentaria yo reproducir la impresion que produjo aquel rapto inesperado. En ninguna asamblea se habia manifestado la voz del hombre con tal acento ni con tanto volúmen. Los cristales del salon se conmovieron. El efecto fué prodigioso.

—¡Viva la República! repitió la asamblea.

¡Qué triunfo para Simon! Todas las miradas estaban fijas en él; reinaba, triunfaba. En todas las tribunas se preguntaban unos á otros quién era el elegido del pueblo dotado de un timbre tan sonoro y de una esterioridad tan rubicunda. Querian saber su nombre, conocer su orígen. Las mujeres le lanzaron miradas curiosas, ojeadas ardientes. Cualquier otro habria perdido su serenidad; él no se conmovió siquiera: se mantuvo dueño del terreno. Algunos minutos despues, se presentó, otro pretesto, y recogiéndose en un nuevo esfuerzo, esclamó:

—¡Viva la República!

Era otro tono mas poderoso que el primero, parecia una orquesta entera. El salon entero quedó sorprendido: nunca habian recibido aplicacion mas formidable las teorias del sonido. Las vibraciones llenaban

todo el recinto, y se repercutian con singular vigor. Desde aquel momento quedó clasificado Simon; la Asamblea comprendió que tenia un dueño: se le confirió el cetro vocal. La ocasion era propicia, y Simon la aprovechó; llegó á ser la nota dominante del estribillo de aquel dia.

—¡Viva la República! esclamaba á cada instante.

Y la Asamblea repetia con él:

—¡Viva la República!

La esclamacion se repitió diez y siete veces consecutivas, y otras tantas hizo Simon prevalecer su voz sobre las de sus colegas reunidos. Por parte de la Asamblea, aquellas manifestaciones eran una garantia que daba al nuevo régimen: las prodigaba para desarmar las sospechas y conjurar la desconfianza. Por parte de Simon era mas personal el sentimiento: se trataba de asegurar el predominio de su órgano vocal. Simon logró su objeto; la Asamblea estralimitó el suyo. Fuera del recinto, los partidos no vieron en este esceso de celo sino una capitulacion de conciencia y una concesion otorgada al miedo. Así pues, la Asamblea perdió su tiempo y su trabajo. En cuanto á Simon, la prueba á que fué sometido sirvió tan solo para hacer constar los recursos imponentes y variados de su órgano. No se debilitó un solo instante, y no cambió de entonacion. Siempre la misma afinacion, la misma potencia. El sonido continuó siendo lo mismo que al principio, brillante, vigoroso, maravilloso en cuanto á su volúmen y calidad. No le faltó triunfo alguno.

Sin embargo, le aguardaba una prueba postrera. Simon habia proclamado diez y siete veces la república en el recinto de las deliberaciones; ¿pero fuera y al aire libre conservaria aquel instrumento victorioso sus ventajas? Las leyes de acústica varian segun el espacio, segun los parajes. ¿Conservaria el órgano su rango al variar de escenario? Esto era lo que habia de comprobarse. Á consecuencia de la inspiracion de algunos miembros, la Asamblea acababa de decidir que se ofreceria solemnente á las miradas del pueblo, ávido de contemplarla. La exhibicion se verificaba en la escalinata del palacio legislativo. Desde allí se estendia la vista por toda la línea de los muelles y los puentes, y abarcaba las Tullerias y los Campos-Eliseos, dos enramadas frondosas y verdes, en cuyo centro se alzaba el obelisco egipcio, á manera de un gnomon solar. El sol descendia hácia el horizonte y convertia al follaje en una criba luminosa. La atmósfera estaba tibia y sereno el dia: la naturaleza parecia convidar con la tranquilidad á aquellos corazones agitados por pasiones tumultuosas.

La Asamblea se situó en los escalones del edificio, en medio de gritos diferentes, y de las ondulaciones de la multitud. Las bayonetas brillaban á lo lejos, el himno patriótico resonaba en las filas y se mezclaba con el redoble de los tambores y el toque de los clarines. Las verjas de palacio cedian bajo la presion de una multitud desordenada. Aguardábase de la Asamblea una manifestacion pública, un compromiso contraido á la faz del cielo, ante el pueblo reunido. Aquel compromiso se resumia en un solo grito que repitieron ochocientas voces:

—¡Viva la República!

La esperiencia fué decisiva para Simon; se elevó á mayor altura que nunca. Todo lo dominó: sus colegas, los tambores, los clarines, las bandas de música. Pudo oírsele desde la iglesia de la Magdalena. En lo sucesivo no tenia que temer rivalidad alguna en la escala de los sonidos humanos; solo el cañon de los Inválidos podia competir con él.

Malvina habia proporcionado á la representacion del pais la voz mas hermosa de la República.

CAPITULO XI.

LOS SECRETOS DE BASTIDORES.

La Asamblea que acababa de reunirse no era homogénea: habian concurrido á formarla elementos muy distintos. Los hombres apenas se conocian, y no era uno mismo su espíritu. De aquí resultó, al principio, mucha impotencia y vacilacion. Se observaban unos á otros, pero no se franqueaban. No habia grandes partidos que tuviesen el propósito ni la fuerza de disputarse el mando. Las opiniones se formaban en grupos, en matices, y en puntos secundarios, de meros detalles. El sentimiento que predominaba era una adhesion pasiva á los hechos consumados y el deseo sincero de hacerlos inclinarse hácia la tranquilidad y seguridad de la pátria.

Si desde el primer dia se hubiese podido arrancar á todos los corazones su secreto, á todas las inteligencias su programa, no hay duda alguna de que la Asamblea soberana habria caminado con paso firme hácia el fin propuesto, y habria ahorrado al pais muchas borrascas. Las circunstancias pesaron sobre aquellos buenos instintos y los comprimieron. Solo hubo ardor é ímpetus en los partidos cómplices de las violencias de la calle. Los demás dudaron de su ascendiente. Veian delante de sí á un poder constituido, y aunque dispuestos á aborrecerle, carecian de fuerza para destruirle. Las equivocaciones ó la mala inteligencia complicaban aquella situacion y agravaban su peligro. En el seno de tan numerosa reunion bastaba el menor incidente para frustrar los planes mas prudentes, los propósitos mas decisivos. Mezclábase en ello una desconfianza mútua, é introducia la confusion en el debate. De aquí resultaban muchos errores de conducta.

MCD 2022-L5

En dos grandes matices políticos se dividia especialmente la Asamblea; el de los parlamentarios antiguos, y el de los nuevos. No obstante los muchos esfuerzos hechos, el pais no habia querido asociarse al sistema de esclusion profesado por el gobierno. Enviaba á los consejos soberanos á muchos nombres glorificados por antiguas luchas. En vano se habia desencadenado contra ellos el espiritu de odio; el pais se resistió, y supo defenderlos contra la denigracion y las violencias. En vano deshonró la república su cuna, ejerciendo en las elecciones una influencia culpable; este crímen no aprovechó á sus autores, que no hallaron á la nacion dispuesta á sufrir el insulto de su eleccion. Ni las sorpresas del sufragio universal, ni la accion directa ejercida sobre las conciencias pudieron retraerle de sus simpatias reales, de sus verdaderas inclinaciones. No apartó los nombres ilustres, ni los que habian sufrido pruebas, y les asoció nombres nuevos, dignos de ella y de ellos.

Sin embargo, en el seno de la Asamblea no pudieron confundirse desde luego aquellos elementos. Al lado de las afinidades de opinion, hubo las de origen. Los nuevos parlamentarios afectaban ver en los antiguos á maestros altaneros, á veteranos envanecidos con sus años de servicio. Se apartaban de ellos para hacer alarde de independencia. Los antiguos, por su parte, se oscurecian lo mejor que podian, con el fin de desvanecer aquel sentimiento de envidia. En todas las cosas abandonaban á los nuevos el cuidado del debate, la responsabilidad de la votacion. Aguardaban del tiempo una fusion necesaria, un buen acuerdo de las voluntades. En medio de aquel conflicto de amor propio, todo empeoraba, todo marchaba á la aventura. El enemigo comun se aprovechaba de ello para mantenerse en el poder y arrojar al viento los últimos retazos de la fortuna de Francia.

Para los hombres á quienes la revolucion de febrero habia investido con la dictadura, era un momento decisivo. Resignábanse por sí mismos á un espurgo parcial, y uno ó dos miembros debian retirarse ante la Asamblea. El buque iba harto cargado; se arrojaba al agua una parte del cargamento, con el fin de salvar el resto. La Asamblea aceptaba el sacrificio, solo que pedia fuese completo. Solo alcanzaba al Luxemburgo, y la Asamblea queria estenderle hasta la calle de Frenelle. Entre el soberano del dia y el de la víspera, fué esta la primera discucion, el primer conflicto. La asamblea, mas unida, habria triunfado; dividida, vacilante, fué vencida.

Refiero este incidente porque produjo para nosotros mas de un des-

engaño. Hacia algunos dias que Malvina conocia que nuestro amigo Simon se le escapaba de entre las manos; ejercíase sobre él una influencia misteriosa sin que pudiésemos conjurarla ni destruirla. Tranquilo por la mañana, volvia por la noche en un estado muy próximo á la exaltacion, y nos costaba todo el trabajo del mundo atraerle á mejores sentimientos.

—Simon, le decia mi mujer, tenga V. cuidado; se conoce que vá V. adquiriendo malas compañias.

—¿Cómo puede ser eso? contestó el molinero; no salgo de la Asamblea.

—Es posible, Simon, pero sin duda frecuenta V. á los mas desharapados; es tan claro como la luz del dia.

—¡Hablar así de nuestros cólegas, de representantes del pueblo! ¡oh! ¡señora!

—No hay bochorno en eso, Simon; la casaca puede estar raida y el corazon perfecto, que eso se ha visto muchas veces. No todos los mal vestidos son peligrosos; pero eso no quita que haya entre los colegas de V. algunos poco aliñados, y que la patria haria bien en comprarles sombreros nuevos.

—¿Para qué?

—Aun cuando no fuese mas que para fomentar el comercio. Además, el buen aspecto esterior impone, Simon. Nunca se separe V. de la gente bien puesta, pues siempre se saca provecho de su compañia.

—¡Aristócratas!

—¿Cómo dice V. eso, Simon?

—Digo aristócratas, señora Paturot; bien probado está que lo son.

—¿Le oyes, Jerónimo, le oyes? esclamó mi mujer volviéndose hácia mí. ¿Quién lo habria imaginado hace quince dias? Un hombre que salia de las manos de la naturaleza, ¡un ser cándido primitivo! ¡Ya ves á qué estremo ha llegado! ¡Oh Paris! ¡qué bien te reconozco en eso! ¡Paris! ¡Paris! ¡he ahí tus golpes! ¡Una alma mas que has perdido, y de la cual serás responsable ante Dios! Decididamente, Jerónimo, hemos hecho mal en traer aquí á este muchacho; se deteriora, se echa á perder.

—¡Señora Paturot.....! dijo el representante, que se sentia herido en su dignidad.

—Sí, Simon, se echa V. á perder. Es V. un elegido del pueblo, pero tampoco esta vez puedo retirar la palabra. Se echa V. á perder, lo repito, y mucho. A mi no es posible engañarme, y le adivino, le penetro. Veamos, sea V. franco. ¿Qué significan esas puntas de cigarro que

se encuentran sobre la consola de su habitacion? ¿En dónde ha aprendido V. á fumar, representante?

—En la Asamblea.

—¡En la Asamblea! dijo mi mujer dando un salto sobre su silla; está V. loco, hijo mio.

—¿Por qué, Señora?

—¿Se fuma en la Asamblea? ¿Será esta, acaso, un fumadero? ¡Simon! ¡no piensa V. lo que dice!

—Pues lo que he dicho es cierto. Hablaba V. de puntas de cigarro: no faltan allí. El suelo está cubierto de ellas.

—¿De veras? ¿es positivo?

—Completamente cierto.

—Debí sospecharlo, dijo mi mujer haciendo un gesto espresivo. Francia pertenece á los ennegrecedores de pipas. Disponen de ella y la arreglan á su antojo. ¡Pero desgraciado! añadió cogiendo de un brazo al molinero, ¿no sabe V. que con esas costumbres nos perderá en el buen concepto del mundo?

—¿Por un poco de humo?

—¡Gracias! ¡como si no fuese suficiente! Simon, conserve V. bien en la memoria lo que voy á decirle. Conozco muy bien á Francia; sé que gusta de lo que es delicado y de buena sociedad. Siempre ha sucedido así: es la patria de los trovadores y de los caballeros. En el transcurso de los tiempos habrá podido ser algo al estilo de Pompadour, de la Regencia, pero siempre con vuelos de encage y con buen gusto. No es fácil reformarse. Si ahora es cierto que se inclina al mal género, es que está destinada á perecer. ¡La Francia de mal género! nunca me acostumbraré á esa idea. ¿Verdad, Jerónimo, que es harto cruel?

—Sí, Malvina, le contesté; y sin embargo se fuma en las puertas de la Asamblea, en las salas de audiencia, en todas partes. Nada ha exagerado Simon.

—¿Y quieren ser respetados, esclamó mi mujer, cuando no se respetan á sí mismos? ¿Y quieren que el pueblo les guarde alguna consideracion cuando hacen alarde de ser desaliñados y toscos? Simon, rompa V. pronto sus relaciones con esos viciosos: vuelva á su natural candor. Vea V. adonde conduce un mal paso: de cigarro en cigarro le conducirian al abismo. Por tésis general, hijo mio, desconfie V. de los hombres desharapados.

—Son nuestros hermanos, señora Paturot.

—Otra palabra de invencion suya. Simon, le estravia á V. el tabaco, y le veo mas ahumado de lo que yo imaginaba. ¿Quiere V. creerme? no vuelva á frecuentarlos, pues le pervertirian. Busque V. la buena sociedad: en ella es en donde el hombre se forma. Mas tarde, no digo... Si la República logra desbastar á su gente, entonces veremos.

No obstante estas conversaciones reproducidas con frecuencia, escapábasele á Malvina su discípulo, y se convertia en uno de los miembros mas asíduos del fumadero parlamentario. Tambien la habitacion en que se servian almuerzos tenia sumo atractivo para él. Simon, con los hábitos aperitivos que dá la vida campestre, soportaba mal el ayuno forzoso que producen las sesiones prolongadas. Entonces arruinaba al repostero con el consumo que hacia de caldos y de panecillos. Era un parroquiano temible, y el presupuesto alimenticio debió resentirse de su influencia. De este modo se completaba su educacion política á costa del Estado. Verdad es que nuestro amigo tenia que alimentar la mejor voz de la Asamblea, y que no la escaseaba en las grandes ocasiones. El esceso de gastos se justificaba con un esceso de servicio.

Estábanle reservadas á Simon otras acometidas. Su voto valia tanto como cualquier otro, y habia algun interés en conquistarle; por lo tanto pusieron en torno suyo un bloqueo en regla, en el cual habia de sucumbir. ¿Cómo habria podido defenderse? Hasta la hora en que la voluntad del pueblo y Malvina le hicieron representante, nada habia conocido fuera de su molino y de los cuidados relativos á él. En materia de política, nunca habia pasado de las noticias que se difunden en los mercados y plazuelas. Con tal que la harina tuviese despacho y que encontrase medio de cobrarse su trabajo, nada mas pedia á los que empuñaban las riendas del gobierno. Blancos ó tricolores, habia visto pasar á todos con el mismo desinterés, con igual sangre fria. Su instinto le decia que ningun régimen podria pasarse sin molineros, y que ya hubiese república ó monarquia, no por eso dejaria de llegar el grano á sus piedras para alimentar á hombres libres ó á seres avasallados. Este pensamiento le bastaba á su orgullo.

Hácia este hombre iba la politica á dirigir sus piezas de sitio. La capitulacion estaba prevista: debia rendirse sin combate. Es verdad que semejantes conquistas son mas fáciles que seguras, y que pasan gustosas de mano en mano. Simon engañó mas de una vez á sus vencedores en el momento en que creian haberse apoderado de él, y no les ahorró los desengaños. Habia en él dos hombres; el que ignora y el que des-

confia. Cedia en la apariencia, pero se sustraia sin escrúpulo alguno á compromisos contraidos sin conviccion. En sus votaciones entraba por mucho lo imprevisto. Una palabra, un incidente de los mas leves le decidian en el último momento, y con esa astucia que nunca abandona el aldeano, se conservaba neutral siempre que le era posible. Por lo demás, preciso es hacerle la justicia de que procuraba ilustrarse. Estaba atento á los debates, y era asíduo al trabajo de las secciones. Procuraba llenar con un esfuerzo sostenido las lagunas de una educacion incompleta. ¡Celo inútil! ¡cuidados infructuosos! Simon no se hallaba en su esfera, y tenia suficiente discernimiento para convenir en ello. Hablaban en torno suyo de cosas que no entendia, en un lenguaje que no conocia. Cada palabra que pronunciaban le suministraba una prueba mas de su incompetencia y de su insuficiencia, y con esto esperimentaba una especie de humillacion. Veíase lanzado fuera de su elemento, como aquella criatura sin cola, estraviada en los reinos submarinos, de que hablan las noches árabes.

Las primeras emboscadas que le tramaron procedieron del lado de los importantes. Con este nombre se designa, en una asamblea, á los hombres que quieren llenarla con sus actos y sus discursos. Nunca hubo plaga de Egipto mas cruel, ni que se cebase con mayor dureza. Los importantes, nada toman como los demás, y todo sirve de pretesto á su vanidad. Un escaño en el parlamento es para ellos un pedestal, en el cual se ostentan gozosos. Suyas son la tribuna, las comisiones y los periódicos. Los asuntos del pais no pasan sino despues de las preocupaciones de su orgullo. En toda cuestion no ven sino una cosa: el punto por el cual podrán brillar. ¿Pronuncian algunas palabras? quieren lograr á toda costa que el pais las recoja. ¿Dan algun paso fuera del recinto? quieren legarlo á la posteridad. Mil notas emanadas de ellos van á importunar á los órganos de la prensa. Es el eco de una comision ó de una seccion, comentado y arreglado por el héroe en persona. Nada ignorará el público de cuanto ha dicho ó ha hecho. Si no ha podido poner en juego, en beneficio de su nombre, todas las trompetas de la fama, todos los recursos de la celebridad, exhalará acerca de su dia perdido lastimeras quejas dignas de un emperador romano. Necesita incienso, homenajes. Él es quien ha imaginado las insignias, y quien se adorna con ellas á cada instante. Él es quien multiplica las demostraciones esteriores, á fin de que la muchedumbre se entere bien de sus facciones y se aficione al culto de su persona.

MCD 2022-L5

En las asambleas maduradas por el trancurso del tiempo es mucho menor la parte que se deja á estos parásitos del orgullo, pues se verifica en ellas un trabajo de clasificacion que pone en su lugar á las vanidades subalternas. Las doma la disciplina, y el desden les hace debida justicia; pero una asamblea nueva es una especie de presa entregada á los importantes. Hacen tanto ruido y levantan tal polvareda en torno suyo, que dominan forzosamente la atencion, y se concluye por admirar un poco á aquellos que tanto y con tan gran candor se admiran á sí propios. ¡La buena opinion que se tiene de sí mismo se comunica tan fácilmente á los demas y hace tan frecuentes víctimas!.. En esto estriba la fuerza de los importantes, y tal es, tambien, su cálculo. Así consiguen una especie de notoriedad que domina á unos por la admiracion y á otros por el cansancio.

Tales eran los hombres en cuyas manos habia caido nuestro pobre Simon. Esforzáronse para alistarse en su regimiento y convertirle en complemento de su partido. El molinero no supo resistir, y cada uno de ellos aumentó un nombre mas en su lista. Todos se conceptuaron dueños de él; el orgullo es poco perspicaz. De vez en cuando dirigian á su cliente una palabra afectuosa, y le admitian en el grupo de oyentes sobre los cuales se reflejaba su aureola. Simon se prestaba á estos honores, y no soltaba en cambio prenda alguna. No se hallaba deslumbrado ni subyugado; discernia aquellas pretensiones y hacia recaer sobre ellas un juicio severo. Conocia que no habia allí fuerza positiva, ni verdadera superiosidad.

Sin embargo, un dia fué mas ruda la acometida y procedió de mas arriba. Á los capitanes oscuros sucedió un general de ejército. El momento era grave, se trataba de una votacion decisiva: del escrutinio de la Asamblea iba á salir un gobierno. Todo sufragio tenia valor; era una cuestion de número. Cruzábanse eu los bancos mil influencias; estos dirigian el ataque, aquellos la defensa. Fuera de la Asamblea, los ánimos se hallaban vivamente preocupados con el resultado que pudiera obtenerse; Malvina habia concentrado en aquel punto su esfuerzo principal. Perdonábaselo todo al molinero, cubria el pasado con una amnistia sin restricciones, pero con una condicion: que votaria en aquel dia segun ella deseaba.

—Simon, le decia, ya sabe V. lo que he hecho por su triunfo, y de qué modo me he prodigado en favor suyo.

—Sí señora, contestó.

—Pues bien; solo pido á V. un favor, y es ese. Mas tarde hará V. lo que se le antoje, pues sé muy bien que los hombres gustan de caminar sin freno; pero por esta vez es preciso que navegue V. en mis aguas, francamente y sin rodeos. De lo contrario, Simon, concluirá todo entre nosotros, y romperemos de hecho. ¿Veamos, míreme V. frente á frente: ¿le conviene á V.? ¿Marchará segun deseo?

—Puesto que así lo quiere V., señora...

—Seguramente que lo quiero, Simon, y no vaya V. á descarrilarse, pues lo conoceré en seguida.

—No tema V., señora.

Esta promesa, renovada hasta diez veces, no bastaba para desvanecer las sospechas de Malvina. Temia que Simon faltase á la palabra empeñada. ¡Júzguese á qué estremo llegaria este temor, cuando supo por boca del mismo molinero que estaba convidado á comer en casa de uno de los miembros mas ilustres del gobierno! Comprendió que se le escaba su presa, é hizo un esfuerzo desesperado para recuperarla.

—No irá V. Simon, le dijo con su acento mas irresistible.

Era esponerse á un descalabro gratuito. Mas fácil seria trastornar el curso de un rio que detener á un aldeano que tiene en perspectiva una comida suculenta y saborea de antemano sus primores. Pero el molinero, sin vacilar, se manifestó en abierta rebelion.

—Iré, señora Paturot, no se incomode V. por eso.

—Entonces se prostituirá V. Sr. Simon, repuso mi mujer con énfasis. ¿No vé V. desgraciado, que quieren seducirle, sobornarle?

—¡Bah! ¡un hombre colocado en tan alta esfera!

—Razon mas, Simon; cuanto mas grande es la elevacion, tanto mayor es la corrupcion.

—¡Si viera V. señora Paturot, qué atento es, qué bueno para la gente de mediana clase! ¡Ese sí que podria ser orgulloso! Tiene un nombre de mucha celebridad. Pues bien, no lo es en manera alguna. Figúrese que me tomó del brazo, así como la cojo yo á V. y dimos juntos ocho ó diez vueltas por la sala. Como compañeros ó compadres, ni mas ni menos. Al cabo de un momento no me cortaba yo lo mas mínimo, me hallaba enteramente á mis anchas.

—¡Eso es! confiéselo, Simon: diga V. que ha hecho su trato. ¿Se ha defendido V. bien, siquiera? ¿En materia de negocios es preciso agarrarse bien. Veamos, hable V., ¿á cuanto asciende la suma?

—¡Oh! ¡señora Paturot, qué mal hecho! ¡sospechar así de la gente!

—Es que todo puede creerse, Simon; no hay medio posible de comprender á V. desde que está en París. Es V. como la culebra: se cree tenerle sujeto, y se escurre entre las manos. Sin embargo, no he escaseado mis consejos; me hago la justicia de declarar que se los he prodigado á V. ¿Cómo los ha seguido V.? de la peor manera imaginable. ¿Quiere V., Simon, que le diga todo mi pensamiento, con entera franqueza?

—Diga V., señora.

—Pues bien, comienzo á creer que V. ha sido uno de mis errores.

—Me censura V. con sumo rigor, señora.

—Y tengo razon para censurarle, caballero. Todo tiene un término en este mundo. ¡Ah! ¿con que tiene V. puesto el cubierto en la mesa del gobierno?

—¡Por una vez!

—Ya se aficionará V., Simon; cuida V. gustoso de tener en movimiento sus quijadas. Ahora, recuerde V. mi firme y postrero propósito. Van á darle cien y cien vueltas, á tomarle por todas partes. Esto es tan claro como la luz del dia. Detrás de una comida hay un escote; servicio por servicio, como suele decirse. Pues bien, si es V. bastante glotton para ceder, no me ando en chiquitas, Simon, sino que le retiro mi confianza, y en seguida se arreglará V. como pueda.

—Pero, señora Paturot.....

—Sí, Simon, repuso mi mujer con majestuoso tono, retiro á V. mi confianza y le entrego á sus remordimientos.

—Esta amenaza solemne en nada alteró la determinacion del molinero. Se habia propuesto probar las salsas del gobierno, y nada de este mundo habria podido retraerle de su intento. Tenia empeño en elevarse en la escala de las cocinas, y en cerciorarse por sí mismo de los goces que reserva la fortuna para sus favoritos. El recuerdo de los panes de centeno que habia devorado añadia un estímulo mas á aquel deseo. ¿Á qué renunciar á una revancha que se le presentaba en las mejores condiciones y lo mas naturalmente del mundo?

—La señora Paturot es una loca, pensaba interiormente; ¿se rehusa alguna vez una buena comida?

En efecto, fué la comida escelente, y selecto el vino. El hombre ilustre del gobierno hizo los honores con perfecta gracia y finura. Echó el resto con el molinero, y no temió agotar con él su arsenal de seducciones. Para Simon fué una fecha memorable. ¡Tantas honras, tantas

atenciones, y que procedian de tan alto! Regresó á su casa encantado, pero confuso y casi preocupado. Evitó mi encuentro y el de Malvina; parecia que su conciencia le dirigia secretas reconvenciones. Ya no volvió á parecer por la fonda sino raras veces; tomó la costumbre de salir temprano y retirarse muy tarde. Este manejo no podia engañar á mi mujer, pues era sobrado perspicaz.

—Jerónimo, me dijo, Simon se nos escapa.

—Así me lo temo, contesté.

—¡Echado á perder en tan pocos dias! ¡él! ¡un hijo del molino! ¿Con quién se podrá contar, cielo santo?

—¡Es muy triste! repuse.

Dos dias despues estalló la bomba. En el escrutinio decisivo votó el molinero por el hombre ilustre y con el gobierno. Aceptaba los errores de este, y tomaba su librea. Malvina estaba furiosa y gritó que era una traicion; yo, alcancé al culpable, y tan luego como llegué cerca de él, le dije:

—Simon, eres un nuevo Esaú; nos has vendido por un plato de lentejas.

CAPITULO XXII.

MINISTROS EN APRENDIZAJE.

La justicia que debe hacerse á la revolucion de febrero es la de confesar que ninguno de los ministros que llevó á los negocios podia tener preocupaciones de Estado. Se siente uno inclinado á creer que la revolucion se consagró á escogerlos fuera de las funciones especiales á que estaban destinados. De esta suerte surtió á los ministerios de comerciantes retirados y veterinarios dignos de serlo. Las ventajas de tales elecciones se revelan al instante. El error mas comun en los hombres de Estado, el que pierde á las naciones, es el de tener en todas las cosas opiniones formadas y planes fijados de antemano. Ahora bien, aquí, nada de esto habia que temer. No se veia un solo ministro que no fuese nuevo en su departamento, y que no se presentase en el estado de cera blanda, capaz de recibir todas las formas que hubiese de dársele.

En los primeros dias de aquellas investiduras, ¡cuántas escenas de interior debieron amenizar los santuarios ministeriales! ¡Qué elevada y encantadora comedia! ¡Ay Dios! nadie la exhumará. Solo la imaginacion puede restablecer sus rasgos principales y reproducir su bosquejo. Henos aquí, por ejemplo, en el despacho del ciudadano ministro de negocios estranjeros, comerciante retirado. Su mirada sorprendida recorre la superficie de una mesa de despacho en que se ven algunos espedientes. Su actitud general espresa evidente ansiedad. Con menos motivo habia razon suficiente para estar inquieto. La política de Europa descansa en aquellos espedientes; la paz del mundo está en aquellas carpetas. Es una perspectiva temible, aun para un mercader retirado. Por

eso el ciudadano ministro vacila algun tanto; adelanta y retira la mano como un hombre que teme comprometer su responsabilidad. Este movimiento alternativo se prolonga hasta el momento en que llaman á la puerta.

—Adelante, dice.

Es un jefe de seccion cargado de espedientes. Pesa sobre él una cantidad formidable de negocios atrasados; quiere descartarse de ellos y endosárselos al ministro. Este, al ver, aquel arsenal de armas desconocidas, no puede contener un estremecimiento. «¿Por qué no permanecias en la situacion de comerciante retirado?» le dice una voz interior. Sin embargo, se repone y señala un asiento al jefe de seccion. Se entabla un diálogo.

El jefe. ¿Ha decidido algo el Sr. Ministro acerca del asunto de Teheran? Tengo ahí un despacho que solo aguarda la firma.

El ministro. Teheran.

El jefe. Teheran. Hace ya cuatro meses que está en curso el negocio. Se han nombrado dos comisiones, una de ellas mista, y ha habido tres informes, de los cuales dos están unidos al espediente. Hállanse comprometidos en la cuestion intereses muy graves, y creo que ya es tiempo de resolver en favor ó en contra.

El ministro. ¿Acerca de Teheran?

El jefe. De Teheran.

En el cambio de estas palabras ha mostrado el ministro un aplomo digno de una conciencia mas tranquila. Delante de un jefe de seccion no ha querido dar á conocer que ignoraba el asunto de Teheran, y aguarda á que el curso de la conversacion le revele algo que pueda servirle de guia. Establécese un silencio que dura algunos minutos; el subordinado es quien le rompe.

El jefe. ¿Nada tiene que mandarme el Sr. Ministro acerca de este asunto?

El ministro. ¿El de Teheran?

El jefe. De Teheran. En rigor podríamos unirle el incidente de Trebisonda. Hay conexion.

El ministro. ¿Entre Trebisonda y Teheran?

El jefe. Sí señor. El incidente es mas reciente, apenas se ha estudiado. Sin embargo, si lo exige el Sr. Ministro, puedo hacer de ello un solo espediente, y entonces se adoptaria una resolucion comun. Debe examinarse.

MCD 2022-L5

El ministro. En efecto, debe examinarse. ¿Dice V. que Teheran puede ponerse en relacion con Trebisonda?

El jefe. No, Sr. Ministro, no confundamos: Trebisonda con Teheran; el incidente no puede prevalecer sobre la cuestion principal.

El ministro. Tiene V. razon: Trebisonda y Teheran, ese es el órden.

El jefe. Á la verdad, puesto que buscamos partes ligadas entre sí, tendré el honor de proponer otra al Sr. Ministro. Hace mucho tiempo que existe en Tiflis una pequeña dificultad. Es asunto muy antiguo, casi olvidado, pero en rigor podemos incluirle en esta resolucion colectiva. Se trata de un trabajo sucinto; puedo hacerle ejecutar hoy mismo, si el Sr. Ministro lo desea.

El ministro. ¿Para Tiflis?

El jefe. Tiflis y lo demás; nada separo.

El ministro. Así lo entiendo: Tiflis, Teheran y Trebisonda.

El jefe. ¡Trebisonda y Teheran! he aquí la recapitulacion: la dificultad de Tiflis, el incidente de Trebisonda, y el asunto, ¡el grave asunto de Teheran!

El ministro, *asociándose al pensamiento del subalterno.* Muy grave, en efecto. Y en cuanto á Tiflis....

El jefe. Trebisonda tiene la preferencia; hay circunstancias acerca de las cuales debe estar el Sr. Ministro especialmente ilustrado...

El ministro, *con desembarazo.* ¡Sin duda! ¡sin duda!

El jefe. Veinte correspondencias lo comprueban, y no solo nuestras, sino tambien correspondencias estranjeras. (*En tono resuelto.*) No ha lugar á vacilar un solo instante. (*En tono mas humilde.*) Á no ser que el Sr. Ministro considere el asunto bajo diferente punto de vista.

El ministro. ¡No por cierto! ¡no por cierto! Encuentro muy grave e asunto de Tiflis.

El jefe. De Trebisonda.

El ministro. Sí, de Trebisonda, tiene V. razon; y mas aun el de Teheran.

El jefe. Es el asunto capital.

El ministro. Como lo dice V. con mucha exactitud, es el asunto capital.

El jefe. Seria urgente adoptar pronto un partido; todo retraso comienza á ser fatal.

El ministro. Fatal, convengo en ello.

El jefe, *inclinándose*. Aguardo las órdenes del Sr. Ministro. ¿En qué sentido quiere resolver la cuestion?

El ministro. ¿De Trebisonda, no es cierto?

El jefe. De Teheran primero.

El ministro. Y de Tiflis, si no me equivoco.

El jefe. Tambien de Tiflis.

El ministro. Oiga V., estoy ya muy al corriente de las cosas. Sin embargo, antes de adoptar una resolucion, necesito recogerme. Hagame V. un estracto sucinto del asunto.

El jefe. ¿De los tres?

El ministro. De los tres asuntos, y enviémele V. con el portero. En todo el dia de hoy enviaré á V. mi respuesta.

El Jefe de seccion se inclina y sale del despacho; por fin puede respirar el ministro. Gotas de sudor suspendidas de sus cabellos prueban los combates interiores que acaba de sostener y el esfuerzo violento que ha hecho sobre sí mismo. Hace ya tiempo que el subalterno ha salido del despacho, y aun retumban en los oidos del ministro las palabras Teheran, Trebisonda y Tiflis.

—¡Ay Dios! esclama, ¿por qué no seré todavia un simple comerciante retirado?

Ahora varia la escena; hénos aquí en la calle Real, en la casa que tiene dos anclas en el escudo que hay sobre su puerta. Otro ministro está sentado delante de otra mesa de despacho. Hermosas marinas se ostentan en las paredes. Encima de la mesa hay dos carteras, una encarnada, y verde la otra. La mano del ministro va de la verde á la encarnada, y de esta á aquella, sin tomar un punto de apoyo. Un portero abre la audiencia é introduce á un pretendiente. El ministro le manda sentar, y se entabla la conversacion.

El pretendiente. Me dirijo al Sr. Ministro con entera confianza, para un objeto...

El ministro. Perdone V., caballero, pero sepamos ante todo á quién se dirije V.

El pretendiente. ¿Á quién, Sr. Ministro?

El ministro. Sí, ¿á quién?

El pretendiente. Bastante lo indica el paso que doy; me dirijo al Ministro sábio é ilustre que...

El ministro. ¿Á qué Ministro?

El pretendiente. Al Sr. Ministro de marina, si V. lo permite.

MCD 2022-L5

El ministro. ¿Por qué no ha hablado V. antes? no habriamos interrumpido tantas veces la conversacion. Aguarde V.

Rechaza con la mano la cartera encarnada y toma la verde á manera de baston de mando.

—Continue V. ahora, dice á su interlocutor; me hallo en estado de escucharle. Habla V. con el Ministro de marina.

El pretendiente. No lo ignoraba, y conozco toda su bondad y su justificacion. Se trata de un suministro de provisiones que ha de efectuarse en los puertos marítimos del Océano. Los agentes administrativos destinados á la recepcion suscitan una dificultad fundándose en que la mitad del suministro va destinado al ejército de tierra.

El ministro. ¿Al ejército de tierra? ¿Vá V. á hablarme del ejército de tierra? ¿Por qué no me ha avisado? Aguarde V. un momento.

Deja sobre la mesa la cartera verde y toma la encarnada; luego, volviéndose hácia el pretendiente, le dice:

—Hable V. del ejército de tierra, si le conviene; ya estoy dispuesto. Se dirije V. al Ministro de la guerra.

El pretendiente. Los guarda-almacenes promueven dificultades, una tras otra. Hay conflicto de atribuciones y evidente mala voluntad. Solo V. Sr. Ministro, puede poner término, con una palabra, á los males de que me quejo. Un comerciante honrado y que cumple fielmente no debe ser víctima de las luchas de amor propio que sostienen entre sí los empleados de la administracion. No es justo que por motivos tan insignificantes padezcan detrimento sus intereses. Esa justicia que no puedo obtener de los subordinados de V., la obtendré de V. mismo; la conseguiré, estoy plena y completamente convencido de ello. Me dirijo al Ministro sábio é ilustre, á una de nuestras glorias, á uno de nuestros grandes hombres. Una palabra, una sola palabra, y al instante se resolverá todo. Los suministros serán recibidos á un mismo tiempo por el ejército de tierra y por el de mar...

El ministro, *interrumpiéndole*. ¿Cómo dice V.?

El pretendiente. El ejército de tierra y el de mar.

El ministro. El problema se complica, pero no carece de solucion. Aguarde V.

Coge la cartera encarnada en la mano derecha, la verde con la izquierda, y dice á su interlocutor:

—Continue V.; puedo oirlo todo. Habla V. al Ministro de marina y al de la guerra. Adelante.

Así concluye la audiencia; el pretendiente tiene el campo libre; pasa de una arma á otra sin inconveniente, y suplica á las dos carteras que se pongan de acuerdo para sacarle de apuros.

Pasemos á la calle de Santo Domingo. Igual edificio, igual local. El personaje varia de nuevo: es un veterinario en vez de un comerciante retirado. Hay la mesa de despacho y los espedientes, los terribles espedientes. El veterinario no puede acostumbrarse á aquel espectáculo.

—¡Que me restituyan á mis bestias! ¡que me restituyan á mis bestias! esclama á cada instante.

Cuando por casualidad entreabre uno de los numerosos documentos que le rodean, descubre figuras bastante parecidas á esta:

$$ab+xy+cd=d.$$

Son otros tantos espectros que le aterran, y se pregunta á sí mismo qué le quieren aquellos signos tomados de los libros cabalísticos. En vano seria que intentase defenderse de ellos, pues le persiguen obstinadamente. Todas las nociones de las ciencias exactas, desde la aritmética hasta el cálculo diferencial, le asedian bajo mil formas distintas. Vive en medio de los polígonos y de las ecuaciones, de las superficies y los volúmenes de los cuerpos, de las áreas planas y de los ángulos. Los comunes divisores y las eliminaciones no le dán tregua ni descanso. Le aniquilan los triángulos esféricos, vá de la hipérbole á la elipse, de las secciones cónicas á la parábola, de las proyecciones á la perspectiva. ¡Feliz él si los desarrollos por séries y los cálculos integrales no van á sentarse á su cabecera y á producirle insomnios infinitesimales!

Así, pues, el edificio de la calle de Santo Domingo encerraba en su seno al ministro mas infortunado y desorientado. ¡Cuánto mejor hubiera querido hollar con sus plantas el citiso, y correr, con lanceta en mano, en persecucion de sus clientes! ¡Cuánto habria preferido al entretenimiento de los guarismos, las sonrisas del sol y las caricias de la brisa! Esa lengua de los números era muda para él; no comprendia su grandeza ni sus misterios. En las oficinas todos tenian la clave; solo él la ignoraba. Sin embargo, era el jefe; y todos debian marchar con arreglo á sus órdenes.

Dan las once, el ministro acaba de ser instalado; se sienta delante de su mesa de despacho, y recorre con mirada distraida las comunicaciones que le han puesto á la firma. Con el fin de mantener tranquila su conciencia, se abstiene de leerlas: ¿para qué habia de enterarse de ellas? Solo veria las cosas que ignora y que necesita aprender. ¿Es

este el momento oportuno? ¿Podría hacerlo? En este torbellino que arrastra al pais, ¿en dónde podria encontrar horas tranquilas para el estudio? Brama la tormenta y la política estira los resortes del pais hasta el estremo de romperlos. El ministro se halla absorto en estos pensamientos, y se abandona á ellos melancólicamente, cuando se abre la puerta del despacho para facilitar el paso á una visita. Es el ingeniero general de un departamento lejano que acude á tributar el debido homenage á su jefe y á esponerle, en interés del servicio, algunas reclamaciones legítimas. La conversacion comienza por las acostumbradas frases de atencion, y continúa de este modo.

El ingeniero. En nuestra provincia hay muchos brazos desocupados, señor Ministro; seria prudente emplearlos.

El Ministro. No puede haber cosa mejor, señor Ingeniero. Propóngame V. algo, que estoy pronto á aceptarlo.

El ingeniero. Solo pediré, señor Ministro, lo que es racional y justo. Nos despojan en beneficio de Paris; deseo únicamente que nos restituyan las dotaciones que nos habian asegurado los antiguos presupuestos. ¿No es modesta, acaso, esa pretension?

El Ministro. ¡Muy modesta! Accedo á ella, accedo al momento, señor Ingeniero. Haga V. dar las órdenes para que los trabajos vuelvan á seguir su curso. Me felicito en estremo por hacer algo en favor de un departamento tan interesante como el de V.; me felicito mucho. Dícese que reinan en él buenos sentimientos y que es muy adicto á la República. Razon mas para darle una satisfaccion. Conságrese V. de nuevo á sus tareas; el trabajo es á la sociedad lo que el aparato respiratorio al cuerpo. En el movimiento alternativo del pulmon es donde el hombre encuentra la vida; en la válvula del trabajo es donde la sociedad encuentra sus garantias de reposo. Si el pulmon se entorpece, si se inflama la pleura, si se obstruyen los bronquios, en el momento mismo quedan heridas las funciones vitales en su parte mas importante. Lo propio acontece al trabajo; que se paren los brazos, que se prolonge la inaccion, y la sociedad se hallará amenazada en sus cimientos. Trabajo, trabajo, hé ahi la clave del órden: trabajo á fin de que se establezca la circulacion en toda su plenitud, en toda su intensidad. Es mi sistema; sepa V. aplicarle.

El ingeniero, *sonriendo*. Muy bien, señor Ministro. Daré cuenta á mi departamento de las bondadosas intenciones de V. y no dejará de corresponderle con su gratitud. Tan luego como llegue haré que se dé principio nuevamente á los trabajos, solo que tendrá V. que triunfar

de las negativas de su colega de Hacienda, que de dos meses á esta parte me ha cerrado del modo mas rigoroso toda comunicacion con el Tesoro. Promover trabajos sin dinero es un problema que no me encargo de resolver.

El Ministro. ¿De veras? ¿mi colega ha hecho á V. esa mala pasada? ¡Es una mala inteligencia! El trabajo es la vida del pais; es la sangre de sus arterias. Suspender su movimiento es querer un síncope, una congestion cerebral. Hay en eso un principio de fisiologia. Mi colega no habrá pensado en ello.

El ingeniero. Parece que el estado de las cajas es lo que ha motivado. Se trata de sumas considerables.

Ministro. ¿De veras?

El Ingeniero. Sí, señor Ministro, tenemos trabajos de dos clases: los que se rigen por la ley de 1841...

El Ministro. ¡La ley de 1841! Será bueno conocer eso. ¿Y los otros?

El Ingeniero. Regidos por la ley de 1842.

El Ministro. ¡Muy bien! La ley de 1841 y la de 1842. Ahora estoy enterado.

El Ingeniero. Los trabajos de la segunda categoría son mucho mas importantes. Se trata de ciento cincuenta millones.

El Ministro. ¡Ciento cincuenta millones! Dice V. muy bien que es una cantidad considerable. ¿La ley de 1842, no es verdad?

El Ingeniero. Sí, señor Ministro, y de ese crédito habremos de tomar el contingente necesario para dar de nuevo alguna actividad á nuestros trabajos.

El Ministro. La ley de 1842, comprendo eso desde luego. ¡Pues bien, active V., active V. los trabajos!

El Ingeniero. ¡Pero, si el ministro de Hacienda se niega á facilitar los fondos!

El Ministro. Hace mal, muy mal. El trabajo es al pais lo que la circulacion de la sangre al cuerpo humano, no salgo de ahí. Hace un momento veía en ello una cuestion de fisiologia; ahora veo, ademas, una cuestion de terapéutica. Haga V. que un miembro cualquiera cese en sus funciones; ¿no ha de padecer entonces la organizacion entera? ¿Cómo no lo ha pensado mi colega de Hacienda? ¡Es verdaderamente increible! Le hablaré de ello.

El Ingeniero. Ha lugar á invocar los derechos adquiridos.

MCD 2022-L5

El Ministro. ¿La ley de 1842? he ahí una fecha que no olvidaré. Es un tópico: le aplicaremos.

La leccion ha concluido; el ingeniero se levanta. La educacion del ministro ha dado de esta suerte un paso decisivo; sabe que existen dos leyes que son el código de las obras públicas. Ha descubierto, además, en la circulacion de la sangre una analogia que Harvey no habia sospechado. Satisfecho el hombre de Estado, vuelve á sentarse; con el auxilio de los directores y de los jefes, completará esta iniciativa comenzada bajo tan buenos auspicios.

Desde la calle de Santo Domingo á la de Frenelle hay poca distancia; atravesémosla con el pensamiento. Hay otro edificio en que se ven un despacho y un ministro sentado en su poltrona. No está solo: rodéale un enjambre de gente. ¡Qué aspecto tan gozoso! ¡qué rostros tan radiantes! Vengan esas manos, amigos mios, os conozco. Sois los festivos compañeros de la calle Monsigny, y los sacerdotes de ese culto que tuvo su orígen en medio de las fiestas. Entonces soñábais con el mando; hoy le teneis en vuestro poder. Al ver como haceis uso de él, cualquiera creeria que os estorba. De esas creencias, tan vivas en otro tiempo, ¿qué es lo que ha quedado? Algunas aspiraciones vagas y planes confusos. El cisma os ha diezmado antes del triunfo, y cuando habeis llegado á ser poderosos, os habeis mutilado con vuestras propias manos. ¡Oh! ¡cuánto mas me gustaban vuestros himnos y vuestras juveniles ilusiones, cuando representábais el papel de mártires en el tribunal superior, y de argonautas en los mares de Oriente! ¡Cómo envejece todo! ¡cómo pasa todo! De aquella corona, tan fresca y lozana el primer dia, apenas se encontrarian hoy algunas flores marchitas; sin aroma y sin color.

El mismo ministro fundaba su estreno en la vida, en aquellos sueños y en aquellas ilusiones. Habia conservado en el corazon una impresion profunda. Aquellos que se acercaban á él y á quienes delegaba la autoridad, se hallaban animados del mismo espíritu. Hélos aquí á todos reunidos en torno suyo; se les puede contar y conocer. Se han creado un nombre, unos en la filosofia, otros en la compilacion. El portero de audiencia acaba de introducir á un rector que ha acudido presuroso desde su provincia para saludar al nuevo poder, y se entabla la conversacion en un tono familiar.

—Señor rector, dice el ministro designando á uno de los que están junto á él, he aquí á mi brazo derecho, al autor de mis circulares. ¿Cómo las han recibido en la provincia de V.?

MCD 2022-L5

El rector, * *disimulando su embarazo.* ¡Oh! ¡muy bien! ¡muy bien! Han producido grande efecto.

El brazo derecho, *inclinándose.* El señor rector es muy amable.

El rector. ¡Oh! juro á V. que es la pura verdad.

El brazo izquierdo. No te hagas el modesto, querido; cuando tomas cartas en el asunto, todos los tiros llegan al blanco. Estaba magníficamente hecho.

El brazo derecho. ¡Adulador!

El ministro. Y nuestra escuela de administracion, ¿qué éxito ha obtenido, señor rector?

El rector, *que aspira á un ascenso.* ¡Inmenso!

El ministro. Tambien á mi brazo derecho es á quien debemos tan útil creacion.

El brazo izquierdo, *sin poderse contener.* Posee todas las ideas grandiosas. ¡Nada se le escapa, nada aborta en sus manos! ¡Es un don del cielo, señor rector! Posee la inventiva en un grado escesivo.

El brazo derecho. ¡Vamos, cállate!

El brazo izquierdo. ¡No, no callaré! ¡Me produciria un asma! Desborda en mí la admiracion, créeme. ¡Es una necesidad que tengo empeño en satisfacer! ¡Oh ser inspirado! te admiro con todas las potencias de mi alma. ¡Pero vea V., señor rector, qué actitud tan sencilla, qué porte tan reservado! ¿Habria V. descubierto bajo esa esterioridad la luz radiante del genio?

El rector. ¿Por qué no, caballero?

El brazo izquierdo. Entonces, es V. un inteligente; admita V. la palabra.

El Ministro. Así pues, señor rector, nuestros actos ¿son bien recibidos en la provincia?

El rector. ¡Ah! ¿podia suceder otra cosa, señor Ministro?

El brazo derecho, *con aire de conviccion profunda y de propia satisfaccion.* Sí, señor rector, porque una de nuestras aspiraciones es la de no ser comprendidos al momento. Sembramos para el porvenir; arrojamos á la tierra un gérmen que solo aprovechará á las generaciones futuras. Así pues, ¿qué hacemos al suprimir el Papa? una obra de porvenir, nada mas. A nadie imponemos esa supresion, solo que, en las eventualidades venideras, nos parece el Papa un obstáculo, y le suprimimos. ¿Quién podrá disputarnos ese derecho?

El rector, *que se ha quedado pensativo.* ¿Suprimen VV. al Papa?

El brazo derecho. Pura eventualidad, señor rector. El pensamiento debe ser libre en sus evoluciones.

El brazo izquierdo. ¿Se sorprende V. rector? es capaz de suprimirlo todo. ¡Bien se vé que no le conoce V.! Pero si hiere bien, cura mejor. ¡Oh Mesias! ¡Oh precursor! no tienes talar ropaje, como Moisés; no tienes manto, como Elias; ¡pero quiero besar el faldon de tu casaca!

El brazo derecho. ¡Cesa en tus estravios! ¡te conviertes en insensato! Así pues, señor rector, por via de medida de prevision suprimimos al Papa, ó mas bien le transformamos. Se confunden lo espiritual y lo temporal. Si no hay Papa, no hay emperador, ó mas bien el emperador es Papa, y Papa el emperador. Cesa el reinado de Cesar, y aparece la Iglesia universal. Ya vé V. que teniendo en la mano ese procedimiento se puede suprimir impunemente á un Papa. El daño es leve.

El brazo izquierdo. Imperceptible.

El brazo derecho. Ignoro, señor rector, si tales ideas pueden transmitirse desde luego á la juventud. A V. corresponde juzgarlo, sondear el terreno.

El rector. A no ser que el señor ministro me lo mande espresamente.....

El brazo izquierdo. Es inútil hablar al ministro, rector; al brazo derecho es á quien ha de contestar V. Ejerce sobre todas las cosas completa jurisdiccion. Confórmese V. con ello.

El rector. ¡Sin embargo, en un caso tan grave! ¡Juzgue V., suprimir al Papa! Me parece que el señor ministro.....

El brazo izquierdo. ¡Otra vez! ¡qué obstinacion! ¡Cuando le dicen á V., rector, que á quien conviene hablar es al brazo derecho!.... Ya se le ha significado que el ministro se fia de lo que hace aquel. ¿Es V. sordo, por ventura?

El brazo derecho, *con una gravedad que no se desmiente un solo instante.* Una vez constituida la Iglesia universal, comprenderá V., señor rector, que la propiedad no puede permanecer fundada sobre las mismas bases.

El brazo izquierdo. ¡Es tan claro como el agua! ¡Con un Papa menos!

El brazo derecho. La ley está hallada, señor rector; un filósofo eminente la proclamó antes que nosotros, y basta con inclinarse ante tan poderosa autoridad. Todo bien es bien de Iglesia; toda funcion

es un sacerdocio. Hé ahí, en términos sucintos, el nuevo evangelio. Es evidente que eso lo simplifica todo.

El brazo izquierdo. ¡Hasta el Papa!

El brazo derecho. Ahora, señor rector, sé muy bien que tales opiniones deben permanecer en el dominio de la filosofía, y que para los alumnos serian un alimento harto fuerte, demasiado sustancioso.

El rector, *aparte y asustado*. ¡Ahora viene algo nuevo!

El brazo derecho. Sin embargo, si en los estudios superiores hubiese sujetos capaces de comprender lo profundo y simbólico de esas ideas de porvenir, no tema V. inculcárselas, alimentarles y saciarles con ellas. Formemos candelabros vivos en beneficio de las razas futuras y desembaracemos á las inteligencias de toda clase de preocupaciones. Al instituir una escuela de administracion, se ha hecho con ese objeto. ¡Fuera toda clase de dificultades, y dése libre vuelo al pensamiento! ¿Me ha comprendido V., señor rector?

El rector. ¿Me permite V. que insista cerca del ministro?

El brazo izquierdo. ¡Y vuelve á lo mismo! ¿No vé V., rector dichoso, que el brazo derecho es quien lo hace todo? Son singulares estos provincianos.

Así continúa la conversacion; los papeles respectivos están trazados, y siguen siendo los mismos hasta el fin. Si no son estos los mismos términos, es al menos el pensamiento exacto. El empirismo es dueño de la enseñanza, y la arrastra por entre las brutalidades de la destitucion y el peligro de las aventuras. La compromete con su contacto y la condena á todo género de estravios. Las ideas erróneas se parecen á esos árboles cuyas hojas son mortales; desgraciado el que descansa cobijado bajo su sombra, pues esta entumece y mata.

De este modo pasaban las cosas en algunos departamentos ministeriales; bajo estas ficciones transpira la realidad. Los demás departamentos no marchaban de mejor manera. Encontrábase tambien en ellos una coleccion de comerciantes retirados y de veterinarios dignos de serlo. Nada estaba fuera de su lugar en tan bello conjunto. En la guerra, por lo mas mínimo habrian convertido á un sargento en ministro; en comercio, en las nieblas confusas de la utopia se veian formar los campamentos volantes del trabajo; en marina, se abandonaban los colonos á los zurcidores de libros; en hacienda, se aplicaba al Tesoro y á las asociaciones particulares un tratamiento heróico, fecundo en descalabros y reveses; en justicia, se iba trampeando con numerosas destituciones;

en el interior, se veia con increible resignacion á los motines sucederse unos á otros, como se vé en el espacio á las nubes y en el mar á las olas correr unas en pos de otras.

¿Podia, acaso, suceder otra cosa? en aquel desórden universal, nadie estaba en su lugar. Se lanzaba á un hombre á la aventura, á un punto cualquiera, para una necesidad urgente. Que lo hubiese ó no deseado, que fuese ó no á propósito para ello, el acto estaba consumado, el decreto espedido, y era preciso poner manos á la obra. No eran ministros los que tenia la nacion, sino aprendices, y entregada aquella al mas completo abandono, pagaba los gastos de este aprendizaje.

CAPITULO XXII.

LOS PREPARATIVOS DE UN REINADO.

Recordará el lector la votacion en que Simon faltó á todos sus compromisos; esta fué la que dió nueva forma al poder ejecutivo. Ante la Asamblea caia de derecho el gobierno provisional; fué sustituido por una comision de cinco miembros en quienes se resumian el poder y la accion esteriores. Iban á ser los brazos del pais, mientras que la Asamblea seria su cabeza. Con un poco de union y de buen acuerdo, todo se habria facilitado, y se hubiera dado al mundo el espectáculo mas hermoso.

Las revoluciones se parecen todas en un rasgo característico, que es el de una fluctuacion incesante en el favor público. En ningun tiempo se eleva con mas rapidez á los hombres, ni se rompe mas pronto su pedestal. Un capricho ha creado al ídolo: un capricho es, tambien, el que le destruye. Bajo esa ley del momento no hay celebridad que resista, no hay grandeza que no sea vencida. Los nombres se suceden por hecatumbas: la fatalidad los devora, el tiempo los gasta de un modo visible. No hay que pedir á la opinion equidad ni mesura, pues no podria concederlo. No hay que pedirle, tampoco, que rectifique sus sentencias, pues no lo hace: no se juzga, sino que se ejecuta, y esto sin instruccion ni formacion de causa. Se condena por una palabra, por un simple rumor, sin escuchar, y cuando ha llegado la hora, de nada sirve luchar; los títulos mas gloriosos, los servicios mas brillantes, de nada servirian para salvar á un hombre. Es una corriente que pasa, una corriente ciega, brutal, que todo lo arrolla y arrebata.

Era llegado este momento para aquellos que, desde los últimos dias

de febrero habian gobernado y administrado el pais. Pesaba sobre ellos la desgracia: adheríase á sus actos la impopularidad. Veian que la fuerza se les escapaba de las manos, y que la tormenta se formaba sobre sus cabezas. Es mas fácil condenar á aquellos que sucumben, que mostrarse imparcial respecto de ellos. En el seno de aquel gobierno, producto verdadero de la casualidad, habia corazones elevados, abnegaciones profundas, caractéres nobles. Les faltó un plan fijo y el deseo ardiente de hacerle prevalecer. Nada suple en este mundo al espíritu de conducta, nada, ni aun el talento y los dotes de la imaginacion. Sobre todo, nada suple al buen juicio esa cualidad que escasea mas de lo que se cree. En medio de tantos estravios, de tantos vértigos, acaso para salvarlo todo habria bastado una inspiracion juiciosa, altamente proclamada y realizada con energia. Las transacciones con el desórden nada reparan; aplazan el mal y le agravan. Declarando esplícitamente lo que querian hacer, lo que querian impedir, podian sucumbir, pero al menos perecian por la verdad, y esas muertes son fecundas.

Mil ejemplos, visibles para todos, probaban lo que puede obtenerse de una voluntad perseverante. Las locuras mas notorias, los sueños mas odiosos llegaban á realizarse con el auxilio de esfuerzos sostenidos. Habia bastado que los sectarios repitiesen durante diez años los mismos errores, los propios sofismas, que variasen su espresion hasta lo infinito, que los disfrazasen bajo formas engañosas para pervertir profundamente á la sociedad y conducir á los pueblos al abismo. La multitud solo se entrega á los que creen, ó á los que tienen, al menos, la esterioridad de la creencia. No se la seduce cediendo ó resistiendo á merced de un capricho; se la domina imponiéndose é imponiéndola reglas soberanas, proclamando altamente que se está dispuesto á sostenerlas ó á morir por ellas. Lo que habian hecho los sectarios en beneficio del sofisma, podian hacerlo los hombres políticos, y con resultados muy distintos, en provecho de la verdad; podian despertar en los corazones los instintos eternos y profundos que en todo tiempo y bajo todo régimen yacen adormecidos en el fondo de aquellos.

Tal es el error mas grave en que incurrió aquel gobierno, producto de una borrasca; careció de voluntad, cuando mas necesaria era esta; pidió á las transacciones una tranquilidad engañosa, y juzgó terreno sólido lo que solo era arena movediza. Amigos y enemigos, todos aguardaban de él una palabra decisiva, un pensamiento; pero este no llegó. No se sabia en favor ó en contra de quién estaba, y parecia ha-

ber formado el propósito de no escluir ni apoyarse en cosa alguna. En este juego, precisamente habia de quedarse solo. Todos los recursos de un táctico no valen tanto como una política sincera, apoyada en convicciones. Los recursos de mal género nunca han salvado á los gobiernos. El que fundó Franklin en la opuesta orilla del Océano, solo fué protegido en su cuna por algunas fórmulas esplícitas, claras y populares. Aquella sociedad supo desde luego bajo qué auspicios se formaba, y de su misma sencillez tomó un carácter indeleble de grandeza. Se supo lo que era el nuevo gobierno, lo que permitiria y lo que reprimiria. Los buenos vieron que podian contar con él; los malvados comprendieron desde luego que se haria temer y respetar de ellos. Todos abrigaron el convencimiento de que aquel pacto no encubria odios de clase ni furores de partido, y que se conciliaria el respeto de todos los derechos con instituciones libres.

Energia en los propósitos, sinceridad y sencillez en los actos, tales fueron los medios con que se manifestó y robusteció la república norteamericana. Era un ejemplo convincente; no le siguieron en este lado de los mares. ¿Fué desden? ¿fué impotencia? ¿Quién puede saberlo? La existencia de aquel gobierno de casualidad no fué sino un huracan continuo, y bajo un cielo tempestuoso; en medio de un mar agitado y furioso, la mano mas firme puede ser débil para empuñar la caña del timon. Además, para llevar á cabo propósitos esplícitos, es preciso que reine el concierto, la avenencia y estos no existian. El gobierno tenia dos defectos, nacidos en su orígen mismo: era harto numeroso y se componia de elementos inconexos entre sí. Siendo harto numerosos sus miembros, se hallaba reducido á una accion lánguida; hallándose dividido, se debilitaba por medio de medidas contradictorias. No hablo de las pequeñas traiciones interiores, ni de esos conflictos de autoridad que se exhalaban con palabras cuya amargura llegaba hasta la violencia; me refiero tan solo á los mentís públicos y á los contrastes ostensibles. ¡Cuántas políticas en una sola! ¡Cuántas iniciativas individuales toleradas ó rechazadas! Eran recriminaciones interminables y una guerra incesante: el desórden en todas partes, en ninguna la unidad. Al lado de los estravios de los miembros del gobierno, estaban los de los ministros; al lado de los de estos, estaban los de sus familiares. Aglomerábanse faltas sobre faltas, usurpaciones sobre usurpaciones. Cada uno obraba á su antojo, cediendo tan solo al impulso de su vanidad y de su interés, y cuando el clamor público denunciaba un escándalo ó un acto

funesto, el gobierno reunido, por medio de una desaprobacion formal, pronunciaba la sentencia de un miembro suyo, y mostraba así en toda su desnudez la llaga secreta de sus disensiones.

He hablado de los familiares: por ellos fué, especialmente, por quienes se perdieron los miembros del gobierno. Todo poder nuevo vé acudir presurosa una nube de esos insectos que le devoran acariciándole. Los hombres envejecidos en la vida pública saben apartarlos y defenderse de ellos; no acontece lo propio á aquellos que arrostran por vez primera la embriaguez del engrandecimiento. El enjambre se ceba en ellos, y si ceden un solo instante, son dominados. Desde entonces pertenece todo á los familiares, distribuyen los favores y llevan su invasion hasta el terreno de la política. Imponen á las oficinas sus protegidos, y al público sus manifiestos. Dentro y fuera no conocen al amo sino por los criados. Si resiste le engañan, si se enfada le adulan; él es el idolo, los sacerdotes ellos. Al idolo los homenajes, á los sacerdotes los beneficios del pie de altar. Esto dura así mientras el ídolo está de pie; el dia en que le derriban y cae, los familiares van á ofrecer sus servicios á los pies de su sucesor.

En tales condiciones, un gobierno quedaba sin fuerzas para hacer el bien. Tenia que dejar en el camino todas las adhesiones sinceras, todas las simpatías honrosas, y no hallar junto á sí, al fin de su carrera, sino una comitiva inmunda de aduladores. Sin embargo, habia tenido en sus mano un poder ilimitado, sin intervencion, casi igual al de un monarca absoluto. Todos los beneficios, todas las prosperidades que conocia por convencimiento y por instinto, podia derramarlos á manos llenas sobre la patria. El momento y la medida eran de su eleccion. Dependia tan solo de su propia autoridad, y á nadie tenia que dar cuenta de su persona. Pues bien, esa facultad tan omnímoda, ese poder tan vasto, en vez de aplicarlo al alivio y á la gloría del pais, lo gastó el gobierno en luchas que carecian de dignidad, en elecciones sin pudor, en esclusiones injustas; lo gastó en medidas mezquinas y en actos triviales, en proyectos falsos ó incompletos, en campañas insensatas contra la fortuna privada y la pública. Aquella arma era harto pesada para su brazo, y manejándola se hirió á si propio. Estaba en el órden que al fin de esta série de empresas le aguardase la impopularidad. Llegó esta á manera de castigo y de espiacion.

Tal era ya, tambien, el pensamiento general del pais, y sin embargo, todavia reinaba la ilusion en las regiones del gobierno. Cinco

miembros suyos acababan de recibir la investidura de la Asamblea, y reunidos en el Luxemburgo, se ocupaban en despertar allí los recuerdos del voluptuoso Barras. En efecto, tal residencia convenia á un nuevo Directorio, y solo se trataba ya de hacer que el antiguo palacio fuese digno de sus nuevos huéspedes. No fué pequeño cuidado la reparticion

de las habitaciones. Las mujeres se mezclaban en ello y procuraban hacer prevalecer sus pueriles combinaciones. Los jardines reservados convenian á muchas de ellas; tendrian flores á mano, y á pocos pasos la lecheria, fundacion pastoral del antiguo refrendario. Al fin se entendieron mas ó menos mal, dando el piso bajo á unos, el principal á otros. Merced á un poco de cuidado y á ciertas consideraciones, la cuestion domiciliaria no se convirtió en cuestion de Estado. En algunos sitios habia muebles y sillones tomados de los sitios reales. Lo demás fué asunto de los tapiceros; nada tuvo que ver en ello la política.

Sin embargo, en aquellos arreglos se traslucia un pensamiento, y era que aquel nuevo Directorio, ó la Comision de los cinco, como la llamaban, intentaba tomar posesion del porvenir y se mecia en la dulce esperanza de un largo reinado. Aquella instalacion solemne en un edificio público, aquella reparticion de pisos y de habitaciones, aquel cuidado consagrado al mueblaje, todo indicaba el formal propósito de entregarse durante el mayor tiempo posible á los encantos de aquella residencia. Allí era sano el aire, y la perspectiva estaba llena de atractivos. Las verdes y frondosas enramadas brindaban recogimiento al alma; el

estanque poblado de cisnes halagaba é la vista y tenia toda la gracia del idilio. ¡Y aquellos *parterres* embalsamados! ¡Y aquellas estufas llenas de plantas exóticas! ¡Cuántos goces al alcance del deseo! ¡Cuántas riquezas! ¡Cuántas bellezas! Hasta de los mismos astros se podian tener noticias á cualquier hora: el observatorio se hallaba á dos pasos, dispuesto á suministrar dia por dia el boletin de las revoluciones celestes.

El antiguo Directorio habia tenido sus fiestas, el nuevo no quiso dejarse eclipsar en este punto. Sabia el papel importante que representa el lujo en los grandes Estados, y la produccion tan útil que alimenta en ellos. Su resolucion estaba adoptada, su progama señalado. Comprendia en su política las reposterias y los violines. Era separarse formalmente de la república del carreton negro, de los partidarios del pan seco, y de la democracia severa en materia de alimentos. Habia en esto un peligro verdadero, acaso una lucha. El Directorio no se alteró por tan poco. Admitia el lujo como elemento, y al obrar así, queria santificarle por medio del ejemplo. En cuanto á los Espartacos del carreton negro, los consideraba como atrasados y les lanzaba un reto solemne. En caso necesario moriria sobre sus reposterias y sus violines. Así pues, el capítulo de las fiestas representaba un papel esencial en el programa del Luxemburgo. Los bailes alemanes ó polacos que, desde las borrascas de febrero, se habian fugado precipitadamente, iban á volver de aquel destierro pasajero y á tomar ruidosas revanchas. Á cada musa la llegaria tambien su turno: la música despues del baile, luego todas las artes que son á la vez el encanto y el adorno de la vida. ¡Qué gloria para el antiguo palacio de los Médicis! Cubierto de obras maestras del pincel, inundado de armonia y de cantos, iba á abrirse para esplendores inesperados, y á renacer, merced á los cuidados de nuevos huéspedes, para las maravillas y magnificencias de su cuna.

Un progama concebido de este modo, combinado en tal escala, no podia pasarse sin cocinero. Fué esto para el Luxemburgo un asunto tan grave como el del rodaballo romano. Hablé hace poco de la cuestion de Estado: la eleccion de un cocinero se elevó á ésta altura; agitó á la política hasta en sus bases. Entre los jefes que aspiraban á poseer los hornillos del gobierno, se presentaron muchos cuyas opiniones no ofrecian garantías suficientes. Unos habian figurado en el servicio del rey caido; otros se gloriaban de haber pertenecido á la rama mayor. Todos estos matices políticos fueron apartados; el nuevo Directorio no queria que se le pudiese acusar de haber tomado caldos que la ley desterraba del terri-

torio. Solo admitia guisos enteramente puros de los errores del pasado, y en este punto se mostró inflexible. En vano trataban de desarmarle por medio de protestas que casi eran apostasías; se resistió, porque necesitaba marmitones irreprensibles y que estuviesen al abrigo de toda sospecha. Ninguno de los que habian empuñado los mangos de las sartenes de la monarquia halló perdon cerca de él. Apenas juzgaba dignos de una amnistia condicional á los cocineros de los banqueros del régimen caido. Estaban unidos á la aristocracia financiera por hartos vínculos y salsas, para no ser sospechosos á los estómagos democráticos. Finalmente, cansado de guerra, escogió un cocinero recomendado por el club de los *jockeys*. En manera alguna queria nada de la monarquia; se decidió por las cuadras.

Aun no es esto todo: elevábase en el horizonte otra dificultad política. ¿No tendria el Directorio mas que una mesa? ¡Problema complejo en su imponente sencillez! Sin duda alguna, considerándole de un modo abstracto, el nuevo poder constituia la unidad; habia recibido de la Asamblea este carácter y por ningun precio queria renunciar á él. Una voluntad para cinco cabezas, tal era la ficcion. Pero tomándolo bajo otro punto de vista, habia que convenir en que aquellas cinco cabezas, constituyendo la unidad, correspondian á cinco bocas que formaban la diversidad. ¿Habian de ser alimentadas en conjunto ó en detalle? ¿Habria un solo cubierto ó habria cinco? En la apariencia era este un problema insignificante; sin embargo, dividia las opiniones en las regiones oficiales. Al pronto sonrió á los cinco consortes la idea de una sola mesa; habria recordado las agapes del cristianismo, y era plantear la democracia en accion. Además, la comida reune á las personas, y es favorable á la espansion. En ella se puede disponer, entre las peras y el queso, de la suerte de los pueblos, y entre dos vasos de Medoc se les puede derramar á torrentes el bienestar que tienen derecho á esperar. ¡Cuántos motivos para atenerse á un solo mantel y á un solo aparador! El corazon convidaba á ello; la política no era indiferente. La combinacion tuvo probabilidades favorables; pero se habia contado sin las mujeres, y tan luego como se mezclaron en el asunto abortó todo.

Las mujeres no entienden lo mas mínimo en cuestiones de Estado; cuando tocan á ellas es para abrir brechas irreparables. Dijeron que un hombre político puede ir solo á la Asamblea, pero que en la mesa tiene un séquito, una comitiva forzosa. Cada director llegaria, pues, con su batallon, y adornaria la mesa del gobierno con niñas pequeñas que tie-

nen sus caprichos, y con niños que se suenan las narices con los dedos. Con los niños irian las niñeras, y con estas los chismes. Entonces sí que estarian bien guardados los secretos diplomáticos. Luego, ¿quién mandaria en la casa? ¿Quién arreglaria la disposicion de los manjares? ¿Quién daria las órdenes? ¿Quién dispondria de los manjares? En este punto son intratables las mujeres, y no llegaron á entenderse. La cuestion del cubierto único fué resuelta en el sentido negativo. Era un descalabro para las agapes y para las sectas que aspiran á la olla comun. Cada director tuvo sus cocineros sus hornillos y su espumadera. La cuestion doméstica prevaleció sobre la cuestion de Estado.

Con estos cuidados tan graves preludiaba el nuevo Directorio sus planes de organizacion social. Para asegurar su paz interior habia obtenido de la Asamblea nacional la facultad de aislarse de sus deliberaciones y de fortificarse en el recogimiento. Cuando no agitaba aquellos problemas delicados vivia con la naturaleza, y se complacia en escuchar, en las alamedas del Luxemburgo, el rumor de las hojas de los castaños y los trinos de los ruiseñores. Asi velaba por la salvacion de la patria. En todos los puntos de la ciudad se agitaban clubs que sentian la necesidad de despedazar al gobierno. Todas las noches dirigian al pueblo escitaciones furiosas para que rompiese las cadenas que le imponian. Parecia que aquellos estremecimientos lejanos iban á espirar al pie de la residencia oficial. Compartian sus ócios entre el estudio de la botánica y los espectáculos maravillosos de la creacion. De este modo transcurrian los dias, sin disturbios y sin fastidio. Cuando el cielo estaba despejado, los niños iban á jugar á los jardines reservados, y las señoras móntaban en los carruajes del Directorio. Algunos picadores formaban la escolta y los tambores tocaban marcha.

Entre los confidentes del Luxemburgo figuraba en primera linea el representante Simon, orgullo y desesperacion de Malvina. Tenia entrada franca en el palacio; comia en él con frecuencia, y era recibido bajo el pié de la mas completa intimidad. Mi mujer sentía profundo tédio al seguir los progresos de aquel soborno. Mil síntomas revelaban la gravedad del mal, y hacian temer que llegase á ser incurable. Simon no juraba ya sino por el Directorio, y solo veía por sus ojos. Cuanto hacia el Directorio estaba bien hecho; cuanto decia era oportuno. ¿Ocupaba la tribuna de la Asamblea uno de sus miembros? Simon le protegia con su mirada, le estimulaba con su formidable voz. Ningun proyecto emanado de aquel poder infalibla provocaba por parte suya la menor obser-

vacion, la mas mínima censura. De su mano lo aceptaba todo ciegamente y sin reserva alguna. Era una especie de fascinacion. Malvina intentó llevarle á mejor senda y despertar en él un sentimiento de dignidad, el instinto de la independencia. ¡Vanos esfuerzos! toda su elocuencia se estrelló. Entre el Luxemburgo y Simon mediaban ya para lo sucesivo sobrados pasteles para que el pacto pudiese romperse. Cuando Malvina quedó convencida de este hecho, comenzó á reflexionar y sintió escrúpulos. Simon era obra suya y de él tenia que responder ante el pais. No podia aquel desviarse del camino recto sin que se reflejase sosobre ella una especie de complicidad. Aquella situacion la asustó, y se propuso salir de ella aunque fuese á costa de un escándalo.

No era fácil cojer á Simon. Fundándose, por via de pretesto, en la cuestion de distancias, se habia marchado de la fonda y sustraídose de este modo á nuestra intervencion. Desde entonces ocupaba en el arrabal de Saint-Germain una habitacion modesta que habia alquilado amueblada. En los primeros dias de su defeccion, nunca dejaba de venir á vernos á la hora de comer, y cuando la Asamblea no reclamaba su presencia, pasábamos juntos la velada. Mas tarde, y á medida que su conciencia fué cargándose con mayor peso, se mostró menos asiduo, y paulatinamente concluyó por condenarnos al mas completo abandono. Para alcanzar al inconstante hubo necesidad de dar muchos pasos en valde; fué casi un viaje de descubrimientos. Veinte veces llamamos Malvina y yo á su puerta, sin poderle encontrar. Siempre era demasiado temprano ó demasiado tarde; habia consignas dadas. En la Asamblea los mismos desengaños, los mismos reveses: Simon comenzaba á ser inaccesible. Ya no sabia mi mujer á qué espediente recurrir. Habia dado al molinero la receta para librarse de los importunos, y abusaba de ella contra su misma consejera.

La causalidad vino á auxiliarnos. Un dia en que atravesábamos las Tullerias, vimos desde muy lejos, á la sombra de los grandes castaños, un pecho de Hércules cubierto por dos solapas de una blancura deslumbrante. Parecia una pared blanqueada de nuevo. Aquella pared caminaba hácia nosotros, y al acercarse adquiria un carácter mas distinto.

—¡Dios del cielo! es nuestro hombre, esclamó Malvina.

—¿Quién es? pregunté, engañado por el claro oscuro de la perspectiva.

—¡Simon!

—En efecto, es él; ¡qué aspecto meditativo!

—¡Y qué traje! repuso mi mujer. ¡Y qué sombrero!.... ¡Eso es nuevo! ¿En dónde se ha provisto de ese equipo?

—Viene en derechura hácia nosotros.

—Pronto, Jerónimo, escondámonos detrás de ese árbol para que no nos vea, pues de lo contrario seria capaz de dar media vuelta y escapársenos.

Nuestra maniobra tuvo completo buen éxito. Ocultos detrás del tronco de un castaño, pudimos ver á Simon avanzar majestuosamente y sin desconfianza alguna. Ya no era el mismo hombre; habia sufrido una transformacion completa. En vez del traje que le hice confeccionar, llevaba la casaca de cola de pescado, el sombrero de forma de cono, y el chaleco de solapas inmensas que caracterizaban á las miembros de la nueva Montaña. En fin, habia observado al pié de la letra un decreto ridículo del cual habian tenido el buen juicio de emanciparse los demás representantes. No hay cosa alguna que pueda dar una idea de lo que parecia Simon con aquella especie de disfraz. Aquellas solapas blancas inmensas se agitaban á derecha é izquierda de su pecho como las aspas de un molino de viento; el sombrero que llevaba le daba la apariencia de un hombre de las épocas mas tumultuosas de la edad media. Con una gorguera y una pluma, se le habria tomado por un macero. Luego, habia sabido tomar un aspecto adecuado al traje. En todo su porte se revelaba el sentimiento de su soberania. Tenia un modo particular de sentar el pié y de balancear la cabeza sobre los hombros. Con este talante llegó cerca del árbol junto al cual le aguardábamos.

—¡Por fin se le vé á V., hermoso fugitivo! dijo Malvina saliendo de su escondite.

Simon no podia prever la emboscada, y por lo tanto esperimentó un momento de turbacion y de embarazo.

—¡Ah! ¿es V., señora Paturot? contestó maquinalmente.

—¿Y quién quiere V. que sea, Simon? ¡Á menos que sea mi sombra! ¿Tanto he variado en pocos dias?

—No digo eso, señora; por el contrario, replicó el representante confuso.

—Enhorabuena; pero á V. sí que costaria trabajo conocerle, hijo mio. ¿En dónde diantres ha tomado V. ese pilon de azúcar que adorna su cabeza? ¿Y esas hojas de chaleco, y todo ese tenderete? ¿Sale V. de casa de Babin, por casualidad?

—No frecuento el trato de ese representante del pueblo, Sra. Paturot.

—¡Babin un representante! esclamó mi mujer con una carcajada. ¡El *quid pro quo* es ingenioso! Babin es un alquilador de trajes Simon. Nos faltan muchas cosas que aprender en política. Está V. menos adelantado que su traje.

Malvina no guardaba consideracion alguna á su discípulo; era evidente que tomaba con él una revancha, y que queria hacerle espiar las culpas de que teníamos que quejarnos.

—Elegido del pueblo, añadió con gravedad, veo que tira V. á las lentejuelas y á los galones. Le gusta á V. la casaca oficial. Su pilon de azúcar me es testigo de ello.

—Obedezco á la ley, señora.

—Razon mas para felicitar á V. Es algo al estilo de Courtille, pero la intencion lo salva todo. Solo el chaleco es el que me ofusca; parece el tendido de una lavandera.

—Conforme con el decreto.

—¡De verás! Pues bien, ese decreto es obra de un tendero de almidon. Solo así lo entiendo: ese hombre habrá querido salvar su industria. Es como el pan de azúcar de V. Simon. Busque V. al autor, y encontrará á algun mercader de pieles de conejo.

—¡El decreto, señora!

—¡Ya lo sé, Dios mio! ya lo sé; todos viven de su comercio. Y luego, los gustos son libres. Puesto que ha querido V. procurarse esa satisfaccion... vale tanto como cualquiera otra. Es un modo de manifestar sus sentimientos.

—Dice V. bien, es una bandera.

—¡Ya lo oyes, Jerónimo, una bandera! ¡Conviene en ello! ¡Ese esceso de tela una bandera! ¡Ese sombrero estrambótico, una bandera! Y sin indiscrecion, caballero, ¿se puede saber cuál es esa bandera?

—¡La de los amigos del pueblo!

—¡Bah! ¿tantas cosas en un chaleco?

—Sí señora, en un chaleco.

—¡Veá V. cuán fácil es engañarse! ¡y lo tomaba yo por la muestra de un almacen de lenceria!

—Así es como se distinguen entre sí los puros, los sólidos. Somos lo menos cuarenta.

—¿Sólidos y puros?

—Sí señora, y escogidos uno por uno; por eso nos conoce el pueblo.

Mi mujer apenas podia contenerse; lo conocia yo por la diferente

espresion que á cada momento tomaba su fisonomia. Detrás de aquella ironia se ocultaba una tormenta; al fin estalló.

—¡Basta, Simon! esclamó; rompamos de una vez si V. gusta. Jerónimo, añadió volviéndose hácia mí, te prohibo que vuelvas á verle en lo sucesivo. Es hombre perdido; abandónale á su suerte. ¡Ah! ¡se pone V. el chaleco estravasado! ¡Ah! ¡con que dá V. en la mania de las colas de pescado y de los sombreros cónicos! Pues bien, Simon, anote V. lo que voy á decirle.

—¡Dios mio, señora Paturot, cómo lo toma V.!

—Desde hoy mismo le retiro á V. mi proteccion, prosiguió mi mujer solemnemente. Le abandono á sus relaciones: pero entendámonos bien. Adquiero el derecho de renegar de V. á la faz del cielo, y usaré de él plenamente.

—Haga V. lo que guste, señora, replicó el representante, que comenzaba ya á picarse.

—Renegaré de V. de todos modos, Simon, á pie, á caballo, y hasta en los tejados. ¡Un chaleco como ese, qué horror! ¿Por quién me toma V.? ¿Cuento yo, acaso, entre mis conocidos, unas solapas como esas?

—¡Señora, es demasiado!

—Ya sea demasiado ó harto poco, me escuchará V. hasta el fin. Mi responsabilidad se halla comprometida; es preciso que la deje á salvo. En lo sucesivo, representante, prohibo á V. que se prevalezca de mi nombre. Entre V. y yo hay un abismo.

—¿No es mas que eso?

—Ya verá V. lo que es, Simon. A la verdad que admiro su aire de desembarazo, sienta bien con ese chaleco. Se conoce que todo lo ha tomado V. en un mismo orígen. ¡Oh! ¡Caballero! ¡debiera V. avergonzarse de ello! ¡Olvidar y pervertirse tan pronto! Simon, reniego de V. para siempre.

—¡Vaya una desgracia grande!

—Es V. un faccioso, Simon.

—Y V. señora, una reaccionaria.

Separáronse pronunciando estas palabras. En vano procuré intervenir, pues los ánimos estaban harto sobreescitados. Malvina se estremecia de cólera, y Simon comenzaba á tomar las cosas muy á lo vivo.

De este modo, el Directorio solo habia conquistado una alma para entregarla á los estragos de la opinion mas exaltada. Simon, desde las seducciones del Luxemburgo habia pasado, con la mayor naturalidad

del mundo, á la embriaguez de la Montaña. Todos los partidos tenian empeño en conquistar tan potente voz. Preciso es decir, en elogio del molinero, que las salsas del gobierno no lo habian hecho todo, pues se mezclaba en ello un sentimiento mas elevado. Simon era del pueblo, é iba hácia aquellos que hablaban del pueblo con mas énfasis y estrépito. Se pagaba de palabras y se inclinaba á las mas sonoras, no porque careciese de buen juicio, sino porque habia sido transportado de tan brusca manera al centro de un mundo nuevo para él, se habia visto constituido en blanco de acometidas tan diferentes y numerosas, que llegó á perder en parte el conocimiento de su estado. Era el vértigo de la primera hora: con el tiempo y la costumbre debia cesar aquel deslumbramiento. Mas tarde, Simon, restituido á sus buenos instintos, iba á tomar nuevamente posesion de sí mismo, á defenderse mejor de las impresiones del momento, y á consagrarse á actos mas reflexivos. No pertenecia de un modo irrevocable al partido de los chalecos de solapa y y de los sombreros cónicos.

Entre tanto estaba perdido para nosotros, ó como decia Malvina, habíamos perdido las amistades. Lo esencial era que se supiese bien y en todas partes que en lo sucesivo obraba ya por inspiracion propia y dependia esclusivamente de sí mismo. Era preciso que la provincia pudiese discernir, en la conducta de su elegido, la parte que correspondia á sus consejeros y la que le era peculiar. He ahí por qué habiamos querido alcanzarle á toda costa, y por qué Malvina habia tenido con él una esplicacion categórica. Logró completamente su objeto, y ya no respondia de él ante el universo.

CAPITULO XXIII.

LA CONSTITUCION DE ALFREDO.

En el número de los placeres que proporcionaba á mi mujer la residencia en Paris, el mas vivo, el mas puro era el de ver y seguir á su Alfredo. Nadie ignora que el corazon de las madres tiene sus flaquezas; Malvina no estaba exenta de ellas, Alfredo era su predilecto. Una larga ausencia habia dado á este sentimiento mayor energia y se esforzaba por pagar con un interés crecido de complacencias y de alhagos, la deuda del pasado.

Existia sin embargo un punto acerca del cual Alfredo y ella no podian entenderse. El niño habia tomado aficion á la política, y no queria cejar en su propósito. La madre se incomodaba mucho, reñia, amenazaba; despues á la primer caricia, se dejaba ablandar. Á cada entrevista volvia á empeñarse el debate y siempre tenia el mismo desenlace. Alfredo tenia el sentimiento de su fuerza y abusaba de ella. Tenia, para seducir á su madre, palabras, ademanes á los que esta no podia resistir. Veinte veces entró en el colegio con la idea de conservar hasta el fin su aspecto severo; otras tantas quedó desarmada ante un chiste de colegial rebelde. Su gravedad iba por tierra; se confesaba vencida.

Sobre todo con motivo de la constitucion de Alfredo fué donde se dieron los asaltos mas tenaces. Decididamente el niño sacaba el carácter de su madre; lo que se le ponia una vez en la mente, no era fácil arrancárselo. Así se estrelló la autoridad de sus maestros; la de Malvina fué igualmente impotente. En vano le hizo notar que aquellas cuestiones no le pertenecian, y que era necesario esperar, para mezclarse en ellas,

MCD 2022-L5

á que la edad madurase su razon. El niño no se rendia á estas objeciones; replicaba que los tiempos de conmocion son fecundos en prodigios y que el sol de las revoluciones maduraba rápidamente los hombres y las ideas. En apoyo de su opinion, citó con tanta oportunidad los nombres de Saint-Just y de Napoleon que aturdida su madre de tanta erudicion, concluyó por decirse que la vocacion le arrastraba y que tenia en él para la guerra ó para la política, una nueva edicion de un Saint-Just ó de un Napoleon. ¡El afecto termina tan fácilmente por la credulidad!

El pensamiento de una constitucion preocupaba además á todos los ánimos. Era el tema obligado de todos y no habia persona que no pretendiese dotar á la Francia de una definicion de los derechos y de los deberes acomodada en francés á su manera. Hasta los escritorzuelos tomaban parto en ello; era el vértigo del momento.

Los periódicos le pagaban tributo; las esquinas de la ciudad estaban cubiertas de ellas. En esferas mas elevadas se pensaba tambien en lo mismo. Plumas célebres habian emprendido la obra con el deseo y la esperanza de dotar á la Francia de un conjunto de instituciones. ¡Dichoso una y mil veces aquel que lográra inscribir su nombre en la fachada del edificio! El honor era grande; asi que fué disputado con tanta tenacidad. Dos campeones se distinguieron en él especialmente y compartieron el intéres del torneo. Habian medido mas de una vez sus armas y conocian sus fuerzas; el uno tenia mas agilidad, el otro mas vigor; este llevaba una cimera severa, aquel una cimera pintoresca y sobrecargada de adornos. Los dos tenian en la mano su constitucion cuyo mérito celebraban sus heraldos.

El campeon de las ricas galas fué el primero que presentó su obra. Hacia mucho tiempo que ardia en deseos de dar á luz su creacion, enriquecida con accesorios administrativos. La concibió en el silencio y la maduró en la soledad; la habia adornado con mas hojarasca que la que permitia la materia. La obra magna estaba completa; no faltaba mas que probarla en el terreno práctico de los hechos. Por este lado, nuestro inventor se encomendaba al maestro del género, que llevó tan lejos hace medio siglo la industria de las constituciones. Sin embargo, pasaron aquí las cosas de una manera mas decente. No se trataba de tener en el bolsillo un cierto número de combinaciones y ofrecerlas con algunas variaciones de repuesto para todas formas de gobiernos victoriosos: era preciso atender á todas las necesidades de una situacion ines-

perada y ante la grandeza del fin acallar las vanidades de autor. Convenia sobre todo adoptar formas claras y sencillas, y no recargar de colores el cuadro, abusando de las galas del lenguaje.

Esto es lo que hizo el campeon de las formas severas. Su constitucion resonaba como el bronce; todas las partes de su obra estaban unidas con un arte inteligente y una precision irrecusable. Nada de sacrificios á la belleza de la forma; nada de frases atrevidas. Los principios se deducian métodicamente en un lenguaje claro y preciso. Por desgracia era un trabajo de una sola pieza, un círculo de hierro en el cual la sociedad no hubiera podido entrar sin saltar en pedazos. Los talentos absolutos vienen todos á estrellarse en este escollo; el sentimiento de la realidad se le escapa. Asi que, Francia no hubiera podido escoger mas que entre una constitucion sin elasticidad, y una constitucion recargada de arabescos administrativos. No eligió; desechó las dos combinaciones. ¡De aqui cuántos disgustos y cuántos coleras se produjeron! El orgullo de las gentes de pluma no puede compararse mas que al de los angeles caidos. Cuando se le hiere en él, destila un manantial de hiel que nunca se agota y nada deja al abrigo de sus manchas.

Cerca de estos compiladores de primer órden se agitaba la turba de los pequeños compiladores. ¡Cada uno queria decir algo! ¡y qué cosa hay mas fácil! Tantas constituciones han pasado por el pais de sesenta años á esta parte, que abundan los modelos. Las hay para todos los matices políticos y para todos los gustos. ¡Cuántos pactos solemnemente jurados y violados con audacia! Se les creia eternos y el primer soplo del huracan los ha sepultado en los mares del olvido. Dedicándose á recoger aquí y allí, en estas instituciones disipadas, lo que tienen de mejor, mas sensato y mas esencial, se puede componer una especie de ideal para uso de las asociaciones humanas. Esto es lo que yo veia hacer por varias partes y no se necesitaba para ello ni grande imaginacion ni grandes esfuerzos de estilo. Mi Alfredo habia debido emplear los mismos medios y formar su inspiracion de los mismos elementos. ¿Por qué no habria de dar cima á su obra como cualquiera otro y dar á luz su constitucion?

Un dia que mi mujer se dirigió muy temprano al colegio, le encontró mas alegre que de costumbre. Una visible satisfaccion animaba sus fisonomia y la sonrisa vagaba en sus labios. ¿De dónde provenia este contento? nada se lo hacia adivinar. Los profesores se quejaban de su poca aplicacion; los celadores de estudios le cargaban con malas notas y relaciones nada satisfactorias. Se le habia sorprendido á las altas horas

de la noche fuera de su dormitorio; se le reprendia por aislarse de los demás en los patios. Sus deberes no se cumplian á tiempo y llevaban la señal de la mas completa negligencia. En resumidas cuentas, se levantaba contra él un concierto de quejas marcadas con el sello de una terrible unanimidad. Y sin embargo Alfredo soportaba el peso de estas culpas con perfecta desenvoltura; no parecia confuso ni turbado.

—¿Es pues cierto que te echas á perder? le dijo su madre. ¡Cuántas tonterias has hecho en nada de tiempo! Segun parece tú te has echado el alma á la espalda.

—¡Bah! ¡porque ladran algunos perros de corral!...

—¡Tambien los profesores, Alfredo! ¡Y todo el mundo! ¡Y hasta el mismo padre Roustignac! Es un coro universal. Es preciso que te hayas hecho un pícaro muy grande. Escucha, querido mio, respuso cogiendo entre sus manos la cabeza de su hijo; no seamos tan reservados. ¿Qué has hecho á tus maestros? cuéntamelo; si es alguna travesura nos reiremos.

En lugar de responder á una interpelacion tan formal, el niño trataba de arrastrar á su madre tras de sí.

—Ven, la decia.

—¿Adónde pichon? ¿adónde me llevas?

—Te digo que vengas.

—Pero necesito saber adónde. ¿Quieres que me deje llevar de una parte á otra como un zarandillo?

—Si, mamá.

—¿Tú lo deseas? pues bien ¿por qué lado?

—Ven por aquí.

—¡Con tal que no se enfade el padre Roustignac!

—Contigo no. Ven, quedarás satisfecha.

Dieron algunos pasos, al cabo de los cuales se detuvo Malvina de nuevo:

—No tiene sentido comun el que se deja conducir así por un niño, esclamó. Alfredo, ¿adónde vamos?

—Mira aquí madre, dijo mostrándole la puerta de la sala de estudio. Ten un poco mas de buena voluntad y llegamos.

—Pues bien ¿y despues? repuso cediendo. Es preciso pasar siempre por lo que quiere este muñeco. ¿Te esplicarás por último?

—Por aquí, á lo mas recóndito de la sala, dijo, para que nadie pueda oirnos.

—¡Cuántos misterios! ¿Y qué mas?

—Chiton, mamá; mas bajo; podrian oirnos.

—¡Vaya una gran desgracia! ¿es acaso un secreto muy importante, querido mio?

—Un secreto de Estado, mamá, respondió bajando la voz cada vez mas. ¡La he hecho, la he concluido! Está aquí.

Al propio tiempo introducia su mano en el pupitre y sacaba un cuaderno. Malvina esperaba impaciente la esplicacion del enigma.

—¿Pero qué es eso? dijo.

—¡Mi constitucion!

El muchacho pronunció esta palabra apoyando sobre cada silaba, á fin de darla mas importancia.

—¡Por último, hemos salido del embarazo! gritó mi mujer; he aquí soltada ya la gran palabra.

—Si, mamá, ¡mi constitucion!

—¿Y es por esto, caballero, por lo que falta V. á todos sus deberes? ¿y es por esto por lo que ha dado V. motivo para que se le acribille de malas notas?

—¿Que me importa eso?

—¿De verás? ¿con que lo toma V. asi? ¡Si yo estuviera en el puesto de los profesores le tendria á V. por algun tiempo á pan y agua! ¡Ah! ¿que nada le importa á V.?

—¡Sin duda, puesto que he terminado mi constitucion! ¡Vas á ver mamá, qué bien acabada esta! Escucha un momento.

—¡No señor, no! ¡En verdad que me agrada la proposicion!

—Verás qué bien hecha está, todo se halla previsto en ella. Vamos, mama; te lo suplico.

—¡Nunca! antes me taparé los oidos. ¡Ah! ¿cree V., caballero, que una se ha de doblegar siempre á sus caprichos? ¡Ha hecho V. su constitucion! ¡Pues bien, guárdela para sí?

—¡Mamá, tan solo algunos capítulos!

—No, señor.

—¡El preámbulo!

—No.

—Entonces un párrafo, un parrafito siquiera; no puedes negarte á esto. ¡Es la obra de tu hijo!

—¡No! ¡no!

El acento de Malvina era ya menos resuelto; se ablandaba, la faltaba ya la fuerza para la resistencia.

—Unicamente algunas líneas, ¡mamá! ¡Vas á ver de qué manera está tratado el asunto! y despues si está mal, me darás consejos.

—En el fondo tiene razon, esclamó mi mujer apoderándose de esta escusa; puedo darle consejos. Veamos, chiquito mio, léemelas. ¿Dices que la has hecho tu? si es verdad...

—¿Y quién ha de ser?

—Los niños, como sabes, tienen siempre el maestro para que los corrija.

—¿Para mi constitucion? ¿estás soñando? ¡es fruto prohibido, mamita mia!

—¡Tienes razon, es verdad! ¡y yo que no pensaba en ello! ¡Fruto prohibido! La boca se me hace un agua; léeme eso pronto, chiquito mio.

—Déjame observar si viene alguien. Bueno, no hay nadie. Escucha ahora.

Y leyó:

DECLARACION DE LOS DERECHOS DEL HOMBRE Y DEL CIUDADANO.

«El pueblo francés, convencido de que el olvido y el desprecio de los derechos del hombre son las únicas causas del malestar de la sociedad, ha resuelto esponer en una declaracion solemne estos derechos sagrados é inalienables, á fin de que todos los ciudadanos, pudiendo comparar sin cesar los actos del gobierno con el objeto de toda institucion social, nunca se dejen oprimir; á fin de que el pueblo tenga siempre á la vista las bases de su libertad y de su felicidad, el magistrado la regla de sus deberes, el legislador el objeto de su mision.

»En su consecuencia, proclama en presencia del Ser Supremo los derechos del hombre y del ciudadano.»

—¡Diantre! Esclamó Malvina interrumpiendo á su hijo; qué pomposo es, pichon mio. ¿Y has sido tú quien lo ha hecho?

—¡He consultado alguna cosa mamá! Pero pasemos á los artículos.

No queria confesar que su preámbulo era obra de Maximiliano Robespierre.

—Me gusta bastante la introduccion, replicó Malvina. Es clara y esplícita. ¡Se ve que eres templado!

—No hagas caso, mamá, he aquí lo esencial.

ART. 1.° El primer derecho del hombre es el de vivir.

—¿Cómo dices eso, chiquito?

—«El primer derecho del hombre es el de vivir.» Está bastante claro.

—Y la mujer ¿que haces de ella? ¿Acaso tendrá nada mas que el derecho de morir?

—¡La muger, se sobreentiende!

—Nada menos que eso, querido; me la vas á restablecer.¡ Empieza por el hombre si así lo quieres; y aun, aun! Ahora vuelve á leer el párrafo.

—«El primer derecho del hombre y de la mujer es el de vivir.»

—¡En buen hora! ¿y despues?

—Es todo.

—¿Cómo todo? ¡Es bonito el todo! ¡es nutritivo! Tú les das el derecho de vivir: ¿y de qué? Del aire, del tiempo, segun parece. ¡Hé aquí un hermoso régimen! Veamos, toma la pluma y añade esto: para almorzar dos platos á eleccion y postres; para comer, tres platos con postre y media botella de Macon. ¿Has concluido?

—Sí, mamá.

—Ahora comprendo tu derecho de vivir. Aun cuando añadieses una taza de café para los domingos, no pondrias nada de mas. Continúa Alfredo.

—«Art. 2°. El segundo derecho del hombre, es el derecho al trabajo.»

—¿Y de la mujer? Parece que se hace con intencion; siempre se nos olvida.

—Tienes razon mamá. «Y de la mujer.»

—Ahora examinemos tu derecho al trabajo, chiquito mio. Mucho tiempo hace que me aturden los oidos con ese dichoso derecho al trabajo. No tengo mas que una palabrita que añadir á eso. Coje la pluma; ¿estás?

—Sí mamá.

—«El derecho al trabajo, es decir, el derecho de abandonar los talleres particulares en los que se trabaja sin descanso, para entrar en los del Estado donde se tiende uno á la bartola.» Esa es toda la historia. ¡Abajo los patrones! ¡Viva el Estado! Si tu derecho al trabajo pudiese existir en otra parte que en las cabezas de los fumadores, oirias resonar este grito por todas partes. Al Estado no le faltaria clientela y necesitaria una olla monstruosa para alimentarlos.

—Sin contar, mamá, que se les debe un mínimun de salario, y si no lee.

«Art. 3°. El tercer derecho del hombre, etc.»

—Esto es, siete libras y diez sueldos diarios, con ocho horas de taller. Perdices asadas para todo el mundo y fuentes en las que se beberá á pasto el Chablis y el Beaujolais. ¡Ay, qué es esto! ¿qué idea tienen formada de nosotros, los que nos venden esas patrañas? Creerán acaso que comulgamos con ruedas de molino. No se humilla á los oyentes hasta tal punto.

—¡Madre mia, madre mia!

—Veo, chiquito mio, que eres del número de aquellos que se hacen ilusiones. ¿Y tu buen sentido, Alfredo? Veamos, reflexiona; juzga mejor á los hombres. ¿Quiénes son los que dan al público esas alharacas? Plagiarios. ¡Escúchalos! para el pueblo es para quien trabajan; ellos le harán nadar en oro. Entre tanto ¿qué hacen? le atracan de periódicos, de libros, de impresos, para los que le arrancan hasta la última moneda. Con estos impresos le levantan de cascos, y cuando rompe por todo, cuando empuña el fusil ¿dónde se les ve? Arrellanados en los asientos de algun café, saboreando sus cigarros, esperando el resultado. Si es vencedor, van hácia él gritando: ¡Oh gran pueblo! hemé aquí. Si es vencido dicen: ¡Pobre pueblo! sal como puedas del atranco. Fumaré una pipa mas á tu salud. He aquí el ejercicio á que se entregan, chiquito mio; podria ser mas variado.

—¿Cómo se atrevé V. á decir eso, madre mia? ¡Unos hombres de tan buenos sentimientos, de tanto corazon!

—¡Bah! á la larga todo es comercio, querido mio. Este es como cualquiera otro. Se hacen los desinteresados y entre tanto viven de la cosa y sobre la cosa. Es tan claro como la luz del dia.

—¡Dios mio! ¡madre, qué cruel es V.! He aquí como me echa V. á perder mi constitucion; ¡un trabajo tan bueno!

—Tú harás otra, Alfredo; la desgracia no es grande. Procura que sea la constitucion de las gentes sensatas. Que sea concisa, y no diga mas que lo que debe decir. Nada de pomposas mentiras; sobre todo nada de bajezas. No prometas al pueblo cascadas de leche cuando no puedes darle mas que agua del Sena. Regla general; con él vale mas quedarse corto que ir mas allá de donde se puede. La mejor agudeza es la franqueza. Sobre todo, no inventes un gobierno que supla aquí abajo la Providencia; es un oficio demasiado dispendioso, al que nadie podrá satisfacer. No existe mas que el pelicano que sea á propósito para este ejercicio, y la naturaleza ha provisto á ello. En cuanto á los gobiernos, si se consa-

gran á él, perecen en la demanda. Siempre ha sucedido lo mismo desde el diluvio acá; los hombres nada pueden.

Estas palabras pronunciadas con autoridad, tuvieron cierta influencia sobre Alfredo. Por la primera vez, no tuvo nada que añadir. Un poco confuso relegó al fondo de su cajon esta constitucion que habia sido por tanto tiempo el orgullo y las delicias de su pensamiento.

En lo sucesivo no volvió á hablar del asunto á su madre. Solamente me la confió á mí, y pude con ayuda de un estudio muy superficial remontarme á las fuentes de donde la habia tomado. Era una almagama incoherente de utopias modernas y de tradiciones revolucionarias. Compilaciones semejantes recorrian las calles; esto no era peligroso. Pero en el seno de la universidad se agravaba el mal, y suministraba una prueba mas del desórden de las inteligencias. A los ojos de mi Alfredo estas escursiones sobre un terreno volcanizado, tocaban el corazon del gran maestro y correspondian á sus deseos secretos. Gustaba de ver á aquellas criaturas comer muy pronto el pan de los fuertes y llevar á sus labios esta copa llena de emociones. Preparados así, debian entrar en la carrera de la vida con sentimientos mas precisos y mas varoniles. Esta conviccion era tan profunda en mi hijo, creía obedecer tan bien al pensamiento de sus jefes, que mas de una vez, al hablar de sus estudios políticos, le oí esclamar:

—¡Dios mio! ¡si lo supiera mi ministro!

CAPITULO XXIV.

UNA SESION SUSTANCIOSA.

Aun cuando habiamos roto con Simon, queria portarse caballerosamente con nosotros. Este modo de proceder parecia una confesion de sus faltas, y mi mujer se mostraba agradecida á él. La gustaban los espectáculos; la Asamblea la ofrecia uno de los mas variados. De modo que no perdia ocasion alguna de lucir en ella su sombrero granate y su mejor vestido. Sentada en el primer banco, recibia de lejos el saludo de nuestro antiguo amigo, y se le devolvia con un ademan lleno á la vez de benevolencia y de dignidad.

Lo que chocaba sobre todo en esta sala, eran la estencion y longitud de la nave. El número de representantes no habia permitido emplear la forma circular; habia sido preciso colocar las banquetas en forma de herradura irregular. Por otra parte el recinto tenia un aspecto alegre y risueño. En toda la longitud del friso habia en cada lado una serie de ventanas contiguas unas á otras que se asemejaban á las que alumbraban, en Versalles, la sala del juego de pelota. Por parte del arquitecto ¿era esta una imitacion sistemática ó una reminiscencia involuntaria? Lo ignoro. Es lo cierto que aquellas vidrieras, con sus cortinas agitadas por el viento, recordaban á Bailly, de pie sobre su mesa, y los quinientos brazos del tercer estado y del clero, confundidos en el mismo juramento.

Uno de los mayores defectos de esta construccion consistia en su misma estension. Los sonidos se perdian en ella, y en pasando de cierta

zona se estinguian sin repercusion. Á causa de esto habia dos clases de asientos en la sala: asientos de los que se oia, y aquellos desde los cuales no se percibia ni los murmullos. En el límite donde comenzaba el ensanche de las paredes, se declaraba para los miembros que estaban sentados una especie de sordera artificial que se aumentaba con la distancia. Varias veces se intentó remediar este inconveniente, y para conseguirlo se levantó una especie de tornavoz gigantesco, á cuya sombra la tribuna y la mesa tuvieron el aspecto de un teatro de provincia. Se esperaba que los sonidos de la voz, pegando en estas paredes de tablas vibrarian con fuerza y se esparcirian en seguida por los ángulos mas lejanos del salon. ¡Vana esperanza! La sonoridad no se aumentó sino de un modo imperfecto, y algunos pulmones favorecidos por la naturaleza, como el de Simon, fueron los únicos que tuvieron el privilegio de llenar enteramente este vasto y malaventurado recinto.

He insistido sobre esta circunstancia, porque ella ejerció sobre las costumbres y la conducta de la Asamblea una influencia mas decisiva de lo que se cree. Los miembros desterrados, permítaseme la espresion, á los bancos lejanos, tomaron la costumbre de considerarse como un mundo aparte, un mundo de desheredados. Se vengaban con gusto de su desgracia por medio de la turbulencia: cuando veian que á espensas de la mas escrupulosa atencion, no podian coger mas que al vuelo palabras sin significacion y frases incompletas, tomaban la revancha entregándose á conversaciones particulares. Asociaban de este modo la Asamblea entera á las desventajas de su posicion. A duras penas se resignaban al silencio cuando un metal de voz mas limpio ó mas sonoro llevaba á sus oidos algunos elementos confusos de un debate ininteligible.

Presenciamos un dia el espectáculo de este cisma hijo del alejamiento. Las palabras pronunciadas en la tribuna llevaban en sí bastante interés: estas palabras se perdian á la mitad del camino. ¡Mas alto! ¡mas alto! se gritaba de los bancos desgraciados. El orador trató de levantar la voz; su fuerza le hizo traicion. No les quedó otro remedio á los miembros sentados hácia los confines del salon, que seguir el pensamiento del orador por el movimiento de los labios. No tuvieron todos la misma resignacion, y se siguió una tempestad igual en violencia á las que agitan el Océano indio. Desde nuestra tribuna pudimos seguir las ondulaciones de los bancos, como desde la cubierta se siguen los choques desordenados de las olas que se estrellan contra el buque. Añadase á es-

to los apóstrofes que se dirigian mútuamente, el contínuo patear, los clamores, los golpes contra las barandillas, y se tendrá una idea aproximada de este tumultuoso episodio, veinte veces renovado.

Evidentemente la Asamblea obedecia á sus instintos revolucionarios, en estos desórdenes sin motivo. Aun en las horas mas tranquilas, reinaba allí una agitacion que no esperaba mas que un pretesto para dejarse arrebatar hasta el desórden. Disciplina, no podia buscarse en ella; rompia el freno justo en el momento en que se creia haberla sujetado á él. Un ademan, cualquier incidente insignificante bastaban para lanzarla á escenas tumultuarias, y ni el presidente ni su campanilla tenian poder para reprimirla. En ocasiones semejantes la Asamblea no conocia mas que un superior, el cansancio; se calmaba por abatimiento.

La sesion en la que esta tempestad estalló estuvo llena de incidentes de distinto carácter. Hubiera podido llamársela una sesion sustanciosa, como se dice en los tribunales una causa sustanciosa, ó de otra manera una causa de carnaval. La órden del dia llamaba á la discusion los espedientes de peticiones: los deseos mas burlescos, las demandas mas chocantes parecia que se habian citado en el cuaderno oficial. Era el dia de las estravagancias. Nunca se han visto tantas y de tan buena calidad. Las carcajadas se sucedian sin interrupcion y llenaban el recinto. No se veian mas que bocas risueñas y rostros alegres. Las frentes perdian su ceño sombrio y los hipocondrios que la política cargaba de negros humores, podian por último deshacerse fácilmente de la bilis.

Los espedientes de peticiones son generalmente el alimento de los oradores de segundo órden. Este dia no se derogó la costumbre y resultó de esta un espectáculo muy variado y muy divertido. La casualidad sirvió completamente nuestros deseos; vimos desfilar por la tribuna las voces mas acentuadas de nuestras provincias. Sobre cada tribuno hubiera podido fijarse sin titubear la etiqueta de su procedencia; aquí, la Alsacia; allí, el Languedoc; en seguida el Bearn, y hasta la Auvernia. La Provenza y el condado Venaissin tuvieron los honores de la jornada y la palma de la entonacion. Sabido es qué acento tan pronunciado imprimen los hijos de este pais querido del cielo á nuestro idioma, y cuánto valor prestan las sílabas finales á su libre interpretacion. No desmintieron su antigua nombradia y desplegaron en nuestro obsequio los brillantes recursos de su melopia. Pero una circunstancia de las mas raras, y que no habia notado hasta entonces, era la guerra de esterminio, ó mejor dicho de traslacion, que se hacia al acento agudo. Le deporta-

ban violentamente de un punto á otro sin que se pudiese atribuir este acto de rigor mas que á un capricho de la fantasia.

En esta sesion memorable, el condado Venaissin fué el que nos ofreció particularmente, modelos mas completos.

¡Patria de Petrarca y de Laura! ¿podia esperarse menos de ti?

El Languedoc no quiso quedarse atrás; mandó á la tribuna sus naturales los mas acentuados. Se habla de algunos meses á esta parte del respeto que se debe á la propiedad. Existe otro respeto que profesan en el grado mas heróico los ribereños del Herault y del Garona: es el respeto á las letras del alfabeto. Mientras que nosotros las condenamos parcialmente á un olvido fatal, el Languedoc y la Gascuña, ninguna omiten, ninguna escluyen. Creerian faltar al mas estricto, al mas imperioso de sus deberes si no las pronunciasen todas sin reserva, sin escepcion.

Así por no citar mas que un ejemplo, pero un grande y noble ejemplo, cuando quieren invocar un nombre querido á sus corazones, el del Herault, ¿creis que nos imitan y que cual hijos ingratos, abandonan las dos consonantes finales? Nada menos que eso. Y no solo han logrado articular una de ellas, sino que, por uno de esos prodigios que solo puede producir el patriotismo, pronuncian dos, sí, dos, la *l* y la *t*. Procuradlo vosotros ¡bárbaros del Norte! ¡se desafia á vuestras lenguas! ¡Ahi está el Mediodia que os contempla!

¡Cosa estraña! este contraste que el pais romancesco por escelencia acaba de ofrecernos, le encontramos nuevamente en la patria de Isaura y en toda esa línea fluvial que baja hácia el golfo de Gascuña y vá á llevar sus aguas al Océano. Abundan los tribunos en estas afortunadas orillas, y se les reconoceria entre mil. El cultivo de las *letras* está muy estendido en aquellas regiones; los finales sobre todo resuenan con una feliz entonacion que en vano se buscaria en otra comarca menos favorecida. En cuanto á los contrastes, helos aquí: *eu* se pronuncia *u*; *u* se pronuncia *eu*.

Nada faltó en aquel desfile de provincias. La buena, la industriosa Alsacia envió á la tribuna una de sus muestras mas curiosas. Era un hombre de un mérito incontestable, que de generacion en generacion, habia visto perpetuarse en su familia las grandes tradiciones de nuestro idioma.

La Aubernia suministró tambien un tipo, pero pasajero y mas incoloro. La Bretaña tuvo su contigente, la Normandia tambien. Era un verdadero congreso. Entre estas flores de jardin, unas tenian un perfume demasiado fuerte, otras no esparcian sino emanaciones mas suaves.

Cada una tenia su carácter, su rango, sus cualidades. Los unos tenian esa pedanteria propia de los hijos del Mediodia, los otros se encerraban en esa fria impasibilidad tan propia de los habitantes del Norte y del Centro. El ademan mismo, á falta de la voz, hubiera descubierto esta diversidad de climas y de situaciones. El Picard no agitaba sus brazos como el Bearnés, y la nariz purpurina del Borgoñon no tenia semejanza alguna con la pronunciada del Delfinado. Cada provincia traia alli sus defectos y sus bellezas, sus fuerzas y sus debilidades, y sobre todo esto su acento que en mas de una ofrecia el carácter de una etiqueta pegada en la frente de sus elegidos.

Mientras que esta revista pasaba ante nuestros ojos, la Asamblea concluia su órden del dia, y proseguia el curso de sus tareas. Tengo dicho ya que la sesion debia ocuparse de los espedientes de peticiones. Este trabajo estéril acababa de empezar y casi nadie fijaba su atencion en él. Los bancos estaban desiertos y en todas partes se entablaban conversaciones particulares. De tarde en tarde una comunicacion del género grotesco escitaba la curiosidad y obtenia un triunfo de carcajadas. Diríase verdaderamente al oir aquellas que se tramaba por fuera una conspiracion para concluir con el derecho de peticion por medio del ridículo. Nunca llegaria la imaginacion con auxilio del mayor esfuerzo, á la suma de las locuras cuya confidencia recibe el papel, y que van en seguida á ostentarse atrevidamente en la tribuna nacional.

Puede juzgarse por algunos recuerdos que me han quedado en la memoria. El relator de la comision del interior trae sus trabajos á la barra, y lee lo que sigue:

«El ciudadano Brisemiche, condecorado con varias órdenes estranjeras y medallas de salvamento, espone á la Asamblea nacional:

»Que la propiedad no puede subsistir bajo el pie abusivo que tiene;

»Que todos los grandes pensadores estan contestes en presagiar, para un porvenir muy próximo, su metaforsis completa;

»Que transformándose la propiedad, es preciso que en el momento se encargue el Estado del movimiento general de la riqueza pública;

»Que encargado de esta riqueza el Estado se ponga sobre la marcha en actitud de poder proveer á las necesidades de toda clase de los ciudadanos;

»Que nada está organizado en Francia para esta caso; de lo cual resultaria que la víspera de gozar de una felicidad sin límites, los franceses, faltándoles los víveres uno ó dos dias, moririan acaso de hambre.

»Para evitar este inconveniente, el ciudadano Bisemiche, condecorado con varias órdenes estranjeras y medallas de salvamento, solicita de la Asamblea nacional autorizacion para establecer á espensas de la nacion:

»1.ª Una fábrica de harinas y una panaderia situadas en el centro de Francia y organizadas de tal manera que se pueda moler el grano y cocer el pan de los ochenta y seis departamentos.

»2.° Un basto matadero donde se prepararian en grande escala, las piernas de carnero, los solomillos, los cuartos de ternera y las chuletas, destinados á la alimentacion general de la Francia.

»Estos establecimientos se hallarian provistos de tubos conductores que dirigidos hácia las cabezas de partido, derramarian en ellas á todas horas los artículos alimenticios que necesitasen.

»Á cada uno de estos tubos se adaptaria un telégrafo eléctrico, por medio del cual un departamento desprovisto podria pedir algunas chuletas y panes de cuatro libras supletorios. Algunas formulas muy sencillas bastarian para manifestar las necesidades de las cabezas de partido. Así el telégrafo diria por ejemplo: *¡Pan para treinta mil bocas!*

»Á estas palabras las raciones se meterian en el tubo conductor con la sencilla respuesta: *Ahí vá.*

»Para completar este sistema de abastos, es evidente que será necesario establecer entre los diferentes puntos del departamento alguna cosa análoga al servicio organizado entre la cabeza de partido, la panaderia y la carniceria universales. La capital del departamento verteria pues su víveres en la capital del distrito por medio del mismo sistema de tubos conductores. La capital del distrito prestaria el mismo servicio á la del canton, y á su vez la del canton prestaria este á las municipalidades. De este modo todos los puntos del territorio francés se verian abastecidos en una hora, en un minuto dados, como por encanto y de una manera metódica. ¡Cuán preferible seria semejante espectáculo al que ofrece el régimen actual, en el que nada se hace en conjunto, en el que cada uno hace su provision á la ventura, en los sitios y horas que se le antojan, sin precision, sin plan determinados!

»El ciudadano Brisemiche pide al gobierno y á la Asamblea el favor de titular su establecimiento: *Manutencion nacional de panes y subsistencias de la República.* Ofrece contra la alteracion, la adulteracion y la falsificacion que con tanta razon anatematizan los órganos de la prensa, garantias que se exigirian en vano á los panaderos y carniceros es-

parcidos en toda la superficie del pais. Se compromete además á marcar todos sus productos con un sello que garantizará su sinceridad. Los ciudadanos podrán entonces comer con toda confianza el pan y las chuletas, de las que tendria él el monopolio.

»Para gastos de primer establecimiento y á título de anticipo, el ciudadano Brisemiche, condecorado con varias órdenes estranjeras y medallas de salvamento, no pide á la Asamblea y al gobierno mas que la módica suma de veinte millones. Si se le pudiera aprontar cincuenta francos en término de veinte y cuatro horas, se lo agradeceria mucho á la autoridad.

»Las cartas y los planos de la *Manutencion nacional*, van unidos á la peticion. El ciudadano Brisemiche ha desembolsado cien francos cincuenta céntimos de papel, los que necesita se le reembolsen sin demora alguna.

»Pone á los pies del gobierno y de la Asamblea su adhesion solemne á la República. Salud y fraternidad.»

Esta peticion emanaba evidentemente de la secta que quiere reducir la humanidad á una sola marmita y á una sola olla de rancho. La hilaridad que escitó en los bancos y en las tribunas, pudo probarle que este género de industria no convenia á la generalidad, y que contrariaba las costumbres y los gustos de muchas personas. Así que, el ciudadano Brisemiche hubo de contentarse con el triunfo que le habia tocado, el de una alegria general. Lo mismo le sucedió al ciudadano Cascaret, cuyos deseos se manifestaron en la tribuna en los términos siguientes:

«El ciudadano Cascaret, maestro de señoritas y célebre por varios diplomas de perfeccionamiento, tiene el honor de someter á la Asamblea las ideas siguientes que son las de un moralista y un hombre de bien.

»Estudiando el problema social como conviene á un hombre que se respeta á sí mismo, ha creido observar en las relaciones de los sexos una situacion desagradable y que debe repugnar soberanamente á la Divinidad.

»Seguramente para aquellos que descuidan el estudio del problema social, el estado respectivo del hombre y de la mujer les puede parecer que está sometido á leyes regulares; pero basta estudiar un instante las cosas para convencerse de que estamos fuera de la naturaleza y de la verdad.

»En efecto ¿qué dice el problema social, este grande y bello problema? Dice que todo se determina en la tierra por los principios de la ana-

logia universal, y que nadie podrá separarse de ella sin faltar á las intenciones reales y definitivas del Criador. Hé aquí lo que dice el problema social.

»Una vez planteada la cuestion en este terreno, el ciudadano Cascaret ha debido descender á la naturaleza y á la verdad, á fin de probar en esta piedra de toque la ley de las relaciones de los sexos y asegurarse de que era conforme al destino de la criatura y á los fines misteriosos de la creacion. Era un abismo; no ha temido penetrar en él, armado con la antorcha del moralista y del hombre honrado.

»Se trataba de una investigacion, la hizo sobre la base sólida de la gran analogia. Un corral se ofreció ante su vista: ¿qué observó en él? Un sultan alado, rodeado de un acompañamiento de favoritas. Este espectáculo le llamó la atencion. ¡Qué bien estaba comprendido todo! ¡y qué papel tan interesante representaba el macho en este acompañamiento complaciente! ¡de una parte cuánta dignidad! ¡cuánta sumision de otra! ¿No era esto, acaso, la suerte natural del hombre? ¿y no habia faltado á las condiciones de su grandeza separándose de ella?

»El ciudadano Cascaret llevó este estudio mas allá de los límites de un corral. Queria ilustrar esta parte del problema social de manera que no quedase en él duda alguna. Se acordó del Gran-Turco; fué una revelacion. Segun su modo de ver el Gran-Turco representa el hombre del universo que ha comprendido mejor la ley de relaciones entre los sexos. Si hubo alguno que le venciese en este terreno, fué el rey Salomon, que se remonta evidentemente á tiempos mas remotos. Por otra parte el rey Salomon escapa á nuestras investigaciones, mientras que tenemos al Gran-Turco á mano.

»Al ciudadano Cascaret le parece que tan gran ejemplo no debe pasar desapercibido por la República. Seria digno de ella estudiar las costumbres del Gran Señor bajo el punto de vista de la ley de relacion entre los sexos, y enviar á estudiar sobre el terreno una comision con el objeto de decidir de una vez para todas quién es el que se encuentra colocado mas particularmente en las vias de la naturaleza y de la verdad, si el Gran Señor ó el resto del Universo.

»El ciudano Cascaret está convencido de antemano de que los resultados de este estudio estarán todos en favor del Gran-Turco, y probarán que el hombre ha faltado al cuidado de su dignidad y á las condiciones imperiosas de su orígen, en todas partes escepto en el Bósforo.

»Esta parte del problema social está pues sin resolver. El ciudadano

Cascaret ha emprendido su resolucion. En un trabajo estenso que somete á la Asamblea, prueba que el adulterio, el incesto, la prostitucion y los llagas vergonzosas que engendran estos vicios, no son mas que la consecuencia natural de una desviacion de los principios eternos.

»En su consecuencia:

»El ciudadano Cascaret, profesor de señoritas y célebre por varias cédulas de perfeccionamiento, invita á la Asamblea nacional á que tenga á bien dar un hermoso espectáculo al mundo, á restablecer los sexos en sus derechos respectivos, á entrar en las vias de la naturaleza y de la verdad, declarando de la manera mas solemne que la pluralidad de mujeres será de aquí adelante el derecho civil de Francia y que la República funda sobre esta base imperecedera el porvenir de las generaciones.»

Facil es adivinar la impresion que produciria en el recinto esta singular peticion.

Por un movimiento simultáneo, todas las miradas se dirigieron á las señoras que ocupaban las tribunas; aquellas no sabian qué aspecto tomar, y ocultaban, tapándose con los pañuelos, su confusion y sus risas.

Malvina fué la única que no se conmovió, tenia un alma superior á tales pruebas.

—¡Ah! ¡Cascaret! dijo bastante alto para ser oida; le llaman Cascaret. Pues bien, que caiga bajo mi mano y yo le enseñaré las vias de la naturaleza y de la verdad. Apuesto veinte francos á que es tuerto.

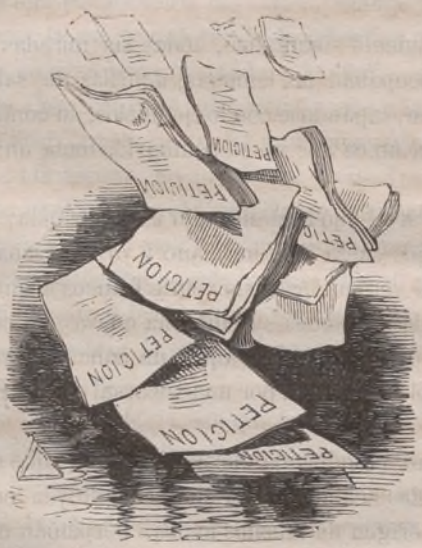
A esta serie de peticiones sucedió una nueva que espusieron los relatores de varias comisiones. Era aquel un concurso de locuras: se tomaba á la Asamblea nacional por una sucursal de Charenton.

Ejemplo:

«El ciudadano Matador manifiesta el deseo de que se adopte un partido respecto de los célibes. Juzga que constituyen en la sociedad un cuerpo parásito orígen de muchos males. Perpetúan en ella el egoismo y las malas costumbres. Cualquier medida que se tomase respecto á ellos, por rigorosa que fuese, estaria justificada. Sin embargo el peticionario no quiere que la sociedad abuse de su derecho. No pide las cabezas de los culpables: se limita á reclamar medidas que puedan contener y prevenir el mal, y entre otras propone las dos siguientes: 1.° La confiscacion de los bienes en vida: 2.° á su muerte, privacion de sepultura. Unicamente á este precio podrá libertarse á la sociedad de los célibes.»

La sesion terminaba; habia sido bien aprovechada. Pero todavia se

podia adquirir la prueba de los progresos que hacia allí el espíritu de vértigo que reinaba fuera. La tribuna era presa de los empíricos y de los insensatos; asociaban la asamblea al despacho de sus drogas y á los misterios de sus estravagancias. Les suministraba la orquesta y el tablado. Por el honor mismo del derecho, esta situacion debia cesar; el abuso hubiera muerto al uso.



CAPITULO XXV.

MALVINA EN EL CLUB DE LAS MUJERES.

Hácia algunos dias que se habia apoderado de Malvina una idea fija. Habia sabido por las voz pública, que acababa de fundarse un club de mujeres y que tenia cierta nombradía. Preciso es decir que esta institucion despertaba el recuerdo mas glorioso de su juventud. No podia olvidar el dia de sus primeros ensayos, y el momento solemne en que habia ocupado, con una rara fortuna, la tribuna de la sala Taitbout. El tiempo que arrebata tan pronto nuestros ilusiones, habia respetado esta. Mi mujer no creia ya en los dioses que habia adorado entonces; pero la embriaguez de la victoria, los incidentes de esta justa oratoria, habian dejado en su alma profundos vestigios.

No se podia pues hablar del club de las mujeres sin escitar en ella un vivo deseo de ir y asistir á él. Sin embargo se resistia con todas sus fuerzas. Su temor era el de no poder contenerse y cambiar el papel de testigo que queria conservar, por el de actor, del que ella queria privarse. Aunque Malvina tenia una imaginacion viva y tomase desde

luego resoluciones prontas, tenia el sentimiento verdadero y justo de las cosas. Este club de las mujeres la repugnaba; en él veia el indicio de un desórden moral. Asi que, no perdonaba á las personas que habian fundado el establecimiento. Esta disposicion de ánimo la obligaba todavia á contenerse mas; mejor era abstenerse porque no podia responder de sí.

Sin embargo Oscar, que venia á vernos de tiempo en tiempo, no cesaba de hablar de este club y de las proezas de que era teatro. Era la fábula de París y el objeto de todas las conversaciones. Se contaban con respecto á esto las escenas mas curiosas, y los incidentes mas chistosos. Gozaba del favor público. Al principio, la entrada era gratuita y la sociedad un poco hetereogénea. Con objeto de hacer un espurgo se impuso una contribucion á los curiosos: cincuenta céntimos al pronto. No cesando por eso la afluencia, la entrada se puso á franco. Esta alza dió un valor estraordinario á los billetes; se los arrebataban. La alta sociedad quiso ver de cerca estas enaguas que levantaban el estandarte de la rebelion. Hubo allí reventas y algunas especulaciones sobre los cupones de entrada. Si el club de las mujeres hubiera vivido ocho dias mas, se le hubiera cotizado en la Bolsa. Estos pormenores llegaban á los oidos de Malvina y daban á su razon terribles asaltos. ¿Dejaria un espectáculo semejante desvanecerse sin haber gozado de él una vez? El establecimiento encontraba un favor que llegaba hasta el escándalo. Razon mas para creer que no duraria mucho tiempo. La sesion en que menos se pensase podia ser la última. Esta perspectiva obraba sobre mi mujer como un aguijon.

—¡Me costaria una enfermedad! esclamó. ¡Iremos al club, Jerónimo, iremos esta noche!

—¿Y si te dejas arrebatar?

—No amigo mio, sabré muy bien contenerme. Dos horas se pasan muy pronto.

—¡Te arrebatas con tanta facilidad!

—Eso es segun, Jerónimo. Y además mira, todo es estar muy sobre sí. Iremos, está dicho.

—Pues que así lo quieres...

Esta comedia casera se representaba en los *boulevards*, en una sala alquilada para la sesion. La industria de los clubs habia dado importancia á este género de alquileres; los empresarios desgraciados encontraban un recurso en él. Despues de comer apresuradamente, nos dirigi-

mos á aquel punto. Las avenidas estaban llenas de gente; no se podia llegar sin esfuerzo. Una doble fila de curiosos se habia formado, y antes de penetrar hasta el santuario era preciso correr las eventualidades y sufrir el ultraje de una especie de inspeccion. Las mujeres eran de este modo pasadas en revista. Lejos de intimidar á Malvina esta prueba, no hizo mas que darla mayor audacia: le gustaban las aventuras. Nos metimos pues en medio de esta guardia de honor, compuesta de aturdidos y de calaveras de mal género. Los equívocos, las alusiones pululaban por todas partes; se permitian hasta frases obscenas. Malvina no pestañeaba. Cuando las cosas iban demasiado lejos, se volvia del lado del culpable, y sabia aterrarle con una sola palabra.

—¡Grosero! decia.

Preciso fué que en un punto hubiera un insulto algo mas grave todavia, porque me pareció oir un ruido seco, en medio de esta concurrencia que nos comprimia, seguido de risas generales.

—¡Bien dado! esclamó una voz.

Miré á Malvina; sus mejillas estaban encendidas, hinchada su nariz y centelleaban su ojos. Acababa de hacerse justicia.

El espacio se abrió por fin delante de nosotros, y despues de haber subido la escalera, penetramos en la sala. Estaba casi desamueblada; apenas habia algunas sillas, y en el fondo un estrado para la mesa. En general los clubs no brillaban por el mueblaje; este no hacia escepcion. Malvina logró procurarse un asiento; yo me arrimé á la tapia, á fin de estar pronto en cualquier acontecimiento. Las sesiones pasaban por ser muy borrascosas; un protector no estaba demás. Malvina tuvo dos; Oscar se encontraba allí. Era uno de los clientes mas asíduos del club de las mujeres; sostenia que nunca se le habian presentado tan bien como en este establecimiento: soy demasiado dichoso, añadia, de tener á tan poca costa el modelo vivo, y con poder hacer este estudio del natural.

La sala se llenaba poco á poco; las mujeres llegaban todas con sus acompañantes. Las pecadoras formaban grupo aparte y parecian menos deseosas de instruirse que de aparearse. Por eso la presidenta, mientras duró la sesion paseó sus indignadas gafas sobre aquel rebaño de ovejas estraviadas. A falta de otro medio, protestaba con el gesto y con la mirada. Preciso es confesar que lo mas escogido en punto á belleza se encontraba en aquel grupo. Al menos se veian en él las sonrisas graciosas y las blancas dentaduras de la juventud. En los demás puntos abundaban las matronas y formaban sombras poco favorables al cua-

dro. Los trajes no llegaban á un nivel muy elevado: muchas bolsas de costura y demasiados sombreros salidos de las perchas del Temple. En cuanto á las fisonomias se las podia caracterizar en dos palabras: ojos guarnecidos con lentes de color y narices acostumbradas de tiempo inmemorial al tabaco de la administracion. Sin las pecadoras ¡gran Dios! ¿quién se hubiera atrevido á arrostrar semejantes peligros? Y aun cuando no hubiera sido mas que por el interés de las entradas, la presidencia hubiera debido tomar, respecto de ellas, una actitud menos severa.

He nombrado la presidenta y es ya tiempo de hablar de ella. Sus antiparras eran dignas de respeto; es todo cuanto podria decirse de aquella. Por el estado de sus formas se sustraia á cualquier otra apreciacion. La edad y tal vez la desgracia, le habian arrebatado los caractéres esteriores de su sexo. Es verdad que hacia sentar á su lado una vice-presidenta, dotada de una obesidad monstruosa. Este contraste no reparaba nada. La vista no hace compensaciones, no añade los sobrantes al lado de las faltas á fin de restablecer esta ley de equilibrio, que gobierna los mundos. Ve aquí demasiado poco, allí de sobra, y condena sin apelacion estos escesos deplorables. Estas disposiciones dominaban la asamblea compuesta en gran parte de peritos en la materia. La crítica se espresaba sobre el personal de la mesa con una libertad que seria difícil de trascribir; señalaba de una parte una insuficiencia notoria, y de la otra una profusion intolerable. Estas opiniones no se cambiaban á media voz; estallaban muy alto y venian á buscar la presidenta hasta en sus antiparras empañadas por el rubor.

Sin embargo era preciso resistir, hacer frente á la tempestad, bajo la pena de ser arrastrado por ella. La presidenta lo ensayó; agitó la campanilla, espresion de su poder, y con voz ligeramente conmovida, declaró abierta la sesion. Estas palabras, que respiraban cierta dignidad, fueron seguidas de un silencio. El progama iba á seguir su curso; estaba ganada la partida si un chusco de mal género no hubiera intervenido.

—¿No estamos en el club de las mujeres? dijo con acento de duda.

—¡Si! ¡si! gritaron de todas partes.

La presidenta quiso acortar el incidente, añadiendo con tono doctoral:

—Sí señor, estais en el club de las mujeres.

Se creyó desconcertado al interruptor y la reunion iba á hacer justicia, cuando volvió á tomar la palabra.

—Si este es un club de mujeres, dijo, que se pongan mujeres en la mesa.

El golpe era contundente; las dos dignatarias fueron profundamente heridas. Escitada por esta agudeza, la reunion fue implacable:

—¡Mujeres en la mesa! ¡queremos mujeres!

La presidenta se levantó, sacudió veinte veces su campanilla, presentó heroicamente su pecho á la tempestad de las burlas; fué en vano.

—¡Mujeres en la mesa! se gritaba sin cesar: ¡queremos mujeres!

—Pero me parece.... ciudadanos, dijo la presidenta conmovida.

—A fé mia, ¡no! replicó un descontento; ¡no nos parece en manera alguna!

Tocó á su vez á la vice-presidenta oponer á la rebelion una superficie mas compacta.

—Pero, señores, me parece.... dijo repitiendo una frase desgraciada.

—¡Oh! esta vez, repitió el chusco, nos parece demasiado.

El tumulto estaba en todo su auje; no habia fuerza humana que hubiera sido capaz de apaciguarle. La libertad de las frases habia llegado á su último límite. Los jóvenes hablaban de apagar los quinqués, las pecadoras reian como locas. Habia en esto un peligro real; me aproximé á Malvina. Al principio esta habia tomado la escena por el lado grotesco; pero cuando las cosas llegaron á degenerar, frunció el ceño y paseó sobre los sediciosos miradas dignas del soberano del Olimpo. Se veia que trataba de contenerlos reprimiéndose ella misma. Era á la vez una lucha esterna y un combate interior. Por último, en el momento mas crítico, se me escapó, por decir lo asi, de entre las manos, atravesó esta multitud alborotada y subió como una flecha las gradas del estrado. Este movimiento impetuoso, esta aparicion, produjeron un cambio repentino en el estado de los ánimos.

—¿Quereis mujeres en la mesa? esclamó Malvina con ademan resuelto; hé aquí una.

Un murmullo de asentimiento acogió esta declaracion; la asamblea se confesaba vencida. Malvina tenia un no sé qué de imponente, habia en su aspecto y en el timbre de su voz una cosa que tenia á raya á los mas turbulentos. Hubo profundo silencio, y se atendió.

—Y ahora, añadió, ¡que nadie se mueva! soy yo quien mantiene el órden en el local.

Gracias á esta diversion inesperada, el club pudo hallar un poco de tranquilidad y emprender de nuevo el curso regular de sus traba-

MCD 2022-L5

jos. La presidenta, salvada por un prodigio, se deshacia por manifestar su gratitud á Malvina. Creyó que el ángel de sus teorías acababa de descender del cielo.

—¡Hermana mia, la dijo, cuánto la debo á V.!

—Está bien, la respondió mi mujer; entiéndase V. con esos caballeros; mas tarde ajustaremos nuestras cuentas.

El programa siguió libremente su curso; se divagó mucho sobre las mujeres, y sobre su condicion en las sociedades modernas. La presidenta tenia una homilia, cuidadosamente preparada y que derramó sin piedad sobre el club completamente avasallado. Mas de una vez se rebeló; pidió gracia. Malvina mantuvo al orador en su derecho, á pesar y contra todos. Solo ella podia obligarle á tanta condescendencia. Le sentia estremecerse bajo su mano, y no sin secreto orgullo le imponia su voluntad. Juzgaba mejor que nadie lo que podian valer estos discursos, que no tenian el mérito de las formas, ni el del sentido, ni el de la manera de pronunciarlos. Conocia qué hastío tan profundo, qué vacío tan espantoso llevaban consigo estas miserias, y comprendia la impaciencia del auditorio. Pero cuanto mas difícil era la empresa, mas empeño tenia en conducirla hasta el fin. De buena ó de mala voluntad, el club se vió forzado á oirlo todo; conoció á fondo la existencia de las doncellas de labor, la suerte de las bordadoras y el destino de las modistas. Nada se le perdonó, ni una recriminacion, ni un guarismo, y hasta pudo conocer los encantos de un proyecto de colonizacion, aplicable á las hiladoras de las provincias del Oeste. Sujetar una asamblea hasta el límite de esta resignacion, era cuanto se podia conseguir: Carter (1) no lo hubiera hecho mejor.

Cuando la presidenta concluyó de abusar así del público, el órden del programa llamó otro oradores. Eran mujeres de edad avanzada en su mayor parte. La tribuna las intimidó y ninguna de ellas tuvo la presencia de ánimo necesaria para cansar por mucho tiempo la atencion del club. Así pues, la sesion iba á concluir por falta de oradores, cuando un jóven salió del recinto y se dirigió hácia el estrado con una lentitud estudiada. Era rubio; en su rostro se veia aun el bozo de la adolescencia. En la espresion de sus ojos azules, en sus gestos adamados, se percibia un no sé qué de afeminado que parecia justificar su presencia en esta tribuna. Sin embargo no pudo mantenerse en ella sin oposicion.

(1) Célebre domador de fieras.

—¡Mujeres, queremos mujeres! repitieron las voces turbulentas.

—Yo soy el campeon de las mujeres, dijo el orador con una sonrisa propia de la declaracion.

Una carcajada general acojió este comentario; se prolongó tan irresistiblemente que la conspiracion quedó desarmada.

—Soy el campeon de las mujeres, añadió el orador, y á este título pido que se me escuche. Vengo á hablar de las mujeres á las mujeres. Con el mismo motivo, hablaré tambien de los hombres. La mujer ¡Dios mio! ¡la mujer! ¡Es un asunto sobre el cual nunca podria uno estenderse demasiado!

—¡Al órden! dijo una voz.

—¡Silencio! esclamó Malvina con tono severo.

—Acepto la interrupcion, prosiguió el rubio, y sé lo que me impone. Asi pues hablaré de las mujeres á estas y á los hombres. Yo diré á los hombres lo que concierne á las mujeres, y á las mujeres lo que concierne á los hombres. Los revelaré unos á otros, puesto que se desconocen; porque no tienen bastantes puntos de contacto.

—¡Bellisimo! dijo la misma voz.

—¡Silencio pues! replicó Malvina con una mirada aterradora.

—Estas críticas no me arredran, replicó el orador; las tenia previstas y las acepto. Al declararme defensor de las mujeres, sabia muy bien que la persecucion me esperaba. Esta persecucion la desafio; iré hasta el martirio si es necesario. ¡Por las mujeres qué no haré yo! ¡Acaso no es entre ellas donde es preciso ir á buscar nuestras esposas y nuestras madres, nuestras primas y nuestras tias! Defender á las mujeres, alabarlas, es para mí un culto, una tradicion, un deber; es mi título, mi herencia. ¡Oh mujeres! ¡mujeres! ¡que no pudiera yo poner vuestra suerte á la altura de mis deseos! ¡vosotras seríais las reinas del universo como sois sus ángeles!

Este ditirambo hubiera podido durar mucho tiempo: la lira del rubio estaba templada. Se le habia visto en otras sesiones, prolongar indefinidamente este himno caballeresco en honor de la maravilla de la creacion. Habia tomado la mujer desde su orígen mismo, desde el momento en que entra desnuda é inocente en el seno de su paraiso, para salir vestida y culpable; despues la habia mostrado, en el curso de los siglos, rescatando su primer falta por una abnegacion sin límites y sin fin, defendiendo al hombre de sí mismo, feliz con su gloria y mitigando sus dolores, oscureciéndose delante de él como una esclava y bendiciendo

hasta la mano estraviada que paga tantos beneficios con la violencia. Tal era el tema acostumbrado del jovencillo rubio; apenas variaba la forma de una sesion á otra. Volvió esta vez á su tema favorito é insistió todavia en la última imágen desplegando en ella todo su arte.

Mi mujer resignada hasta entonces, guardaba su seriedad y ejecutaba su papel. Sin embargo veia en los movimientos de sus pies que su paciencia se agotaba, y aproximándome á la presidencia, pude oirla decir:

—¡Dios! ¡cuánto sufren mis nervios con oir á ese hombre!

El vaso estaba lleno; á la primera gota se derramó. Entre las estravagancias de su poesia, el orador acababa de hablar de los malos tratamientos dados á la mas bella mitad del género humano. Malvina no sufria que acerca de esto hubiese burlas, ni que se dijese de una mujer que besaba la mano que la ofendia. Era un ejemplo fatal. Así que, aprovechó esta ocasion para romper abiertamente con el orador y con la mesa.

—Basta, dijo levantándose; ha llegado la ocasion de que hable yo.

El rubio protestó, trató de sostener su derecho; pero un grito unánime del club le obligó á dejar el estrado. Un discurso de Malvina era de mejor gusto; esta agradaba ya, y tenia cautivada su gente. Cuando hubo paseado sobre el auditorio una mirada profunda y firme, empezó.

—No tengo para mucho tiempo, dijo: necesito únicamente esplicar por qué estoy aquí. Es la casualidad quien lo ha hecho. No conozco á estas señoras, repuso dirigiéndose á las dos dignatarias; asi como tampoco al señor, y señalaba al jóven rubio: añado que tampoco tengo empeño alguno en prolongar nuestras relaciones. Estaban á punto de venir á las manos aquí; yo he restablecido la calma. He tenido los honores de la sesion; se me ha pagado con atenciones. Por lo tanto estamos en paz.

—Pues bien, entonces..... dijo el rubio tratando de recobrar su posicion en la tribuna.

—Espere V. mozalvete; cuando haya concluido se indemnizará V. Por el momento estoy en juego, y deje V. que me desquite. Paciencia, esto no dará mucho, y no hablaré despacio. Estan VV. representando aquí una comedia lastimosa. ¡Cómo! no basta que los hombres tengan perdido el seso, sino que tambien es preciso que les imiten las mujeres?

—¡Vaya unas frases singulares! esclamó el jóven rebelándose.

—¡Calle V., muñeco! es á las mujeres á quien hablo. Sí, es vergon-

zoso que se haya llegado hasta el estremo de embaucarnos. ¡Cómo! añadió Malvina volviéndose hácia las dignatarias de la mesa, VV. personas de edad y que conocen el mundo, han caido en semejantes locuras. ¡Un club! ¡vaya un buen adelanto! exhibir á las mujeres en espectáculo, hacerlas subir á la tribuna como si descendieran por línea recta de las memorables calceteras del club de los Jacobinos! Pero desdichadas ¿si tuviérais hijas de quince años las traeríais aquí para prostituirlas á los ojos del público? y lo que vosotras no permitiríais hacer á vuestras hijas ¿querríais que otras dejasen hacer á las suyas y lo hiciesen ellas mismas? ¡Reflexionad pues!

—Pero, ciudadana, no puede V. decir tales cosas en este sitio, esclamó el campeon de las mujeres; vá V. en contra del objeto de la institucion.

—¡Fuera el rubio! grito la asamblea á una voz.

Las simpatias del auditorio estaban evidentemente en favor de Malvina; las antiparras furiosas de la presidenta nada podian. Aquella continuó:

—Veamos, dijo: escuchad un buen consejo. Cerrad las puertas de este club, que esta sesion sea la última. Hay en él una ocasion de escándalo; no la prolongueis. Dejad ese papel á las desvergonzadas. Si á los hombres les gusta charlar, romper los cristales como chiquillos que son, hablar échando espumarajos por la boca, que las mujeres sean mas prudentes; ¡que les den el ejemplo del buen sentido y de la moderacion! ¿Estamos pues en este mundo para devorarnos unos á otros? ¡Vuestros derechos! ¿se os habla de vuestros derechos? ¡Pues bien, reflexionad y los hallareis! ¿No teneis bastantes derechos? Vosotras teneis el de obligar á un hombre á que haga cuanto se os antoja ¿y no encontrais esto bueno? ¡Teneis el de tener en órden vuestra casa, el de remendar los calzoncillos de vuestros maridos, el de vigilar y educar los hijos, de mandar á las criadas y de cuidar de que la comida esté cocida y sazonada á tiempo! ¿No son suficientes estos derechos? ¿Y qué habreis ganado cuando hayais venido aquí á ejercitar vuestras lenguas durante tres horas consecutivas? Habreis ganado que la casa irá como Dios quiera, que los niños estarán mal cuidados, los trapos en mal estado y las criadas serán las dueñas en vuestra casa. Hé aquí ajustada vuestra cuenta de una manera clara y sencilla; ahora pedid el dinero.

—¡Bravo! dijo la asamblea en señal de asentimiento; eso es.

—Así pues, está convenido; vamos á cerrar este el club, y las gen-

tes honradas nos aplaudirán. Si no lo haceis, ¿quereis saber lo que os sucederá? Hoy se os silva cuando pasais, os insultan, y yo he tenido mi parte correspondiente; os deshonran por medio de hablillas. Si persistís harán mas; os azotarán en las esquinas de las calles. ¿Os agrada así? ¡Continuad! si no, cerrad este antro. He dicho.

Este último rasgo arrebató al auditorio. Malvina bajó de la tribuna en medio de infinitas aclamaciones. Querian llevarla en triunfo, pero rehusó este honor. Por lo demás obtuvo el que deseaba con preferencia: el club se cerró.

CAPITULO XXVI.

LAS VÍCTIMAS DE LOS ACONTECIMIENTOS.

Tenemos noticia de lo que es un huracan bajo el Ecuador por las terribles descripciones que de él suelen hacer los viajeros. En ninguna parte el desórden de los elementos adquiere mayor intensidad, ni deja mas profundas huellas de su paso. Mientras que en el cielo chocan las nubes con furor, el viento arrasa el suelo como una afilada guadaña. Nada se escapa, nada resiste á su violencia; ni las plantas, ni los animales, ni las habitaciones. Las ruinas que semejante calamidad vá dejando en pos de sí, indican el curso que ha seguido.

Otro tanto puede decirse del furor con que se ensañan las revoluciones: la tierra queda cubierta de ruinas. Por de pronto son víctimas las existencias elevadas, y luego á su vez sufren igual suerte las mas modestas. En el estremecimiento general que producen no hay asilo que pueda considerarse seguro, ni condicion que pueda eximirse de la comun ley. ¡Qué de víctimas no hemos visto al rededor nuestro! ¡Qué de encinas mutiladas por el rayo! ¡Qué de arbustos tronchados de raiz! Todo sirve de pábulo á las revoluciones, las prerogativas de la cuna y las de la riqueza, los laureles del talento y el esplendor de las artes: no hay grandeza que pueda eximirse de su implacable nivel.

En el número de las existencias mas cruelmente maltratadas por los acontecimientos es preciso contar la de los *hombres de estilo*. Era una compasion lo mal parados que habian salido. Sabido es cuánta honra y provecho producia semejante título en aquellos tiempos. Un *hombre de estilo* era un capitalista, ó poco menos. Sus frases tenian nece-

sariamente que ser admitidas; hasta en sus comas se echaba de ver un cierto mérito. El fondo de semejante comercio era tan sólido como una finca en París, ó como una propiedad territorial en el Anjou. Nada turbaba sus productos, ni las inundaciones ni el granizo. Con tal que un hombre de estilo estuviese pronto á manejar la brocha, y supiese prodigar su ingenio en arabescos, sus rentas corrian con toda seguridad, y al fin llegaba á ponerse al nivel del hacendado y á desempeñar un papel de alta importancia.

Si tan favorecido se hallaba un hombre de estilo por lo relativo al provecho, no lo estaba menos por lo tocante al estrépito. Con sus escritos llenaba la Europa, y tenia los pueblos como suspendidos de un encanto. Su nombre volando de eco en eco iba á sorprender al samoyedo en sus hielos y al árabe en sus desiertos. Tales eran las consecuencias que un título de hombre de estilo podia producir siendo bien esplotado. Al principio era poca cosa: consistia en el sufragio de algunos amigos; venia á ser una industria limitada. Con el tiempo esos sufragios iban adquiriendo mayores proporciones: ¡la admiracion mútua es una máquina tan poderosa! Tratarse á porfia y con cualquier pretesto de hombres de estilo es un recurso que al parecer produce débiles resultados; pero en realidad así es como se fabrican las altas celebridades. Con ellas sucede lo que con los rios en su orígen. Es un hilo, si así pudiera decirse, de talento, de imaginacion ó de lo que sea, que filtrando gota á gota de la base del peñasco, vá lentamente murmurando por el valle á la sombra de algunos robustos alcornoques, hasta que engruesándose por los confluentes de las alabanzas, sus riberas se ensanchan, su cauce se dilata y por último el raudal se precipita por siete bocas en el piélago se la celebridad.

Sin mas que estos sencillos recursos muchos hombres de estilo habian recorrido su carrera pasando por todas las graduaciones de su empleo. Unos habian conseguido su objeto mediante el volteo literario y dando caprichosos saltos en la arena del folletin. Otros habian caminado por sendas mas ásperas llegando á construir su nido en las alturas del antítesis. Unos marchaban á la gloria por medio del vermellon, y al conocer que se iban envejeciendo, lo empleaban como un afeite para encubrir sus arrugas. Otros convertian la historia en una especie de broquel con el cual acuñaban moneda de mala ley. No faltaban algunos que se entregaban á peores inclinaciones y buscaban fortuna al través de escombros. Estos fomentaban violentos instintos en el seno

de las masas incitándolas á sacrílegas revoluciones, ó bien para mancillar la civilizacion de nuestros dias no presentaban al pueblo mas que sus impurezas, y escitaban su cólera por medio del hastío. Tal era la táctica que empleaban los hombres de estilo, y mediante esos variados recursos llegaban con la mayor naturalidad á conseguir honores y riquezas. Nada de brillo perdia la corona por haber sido adquirida á tan poca costa, y al parecer se conservaba sólidamente sentada en las sienes de aquellos elegidos.

¿Quién hubiera podido creer en una ruidosa catástrofe? ¿Quién hubiera pronosticado tan próxima la ruina? ¿No debia el imperio de la forma sobrevivir á todos los vaivenes de la opinion? ¿Su sereno horizonte no estaba mucho mas alto que la region de las tempestades? Los acontecimientos demostraron que no lo estaba. Al primer soplo se marchitaron aquellas glorias: sus ruinas cubrieron el suelo. Aquellos nombres proclamados por la multitud, se perdieron en el inmenso rumor de las revoluciones. Terrible debió ser el choque que las vanidades de los autores tuvieron que sufrir. ¡Tanto abandono despues de tanta celebridad! ¡Tan absoluto silencio despues de tanto estrépito! ¡Ah! Era para acuchillarse de rabia el vientre á la manera de los fanáticos del Japon. Cruelmente se vengaba la fortuna: en solo un dia, y por el mas leve pretesto sumerjia en el rio del olvido á unos hombres que habian sido la delicia de ambos mundos: á las aguilas del pensamiento y del estilo obligaba á descender de las altas cimas, renunciando al trato con el sol para habitar en indignas moradas, y contraer oscuras relaciones. ¡Triste reverso de la grandeza! ¡Fecundo espectáculo de desaliento! No son por cierto raras semejantes catástrofes en las repúblicas: sabido es que se complacen en devorar hombres. La república á que nos referimos profesaba esta fatal aficion á los hombres de estilo: puede decirse que su gusto era del género sublime.

Para colmo de amargura no era solo el honor el que quedaba derrotado en aquel calamitoso campo de batalla: los billetes de banco sufrian igual desastre. Preciso era acompañarlos á la tumba. Desde ese malhadado instante adios refinados placeres mezclados de acreedores que componian la gran vida literaria. No habia ya que pensar en palacio morisco condenado anticipadamente á la espropiacion, ni en pabellon sobre el lago ofrecido en holocausto al númen del inventario. Era ya por demás soñar en muebles ni en criados, dos cosas que se siguen espontáneamente y forman un perfecto conjunto. De un solo golpe suprimia

la revolucion esplendores y miserias simultáneamente. ¿Quién lo hubiera dicho durante los dias de opulencia, cuando al fin de cada renglon se encontraba una moneda de oro como producto natural de un inagotable venero? ¿Quién lo hubiera dicho durante las horas de triunfo en medio de la embriaguez del lujo y de los mil caprichos dignos de un príncipe oriental? Entonces todo el camino estaba sembrado de esmeraldas: todas las sendas estaban cubiertas de rubíes. No habia rango brillante que la imaginacion con sus mágicas manos no hubiese podido sostener. La imaginacion aseguraba á sus favoritos todo cuanto se atrevian á desear, carruajes, criados, mesa espléndida y boato de un potentado. ¡Qué distantes estaban ya aquellos tiempos afortunados! ¡Cuánto habia mermado el esplendor de aquella vida asiática! ¿Qué se hicieron las esmeraldas? ¿Qué fué de los rubíes? Los billetes de banco habian entrado ya en los dominios de la fábula; el oro era ya una quimera. Por todas partes vacío: la honra y provecho han venido á encerrarse en una misma tumba.

En vista de tamaña decadencia ¿qué alma no se habria sentido conmovida? ¿Qué corazon no se habria postrado al desaliento? Sin embargo el literato no se doblegó. En presencia de aquel desbordamiento de calamidades mantuvo erguida la frente y no le faltó valor para lanzar arrogantes denuestos contra el infortunio. La fortuna podia arruinarlo, pero no abatirlo. Podia cercenar sus placeres, lastimar su vanidad, pero el destino no tenia poder para minorar ni en un átomo aquella satisfaccion de sí mismo, aquel contentamiento íntimo que distinguen al colorista. ¿La Europa lo abandonaba? Peor para ella. ¿Sufria un eclipse? Todos los astros están sujetos á padecerlo. ¿No desaparece tambien el sol entre las nieblas sin dejar por eso de ser el astro del dia? Tales eran las reflexiones que en su interior hacia el hombre de estilo, y en su opinion el globo no podia sin grave perjuicio privarse por mucho tiempo de sus servicios. Diremos que sin tratar de irrogar ofensa al sol, se creia mucho mas importante que este en la revolucion planetaria del universo. ¿No es por ventura la luz del alma superior á la luz material? ¡Ridícula pretension la de querer estinguir, menguar la luz del hombre de estilo; es decir, el soplo que vivifica, el pincel que ilumina, la voz que resuena, el ojo que penetra los abismos, la mano que gobierna el timon y dirije al través de un océano erizado de escollos nuestras desoladas y fluctuantes generaciones!

Creyó pues ser el hombre de estilo un elemento necesario en la eco-

nomía del universo, y persistió en su tema. Sonrióse del abandono á que se veia reducido por los acontecimientos, y prosiguió en su obra. Pero hay que advertir que tomando sin duda ejemplo de las divinidades egipcias, tuvo cuidado de pasar por algunas transformaciones. Hasta entonces la política no le habia parecido mas que un objeto de segundo órden, digno de ser abandonado á los coloristas de un grado inferior. Por mucho tiempo la habia mirado con desprecio, hasta que los acontecimientos le obligaron á modificar su opinion. Habia en efecto la política llegado á adquirir tal importancia, que los mas eminentes pintores se apresuraban á tomar alguno de sus asuntos.

Así lo han querido, dijo para su capote, el hombre de estilo. ¡Ah! nos obligan á ello; pues bien, ya nos veremos. Vivíamos tranquilos en el santuario del arte sin pedir al mundo mas que talegas y perfumes. A trueque de que el sorbete estubiese bien helado y el ámbar fuera brillante, de nada mas hacíamos caso. Hoy nos asedian en nuestro recinto favorito. La calamidad está en el umbral, apremiándonos y amenazándonos. ¡A las armas, pues! Instituyamos una política nueva, la política de los párrafos. Hasta ahora solo los estudiantes eran los que retribuian: ya ha llegado su turno á los maestros. Ya vereis, ya vereis. Ninguno hasta el presente ha considerado el primitivo París en sus relaciones con Luis XIV, ni ha seguido la ilacion de los sucesos actuales con los de Juana de Arco. Ese es el espectáculo que vamos á ofrecer al mundo. El periódico estaba doblado; fijad la vista en sus primeros asuntos y atended.

Así es como entró el hombre de estilo en el campo de la política con la férula en mano y sin quitarse las espuelas. Los resultados correspondieron á tal principio. Su primer cuidado fué el emprender la educacion de los lectores é iniciar el pais en una historia pintoresca, producto de su invencion. Con eso se proponia un doble objeto: primero elevar el tono del periódico á una altura digna del hombre de estilo, como el poeta de las Bucólicas supo engrandecer la pintura de las selvas hasta el punto de que no pudiera desdeñarse de ellas un cónsul romano, y en segundo lugar se propuso poner los siglos pasados al servicio del artículo de fondo tomando de ellos fecundos elementos para la política de los párrafos. ¿Nos atreveremos á decirlo? Los acontecimientos no correspondieron á tan vasto designio. El ingenio vino á estrellarse contra la fuerza de la costumbre. Aquel público á quien esperaban deslumbrar negó su aprobacion á las exageraciones del color, prefirió el vuelo de

pájaro al del águila, y se manifestó insensible á las fantasías históricas de que se veia inundado. ¡Triste y último percance! Decididamente el hombre de estilo entraba en una senda de calamidades. Nada le quedaba despues del universal naufragio mas que una prenda de dueño desconocido, y acababa de perderla al entregarse sin defensa al borrascoso oleage del descrédito.

—¿Podia esto considerarse como un acto de justicia? No nos atreveremos á decir que no. Toda falsa celebridad tiene su espiacion: toda sorpresa tiene sus contratiempos. En nuestra juventud habíamos tenido ocasion de presenciar el desarrollo de aquellas celebridades, pudiendo decir que algunas de ellas habian sido bautizadas por nuestras propias manos. Todas habian recibidode la reciprocidad el agua lustral. Todo se hacia por otra parte dignamente y con la mejor fé del mundo. Tributaban admiracion, por decirlo así, en familia, y se cambiaba recíprocamente la espresion de un cándido entusiasmo. En ningun tiempo dominó con mas fervor el culto de las letras: inspiraban fé los ídolos que acababan de consagrarse, y no faltaba quien en caso necesario hubiera sabido ser mártir de aquel culto. Semejantes disposiciones traen consigo un contagio que tarde ó temprano no puede menos de infestar al público. Oye este repetir tantas veces los mismos nombres acompañados siempre de tantas muestras de deferencia y de epítetos tan altisonantes, que por último llega á cansarse de discutir acerca de su mérito y queda como desarmado por el contínuo rumor. Bajo la influencia de tales circunstancias el público nada mas hace que aceptar por grandes los hombres que se le imponen como tales. Pero esta grandeza tiránica no puede menos de traer en pos de sí numerosos inconvenientes, que en efecto no tardaron á manifestarse en la época á que nos referimos. Aquellos usurpadores de la celebridad aparecieron con todos los vicios de su condicion. No les faltaban por cierto modales altaneros que naturalmente les hacian representar el papel de un Matamoros. En las producciones literarias hacian que campeara un elemento fecundo y funesto á un mismo tiempo: era este elemento la juventud, es decir, mucha audacia y poca madurez. De aquí nacía aquel turbulento imperio y aquel borrascoso poder que venian ejerciendo. Ya hemos hablado en otra parte de inauguraciones que no consiguieron sino pueriles resultados. Por demás seria volver á reproducir ese asunto. Tampoco hablaremos de las violencias que los nuevos maestros ejercieron en el idioma, ni de la sentencia dada contra su genio abstracto en provecho de un retroceso hácia

groseras realidades. Sin embargo no se pierda de vista que semejantes errores eran bien dignos de castigo; pues era equivalente á dejar el cielo por la tierra y á sacrificar lo ideal del estilo por el colorido ó el relieve.

Mas el cargo que principalmente hacemos á aquellos espíritus embriagados de sí mismos, la circuntancia que dá el carácter de espiacion á su caida, es la funesta influencia inherente á sus trabajos. Cada uno de ellos eligió libremente su papel, y no seria fácil decir cuál fué el mas importuno. En tanto que unos eran para la sociedad una especie de farsantes, los otros venian á ser unos envenenadores. A cada momento andaban diciendo que el arte no debe dar cuenta sino á sí mismo de la influencia que ejerce y de los medios que emplea. Celebrábase por todas partes el poder de la imaginacion y no habia impureza ni estravagancia que por el talisman de esa palabra no fuera lícito acometer. Los escritores de carácter frívolo se estralimitaban completamente, en tanto que los de espíritu mas violento llegaban á las mas sombrias aberraciones.

Lo falso y lo monstruoso componian, si así puede decirse, la moneda corriente de la literatura. No era fácil hallar en aquellas producciones un sentimiento verdadero, natural ni sensato; en todas dominaba un esceso de pensamiento y de forma. En vez de la palabra exacta, la redundancia: todo para halagar el oido; nada para conmover el corazon. Repetíanse incesantemente esas aberraciones en el teatro y en los libros: no habia género de literatura que no estuviera plagado de ellas hasta la corrupcion. Bajo su influencia el espíritu se sentia como poseido de terror, ó dominado de una pesadilla. Preguntábase con espanto qué se habia hecho de la santa mision del escritor en medio de aquel desórden de conciencias y de aquel desenfreno de ánimos. Preguntábase si aquel estado era efecto de una irremediable decadencia; y si en lo sucesivo no habia ya esperanzas de ver en la falanje de los literatos mas que una horda de gitanos cubiertos de miseria y de oropeles.

Estas fueron las faltas: el lector puede compararlas con el castigo. Para tales intemperancias de la pluma ¿será una pena demasiado dura el abandono? Para tales violencias ¿será demasiado la pérdida de favor por parte del público? Los escritores venian á ser víctimas de la tempestad que con sus propias manos habian escitado: justo era que así sucediese. En el terreno del pensamiento no habian sembrado mas que aberraciones: natural era que solo recogieran miserias y desprecios. La moral se vindicaba. Los escritores volvian á entrar en la mejor de las escuelas, la adversidad.

No eran esas víctimas las únicas en la esfera de las artes. La calamidad se estendia á cuantos manejan el pincel ó el lapiz, á cuantos se valen del cincel ó el buril. En presencia de tantos contratiempos, hasta el mismo Oscar llegó á sentirse conmovido. En otro tiempo habia considerado la república bajo un punto de vista mas sustancial: habiasela imaginado como una madre solícita y provista de pechos fecundos: nunca la hubiera creido capaz de dejar perecer por falta de alimento á sus hijos. La realidad se presentaba ahora á su vista: imposible era dejar de dar crédito á lo que estaba viendo. Artistas distinguidos, hombres de verdadero talento no encontraban ya en el acostumbrado trabajo medios con que satisfacer sus mas urgentes nesidades. El hambre velaba á todas horas delante del caballete desocupado: en su cuarto de estudio habitaba la desesperacion. Los mas fuertes eran ya los únicos que resistian: los demás concluyeron por disgustarse de una carrera tan ingrata, y trataron de pedir al azadon los recursos que el lápiz no podia proporcionarles. Preciso era atender á la vida: el taller nacional les abrió sus puertas. La república no tenia mas que un solo hospicio para los inválidos de las artes ó de la industria: príncipiaba el reinado de la igualdad, de la igualdad en la miseria.

¿Por ventura no era tambien eso una nueva espiacion? Ninguna de las artes plásticas habia podido librarse del desórden que se habia introducido en las letras. Lo falso y lo obsceno, lo exagerado y repugnante campeaban anchamente en ellas, y en ningun otro ramo se habia hecho mas gala de la intemperancia de la forma y del color. Por donde quiera se encontraban revendedores y críticos acostumbrados á todas las prostituciones de la almoneda y de la pluma. A estos tales se les veia tomar reputaciones por empresa y ponerse al servicio los talentos mas dudosos y de los nombres mas oscuros. ¿Qué podia pedirse de mesurado ni de sincero á semejante género de relaciones? El mérito de un cuadro no dependia sino del rumor que conseguian producir en torno suyo. El caballo era siempre bueno con tal que el chalan fuera suficientemente ladino. En su sistema de encarecimiento sabian conducirse con una destreza que no dejaba ningun lugar á sospechas, ni á cláusulas de restitucion. ¡Qué ojo tan penetrante el de aquellos críticos y aquellos revendedores! ¡Qué vigilante amistad la suya! ¡Cómo sabian encarecer la reputacion del colorista que los honraba con su confianza! ¡Qué de bellezas ocultas descubrian allí donde el público no acertaba á ver mas que masas confusas! Nada les costaba la calificacion de obra maestra: era esta una pa-

labra que con cualquier motivo salia de sus labios. Un amasijo de colores obra maestra; algunos toques al pastel, obra maestra. Añádase que sabian poner el precio en concepto de hombres que se dirigen á lo positivo, y que comprenden cuánto valen sus apologias.

De esta manera fueron las artes preparando su ruina: á este período de chalaneria le habia llegado por último la espiacion. En él habia reinado descaradamente el engaño, no habia sido posible ver mas que glorias usurpadas y celebridades impuestas artificiosamente. Los talentos graves se habian aislado y protestaban con su silencio abandonando aquella feria en que el buen resultado dependia del ruido, y considerando como indigno el someterse á pagar los gastos de una orquesta. El campo quedaba pues enteramente á merced de los campeones de la imaginacion y del colorido, ó de los parásitos que vejetaban á sus pies y bajo su sombra. Este comercio al aire libre duró en tanto que el cielo permaneció sereno: pero bastó una ráfaga de huracan para hacer desaparecer en un instante revendedores, industriales y público. En aquel terreno tan animado en otros tiempos dominó la soledad. Fué un acto de justicia. Idéntica suerte cupo á los cómicos que tambien tuvieron á su vez que pasar por iguales pruebas. Y téngase presente que si alguno podia en realidad creerse seguro de semejantes percances, era el cómico, el favorito del siglo. Todavia continuaba reinando y dictando nuevamente la ley. Sus notas de pecho ó de cabeza estaban fuera de todo precio; sus gestos eran de forzosa circulacion. Para los cómicos no habia bastantes billetes en el Banco, ni le bastaban á la fama sus clarines. Apresurábanse los pueblos enteros á salir á su encuentro como al de un heredero del trono. Viena y San Petersburgo se los enviaban recíprocamente: los dos mundos eran límite de su dominio. ¿Quién habia de creer que semejante ídolo habia de verse súbitamente derribado de su pedestal, ni que una industria tan acreditada perdiera en un solo dia su clientela? Sin embargo esto es precisamente lo que sucedió: la revolucion se ensañó contra el cómico, contra el hijo mimado del arte y la fortuna. Al verse en frente de los asientos solitarios y de una tesorería sin fondos, el cómico abdicó su corona y entró en la categoria de los dioses caidos. La vida de las tablas conduce á la imprevision, y la sombra de los dias de prosperidad de seguro no se estiende mucho sobre los dias de infortunio. El cómico tuvo pues que sufrir la influencia de la calamidad, y la vió sentada á su propio hogar.

Tal vez entonces se renovaron en su memoria los denuestos lanza-

dos contra el destino, y las riquezas que en otros tiempos habia arrojado al viento. Ese recuerdo debió ser como un exámen de conciencia en el que no se omitió ninguna circunstancia. ¿Quién sabe si dió lugar al remordimiento? ¿No habia el cómico abusado de su salud, de su talento, del público, y hasta de su misma persona? ¿No habia abundado tambien por su parte en aquel espíritu de mentira y de monstruosidad que habia convertido el teatro en una escuela de corrupcion, y el arte en un instrumento de desórden? ¿No habia degradado la escena por sus gestos tabernarios y por la exageracion de sus sollozos? ¿No habia escarnecido en un tipo célebre los instintos mas sagrados y mas dignos de respeto? Tamaños escesos no pueden, no, quedar impunes. No es posible rendir culto á medios violentos sin sufrir algo de su influencia en el momento de la esplosion. Eso es lo que sucedió: ajustáronse cuentas, y el débito tuvo que ser oneroso. Todo aquel teatro de fruslerias y oropeles, aquellos pedazos de vidrio que se presentaron como piedras preciosas, aquellas melenas destrenzadas por donde se introducian los dedos en forma de peine, aquellos objetos del primer término vistos de espalda, aquella declamacion jadeante, aquellas posturas desconcertadas, aquellas imprecaciones tomadas juntamente con la decoracion de la edad media, aquellos espectáculos en que el aparato suplia á la idea, y en que el silbido del maquinista reemplazaba ventajosamente las grandes pasiones del corazon, todo aquel conjunto de formas vehementes y de sentimientos exagerados no podia quedar sin castigo ni sin espiacion. Preciso era que el cómico y el escritor aprendieran á conocer que las artes tienen su dignidad, y que tarde ó temprano se vengan de los que la desconocen. ¿Podrá decirse que no merecian llevar esta leccion?

De manera que en todos sus ramos el arte sufria la pena de sus anteriores escesos. Habia tardado á entrar en las sendas mas rectas y seguras. La calamidad de los tiempos hacia justicia de todas las pretensiones y de todas las vanidades. Frentes altivas tenian que encorvarse ante la ley comun: no faltaba ya algun Homero que se veia en la dura necesidad de alargar la mano. El gobierno se compadeció de tales sufrimientos y trató de remediarlos á su modo. Para los escultores ideó el arbitrio de la estátuas al aire libre; para los cómicos recurrió á las representaciones populares. Como tambien nosotros tuvimos ocasion de gozar por nuestro dinero de aquel espectáculo *gratuito*, no nos parece importuno el consagrar algunas páginas á su memoria.

CAPITULO XXVII.

UNA REPRESENTACION POPULAR.

Entre las cosas hácia las cuales el gobierno inaugurado en Febrero manifestó simpatias, es preciso colocar en primera linea los recuerdos de la antigüedad. La Francia al imponerse á sí misma tales dueños, habia tenido una singular fortuna: su eleccion habia recaido en personas eruditas. Añadiremos que por lo tocante á estas fué como si no se tratára mas que de un mero gusto ó de una tradicion. Sabido es que aquellos primeros revolucionarios tenian iguales inclinaciones y que no se desdeñaban de sahumar sus discursos con algunos aromas helénicos ó latinos. No se trataba ya pues mas que de mantenerse en la misma linea de preferencias y de estudios, marcando todos los actos públicos con el sello de esta intencion.

Roma durante su grandeza habia dicho una espresion que costaba crueles insomnios al gobierno á que nos referimos. Atendiendo á las necesidades habian allí conseguido reasumirlas enérgicamente en estas dos palabras: Pan y Circo. Sencillo y breve era semejante programa; pero abundaba en grandeza como todo lo que es sencillo, y en fecundidad como todo lo que es breve. ¡Pan y Circo! El gobierno francés pasaba pensando en esas palabras toda la noche, es decir, entre dos insurrecciones. Habia prometido no ser en nada inferior á Roma y hacer por el pueblo todo lo que esta habia hecho. Desgraciadamente por mas que estudiaba los términos del programa bajo todos sus aspectos, nunca conseguia pasar de la mitad. Pan tenia; pero faltábale un circo. Esta falta

causaba desesperacion á los miembros del gobierno, y particularmente á uno que se dejaba arrebatar en álas de la imaginacion.

—Un circo romano, esclamaba á sus solas. ¡Que no tenga yo un circo! ¡Cuán presto quedaria ese pueblo turbulento domado! ¡Un circo! Mi banda doy por un circo. Prodigamos pan seco; pero el circo ¿dónde está el circo? Me parece que lo estoy viendo elevarse en la llanura de las virtudes. Trescientos mil hijos de París desembocan á un mismo tiempo por sus galerias. ¡Oh qué espectáculo tan irresistible! ¡Qué soberano remedio! Me parece estar viendo la antigua Roma. He aquí el recinto del circo con un obelisco en cada estremo. Luego las estátuas de los dioses y diosas: Cibeles, coronada de torres; Ceres, en bronce dorado; Seya y Segesta, protectoras de la sementera y de las cosechas; mas allá dos pequeños altares; el de Febo, númen tutelar del edificio, y el de Hércules que preside á los combates de los gladiadores. Atencion, el espectáculo principia. Ved ese pueblo que está como poseido de un encanto. ¡Ah! ¡Ya os he cazado revolucionarios! Ahora ya no me hablareis de bandera roja. ¡Silencio! Los tocadores de flauta marchan al frente de la solemne comparsa: luego vienen los tañedores de harpa, luego los que pulsan la lira. Siguen los bufones. ¡Rie, rie pueblo de mi alma! el que rie ya está desarmado. ¡Te parecen bastante grotescos esos sátiros con sus pieles de macho cabrio, y sus crines herizadas? Y esos Silenos, ¿qué me dices de esos Silenos? Contempla sus túnicas de pelo largo y sus mantos compuestos de toda especie de flores. Oye como gritan: ¡Ivohé! en medio de su agitada danza. ¡Oh qué vientres tan redondos! ¡Qué rostros de color escarlata! ¡Hé aquí placeres, pueblo mio! ¡Estas son diversiones! ¿No prefieres ese espectáculo al de las barricadas?

Así poco mas ó menos se espresaba el miembro del gobierno dejando correr su pensamiento al través de los siglos. Cada vez que la multitud venia á murmurar junto á las puertas de su casa, la idea de un circo volvia á reproducirse en su magin. Vanamente doblaba las raciones de pan: el programa, como ya lo hemos dicho, no podia realizarse sino á medias. Edificar un circo para trescientos mil espectadores era una idea magnífica, pero su ejecucion no habria podido menos de tropezar con algunas dilaciones. Antes que se tratára por primera vez de realizarla, el gobierno podia verse obligado á dejar su puesto. ¿Qué hacer? ¿Qué recurso buscar? ¿De qué manera habia de seguirse el consejo dictado por la sabiduria de los antiguos? El gobierno empleó largo tiempo en discutir ese problema y al fin concibió un proyecto.

—¡Si diésemos representaciones populares! esclamaron. Carecemos de circo, pero tenemos teatros.

Adoptóse ese proyecto: convinieron en desarmar al pueblo á beneficio de espectáculos gratuitos, y en domarlo haciéndole oir las piezas maestras del teatro. Al contacto del tierno Racine la multitud no podia menos de ablandarse, y Moliere necesariamente deberia promover sensaciones en un sentido favorable al órden público. El gobierno se prometia gozar, valiéndose de este medio, algunas noches tranquilas y dias mas serenos. ¡Es tan provechoso el trato con los grandes autores! Si Roma habia tenido un circo, París tendria un teatro de la tragedia. Esto era lo mismo que suministrar el remedio en pequeñas dosis. Era imposible que un régimen de versos alejandrinos bien aplicado y bien seguido, no produjera notable cambio en el estado de las masas. El espíritu de desórden no podía resistir á un medicamento tan heróico.

—¡Vaya por la tragedia! dijo el alado miembro del gobierno. Pero en resumidas cuentas lo que yo pedia ¿no es que tuviéramos algo á lo romano? Pues por todas partes puede irse á Roma.

Esta observacion filosófica terminó la discusion, y al dia siguiente aparecieron en todas las calles de París anuncios de la representacion popular. Díjose con este motivo que por primera vez iban los maestros de la escena francesa á encontrarse con jueces competentes, y que á un auditorio ya cansado iba á reemplazar una escogida reunion, la flor de las primeras inteligencias. Se estremecieron de gozo las ilustres sombras de los autores dramáticos en sus tumbas. Al mismo tiempo se dijo que los billetes de entrada se repartirian á los diversos distritos judiciales, y que en la reparticion se habia procurado proceder del modo mas equitativo. Con este sistema nada tenia el arrabal de Saint-Marceau que envidiar al arrabal de Roule; de manera que segun aquel plan antiflojístico fundado en la tragedia, cada barrio suministraria una cuota igual de pasiones que podrian sujetarse de un modo uniforme al mismo tratamiento. No es posible proceder ni con mas justicia, ni con mas prevision.

Un incidente dió al traste con esas sabias especulaciones. Existe en París una tribu que vive del Teatro, y comprende perfectamente su terreno. Compónese de vendedores de gemelos y de contraseñas, que en ocasiones dadas suelen reunirse con los que se dedican al duplicado comercio de pastillas del serrallo y cadenillas de seguridad. Estos bravos especuladores constituyen en materia de espectáculos una fuerza á que

nadie puede resistir. Mas de una vez se ha tratado de derrotarlos. ¡Vano proyecto! Cinco prefectos de polícia han frascado en la empresa. En las filas de esa milicia es donde se recluta el personal de la comision de aplausos, industria digna de todo respeto, y que por mas de un punto pone en contacto á la tribu con los literatos. De esto resulta que el teatro se encuentra enlazado á una hábil organizacion de la cual le seria difícil desprenderse. Aquellos hombres que vienen á ser la guardia pretoria del teatro en lo esterior, y genizaros en el recinto interior, son al parecer dueños de su existencia y su reposo. Hállanse identificados con sus miserias, y viven de su prosperidad, á la manera de aquellas cristalizaciones parásitas que ningun esfuerzo humano conseguiria hacer desaparecer de la masa á que se adhieren.

Tal era el pueblo prometido á las representaciones gratuitas. Encontrábase en su terreno y no trataba de cederlo sin combate. Cualquiera que al aire libre haya podido observar de cerca á esos revendedores, habrá sin duda admirado los recursos estratégicos que acostumbran poner en juego. En este particular su talento se eleva casi á la altura del genio. Solo en el modo de andar del que pasa á su inmediacion conocen la clase de billete que desea y el precio en que lo tomará. El estudio atmosférico y la composicion del cartel de anuncios, todo límita y modifica sus pretensiones. No hay que temer que rebajen nada del precio al comprador en cuyo pecho ven brillar un alfiler de diamantes. Su mirada penetra hasta en las entrañas del que pide un billete; allí leen su última voluntad y nada rebajan en tanto que presumen poderlo defender victoriosamente. ¡Cuán provechoso seria á muchos hombres de estado el venir á conocer en ese borrascoso teatro las secretas tendencias del alma por el estudio de la fisonomia!

A esos veteranos del peristilo tenia el verdadero pueblo que disputar sus entradas gratuitas. El resultado no podia ser dudoso. En todas las alcaldias se organizó un sistema de emboscadas que hizo caer la mayor parte de los billetes en manos de los especuladores. Nombres supuestos, sustituciones de personas, nada omitieron para conseguir su objeto. El honor de su profesion se hallaba interesado: el terreno debia sostenerse á toda costa. El gobierno era el que iba á quedar derrotado, pues el pueblo á quien se habia propuesto cautivar por medio de los prestigios de la tragedia venia en realidad á quedar reducido á una mezcla de revendedores de billetes y de pastillas del serrallo. La única literatura capaz de conmover á esta clase de hombres era la de los gemelos para el

teatro, y la de las cadenillas de seguridad. Su percepcion literaria no pasaba de ese límite. Esto era una verdadera derrota para los hombres de gobierno que habian soñado un equivalente del circo romano : era una ruda infraccion de su programa.

No hablamos de esta circunstancia refiriéndonos á meros dichos: la casualidad nos suministró pruebas directas y personales de lo que referimos. Oscar y yo pasábamos cierta tarde por la calle de Richelieu sin mas intencion que pasearnos. Vimos una multitud de gente al rededor del teatro: nos informamos de lo que hacian, y nos digeron que estaban allí con motivo de un espectáculo gratuito.

—Ven á ver la entrada, me dijo el pintor. La comedia que se representa en la calle vale mas que la que se pondrá en escena en el proscenio. Ven, Jerónimo.

—¡Tantas blusas!

—Eso es precisamente lo bueno. Mira cómo se dan codazos que harian caer á tierra una pared. Ven.

Iba á seguir á mi amigo cuando fuí detenido por un tercer personaje. Era un hombre de edad avanzada, que exhalando un pestífero olor de ron y tabaco, hablaba el francés alterando y suprimiendo letras á la manera de los judios de Alemania.

—¡Cafallero, me dijo, un pillete de espetáculo! ¡Un puen pillete!

La originalidad de estas palabras escitó mi atencion sin haber podido comprenderlas.

—¿Qué es eso? le dije ¿por qué me deteneis?

—Un puen pillete, cafallero, un puen pillete, volvió á repetir el hombre inundándome de vapores infectos. Un tresero talco de prente.

Los billetes amarillos que aquel hombre traia en la mano, mas bien que sus palabras me ayudaron á comprender el asunto de que me hablaba.

—¿Qué es esto? esclamé. ¿Se dá un espectáculo gratuito y se venden billetes en la calle? ciertamente es curioso.

—¡Oh! sí, burioso, cafallero, burioso, repitió el aleman apoderándose de mi última palabra. ¡Pien burioso, mein gott! ¡El jofierno brovisorio y su bamilia...!

Empecé á comprender que aquel hombre me ofrecia en espectáculo el gobierno provisional y su familia. Iba á separarme de la nauseabunda compañia de aquel revendedor, cuando le ví girar dos veces sobre sí mismo al impulso de un puñetazo que le dió en las espaldas cier-

to jóven de talle esbelto y graciosa fisonomía, diciéndole con tono de superioridad:

—Lárgate Isaac, lárgate.

El aleman se dió prisa á obedecer y el recien venido poniendo bajo el brazo izquierdo el junquillo que traia en la mano, sacó del bolsillo una cartera de tafilete y nos dijo:

—Creo, señores, que nos entenderemos. Elijan VV. lo que les acomode.

En la cartera habia billetes de todos colores, verdes, azules, amarillos y el jóven los hacia voltear entre los dedos con una gracia y una facilidad admirable.

—¿Quieren VV. galerias? Aquí las tengo. ¿De primera fila? Hélas aquí. Anfiteatros, asientos de palco.... De todo tengo. Pero dense VV. prisa. El asunto no dá treguas.

En tanto que estaba hablando con nosotros el jóven industrial tenia la vista fija sobre todos los transeuntes, y daba órdenes á sus subalternos.

—Miguelillo, atencion á la izquierda: allí hay una mina de parroquianos. Tú, José, corre al pórtico, á ese coche. Butacas de primera fila á esas señoras.

Daba gusto ver como aquel mozo se multiplicaba, y se hallaba, por decirlo asi, en todas partes. No tiene un general al frente de su division un golpe de vista mas seguro, ni gestos mas significativos, ni voz de mando mas rápida. Tenfanos parados como una presa que ya no era posible que se le escapara. No recuerdo haber visto ademan que espresára mayor confianza que el de aquel jóven. Aun no habíamos acabado de decidirnos, cuando para él ya era un asunto concluido.

—Comprendo lo que VV. desean. Hé aquí dos sillones de orquesta, el 66 y el 68: á dos pasos del gobierno provisional. Gozarán VV. del espectáculo como hijos del Estado. Diez francos por asiento: total veinte francos. Hecho. He vendido otros iguales en 80 francos á un inglés. Todos los señores de la municipalidad asisten á la funcion: las señoras de los miembros del gobierno honran los palcos principales con su presencia. Números 66 y 68, los mejores, lo que hay que desear. Los redactores de los periódicos oficiales asistirán esta noche con sus respectivas familias. La funcion vá á ser espléndida, la reunion brillante. ¿Quién se privará de ella por la miseria de 20 francos? Es una bagatela.

No hubo medio de resistir á tanta insinuacion: con una mano nos introdujo los billetes en el bolsillo del chaleco, y con la otra se preparó á recibir su importe. Hubo, si así se quiere, algo de violencia; pero no pudimos menos de sonreirnos y aceptar el trato.

El teatro presentaba en su interior la mas estraña perspectiva. Donde quiera que se fijara la vista nada mas podia verse que una inmensa corona de blusas. Este era el vestido de moda en aquella época y reemplazaba al traje francés de otros tiempos. Dijéronnos que muchas de aquellas blusas ocultaban camisas de batista y ondulaban sobre botas de charol. No tenemos dificultad en creerlo. Hay personas que siempre se ponen del lado del que triunfa; pero en realidad el número que mas dominaba en aquella concurrencia era el de buhoneros y revendedores de billetes, que ocupaban las localidades que no habian podido despachar, como devora los restos de su almacen el comerciante intervenido por la justicia. Sobre un público de tal ralea iba el gobierno á hacer esperimentos: en él se proponia ensayar la influencia de los grandes trágicos. El auditorio se sometia sin resistencia: estaba ya familiarizado con los autores dramáticos nacionales y conservaba de ellos una grata memoria. No faltaban algunas personas entre aquellos espectadores, que estaban acostumbradas á comer con Moliere y á cenar con Racine. ¿Cómo habian de manifestarse ingratas á tales bienhechores?

Preciso es confesarlo, el conjunto de aquel espectáculo era original, y no tuvimos lugar de quejarnos de la violencia que se habia ejercido sobre nuestro bolsillo. Á poca distancia de la localidad que ocupábamos, en unos sillones inmediatos á la orquesta, estaban sentados los miembros del gobierno rodeados de algunas blusas de honor. En los palcos principales figuraban las familias de los individuos del poder ejecutivo y las de los señores periodistas de la república. Al ver esas familias no pudimos prescindir de hacer una reflexion, y es la de que en aquellas altas regiones la poblacion crece mucho. En una rápida numeracion llegué á contar hasta el número 40, de cuya fecundidad solo los conejos habian dado ejemplo. Por lo demás aquellos herederos del gobierno me parecieron unos niños bien constituidos y que ya podian sin inconveniente cantar:

En la liza entraremos
Cuando no existan ya nuestros abuelos.

Tal vez habria podido desearse que no hubieran hecho tan terrible consumo de caramelos; pero ¡son tantas las necesidades que acosan á los grandes!

El espectáculo acababa de principiar: todas las blusas estaban ya sometidas á las emociones trágicas. Los versos alejandrinos causaban cierta impresion en la multitud que al mismo tiempo estaba admirando el casco del confidente. En realidad se habia dado ya un paso; lo demás vendria espontáneamente. Es indudable que el aparato del circo hubiera impresionado mas rápidamente á la multitud. Aquellas corridas de carros entre dos filas de columnas coronadas de delfines y de festones de ovas, aquellos juegos triunfales presididos por el Edil, aquellos atletas con sus cascos de cobre; aquellos corifeos que dirigian las danzas guerreras, todo aquel conjunto de espectáculos inventados para la vista, eran oportunos para influir mas vivamente, sobre la multitud; pero el alejandrino no habia dicho aun su última palabra, y acompañándola con el aparato de barbas postizas, mantos de púrpura, dorando de nuevo los coturnos, y embadurnando las columnatas, era de esperar que solo ese instrumento bastase para calmar los ánimos y distraer las imaginaciones.

La representacion terminó en medio de incidentes variados y románticos. Aquel auditorio de blusas manifestó modales de caballero. Prodigó al gobierno repetidos testimonios de aprobacion, pidió con cualquier motivo la *Marsellesa*, y no entabló diálogos seguidos entre el patio y el paraiso. La representacion que habia tenido á la vista era un drama de circunstancias, y á pesar de eso se abstuvo de bostezar y dormir, como indudablemente podia haberlo hecho. Lanzáronle á quema ropa cumplimientos que por lo exagerados rayaban casi en injuria, y ni siquiera movió los párpados. Tan poco le conmovió la adulacion como la injuria. Comportóse admirablemente; pero no hay que olvidarse de que entre el auditorio habia no pocos atletas que habian encanecido entre bastidores, y cuyo corazon era ya inaccesible á emociones de aquel género. Estos tales habian asistido en aquel mismo recinto á los borrascosos combates del arte dramático, y de aquellos recuerdos habian venido á formar una filosofía á su modo, que no distaba mucho del estoicismo.

Sin embargo hubo hasta para esos corazones de bronce un momento de prueba, y fué cuando la dama trágica avanzóh ácia el público tremolando la bandera tricolor. Tenia esta actriz un modo de comprender y cantar el himno republicano, que irresistiblemente subyugaba y agitaba los ánimos. Hubiérase dicho que su voz era el rugido de una leona incitando al combate á su compañero. No era aquel acento propio de

nuestra época, pues ya nada habia en esta que pudiera justificar tanta energia y tanta ferocidad. Artísticamente hablando, hubiera podido desearse que el efecto hubiese sido mas retenido, mas templado; pero al mismo tiempo confesaremos que fué altamente grandioso, y que nadie pudo librarse de su impresion. Al centellear de aquella mirada, á la mágia de aquella voz, resonó por el salon un sordo murmullo no interrumpido sino por una general aclamacion.

La actriz acababa ya el canto, cuando un desenlace imprevisto llamó la atencion de los espectadores. De uno de los lados de la orquesta acababa de destacarse un artesano vestido de blusa, portador de un enorme ramo de flores raras y escogidas. Jóven y lleno de agilidad franqueó de un salto el escenario y se dirigió hácia la actriz, sorprendida al parecer de aquel raro incidente. Al llegar junto á ella puso el jóven una rodilla en tierra como hubiera podido hacerlo un paladin, y le presentó su aromática ofrenda entre los entusiastas aplausos de la multitud. Al ramo iba unido un billete, que el consueta no tuvo mas remedio que leer. Era un acróstico que decia:

*R*eina del imperio trágico
A tí el artesano presenta este don;
*C*on la influencia de tu acento mágico
*H*echizos mil presiente el corazon:
*E*sa corona que en tu frente brilla
*L*a república exalta; al trono humilla.

—¡Bravo! ¡Bravo! esclamaron mil voces.

—¡Demasiado bien para ser un artesano! dijeron los miembros del gobierno.

El autor de esta demostracion bajó del escenario del mismo modo que habia subido, es decir dió un salto y pasó por encima de las trompas y trombones de la orquesta. Su rostro bañado totalmente de luz en este segundo tránsito llamó nuestra atencion. Temí ser presa de algun vago recuerdo y consulté á Oscar.

—¿Le has conocido? le dije.

—¿Á quien?

—A ese artesano del ramo. Mírale, mírale con atencion: ahorá vá á ocupar su puesto.

—En efecto, si no me engaño creo haberle visto en alguna parte, pero no sé en dónde.

—Indudablemente, Oscar, él es, él es, ya me acuerdo.

—¿Quién?

—El revendedor á quien hemos tomado los billetes.

—En efecto, tienes razon. ¡Dónde diablos vá á guarecerse la galanteria! Un revendedor de billetes transformado en trovador. ¡Es lance serio!....

—Dejé de atender á lo que me decia Oscar, por oir lo que decian los amigos del artesano, que al volver á su puesto se habian agrupado á su alrededor.

—¡Diablo de Mitouflet! decia uno de ellos. ¡Vaya! ha sabido hacerlo perfectamente.

—¿No es verdad que ha hecho su papel con toda propiedad?

—Como un trovador, como un verdadero trovador. Podria decirse que no ha hecho nada mas que eso en toda su vida.

—¿Y qué diremos del ramo? esclamó otro de los interlocutores. Eso tiene busilis. Algo mas que tuberosas. ¡Eh!

—¡Tuberosas! ¿Pues por quién me tomas, camarada? ¿Crees que soy algun estudiante? Todas eran flores de estufa, amigo mio: todas flores de estufa y de nombres latinos. Sí, tuberosas, tienes razon. ¿Porqué no habian de ser amapolas?

—Pero eso te habrá costado los ojos de la cara Mitouflet. ¡Un ramo tan grande y de flores escogidas!

—¡Bah! ¿De qué se compone la vida sino de eso? Todo por las señoras.

—Mi divisa es la galanteria.

—¡Diablo! pero.... ¿y dinero para sostenerla?

—Mis recursos me lo permiten. La galanteria ante todo. Así se establece uno en sociedad.

—Buen negocio. Yo hubiera preferido las pesetas.

—Quita allá, miserable. ¿Y qué? He ganado 500 francos en la representacion y me he desprendido de 50. Vaya un lance.

—¿Y la poesía?

—Eso no vale la pena. Cinco francos me ha costado: es el género mas barato.

—Total: 55 francos de guisado: eso se suma fácilmente, Mitouflet.

—¡Ta, ta, ta! No meteis poca broma por una... Escuchad, chiquillos. ¿Quereis saberlo todo?

—Cuenta, cuenta.

—Pues yo soy quien regalo. ¿Estamos? Pero el pagano es el gobierno.

—Ahí está. ¿Pues por qué no lo decias desde el principio?

—Porque... Silencio, silencio camaradas. Es un secreto de Estado. Silencio. ¡De Estado! ¿Comprendeis? ¡De Estado! ¿Creereis que en el ramo no habia mas que tuberosas?

El grupo prorumpió en alegres carcajadas y se fué disipando. En el salon apenas quedaba gente, y el gobierno se habia marchado ya en sus coches. Es de presumir que sus miembros consiguieron dormir tranquilamente aquella noche, y ser visitados durante el sueño por imágenes mas agradables. El pueblo se iba indublamente acostumbrando al trato de los grandes autores, y su carácter no podia menos de ganar en semejante comercio. Todavia algunas mas representaciones gratuitas y la educacion popular quedaba terminada.

CAPITULO XXVIII.

LAS MANOS OCULTAS.

Tiempo es de retroceder sobre mí mismo y decir cuál era en medio de aquel caos la situacion de mi ánimo.

Lo confesaré con franqueza: el espectáculo que se presentaba á mi vista daba al traste con todos mis cálculos y destruia por la base el edificio de mis ilusiones. Una fé menos vigorosa que la mia hubiera sucumbido: la realidad era el reverso de mis sueños. En presencia de los hechos sentia mi pecho abrumado de amargura. En lo sucesivo podian hacerse ya contra nosotros los mismos cargos que habíamos hecho contra la monarquia. Ni uno solo habia que nos hubiésemos tomado la pena de evitar. Reproducíanse en la sociedad los mismos abusos de otro tiempo con la obstinacion de las plantas parásitas. El terreno administrativo estaba nuevamente plagado. La intriga que á costa de tantos esfuerzos habíamos querido desterrar del gobierno, no habia hecho mas que mudar de asiento. Cometíanse los mismos desaciertos, pero con distintos nombres. No por haber descendido la intriga habia ganado en decoro, ni podia considerarse como mas legítima.

¿Estará quizas condenado el espíritu humano á seguir agitándose eternamente en un mismo círculo? ¿No seremos consecuentes sino para nuestras inconsecuencias? Habíamos criticado la mendicidad organizada en torno de los funcionarios públicos, y jamás esta mendicidad se habia reproducido mas numerosa é impúdicamente. Habíamos combatido, y con razon, aquellas invasiones de familia que se verificaban á la sombra de un nombre ilustre, y que propendian á convertir la Francia

en un pais conquistado. No habian, á pesar de nuestros esfuerzos, cesado aquellas usurpaciones, y algunos jefes de raza seguian disponiendo de los empleos, como de unos feudos en favor de los miembros de su familia. Habíamos lanzado anatemas contra los gobiernos que usaban de la amenaza ó del favor para gravitar sobre la conciencia del público, y atentaban contra la libertad de eleccion. Esa era tambien la marcha que nosotros seguíamos: en ningun tiempo la influencia del poder se habia ejercido de un modo mas ostensible y sin rebozo. Habíamos censurado en los altos funcionarios el que se sostuvieran poniendo un pié en el parlamento y otro en el terreno de sus funciones, y no faltaba quien para conservar el equilibrio seguia imitando la postura del coloso de Rodas. Habíamos pedido á los encargados del tesoro presupuestos exactos y cuentas formales, y todavia seguíamos viéndonos reducidos á sola la esperanza de esas garantias rentisticas. Habíamos por medio de un decreto prohibido á los representantes el solicitar, y para la mayor parte de ellos el decreto no era mas que una letra muerta. De manera que en el fondo no habia ocurrido cambio alguno sino en cuanto á los nombres: las costumbres seguian siendo mas poderosas que las instituciones: cierto es que teníamos República; pero estábamos lejos de tener sentimientos republicanos.

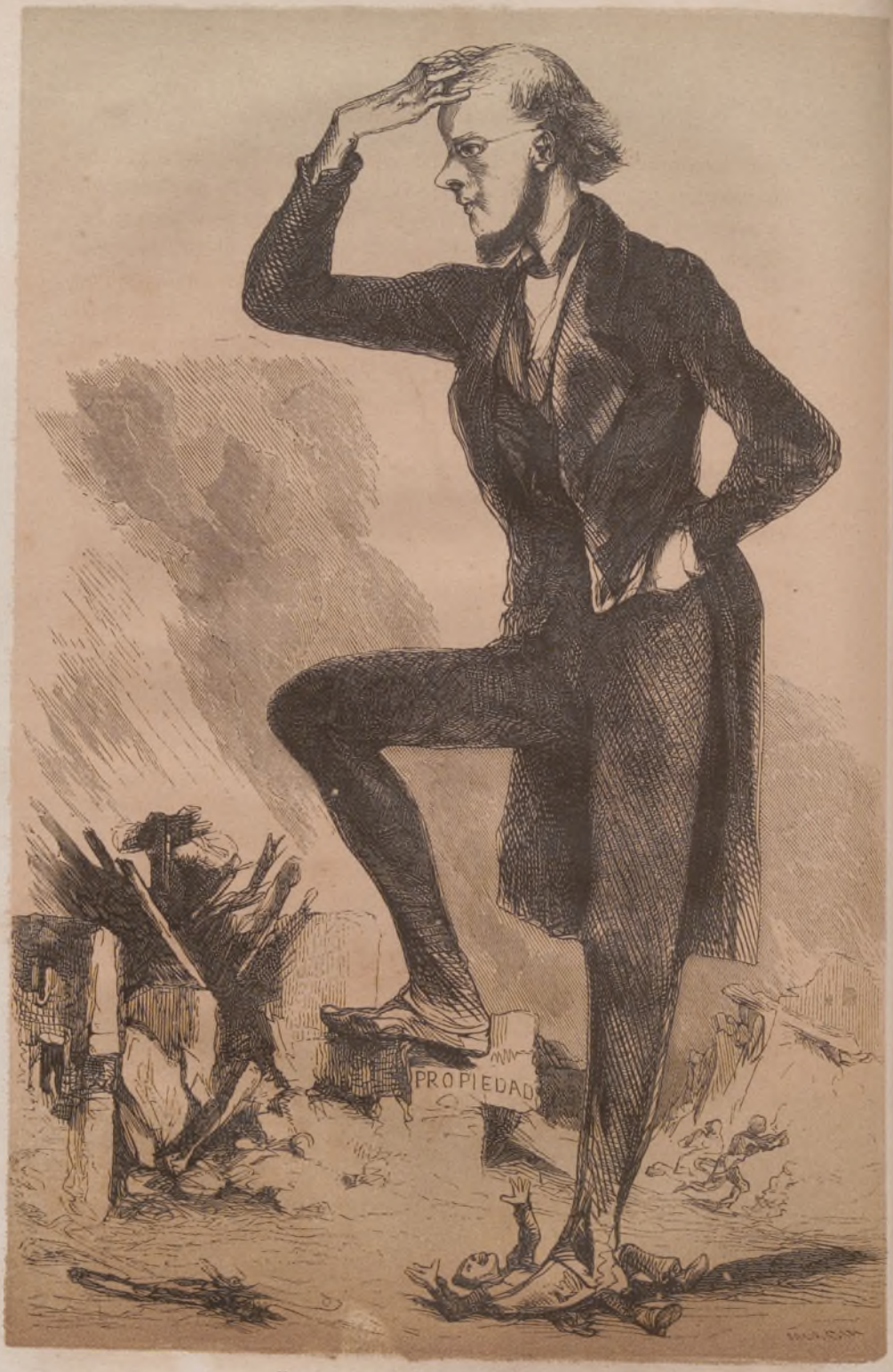
Así es que al fijar la atencion en lo que sucedia en las regiones políticas, me sentí poseido de un profundo desaliento, é involuntariamente tuve que dirigir hácia otra parte la vista. La mitad de mi sueño estaba desvanecida; no quedaba mas que la otra mitad, es decir, mi ideal acerca de la sociedad, á la cual me complacia en atribuir á largas distancias alguna nueva perfeccion. De las ocho combinaciones que me faltaban, tenia una en estado de boceto, y esperaba poder detallarla completamente antes de poco tiempo. En medio de los abortos que á cada paso estaba viendo, comprendí que era necesario guardar circunspeccion. Preciso era buscar en la misma lentitud del trabajo una nueva garantia de la perfeccion de la obra. Incompleto estaba sin duda el mecanismo del universo: algo faltaba todavia á sus numerosos rodajes. Mucho podia decirse acerca del órden de las estaciones, y acerca del modo de funcionar del sol y de la tierra. No era yo, no, de aquellos que aceptan sin discusion y se estasian al contemplar la obra de la creacion. Añadiré que para analizar la sociedad, acostumbraba valerme de métodos particulares, que aun los tenia ocultos, pero que el mundo no habria perdido nada en que tarde ó temprano hubiera yo venido á ponerlos á sus

pies como un tributo digno de él y de mí. Todo cuanto se presentaba á los sentidos justificaba mi sistema de prudencia. Mil planes de reforma se ofrecian al público, y en cada uno de ellos iban envueltas las aspiraciones de una pandilla que los lanzaba como un cebo para tentar fortuna. Una vez dado el primer paso, nadie retrocedia. Al principio todo eran palabras corteses: sondeábase el terreno: luego se iba exacerbando el tono, y por último se hablaba como los que están cansados de esperar. Finalmente, las lesiones del orgullo daban cima á lo que la impaciencia habia principiado, y entonces la pandilla entraba á todo trapo en las corrientes de la violencia y de la cólera. Poseida de este espíritu ya no veia en la resistencia de la opinion mas que un inconveniente, ni en la sociedad mas que un obstáculo. No se arredraba por las ruinas que tendria que hacer en su marcha, porque á su vez esperaba edificar y poner de su cuenta los materiales: su triunfo le parecia cosa segura. Así es que nunca falta alguna conciencia en el fondo de la vanidad. De semejante combinacion de petulancia y fervor, de esperanzas y desengaños, nacia poco á poco un encono sordo y salvaje animado por un pensamiento y un deseo de destruccion.

¿Para qué habia yo de tomar parte en ese combate? ninguna de aquellas banderas era la mia.

Fácil era por otra parte ver el abismo á que precipitadamente corrian desbocadas aquellas facciones. Nada habia de comun entre ellas no siendo el afan de destruccion. Si hoy hubieran triunfado, mañana se habrian dividido nuevamente en grupos para atacarse y destruirse mútuamente con el choque de sus rivalidades. Del mismo modo que se unian para destruir á sus enemigos, se fraccionaban para devorarse á sí mismas. Es decir, que á una guerra civil terminada, iban á seguir necesariamente otras cinco guerras civiles no menos sangrientas, sobre motivos no conocidos y de terminacion imposible. ¡Oh! ¡las pandillas, las sectas! son la calamidad mas atroz que puede aflijir á la sociedad. Tan incapaces de buena fé como de piedad, sin pudor en el corazon.... bien puede decirse de ellas que son el orgullo humano elevado á su mas alta potencia, un frenesí que se impone á la adoracion de los insensatos y los ignorantes.

En medio de aquel general sacudimiento, la sectas se encarnizaban sobre el pueblo como sobre una presa, no considerándolo sino como escabel de sus ambiciones é instrumento de sus designios. Cada una de ellas tenia un órgano que despertaba el furor de las malas pasiones y se



En su concepto la propiedad era una infamia.

distribuia profusamente por todas las calles. Todas las mañanas habia una esplosion de aquel hálito venenoso, que caia sobre la muchedumbre y la reducia á una especie de embriaguez. Millares de periódicos circulaban de mano en mano y daban lugar á comentarios todavia mas violentos. Exhalábase de ellos un olor semejante al de la pólvora ó el salitre, y otras veces creia uno estar oyendo el crujido de las armas. Entre aquellos sectarios habia uno cuyos ultrajes se elevaban hasta la misma divinidad, persiguiéndola con impuras blasfemias.

—Soy igual á Dios, solia esclamar en su demencia. ¡Soy el soberano de la creacion! Dios, mentido espíritu, tu reinado ha concluido. Hasta ahora te he guardado algunas consideraciones: preciso era contemporizar con las viejas y las amas de cria. Desde ahora queda cortada toda relacion entre nosotros. Estoy decidido á un rompimiento. Eres ya muy caduco: el mundo necesita otra novedad. Me encargo de sostener ante el público esta proposicion dividida en doce puntos.

Tal era el sentido que podia colegirse de las palabras de aquel impio, advirtiendo que hemos procurado atenuarlas mas bien que exagerarlas. Semejante lenguaje no era propio de un hombre que estuviera en cabal posesion de su cabeza: sin duda en alguno de los hospitales se echaba de menos la presencia de algun delirante que habia conseguido burlar la vigilancia del loquero. Muy del caso habria sido remediar la ausencia de aquel infeliz presentando en su lugar ese temerario que, despues de haber blasfemado tan impiamente del cielo, hablaba con no menos brutal groseria de las cosas de la tierra. En su concepto la propiedad era una infamia: cuando solia encontrarse con algun propietario, era de ver como le denostaba.

—¡Hola ladronzuelo! solia decirle. ¡Hola Lacenaire! (1) Ven que te enderece la espalda. ¿Con que eres propietario, grandísimo bribon? ¡Y te atreves á decirlo! Sin duda no tienes noticia de las soberanas jabonaduras que he solido dar á los propietarios? Teneos firmes, filibusteros; no creais que os las habeis con un manco. Os tengo preparadas legias en las que mezclaré algo de azul para teñir vuestros omoplatos. ¡Ah, sí, sí! ¿Pensais que os dejarán roturar libremente, ingertar vuestros árboles, segar la yerba de vuestros prados, descocar vuestros verjeles y manejar á placer la azada y el rastrillo? ¡Gracias! Buen negocio habríamos he-

(1) Pedro Francisco Lacenaire figura entre los mas atroces facinerosos de Francia.

cho. ¡Tomad cuanto antes las de Villadiego, cáfila de belitres sin corazon! Ahí tienes un ciudadano, ese que vá allí, que es un ser colmado de gracias, que sabe aprovechar una pipa hasta quemarse casi los labios y endereza su talle con varonil gallardia. Pues bien: ese será el mortal que os enseñará la cartilla. No hay temor de que ese llegue á llamarse propietario. ¡Propietario! ¡El! No lo conoceis: se comerá los melocotones de vuestros verjeles, las chuletas de vuestras reses, el pan de vuestras arcas, las verduras de vuestros huertos, los quesos de vuestras lecherías y la miel de vuestras colmenas; todo se lo comerá con un apetito digno de la edad homérica. ¡Pero llamarse propietario! Nunca. Nunca se dejará deshonrar con semejante epíteto. ¡Propietario, él! tiene demasiada altivez para consentirlo.

Ningun otro sectario llegó á espresarse con tal grado de violencia. Por el contrario habia algunos que afectaban moderacion, y se espresaban en un lenguaje hipócrita, sin dejar por eso de ser ni menos obstinados, ni menos peligrosos. Sirva de ejemplo el tipo que vamos á describir. Figuraos un hombre cuyo vestido descompuesto, y cuya cabellera desgreñada le dá alguna semejanza con los anacoretas que tal vez suelen verse animados en algun cuadro de Rivera. Ved cual cruza los brazos y luego los estiende en sentido circular como si estuviera hendiendo las olas encrespadas. Su vista inspirada parece que se remonta al cielo pidiendo la verdad que no encuentra en la tierra.

—Ciudadanos, dice, preciso es que os manifieste todo lo que pesa sobre mi corazon. Las miserias que se acumulan en torno nuestro, en nuestra puerta, son tan grandes que apenas puedo reponerme del golpe que me han dado. ¡Consultad á los médicos! ¡Consultad á los fisiólogos! Ellos dirán si puede el alma humana sufrir tales emociones. No, ciudadanos: el alma humana no puede resistirlas: los fisiólogos os lo dirán. Figuraos que de los 35 millones de almas de que la gran nacion francesa se compone, apenas hay uno que coma carne en la cantidad y forma conveniente. ¡Consultad á los médicos! ¡Consultad á los fisiólogos! Ellos dirán si la carne que consumen los opulentos puede ser provechosa al estómago de los pobres. Responda el alma humana á esas cuestiones. De aquí resulta que 34 millones de almas no comen la carne necesaria y que 8 millones cuando mas son los que comen pan. ¡Consultad á los fisiólogos! ¡Consultad á los médicos! Ellos dirán si semejante régimen es ó no conveniente. El alma humana no podria resistirlo. Por lo tanto reflexionad con alguna detencion. Descended á vuestras entrañas de ser

humano, de ente social, y preguntad qué razon hay para que vuestros hermanos, provistos de iguales órganos que vosotros, juguetes como vosotros del mundo sensible, no tengan para luchar contra la necesidad los mismos recursos que vosotros, puesto que sus facultades son las mismas. Consultad á los fisiólogos: ellos dirán si semejante régimen puede ser dictado por la justicia. De los 35 millones de almas solo uno es el que participa de un alimento sustancial. Es decir, ciudadanos, que se está violando el derecho natural contra cuyos ultrajes se sublevó constantemente la antigua conciencia de los pueblos. Oid lo que dice Tertuliano: La insurreccion es legítima cuando el alma humana se halla ultrajada. El reposo de los que poseen no se consigue sino á costa de la mas estricta equidad. ¡Consultad á los médicos, consultad á los fisiólogos! Ellos dirán si el alma humana puede sostenerse con una sopa de castañas ó con unas papillas de leche agria. Sin embargo los que de ese modo se alimentan son hermanos vuestros, llevan la frente erguida como vosotros y contemplan el cielo con altivez: son de esencia divina, y sin embargo 34 millones de ellos no comen carne y 8 no comen pan. ¡Consultad á los médicos, consultad á los fisiólogos! Ellos dirán si el alma humana. . . . . .

. . . . . .

Aquí juzgamos prudente interrumpir semejante narracion, á pesar de ser de aquellas que llegan á ser interminables. Así como no tiene mas que dos páginas podria tener veinte ó ciento. El autor tenia un método particular: jamás acabó un discurso, ni un libro. Para eso no tuvo necesidad de sacar un privilegio de invencion. ¡Y qué ademan tan pacífico! ¡Qué piel de oveja! ¡Mas téngase cuidado! ¡No están lejos las niñas! Homilias son al parecer sus escritos, ¡pero qué de hiel destilan! En ellos siempre figura el pobre en presencia del rico dejando al lector el cuidado de sacar consecuencias de esa terrible comparacion. ¡Unos comen, otros no comen! ¿Á qué fin presentar ese contraste? Así es como se van acumulando en los corazones depósitos de cóleras. La materia inflamable se halla hacinada: el mas leve choque producirá la esplosion.

Otros sectarios se valian de un estilo mas elevado, y su invitacion era mas directa: aconsejaban la revolucion del modo mas esplícito y terminante.

—Pueblo, solian decir, un problema te está agitando. Trátase de averiguar si por el ejercicio de tus derechos te has desposeido de la soberanía, ó bien si esta sigue residiendo en tí con toda su virtud, toda

su fuerza y toda su estension. Planteada de este modo la cuestion, resulta que el segundo término es el verdadero, así como el primero es falso. Tú has sido siempre y bajo todos conceptos único soberano, y único juez de los límites de tu soberanía. Este carácter es inalienable, y ni á tí mismo es dado prescribirle. Este carácter es universal, y á donde quiera que se aplique todo lo domina. Tú eres soberano, penétrate bien de que esta palabra implica un derecho absoluto. Ni el tiempo, ni el espacio la limitan. Lo que tú das, puedes quitarlo, lo que tú delegas, puedes volverlo á tomar. La soberanía es nula ó ha de tener ese valor. Ejercer un dia la soberanía durante un espacio de tres años, es una ridiculez. ¿Quién pues se atreverá á decir que á eso se limitan los derechos del pueblo y que de las barricadas regadas con su sangre no consiguió mas que ese poder precario, que se desvaneció casi en el momento de usarlo? ¿Quién pues intentará reducir su soberanía al ejercicio ilusorio de un derecho de sufragio? Pueblo, recuerda que eres soberano y obra como tal: no puedes dejar enervar en tus manos el poder que has conseguido por la victoria. Si se discute, has oir tu voz; si te oponen resistencia, descarga el brazo. Para tí no hay mas que una sola manera de proceder. Pues eres el fuerte, es preciso que sepas serlo. Pues eres el dueño, es preciso que se doblegue todo á tu voluntad. Una mayoría dada por sorpresa no debe cortar tus soberanas funciones; si te acomoda respetarla, la respetas, si quieres destruirla, la destruyes. En caso necesario tú sabes dar grandes ejemplos, y sustituir á esa mayoría, producto de la intriga y del acaso, una fuerza mucho mas enérgica, mucho mas brillante, la fuerza de la unanimidad.

Esto era aconsejar en buenos términos un acto de revolucion contra los poderes dimanados del sufragio universal. Diariamente aparecian protestas por este estilo debidas á la pluma de los autores mas oscuros. En ellas se mezclaban torrentes de invectivas ó tristes vaticinios. Cada cual se creia autorizado á prodigar insultos á los ídolos desarmados. Todas las sectas obraban de consuno, y todos los clubs trabajaban por adquirir prosélitos. Podia decirse que sin cesar y á la luz del dia se estaba fraguando una inmensa conspiracion. Era imposible que el gobierno lo ignorára, pues ni siquiera se tomaban la molestia de cobijarse en el misterio. La cuestion de tomar las armas se discutia públicamente en el seno de los clubs, y solo tal vez en algun caso grave se tomaba la precaucion de cerrar la puerta. Nadie al parecer dudaba que un poder tan alto de cimientos habia de disiparse al primer soplo de la opinion, y que

sobre sus ruinas habia de elevarse una iniciativa en consonancia con las tendencias del siglo y los deseos de la humanidad.

En tanto los sectarios aprovechaban el momento y gozaban su dia de triunfo. Habian sembrado viento, cosechaban tempestades. Todas las ideas insanas que habian sido vagamente derramadas á merced del acaso, germinaban á un mismo tiempo, y los sectarios se proponian estar bien atentos á la recoleccion del fruto: pero tenian sobrada perspicacia, para no aventurarse del todo, y por lo tanto evitaban las probabilidades. Dejaban á los demás las emociones del combate, y para sí mismos se reservaban únicamente las de la victoria. Tiraban la piedra y escondian la mano: de manera que venian á hacer el mismo papel que los dioses de Homero, que ocultos entre las nubes, presenciaban el combate sin tomar una parte activa hasta el momento del desenlace. Entretanto seguian arrojando nuevo pábulo en aquel volcan, donde hervian las lavas populares. Por los torrentes de llamas que se escapaban del cráter podia apreciarse la intensidad del incendio, y calcular el dia en que estallando con toda su furia derramaria sobre la ciudad su lluvia de cenizas y sus raudales de fuego. Sombrío espectáculo, bien digno ciertamente de aquellos espíritus réprobos, y durante el cual podia tal vez la civilizacion encontrar una tumba.

Los sectarios estaban radiantes de gozo, y por primera vez empezaban á creerse seguros de la victoria. Por fin iban á manejar á su placer aquella sociedad que tan rebelde y altiva se les habia manifestado: iban á tenerla entre sus manos, y doblegarla al yugo de su victoria. Si para conseguirlo era preciso consumar la ruina de la nacion, si era preciso armar contra la madre patria á sus propios hijos, poco, nada importaba. Lo esencial para aquellas almas corrompidas por el orgullo, era llegar á las cimas que en sus delirantes sueños habian vislumbrado, y anunciarse con estrépito á la faz del universo. Mas cuando se siente el pecho devorado de una ambicion semejante, es preciso que el valor pueda nivelarse con ella. No es propio ya de nuestra época, ni de nuestras costumbres el que el mundo se sacrifique por quien no tiene valor de asistir al combate: solo entre los árabes se acostumbra contemplar desde lejos la batalla, y colocarse orgullosamente despues de terminada, entre las filas de los vencedores.

MCD 2022-L5

CAPITULO XXIX.

LOS INSTRUMENTOS.

Acabamos de ver la mano; pasemos á ver los instrumentos de que se valia. Solo uno habia que mereciera realmente esa calificacion. Era el taller nacional, foco de todas las manifestaciones y de todos los desórdenes. Si es cierto que de propósito se estableció ese ejército de pretorianos para mantener en una saludable agitacion al público, fuerza es confesar que los resultados escedieron á las esperanzas, y que no se hizo esperar mucho tiempo la pena que castigó el pecado. Para nadie ciertamente tanto como para el gobierno, fué aquel enjambre de obreros contínua ocasion de sobresaltos y peligros, y con razon podria compararse á una espada desnuda, constantemente suspendida sobre la cabeza. Por el mas leve pretesto levantaban la bandera de la insurreccion y asediaban el parque de Monceaux, hasta que por último conseguian cuanto se les antojaba pedir.

Allí tenian los clubs sus aliados naturales, y cada secta habia tratado de adquirir preciosas filiaciones. El club era la cabeza, el taller nacional el brazo: el primero mandaba, el segundo obedecia. No hubo una sedicion en que el taller nacional hubiese dejado de intervenir, y en verdad sin tomar muchas precauciones para ocultarse. Presentábanse sus individuos por los calles con su bandera al frente y turbaban el órden con la confianza que solo la impunidad puede inspirar. Las sectas sociales ejercian tambien grandes estragos entre aquellos obreros regimentados. En ninguna otra parte contaba lo quimérico y lo imposible con mayor número de exaltados prosélitos: allí era en donde se creian realizables aquellas repúblicas imaginarias regadas por arroyos de le-

che, ó aquellas dictaduras violentas que se inauguran por la espoliacion.

Hacia ya algun tiempo que se trataba de una manifestacion armada y los talleres nacionales se manifestaban muy preocupados en su favor. Mas en el seno de los talleres nadie pensaba con tanto ardor en ella como nuestro antiguo conocido el ciudadano Percheron. Cierta mañana salió del taller de la Porte-Maillot en donde estaba inscrito, y llamando aparte á su amigo Comtois, se fueron hácia el bosque de Boionia y se internaron en la espesura.

—Hijo mio, dijo el primero, tengo que comunicarte una gran noticia. Pero vámonos á un sitio mas retirado, porque estoy viendo á un guarda.

—¿Á qué hemos de ir mas lejos? contestó Comtois que como ya saben nuestros lectores parecia un Hércules. No me muevo de este sitio.

En efecto no fué posible moverle de allí: una roca hubiera presentado menos solidez.

Su compañero tuvo que resignarse.

—Pues bien, ya se ha decidido.

—¿Decidido? repitió Comtois que nunca acostumbraba prodigar palabras.

—Decidido y determinado. Todos los clubs tomarán parte: hay mucha union.

—¡Bah!

—Como te lo digo. Está decidido, determinado, resuelto et cetera. Creo que no serás capaz de retroceder.

—¿Yo?

—Sí, tú. Hace un cuarto de hora que estás inmóvil como un poste. ¿Será posible que no te afecte nada semejante noticia?

Es de creer que el atleta habia sostenido este diálogo sin comprender el objeto que lo motivaba, y así lo hubiera comprendido su compañero á no haber estado tan concentrado en sus propias ideas. Sus últimas palabras pusieron á Comtois en el caso de poder entrar en materia.

—¿Qué noticia?

—¡Ahora sales con eso! Antójaseme que es preciso rumiar las palabras para que me entiendas. La insurreccion, camarada, la insurreccion ¿me entiendes?

—¿De veras? replicó el Hércules sin manifestarse muy conmovido. ¿Se insurreccionan? ¿cuando?

—El lunes, contestó Percheron bajando la voz. Sonsoniche.

—No temas. ¡Ah! ¿Con qué el lunes? prosiguió diciendo el atleta y meneando filosóficamente la cabeza. Esto marcha. Vámonos á hacer lastre.

—¡Eh! No tengas tanta prisa. Contigo cuentan principalmente.

—¡Enhorabuena!

—¡Habrá qué derribar puertas y no poco sólidas!

—Eso lo veremos, añadió el atleta en ademan de absoluta confianza. Pero atiende, Percheron, bueno será saber para qué voy á meterme en honduras. ¿Te han dicho algo?

—¿Si me han dicho? Medrados estariamos. Oye Comtois. El gobierno falta á todos sus deberes: ya no es posible tolerarlo. Quince veces lo han perdonado los talleres nacionales, y el mal va cada dia de peor en peor. Demasiado bien se le ha tratado. Ya lo decia yo en Febrero. Van á servirnos hombres de guante amarillo; ellos nos perderán. Ojalá los hubiesemos confiado desde entonces mismo al Sena. No me hicieron caso: mira las resultas. Hoy son difíciles de pelar, y entonces estaban blandos como una cera. El Sena hubiera cargado con ellos de mil amores.

—¡Crees tú!

—¿Pues no he de creer? Difíciles de pelar, sí señor; pero hágase el milagro. No se puede sufrir ya por mas tiempo ese emplasto de gobierno: es preciso librar al pais. Por de pronto hay entre los miembros del gobierno un hombre que nunca me ha hecho gracia.

—¿Quién?

—¡Uno pequeño, gordo, de vista torcida y con una nariz! ¡Ira de Dios! en mi vida he visto cosa por el estilo. Es una cosa humillante.

—Convenido, Percheron: se tendrá en cuenta la nariz, la vamos á hacer lastre.

—¡Está cargante con su lastre! ¿Qué es de tu juicio Comtois? ¡En eso piensas cuando estamos á punto de insurreccionarnos! No nos faltará de qué cargar si la cosa marcha. Tu verás, hijo mio, tu verás. Tengo aquí un plan, añadió dándose espresivas palmadas en la frente.

—Es muy cierto, dijo el atleta, apoyándose en el tronco de un arbolillo, que casi se doblegaba bajo su peso. Veo á los que derribo, pero ¿y los otros?

—¿Los otros? esclamó Percheron cuyas miradas empezaban á chispear. ¿Tú quieres saber quién son los otros?

—Confieso que no me son indiferentes, añadió Comtois sin alterar un

punto su tranquilidad: puesto que ayudo á destruir, bueno es que sepa lo que destruyo.

—Curioso.

—Así soy.

—¡Pues oye! Pero antes he de registrar aquel matorral. ¡Este bosque de Bolonia es tan á propósito para emboscadas!

El artesano se puso en marcha al decir estas palabras y registró los matorrales cercanos para asegurarse que no habia ninguna persona escondida. Entretanto su compañero encendió la pipa y se puso á fumar estóicamente. La idea de no cumplir con los deberes inspiraba algun recelo á su conciencia, pero un gobierno que se encontraba ya en el ocaso ¿por ventura merecia que se le sirviera con tanta escrupulosidad? Esta consideracion acabó de tranquilizarle, y se resignó á olvidar el lastre.

—¿Qué has visto? Preguntó á Percheron que volvia de su esploracion.

—Nada, amigo mio, solo un conejo que ha saltado entre mis pies. Casi le he pisado las orejas. Era cosa de ver como corria.

—Ya lo creo: son tantos los conejos que se van viendo en la cazuela que no es estraño que sus compañeros desconfien. Otro tanto harias tú. Estábamos diciendo... ¿Qué deciamos? ya no me acuerdo.

—Deciamos que el gobierno va á dar un salto de cabeza.

—Así es; pero la cuestion está en saber quien va á reemplazarlo. Repito que quiero conocerlo: de lo contrario no empujo; me llamó andana.

—Atiende Comtois, repitió el compañero mirando suspicazmente á derecha é izquierda. Todo lo vas á saber, pero no lo cuentes á ningun alma viviente.

—No tengas cuidado.

—En las brigadas no somos mas que seis sujetos los que estamos iniciados en el secreto: tú serás el sétimo.

—Hazte cuenta que se lo dices á un muerto.

—Así me gusta. Pues por de pronto has de saber que han entablado negociaciones con nosotros. Pero, hijo mio, es preciso saberse tener tieso y no dejar que jueguen con el pueblo á la pelota como en Febrero. Yo soy el que manejo el asunto; no vayas á perderme como sueles hacerlo.

—Vaya una salida.

—No voluntariamente: nadie duda de tu honradez; pero eres dema-

siado bueno, demasiado fácil, y cualquiera te engaña. Mas por esta vez creo que podré tener confianza.

—Toda la que quieras.

—No te pesará amigo Comtois; pero volvamos al asunto. Figúrate que se presentaron en el taller siete ú ocho señores, de buen aspecto, bien vestidos, unos caballeros. Me llamaron; hablamos. ¿Sabes tú lo que me ofrecieron desde luego, desde las primeras palabras?

—¿Cómo he de saberlo?

—Pues me ofrecieron hacer mi fortuna dándome una posesion en el campo, sí, una vida de caballero.

—¡En el campo! esclamó Comtois saliendo de su ordinaria impasibilidad, ¡en el campo! eso es magnífico. Siempre he soñado yo en esa fortuna. Acepto: acepto.

—¿Ves lo que eres, amigo mio, qué es lo que te decia yo hace un momento? Que eres demasiado fácil, que no sabes resistir, que cedes á la menor bagatela.

—¡Ah! ¡Es tan agradable vivir en el campo, camarada!

—Algo mas nos ofrecerán, hijo mio, algo mas. ¿Has visto que nadie haya dicho hasta lo último todo lo que tenia que decir? Todo el mundo propone, regatea... Dejémoslos venir.

—¡Una fortuna en el campo! Mi pasion favorita.

—Debo tambien decir, Comtois, que en ella nada hará falta, pues así lo han prometido. Aquellos señores saben arreglarlo todo de un modo admirable. Allí habrá abundancia de aguas, un parque magnífico, habitaciones cómodas; habrá rebaño, habrá caballos, habrá patos en los estanques. Habrá por decirlo de una vez, todo lo necesario para vivir como un caballero.

—No me digas mas, sino quieres que vaya á venderme.

—¿Pues qué, te imaginas que nosotros tambien por nuestra parte no les damos algo á esos señores vestidos de negro? ¿Es poca alhaja un gobierno? ¡Un pais como la Francia! Nosotros los hombres del pueblo somos unos verdaderos carneros. Vamos ganando ya por dos veces el premio mayor en la loteria de las insurrecciones ¿y qué hemos sacado? Miseria y mas miseria. Cuando pienso en eso, amigo Comtois, me parece que salgo de mis casillas. Haria atrocidades sino me contuviera. Pero esta vez rodarán de otra manera las bolas: no apartaré la vista del que gana, yo ajustaré cuentas.

—Muy bien harás, amigo Percheron.

—En primer lugar, nada de guantes amarillos, nada de botas de charol, pues ambas cosas son las que matan las revoluciones. En segundo lugar, cuarenta y ocho horas en beneficio del pueblo, cuarenta y ocho horas largas y durante las cuales no venga ningun uniforme á incomodarnos. Se me ocurre una idea: un hombre como tú, amigo Comtois, un hombre casi cuadrado, una verdadera potencia, ¿por qué razon no habia de hacer un papel principal en los asuntos de la guerra?

—No te rias de mí, Percheron.

—Estoy muy lejos de eso. Sí, tú eres un buen molde para ministro de la Guerra. Ya quisiera yo verte con tus entorchados y tu sombrero de tres picos. ¡Qué buena figura harias! ¿Crees acaso que en la tropa haya muchos que tengan espaldas como las tuyas, ni voz de mando de tan rara calidad? ¡Qué diablo! Comtois, váyase á pasear la modestia. No es la casaca sino la naturaleza lo que hace al hombre. Figúrate que cuando uno tiene tus prendas donde quiera que se coloque está bien colocado. Ya veo que me has comprendido; tú serás ministro de la Guerra.

—¡Si te empeñas!

—Sí, me empeño: formas parte de mi combinacion. ¿Piensas que habria ido á esponerme á nuevas aventuras, sin haber pensado algo en mis propios intereses? Aspiro al ministerio de Hacienda, y llegaré á él como tú llegarás al de la Guerra. Pensar que el pueblo ha de quemarse la mano en las revoluciones para ver que otros devoren á su vista lo que saca de ellas, es un desatino. No hemos de ser tan necios. El pueblo sabrá conservar sus conquistas. ¡El pueblo! Comtois ¡el pueblo es el plantel de donde sale todo! Del pueblo salió todo en nuestra primera república. ¿De dónde salian los Mariscales? del pueblo. ¿Los generales? del pueblo. ¿Los empleados? del pueblo. En todas partes se encontraba el pueblo. ¡Pues bien! Otra vez se le volverá á ver en todas partes. Hemos de volver á encarrilarnos. Comtois, antes de 15 dias serás ministro.

—¿Lo crees así?

—Y yo tambien lo seré: quiero hacerme cargo de la Hacienda. Se me figura que los que la manejan sacan mucho y ponen poco. Obraré sin tener que arrepentirme. ¡Cuánto bien hemos de hacer, amigo Comtois! ¡Qué dichosa va á ser la Francia! Se acabó la esplotacion del hombre por el hombre: esta es la primera reforma que hay que hacer en nuestras leyes. ¡Éramos esplotados! ¡Lo eramos! Eso ha de concluir. ¡Fuera sa-

larios! fuera jornales! Eso es demasiado humillante. Nada ha de haber, mas que asociados en el hermoso suelo de Francia. El jornalero tendrá siempre 25 francos en su bolsillo: el Estado se los asegura. Es muy justo: sobre eso no hay que hablar. El artesano tendrá un palacio donde pasar los últimos dias de su vida. Allí podrá gozar de un clima saludable, del espectáculo de la naturaleza y del aroma de las flores. Sobre este particular tengo grandes planes. Veinticuatro horas de poder nos bastan para realizarlos. Cuando hay voluntad no se necesita mucho tiempo para practicar el bien. Yo aseguraré al jornalero una fortuna semejante á la de un rey en el trono. No son ciertamente los hombres de frac los que han de realizar ese proyecto. Antes de encaramarse, es pequeña su boca para hacer ofrecimientos: el artesano tendrá esto, el artesano tendrá lo otro, pero cuando han subido, adios promesas, adios beneficios. Abominable compañia nos hacen. Quede pues, decididamente resuelto que no se ha de contar con ningun hombre de frac, y que nosotros solos seremos los que manejaremos nuestros propios asuntos. Yo me encargo del destino del artesano, ya verás del modo que desempeñaré mi comision. Nunca dejará de estar bien vestido, bien alojado, ni de tener cinco escudos nuevos en el bolsillo; ya lo he dicho. Eso todavia es muy poco. Ante los tribunales siempre se le dará la razon, y en las grandes solemnidades el puesto de preferencia. Es preciso dar una buena leccion á los ricos. Es preciso hacer que se acostumbren á respetar la blusa. Bastante tiempo han hecho el Quijote; ahora le toca al jornalero.

—Pero entonces, dijo melancólicamente el Hércules, nadie querrá ser rico.

—¿Y aunque eso suceda, amigo Comtois, ¿qué diablos nos importa? ¿Qué es en la sociedad eso que llaman clase acomodada, sino una seta venenosa? ¿Qué hacen sino chupar nuestra sustancia y engordar con nuestro sudor? Sabido es que eso es lo único que hacen, eso y darse recíprocamente la guardia. Auméntese el número de semejantes hombres, y no por eso marcharán las cosas mejor que lo que han marchado hasta el presente. Nos hemos acostumbrado demasiado á considerar esa clase como elemento necesario en la marcha de las sociedades: los ricos no son mas que unos parásitos; así lo dicen todos los periódicos.

—Cierto es, dijo sentenciosamente Comtois, que para hacer lastre no los echariamos de menos.

—Los ricos no son mas que una preocupacion: ese es el motivo de que yo los suprima. ¡Oh! en cuanto á eso, no lo dudes, seré de hierro.

¡Nada de ricos! ¡Nada de ricos! Mientras quede uno solo, hazte cuenta que nada hemos hecho. Los ricos son nuestra plaga, Comtois, así lo dicen con bastante claridad los papeles públicos. Todo hombre que tenga en su casa mas de cien francos ha de ser pasado por las armas: hay que tomar medidas rigorosas. Cien francos son un bonito capital. Tampoco ha de haber muebles lujosos ¿comprendes?

—¿Y los ebanistas, Percheron?

—Que se dediquen á otra cosa: no les faltará ocupacion. Nada de carretelas, nada de cocheros con sus libreas nuevas.

—¿Y los constructores de carruajes? ¿Y los que ahora se dedican al servicio de las casas grandes? ¿Y los tratantes de caballos?

—Que busquen otra ocupacion. No te aflijas por ellos. Tampoco ha de tener nadie bajilla de plata. Nada de jarrones dorados. Un poco de Ruole, y eso con medida.

—Pero atiende Percheron; tu vas á perjudicar á mucha gente. ¿Qué será de los plateros, de los diamantistas, de los cinceladores y de los que montan las piedras preciosas?

—Se ingeniarán de otro modo, buscarán otra industria. No tengas cuidado.

—Por lo menos es cierto, murmuró el filósofo, que podrán dedicarse á hacer lastre.

—Lo esencial, como tú comprendes, es ir directamente al rico, y darle en el corazon. ¿De qué sirven esos suntuosos edificios con sus patios y sus jardines? ¿No te parecen localidades demasiado anchas para tan poca gente?

—¿Y los arquitectos, Percheron, y los albañiles; y los picapedreros y todos los que trabajan en la construccion de edificios?

—Buscarán otra industria. Tú reparas en bagatelas. Tampoco ha de quedar en pie ninguna de esas fruslerias, de esos relumbrones que adornan el interior de semejantes edificios. Esos tapices, esas colgaduras, ese conjunto de telas por las que yo no daria un cuarto; esos bronces, esos cuadros, esas estátuas, esos grabados, todo ha de desaparecer para siempre. ¿Pregunto yo para qué sirven todas esas nimiedades?

—Poco á poco, amigo Percheron, dijo el atleta cada vez mas escandalizado ¿para qué sirven? para dar trabajo á los pintores, á los tapiceros, á los dibujantes, á los grabadores y á todos los que viven con esas industrias. No eres tú seguramente quien podrá asegurarles trabajo.

—Se ingeniarán en otra cosa. Alcanzas muy poco, Comtois. No te

elevas lo suficiente para comprender esas cuestiones. ¡Vaya! voy á convencerte con una sola palabra. ¿Quieres que la sociedad siga conforme está, es decir, quieres que el hombre siga siendo esplotado por el hombre?

—Seguramente que no.

—Pues en tal caso es preciso atar corto al rico. Mientras esto no se haga, la sociedad seguirá siendo lo que ahora es: el hombre será esplotado por el hombre. Es preciso atar muy corto, muy estrechamente al rico. Atarlo con puños de hierro y dejarlo bien sujeto. Tú no lees los periódicos, Comtois. Si los leyeras, ya verias que verdades de á folio dicen sobre ese particular. ¡Los ricos! ¡Ah! ¡Los ricos! son mi continua pesadilla. Mientras exista uno solo me creeré privado de mi posicion. Mueran los ricos.

—Sin embargo no son pocos los que viven á costa suya. Todos los artesanos meten poco ó mucho la mano en su bolsillo.

—Pues cuando llegue el caso se dedicarán á otra ocupacion. No aciertas á salir de ese tema. Eres monotono.

—¡Ah! Sí, dijo Comtois. Ya sé á lo que se dedicarán, á hacer lastre. Pero cuando hay que arrancar piedras para hacerlo, te aseguro que no es cosa muy divertida. Me parece ya tiempo de que volvamos al taller. ¿Qué dices?

Aquí terminó la sesion y los dos amigos regresaron á sus puestos. Percheron era hombre feliz: acababa, como hemos visto, de revelar sus tendencias y sus planes para el porvenir. Sus soñados triunfos le llenaban de ilusion. Consideraba las cuestiones políticas con un ardor proporcionado á la indiferencia con que Comtois las escuchaba. Honrábase de ser el mas exaltado de sus compañeros, y por lo tanto podia ser considerado como un agitador, esto es, como el oprobio y la calamidad de los talleres. Ninguno hacia mayores sacrificios que Percheron por comprar aquel veneno que á dos cuartos la dósis se vendia diariamente por las calles: sus bolsillos estaban siempre llenos de periódicos de todos matices, y particularmente de los mas oscuros. Leíalos en alta voz, los comentaba y los hácia circular por los talleres y de este modo habia llegado á adquirir cierta influencia. Puede decirse que Percheron era el Demóstenes del taller, así como Comtois representaba el papel de Milon de Crotona.

Aquel dia pasó para los dos amigos sin mas incidente: solo al anochecer en el momento de cobrar el jornal, se volvieron á ver reunidos

en una especie de choza formada de ramas, que servia de cantina á los obreros.

—La cosa marcha, dijo rápidamente Percheron al oido de su amigo; la cosa marcha.

—¡Marcha! repitió Comtois.

—Ya sabes que de un salto treparemos al ministerio. Por lo tanto, aprieta los puños y ponte al nivel de las circunstancias. Hasta el lunes.

—Hasta el lunes, contestó el estóico coloso.

CAPITULO XIX.

LA VIOLENCIA.

Cada vez seguia anublándose mas el cielo. El pueblo estaba embriagado: los vapores del poder le turbaban el seso. Impacientábase por apoderarse del poder con que le convidaban de todas partes, y se proponia no minorarlo por medio de abusivas delegaciones. Todo para el pueblo, era la obligada frase de los clubs, repetida constantemente por Percheron. Al pueblo le incumbirán en lo sucesivo el arreglo y las condiciones de su bienestar. No tendrá ya que contar sino consigo mismo, y podrá pagarse con sus propias manos. Esas violentas teorias encontraban, preciso es decirlo, no pocas conciencias rebeldes hasta entre los mismos jornaleros; pero á beneficio del continuo rumor y de una especie de presion, el mal iba ganando terreno instantáneamente. Hasta el mismo Comtois, ese prudente y tranquilo jornalero tenia que ceder al impulso dominante y entregar su alma al demonio de la revolucion.

Á poco que se fijára la atencion no podian menos de notarse síntomas alarmantes. Aquellas masas turbulentas empezaban ya á disgustarse de la Asamblea nacional, que á pesar de haber sido elegida por sufragio universal, no espresaba en concepto de aquellas de un modo suficiente las simpatias y deseos que las animaban. En torno de la cámara legislativa se elevaba un tumulto de recriminaciones que casi rayaban en insultos. Al salir de las sesiones tenian que pasar los elegidos del pueblo por una doble fila de descontentos, que al parecer habian

tomado el empeño de acibarar las alegrias del triunfo y la satisfaccion del poder. El insulto volaba de boca en boca y mas de una vez iba acompañado de amenazas.

—¡Nuestros comisionados! ¡nuestros comisionados! gritaba en cierta ocasion un hombre al ver á los representantes del pueblo.

—¡Comisionados que ganan 25 francos al dia! ¡Dígase si eso no es un robo!

—Cuando nosotros no ganamos mas que 20 sueldos, añadió una tercera voz. ¡Qué lástima!

La turba repetia á coro: ¡Fuera comisionados!

En otra ocasion un individuo gritó desde el seno de la turba: ¿Qué será mejor, que el Sena entre en la Asamblea, ó la Asamblea en el Sena?

El público acojió estas palabras con estrepitosas carcajadas. El odio dominaba en los labios y en el corazon. Veinte periódicos lo alimentaban y lo ponian en un terreno muy próximo á la ferocidad. Todavia no contaba la Asamblea mas que ocho dias de existencia, cuando la prensa de los clubs la estaba ya acusando de no haber inundado la Francia de beneficios, de no haber redactado una constitucion, de no haber introducido el pueblo en la tierra de promision, restablecido el crédito, desvanecido la miseria y por último, de no haber consumado la alianza del trabajo y del capital, sueño incesante de aquellas imaginaciones enfermizas. ¡Qué de rumores circulaban con este motivo contra la Asamblea! ¡Qué de acusaciones! ¡Qué de cargos! ¡Un parlamento popular incurrir en ese olvido! ¡Desentenderse de tantas quejas! No, no debia quedar sin castigo tamaña falta. Una Asamblea que en ocho dias no habia tenido bastante tiempo para hacer la felicidad de la patria, era una institucion que se condenaba á sí misma, y se despojaba espontáneamente de toda autoridad.

Esas imputaciones, esas palabras, esos insultos presagiaban un próximo rompimiento. Todo en efecto se iba preparando en los clubs y en los talleres nacionales para producirlo. No se buscaba ya mas que un pretesto: los sucesos de Polonia vinieron á suministrarlo. Sabido es que á los desgraciados de ese pais, ya que no otra cosa, se les prodigó abundancia de discursos. Si las peroraciones fueran descargas de artilleria, ya hace mucho tiempo que la Polonia dispondria de su independencia y le habria sido devuelta su nacionalidad. En su obsequio la Asamblea iba á abrir un nuevo torneo, que era el trigésimo. Los apasionados á tratar

de esa cuestion no ocultaban su alborozo, y unos andaban rejuveneciendo frases antiguas, y otros se acuciaban en inventar otras de gran efecto. Todos manifestaban la mayor ansiedad por volver á decir á los desgraciados polacos que su infortunio les inspiraba el mayor interés, pero que en realidad nada podian hacer en obsequio suyo, mas que enviarles por la via de la tribuna un diluvio de pésames. ¡Noble Polonia, patria de los Jagelones, qué gratos debieron ser á tu alma sublime tales acentos! Si nadie hasta ahora ha tenido fuerza para levantar la lápida de tu tumba, no falta por lo menos de cuando en cuando quien la cubra de flores: eso es una gloriosa indemnizacion.

El plan estaba ya concertado: en París se proponian dar principio al apoteosis. Veinte oradores se habian inscrito para la ceremonia: la jóven y la antigua guardia iban á tomar parte en la funcion. Circuló por el público la noticia y desde luego se echó de ver que inspiraba cierto interés. Deseábase saber si la república conseguiria rejuvenecer una proposicion tan gastada, y si sus brazos ceñirian algo mas que una vana sombra. Los clubs se interesaban tambien por este asunto, pero bajo un punto de vista distinto. En el fondo, la Polonia les importaba muy poca cosa: los verdaderos revolucionarios tienen mediana disposicion para las peroraciones sentimentales. Pero lo que los clubs deseaban era una manifestacion popular que los pusiese en presencia de la Asamblea y la obligára á transigir con ellos, resolviendo un conflicto que hacia ya tiempo existia entre ambos poderes. Los clubs habian intentado subyugar la Asamblea, pero esta se habia resistido: se habian propuesto reducirla á una tutela, imponiéndole sus afiliados; pero la Asamblea habia desbaratado sus planes. Preciso era pues renovar á todo trance el combate, y para eso venia muy á propósito el recuerdo de Polonia. ¡Patria de los Jagelones, no te faltaba ya mas que ese último infortunio!

El dia en que se hizo la manifestacion á que aludimos, debe considerarse como una fecha funesta para el nuevo régimen de gobierno. A otros autores dejaremos el cuidado de referir los incidentes que ocurrieron en aquella memorable jornada: la trompa de la historia no estaria bien colocada en nuestras manos. No faltará quien describa el audaz atentado, que de despropósito en despropósito llegó á consumarse á la faz de una poblacion puesta sobre las armas; la impúdica violencia ejercida sobre una Asamblea que aun no tenia edad ni medios de defensa. Nos contentaremos por lo tanto, dejando á un lado cuadros y descripcio-

nes dignas de un buril mas severo, con referir nuestras propias impresiones y los episodios de que fuimos testigos.

Se habia hablado tanto de aquella sesion en que nuevamente iba á tratarse de la Polonia, que Malvina se empeñó en asistir á ella á todo trance. El temor de una agitacion popular lejos de enfrenar su deseo no hizo mas que avivarlo: echóse á buscar una tarjeta de entrada en la Asamblea y pudo conseguirla. Yo por mi parte no fuí tan dichoso: las tarjetas andaban, si asi pudiera decirse, por las nubes y no tuve mas remedio que abandonar mi mujer en manos de un ugier que la condujo al interior del edificio, quedándome yo lleno de funestos presentimientos en el pórtico, no sin haber hecho todos los esfuerzos posibles por no separarme.

—¡Cuánto me alegraría que desistieras de tu proyecto, le habia dicho á Malvina un momento antes de separarnos.

—¿Y por qué amigo mio?

—¿Qué sé yo? Tal vez habrá jarana. No faltará tumulto.

—¡Bah! no tengas cuidado.

—¿Y si vienen los clubs?

—¡Que vengan! ¿Los clubs se comen á las mujeres? No tengas miedo Jerónimo; nadie tratará de arrebatarme.

En vista de esa obstinacion dejé de insistir y fuí á reunirme con Oscar que me estaba esperando bajo el Obelisco á la sombra. La vista de las aves acuaticas (ibis), esculpidas en aquel monumento del antiguo Egipto, le tenia completamente distraido; el único reparo que por entonces se le ofrecia era que aquella masa de piedra no proporcionaba toda la frescura que podia desearse en tales momentos, y que para guarecerse de los rayos del sol habria sido fácil hallar algun otro objeto mas conveniente. Salvo este inconveniente nada sino elogios tenia que decir de aquel granito de Tebas, y se complacia en esperimentar, contemplando las aves de los Faraones, un sentimiento original que las enlazaba con las épocas mas brillantes del arte.

—Esto es el triunfo de la escultura en hueco, decia Oscar: hazte bien cargo de ese estilo. Veinte clases de aves y todas diferentes. Nota lo profundo de la idea, lo misterioso de la significacion. No temas encontrar en ese gusto egipcio ni sensualidad, ni materialismo. Todo sombrío, todo grandioso, hé ahí su estilo. No te presentará su escultura la imágen de un anciano escuálido con el muslo atravesado por el hastil de una lanza; no fueron tan pueriles los egipcios. Tampoco verás en sus

composiciones mujeres desnudas con formas voluptuosamente modeladas: no conocieron tanta sensualidad. Distinguiéronse los egipcios por sus pensamientos severos al par que sombrios, y esa es la razon del aprecio con que los miro. Si este obelisco diera algo mas de sombra yo vendria con frecuencia á pagarle un tributo de admiracion. Esos ibis ¡gran Dios! ¡qué hermosas aves!

En los alrededores de la Asamblea nada se notaba que pudiera inspirar temores. El puente, los muelles, el palacio todo estaba tranquilo. No habia grupos ni tumulto de ningun género. Un batallon de movilizados ocupaba las avenidas y su actitud era de seguridad y reposo. Algunos ayudantes de campo iban y venian: los diputados se encaminaban gravemente á sus puestos; en fin, todo presentaba un aspecto normal y exactamente el mismo que todos los dias. ¿Cómo habia de creerse que en tan sereno horizonte habia de estar acumulándose la tempestad? En vano era tender á lo lejos la vista, en ninguna parte se distinguia la mas pequeña nube, y solo se veia una poblacion entregada á sus diarias ocupaciones, algunos ociosos paseándose bajo los castaños y algunos grupos inofensivos.

—Ven Oscar, le dije á mi amigo. Hace un sol capaz de derretir el asfalto. Otra vez admirarás los ibis á tu placer.

Nos dirigimos hácia los *bulevares* guardando siempre el lado de la sombra y observando la misma quietud y la misma tranquilidad en todas partes. La gente iba sin dar la menor señal de agitacion á entregarse á sus quehaceres ó á sus diversiones. Las puertas de las tiendas seguian abiertas como de costumbre, los cambiantes de monedas pasaban con sus sacos llenos, los plateros ostentaban á la vista del público la anaqueleria de sus tiendas llena de joyas. En vano habria sido tratar de buscar el menor síntoma de prevencion. En medio de esta calma seguimos marchando hasta la puerta de San Dionisio: allí se presentó á nuestra vista otro espectáculo, un nuevo cambio de decoracion verificado con tanta rapidez como los que acostumbran á hacerse por el silbido del maquinista. Millares de cabezas cubrian la calzada y formaban una masa que se confundia con el horizonte. Por la uniformidad de las ondulaciones podia conocerse que aquella multitud de hombres obedecia á un mismo impulso y caminaba á un mismo paso. Sobre las cabezas se elevaban algunos ramos verdes, formando á manera de penachos que se agitaban con la brisa. Del seno de los grupos mas lejanos llegaban á nuestro oido los cantares y gritos que de cuando en cuando proferian.

En unos y otros dominaba el nombre de la Polonia.

—Hé aquí nuestros hombres, dije en mi interior: no eran vanos mis presentimientos.

Al fijar la vista en mi amigo comprendí la ímpresion que aquellos familiares acentos iban haciendo en su ánimo. No tardó mucho en ceder enteramente á ella esclamando con toda la fuerza de sus pulmones: ¡Viva la Polonia!

Asociábase pues al movimiento revolucionario cediendo al espíritu que tanto influye en los artistas. La miseria no los corrige.

—¡Quieres callar! le dije pronunciando estas palabras en tono bastante vivo. Tú vas á comprometernos horriblemente.

—¿Gritando viva la Polonia? No hagas caso, querido: grito así porque no puedo menos de gritar. En la cuna me mecieron con ese grito. La Polonia reposa en los abismos de mi corazon.

—Enhorabuena; pero no la dejes asomar á los labios. Mira que hoy es una cosa muy seria: bien puedes verlo. Te aseguro que nos vas á comprometer.

—¡Vaya! ¿Te has olvidado lo que soy? ¿Yo he de renegar de mis afecciones? ¿he de disimular mis simpatías ni he de faltar á mis convicciones? Ya veo, Jerónimo, que no me conoces. Escúchame una palabra y piensa lo que te dé la gana. Desde la edad de ocho á quince años siempre he tenido á la vista al general Poniatowski precipitándose en la corriente del Cester. Ya sé que en el cuadro donde por tanto tiempo he contemplado esa escena, el héroe estaba muy mal iluminado y el contorno del caballo tenia poquísima correcion; pero eso no impide que ginete y caballo hayan estado por espacio de siete años constantemente á mi vista. ¿Quieres tú que olvide ese cuadro? ¡Nunca, Jerónimo, nunca!

Luchar contra Oscar era tiempo perdido: por otra parte ya no era posible, pues la columna con sus trofeos de ramas llegaba ya al sitio en donde estábamos; inundaba los *bulevares* y seguia marchando con formidable rumor. Las primeras filas se componian de miembros de los clubs que ostentaban sus cartas ó títulos de asociacion prendidos en la cinta del sombrero. Seguian las corporaciones de jornaleros con sus banderas y las brigadas de los talleres nacionales con sus guiones. Percheron y Comtois figuraban en la primer fila de este grupo. Otras banderas, improvisadas para aquella circunstancia, presentaban las palabras de: Viva la Polonia, groseramente escritas en campo blanco. Esta

multitud obedecia á gefes determinados y guardaba cierto órden en medio de su confusion. Las filas marchaban regularmente alineadas, y los diversos cuerpos de estado venian dispuestos en escalones. En diversos puntos y particularmente en los ángulos de las calles salian á su encuentro los principales motores de aquella manifestacion, que en lo general eran presidentes de algun club, ó personajes célebres por sus padecimientos políticos. Asistian estos á la numeracion y desfile de su ejército, con el rostro radiante de placer y la voz grave, animando á sus soldados por medio de una breve alocucion, por algun grito dado oportunamente, ó por algun apreton de mano distribuido con discernimiento. Oscar conocia á todos aquellos príncipes del motin, á todos aquellos héroes de la prision.

—¡Bien! esclamó mi amigo. Ahí está Doullens. Esto empieza á interesar. Doullens es un magnífico principio. Con tal que Mont-Saint-Michel ande en el asunto, no dejaremos de reirnos. Dios me perdone, ya lo estoy viendo. Repara, Jerónimo, repara en esos hombres que dirigen el movimiento. ¡Qué á propósito son! ¡Qué adecuados sus modales al empleo que ejercen! Todos parecen vaciados en el molde de la exasperacion. Repara su mirada de fuego y los labios estremecidos de amenazadora cólera. Cuando marchan, se estremece el pavimiento; cuando cantan se cierran las tiendas. Tienes razon querido, esto es muy serio. El estado mayor toma parte: la funcion será muy formal.

—¿Qué te decia yo?

—Esos hombres no tienen traza de querer trabajar en favor de la Polonia. Veo que tienes razon. Presentan una masa demasiado compacta de padecimientos personales. Desde ahora te digo que todo es posible. Dios sabe lo que resultará.

—Preciso es seguirlos, dije con cierta inquietud.

—Sin duda que sí, contestó Oscar dominado de una especie de preocupacion. No me engaño, siguió diciendo despues de una breve pausa; él es. Mi vista no me engañaba. Jerónimo, esto vá tomando un aspecto muy serio. No nos separemos de ellos: dejémonos llevar con esa multitud por el torrente de los acontecimientos.

—¿Has observado alguna nueva particularidad, Oscar?

—Acabo de ver á Tours, y es todo lo que puede decirse. Si Tours se presenta en la calle, el pavimento de Fontainebleau va á desencajarse por sí mismo y á convertirse en barricadas. Él es, no, no puedo dudarlo. Míralo; aquel es Tours, el hombre de apariencia tan mezquina, y de

alma tan indomable. Repara bien como pasea por las legiones su mirada llena de desconfianza y orgullo. Mira cómo lo reciben en primera fila. ¿Qué les dirá? No mas que algunas palabras; pero ¡qué entusiasmo inspiran! Antes hemos visto el estado mayor: ahora estamos viendo el general. ¡Y qué general! El imperio de las tinieblas no lo tiene mas temible. No cabe duda: la patria de los Jagelones no es mas que un vano pretesto: aquí no hay mas Polonia que en las banderas.

—Doblemos el paso, Oscar: tomemos la delantera.

Á proporcion que la columna iba invadiendo los barrios opulentos, se iban cerrando precipitadamente las puertas de las tiendas. Aquella parte de los *bulevares* que un momento antes estaba tan tranquila, iba súbitamente cediendo á un impulso de terror. Cuatro meses hacia que la capital de Francia estaba ensayando ese sistema de repentinas transiciones, del reposo á las alarmas y de las alarmas al reposo: ya empezaba á sufrirlas con una especie de indiferencia Á las emociones esteriores oponia la maniobra de cerrar las puertas: de modo que podria decirse, que el estado dependia de los sucesos que ocurrian en la calle. En el momento á que nos referimos, toda precaucion era poca, pues en efecto la multitud animada con la presencia de sus jefes empezaba á no poder reprimir su ardor. Los cantares que, como ya lo hemos dicho, salian de cuando en cuando del seno de aquella turba, iban tomando cada vez una entonacion mas áspera que revelaba el estado de los ánimos. Los gritos eran mas frecuentes y agudos: el aire estaba lleno de sonidos amenazadores. Aquel tumultuoso conjunto de hombres iba engruesándose cada vez por nuevos grupos, que á manera de confluentes desembocaban por las calles laterales y contribuian á darle formidables proporciones. Millares de Italianos y Polacos con sus banderas nacionales se iban reuniendo al pueblo de París. Entre ellos abundaban los uniformes militares, y no pocos distintivos de superior graduacion. Hasta el mismo cuerpo de municipales habia contribuido con su contingente, y todos marchaban con la seguridad de unos hombres que disponen del mando. Ante ellos parecia que la fuerza pública se habia desvanecido completamente. Eran dueños de la situacion y si no abusaban por entonces de su poder, era únicamente por prudencia.

Nada tenia de tranquilizador semejante espectáculo: la jornada prometia ser tempestuosa. Los gefes del motin no eran hombres que se lanzaban inútilmente á la arena: bien se echaba de ver en sus fisonomias el convencimiento de su fuerza. Durante su tránsito iba estallando una

vasta complicidad y marchaban directamente hácia su objeto sin obstáculos ni inconvenientes de ninguna especie. Habíanse propuesto llegar hasta las mismas puertas de la Asamblea, y así lo hicieron. Solo al llegar al puente que conduce al palacio pudo creerse que habria lugar á una represion formal.

Al ver brillar las bayonetas de los soldados que custodiaban aquel punto, dije en mi interior; por fin, ahora van á detenerlos. Oscar, retirémonos por el muelle, es posible que aquí se trabe el combate.

¡Vana esperanza! Destácose de la masa una especie de vanguardia, que despues de haber cambiado algunas palabras con los centinelas, forzó las consignas. En un instante el palacio de la Asamblea se vió asediado de una furiosa multitud. La falta de prevision, ó la infidencia facilitaron la entrada. Insignificante era el número de soldados que se encontraban en los patios y jardines del edificio, y enteramente nulos los preparativos de defensa. Era cosa de ruborizarse al ver tal abandono. Algunos miles de energúmenos iban á profanar el recinto consagrado por el sufragio universal, y á cometer atentado contra la majestad del pueblo en la persona de sus elegidos. Ese acto sacrílego no era efecto de una sorpresa nocturna: consumábase en pleno dia, á la faz de un sol brillante y en una ciudad custodiada por cien mil ciudadanos armados. ¡Página vergonzosa para todos! ¡Triste y fatal principio! Ni los siglos conseguirán borrar esa mancha. Siempre figurará en la historia aquel acto digno de una horda de bárbaros, aquellas tres horas durante las cuales una Asamblea que acababa de salir de las urnas electorales quedó sin defensa entregada impunemente á los ultrajes de una multitud turbulenta y al contacto de impuros aventureros.

Desde la altura del puente pudimos seguir con la vista los sucesos de aquella abominable escena. No podíamos resolvernos á creer que hubiera traicion y estábamos esperando ver á cada momento un ejemplar castigo. Sin embargo las puertas iban cediendo, la turba no tenia ya que hacer mas que un pequeño esfuerzo y el recinto quedaba enteramente violado. Así sucedió, gracias á los puños de Comtois que maniobraba en primera fila. Una vez allanado el paso, la multitud se precipitó lanzando confusos gritos. Lanzóse á manera de un torbellino que todo lo arrasa: á su paso cedieron guardas, porteros, ujieres, centinelas y veteranos. El drama cambió de teatro; los alrededores del edificio quedaron sin actores, en tanto que el recinto interior se vió inundado de aquella multitud de huéspedes no esperados. Mi mujer estaba en el sa-

lon de la Asamblea: estaba sola, sin un brazo que la defendiera en el tumulto de aquella invasion.

—Oscar, esclamé lleno de ansiedad ¿quieres seguirme?

—Con mucho gusto, me respondió mi amigo.

—Corramos hácia el edificio y tratemos de entrar en él como los demás. Quiero sacar á Malvina de ese avispero. Vamos, Oscar.

Al llegar nosotros volvia á cerrarse la verja: un miembro de los clubs habia reemplazado al portero y hacia sus veces.

—Ciudadanos la tarjeta, la tarjeta.

—¿Qué tarjeta? esclamé. Creo que hoy no hacen mucha falta las tarjetas.

—Eso segun, me replicó el cerbero. ¿Perteneceis á la sociedad de los derechos del hombre, sois del conservatorio, ó del Palacio nacional? Si lo sois podeis entrar libremente. De lo contrario no hay paso. El título de asociacion en el sombrero, esa es la órden.

En vano insistí. Á todas mis súplicas opuso una consigna inflexible. Solo los afiliados de los clubs podian circular. El motin no se habia olvidado de tomar precauciones.

—No es mas que una carga de los talleres, me dijo Oscar. Observa, amigo mio, que en el resto de la ciudad todo sigue tranquilo. No se vé un fusil, ni una barricada: la poblacion de París descansa en la fé de los tratados. El banquero sigue en la Bolsa, el comerciante en su tienda, el magistrado en su tribunal: nadie presume que á trescientas mil personas se les birle aquí una Asamblea y una república. Nada menos que eso, querido, ¡birlarlas de un solo golpe! Verdaderamente podríamos creer que nos hallamos en Turquia. Ahogar un gobierno entre dos puertas, es reproducir las escenas del serrallo. ¡Y á eso le dan el nombre de estilo moderno!

—¿Con qué tu lo repruebas?

—Con todas las fuerzas de mi alma, Jerónimo. Soy apasionado del pueblo, lo prefiero á todo, pero quiero verlo al aire libre, en las calles y no metido en un cepo. Mi pueblo se bate, pero no insulta. Mi pueblo tiene en alto grado el sentimiento de su propio decoro. ¿Ves tú aquel pueblo que transita por las inmediaciones del obelisco? Pues ese el pueblo que yo amo. ¡Tranquilo, fuerte! ¡Indudablemente lo estan engañando! Ignora ese pueblo lo que en su nombre estan haciendo.

Mi amigo tenia razon; el mayor número de los que habian tomado parte en la manifestacion, esperaban silenciosos y sin saber lo que pa-

MCD 2022-L5

saba, los resultados de aquella escena. En concepto de muchos no se trataba mas que de los asuntos de Polonia; los jefes del motin no habian revelado el secreto sino á las personas de su confianza. Así se esplica aquella actitud tranquila á corta distancia del teatro donde se estaba consumando el mas increible atentado. Aquella fué una verdadera jornada de hombres seducidos, llena de sorpresas sin motivo y de traiciones por tabla, si así puede decirse. Tambien el desenlace fué imprevisto; pues la prision estaba ya esperando á los vencedores.

Al ver que no nos era dable penetrar en el recinto, una mortal inquietud me abrumaba el corazon. ¿Qué seria de Malvina en medio de aquel tumulto? ¿Dejaria de correr tambien algun peligro? ¿Quién podia calcular adónde llegaria el furor de aquella turba desenfrenada? Lleno de ansiedad yo procuraba recoger todos los rumores que se escapaban del edificio invadido. Perdíame en conjeturas por adivinar el estado de los ánimos y los incidentes de aquel doloroso drama. ¡Vanos esfuerzos! Nada mas podia oirse que un sordo murmullo, interrumpido por súbitas esclamaciones. La única señal apreciable era la intensidad del rumor. Unas veces estallaba con una furia capaz de hacer retemblar el edificio; otras quedaba convertido en un murmullo sordo y contínuo. ¿Qué podia inferirse de todo esto, sino que la tempestad interior tenia variados periodos de encarnizamiento? De aquí nada podia deducir capaz de tranquiliarme respecto de mi mujer, ni del peligro que corria.

En esta situacion pasé tres mortales horas, recorriendo y mirando con ansiedad todas las salidas del edificio. Esperaba por lo menos que Malvina tendria el buen sentido de sustraerse de aquella confusion: confiaba en su sangre fria y en su presencia de ánimo. Á cada instante se me figuraba verla. Esa era mi idea dominante, y por decir verdad la idea de la patria no se me presentaba sino en segundo término. Por esa razon apenas reparé en varios incidentes que ocurrieron en mi alrededor. Los rostros mas estraños, las órdenes mas contradictorias pasaron á mi lado casi sin afectarme. Oí decir:

—¡Que toquen generala en todos los distritos!

—¡Que se prohiba absolutamente tocar generala!

—La Asamblea se halla invadida, es preciso librarla á toda costa.

—Nadie se alarme: la Asamblea está en la plenitud de su libertad. Ocúpase en oir una peticion en favor de la Polonia.

En medio de tales contradicciones la fuerza pública iba aumentándose instantáneamente; las plazas, los muelles, y de allí á poco el mismo

recinto esterior del palacio quedaron circuidos de bayonetas. Todos los medios de accion estaban ya dispuestos; nadie sin embargo se atrevia á ponerlos en juego. Las espadas seguian embainadas por no haber quien mandára desnudarlas. En tanto la Asamblea seguia bajo el peso de los mas abominables insultos. El mal y el remedio estaban casi en contacto, separados únicamente por algunas paredes, y á pesar de eso aun se dejó por espacio de una hora dominar el mal sin oponerle el remedio. Yo iba de compañía en compañía, de batallon en batallon, manifestando que la Asamblea era teatro de una profanacion escandalosa: nadie se movia: no habia órdenes: todo el mundo seguia en sus puestos. Habríase dicho que la insurreccion contaba con cómplices en todos los puntos, y en todas las filas. Para muchos aquella situacion venia á ser como un fatal dilema; no acertaban á escoger entre el vértigo y la connivencia.

Yo conservé mi puesto hasta el último instante: no me habrian arrancado de allí sino á pedazos. Oscar tenia su atencion puesta en una de las dos puertas del palacio; yo en la otra: Malvina no podia escapársenos. En aquel penoso estado de inquietud los minutos me parecian horas: mi imaginacion era presa de horribles ilusiones y no veia mas que escenas de luto y catástrofes. Arrepentíame de no haber forzado las consignas y penetrado en el recinto aunque hubiera sido á costa de un combate. Tal vez habria por último acudido á ese estremo recurso para dar tregua á mis imaginaciones sombrías, cuando oí redoblar un tambor bajo las bovedas del palacio. Al movimiento interior correspondieron movimientos de la tropa que lo estaba asediando. De allí á pocos minutos el edificio se vió asaltado por todas partes. El efecto de esta doble combinacion fué rápido y decisivo. La turba arrojada del teatro de sus violencias vino á estrellarse contra las bayonetas y le costó algun trabajo abrirse paso.

—¡A la casa del ¡Ayuntamiento! Á la casa del Ayuntamiento! gritaban por todas partes.

Vime irremisiblemente arrastrado por la violencia de aquel oleaje y á Oscar le sucedió lo mismo: de manera que solo á costa de grandes esfuerzos pudimos reunirnos.

—Esto es muy curioso, me dijo, preciso es que sigamos hasta lo último.

—¿A donde te propones ir?

—¿Qué se yo? ¿Quién lo sabe, Jerónimo? Preguntaselo á esos rabiosos. Iré adonde me lleven.

—A las casas consistoriales: bastante claro te lo dicen.

—Allí iremos. No es camino muy derecho para ir hácia la patria de los Jagelones ¿pero qué importa? ¡Qué entes tan raros! Es preciso que cada ocho dias esten tomando la casa del Ayuntamiento.

—¡Al Ayuntamiento! ¡Al Ayuntamiento! seguia repitiendo la turba.

—Eso es, repitió mi amigo: ya tardamos en apoderarnos de ese edificio.

Quise detenerle pero fué en vano. Al contacto de aquella multitud se habia despertado su vértigo revolucionario, segun lo anunciaba su mirada centellante y el estremecimiento muscular de su rostro. Preciso era abandonarlo á su destino, pues yo no podia dejar de asistir á otro deber mas imperioso. Nada sabia aun respecto de Malvina. ¿Seguiria dentro del palacio? ¿Habria sido arrebatada por la multitud? Traté de penetrar en el recinto y tampoco pude conseguirlo: los centinelas de la tropa habian reemplazado á los vigilantes de los clubs. Recorrí aceleradamente todo el esterior del palacio; eché una curiosa mirada sobre los patios interiores, sobre los jardines y los pórticos. No ví á Malvina: mi desesperacion llegaba á lo sumo.

—¿Si habrá ido á casa? El salon de la Asamblea está desocupado: las tribunas están solitarias. ¿Qué puedo hacer aquí?

Marché apresuradamente hácia mi casa; allí esperaba encontrarla. Júzguese cuál seria mi dolor al ver que me habia engañado: nadie habia visto á Malvina. Por de pronto me la imaginé perdida ó muerta. Un sudor glacial bañó todos mis miembros: sentíme completamente desfallecido. ¿Qué recurso me quedaba? ¿Adónde habia de ir á buscarla? ¿A quién habia de preguntar? Otra vez regresé al palacio de la Asamblea, pero no me fué posible acercarme al edificio: todas las avenidas estaban guardadas militarmente; París estaba cubierto de tropa. Circulaban confusamente mil siniestros rumores. Deciase que en la casa consistorial acababa de instalarse un nuevo gobierno, y que antes de dos horas se proclamaria la ley marcial y el régimen del terror inaugurado por tres mil prisiones. Estos rumores aumentaban mis angustias y mi temor. Por último, me decidí á tomar la casa de Ayuntamiento por centro de operaciones: allí me clavé junto la puerta, y estuve en acecho de cuanto sucedia. Si mi mujer vivia y estaba libre, naturalmente debia haber buscado un asilo en aquel edificio. Mas de media hora habia ya pasado, cuando un comisionado pasó bruscamente por mi lado y fué á llamar á la porteria.

El conserje se dió prisa á franquear la puerta y al mismo tiempo se encaminó hácia mí enseñándome un papel.

—¿Que es eso? le pregunté.

—Es una carta para V., me contestó el buen hombre con tono de satisfaccion.

Apoderéme de la carta con indecible ansiedad: conocí la letra de mi mujer: rompí el sobre, y al fin respiré con libertad al ver que aun vivia. ¿Pero por qué razon se valia de aquel medio en vez de correr á mis brazos? ¿Quién la detenia? Necesariamente debia estar bajo la influencia de alguna causa ajena de su voluntad. El edificio del consistorio guardaba rehenes en sus profundidades; no podia dudarse de ello. Dominado de esta penosa impresion, fijé los ojos en el contenido de la carta y vi que decia lo siguiente.

CAPITULO XXXI.

NARRACION DE MALVINA.

«Querido mio:

»Disipa todo temor: tengo sanos todos mis miembros. Nada se me ha roto: nada se me ha dislocado: todo está completo. Es verdad que no lo he conseguido sino á costa de grandes esfuerzos: la jornada ha sido terriblemente trabajosa. ¡Qué hombres tan groseros! ¡Qué brutos! Hay personas que por lo tocante á su educacion dejan mucho que desear.

»En primer lugar vuelvo á decirte que estoy fuera de peligro. Aquí estoy con Simon que, sea dicho de paso, se ha portado muy bien, y con cuatro movilizados que estan al rededor nuestro. Escribo esta carta en la mesa de un ujier de quien apenas acertaria á hacer el debido elogio. Este hombre está lleno de los mejores sentimientos: el fué quien me dió un asilo en el momento de la jarana y me volverá á facilitar una tarjeta para la tribuna, así que vuelvan á principiar las sesiones. No podrás menos de comprender, querido mio, que unas ocasiones como esta son cosa rara: las circunstancias no las traen consigo todos los dias. Una vez que se está en ellas, es preciso aprovecharlas. Vas por lo tanto á tener el disgusto de no verme en dos ó tres horas. La patria no se ha salvado sino á medias; dentro de cuarenta minutos la salvarán definitivamente. Este suceso no puede verificarse sin mi presencia: es preciso que yo asista á ese espectáculo. El peligro que puedo correr es nulo hallándome entre cuatro movilizados, y contando particularmente con Simon y con un ujier que me honra con su confianza. Ni una princesa de comedia podria estar mejor guardada.

»De manera que puedes, nene mio, distraerte como mas te acomode durante ese tiempo, jugueteando con el palillo de los dientes, ó arreglándote las uñas, porque lo cierto es que yo estoy ocupada para la mayor parte de la tarde. Mas por eso, cuidado de no enfadarte, pichon mio: no pierdas de vista que la patria nos contempla. Yo no he buscado el lance, pero una vez puesta en él, no soy yo la que retrocederé. He pasado por lo mas escabroso de la situacion; justo es que me indemnice. Me he decidido á escribirte para que estés completamente tranquilo: quiero que sepas que vivo, que me hallo en buen estado, y que no me han molido los huesos. Esto es lo esencial. Pero como á Dios gracias no me falta tiempo; voy á referirte tambien lo que sucedió en la Asamblea. Atiende bien á lo que te voy á contar, porque es una narracion capaz de erizar el cabello de quien lo tenga.

»Llegué como tú sabes temprano al palacio de la Asamblea y pude coger muy buen puesto, un rincon de tribuna en la delantera, lo mejorcito. Nos habian prometido una sesion escogida y á toda orquesta. Los principales oradores debian tomar parte en ella para hablar de la Polonia. Ya sabes, querido de mi alma, que esa nacion me inspira el mayor interés: he bailado tantas veces al son de sus aires nacionales, que nada tiene de estraño que le dedique un grato recuerdo. Por otra parte yo decia: todo el mundo va siendo libre á mas y mejor: lo es el Italiano, el Austriaco, el Prusiano ¿por qué no lo han de ser tambien los Polacos? Es un pueblo demasiado desgraciado para dejar de interesar. Sus hijos saben montar muy bien á caballo y manifestar su rendimiento á las señoras: son muy dignos de que se piense en ellos. En todos tiempos se ha hecho lo mismo. En obsequio suyo se han dado conciertos, bailes, y un número infinito de sesiones públicas. La sesion que íbamos á presenciar será otra mas y por lo tanto todos la esperábamos con impaciencia, prometiéndonos mucho contentamiento. ¡Ah! no contábamos con los clubs, ni con sus partidarios: esos hombres lo echarian todo á perder sin escluir la Polonia.

»El traje á lo polaco era bien admitido en la sociedad: bien se echaba de ver en los adornos de las señoras que habia en el salon. Nada de recargado, mucho gusto y mucha sencillez. Mi capota de color de granate hacia muy buen efecto. Nuestra tribuna campeaba grandemente: todas eran personas finas y perfectamente vestidas: solo algunos descamisados podian faltarles al respeto. Pero reservemos ese particular para mas adelante, y sigamos el compás de la orquesta. Tú me conoces, Jeró-

nimo, y sabes con qué facilidad descargo. ¡Canario! Ya sabes que cuando siento algo sobre el corazon, no tardo mucho tiempo en echarlo fuera. Pero vuelvo á mi asunto: á cada cosa le llegará su turno. Nada se pierde por esperar un poco.

»Hé aquí pues, que la sesion se abre. El presidente sube á la poltrona escoltado de secretarios vestidos de negro, y de ujieres, armados de sus competentes espadines. La institucion de los ujieres, querido mio, merece que nos detengamos un momento á considerarla, cuando no sea mas que por el distinguido puesto que en lo sucesivo ocupará en mi imaginacion. Digo pues que los individuos de aquella institucion, los ujieres, son notables por la finura de sus modales, por su frac rigorosamente á la francesa, por sus guantes alguna que otra vez, y por otras mil particularidades. Es absolutamente necesario que se conserve ilesa semejante institucion. Con demasiada frecuencia incurrimos en estos tiempos en la rudeza de costumbres. Respecto de las señoras, te diré, que esos ujieres son unos verdaderos caballeros: ellos son los que nos proporcionan los mejores asientos y cuidan de que el público respete el decoro y las buenas costumbres. ¡Con qué severidad amonestan á los groseros!—Ese sombrero, señores; quitarse ese sombrero. En este particular son inexorables. Con los ujieres es preciso tener muy buenos modales: no siendo, se supone, cuando cargan los clubs. Entonces, querido mio, los ujieres se velan el rostro y se envuelven en sus fracs: algunos han llegado hasta el estremo de romper sus espadines. Lo he dicho y lo repito: son unos verdaderos caballeros.

»Una vez sentado el presidente, fueron entrando todos los representantes, y colocándose con toda gravedad en sus respectivos escaños. ¡Ah! ¡Bien se conocia que la atmósfera estaba cargada y se estaba esperando algun grande acontecimiento! Es indudable, querido mio, que esos señores, mirados desde la tribuna inspiran el mayor respeto. Si estuvieran vestidos como los ujieres con su durindana al lado, el golpe de vista careceria de incidentes. El variado traje de los representantes disipa la monotonia. Uno vá con levita de color gris, otro de castaña. ¿Creerás que he visto otro con un leviton de color de chocolate? ¡Usar de ese color un elegido del pueblo! ¡Si eso no es abusar del sufragio universal!.. No quiero hablarte de los chalecos, porque su estraña diversidad seria un asunto interminable. Lo que sí te diré es que en cuanto al vestido es la Asamblea peor pergeñada que puede imaginarse. No ignoras cuánto contribuye el vestido á realzar el mérito. Pues bien, esos señores, maldito el

caso que hacen de esa preciosa circunstancia. Trajes mal cortados, telas que ya no se usan, colores ridículos. Bien puede decirse que bajo ese concepto el pais se halla horrorosamente representado. Siento verme obligada á decirlo; pero el culto de la verdad lo exige así.

»Con la misma sinceridad te diré, amigo mio, que tambien pecan aquellos señores por el modo de sentarse en los bancos. Bien está que por nosotras no se sujeten á permanecer en posturas penosas como si formaran parte de un cuadro vivo, pero supuesto que todo un público los está admirando desde las galerías, no creo que estaria demás que se tomaran alguna pequeña molestia. Todos van dejándose caer desmazaladamente en sus escaños: uno se queda sosteniendo las rodillas con las manos, el otro se está meciendo, y no falta quien se rasca groseramente la cabeza. Eso es abominable. Cierto es que son soberanos, pero ¿ se eximen por esa circunstancia de tener buena educacion? ¿ No deben los soberanos tener algun miramiento de sí mismos, y observarse y guardar el decoro de su propia dignidad? ¿Sabes lo que hacen esos señores? Ir y venir de un lado á otro, entrar y salir sin motivo, hablar con sus vecinos, enredar con lo primero que les viene á la mano, y finalmente abusar de los ujieres hasta el punto de convertirlos en recadistas ó en ministriles de un juzgado. ¡Tratar así á unos hombres que ciñen espadin! Seria de desear que un elegido del pueblo tuviera que estudiar un curso de buenos modales. Con esto ganaria mucho el decoro y la legislacion no perderia nada. Con esto y con un frac rigorosamente cortado á la francesa, el pais nada tendria que envidiar por lo tocante á esta institucion. No exijo que todos tengan los mismos cabellos, pero no estaria demás que todos tuvieran el mismo traje. Añádase el espadin, y el parlamento será una obra maestra.

»Pero, amigo mio, charlo, charlo y nada te cuento. ¿Qué quieres? Aun tengo una hora de tiempo y la aprovecho para llenar el papel. Tambien obro asi por desfogar mi cólera. Estoy tan irritada contra los clubs, que si ahora hablase de ellos diria mil pestes. Nada de eso. Seamos severos, pero atentos. Ahórquenlos si es preciso; pero ténganseles toda clase de consideraciones. ¡Ah! vosotros creeis, tribunos de plazuela, que os devolverán injuria por injuria y groseria por grosería. No señor. Habeis hollado bajo vuestra planta á un sexo sin defensa, causando á mi capota de color de granate perjuicios que no podrán subsanarse en mucho tiempo. No importa: no estoy atenida á una sola capota: sereis juzgados sin encono de ninguna especie. Preciso es que

al rigor del castigo se una la majestad de la sentencia. ¿Qué te parece esto, nene mio? ¿No se parece esta frase á las que solias hacer en otros tiempos? Me parece que he aprovechado tus lecciones. Si no fuera por algunas faltillas de gramática, creo que podria ir muy adelante. Por último, todos somos lo que somos. Nací bajo una col y me he criado solita. Tuve la cabeza cerca del sombrero, y asi la tengo: miedo me dá el pensarlo. Por una nada me disparo. Pero ya sabes que no me falta buen corazon ni amor al bien; ese es mi mayorazgo, y con él me hallo contenta. ¡Ah! por lo tocante al corazon, yo desafio á todo el mundo. Tengo tanto corazon como una reina y no hay cosa grande ni buena de que no sea capaz. Por lo menos no me falta ese motivo de orgullo.

»Nos hemos desviado del asunto: Jerónimo de mi alma volvamos á anudar el hilo. Los diputados se habian por último recostado en sus asientos: casi todos los bancos estaban ocupados. El silencio era cosa dificil de obtener; pero al fin los ujieres gritando hasta ponerse roncos consiguieron establecerlo. Hay que advertir que á esta obra contribuyó tambien el presidente haciendo resonar incesantemente la campanilla. La invencion de este instrumento es una cosa que se pierde allá en la noche de los tiempos. Consérvase por tradicion; pero en mi concepto seria preferible una carraca. En materia de ruido no hay que andar con economias. Es verdad que un cañonazo produciria mas efecto, pero en fin sigamos hasta un nuevo órden de cosas con el uso de la campanilla. El desgraciado presidente la agitaba hasta descoyuntarse el brazo. Esta maniobra produjo buen resultado, pues la Asamblea no pudo menos de compadecerse del hombre que se tomaba tan pesado trabajo. Callaron las conversaciones públicas y principiaron los discursos. Esperábamos con impaciencia oir hablar de la Polonia: al fin le llegó la vez. En una misma sesion debia presentarse condimentada de diversos modos. Sirviéronla por de pronto en forma de peticiones, plato ligero, á manera de entradas. Luego nos la habian de dar en discurso, que es un alimento mas sustancial. Veinte oradores tenian pedida la palabra. ¡Veinte oradores para no hablar mas que de la Polonia! Pero nadie ignoraba que ya habíamos celebrado sus funerales; por consiguiente no podíamos menos de tomar lo que nos dieran, bueno ó malo, flojo ó mediano. Á eso nos hallábamos dispuestos: la Polonia merecia ese sacrificio y lo hacíamos con mucho gusto.

»Aquí es, Jerónimo, donde los sucesos empiezan á tomar relieve. Préstame atencion. Un orador vestido de negro ocupaba la tribuna: es-

taba despertando recuerdos del imperio y hablando con entusiasmo de los lanceros polacos, cuando hirió un espantoso rumor nuestros oidos. No se sabia á punto fijo si aquel rumor provenia de la parte esterior del edificio, ó si era efecto de alguna subterránea y violenta conmocion. Por de pronto se me ocurrió la idea de que tal vez algunos monederos falsos habrian establecido sus talleres en las bodegas del palacio, y tambien creí que los aliados habian regresado á París con objeto de volar el puente del Sena. El rumor no presentaba periodos fijos: manifestábase, si así pudiera decirse, á borbotones, y á un descomunal estrépito seguia tal vez un momento de profunda calma. Es preciso referir las cosas con exactitud, querido mio: la adulacion esta demás. La primera impresion que semejante ruido causó en la Asamblea fué desagradable: no faltaron algunos elegidos del pueblo que á su pesar dieron señales de que mas á gusto se habrian hallado en cualquiera otra parte. ¡Simple cuestion de preferencia! Mas de uno soñaba en la vida del campo y en todo lo que esta tiene de pacífico y halagüeño cuando los prados se esmaltan de flores, y cuando el pardillo gorjea junto al nido. No por ser representante puede uno despojarse de la humana flaqueza, y es preciso convenir en que aquellos alaridos dados en las mismas puertas del edificio, nada tenian de gratos. Sin embargo esa primera emocion duró muy poco: el sentimiento del deber triunfó de ella. Tú me has hablado, nene mio, de ciertos senadores romanos que se dejaron degollar en sus asientos. Los elegidos del pueblo podian muy bien estar espuestos á ese mismo percance; es como si dijéramos un gaje de su oficio. Rellanáronse pues en sus bancos y esperaron los acontecimientos. No diré que no oyesen mas el eco de los alaridos que lo que el orador nos estaba diciendo acerca de Polonia; pero el hecho es que supieron conservar su gravedad. Bien puedes creerme: tengo algun conocimiento en la materia.

»Durante algunos minutos siguió todavia haciendo el gasto la Polonia. ¡Desgraciado pais! ¡Pocas son las probabilidades que cuentas en tu favor! Como si no fuera bastante la punta de la bota del ruso, ahora iban los clubs á maltratarla con los tacones. ¡Siempre maltratada! ¡Siempre víctima! En fin, no hay remedio. Dios lo quiere así: los hombres nada pueden hacer. El orador seguia con su discurso, hablando de los lanceros polacos en los términos mas satisfactorios, y protestando en favor de un cuerpo tan honrosamente conocido. Los rumores de la parte esterior le importaban muy poco: los lanceros polacos nada tenian que ver con ellos. En el momento en que me asociaba á los elogios prodigados á los

leales auxiliares de la Francia, la puerta de la tribuna saltó hecha mil pedazos y se vió inundado el recinto de una legion de blusas.—Mal criados, les dije levantándome de mi asiento. Pero ellos sin hacer caso de semejante apóstrofe, tomaron su partido. En vano grité y les amenazé con el resentimiento de las autoridades; ellos persistieron y tomaron la tribuna como por asalto. En un abrir y cerrar de ojos quedó convertida en campo de batalla. Con tan poco miramiento abollaban nuestras capotas, como nos pisoteaban los vestidos: lo mismo respetaban las personas, que los adornos. Era una compasion. Arrimaban á nuestros rostros los pliegues de las asquerosas banderas que estaban agitando, y nos apestaban con su respiracion cargada de vino y de tabaco. ¡Indecentes borrachines! No, no me olvidaré de su groseria. ¿Puede creerse que fueran franceses los que de aquella manera se intrusaban en una tribuna llena de señoras? Los cosacos hubieran tenido mejores modales. Atrincherada en mi rincon, sola yo era la que hasta entonces me habia librado de aquellas tropelias, cuando sentí caer una pesada mano sobre mi capota color de granate. Volvíme llena de espanto. ¿Qué es lo que ví? ¡Un bombero! Sí, un verdadero bombero, un bombero auténtico, con su casco despojado de cimera. Habíase intrusado en la tribuna lo mismo que en un aposento devorado por las llamas. ¡Intrigante! ¡Abollar mi capota color de granate! ¿no era una verdadera iniquidad? Hice un violento esfuerzo y pude desprender mi propiedad.—Bombero, le dije, ¿qué diablos estais haciendo? ¿No os han enseñado á respetar los muebles ajenos?—El hombre sin hacer caso de mis palabras, gritó con estentórea voz. ¡Viva la Polonia! Aquella voz revelaba el estado de sus órganos: su cabeza daba claro indicio de lo que pasaba en su interior.—Bombero, volví á decirle; necesitais agua: id á bañaros y os aliviareis. La Polonia no tiene necesidad de vuestros utensilios: por ahora no es presa de las llamas; reservadle vuestro socorro para otra ocasion. En vano traté de desviarlo hablándole en ese tono; el brutal siguió sirviéndose de mis espaldas como de un punto de apoyo. Quise salvarme de los puños, pero me las habia con un maestro. El vino no perjudicaba en nada la robustez de sus músculos, cuyo vigor se manifestaba con toda claridad. Imposible era el detenerlo: seguia gritando desaforadamente. Apelé á la astucia.—Bombero le dije, ¡cuánto mas valdria que os fuérais á reunir con vuestros camaradas que estan en el salon! Mucho mejor estaríais con ellos.—¿De veras? me replicó.—De veras. Estais haciendo falta á la coleccion: y por otra parte reflexionad que ellos harán todo lo que hay que hacer, y que

por prisa que os deis, no llegareis á tiempo.—Verdad es, dijo el hombre. Mi estratagema habia producido buen resultado: mis hombros quedaban libres de peso. Mas cuando me imaginé haberme librado completamente, he aquí que el estúpido me separa bruscamente y se queda puesto á caballo en la barandilla de la tribuna. En vez de entrar por la puerta queria descolgarse por la tribuna: el vino le exaltaba la imaginacion. Púsose en ademan de descolgarse, en tanto que yo en mi rincon decia por lo bajo: ¡Qué lástima que no te rompieras...! Mis deseos no fueron oidos: sin duda hay un Dios para los bomberos. Aquel hombre cayó á plomo sobre la planta de sus pies, se sacudió como un animal que cae de un tejado, y no tardó en dar á la Asamblea el espectáculo de un casco infiel á su divisa y entregado á toda clase de aberraciones.

»Ya comprenderás, querido mio, que si en la tribuna ocurrian tales lances, no serian menos graciosos los desórdenes que ocurrian en el salon. ¡Gran Dios, qué espectáculo! Aunque viviera mil años, nunca se borraria de mi memoria. Las puertas del salon habian sido violentadas, el recinto estaba lleno de blusas, de uniformes y de levitas. Los clubs habian penetrado con sus banderas y los talleres nacionales con sus guiones. El santuario de la ley se habia convertido en una plaza ó poco menos. Allí se daban gritos capaces de estremecer las paredes. Cada cual se esforzaba en levantar la voz, y la victoria era para el que mas gritaba. En aquella confusion nadie habria sabido decir por qué se hallaba en aquel sitio, ni la razon porque habia venido. Los unos proclamaban una cosa: otros otra: todo era barullo. La majestad de la Asamblea quedaba profundamente violada. Entre las tribunas y el salon se sostenian asquerosos diálogos, y nadie puede formarse una idea cabal de aquel desórden. Una reunion de máscaras daria una idea imperfecta de aquella confusion. ¡El santuario de las leyes convertido en salon de máscaras! Eso era horrible, querido mio.

»Lo mas digno de verse era el bufete del presidente. El buen señor estaba con centinelas de vista. Á su lado tenia un artillero con el sable desenvainado y á cada instante estaba agitando las banderas de los clubs sobre su cabeza. Si por no ver al artillero volvia la vista á la izquierda, tropezaba con un jornalero que en verdad no tenia un aspecto muy amable. Sus mas insignificantes gestos eran observados; tenianlo, por decirlo así, bajo una campana. ¡Virtuoso presidente, qué rudas pruebas tuviste que sufrir aquel dia! Yo lo contemplaba desde lo alto de mi tribuna y lo compadecia con toda mi alma. Sus dos adlateres no se se-

paraban un momento de su lado, y de tiempo en tiempo le hacian firmar en unas cuartillas de papel. Era de presumir que fuesen órdenes relativas á la *salubridad* pública. Algunas veces lo estrechaban tanto que apenas le dejaban un pequeño rincon en su poltrona. Los oradores populares se ponian á caballo en el respaldo de esta y aun hubo algunos que se pusieron de pié en la misma mesa. En tales casos todo es bueno; la elocuencia no se para en barras. Ocurrió un momento en que la cabeza de los secretarios sirvió de trípode á los tribunos. Digo trípode, querido mio, porque es una palabra que te he oido decir, y por consiguiente te la devuelvo. Ya comprenderás que no siempre se me proporcionará ocasion de poderla usar. De semejante tumulto nacieron escenas las mas ridículas, y que serian las mas á propósito para inflamar el númen de un trovador. Por mi parte las presencié con gana de reir y llorar á un mismo tiempo. Si hubiese tenido una pistola, creo que la habria descargado con gusto sobre aquella turba. Juzga del estado de mi alma, querido mio. ¡Tantas indignidades en un solo dia! Si esto se repitiera con alguna frecuencia, no seria posible vivir en este hermoso suelo de Francia, y no habria mas remedio que vender nuestros trastos y buscar un asilo entre los Hurones ó los Iroqueses. Por lo menos esos salvajes respetan sus propias obras, no cambian diariamente de ídolo, ni proclaman hoy un jefe para tener el placer de deshonrarlo al dia siguiente.

»La cólera me domina: voy á tratar de serenarme, querido mio. De lo contrario Dios sabe adónde iríamos á parar. Para reponerme algo de la agitacion que me causa este recuerdo, voy á hablarte algo de los representantes. Seguian estos permaneciendo en sus respectivos escaños y en cierto modo daban una idea de aquellos senadores romanos. Los hombres de los clubs no se metian con ellos salvo dos ó tres que se agarraron á brazo partido con los agitadores. Simon fué del número de estos: el asiento que ocupa está debajo de las tribunas y en uno de los saltos peligrosos que se daban por aquel lado cayó sobre sus costillas uno de los alborotadores. Nuestro molinero no estaba acostumbrado á esas averías: si hubiera caido sobre su espalda un saco de harina, lo habria sufrido; ¡pero un hombre! Eso no. Agarró pues de un brazo al recien caido, y casi se lo desconyuntó á fuerza de sacudirlo: en vano gritaba y pedia auxilio á sus compañeros; la facha de Simon les imponia respeto. El asunto no tuvo mas consecuencias. Otros elegidos del pueblo no fueron tan afortunados, pues recibieron de manos de este un nuevo bautismo, aparte del de la constitucion. ¿Qué quieres? Quien bien

ama, bien castiga. Estos soberanos de callejuela manifestaban su afecto del modo que sabian. Cada maestrillo tiene su librillo ¿no es verdad?

»En otro punto del salon pasaban escenas no menos dignas de interés. Ya conoces, nene mio, la situacion de la tribuna de los oradores, que forma una especie de plataforma adonde se sube por una doble escalera. Hácia ese punto, es hácia donde se dirigia todo el esfuerzo de los jefes. A todo trance querian encaramarse á la tribuna. Empujábanse los unos á los otros, y se disputaban encarnizadamente el puesto. Allí se daban mogicones tan acompasadamente que hubieran podido causar envidia al director de una orquesta. El espectáculo presentaba el mayor interés. En el tramo de la tribuna apenas habrian cabido veinte individuos apretándose mucho: en aquella ocasion lo ocupaban mas de cien personas colocadas unas sobre otras, y formando á manera de pisos que se iban sosteniendo mútuamente. Habia algunos desgraciados que estaban aplastados contra la pared, y sobre los cuales el público que pasaba ejercia presion como un cilindro. Lo que importaba era llegar á la tribuna y aparecer como jefe de partido; á esto se limitaba toda la ambicion. Todos querian echar á volar un pequeño manifiesto, y resolver el difícil problema de hablar cincuenta y dos á un mismo tiempo. El espacio de la tribuna era un verdadero palenque: si aquellos hombres no hubieran sido tan atroces, es indudable que habrian dado mucho que reir.

»Preciso es decirlo: sodo hácia ese sitio es donde ocurria una verdadera agitacion. Lo demás del salon estaba ocupado por jornaleros vestidos de blusa, que asistian á ese espectáculo por simple curiosidad. El gran placer de esos hombres consistia en dar un paseo con guiones y banderas. Cada vez que en las tribunas ó en el recinto aparecia una nueva bandera, la recibian con impetuosas esclamaciones y se apiñaban á su alrededor. La multitud se componia de unos verdaderos chiquillos, amigo mio, chiquillos guiados por hombres muy perversos. ¡Corderos al lado de tigres! La mayor parte habian sido engañados: entre la multitud habia aprendices de quince años incapaces de comprender lo que iban á hacer. Si yo hubiera sido el gobierno habria condenado dos veces á los malvados que cometen tales abusos: una vez por ellos y otra por los infelices que comprometen. Semejante clase de seduccion es un crímen detestable: yo los castigaria sin compasion.

»¿Que mas te diré, Jerónimo? El asedio de la tribuna era una cosa interminable: el que conseguia tomarla por asalto necesariamente des-

alojaba á otros cinco aspirantes que caian por el otro lado del tramo. El bombero que abolló mi capota color de granate hizo prodigios. Con la terquedad de un ébrio intentó diez veces subir por asalto: diez veces cayó rodando al suelo. Hubo momentos en que no se veia mas que su casco: el individuo desaparecia completamente, la parte superior del casco era lo que sobrenadaba. En cierta ocasion le ví que no teniendo otro punto de apoyo se encaramaba por las costillas del presidente. Una encorbadura le detuvo. No faltaron otros oradores que suplieron la falta del bombero, y ensartaron una cáfila de desatinos tamaños como casas. El uno charlaba en favor de la Polonia, el otro queria que se impusiera á los ricos una contribucion de mil millones. No era una cantidad despreciable, pero yo pasaba por alto estas tonterias y tenia toda mi atencion puesta en el bombero: las relaciones que habian mediado entre nosotros eran causa de que siguiera mirándole con interés. Y además, forzoso es confesarlo, su casco dorado se presentaba por todas partes á mi vista, me deslumbraba, era lo único que veia. Hubiera yo sacrificado un Napoleon por verlo trepar á la tribuna y oir lo que se proponia decirnos. No lo dejaba de hacer mi héroe por falta de ganas, pero desgraciadamente por todas partes encontraba obstáculos. Parecia que habian llegado á temerle: su casco provocaba envidia. ¿Quién sabe en efecto lo que habria acaecido si aquel hombre hubiese llenado la Asamblea con los reflejos de su casco dorado, y hubiese lanzado sobre ella un chorro contínuo de elocuencia por todos sus tubos? ¡La elocuencia de un bombero!

»Era cosa de no acabar: el barullo seguia siendo el mismo: las apreturas eran interminables. Tres ó cuatro se disputaban los aplausos: el uno tenia el cabello que parecia hilaza, el otro era enteramente calvo, el otro tenia las espaldas en forma de arco, y el último era un cojo con muletas. Conocíase que los cuatro eran héroes de la cárcel y tal vez enlazados con algun grado de parentesco. Era de oir lo que decian: sus manos estaban llenas de beneficios; con solo abrirlas el mundo cambiaria totalmente de aspecto. Por desgracia el eco de su voz quedaba la mayor parte del tiempo sofocado y confundido entre los gritos, los cantos y los apóstrofes del auditorio: un disparo de cañon no causa mas estrépito. No puedes formarte una idea de aquel tumulto, querido mio. No comprendo como las paredes del salon no vinieron al suelo. Las puertas eran forzadas á cada paso: faltábame aire para respirar, y me hallaba tan apretada contra la barandilla de la tribuna, que casi me estaba ahogando. Bien puedes imaginarte que no sufriria con paciencia una situa-

cion semejante. Les lanzaba epítetos, de los de marca mayor. Pero era como si nada hubiese hecho. Una nueva oleada destruia á cada paso el efecto de mis palabras. No habia mas remedio que resignarme. ¡Ah! mi capota color de granate se veia reducida al último trance, y sin embargo yo me consideraba feliz con librarme sin mas pérdida que la de aquel accesorio.

»A fuerza de apretar, la multitud consiguió invadir todos los rincones y no dejar nada hueco en el salon. Hasta las tribunas quedaron inundadas de gente: ya no cabia, como suele decirse ni un alfiler. ¡Qué sofocacion! Era cosa de haberse quitado la ropa: muchos se asfixiaban. ¡Qué vapores! ¡canario! Bien se echaba de ver que aquellos hombres gastaban muy poca agua de Labanda. Por lo demás el golpe de vista era hermoso. Imagínate, Jerónimo, un océano de cabezas y al menor choque un movimiento hácia uno ú otro lado acompañado de un ruido infernal. Nunca se ha visto una cosa semejante. Pues aun falta lo mejor. He aquí que aquella multitud festiva reconoce entre los representantes á un cierto amigo suyo. Un amigo de los clubs ¡es el ave rara, querido mio! ¡Con qué entusiamo fué acogido semejante reconocimiento! Su nombre es proclamado con la mas descomunal griteria. Es un santo, decian, es un mártir. Poco faltó para que le desgarraran el vestido y lo convertieran en reliquias. Aquel representante habia bebido hiel y vinagre en obsequio del pueblo y habia subido al calvario para librarlo. Esta es otra frase de las que he aprendido de tí, amigo mio. La multitud seguia proclamándolo y deseando tenerlo en su seno á toda costa. El diputado, que por cierto es un hombre pequeño pero vivaracho y no de mala presencia (no sé si tú lo has visto), rehusaba tanto honor, aparentaba discrecion, y se defendia como podia. Entonces, Jerónimo, tuvimos ocasion de ver un golpe teatral de mucho efecto. Un obrero mecánico arrebata el representante favorito á fuerza de puños, y lo pasa al vecino: este lo transmite á su vez al inmediato, y así fué corriendo todo el ámbito del salon. Cosa digna de verse fué este nuevo medio de transporte. El representante iba nadando sobre las cabezas y era transmitido sucesivamente con la misma facilidad y ligereza que si hubiera sido una momia. Este tránsito verdaderamente triunfal fué acompañado de estrepitosas aclamaciones. Solo el pueblo es capaz de tanto ingenio: si os sacrificais por él, os presentará su cabeza en forma de colchon. Despues de este vuelo por los campanarios, el favorito de los clubs es de presumir que tuvo gran satisfaccion al poder sentar otra vez sus pies en tierra firme.

El ejercicio habia sido glorioso pero no habia estado enteramente libre de peligros.

»La sociedad quedaba instalada: sus resultados nadie podia calcularlos. Los veteranos de los clubs comprendieron que habia llegado el momento oportuno. Por otra parte era preciso dar una solucion á aquella escena. Uno de ellos se abrió paso á la tribuna y declaró traidor á la patria al que mandará tocar generala: otro subió en pos de él y dió por despedidos en toda regla á los señores representes. Al oirlo se desarrolló en nuestro alrededor un torbellino, un huracan, una tempestad. El presidente protestó: su bufete fué tomado por asalto. Todo quedó barrido en un instante. La fuerza brutal quedó desde aquel momento dominando en el santuario de las leyes: la violencia estaba consumada. La mesa de la Asamblea se llenó de hombres de los clubs, que se instalaron en ella tomando posturas académicas. Allí se fueron amontonando por grupos y rompiendo todos los objetos con la violencia de su empuje. Nada tenian ya los representantes que hacer en aquel desolado recinto. De allí á poco se vió ondear la bandera roja en la mesa de la presidencia. ¡Fuera esa bandera! grité sin poder contenerme; pero mi voz se perdió entre el tumulto. No podia yo en efecto dominar mi indignacion: ya que no con la voz seguí amenazando con el gesto al hombre que agitaba el fatal emblema, cuando un acento conocido resonó cerca de mi oido diciéndome: ¡Prudencia, señora Paturot, prudencia!

»Volví la cabeza y ví á Simon, que no habia querido abandonar su puesto sin ofrecerme su proteccion.—Mirad como nos están observando, siguió diciendo y así era en realidad: un grupo amenazador se habia formado en la misma tribuna y estaba agitando la bandera encarnada. Al verlos prorrumpí en una esclamacion de resentimiento.—¡Calmaos, señora, calmaos! me dijo el representante, y viendo que ni aun así podia contenerme me manifestó el peligro que corria y me aconsejó que nos marcháramos.—No, no me marcharé, le dije: quiero permanecer aquí hasta lo último; quiero ver el desenlace de esta orgía.—Entonces señora, replicó Simon, me quedaré yo tambien. Esta atencion me interesó, pues en realidad su situacion era muy comprometida. Todas mis prevenciones debian ceder ante esa prueba de afecto: le alargué por lo tanto mi mano diciéndole: ¡Y bien!—El me contestó con la misma esclamacion.—¿Qué pensais de todo eso, señor diputado?—¡Qué he de pensar, señora!—¿Por lo menos os habreis desengañado?—¡Ah! ciertamente es muy grande el desengaño.—¡Qué infames!—¡Infames! tal es su verda-

dero nombre. Estas palabras nos las dijimos en voz baja y de modo que nadie pudo oirlas; pero aun no siendo así, la presencia de Simon habria bastado para tener á raya á nuestros vecinos. La corpulencia del representante era como un escudo: sus brazos robustos y sus anchas espaldas imponian respeto.

»La escena tocaba ya en el último grado de confusion. Los clubs estaban, ó creian estarlo, en posesion del poder y no sabian en qué emplearlo. Todo era formar y romper listas; pronunciar nombres y silbarlos. Una torre de Babel en toda la estension de la palabra. ¿Quién sabe cómo habria terminado aquel desórden á no haber intervenido la milicia movilizada? ¡Bizarra milicia! Cuando menos lo esperaban los amotinados, oimos redobles de tambor á poca distancia. Entonces tuvimos ocasion de ver un completo cambio de escena. Todos echaron á correr presurosamente hácia las puertas, ni mas ni menos que como gamos perseguidos. Jamás se vió igual entusiasmo por enseñar los talones. Hasta el mismo bombero desapareció de la escena sin tomarse el trabajo de avisarnos si volveria. En menos de diez minutos quedó el local desocupado. Las tribunas quedaron tambien vacias y si no hubiera sido por Simon tampoco yo habria podido quedarme. Al llegar adonde estábamos los milicianos movilizados, Simon les manifestó su tarjeta diciendo: soy un representante del pueblo, y esta señora está conmigo. Los movilizados hicieron una cortesia. Estos bizarros soldados conocian por lo menos lo que valia un representante del pueblo.

»Esta es la verídica narracion de todo lo ocurrido. En vista de estos detalles, Jerónimo, te hallas en el caso de poder afirmar que has presenciado todas esas escenas. ¿Comprendes ahora lo que es habernos dejado durante cuatro mortales horas en poder de aquellos canallas como si estuviéramos en mitad de un bosque lejos de toda habitacion? En todo eso hay algun intringulis. Amigo mio, yo no sé en qué consiste pero hay algun intringulis. Tanta gente que iba y venia: cuatro mil bayonetas, como quien dice, en la puerta y consentir que invadieran el salon, maltrataran al presidente, y arrojaran por la ventana á los representantes. Eso es demasiado violento, amigo Jerónimo, demasiado violento. Soy una mujer, pero si me insultaran hasta ese punto, ¡canario! Dios sabe la revancha que me tomaria. ¡Hola! ¿Y en resumidas cuentas qué son ellos sino un monton de fanfarrones ó de imbéciles? ¿Qué son sino un atajo de locos por orgullo, ó de animales de bellota? ¡Buena cosa para vista, á fé mia! Pregúntale á Napoleon la clase de guiso que habria

hecho con ellos. Hasta que se me pase esta agitacion yo misma conozco que debo ser molesta. Pero, ¡canario! hace ya tres meses que la canalla lo gobierna todo, y en todo anda mangoneando. Reúnense cuatro ó cinco pelafustranes y dicen que la Francia les pertenece. Créenlos por su palabra. Agregánseles unos cuantos holgazanes, unos cuantos perdidos y ya pretenden arreglar á todo el mundo, á los ricos, á los banqueros, á la Asamblea, al pais y hasta á los mismos ujieres. ¡Y eso se llama gobierno! Si eso dura, no me poseerá mucho tiempo la Francia; me iré á la China por no presenciar semejante espectáculo.

»Esa es nuestra situacion, nene mio. Dentro de algunos minutos vá á volverse á renovar la sesion. Ya te lo he dicho: es indispensable que yo asista á ella. He visto el principio y es preciso que vea el fin. Considero como punto especial el saber qué harán de los culpables y qué clase de castigo les impondrán. Por lo tocante al peligro vuelvo á decirte que lo no hay de ninguna especie. Tengo cuatro movilizados á mi alrededor y á Simon que vale por otros cuatro. A este podemos decir que lo hemos conquistado, y que lo atraemos resueltamente á nuestro modo de pensar. Esta última intentona de los clubs le ha abierto los ojos. Comprende muy bien de donde ha dimanado el tumulto. Ya estaba prevenido, pero ahora ha acabado de resolverse. Ya no le engañarán con los arroyos de leche y las codornices asadas que prometen al pueblo: ya sabrá desconfiar de los chalecos dislocados, y de los sombreros en forma de cono.

»Ten por lo tanto, querido mio, un poco de paciencia. Antes de dos horas sabré ya la suerte que espera á los criminales. Un poco de calma y te lo agradeceré mucho. El ujier me está dando prisa: cierro bruscamente mi narracion. Este porta-espadin se ha conducido demasiado generosamente conmigo para que yo no respete tambien en algun modo sus escrúpulos. Ya cree estár oyendo la campanilla del presidente, y le acosa la necesidad de ostentar su frac en el recinto. Nada mas justo: la jornada ha sido diabólicamente penosa: preciso es desquitarse. Yo lo abandono á su destino, y á los movimientos de su espadin. A Dios, nene mio: hasta luego.

MALVINA.»

CAPITULO XXXII.

AVENTURAS DE OSCAR.

La anterior carta disipó las tristes ideas que dominaban en mi espíritu. Malvina se hallaba fuera de peligro, y de allí á pocas horas la volveria á ver. Simon estaba junto á ella, y la trataria como un caballero. Todo cuanto me decia por escusarse no era mas que una precaucion oratoria. Conocíase que ella era bastante dueña de sí misma y no se dejaba llevar de escesivos escrúpulos. Lo esencial era que estuviese en seguridad, y como sobre este punto no podia ocurrirme duda alguna, conseguí desvanecer prontamente las inquietudes que me habian acosado.

Regresé pues, á mi habitacion con objeto de tomar algun descanso, pero apenas intenté hacerlo cuando resonó un violento ruido en la escalera. Abrí la puerta de mi habitacion y se presentó á mi vista un hombre que cediendo sin duda á la agitacion ó al cansancio, se dejó caer á plomo sobre un sofá que habia en el recibimiento. Dirigí la luz de la lámpara que yo tenia en la mano hácia su rostro y ví á Oscar, pero en una disposicion que solamente el ojo de un amigo habria podido conocerlo. Los movimientos musculares de su barba, nunca habian sido tan repetidos ni violentos. Conocíase manifiestamente que mi amigo estaba bajo la influencia de alguna catástrofe.

Me arrimé á él, y sentí que me estrechaba convulsivamente la mano, diciendo:

—Tú eres mi única Providencia, Jerónimo: es preciso que me salves.

—¡Bah! repliqué yo sonriendo, ¿se trata de una nueva carga por parte de los talleres? ¿Quiéres hacerme inscribir en la lista?

—No, amigo mio, no. Es preciso que me salves. No me chanceo: es un asunto grave.

—¿De veras, Oscar?

—Sumamente grave. ¿No hay en tu casa algun aposento oscuro? ¿Una bodega, una carbonera, un rincon donde no penetre la luz y pueda esconderme? solo en una de esas localidades me puedo salvar.

—¿Lo dices de broma?

—¿Pues no me estás viendo, Jerónimo? Repara mi vestido. ¿Puedes creer que tengo ganas de chanzas? En este mismo instante quisiera estar metido en el hueco de un árbol, en las entrañas de la tierra, en cualquiera parte menos aquí. Estoy en ascuas.

—Esplícate.

—¡Esplícate! eso se dice muy fácilmente. Lo que ahora corre prisa es el esconderme. En este mismo instante tal vez me andarán buscando... ¿No oyes ruido de pasos en la escalera?

—Nada oigo.

—No pueden tardar: los corchetes van á venir. ¡Esa policía tiene tantos medios ocultos! Te lo vuelvo á decir, Jerónimo, pónme en lugar seguro. De lo contrario va á suceder una desgracia.

—¿Pero qué desgracia? Habla, Oscar.

—¿Tú quieres enterarte de todo? ¿De todo?

—Sí.

—¿Y no me abandonarás despues de saberlo? ¿Me lo juras?

—No te abandonaré.

—Pues bien querido mio, soy un reo de estado. Ni mas ni menos.

—¡No es posible!

—¡Indudable! Y lo que es aun peor Jerónimo, mi cabeza está puesta á precio. Ese es el estado en que me hallo.

—¡Me llenas de admiracion!

—Ahora dime ¿me ocultarás? ¿me entregarás á los esbirros? Háblame con claridad.

El acento con que estas palabras fueron pronunciadas desarmó mis desconfianzas. Comprendí que habia algun acontecimiento en que Oscar se hallaba comprometido. El desórden de su traje acababa de confirmar esta suposicion. Era preciso dar en el acto un socorro á aquella alma en pena.

—Te salvaré, le dije, con tal que me cuentes todo. ¿Adónde has ido? ¿Qué has hecho desde que nos separamos?

—Voy á decírtelo. ¡Pero ten cuenta, no nos sorprendan! ¿Es hombre de confianza tu portero?

—¡De toda mi confianza! Voy á darle órdenes. Pero sobre todo procura tranquilizarte. No tengas ese aire asustado. Los esbirros te conocerian solo con mirarte á la cara.

—Reo de estado, Jerónimo, ¿comprendes? Es un terrible sobreescrito. Me horrorizo solo en pensarlo.

—Espera: voy á volver. Cuida de no ocultarme cosa alguna. A este precio te salvaré.

Tomé algunas precauciones y mandé que no dejaran entrar á ninguna persona desconocida. Luego volví adonde estaba Oscar.

—Refiéreme ahora lo que te ha sucedido, le dije.

—Ya sabes, Jerónimo, que nos vimos separados por una oleada de jornaleros, que me arrastraron con ellos. Preciso es que mi cara les hubiese gustado á aquellos desgraciados pues en el acto procuraron dispensarme grandes atenciones. Pedíanme órdenes y querian nombrarme general. Dijéronme que pertenecian á los talleres nacionales, y hubo dos de ellos que pretendieron haberme visto anteriormente. En vano me resistí; ellos no desistieron de su proyecto.

—¿Cómo se llamaban?

—El uno Percheron.

—¿Y el otro Comtois, no es eso?

—Efectivamente.

—Nuestros hombres de Ville-d'Avray: Comtois y Percheron.

—Así es: no recordaba ya esa circunstancia. Pero en fin, fuí marchando con ellos á lo largo del muelle. ¡Verdaderos artesanos, Jerónimo, artesanos completos! ¿Piensas que tal vez estaban apasionados por alguna cosa ó por algun hombre? Pues nada de eso. Indistintamente gritaban: ¡Viva esto! ¡Viva aquello! Yo les habria hecho dar gritos en favor del Gran Turco. Para tratar al pueblo de París no se necesita mas que algo de arte. Para que acabes de comprenderlo te diré que á los diez minutos ya estaban gritando: ¡Viva Oscar! y se limitaban á ese solo deseo. Yo los habia fascinado. Caro me costará.

—¿Luego tú aspirabas al imperio?

—¿Yo, querido? No te burles. Ni un solo pelo de mi barba pensaba en semejante cosa. Pero ¿qué quieres? Yo inspiraba entusiasmo á aque-

MCD 2022-L5

llos hombres, y los encadenaba á mi persona. No faltan fenómenos por ese estilo: por ejemplo la culebra y el pájaro. ¡Pues bien! eso es lo que sucedia: entre ellos y mi persona obraba la accion de un fluido. Yo les habria hecho andar sobre áscuas.

—¿Sin ponderacion?

—¡No! Hay ejemplos de eso: testigo Napoleon. Con solo su mirada tenia el poder de arrebatar á los descontentos. Preciso es creer que yo produje un efecto semejante en aquellos artesanos. Desde que me encontraron no fué ya posible separarlos de mi lado. Marcharon todos á mi sombra. ¡Y con qué entusiasmo, Jerónimo! preciso era verlo. Me inclino á creer que despido efluvios de atraccion por lo menos respecto de la gente del pueblo. Los hombres no se aficionan tan sin mas ni mas á primera vista: debe haber alguna causa oculta. Solo de este modo puede esplicarse. ¿Qué te parece?

—Cuéntame primero tu historia.

—Suponte que ya te lo he dicho todo. Esos artesanos, una vez seducidos, ya no me abandonaron; tuve que seguirlos á todas partes. Mi general, por aquí, mi capitan por allí. No hubo medio de escusarse. Manifestaban sus proyectos en alta voz y de un modo que me comprometia horriblemente, y luego en cada esquina proclamaban mi nombre y me victoreaban! ¡En este París donde hormiguean tantos agentes secretos!... ¡Oh! ¡Qué imprudentes! ¡Qué imprudentes!

—¿Pero no es mas que eso? El pecadillo es bastante venial.

—Paciencia, Jerónimo: demasiado pronto perderá ese carácter. Prosigo. Hé aquí pues que vamos marchando en buena compañía yo y aquellos artesanos: Comtois á mi derecha y Percheron á mi izquierda. ¡Vaya un mozo robusto el tal Comtois! ¿Y Percheron? ¡qué zorro! Ibamos pues avanzando en masa por todo lo largo del muelle, como un ejército, que ocupaba las dos orillas. Gritaban: ¡Á las casas consistoriales! y toda la multitud se dirigia hácia ese punto. Y no hay que pensar que esa marcha habia de hacerse ocultándonos. Nada de eso, marchábamos á banderas desplegadas y llenando de gritos el espacio. Á pesar de eso no encontrábamos ni sombra de resistencia. Nada de tropa, nada de guardias. Los puestos militares nos saludaban; los centinelas echaban armas al hombro. Era como una fiesta universal.

—Hasta el presente no veo nada de malo.

—Ya lo irás viendo en lo sucesivo. Enfrente del consistorio no habia mas que algunos piquetes de guardia urbana, poco numerosos. Las ver-

jas estaban cerradas y las ventanas llenas de gente. Percheron me dijo en secreto:—General, en uno de los lados del edificio hay una puerta por donde podremos entrar: esto me lo dijo señalandome el consistorio.—¿Entrar? ¿para qué?—General, todos seguiremos: venid. Y me arrastraron hácia la puerta en cuestion.—Está cerrada, dije al verla. —Si, general; pero aqui está Comtois. Comtois, ven aquí. El atleta se presentó. Tómame esa puerta á peso, le dijo un colega. Los goznes cedieron, los cuarterones fueron saltando sucesivamente.—Bien tocado, hijo mio: ahora avanzemos. De esta manera, querido Jerónimo, fué tomado por quincuagésima vez el consistorio.

—¿Y tú les seguistes, Oscar?

—¿Qué querias que hiciese? Yo los fascinaba: era imposible separarme. A unos artesanos como aquellos los habria yo conducido hasta el cabo del mundo: ¡Aquel Comtois en particular, es una cosa digna de verse! Tres puertas quedaban aun por forzar y las tres las tumbó una tras otra en el suelo! Es un ser prodigioso.... ¡Y todo lo hace con una calma!.... En fin sin rodeos te diré que llegamos á la escalera principal.

—Comprendo, Oscar, ya estás en plena sedicion. Prosigue.

—Escusado es decirte que no estábamos solos: una multitud inundaba la escalera. No se sabia dónde poner el pie. Blusas, levitas, todo andaba mezclado. De todos los puntos del horizonte habian venido conspiradores. Precipitábanse á los salones, y se instalaban en los sitiales de la autoridad. Solo Percheron era el que al parecer no se entregaba á la confianza, pues echaba á todas partes recelosas miradas, y no se daba por satisfecho de aquella rápida pesquisa.—¡Lo mismo que la otra vez! ¡Lo mismo que la otra vez! Comtois, atencion: levantarás el pie cuando yo te lo diga. Adviértelo á los demás.—Á todo esto, el número de vencedores iba aumentándose. ¡Qué de trages y banderas diversas! Gorros frigios y fajas encarnadas, bandera tricolor y estandarte rojo. El surtido de repúblicas era completo: no faltaba mas que elegir la mejor.

—Muy embarazados os veríais para hacerlo ¿no es verdad?

—Mucho, amigo mio. Cada cual, queria que su gente y sus colores fuesen los que prevalecieran. Discutíanse los programas: disputábase acerca de los hombres. Allí habia un bombero que se empeñaba en componer un gobierno con sola su individualidad: costó el mayor trabajo del mundo el contenerle. Proclamábase y proclamaba á sus amigos por todas las ventanas del edificio. En último resultado, fué preciso que Comtois le sentára la mano en la espalda. Bajo esa vigornia, el bom-

bero no se movió, comprendiendo sin duda que tenia ya un soberano.

—Vaya un bombero bien entusiasmado, esclamé, recordando lo que Malvina decia en su narracion. ¿Quién lo hubiera dicho de un bombero? ¡Un cuerpo tan respetable!

—Quedó humillado, replicó Oscar, y desistió de sus combinaciones; pero aun quedaban otras veintidos. Aquello era una verdadera madeja enredada. En el fondo de las cosas se entendian regularmente: estaban acordes en lo tocante al despojo de los ricos, y en dar un mismo corte metódico á la fortuna individual. Mas cuando se trataba de nombres propios, no era posible ponerse de acuerdo. Cada cual tenia sus afecciones y sus antipatías. Finalmente, despues de borrascosas disputas, y de un espantoso tumulto, se redactó una lista de transaccion, de la cual se tiraron varios ejemplares por todas las ventanas del edificio.

—¿Y tú has presenciado todas esas cosas, Oscar?

—Con mis propios ojos, Jerónimo. Lo que no podria pintarte, son los gritos, ni los movimientos de aquella multitud turbulenta. Parte de ella estaba ébria de vino, y la otra de exaltacion. Todos los rostros estaban encendidos: en todos los lábios se notaba estremecimiento. Poníanse sobre las mesas parodiando el papel de Tribuno, y se dictaban sentencias terribles contra los que se hallaban ausentes. Chocaban entre sí frecuentemente las opiniones, y mas de un conflicto llegó hasta convertirse en pugilato. Los clubs tenian sus favoritos, y los defendian á todo trance. Imposible era salir de aquel recinto sin llevar consigo un sentimiento de desconfianza respecto de tales soberanos.

—¿Cómo pudiste salir del paso? pregunté al pintor.

—Dios lo sabe. ¿Y á qué precio? Hasta ahora nada te he dicho: escucha, escucha.

—¿Pues qué, tienes aun mas que decir?

—¡Ah! ciertamente que sí. ¿Tendría yo inquietud por nada de eso? Espera, querido, ya vamos á entrar en lo mas escabroso.

—Prosigue.

—En tanto que sucedia lo que acabo de decirte, en uno de los salones de la casa consistorial, Percheron no habia cesado de arrugar las cejas, y su pandilla se habia mantenido en una especie de reserva.—Otro golpe errado, repetia el artesano. Comtois, no vayas tú tambien á vendernos. Esto no puede quedar siempre en agua de achicorias. Atencion, Comtois. El atleta escuchaba impasible esperando que se le designara alguna cosa ó persona que destruir. A todo se hallaba dispuesto.

Percheron se mantuvo neutral, hasta que las listas quedaron definitivamente cerradas: entonces fué cuando tremoló el estandarte de la revolucion.—¡Siempre gobiernos de fraque! gritó, no los quiero: protesto contra ellos. ¡Hijos mios, nos venden, nos venden! esclamó dirigiéndose hácia su pandilla. Un formidable grito resonó en medio de esta, repitiendo: ¡nada de gobiernos de fraque! Bien, muy bien, amigos mios, dijo el artesano: dejemos á esos señores cuidar de sus asuntos, nosotros cuidaremos de los nuestros. Ven, Comtois: aun hay puertas que levantar. Ya veis general, añadió volviéndose hácia mí, que no hay medio alguno de entenderse ¿no es verdad? ¡Fraques, siempre fraques! Es insoportable. Vamos á trazar nuestra combinacion. Nada de aristócratas: pasemos al salon inmediato. General, nos mandais seguiros.

—¿Y no te retiraste?

—¡Cuando te digo que los fascinaba! Me puse al frente. Comtois iba forzando el paso; yo seguia. Nos instalamos en un salon retirado. Almohadones de terciopelo, alfombras de Aubusson, nada faltaba. Entrepaños de ventanas pintados, colgaduras magníficas, en fin, en todo dominaba un gusto esquisito. Colocáronme en un sillon como de presidente. Éramos cerca de mil personas. El otro gobierno se habia quedado casi solo, pues con nuestra partida se habian disminuido notablemente sus prosélitos. Todas las blusas se habian venido con nosotros, y yo seguia fascinando. Sin embargo, era preciso resolverse á obrar: el tiempo urgia, y el imperio estaba á diez minutos de distancia. Nuestra combinacion era sencilla: toda se componia de artesanos, y en ella no habia mas fraque que el mio. Habíanme hecho este honor, y además me daban la presidencia; por lo cual me inclinè para dar las gracias. Percheron tenia ya formada su lista: la leyó en alta voz, fué recibida con aclamaciones, y un ebanista la inscribió en una pizarra que estaba colgada en la pared.

Hé aquí los nombres que la componian:

Oscar, presidente del Consejo.

Percheron, ministro de Hacienda.

Comtois, de Guerra.

Carmajou, de Justicia:

Pessolive, de Negocios estranjeros.

Pastichon, de Marina.

Darnagas, de Instruccion Pública.

Baricot, de Obras Públicas.

Arleri, del Interior.

Loubelai, de Agricultura y del Comercio.

—¡Famosa lista! dije á Oscar. Magnífica coleccion de nombres propios.

—Nada de fraques: esa era la clave de la combinacion. Tuvo que humillarse el amor propio para figurar en ella. Por lo tocante al programa, debo advertirte que fué de una espantosa sencillez. Todo para los artesanos, y por los artesanos. Sin ellos no habia esperanza de salvacion. Á los artesanos las armas: á los artesanos los capitales. En lo sucesivo no habia de dominar otra influencia, ni otra fuerza, ni otra riqueza mas que la suya.

—¿Y tuviste sangre fria para oirlo, Oscar?

—Cierto es que habria podido influir en sus planes: yo los fascinaba. Pero ¿qué quieres, Jerónimo? Esa era la locura favorita de aquellos buenos amigos. ¿Qué me costaba dejarlos en esa ilusion? Porque se fascine á las personas, no es motivo para abusar de sus medios y contrariarlos en sus ideas. Yo hacia cuanto queria, y esto me bastaba.

—¿Es decir, que publicaron aquel monstruoso programa?

—No, no llegó ese caso: el programa quedó en la casa consistorial, morada de los programas perdidos. En aquella fatal pizarra puede verse la lista de nuestro gobierno.

—Pues qué ¿no borrastéis la inscripcion?

—Hablas á medida de tu deseo, Jerónimo. ¡Habría querido verte en el lance! ¡Borrar la inscripcion! ¡Si yo hubiera podido hacerlo! No soy rico; mas para destruir todo vestigio de aquella efímera soberanía, diera con placer cuanto tengo de mas precioso en el mundo, mi caja de colores, mi mejor pincel, y hasta mi querida mas jóven. Tengo enemigos en el poder, y van á abusar de él en contra mia.

—¿Es decir, que te han sorprendido, Oscar?

—Sorprendido, acechado, atrapado, bloqueado, casi confiscado, amigo mio. Una odiosa emboscada. Se hace una intimacion á la gente: se dan tres redobles de tambor. Eso está dentro de la ley. Pero en el caso presente, nada de eso ha sucedido. Figúrate que yo acababa de espedir un memorable decreto, que tambien ha quedado, sea dicho de paso, en manos de mis perseguidores, un decreto de los términos siguientes:

«Habiendo el pueblo disuelto la Asamblea nacional, no queda ya mas poder existente, que el mismo pueblo.

»Por lo tanto:

»Habiendo el pueblo manifestado deseos de formar un gobierno provisional, compuesto de los ciudadanos, Oscar, Percheron, Comtois, Casmajou, Pessolive, Pastichon, Darnagas, Baricot, Arleri y Loubelai, quedan estos ciudadanos constituidos en miembros del gobierno.

»Las autoridades constituidas desocuparán inmediatamente las localidades, á fin de que el nuevo gobierno no se vea espuesto á tener que acostarse bajo las estrellas.

»Los carniceros y panaderos de la capital y sus inmediaciones, cuidarán de traer en el acto provisiones suficientes para alimentar al nuevo gobierno.

»Asimismo, se darán en el acto un par de botas y un sombrero nuevo, á cada uno de los miembros del gobierno, á descuento de su haber mensual. Los pantalones y blusas, serán incluidos en el presupuesto inmediato. Se les abonará tambien una saboneta como por via de gratificacion.

»Fecho en la residencia del gobierno provisional, el dia y año arriba mencionados.»

—¿Y fuiste tú el que redactaste ese decreto, Oscar?

—Sí, querido. Una obra maestra ¿no es verdad? ¡Ah! ¡Cuando yo me pongo! Asi es, que los artesanos la recibieron con aclamaciones. Eso es muy lisonjero, aun ejerciéndose la fascinacion.

—Veamos el desenlace.

—El desenlace, amigo Jerónimo, no es por cierto de los mas brillantes. Sin embargo, no puedo prescindir de contártelo, y por consiguiente sigue prestándome atencion. Todo marchaba divinamente: la alegría que campeaba en los rostros, daba indicio de la conformidad de sentimientos. No se oía una queja, no se dió lugar á reclamaciones: jamás se habia visto una espontaneidad semejante. Nada faltaba ya mas que recoger el fruto de nuestro trabajo, y proclamar nuestra combinacion en la plaza. Ibamos con este objeto á abrir las ventanas y á presentarnos en el balcon para arengar al pueblo, cuando la guardia urbana apareció en ademan hóstil en las mismas puertas de nuestro salon de consejo. Quise parlamentar: ya sabes que generalmente los movimientos musculares de mi barba imponen respeto. Nada de eso sucedió entonces; lo digo para humillarla. Los guardias avanzaron á la bayoneta y nos acorralaron en un ángulo del salon. Podia ya darme sin remedio por cogido: de seguro iba á dar con mis huesos en Vincennes como otros mu-

chos fabricantes de gobiernos, cuando á mi espalda tuve ocasion de ver una puerta y junto á ella al amigo Comtois forcejeando con los hombros. Con tal auxiliar el resultado era seguro; la puerta vino al suelo, y yo pude escapar por la brecha que acababa de abrirse. La fuerza armada vino en pos de nosotros: pero Comtois siguió haciendo de las cuyas: una, dos, tres puertas cayeron á su impulso. ¡Qué hombre, Dios mio! ¡Qué ser tan ingeniosamente dotado! ¿De qué sirve encerrarse en presencia de semejante musculatura? De esta manera, es decir, derribando puertas y perseguidos, llegamos á una escalera espiral que al parecer se sepulta en los abismos del edificio.—Mil veces morir antes que entregarse, esclamé, lanzándome por el caracol. Allí dominaba una profunda oscuridad : no se atrevieron á seguirnos mas adelante. Solo Comtois permanecia á mi lado, y era uno de los mas preciosos recursos. Todavía seguimos bajando sesenta escalones en medio de una completa oscuridad.— Entonces conocí que nos hallábamos en la localidad llamada pozo de Grenelle, á cinco metros bajo el nivel del mar. Finalmente, cesó la escalera, y senté los piés sobre un terreno húmedo. Llegábamos al límite de los sub-basamentos; estábamos en las catacumbas de la casa consistorial.

—Esto se vá convirtiendo en novela, Oscar. ¿No habrá algo de tu cosecha?

—No, Jerónimo: Comtois puede certificarlo. Dábame aun por muy feliz de verme en seguridad en aquel quinto piso bajo tierra. Desde allí oia redoblar el tambor de un modo atroz. El edificio municipal estaba bloqueado por todas partes, y seguian haciéndose prisiones en masa. Representantes del pueblo , y jefes de los clubs, cayeron en aquella redada, como lo supimos al salir. Solo el bombero fué el que no pudo ser habido, tal vez porque se refugió en su propio casco. Decididamente la jornada habia sido fatal para los fabricantes de gobiernos. Esta industria acababa de entrar en un período ingrato. En esto pensaba yo allá en los subterráneos del edificio municipal, y las tinieblas convidaban á la meditacion. No estaba tampoco libre de semejantes pensamientos mi amigo Comtois, pues á cada paso le oia exhalar suspiros capaces de conmover las catacumbas.—¡Ese maldito Percheron! murmuraba el atleta acusando á su amigo, y á la verdad que no le faltaba razon. Hé aquí, pues, que los subterráneos de la casa municipal, albergaban á dos desgraciados, que escarmentados por el infortunio, se echaban en brazos de la filosofía.

—¿Pero me dirás, al fin, como conseguiste salir de aquel sitio?

MCD 2022-L5

—No sin tener que esponernos á algunos disparos de fusil, amigo Jerónimo. Ya llego casi al fin de mis aventuras. Á los diez minutos de hallarme en aquel tenebroso asilo, me sentí devorado de tedio. Comtois se hallaba poco mas ó menos en el mismo estado.—Camarada, le dije, ¿seria bueno que tratáramos de buscar nuestro camino?—Ciertamente que si, me contestó.—¿Os sentis con buen ánimo en los puños?—Sí.—¿Aunque tuvierais que emplearlos contra alguna barra de hierro?—De hierro. En estas contestaciones noté que mi compañero empleaba un laconismo digno de los tiempos antiguos. No se turbaba su alma ni aun estando á viente metros bajo tierra, ni sentia necesidad de manifestarse con mas amplitud. Esto me daba á entender que su naturaleza era fuerte y su espíritu inalterable.—¡Ea pues! ya que las barras de hierro no os arredran, le dije, tratemos de buscarlas. La oscuridad era tan completa que para avanzar teníamos que andar á tentones. El edificio consistorial tiene dos órdenes de bóvedas subterráneas y nosotros nos hallábamos en la inferior donde no penetra ningun rayo de luz. Era una situacion enteramente insoportable: teníamos que salir de ella á toda costa. Manadas de ratas corrian entre nuestras piernas y las olfateaban como un regalo no indigno de ellas. En vano prodigábamos taconazos: las ratas volvian á la carga con un encarnizamiento que anunciaba lo intenso de su voracidad. Una de ellas tubo la audacia de rasgar el cuero de mi bota: quiero decir que pasaba por el continente para llegar al contenido. No era posible mantenernos en aquella situacion: era mejor morir de un balazo que no de las dentelladas de aquellos animales roedores. ¿No es verdad, Jerónimo?

—La cuestion se resuelve por sí misma, Oscar. ¿Qué pensaba tu compañero?

—Mi compañero aplastaba estoicamente á sus enemigos: su pié les era fatal. Así es que al paso que evitaban su encuentro, venian con preferencia hácia mí. Sin duda debí parecerles un bocado mas esquisito, mas delicado. Esplique quien pueda el instinto de aquellos animales. Lo cierto es que yo me hallaba muy mal avenido con su compañía, y que todo mi afan se reducia á conservar la integridad de mis miembros. Por fin encontramos nuestro camino. En lo macizo de las bóvedas existia una escalera que conducia al piso superior: subimos por ella y llegamos á la parte de los subterráneos adonde penetraba la luz, aunque en aquel momento era muy ténue porque el dia se hallaba muy avanzado. Sin embargo se distinguian á la altura de un hombre las ventanas

guarnecidas de barras de hierro y que sin duda daban á la plaza ó á alguna de las calles inmediatas. Ya estamos en frente del enemigo, le dije á mi compañero.—Ya lo veo.—¿Os sentis con fuerzas para vencerlo? —Esperad, dijo; y encaramándose en una prominencia de la pared consiguió poner su mano de atleta en las barras y las desencajó.—¿Qué tal? le pregunté.—Lo principal ya está hecho: un niño podria hacer lo restante. Las barras están fuera de su asiento.—En vista de esto trepé yo tambien al borde de la ventana.—Atencion al centinela, me dijo Comtois: así que veais que está vuelto de espaldas estad dispuesto á franquear el paso. Cuidado que hay diez pies de altura.—Está muy bien. La ocasion tardó en presentarse: habríase dicho que el centinela tenia sospechas: por último se alejó algo y las barras fueron arrancadas como si hubieran sido de paja.—Vivo, pasad, pasad, esclamó Comtois: obedecí y me dejé caer á la calle. Casi en el mismo acto el robusto artesano cayó á mi lado, y dió un grito de alarma.—El centinela nos ha visto. ¡Vivo! ¡corramos á meternos entre calles! No bien llegábamos al ángulo de la encrucijada cuando resonó un disparo y la bala pasó silvando á corta distancia.—Mas es el ruido que el daño, me dijo Comtois, añadiendo en seguida: Hácia la derecha, caballero; yo me voy por la izquierda.—¡Gracias, le dije, gracias compañero! os debo la vida y la libertad.—El hombre ya estaba lejos. Estas son, Jerónimo, mis aventuras. ¿Qué te parece de ellas?

—Ya te lo he dicho desde un principio: son una novela.

—Pero histórica; porque en todo cuanto he dicho no he faltado en lo mas mínimo á la realidad. Tal como me ves, se me figura, querido mio, que soy una potencia destronada. Por espacio de media hora he dirigido la marcha del gobierno: he formado parte de una combinacion y se ha desvanecido. De toda aquella grandeza, de toda aquella gloria nada existe ya mas que un soberano fugitivo y que se halla en el caso de pedir un asilo á sus amigos.

—Ya lo tienes, Oscar, goza de él.

—Muy bien, Jerónimo. Pero ¿cómo me libraré de la policía? ¿Piensas que respetará mi incognito? ¡Tu buen criterio, amigo mio!

—¿Y qué hará de tí la policía?

—Por Dios no te chancees, Jerónimo. Hablemos con toda formalidad. Supongamos que siguen las indagaciones en la casa consistorial: los agentes de la prefectura están ya en aquella localidad. El juez del distrito ha pasado ya allí.

—¡Qué aferrado estás á tu código!

—Es importante conocer bien á los enemigos. Ya se recojen declaraciones: se toman informes, se hacen pequisas y se reunen datos. ¡Maldita pizarra! ¡Cómo la veo levantarse en contra mia!

—¿Qué pruebas hay de que te hallabas en aquel punto?

—Veinte personas lo declararán. ¿Dejará de presentarse alguno que haya gritado ¡Viva Oscar! á lo largo del camino ó bajo las bóvedas de la casa municipal? Ya te lo he dicho, Jerónimo, soy un reo de estado.

—¿Quién no lo será de tres meses á esta parte? ¿Quién no ha compuesto un pequeño gobierno? Todo eso quedará olvidado, Oscar, de lo contrario habria que condenar demasiadas personas.

—¡Pero aquellas que hayan sido cogidas en delito fragrante, amigo mio! ¡Ah! ¡Delito fragrante! Cómo se conoce que no eres criminalista. ¿En qué pueblo has visto que se perdone esa clase de delito? En el caso presente existe y todo lo comprueba. Agrupamiento hostil contra el gobierno, gritos prohibidos, violacion de un edificio público, usurpacion, resolucion, atentado: crímenes previstos por todos los artículos del código penal: he aquí lo que figura ya en cabeza de mi proceso. Añádase á eso las notas de la policía, la lista de mis relaciones, los treinta y dos domicilios que he tenido sobre el pavimento de París, la indicacion de mis costumbres, y comprenderás si tengo motivos de decir que me aprieta el zapato.

—Tú das un colorido muy negro á las cosas, Oscar.

—Y tú las pintas de color de rosa, Jerónimo. Pero no eres tú ¡vive Dios! el que ha de ir á gemir sobre la húmeda paja de los calabozos. ¡Á Vincennes, considera! ¿Has visto el torreon de Vincennes? horroriza lo que cuentan de él. ¡Y pensar que he sido gobierno por espacio de 33 minutos! ¡Caer desde tan alto! Me parece que oigo ruido de pasos en la escalera. ¡Sin duda algun esbirro!

—Vas á volverte loco.

—¡Un esbirro!

—¡Dale!

—Jerónimo, otra vez te vuelvo á pedir un asilo cualquiera. No puedo consentir que esa infame policía me eche la mano. Facilítame una bodega, una carbonera, lo que mejor te venga; pero por Dios, sálvame. Aunque me embutieras en un armario, no diré una palabra: en caso necesario me introduciré aunque sea en el tubo de una chimenea. Todo

me parece preferible á las cuatro paredes de un calabozo. Siempre he tenido aversion á ese género de establecimientos.

—¡Qué terrible eres Oscar! No te exaltes de esa manera. Estoy seguro de que tu asunto no se halla en tan mal estado y que todo vendrá á parar en nada.

—¿Asi lo crees?

—Casi te lo aseguro.

—¡Me lo aseguras! acepto la palabra: la acepto plenamente. Tú serás responsable en lo sucesivo de lo mas sagrado que hay en el mundo; de la libertad de un ser pensador. ¿Me lo aseguras? ¡Pues bien! Mucho me place esa confianza: mucho me place. Si alguna vez vuelvo á ser gobierno tendré bien presente esa hermosa palabra. ¡Tú sales responsable! Venga la mano, generoso amigo, y ahora dame un consejo.

—Habla.

—¿Será prudente cortarme la barba? Dicen que así se hace perder la pista á los gendarmes, y se falsean las señas personales.

—La barba y el cabello tambien, amigo mio. De esa manera estarás en disposicion de que te aproveche el régimen que en mi concepto te será mas saludable. Desde mañana te administraremos chorros de agua fria.

CAPITULO XXXIII.

LOS INFORTUNIOS DE UNA NINFA EGERIA.

Por fin pudo Oscar respirar: los rayos de que se creia amenazado se detuvieron á medio camino. Durante aquella corta usurpacion se habian confeccionado tantas listas de gobierno, que la justicia se vió obligada á tener que elegir. Descargó su rigor sobre los gefes notorios de la revolucion y no hizo caso del tropel de conspiradores. Encerrarlos á todos en los límites de la accion legal hubiera sido una empresa difícil: no habrian bastado las prisiones de la República. Así pues, nuestro amigo pudo librarse confundido entre la multitud, y no alcanzó los honores del martirio, ni las palmas del cautiverio. No alcanzaron semejante favor sino los mas dignos, los veteranos de las cárceles, aquellos que por solo su nombre eran recomendados á los calabozos.

Entre las víctimas de aquel estraño drama, hay una que se destaca en particular y que solo un Homero podria celebrar dignamente. Solo este podria decir, en el modo jónico, á qué vicisitudes se vió espuesta desde el dia en que abandonando el hogar doméstico anduvo buscando, de filósofo en filósofo, y de sistema en sistema, un ideal que parecia ocultársele en las profundidades del horizonte. Semejante narracion seria un admirable poema en el cual de seguro no faltarian cantos de sirena, y que por teatro natural tendria la voluptuosa isla de Circe. ¡Qué de escollos en aquella existencia! ¡Qué de aventuras! La Odisea está completa: no falta mas que un personaje, Penelope dando vueltas al torno y considerándolo como preservativo. Ese es el único detalle que falta. En ningun tiempo hubo asunto mas digno de un sistro magistral. Lo pro-

pongo á los poetas de las edades futuras y me contento con trazar estos breves detalles.

Trátase de una Musa que desde la misma cuna tuvo el convencimiento de una mision imperiosa. El soplo de lo alto la animaba; en vano habria tratado de sustraerse á él. En otros tiempos la habria impelido tal vez á vestir la armadura y á subir al asalto. Nuestra Musa no tuvo esas aspiraciones; ante todo creyó deber consagrarse á su siglo. En vez de lanza en ristre se presentó armada de una pluma, en vez de asaltar trincheras se propuso destruir la sociedad, y en su oriflama inscribió por tema estas dos sencillas, pero significativas palabras: *verdad social*. Descubrir la verdad social, esa fué su mision. Sintió voces interiores que le decian: con esta señal vencerás, y desde entonces ya no se perteneció á si misma. Por la noche la visitaban las utopias, y durante el dia tenia apariciones. En el fondo de los bosques, entre los matorrales veia la verdad social bajo mil formas. Veíala bailar á la plácida luz de la luna, en las verdes orillas del lago, ó la veia esconderse presurosamente, cual ciervo herido, en la espesura del bosque. Alguna vez esa verdad social tomaba tambien las formas y la apariencia de nuestro mundo material, y se le ofrecia á su vista envuelta en paño, ó en jerga con botas de charol ó con zuecos. Nuestra Musa la distinguia bajo todas sus formas: nunca dejó de conocerla por mucho que se disfrazára. Bajo el aspecto de un rústico aldeano, ó de un elegante caballero, lo único que se presentaba á los ojos de nuestra Musa era la verdad social, nada mas, ni nada menos. En obsequio de estas palabras entregó su vida á toda clase de esperimentos y toda clase de agitaciones.

Siendo aun muy jóven la dieron un compañero de camino con quien vivió satisfecha durante cierto tiempo. Sus visiones la acosaban menos y sin duda la habria costado muy poco el librarse enteramente de ellas. ¡Es tan apropósito la luz del deber para espulsar á los malos espíritus! Bastábale pasear á su alrededor una mirada pura y serena, y contentarse con la felicidad tranquila y dulce que la naturaleza nos ha dispensado. Esto hubiera sido sustituir la verdad social; nuestra Musa no pudo avenirse con el cambio y se dejó arrastrar por la mision de que se creia encargada. Ya miraba con desden los horizontes limitados y pedia con grandes gritos aire y espacio: queria apoderarse del globo y sujetarlo á los caprichos de su imaginacion. Soñaba con sus fantasmas favoritos, y los adornaba de colores tan vivos, que toda vista humana debia quedar deslumbrada. Semejantes tendencias estan en contradiccion con las cos-

tumbres sedentarias; así es que nuestra Musa no tardó en lanzarse al campo, dejando de improviso á su compañero. Otro objeto mas elevado la impelia: la verdad social estaba fermentando en su seno. Todo reposo le estaba prohibido hasta que por fin asegurára el imperio de esa verdad y la dejase consagrada con aplauso del universo.

Lanzóse pues al campo y emprendió la campaña: sus primeros pasos fueron oscuros, casi desconocidos, y apenas dignos de algun busca-aventuras, ó de algun corre-calles. Todo se redujo á algunas escaramuzas, en el campo de las ilusiones. Sin embargo, aquella época fué un período feliz de su existencia y sin disputa el mas florido de todos. La Musa se encontró con sus hermanos los poetas y los eligió jóvenes para estar mas cerca de la verdad. ¿Qué objeto mejor podia proponerse una Musa? La nuestra no lo echó en olvido; tenia el convencimiento de una mision mas grave. No es esto decir que alguna vez no hubiera sabido estraviarse bajo las arboledas, y hacer saltar el *champagne* en algun desvan. Ninguno de esos triunfos dejó de favorecerla, pero en ellos no veia mas que una especie de iniciacion en otras indagaciones mas sublimes. De esta manera podia encontrar la verdad que se oculta en el fondo de las copas lo mismo que la que sale como un murmullo de los éstasis de la almohada, la verdad que sale de todas las embriagueces. La gran verdad, la verdad social se le escapaba. Preciso era ir mas adelante, ver mas lejos aunque para eso hubiera tenido la inconstante Musa que dejar en su camino mas de un corazon herido, mas de una alma lacerada por el abandono.

La gloria se presentaba á su vista y dejaba muy poco lugar al remordimiento. La túnica sencilla de la Musa se cambiaba en un vestido luminoso y ocupaba el primer puesto entre las diosas de la poesia. Cualquiera otra ambicion habria podido darse por satisfecha, y no hubiera llevado mas adelante el esperimento; pero en nuestra Musa triunfó el deber de cumplir con su mision: á sus ojos no fué la gloria mas que un medio. Tenia que recorrer el círculo de las funciones humanas para examinar la parte de verdad, sobre todo de verdad social, que cada una de aquellas encierra. De los poetas pasó á los abogados: ningun contraste pudo ser mas vivo. Trataba de penetrar en las profundidades del derecho y de averiguar el último término de la equidad soberana. Emprendió pues, con las togas, lo cual fué ciertamente una ruda prueba para su gusto delicado. Pero nuestra Musa tenia intrepidez; no le causaron espanto las túnicas negras y sondeó hasta sus íntimos pliegues. ¡Deplorable

empresa al fin de la cual debia encontrarse con el desaliento! ¡Qué confuso aparato! ¡Qué singular amalgama! Verdades jurídicas, verdades interpretadas, verdades consagradas por decretos.... ¡En semejante laberinto iba á meterse la Musa! Por lo que hace á la verdad social ninguno de los que llevan bonete cuadrado, ninguno la habia visto pasar, ni podia dar noticias de ella. De grado ó por fuerza nuestra Musa tuvo que poner en otra parte sus esperanzas: habia dejado á los poetas; ahora la abandonaban los abogados: los hijos de la lira quedaban vengados.

Habríase podido creer que semejante contratiempo quebrantára su voluntad; lejos de eso no hizo mas que afirmarla en su propósito. «Pasaré por toda clase de pruebas, dijo nuestra Musa, pero al fin lograré poner la mano sobre mi fénix. No sé que haya gañan del campo ni marmiton de colegio que yo no sea capaz de sufrir á trueque de cumplir con mi mision. Esta misma noche se me ha presentado la utopia con sus calandrias asadas, y sus arroyos de vino moscatel. Yo descargaré mi conciencia aunque para ello tuviese que violentar la puerta del gran Lama. Aspiro á la verdad social, la quiero alcanzar á toda costa; es ya mi necesidad suprema. Que sus cabellos sean rubios ó negros, que sea calva ó gaste peluca, yo la quiero, y la conseguiré. No reparo ni en su talle, ni en su color, ni en la edad, ni en el carácter; cierro los ojos á todo. La verdad será siempre bastante hermosa con tal que sea social, y cuanto mas social, será mas hermosa. Animo, pues, y hagamos un nuevo esfuerzo. Ya estoy perdiendo tiempo: nada de ensayos, nada de dudas: marchemos de frente hácia mi descubrimiento.»

De esta manera se animó nuestra Musa á proseguir en sus planes sin querer desistir de ellos por ningun motivo. Entregóse, pues, á nuevos ensayos y sondeó profundamente el campo de los pensadores. Dirigió estratégicamente sus miras á las notabilidades y pasó indiferente al lado de los subalternos. No se le escapó ninguno de los que en las diversas escuelas se llaman Pontífices. Tuvo que ver con los disidentes religiosos, con los intérpetres de misterios, y con los taumaturgos: no despreció ni los sombreros enrojecidos por el contacto de las estaciones, ni las solapas recargadas de sustancias grasientas. Fué en estremo indulgente con los grandes filósofos, y no les obligó á usar peine ni á lavarse las manos. Su tolerancia rayó en magnanimidad. ¿Habria algo de cálculo en este modo de obrar? ¿Quién puede saberlo? La verdad social reposa tal vez entre aquellas melenas desgreñadas, ó entre aquellos vestidos impregnados de grasa. Lo que importaba era no dejarla escapar por falta de un

poco de heroismo. Nuestra Musa manifestó la mas completa abnegacion, llegando al estremo de casi no pensar en proveerse de reactivos y de esencias. Segun su opinion la verdad social lo justifica todo, y es el lavadero, tanto de los vestidos, como de las almas. Este pensamiento la sostuvo y dió aliento en medio de la repugnancia de sus órganos.

Por de pronto se dirigió hácia la heregía; es el recurso supremo de los ánimos enfermizos, y de los Títanes heridos por el rayo. El mas glorioso de todos, tenia que pedir armas á la filosofía contra la religion: tenia que pedirle prestadas algunas montañas, á fin de que le sirvieran de escabel para asaltar el cielo. La filosofía es á manera de una reina muy previsora: siempre tiene un arsenal á disposicion de los cismas, y deja entrar en él á todo el que se presenta. Para nuestra Musa, eso fué un nuevo espectáculo.—Por último, dijo entre sí, ya he conseguido mi objeto. Creia en efecto, haberse apoderado ya de la verdad social. Entonces se puso á cantar las divinidades del mal: creó un claustro sombrío y un manuscrito misterioso. La imprecacion y la blasfemia brotaron de sus lábios. Sus instintos la arrebataban: se elevó hasta el punto de desafiar al cielo y á sus cóleras. Su lira no tuvo ya sino cuerdas de cobre. Esta situacion era una crisis y como tal no podia durar mucho. Una musa no se olvida de sí misma hasta ese punto sino á espensas de su honor y de su númen. Por otra parte los heresiarcas no son hermosos; su sistema huesoso está desmesuradamente desarrollado. La Musa no estaba acostumbrada á semejante vecindad, y muy gustosa habria dejado permanecer aquellas piezas anatómicas en los gabinetes de disseccion. Mas de una vez el recuerdo de sus amados poetas vino á perseguirla como un contraste, ó como un remordimiento. ¿Dónde estaban sus sonrosadas mejillas y su aliento tan puro? ¿Qué era de las dulces palabras, y de las confianzas de aquellas almas felices? En vez de aquellos jóvenes amigos, se encontraba con ancianos perezosos, y en vez de los risueños planes de aquellos, con incomprensibles teorías de estos. ¡Qué caida para una Musa, aun cuando se hubiese resignado anteriormente á toda clase de sufrimientos! Nuestra Musa no pudo tener tanta resignacion: rompió por lo tanto con la heregía, y procuró buscar la verdad social por sendas menos ásperas, y en ángulos no tan agudos.

Sintióse atraida hácia la metempsícosis: esto era mucho mas divertido, y lo hubiera sido mucho mas, si se la hubiera podido decidir á meter sus manos en el agua de jabon. Tal cual era, convenia tenerla á cierta distancia, y usar de ella con gran parsimonia. Por otra parte, este

sistema presentaba un lado cómico, y abria regiones desconocidas al pensamiento. ¡Qué de alegres sueños no alimentaba! Dejóse seducir nuestra Musa y le consagró libros, sin los cuales, hubiera podido muy bien pasar su nombre. Jamás las visiones que la habian acosado, se presentaron á ella con mayor evidencia: se estravió en espacios adonde no es dado á la vista humana penetrar: sumergiéndose en los abismos del vacio, perdió de un modo absoluto el sentimiento de lo real, y solo ella pudo comprender los vagos gemidos de su lira. Solo faltaban algunos pasos mas, para que hubiéramos tenido que lamentarla por perdida: su razon quedaba como en prendas de aquella insensata apuesta. Salváronla de esa situacion sus delicados instintos: los héroes de la metempsícosis, no querian por ningun motivo corregirse en lo relativo á cuidar los cuerpos, y estaban aferrados en descuidar abominablemente sus personas. Nuestra Musa los escusó largo tiempo, y luchó contra la indignacion de sus sentidos. En ningun tiempo se habia visto espuesta á una prueba mas ruda ni mas contínua: apenas la conciencia de su propia mision le daba fuerzas para soportar los efectos de aquella obstinacion. En vano rogó, en vano prodigó pastillas y perfumes: esos regalos no llegaron á su destino. Por último se confesó vencida, y dió un adios á la metempsícosis, así como anteriormente lo habia dado á la herejía.

Á pesar de tantas aventuras, la verdad social estaba aun por descubrir: el problema no habia adelantado ni un paso. El estado de nuestra Musa no pudo menos de resentirse: la utopia volvió á visitarla nuevamente. Por la noche sostenia misteriosos diálogos con voces que se cruzaban por las colgaduras de su lecho, acusándola de indiferencia y de tibieza de ánimo. Contestaba á esas recriminaciones manifestando que la mas enardecida de las Musas no puede dar mas que lo que tiene y recordando lo mucho que habia sufrido en la esploracion de los diversos sistemas. Añadia, además, que estaba esperando encontrar un filósofo que tuviese limpio el cuello de la camisa, y las uñas en el estado que exije la decencia. Fuera de eso no admitia mas que ensayos y combinaciones de poca importancia. Entre tanto hacia por llenar los huecos del corazon con algo de verdad música, y con un poco de verdad literaria. Sin embargo, en el fondo de esas faltas de realidad residia una amarga tristeza. La Musa habia visto marchitarse la corona de sus bellos dias, y desvanecerse las ilusiones de sus primeras horas. La edad iba pasando y como para acreditar su paso el talle de la Ninfa iba adquiriendo cada dia mayor obesidad. Era ya llegado el momento de hablar á las masas: así pensó

hacerlo. Aquella verdad social que nuestra Musa habia pedido en vano á lo mas escogido de la sociedad, debia tal vez ser pedida al mayor número, y por lo tanto sometió al pueblo el enigma, cuya solucion no habian podido acertar los sábios. ¡El pueblo! toda ciencia reside en él y procede de él, decia la Musa: hable el pueblo, pues él es el único que lee en el libro de los destinos y comprende los secretos de las esfinges.

Á este período de su vida debe referirse un detalle que no nos es posible pasar en silencio. Ya hemos insinuando que nuestra Musa iba tomando una forma cuadrada: añadiremos que la tomaba de una manera desproporcionada. El uso del *racaout* no obra con tan deplorable buen resultado en los tejidos humanos, como el período de la madurez en la Musa de quien nos estamos ocupando. De un dia para otro las líneas esféricas de su cuerpo adquirian un desarrollo capaz de llamar la atencion á la vista mas indiferente. Ya no habia ángulos, los contornos agudos habian desaparecido; no se veian mas que prominencias redondas y horizontes circulares. Ese floreciente estado cautivó, no podemos menos de decirlo, la atencion de un poeta de largas melenas. Era este poeta jóven, sin hiel y probablemente el último de su estinguida raza. El oriente habia causado perturbacion en su gusto, y en materia de belleza tenia aficiones de sultan. Por otra parte el caso presentaba novedad: los tiempos antiguos no habian visto una Musa tan obesa. En obsequio de tan rara circunstancia el bardo afinó las cuerdas de su lira, y consignó sus alabanzas en un ritmo conocido que por desgracia no ha podido conservarse en toda su integridad.

La revolucion de Febrero sorprendió á nuestra Musa en esta situacion de ánimo. La naturaleza continuaba colmándola de favores y prodigándole prósperas apariencias. Un solo pesar venia á turbar de cuando en cuando su felicidad. ¿Llegaria alguna vez á realizarse el sueño de su vida? ¿Tendria que seguir agitándose por mucho tiempo en las angustias de su ingrata mision? De todas maneras era indudable que el cielo debia recompensarla de algun modo, puesto que en obsequio de la verdad social habia la Musa prodigado su gloria, su tiempo y su reposo. Nada habia omitido: habia hecho ensayos y corrido aventuras. Sin embargo la edad iba avanzando: la Musa adquiria volúmen, pero no alcanzaba el objeto que se habia propuesto. Esta perspectiva comunicaba un negro color á sus pensamientos: cuando pulsaba las cuerdas de su tiorba solo era para hacerlas vibrar con lamentables acentos. ¡Tanto afan malogrado! ¡Tantos esperimentos abortados! No por ser Musa puede nadie librarse de mo-

mentos de despecho en que el alma se abandona á la pendiente del desencanto. La obesidad predispone naturalmente á la melancolia. Nuestra Musa se hallaba en esa situacion: padecia, y por último las decepciones llegaron á afectar á sus nervios. No se adquiere impunemente la obesidad.

Si no hubiera resonado el toque de alarma de Febrero, tal vez semejante estado del celebro habria parado en una catástrofe. Las visiones volvian á repetirse con mas fuerza que nunca. Las voces familiares no cesaban de dirigir recriminaciones; escitándola á que volviera á ponerse en campaña y á cabalgar de nuevo. Su mision no debia interrumpirse por algunos contratiempos; muy al contrario debia fielmente ser desempeñada hasta último estremo. La Musa cedia á esas inspiraciones y volvia á seguir el curso de sus ditirambos. Invocaba al pueblo y le dirigia enérgicas invitaciones. No importa, nada servia: era una cuerda gastada y así lo comprendia la misma Musa. El pueblo se mostraba medianamente sensible á sus invitaciones. Por lo tanto, puede decirse que las cosas iban de mal en peor cuando el dios de la camalidad tomó parte en ellas y con su poderosa mano hizo una revolucion. La Musa vió en ella su salvacion, comprendió que iba á llegar su hora y que por fin tocaba ya al imperio.

—¡Por fin, esclamó, ya hemos llegado! ¡Ya estamos; ya la tenemos! ¡Maldicion si llegára á escapársenos! Si la verdad social no se manifiesta ahora, si no trae á nuestras poblaciones flotantes el ramo de olivo por tanto tiempo esperado, y si no es el principio y el fin de todas las cosas, no podrá decirse sino que la revolucion ha retrocedido de su camino. ¡Manos á la obra! Ya ha llegado el momento de la accion. Un solo dia me vá á recompensar de quince años de afanes. No habré, pues, llamado en vano á la puerta de los filósofos mas desaliñados, ni prodigado pasos por ofrecer mi amistad á los grandes pensadores que nunca gastan peine. No será en vano el haberme sacrificado á los inconvenientes que esas malas costumbres traen consigo. Nada echaré de menos en lo sucesivo, ni las aguas de olor, ni el patchuli. Volveré á principiar mi tarea, si asi lo exigen las circunstancias. Nos debemos á la humanidad: nos debemos á la verdad, y sobre todo á la verdad social.

Entonado este himno de triunfo, la Musa se halló dispuesta á reflexionar un momento y su imaginacion retrocedió al estado actual de las cosas.

—Vigilemos, esclamó: nada se ha hecho todavia. El enemigo está aun en las puertas: vigilemos. Despues de la gran batalla, vendrán las

escaramuzas. Volverán á tomar en detalle lo que ahora hemos conquistado en masa. Alerta, pues, y temamos las sorpresas. Este gobierno es débil: se ablandará, se defenderá de la utopia. Si obra de ese modo, ¡maldito sea! Nosotros no admitimos la sociedad en su forma actual: es preciso volverla de arriba á bajo. La pirámide reposaba sobre la base: preocupacion. Ahora reposará sobre la cúspide, mediante un equilibrio que me reservo hacer delante de los aficionados. Ya verán lo que es una sociedad de nuestra invencion. Mas para eso es preciso fijar la atencion y no levantar la mano. De esta manera voy á dar un abordaje al gobierno: no le temo, pues ya he visto cosas peores que él. No en vano me habré rozado con todas las filosofías. Le ofreceré mi esperiencia. Si le falta valor, aquí estoy yo. No tendrá mas remedio que marchar adelante, ó decir el motivo porque no marcha.

Apenas hubo dicho la Musa estas palabras, se calzó y fué á presentar sus condiciones al nuevo poder. Habláronse mútuamente y entraron en ajuste. La lira estaba ya gastada; tuvieron que darla de baja. ¡Qué humillacion para una Musa! Mucho le costó á la nuestra el sujetarse á ella. No podia resignarse á creer que la obesidad rebaje el valor de los sistemas. Por último, quedó cerrado el trato. La Musa debia ir diariamente á ponerse á disposicion de uno de los miembros del gobierno: iba á ser la Ninfa Egeria de la institucion. Este servicio oficial debia ser desempeñado con la mayor exactitud. Entre ocho y nueve la Ninfa salia del bosque sagrado con los papeles de la sibila en una bolsa. Para que el oráculo pudiera acomodarse á todos los gustos solia llevar algunos de aquellos de repuesto. Unos tenian el tono lamentable de la elegia y otros se remontaban hasta la cólera. El gobierno escogia entre ellos, y creia merecer bien de los pueblos prodigándoles el estilo sublime, y las pompas del colorido. Queria realzar la literatura de las esquinas de calle, é introducir las delicadezas del lenguaje. Proyecto ambicioso y que no siempre pudo llamarse exento de pesares.

Estos oráculos de la Musa no habrian producido mas que un efecto insuficiente, si no hubieran gozado de ellos mas que las ciudades: el gobierno no quiso privar de ese beneficio á las aldeas ni á las cabañas, y por esa razon los mandaba francos de porte á todos los puntos de Francia. De aquí resultó algo de agitacion. Bajo los artificios de la frase los aldeanos vislumbraron un pensamiento hostil á su tranquilidad, lo cual dió márgen á quejas y murmuraciones. Preciso fué invitar á la Musa á que guardára mas circunspeccion. Gimió, se resistió y por nada del

mundo queria consentir que le cercenáran las alas. Si hoy se sujetaba á lo convenido, mañana se vengaba remontándose á mayor altura. El gobierno se veia espuesto contínuamente á todas las asechanzas de la inspiracion. En nombre suyo se paseaba la antorcha por la region de las ideas y eran incitadas las clases á la lucha y á romper violentamente el lazo social. Podia decirse que habia dos naciones, la de los vencidos y la de los vencedores. Para estos se guardaban todos los goces; para aquellos todas las cargas. Los ricos habian provocado la guerra; natural era que pagáran los gastos. Para los desheredados podia decirse que habia llegado el dia de la reparacion: exigian que fuese completa y se hallaban dispuestos á tomársela por medio de la violencia, si no les era dado conseguirla de otro modo. Así hablaba la Musa dando á esas ideas la forma con que ella sabia cubrir los sentimientos de peor carácter.

Fácil es comprender cuánta alarma y agitacion debieron causar tales comunicaciones en el pais: por parte de una opinion aislada habrian sido peligrosas; en boca del gobierno llegaron á ser formalmente graves. Así es que en todas partes resonó un prolongado grito de indignacion. Preguntábanse los pueblos á qué vertigo habia cedido y hacian pesar sobre él una fragrante responsabilidad. El gobierno se preguntaba á su vez cuál era la causa de aquel rumor, y comprendió por fin, que á nadie debia atribuirlo sino á su Egeria. Costábanle poco las amonestaciones y echó mano de ellas. Hizo entender el gobierno á la estraviada Musa cuán poco convenientes eran á su edad ni á su constitucion, aquellas arrebatadas distracciones, y le prohibió entregarse á ellas en lo sucesivo. Aconsejáronle que pusiera freno á sus ideas y modificára los matices de su estilo. La Musa prometió enmendarse, hizo mil promesas; mas asi que se presentó una ocasion volvió á dejarse arrebatar del instinto, y se lanzó nuevamente en los raudales de la verdad social. Todo ciudadano que no estaba marcado con el signo de esta verdad, era en concepto de la Musa indigno de habitar en territorio francés, y convenia sujetarlo á un régimen el mas riguroso. ¡La verdad social! Solo á este precio podia el pais salvarse.

Decididamente la Egeria empezaba á ser demasiado peligrosa, y no tuvo el gobierno otro remedio que librarse de ella. El pais, la imprenta nacional, el mismo gobierno, todo el mundo estaba cansado de sus inspiraciones. La Musa á pesar de eso siguió luchando y prorrumpió en amargas recriminaciones: intentó escudarse bajo la proteccion de sus patrones sosteniéndolos en todo y por todo. Los comparó, imitando á

Juan Pablo, con aquellos escelentes frutos que antes que los otros se ven picados de las abejas. Este fué el último grito que exhaló la Musa. Al dia siguiente recibió su retiro en toda regla y fué á parar al desvan administrativo juntamente con todos los trastos viejos que estan al servicio de los gobiernos revolucionarios. La prueba fué concluyente : no habia apelacion. La verdad social acababa de ver abrumado bajo su peso al campeon que con mas valor la habia defendido. Los pueblos la rechazaban con toda la fuerza de sus convicciones, habian llegado á ver el gérmen de todas las miserias é ignominias que se abrigaba en aquella idea, y por último, habian emitido su opinion de que no debia dejarse al arbitrio de una pluma consagrada al desórden, la facultad de modificar el carácter y cambiar de direccion. Esta opinion acabó de corroborarse cuando se llegó á saber el orígen de donde dimanaban aquellas impuras provocaciones. La Egeria fué condenada al olvido; su tiempo habia pasado ya.

Su alma quedó sumergida en luto y llegó á desesperar de la salvacion de su patria. Ingrato pais que de tales servicios se privaba y rechazaba con desden á un tan precioso auxiliar. Ninguno de sus sinsabores antiguos le pareció tan horrible como este deplorable cáliz, del cual apartaba sus labios con enérgico esfuerzo, pareciéndole imposible que hasta ese punto se olvidáran de los buenos servicios que habia prestado, y de los que todavia pensaba prestar. ¡Tantas garantias burladas en un solo momento! ¡Una abnegacion tan sostenida por causa del pueblo! ¡Raudales de tinta prodigados en obsequio suyo! ¡Un culto tan fervoroso! ¡Una adoracion tan esclusiva! ¿No era ella quien lo habia puesto sobre un pedestal tan elevado, que en lo sucesivo ya no deberia temer ser alcanzado por el insulto? El pueblo habia sido su ídolo, su fetiche, el honor y el móvil de su vida. ¡Y ahora le arrebataban todos esos encantos! ¡Ahora privaban al pueblo de oir la voz que tanto le gustaba! ¡Y en plena república se cometia ese atentado! ¡Gran Dios! Ya nada mas faltaba que velarse la frente, y protestar por medio del silencio. El porvenir se encargará de la espiacion.

Así es como lanzando flechas á manera de los Partos se retiró la Egeria de la arena política: luego cubrió con un velo la estátua de la patria, y se vistió de luto por las libertades de la Francia. El mundo oficial se le escapaba, no le quedaban ya mas que las agitaciones de la plaza pública. En ella buscó un asilo. Su pluma ardiente reanimó en los ánimos todas las sordas animosidades y todos los profundos resentimientos que atesoraban. Mas de una vez invitó al pueblo á no contar sino

en sí mismo y á ejercer un acto de justicia sobre los intermediarios que se conjuraban para engañarlo. Estas invitaciones estaban empapadas de aquella corrosiva hiel que destila de los corazones lacerados por el desengaño. Nuestra Musa exhalaba en ellas todas las decepciones, todos los ardores de su vida. Para coronar dignamente ese poema habia lanzado al viento los restos de su pudor, y tomado al redopelo la moralidad con una sin par audacia. ¡Triste y última caida despues de tantas caidas!

¿Á dónde ir en lo sucesivo, sino á las tenebrosas grutas donde se fraguan las conspiraciones? No nos atreveríamos á afirmar que nuestra Musa en su decadencia no hubiese penetrado en ellas. ¡Qué de severas voces la han acusado! Cuando estalló el atentado parlamentario, fácil es adivinar hácia qué lado se inclinarian sus deseos. ¿Se contentó solo con deseos? De todos modos es indudable que se dió por vencida, y una vez puesto en evidencia el contratiempo, la Musa se retiró de la escena y se condenó á destierro voluntario.

—¡Desgraciada Francia! esclamó al sacudir el polvo de sus borceguíes. ¡Desgraciado París! ¡Otra revolucion que no consigue su objeto! ¡Indignos depositarios de los poderes del pueblo, sobre vosotros debe recaer el oprobio de tamaña traicion! En vuestras manos estaba la verdad social, y al menor rumor la habeis dejado escapar. No teneis mas remedio que elegir entre la traicion ó la cobardia. Ante Dios responderéis de esa flojedad de vuestros corazones. Si nuevas convulsiones deben aun agitarnos, solo á vosotros las deberemos, á vosotros que habeis huido al primer disparo, á vosotros que habeis perdido el sentimiento del porvenir, desconocido vuestra mision, y vendido el país á vuestros terrores. Mi maldicion caiga sobre vosotros. La obra imposible que os proponeis consumar, vá á quedar deshecha entre vuestras manos. Habeis querido tranquilidad; no la gozareis. Habeis sacrificado el honor por la seguridad; todo os faltará á un mismo tiempo, y sereis castigados con la mas horrible de las penas, con el abandono. No contareis ya sino con un vergonzoso partido, el de los neutrales, porque unos no os perdonarán la accion, ni otros la inercia. Para estos estais demasiado comprometidos, y para aquellos muy poco. Envaneceos, si á tanto os atreveis, de semejante papel. ¡Ah! verdaderamente se debe consideraros como presa de un vértigo. ¡Pobres cabezas! Mas ¿qué importa? otros tendrán mas valor. Dejemos correr el tiempo, que es el que dispone de todos.

La Musa lanzaba á los muros de París y á los miembros del gobierno esta última imprecacion, cuando el vapor levando el áncora, la conducia hácia el Mediodia de Francia. Lo que aumentaba en ella su pesar y sus tormentos, era el haber llegado al supremo momento de su abdicacion. Todo poder tiene su apogeo y su ocaso: Marengo y Austerliz, vienen á confundirse en el patio de Fontainebleau. Nuestra Musa habia llegado á á ese fatal período: la obesidad lo habia inaugurado; los acontecimientos lo consumaban. En torno suyo estaba viendo formarse el vacio, y apenas entre los pensadores que mas íntimos suyos fueron en otro tiempo, podia aun contar con el que mas refractario se habia mostrado al uso del peine. Nada faltaba ya á este destronamiento, mas que el carcelero y la prision azotada por las olas del Océano.

CAPITULO XXXIV.

LA FIESTA AL AIRE LIBRE.

Hacia algunas semanas, que la actitud de la comision ejecutiva era semejante á la de la ninfa Calipso. Estaba inconsolable. En las distracciones del Luxembourg habia imaginado una fiesta ó ceremonia pública que debia hacer renacer la sonrisa en los labios, y la paz en los corazones. A fin de hacerla digna de le Asamblea y del pais, habia agotado los tesoros de la ciencia mitológica, y puesto á contribucion griegos y romanos. Hablábase de una estátua de colosales dimensiones, y de un festin capaz de eclipsar todos los de la antigüedad. Los atributos de las artes debian figurar acompañados de una maravillosa comitiva: nada se echaria de menos, ni diversiones, ni cantos, ni muchachas vestidas de blanco. Como decia Oscar, se retrocedia á las solemnidades de Eleusis, ó á las Panateneas.

El dolor del gobierno consistia particularmente en que la Asamblea parecia estar nada mas que medianamente agradecida á los regocijos que se le preparaban. En vez de asociarse con espontáneo impulso al proyecto de retroceso hácia los tiempos heróicos, calculaba con la exactitud de un cajero, el gasto que habia que hacer para aquella magnificencia, y se preguntaba si seria mas conveniente emplear en otros objetos los caudales del Estado. Por otra parte, las circunstancias se prestaban muy poco á ninguna clase de diversiones, y los ánimos no se hallaban predispuestos á la alegría. Solo el Luxembourg se complacia en aquel género de espectáculos: amaba las exhibiciones solemnes, y go-

zaba de los honores de la representacion, con el afan de quien no está muy seguro del dia de mañana. La Asamblea se colocaba en el punto de vista opuesto, y de aquí provenia la disension. En realidad, eran tantas las miserias que pesaban sobre el pais, que causaba lástima ver que el dinero del Erario iba á gastarse en oropeles y relumbrones. Hubiérase dicho que el Luxembourg no tenia corazon sino para los modeladores en carton, y los pintores de decoraciones á la aguada. Las fiestas á lo griego eran su pasto, y abusaba de ellas sin consideracion.

Por último la Asamblea cedió, y no quiso romper por tan pequeño motivo. Conviniéronse en que la ceremonia se verificaria, y se contentaron con hacer algunas modificaciones en el programa. El festin que habia de celebrarse al aire libre y admitir á cuantos convidados se presentáran, ofrecia el inconveniente de no poderse fijar un límite á sus gastos: por lo tanto quedó suprimido, y fué lástima. El esperimento no carecia de elevacion: con él, tal vez se habria conseguido determinar á punto fijo la capacidad de los estómagos entregados á sí mismos, y libres de todos los inconvenientes de la cuenta. Es de presumir que semejante ejemplo habria sido memorable. Tambien se llevaron á cabo otras supresiones en el programa. La industria tenia que cubrir de altarcitos todo el ámbito de París; conviniéronse en que no lo hiciera. En vez de altares, mejor habria sido llenar toda la capital de catafalcos. Contentáronse con presentar unos carros, en los cuales figurarian las obras maestras algo averiadas, por haber ya servido en otras ocasiones. Esto es lo que se llamaba un programa á la antigua moda.

En las oficinas ministeriales se estaba entre tanto verificando otra operacion. Habíase hecho una invitacion á las jóvenes vestidas de lino. Para la ceremonia se necesitaban quinientas, otros tantos rosales. La eleccion fué larga y minuciosa. Tratábase de cincuenta francos que no es una cantidad floja para un hijo del pueblo. Diez mil fueron las jóvenes que se presentaron: júzguese cuáles serian los apuros de los encargados de la eleccion. Fué preciso verificar los nombres, y anotar con una señal los de las agraciadas. Tuvo que atender principalmente, á que nada faltase á los trajes; que las túnicas fuesen blancas; los velos estuviesen limpios, y las flores en buen estado. Por lo tocante á los rostros, nadie se tomó el menor cuidado, y preciso es decirlo, la legion brilló muy poco por ese lado. Pero en cambio, todos los corazones eran puros, y las almas de nieve. La república no podia haber ido mejor representada. Su esterior nada tenia de halagüeño, pero ¡qué de cualidades secretas

no encerraba!... Lo mismo puede decirse de aquellas jóvenes; para juzgarlas era preciso no pararse en la corteza.

A todo esto un nuevo asunto empezó á dividir la atencion de la Asamblea: nada mas grave habia ocurrido desde el rodaballo de Domiciano. ¿Llevarian los representantes alguna insignia? ¿Cuál seria esta? Se promovió la discusion sobre el particular, y se dividieron los ingenios mas sobresalientes. Unos opinaban que debia adornarse la cintura con una faja de tres colores, y otros no los admitian sino en forma de collar bajo el frac. Aquellos aspiraban á causar grande efecto; estos preferian una situacion mas modesta. No faltaba quien se daba por satisfecho con una simple cinta, mientras que los aficionados á brillar, opinaban que lo menos que los cuestores podian llevar, era una banda de tela preciosa con bellotas de oro. Asi se imaginaban ofrecer á la industria nacional un nuevo medio de elevarse, introduciendo en los talleres un artefacto de carácter político. La discusion podria haber durado mucho tiempo; pero al fin la abandonaron por cansancio. Sometióse el encargo á la voluntad de los cuestores, que son los que mano mas desgraciada tienen para esa clase de negocios. Por disposicion de ellos se adoptó una miserable y angosta cinta coronada de un lazo en el que figuraban las haces de la república, de oro muy sospechoso. En una palabra la insignia habria sido cuando mas, digna de un gobierno de maillchor.

Suscitóse por último un tercer problema. ¿De qué punto habia de partir la Asamblea? Primeramente se dió la preferencia á la Bastilla: el Luxembourg queria conservar su puesto y estaba empeñado en dar á la capital una exhibicion en toda regla. Parecíale muy glorioso recorrer los *bulevares* con tan lucido acompañamiento y arrastrar en pos de sí á los elegidos del pueblo. ¡Qué cosecha de entusiasmo iba á coger en el camino! ¡Qué arrebatos tan espontáneos de adhesion! Esto era un nuevo bautismo que el Luxembourg se proponia dispensar á la representacion nacional. Preciso es decirlo, la Asamblea veia las cosas de un modo muy distinto. Dudaba de su propia popularidad, y por lo tanto no se avino á tomar la Bastilla por punto de partida. Vencido el Luxembourg en esta parte de su programa, trató al menos de ahorrar la mitad del tránsito y propuso romper la marcha desde la casa consistorial. De esta manera conciliaba la grandeza de la ceremonia, con las consideraciones debidas á las piernas de los representantes. Por otra parte aquel edificio era como un centro neutral en favor del cual podian invocarse una multitud de recuerdos históricos. La comitiva, en el caso de ser adoptado el proyecto,

tenia que atravesar la capital por el mismo camino por donde San Luis y Felipe Augusto habian pasado en otro tiempo. Semejante consideracion era decisiva; pero la Asamblea no se sometió á ella por ciertos motivos de prudencia que al fin prevalecieron. La república habia puesto en una situacion tan ventajosa á los elegidos por el sufragio universal, que no les era lícito pasearse en corporacion por la capital. Preciso fué por lo tanto elegir el itinerario mas breve, y se designó el palacio de la Asamblea como punto de reunion para partir desde allí á la esplanada del campo de Marte.

Llegó el gran dia y el estado atmosférico en nada se opuso á la solemnidad, sin embargo de haber deshonrado el dia anterior un furioso huracan las estátuas que se hallaban al aire libre, turbando la economía de la que simbolizaba la república. Nada estaba aun concluido en materia de preparativos. En tanto que la ceremonia iba teniendo efecto aun estaban resonando los golpes del martillo, fijábanse las banderolas, levantábanse las pirámides y se daba el último brochazo á la decoracion. Todo respiraba improvisacion y revelaba un lujo de circunstancias. La mitad de los pedestales descansaban en el suelo; los pabellones estaban esperando las trípodes que debian coronarlos. El conjunto no pudo acabarse sino al dia siguiente: bien se echaba de ver que el taller nacional se habia encargado de aquella empresa.

Desde las ocho de la mañana Malvina y yo estábamos ocupando un puesto preferente, que Simon nos habia hecho el obsequio de proporcionar. Dos dias antes de la solemnidad se vieron los cuestores asediados tan oportuna y asíduamente que al fin no pudieron menos de capitular. El banco en que estábamos sentados tocaba con los que ocupaban los elegidos del pueblo, por lo cual nuestro amigo el representante pudo colocarse casi inmediato á nosotros. Cuando llegamos ya empezaban las oleadas del pueblo á inundar el recinto y era de presumir que de allí á poco no habria medio de establecer el órden. En todos los puntos se violaban las consignas audaz é impunemente: no se guardaba órden ni regularidad. Los que tenian á su cargo la direccion de la ceremonia se veian burlados en cuanto al efecto del conjunto, por la demasiada insubordinacion de los elementos de que disponian. Así es que se cruzaron de brazos y presenciaron aquella escena con una dolorosa resignacion. Donde no hay un dueño, se presentan mil dueños. Todo el mundo daba órdenes y nadie queria obedecerlas. Los operarios de la torre de Babel no presentaron sin duda un golpe de vista mas deplorable.

El estampido del cañon anunciaba que la Asamblea se habia puesto ya en marcha, y al fin la vimos llegar al recinto del Campo de Marte. En obsequio de la verdad, diremos que este tránsito nada tuvo de majestuoso, y que la multitud manifestó toda clase de sentimientos, menos el del respeto. El sistema de insultos seguia siendo de moda, y en vez de corregirse con algunos arrestos que se hicieron, no se logró por el contrario mas que aumentarlos. Los clubs y los talleres estaban acordes en deshonrar la Asamblea. Ningun miramiento tuvieron por ella; ni siquiera habian cuidado de despejar el paso á fin de que pudiera caminar desembarazadamente entre la multitud. Presentáronse pues los representantes confundidos con el pueblo, y ciertamente no tuvieron que alabarse mucho de su contacto. Llegó esta confusion al punto de escandalizar á Malvina.

—¿Qué es eso? me dijo. Por lo visto no hay aquí mas policía que entre los Beduinos. ¿Qué diablos de moda es esa? ¡Mira, Jerónimo, una representacion nacional esmaltada de blusas! ¡Qué hermoso!

—¿Pues no sabes, Malvina, que estamos en plena república?

—¿Será la república del desaliño? Jamás me acostumbraré á ella. ¡Qué turba, gran Dios! ¡Y ni siquiera un gendarme! ¡ ni un municipal! ¡Ni un solo caballo que con sus cascos pudiera acariciar la punta de los pies de esa canalla! Eso clama venganza.

—En efecto.

—Espérate un poco y todavia los veremos subirse en hombros de los representantes del pueblo. Es una cosa inaudita. ¡Hola! ¡Allí veo tricornios! Arregladme esa gente. Sacad el pincho y haced guardar su puesto á cada uno. Haced ver que perteneceis á la prefectura. ¡Buena está la cosa! ¡Mira Jerónimo, los guardias están fraternizando con el pueblo! ¡Y esos se llaman guardias de París! ¡Bizarros guardias, á fé mia! ¿Quieres que te diga francamente mi opinion, Jerónimo?

—Sí, mujer.

—Pues ten entendido que me harán echar de menos los antiguos alguaciles de villa. Esos tricornios no llegan á la suela de su zapato. Sé muy bien todo lo que se ha dicho contra aquellos. Eran intratables; miraban habitualmente de soslayo, ya lo sé. No eran tampoco mucho de mi gusto, pero al fin se hacian respetar; y estos, querido mio, se dejan quitar la sopa de la boca. Es indudable que se avergüenzan de llevar su sombrero de tres picos; diríase que la espada que llevan no es suya.

Efectivamente no podia restablecerse el órden en aquella multitud

indisciplinada, que invadia el espacio por donde la comitiva habia de desfilar. Precisamente en este punto era donde habian agrupado las estátuas de carton segun el estilo monumental. No nos atrevemos á describir el efecto que hacian. La escultura al aire libre no se habia distinguido muy particularmente, y por otra parte el huracan del dia anterior habia hecho dolorosos estragos en ella. La estátua de la Libertad habia perdido la nariz y no podia consolarse de la falta de este atributo distintivo. La de la Igualdad habia quedado reducida á la condicion del Mariscal de Bautzau, el mas mutilado de todos los grandes capitanes franceses. La de la Fraternidad ostentaba en su rostro tales cuchilladas que el ojo mas atento apenas habria podido conocerla. Por todas partes se veian profanaciones capaces de desprestigiar asuntos menos simbólicos y mas medianamente provistos de popularidad.

De todos esos emblemas ninguno habia sido mas abominablemente tratado que el de la República. Bajo su gorro frigio presentaba el aspecto mas triste, como si tuviera el sentimiento de su profunda humillacion. Cuando la vimos le estaban acomodando el brazo derecho dislocado por la furia de la tempestad. En la estremidad de este brazo tenia una mano, igualmente desconyuntada que sostenia entre sus dedos una espada y un ramo de olivo. Esta operacion presentaba bajo este punto de vista un problema de estática difícil de resolver, y de aquí provenia sin duda la espresion de mortal cansancio y de sombrio desaliento que dominaba en su fisonomia. Una sola mano hacia las veces de los dos platillos de la balanza. ¡Á tal estremo se veia condenada la República!

¡Cuántas degradaciones habia sufrido en sí misma y en cuantos objetos la rodeaban! ¡Qué República tan desolada! El agua del cielo habia hecho profundos surcos en su ropaje y despojado de su lecho de bronce á los leones acurrucados á sus pies. Los vasos antiguos colocados en la estrada, y los trofeos guerreros que la decoraban, habian todos sufrido en el mas alto grado los efectos de la intemperie, y presentaban un aspecto que incitaba á compasion. Otro tanto sucedia con las pirámides de carton ante las cuales Francia, Italia y Alemania, hacian el oficio de centinelas, juntamente con dos estátuas monumentales que representaban el ejército y la armada. ¡Pobres ejércitos! ¡Verse tratados de ese modo! Cierto es que el soldado francés sabe sufrir y callar sin entregarse á murmuraciones. Los pintores de decoraciones á la aguada habian abusado de ese sentimiento.

Á beneficio de algunos esfuerzos los representantes pudieron por

último llegar á sus puestos de honor, colocados en forma de anfiteatro. Los soberanos del Luxembourg ocupaban el centro de la estrada juntamente con los dignatarios de la Asamblea, y los demás se fueron colocando indistintamente. Simon, como ya lo hemos dicho, pudo coger un asiento inmediato al nuestro. Hecha esta instalacion se restableció algo el órden y se mejoró el golpe de vista. Los cerros de Chaillot y de Passy estaban cubiertos de cabezas, el recinto del campo de Marte, la avenida del puente, los muelles y todo el terreno que en forma de gradas vá subiendo hasta los muros del recinto, se parecian á un vasto hormiguero entregado á la agitacion. Mil banderas, mil banderolas se presentaban á la vista tremolando al soplo del viento y animaban la ceremonia. Enormes mástiles, cargados de oriflamas formaban en torno de la esplanada una serie de piquetes empavesados. El estampido del cañon resonaba distintamente dominando sobre las aclamaciones de la multitud.

—¡Sea en hora buena! esclamó Malvina, por fin la fiesta se vá animando. Ea muchachos, esforzaos para que la galeria os aplauda. Adelante la música y particularmente los plumeros. ¡Sobre todo el bombo! Eso hace buen efecto al aire libre. Pero dime, Jerónimo, ¿qué vienen á ser esos que tenemos delante?

—¿Dónde, Malvina?

—En frente, un poco á la derecha. Esos individuos medianamente vestidos; mira, allí, aquellos.

—¿En la estrada?

—Sí, ¿no ves qué tono se dán? Ciertamente es curioso. Míralos con la pierna tendida y la mano en el octavo boton. ¡Qué mofletes! ¡Qué narices tan petulantes! Díme, dime ¿cómo se llaman, Jerónimo?

—¿No los conoces?

—No estoy muy lejos de conocerlos: pero su traje me desconcierta. ¡Ademanes tan altaneros con un vestido tan raido! ¿Qué pueden ser? Vamos, no lo atino.

—Son el Luxembourg en persona.

—Sí, sí, eso es. ¡Y que yo no lo haya adivinado al momento! Y sin embargo, solo con verlos deberia haberlos conocido. Solo el Luxembourg puede vestirse de ese modo. ¡Y luego, las posturas! Dios mio ¡qué bien se dan á conocer! ¡Y los carrillos! Para tener otros iguales, seria preciso estar soplando veinte años en un clarinete, y aun tal vez no sería bastante. Vaya Jerónimo, ya he encontrado mi Luxembourg. ¿Gozarán en presencia de este espectáculo?

—Por lo menos asi lo parece.

—¡Qué radiantes, querido mio! ¡qué alborozados! Los cinco están, ni mas ni menos que como cinco peces en el agua. El público se divierte medianamente; pero ellos, Jerónimo, están nadando en un océano de satisfacciones. Andan balanceándose en su programa, meciéndose y sumergiéndose á placer. ¡Afortunados mortales! ¡Bien podeis estar orgullosos; derecho teneis para estarlo! ¡Razon teneis de estasiaros Cuando se arreglan las cosas del modo que las habeis arreglado, motivo hay para enjugarse la frente y soplar en los cartílagos á la manera de los becerros marinos. Sobre todo, nada de falsa modestia. Prodigad en grande los vasos de color, y no os pareis en barras con las estátuas. La pátria no depende de algunas molduras mas ó menos, y cuando se trata de imitar á la antigüedad, no se debe reparar en pelillos. Adelante los trípodes, adelante los pebeteros! El caso es divertirse ahora ó nunca.

En tanto que mi mujer enviaba en alas del viento estos apóstrofes algo duros á los soberanos del Luxembourg, la ceremonia seguia su curso, y comenzaba el desfile. Al frente de todos, marchaban los ochenta y seis departamentos. Una levita negra, un pantalon blanco y un sombrero gris, constituian toda la representacion de un departamento. Habia tanto número de departamentos como de sombreros grises; pero estos variaban segun la importancia de aquellos. Así, el que representaba el departamento de Creuse, nos pareció que habia perdido algun tanto su forma, y el de Losere demasiado ajado. En los departamentos pobres dominaba el pelo de conejo, y por el contrario, los representantes del Norte y del Sena inferior, llevaban sombrero de castor, y se distinguian por su intachable brillo. Ochenta y seis sombreros de color gris reasumian toda la Francia. ¡Noble alegoria! ¡Interesante símbolo de igualdad! ¡Todos de un mismo color! ¿Cómo podria espresarse de un modo mas sencillo la unidad de la patria? En obsequio de la solemnidad, los ochenta y seis departamentos hicieron una incursion en el bodegon mas inmediato, y vaciaron algunos frascos á la salud de la república. El escote fué brillante, y la ternera que dominó en los postres, nada dejó que desear. El Ródano se echó en brazos del Loire; el Aube se confundió con el Lot; el Charente se fué estendiendo en círculo sin fin, y al Marne le costó el mayor trabajo volver á su lecho.

En pós de los departamentos representados por sombreros de color gris, venian los estados de Europa simbolizados por sombreros negros. Italia, Polonia é Irlanda fueron apareciendo sucesivamente bajo este em-

blema. ¿Cuál otro podia ser mas oportuno? El color negro simboliza el luto: cualquiera otro color habria sido inconveniente para unas naciones militantes ó vencidas. Sin embargo, no era tan adecuado su traje, pues pecaba algun tanto de atolondrado y de poco reflexivo. Es indudable que el papel de los estados de Europa desfilando en el campo de Marte no debia reducirse á dar gritos y á estar agitándose á mas y mejor. Solo la Argelia parecia destinada á causar algo de embarazo, pues iba á suministrar á Francia un ejército y un gobierno, y eso era ya una causa suficiente. Sin embargo, hay que advertir que bajo su kepis se mantuvo en una actitud modesta y llena de dignidad. La leccion era buena, mas por desgracia no supieron aprovecharla. ¿Quién se sujeta hoy en dia á recibir lecciones? Darlas... tal cual.

El Luxembourg veia realizado su proyecto: todos estábamos en plena alegoria. Los recuerdos antiguos ó modernos habian quedado sobrepujados, confundidos. La fiesta del Ser supremo podia lamentar la pérdida de su brillo histórico. Cierto es que no habia un Robespierre con su traje azul gris, ni las efigies del Ateismo y el Fanatismo aterrados por el fuego del cielo; pero en cambio, ¡qué de ornamentos, qué de emblemas, qué de linternas sin contar las vejigas, figuraban en la presente solemnidad! Dos pirámides, doce estátuas, cuarenta grandes mástiles, diez y seis pabellones coronados de trípodes, treinta y dos pedestales, profusion de haces y trofeos de armas, leones acurrucados á cada paso, lanzas cargadas de vasos de color y de papeles trasparentes, todo nuevo, y pudiendo utilizarse todavia para una segunda ó una tercera representacion. Para encontrar tanto hierro viejo y tanta mitología era preciso remontarse á mucha altura en el órden de los tiempos, y no detenerse ni en las luchas del circo ni en los juegos olímpicos. Las edades fabulosas habian sido descubiertas, y bajo las capas de polvo que las envolvian, mas de una vez los soberanos del Luxembourg presentaron el aspecto de un consejo de semi-dioses congregados en la region majestuosa de las nubes.

Á todo esto las corporaciones iban desfilando con sus guiones y sus banderas. Cada oficio marchaba aparte, precedido ó seguido de lo que llamaba su obra maestra: para la mayor parte no era mas que un nombre usurpado. De nada sirve adular á los obreros, y por otra parte, no faltan, por cierto, personas que se encargan de hacerlo. El carácter de aquellas llamadas obras maestras era, generalmente hablando, el mal gusto. Mucha afectacion, mucho refinamiento y en el fondo muy poca

sencillez y muy poca elegancia. En las mas de aquellas obras se veia sacrificada la armonia del conjunto á la minuciosidad de los detalles y en alguna que otra figuraban puerilidades, dignas tan solo de la infancia del arte. En suma la esposicion, si así puede llamarse, fué mediana y solo ciertas industrias encontraron en ella una ocasion natural de publicidad y de prospecto. El campo de Marte se transformó en un cartel de anuncios para las invenciones parásitas y los comercios sospechosos. Los biberones perfeccionados y los acordeones de gran teclado obtuvieron un puesto en la comitiva. Viéronse zapatillas honradas con privilegio de invencion, paraguas circunflejos y un surtido completo de instrumentos hidráulicos. Todos esos productos del arte venian á honrar la república á su modo, y á buscar parroquianos entre aquella multitud admirada. El Luxembourg habia pagado los gastos del bombo y las trompetas que debian servir para ponerlos en evidencia.

Preciso fué dejar pasar aquella larga revista de industrias y de industriales. Todos los gremios presentaban algun plano de palacio ó de otro edificio monumental: estos una torre de piedra, aquellos una columnata de madera tallada: otros el laberinto de un jardin y otros el templo de Salomon. La manufactura de tabacos presentó un cigarro monstruoso, los panaderos una corona de dimensiones colosales; los plumistas se presentaron con un dosel y una bandera formados de plumas tricolores y los floristas con un canastillo de flores artísticamente arregladas. Un carro traia instrumentos de música que se animaban al soplo de la brisa y despedian armoniosos sonidos á manera de liras eólicas. En otro carro se veian panoplías de la edad media y cuatro guerreros armados de punta en blanco. Luego venian doseles llenos de niños y adornados de atributos. Banderolas desplegadas al viento servian de insignia á esas profesiones ambulantes. El bronce desempeñaba un papel importante y tambien la ebanisteria. Los fabricantes de abalorio ó cuentas de acero ostentaban su mercancia en forma de festones y guirnaldas. Los plateros hacian ostentacion de sus cinceladuras. Los tapiceros presentaron un suntuoso divan tejido de seda y oro. En una palabra, cada oficio hizo alarde de presentar al público mayor magnificencia de artefactos y procuró dar una idea mas ventajosa de la índole y recursos del arte.

La intencion era buena, la ejecucion no tanto. Este desfile se verificó con una lentitud insoportable: la paciencia de los curiosos empezaba á agotarse. Poco era lo que ganaban aquellos trabajos del arte vistos al

MCD 2022-L5

través de una nube de polvo. Los amores mitológicos y las ninfas de la alegoria producian en el ánimo una ilusion muy ténue, y el Luxembourg debió convenir consigo mismo en que todas aquellas imitaciones griegas trascendian á parodia. Solo los guarnicioneros salieron del paso como hombres de ingenio presentando al público unos trofeos compuestos de albardas. Este detalle mereció muchos aplausos. El efecto, en cuanto al conjunto, fué pobre é indigno de un pueblo artista. Hubiérase dicho que era un espectáculo de titiriteros con sus exhibiciones al aire libre: nada faltaba, ni la orquesta, ni el vestido de gala. Malvina no podia contenerse.

—¡Broza, pura broza! decia en alta voz. ¡Almacen de géneros á 25 sueldos, liquidacion con rebaja! Venta forzosa por causa de quiebra. ¡Cuarenta y cuatro mil objetos por un franco! Veamos: hágalos V. sacar.

—Calla le dije; todas las miradas se fijan en nosotros.

—¿Y qué? ¿Será preciso ponerse guantes de terciopelo para hablarles? ¿Crees tú qué no los conozco, Jerónimo? Una nube de buhoneros que vienen á seguir su comercio á costa de la república. Bonitas máscaras por cierto. ¡Cómo si ya no estuviéramos cansados de verlos! ¿Y á eso llaman una solemnidad de la industria? ¡Todos los voceadores de París! ¡Ganas de bostezar me dá solo el verlos! ¡Ea! ¡pasad á prisa amorcillos mios! Desfilad cuanto antes, que tenemos que ir á comer. ¡Qué engañifa!

Sin embargo, no hubo mas remedio que esperar. El interés principal de la fiesta se concentraba en un objeto lejano en torno del cual se habia reunido la multitud. Hacia algunos minutos que aquel objeto parecia condenado á la inmovilidad, y un sentimiento de inquietud se iba pintando en todos los semblantes. Lo que la motivaba consistia en lo siguiente. El Luxembourg, fiel á sus inspiraciones alegóricas, habia querido que en su programa figurase la Agricultura á la par de la Industria. Estas dos ramas de la actividad humana eran en su concepto inseparables, y la Agricultura, rigurosamente hablando, debia tomar la delantera por su antigüedad. Pero ¿cómo habia de personificarse esa interesante Agricultura? ¿Bajo qué emblemas debia presentarse en el campo de Marte? Aquí es donde hubo de aguzarse el ingenio de los directores de la fiesta. La Agricultura apareció representada por un carro lleno de productos rurales y coronada de una encina en plena vegetacion. Doce caballos blancos con arneses del mismo color iban arrastrando ese rústico emblema hácia el estrado en donde estaban sentados los amigos del

campo. ¡Cuadro digno de Florian ó de Gerner! El Luxembourg se envanecia anticipadamente. Ningun trabajo le habria costado vestirse la toga y coronarse de espigas: por poca cosa habria abierto un surco en el campo de Marte y confiado á ese terreno arenisco una patata de honor.

Pero el carro no avanzaba y esto era lo que causaba alguna inquietud entre la muchedumbre. El terreno removido por la tempestad del dia anterior habia cedido bajo las ruedas del vehículo, y los esfuerzos de los doce caballos blancos no bastaban para arrancarlo del bache. ¿Podrá salir? ¿No podrá salir? He aquí el problema que se planteó ante el público por espacio de cuarenta minutos. Los caballos eran vigorosos; pero la resistencia era tambien grande. Por último un postrer arranque de collera le sacó adelante, y la Agricultura pudo ponerse de nuevo en circulacion. La multitud acogió ese triunfo con un inmenso grito. El mismo Luxembourg se mostró sensiblemente satisfecho. Aquel accidente empezaba á molestar su alegria y á enfriar su entusiasmo. Mucho le afligia el pensar que la solemnidad podia terminar por un carro atascado. Pero en fin el carro marchaba ya, y el inconveniente habia desaparecido; el emblema rústico iba avanzando hácia el anfiteatro con su encina por corona y su comitiva al lado. El glorioso vegetal agitaba su penacho compuesto de ramas cubiertas de brillante verdor y al parecer ya no podian temerse nuevos obstáculos que detuvieran su marcha: el impulso estaba dado de un modo irresistible. Los caballos, animados por el ruido y por el látigo, parecia que tenian alas: habria podido decirse que comprendian su papel, y que el arrebato de la multitud ejercia sobre ellos un efecto contagioso.

De esta manera fué como el carro de la Agricultura llegó hasta donde estábamos. Todas las pompas del programa se encontraban concentradas, por decirlo así, en este punto. Los coristas del Orfeon, los hijos de París y los discípulos del conservatorio estaban apiñados en derredor del tablado alegórico, y á poca distancia se veian las quinientas jóvenes coronadas de encina y vestidas de lino. Este accesorio de la fiesta inspiraba algun interés y los periódicos habian encontrado en él ocasion de hacer algunas narraciones indiscretas. Hablábase de trajes tomados de la mitologia mas rigorosa, y las versiones mas modestas prometian que se haria uso de ciertos vestidos de punto como los que suelen gastar los coristas de la ópera. Anadíase que los directores habian llevado su escrúpulo hasta el estremo de hacer por sí mismos la eleccion de las formas de manera que presentáran un surtido que pudiera honrar á la

república. Esto era lo que se decia entre los que ocupábamos los asientos, y mas de una señora se preparaba á ocultar detrás del abanico la turbacion que iba á sufrir. Simon, por el contrario, la preludiaba riendo á carcajadas y prometiéndose hallar en esta parte de la solemnidad un desquite del fastidio que le habia causado el resto.

La encina pasó desde luego por enfrente del estrado y habria podido decirse que con sus horribles sacudimientos protestaba contra la violencia de que era objeto. Los honores le importaban muy poco: á tan estrepitosa apoteosis hubiera preferido la quietud de los bosques, y mas que aquellos conciertos de voces humanas le habrian sido gratos los cantos del gilguero ó del pardillo. Al otro lado de la encina las miradas curiosas buscaban las vírgenes mitológicas ó cuando menos los vestidos de punto de color de rosa, adorno y orgullo de las diosas de la ópera. ¡Qué decepcion! ¡Qué chasco! En vez de ninfas apareció un regimiento de colegialas y los desengaños de la realidad en vez de los esplendores de la fábula.

—¡Bravo! gritó Malvina. ¡Eso está muy bien imaginado! ¡Vestidos que llegan á los talones, tocados que cubren hasta la barba! ¡Viva la República! Por lo menos tiene buenas costumbres. Simon, Simon le han dado á V. un gran petardo.

—Lo dudo, señora Paturot.

—Envanézcase de ello, Simon; vive V. en un tiempo austero. ¡Repare en esas figuras, vea qué cabellos, qué pies! Es cosa de hacerse ermitaño. Por eso los las dan á puñados. Quinientas, mil, la vista no cuesta nada. Simon, sea V. franco, ¿le dice á V. algo el corazon?

—¡Gracias!

—He aquí lo que la república ha podido idear mejor por lo tocante al sexo. Le doy la enhorabuena. Por lo menos nadie la podrá calumniar, nadie la podrá acusar de vicios secretos. Solo la virtud mas pura puede impirar semejantes ideas.

Preciso es decirlo, se habia procurado guardar respeto al decoro hasta el último punto. Cada una de aquellas vírgenes ostentaba su modesto tocado, y como habia motivo para temer que la jornada seria larga, las respectivas madres de las muchachas, á fuer de mujeres previsoras, las acompañaron con su cestito lleno de provisiones de boca. Esta circunstancia daba á la comitiva un aspecto ligeramente abigarrado, contribuyendo á que se ganara en decencia lo que podia perderse en cuanto al efecto óptico. Nada tenia que ver allí la mitologia, ni se tra-

taba ya de la diáfana túnica del cuerpo de baile: era una cosa mucho mejor que todo eso. El Luxembourg daba al mundo un gran ejemplo: despreciaba la belleza sensual para entrar en el dominio de la belleza moral, y convidaba al pueblo á los placeres del corazon muy superiores ciertamente á los de la vista. Falta decir que su pensamiento fué poco comprendido: esa es la suerte de todos los grandes pensamientos.

Á todo esto, los coros principiaban; mil voces se unian en un solo concierto. El dia iba llegando á su ocaso; el sol descendiendo hácia el horizonte llenaba el recinto de polvo de oro y coloreaba con sus últimos rayos la brillante copa de los árboles. En toda la naturaleza dominaba una especie de recogimiento que cautivaba los ánimos penetrándolos hasta el éxtasis. En medio de aquel marco luminoso la solemnidad entraba en su periodo de grandeza. Aquellas voces puras elevaban al cielo un himno al cual el alma no podia menos de asociarse. Era á modo de una accion de gracias en honor del único que apacigua las olas desencadenadas, y envia á la tierra combatida por la tempestad su arco iris salvador. ¿Qué mitologia habria podido valer mas que aquellos sinceros acentos de la oracion? Así que hubo un momento solemne en que las emociones fueron completas y vivas. El público olvidó los vestidos de punto; la imaginacion se interesó y derramó sus prestigios sobre aquellas jóvenes y sobre sus madres provistas de canastillos, transformándola en una legion de serafines desprendida de los celestes coros y pronta á remontar su vuelo hácia las azuladas regiones. Una lluvia de ramos que cubrió el estrado terminó este episodio y escitó el entusiasmo hasta el mas alto punto. Al Luxembourg le habia llegado su momento: triunfaba.

En medio de aquellas diversiones, la naturaleza no perdia ninguno de sus derechos. Hacia una hora que Simon se hallaba incomodado con el espectáculo: apenas sabia en qué postura mantenerse; se levantaba, se sentaba sin motivo ninguno y daba bostezos verdaderamente característicos. Ya nada le interesaba, ni las vírgenes vestidas de lino, ni la encina ambulante, ni los himnos que como humo de incienso se remontaban hácia el empíreo. El estado de sus nervios no le permitia gozar de esas maravillas. Una alma en pena no suele agitarse hasta ese punto. Trataba yo de indagar el motivo de aquel obstinado malestar, cuando nuestro representante se levantó.

—No puedo aguantar mas, me dijo: mis fuerzas están apuradas. Decididamente esto ha sido un golpe preparado.

—¿Qué quereis decir?

—Quieren rendirnos por hambre: es cosa mas clara que la luz del dia.

—¡Bah!

—Sí: nos han cortado los víveres: es el modo mas breve de deshacerse de nosotros. Por lo que á mi toca, capítulo. Ya tengo el estómago en los talones.

Malvina se reia como una loca y ofreció al molinero una caja de pastillas de menta.

—Tomad, representante, le dijo: con esto os podreis reponer. Tomad á manos llenas. Soy mas generosa que vuestro gobierno.

—Bastante, señora Paturot, bastante. Tengo un estómago poco sufrido: si me falta un *bifteck* conozco que me voy á poner furioso. ¡Diez horas á la intemperie y sin tomar ningun alimento! Es motivo para hacer rabiar á un carnero. Esto no puede sufrirse. La patria nos emplea: la patria debe alimentarnos. Reid cuanto querais: estamos sometidos al dominio de la misma necesidad, ¿no es cierto?

—Así es, respondió mi mujer.

—Pues bien, seguidme: el instinto nos guiará. Estad segura de que sabré encontrar el comedor, y una vez instalados en él, ajustaremos cuentas. Imposible es que no haya en algun rincon una gelatina ó un pastel de reserva. Le diremos una palabra acompañada de una botella de cualquiera clase que sea. Si mis investigaciones tienen mal resultado, os aseguro, señora Paturot, que soy capaz de cometer un atentado.

—¡Vos, Simon!

—Sí, yo, señora: una vez hambriento, doy al traste con todas las consideraciones. Si es preciso devoraré aunque sea un miembro del gobierno. Llegaré á ese estremo.

—En ese caso Simon, nada me resta sino daros un consejo. Devorad al mas gordo.

—Hagamos primeramente el ensayo con un pastel, dijo el representante que ya empezaba á serenarse.

Nuestro amigo calumniaba á los directores de la fiesta, al suponer que se habian olvidado del capítulo de las provisiones. Los salones de la Escuela Militar se hallaban convertidos en refectorio oficial donde abundaban los asados, y no escaseaba el *Champagne*. Criados vestidos de librea servian las mesas como en las recepciones de la antigua corte. La república no desechaba ninguna tradicion. En presencia de aquel lujo y

de aquellos bocados esquisitos, el alma de Simon se inundó de gozo. Todas sus incomodidades desaparecieron y de sus órganos se elevó una accion de gracias en favor de un régimen tan lleno de atenciones para con sus elegidos. El diente del representante estaba esperando todavia una reparacion: pero su olfato obtenia ya las mas completas garantias. La seguridad disipaba del todo las incertidumbres. Tranquilo ya por lo tocante al porvenir, su aparato digestivo se abstenia de murmuraciones. El Luxembourg habia sido amnistiado, y la política, tan lóbrega hasta aquel momento, se iba tiñendo de color de rosa. El polvo, la accion del sol, y aquella série de decepciones al aire libre, no eran ya un recuerdo penoso desde el momento en que tocaban en los límites de una buena comida. Buena fué, en efecto, y Simon la prolongó cuanto pudo á espensas de la república. Tal era su modo de honrarla. Malvina y yo nos asociamos gustosamente al elegido del pueblo, y cuando salimos de aquel asilo hospitalario, nuestras disposiciones habian mejorado sensiblemente.

El espectáculo que nos esperaba en la parte esterior, acabó de asegurar nuestra disposicion de ánimo. Era ya de noche, y el Campo de Marte se cubria de iluminaciones. Aquellas trípodes, aquellos templos improvisados, aquellos mástiles, aquellas decoraciones hechas de prisa que no soportaban bien la claridad del dia, se elevaban en la oscuridad como otros tantos focos de luz. Los Campos Elíseos particularmente, presentaban un cuadro lleno de mágia. Nada mas deslumbrador ni maravilloso habia podido crear la mano de las hadas. De lo alto del arco de triunfo se levantaban dos surcos de fuego que venian á terminar en las Tullerías. Inmensas arañas, colosales girándulas, suspendidas en medio de la calzada, le daban el aspecto de un salon de baile cuyos límites se perdian en el horizonte. Todo era haces de luz y surcos de llamas, cuyo resplandor apenas podia soportar la vista. Las estremidades superiores del monumento imperial, aparecian coronadas de una brillante iluminacion, de la cual partian de cuando en cuando bombas de color, y cohetes de lluvia de oro. Encantados estuvimos presenciando aquel espectáculo, y por mi parte no pude menos de esclamar:

—Las cosas se arreglan. ¡Principio pobre y buenos fines! Dios quiera que suceda otro tanto á la república.

CAPITULO XXXV.

DOLORES DE UN REPRESENTANTE.

De allí á unos dias se nos presentó Simon en un estado digno de lástima. Lanzaba suspiros capaces de conmover las encinas, y elevaba hácir el cielo las manos abrumadas de dolor. No daba lugar á equivocaciones á cerca de su estado: el hombre era presa de una dolencia moral. Su cuerpo de hierro y su constitucion de bronce, se habian alterado: el carmin de sus mejillas habia desaparecido, y sus ojos no brillaban ya como anteriormente. ¿De dónde provenia aquel cambio? ¿Qué repentino golpe habia maltratado aquella organizacion tan vigorosa? ¿Cómo se habia deteriorado una salud tan robusta? Preciso era que el golpe hubiese sido muy rudo, y la causa muy grave. Los atletas no se dejan conmover por poca cosa, y Simon, particularmente, era de un temple que no cedia al primer choque. Sobre un estómago como el suyo, las penas del ánimo debian estar mucho tiempo resbalándose antes de hacer en él la menor impresion. Sin embargo, esto habia sucedido; así lo acreditaban el estado de su fisonomía, y preciso es decirlo, el decaimiento notable de las facultades digestivas y la escala del apetito.

Malvina veia desarrollarse sensiblemente esos estragos y le causaban una verdadera inquietud. Varias veces habia intentado penetrar el secreto, pero Simon se empeñaba obstinadamente en ocultárselo. No era posible arrancarle ninguna confesion, ninguna confianza. A todo esto, su estado iba empeorando, y el tiempo de la oportunidad se pasaba. Mi mujer hizo un postrer esfuerzo, y salió vencedora: rompióse el hielo, y Simon se presentó en su verdadero estado. Es preciso decir,

que en ninguna ocasion habia hablado Malvina con mas elocuencia, ni habia manifestado mas solicitud. Una madre no habria procedido con mas miramientos, ni empleado tanto tino: no, no habria tratado una madre con mas delicadeza á aquella alma lacerada.

—¿A quién puede V. confiar sus penas, le decia mi mujer, no siendo á sus amigos? Está V. padeciendo, bien claramente se vé.

—Sí, señora Paturot, padezco; mas ¿para qué he de atormentar á mis amigos? Mi mal no tiene remedio, nadie puede aliviarle.

—¿Quién sabe, Simon? ¿Quién sabe? ¡Los hombres siempre son así! Cuando se dejan dominar de la desesperacion, todo lo ven bajo el punto de vista mas sombrío. Vamos, hijo mio, nada de ambigüedades: abra V. su pecho, Simon. Asi se aliviará.

—¿Para qué, señora?

—Pena confiada está medio curada. Entre los dos discurriremos, Simon. ¡No sabe V. todo lo que vale un buen consejo! ¡Dios mio, nada puede resistírsele! ¿Apostemos á que está batallando con fantasmas? Apostemos.

—¡Con fantasmas!

—Sí, con fantasmas, con quimeras, Simon, como V. quiera llamarlas. ¡Tal es la organizacion de nuestras pobres cabezas! ¡Por una nada se vuelven del revés! Luego, cuando se miran las cosas con atencion, se vé que nos hemos batido con molinos de viento. ¡He visto tantas cosas de esas!

—¡Ojalá fuese asi, señora Paturot! Pero la causa de mi mal es grave: créalo V., muy grave.

—¿De veras Simon? Pues bien, tanto mas motivo para que la confiese V.? ¿Nos tiene V. miedo por ventura?

—¡Oh, nada de eso, señora!

—Entonces, hable V. hijo mio: no deje nada en el corazon. Eso es muy malo. Hable V. ¿qué tiene?

—Señora, lo que tengo, esclamó Simon, vencido por aquel acento de bondad, es que no puedo mas, es que moriré de pena si esto prosigue. Veo que todo se me va escapando, mi salud, mi reposo, todo lo que contribuia á hacerme tan dichoso en el campo. Sé que me hallo fuera de mi elemento, y echo menos mi molino.

—¡Bah!

—¡No lo dude señora! Antes de ocho dias me propongo dejar en el altar de la patria, mi medalla, mi cinta, mi banda y todo

lo que tenga relacion con estas cosas. Eso es lo que tengo.

—Poco á poco, Simon, poco á poco: no nos precipitemos, ni hagamos chiquilladas. Hemos empleado dos meses en hacer un representante; no lo deshagamos en un dia. Nada de precipitacion, hijo mio. ¡Diablo, diablo! ¿qué mosca le pica?

—Es que no puedo mas, es que me hallo en los estremos, señora Paturot, añadió el molinero con un acento fúnebre: recuerde V. bien lo que digo: es que si no trato de dejar esta situacion, tendré que dejar los huesos. He perdido ya el apetito, que es cuanto puede decirse.

—¿Por qué toma V. las cosas con tanto empeño?

—No puedo menos de hacerlo así, porque no me es dado hacer cosa alguna á medias. Cuando estaba en el molino, cargaba un saco sobre mis espaldas, y echaba el grano en la tolba: me complacia en ver como iba cayendo. Además tenia la seguridad de que el trabajo habia sido bien hecho, y podia desafiar á los mas prácticos á que lo hicieran mejor. Un trabajo hecho á conciencia, que es lo que vale mas que todas las cosas. En seguida se puede echar un trago de lo puro, y cortar el pan que á uno le acomode. Añádase á esto un pedazo de fiambre y una lonja de jamon, y tendrá un verdadero festin de bodas. Allí, de pié, sin quitar la vista del arnero... De agua se me llena la boca solo en pensarlo. Esas comidas, señora Paturot, merecen la bendicion de Dios porque están ganadas con el sudor de la frente. Por un pan que yo comia, mi trabajo producia mil: asi es como en mi pais se pagan las deudas.

—Pero tambien hay otros modos de pagarlas, Simon.

—El mio es el seguro, señora Paturot: cada cual á su oficio. Ya lo vé V.: el molino es mi imperio, mi elemento. Allí mando, y dispongo como un general en jefe: nada sucede sin haberlo yo visto primeramente. Por el ruido del mazo comprendo el estado de la maquinaria. Estoy enterado de las entradas y salidas, y sé muy bien lo que el grano produce, y lo que vale la maquila. Ya pueden venir sabios á mi casa: nada me enseñarán por lo tocante á esas particularidades. Soy muy conocedor en harinas: relativamente á ese ramo, podria pasarme los sabios con sus libros por debajo de la pierna. ¡Y mis muchachos! Es un placer ver como los dirijo. Bien alimentados están, pero en cambio bien duros son para el trabajo. Así debe ser. Solo con el oido, adivino cuando se cruzan de brazos. Finalmente, en mi molino soy todo: rey, dueño, y lo que es aun mucho mejor, me hallo en mi puesto. Este es un orgullo que puede confesarse sin rebozo.

—¡Un molino!

—¿Y qué? Un molino, sí señora. Esa será mi debilidad, pero ¿quién se libra de tener alguna? Desde que lo he abandonado, no puedo apartarlo de la memoria. ¡Es tan limpio, tan hermoso mi molino! ¡El agua que cae en sus canales es tan clara, y el prado que lo rodea tan verde! y sobre todo, es el de mas consideracion en diez leguas á la redonda. Su contraseña es conocida en veinte mercados, y todo el mundo sabe que en él se hace la molienda honradamente sin mezclas. ¡Hola! Bien puede uno estar orgulloso. La lealtad no es cosa que se encuentre á tropezones por todas partes.

—Sea en hora buena, Simon, sea enhorabuena. Pero ¿qué me prueba V. con eso? ¿Qué me prueba, sino que era V. un molinero completo? ¿No es asi?

—Y de ello me envanezco, señora Paturot.

—¿Y qué? un molinero perfecto, no podria menos de ser un perfecto representante del pueblo. Asi lo aseguran varias circulares.

—Nada me prueban esas circulares, nada, señora. Soy un detestable representante: lo sé, lo conozco, y eso es precisamente lo que arruina mi salud. El hombre no puede rehacerse. No es posible haber pasado toda su vida entre el salvado y el moyuelo, y aprender á fabricar leyes en veinticuatro horas. Cada cual tiene su oficio, cada cual su industria. Al principio, no lo ocultaré, llegué á hacerme algunas ilusiones, y tuve mi poco de vanidad.—¡Pues qué! decia yo en mi interior, ¿por ventura mis colegas tienen algo de sobrenatural? ¿No son hombres como yo? Si tienen mas estudios, yo tengo mas buen sentido: ya estamos iguales. ¿Qué me falta? un poco de práctica, un poco de manejo. Con el tiempo lo adquiriré. Es asunto de algunos dias. Basta tener paciencia y buena intencion; nada de eso me faltará. No dejaré de asistir á una sesion: seré la misma puntualidad.

—Muy bien pensado, Simon.

—Pues bien, señora, mis planes han faltado. Dios sabe que no he economizado molestias ni atenciones. Nadie ignora que me he dedicado con toda mi alma al asunto, sin arredrarme por el trabajo. Siempre he sido el primero que ha entrado en las secciones, y el último que ha salido de ellas. Durante las sesiones he ocupado incesantemente mi puesto sin salir al salon de conferencias, ni levantarme á fumar. Siempre he llegado á la convocatoria de la mesa una hora antes que ningun otro: he sido un vivo ejemplo de puntualidad, y creo que nadie podrá jactarse

de haber ofrecido á la patria un deseo mas sincero de servirla. Una vez puesto á la obra desearia, señora, que me hubiéseis visto. Todo yo era ojos, todo oidos. No se me escapaba un gesto, ni una palabra: ¡Dios mio! ¡Cuántos discursos he oido y con cuánta atencion! Los oradores de los comités tenian en mí un precioso cliente. Nada de distinciones, nada de preferencias. Yo prestaba atento oido, y todo lo convertia en sustancia. Por la noche, cuando la Asamblea nos dejaba libres, en vez de buscar distracciones, me iba á encerrar escrupulosamente en algunas reuniones libres, para oir los discursos de desecho y los tribunos de ensayo. Hace un mes que sigo ese régimen.

—¡Desgraciado Simon! Y por lo menos ¿ha sacado V. alguna utilidad?

—Ya lo vé V. señora. Nada me ha aprovechado; me voy aniquilando; no se derrite con mas celeridad una bola de manteca puesta al sol. Yo me he criado en la atmósfera de nuestras montañas: allí respiraba libremente y con todos mis pulmones. La brisa que pasaba entre los espliegos y tomillos me traia su dulce aroma. Así llegué á los treinta años, y ahora veo que todo ha cambiado en torno mio. A ochocientos que somos nos encierran en un espácio angosto en donde apenas hay aire suficiente para respirar, pues nos lo miden en cantidad y calidad. ¡A ochocientos! juzgue V. señora. ¡Qué mezcla de respiraciones y de temperamentos! ¡Siempre encerrados, siempre rodeados de paredes!

—En efecto, hijo mio, no es esa la parte mas alegre de la historia de V. Pero ¡cómo ha de ser! Todo honor debe costar algo.

—¡Y los brazos! ¡Convendria que viera V. cómo se insurreccionan! ¡Ociosos unos brazos que llevaban á cabo tanta tarea! Allá, señora, en mi molino, el dia que yo habia cargado con sesenta sacos, la musculatura se daba por satisfecha y me dejaba en paz: me acostaba y dormia profundamente. ¡Aquí, nada, nada! No es el cuerpo, sino la cabeza la que trabaja. ¡Las manos en los bolsillos y la cabeza devanándose! ¿Cómo no habia de ocurrir este profundo decaimiento en mi existencia? ¡Adios noches del molino! ¡Adios mis buenos sueños, y mis buenas comidas! Apenas me conozco, apenas me doy razon de mí mismo. Mi salud se deteriora y mi razon se estravia.

—Comprendo cuanto me dice V., Simon; pero al menos no dejará de convenir en que de esa manera se vá completando su educacion parlamentaria. ¡Eso es muy natural! ¡Al cabo de tantas molestias!

—¡Ah, señora! Eso está muy distante de ser así, y no es, en verdad, lo que menos me aflije. Le hablo á V. sinceramente y con todo mi corazon. Nada he adelantado, nada: ni con el trabajo, ni con el tiempo: nada he conseguido. Hasta mi exactitud se vuelve en contra mia. Cuantos mas pasos doy, menos adelanto. ¿Á quién deberé echar la culpa? Lo ignoro, pero probablemente á mi falta de estudios. No se consigue, asi como se quiera, el conocimiento de esa maquinaria. Además de eso hay que advertir que nos abruman. Por la mañana, al mediodia, por la noche, á todas horas. Trabajos de una clase, trabajos de otra, trabajos sobre trabajos. ¿Cómo quiere V. que la cabeza pueda resistirlos? Es para embrutecerse. Juzgue V., señora.

—Oigamos.

—Por la mañana ó las nueve, comité: asisto con puntualidad. Supongamos qne se trata de terrenos ó de pastos pertenecientes á propios. Todo soy oidos. Empieza la discusion; nueve oradores hacen uso de la palabra. Este vé las cosas de un modo; aquel las vé de otro. Está muy bien; yo trato de averiguar quien tiene razon. Llega un tercer hablador que no adopta el parecer de ninguno de los preopinantes, y espone á sa vez un nuevo sistema. Suscitáse un conflicto. En materia de sistemas ya sabe V. que nadie se queda atrás: cada cual tiene el suyo. Propónense combinaciones, proyectos, unos en pós de otros, de manera que al cabo de dos horas de sesion, las cosas aparecen aun mas complicadas que al principio. Me retiro con el espíritu henchido de vanas ideas y sin poder atinar el partido que debo seguir. Lo mas seguro es el ataque de jaqueca que de sus resultas me espera. Reflexiónelo V. bien, señora: ¡nueve discursos!

—Algo es.

—No es mas que la introduccion, señora Paturot. Á las once convocatoria en las mesas. Voy corriendo: nadie me aventaja en exactitud. Trátase de la suerte del jornalero. Quieren convertirle en señor, quieren asociarle al patron; quieren darle casa y vestido para siempre. El jornalero es hermano mio. Oigo con atencion, y me hallo dispuesto á hacer cuanto pueda en obsequio suyo. No se dirá que faltan oradores que aboguen por su causa, ni dejen de prodigarles testimonios de simpatia.—Bien, digo yo en mis adentros: no padecerá el artesano por falta de abogados. Su causa está ganada. Ya no le falta sino dar gracias á sus bienhechores. ¡Ah! Desgraciadamente se ha hecho la cuenta sin tener á la vista los medios que habia que emplear. Así que se trata de

adoptar un plan, cada uno quiere que el suyo sea el preferido. Las vanidades de autor se entrometen y se dá principio á la batalla. Unos dicen blanco, otros dicen negro, y no falta quien diga blanco y negro á un mismo tiempo. Todo se ha perdido si no se adopta mi plan, grita uno. No respondo de los resultados, esclama otro, si no se aprueba mi idea. Todos se obstinan en socorrer al artesano á su manera, escluyendo la del vecino. A todo esto es preciso elegir á un miembro para la comision. ¿Quién será el elegido? Solo de pensarlo se me trastorna la cabeza. —Dad vuestro voto á D. J. me dice al oido uno de los colegas de mesa. —¿A D. J?—Si.—¿Por qué?—Porque hemos convenido en hacerlo asi: él dá y le damos.—¡Hola!—No omitais el apellido; porque ya sabeis que hay otro de su nombre.—¿El apellido?—Es indispensable, pero tomad: asi evitareis la molestia. Tomad.—¿Qué papel es este.—Un voto enteramente formulado. Mi cólega me pone el papel en la mano, sin que yo pueda impedirlo. ¿Qué se ha de hacer? El tiempo urge: todos los que están á mi lado han despachado ya. Deposito maquinalmente mi voto en la urna, sin saber siquiera el nombre del que he elegido. Ya vé V. el modo de interesarse en favor del artesano. Total: siete discursos y una votacion, no contando con mi jaqueca, que cada vez se vá haciendo mas fuerte.

—¡Pobre hombre!

—Espere V. señora Paturot. A la una se abre la sesion pública. Ya estoy en mi escaño, como un mártir. Trátase de un proyecto de hacienda. Retengo la respiracion á fin de no perder una palabra. Los grandes oradores ván á tomar parte en la discusion. For fin se abre esta, y por espacio de seis horas nada mas se oye que amortizacion, bonos del tesoro, deuda flotante, deuda consolidada, céntimos adicionales, y contribucion de inmuebles. Si he de hablar con franqueza, todos estos términos hacen en mi percepcion el mismo efecto que el agua en el hule. Mi atencion se cansa, y al fin concluyo por no tener otra necesidad que la de tomar un desquite de mis anteriores insomnios. Sin embargo, es preciso votar y el cielo sabe que apenas sé sobre qué asunto se ha promovido la votacion. Tomo un partido decisivo. Observo en los movimientos de mi vecino una regularidad que dá testimonio de su conviccion: me decido á imitarlo escrupulosamente. Si se levanta, me levanto: si se sienta me siento: cualquiera diria que nos movemos por un mismo resorte. Obrando así tranquilizo mi ánimo, y al parecer me libro de responsabilidad. De esta manera ha ido pasando la sesion

entre veinte votaciones y once discursos. No es ese por cierto buen remedio para curar la jaqueca; así es que la mia llega á su colmo cuando se dá por terminada la sesion.

—¡Por último respiro! Ya le veo á V. libre Simon.

—Aun falta algo, señora. Hay una cita dada para la noche. Se trata de un asunto importante, la cuestion de los clubs, que está á la órden del dia: se trata de entenderse y de quedar acordes antes del escrutinio. Para el efecto se ha designado un local, y se ha establecido una tribuna. Es un remedo de la Asamblea. A las ocho estoy ya en ese punto: los afiliados ván llegando y la mesa queda compuesta. Allí se vé el presidente con la campanilla y los vasos de agua: nada falta, ni siquiera los discursos, que se desploman sobre mí en número de cinco. Este es el golpe de gracia. A las once dejo el puesto, rendido, estenuado, moribundo, casi sin fuerzas para meterme en el lecho.

—Lo comprendo perfectamente: la tarea ha sido muy pesada.

—Reasumamos, señora Paturot. Nueve discursos sobre propios, siete sobre la suerte del jornalero, once sobre un proyecto de hacienda, cinco sobre la policía de los clubs: total treinta y dos discursos, sin contar la jaqueca mas espantosa que en tiempo alguno puede albergarse en un cráneo humano. ¿No es esto para morirse?

—Ciertamente, Simon, ciertamente.

—Observe V. qué estravagante amalgama: ¡Pastos y clubs! ¡Hacienda y jornaleros! ¿Cómo se ha de digerir todo eso? ¿Cómo se ha de repartir la atencion? Así es que durante la noche vuelven esos mismos asuntos á presentarse á mi imaginacion: veo en sueños la tribuna; sigo oyendo discursos y los pronuncio tambien, señora Paturot, los pronuncio. ¡Cielos! ¡qué pesadillas! ¡qué devaneos! Y para colmo de ironía, paréceme estar oyendo el ruido de las ruedas de mi molino, y el gorjeo de las aves que anidan en mis álamos. ¡Oh, esta ilusion pasa con demasiada rapidez! El molino está lejos: las aves están muy distantes. El dia venidero será semejante al que acaba de transcurrir, y al que vendrá en pós de aquel. Comité, mesas, sesion pública, reunion nocturna, hé ahí mi perspectiva. Treinta discursos, hé ahí mi alimento. ¡Treinta discursos diarios, es decir, ochocientos al mes! ¿Habrá quién los resista? ¿No fuera mejor no haber perdido nunca de vista el césped de mis prados, y la cima de mis montañas?

—No le concedo á V. eso, Simon, replicó con viveza mi mujer; nunca convendré con esas ideas. Se desanima V. demasiado pronto.

¿Qué ocupacion encontrará sin molestia? ¿Por ventura, sabe V. de algun oficio que deje de tener incomodidades? Pero tampoco hay que perder de vista el capítulo de recompensas. ¿Pues qué? ¿No son nada la posicion, las grandezas, y la gloria de ser representante del pueblo?

—Ya me he curado de esas ilusiones: no se ria V. señora Paturot, ya me he desengañado. Allá en un principio, no diré que no me halagaran: ¡ser soberano! es una idea muy placentera, y que afecta blandamente al corazon. Hasta el ademan personal se resiente de ella: parece que es necesario llevar la cabeza mas erguida que de costumbre, y mover el pié con mas gravedad. Trata uno de adquirir hábitos convenientes para el nuevo empleo: parece haber ganado algunas pulgadas de estatura, y que se ván recogiendo los homenajes de los pueblos por donde se transita. Es una debilidad, una ilusion muy pasajera.

—Y ¿por qué hijo mio? ¿Qué mal habria en que siguiera V. haciéndose indefinidamente esas suposiciones? ¿No se las hacen los reyes? ¿Qué son los representantes, sino otros tantos reyes?

—Es decir, ¿nuevecientos reyes?

—¿Qué importa el número? Cada cual debe saber conservar su rango.

—¿Mi rango? Señora Paturot, ¿sabe V. cuál es mi rango? esclamó nuestro molinero, en quien el dolor iba rompiendo ya el freno de la paciencia.

—El de todos sus colegas, contestó Malvina. Todos los representantes son iguales.

—El de una quinta rueda en un carruage. Compongo número nada mas: sirvo de galería. Soy víctima obligada de los oradores: de grado ó por fuerza tengo que oirlos. ¡Oh miserias de la vanidad! Entre diez que suben á la tribuna, hay nueve, por lo menos, que la ocupan sin motivo. En vano les vuelve la espalda la Asamblea; ellos siguen hablando, como que no es por ella por quien ocupan aquel puesto, sino por sus familias diseminadas en las galerías, por su departamento, por la clase de los artesanos, por sí mismos. La discusion podria seguir sin sus discursos, ya lo saben ellos: en la votacion no han de ejercer influencia alguna; ya lo conocen. Los murmullos les dán á entender que no hacen mas que cansar al auditorio: no importa, siguen hablando. Una vez terminado el discurso, tendrá que pasar por entero. Pero nosotros ¿qué papel representamos? ¿De qué servimos, sino de escudo de los habladores? ¿Habrá razon para envanecerse?

—¿Por qué no les paga V. con la misma moneda, Simon? ¡Si yo estuviera allí! ¡No se librarian á tan buen precio! Á un discurso, discurso y medio. Se cobrarian en la misma moneda. ¡Ah! corderitos mios; ¿quereis divertir al auditorio? ¿Os entreteneis con bagatelas de portería? pues bien: se os dará gusto. ¡Cuántos baberos les costaria! ¿Por qué no lo hace V. asi, hijo mio? Al fin llegaria á aficionarse; solo el primer paso es el que cuesta.

—¡Yo, señora! Me conozco demasiado. ¿Cómo ha de ir un pobre campesino á rozarse con los sabios? Sin duda no ha reflexionado V. bien acerca del asunto. No todo el que quiere puede cabalgar en palabras altisonantes. Para eso es preciso haber hecho préviamente algun estudio. ¡Qué lástima! ¡En tal caso, yo habria sabido desquitarme tan espontáneamente! ¡Qué fortuna! ¡Hacerse oir despues de haber estado tanto tiempo oyendo! ¡Vengarse por medio de un discurso, de todos los discursos que ha sido preciso oir!

—¿Quién se lo impide á V.?

—Un escrúpulo, señora, un escrúpulo me impediria hacerlo, aun en ese caso.

—¿Cuál?

—El respeto que se debe á la Asamblea y al pais. Cierto es que me faltan muchas cosas; pero no carezco del sentimiento de lo que me conviene. Juegan demasiado, si asi puede decirse, con la tribuna; la tratan demasiado familiarmente, y la comprometen demasiado en las eventualidades de la palabra. El que carece de talento para subir á ella, debe por lo menos honrarla con su silencio. Eso es lo que yo hago: de manera que viene á faltarme todo, hasta las probabilidades de tomar un desquite. Asi, pues, hasta lo último tendré mis oidos al servicio ajeno: y á nadie reduciré á pagarme tributo. Me cansaré sin cansar á los demás: seré víctima y no verdugo. Ya vé V., señora, que esa suerte no es muy placentera. ¡Ya vé V. que tengo motivos para quejarme! ¿Cree V. que un sistema de ochocientos discursos al mes, tiene algo de provechoso? ¿que un hombre puede contentarse y dar gracias al cielo por un donativo semejante? Lo cree V. asi ¿no es verdad?

—Qué á lo vivo lo toma V., hijo mio, se pone V. desconocido.

—Pues bien: yo estoy muy lejos de dar gracias al cielo por haberme elevado á esa altura. No, no me envanezco, ni me creo dichoso con el papel que represento. Dicen que la revolucion ha sido hecha para el pueblo: elevemos á los hijos del pueblo al poder. No falta mas que una

cosa, y es el darles las facultades necesarias para ejercerlo. Para tocar el violin es preciso haberlo aprendido: otro tanto puede decirse del poder. El que no haya tenido principios no lo tocará, ó lo tocará mal. Ciertamente es una cosa singular. Toman un hombre de los talleres, otro de las labores del campo, y les dicen: haced leyes. Tanto valdria decir al herrero: haga V. peonzas, y al tornero: haga V. cerraduras. Podrán el campesino y el artesano ocupar el sitial del legislador; mas no por eso adquirirán ciencia. ¿Qué sucede? Que los mas instruidos de entre nosotros hablan á tontas y á locas con sus preocupaciones de estado, y los mas sabios hacen lo que yo, permanecer en su puesto, y guardar su opinion bajo el bonete. Esa es nuestra historia, señora Paturot. Ya vé V. que no puede llamarse muy gloriosa.

—Decididamente, Simon, se halla V. en uno de sus malos dias. Se rebaja demasiado; se complace en desprestigiarse. Nada le cuesta hablar asi; llega hasta el punto de ser elocuente, y sin embargo, niega V. que el trato de París le reforma. Eso es demasiada modestia: se reforma usted demasiado, hijo mio.

—No nos chanceemos, señora Paturot, replicó el molinero con melancólico acento. Necesito que me dispense V. alguna consideracion. En vano procurará volverme de cien modos distintos; siempre seria lo mismo. Padezco la enfermedad del pais: lo veo, no puedo olvidarlo. Nada de lo que hago me inspira aficion: preciso es que esto sea efecto de nuestra vida sedentaria. Paréceme que estoy á punto de ahogarme, y que me falta la respiracion. Durante esas largas sesiones en que me quedo vejetando en mi banco, podria creerse que tengo todos mis sentidos puestos en la discusion; pues nada de eso sucede. Entonces está mi mente paseándose por mi valle querido, sobre aquella alombra de esmeraldas que valen mucho mas que las de nuestros salones. Entonces estoy viendo á mis mozos de molino, y murmuro por lo bajo cuando imagino que estan holgando. Ya lo vé V., es una idea fija, de la cual nadie me podria curar. En vano la rechazo: renace, me asalta sin cesar. Compadézcame V. pues, señora; pero no se burle.

Fueron dichas estas palabras con un acento tan lastimero, que Malvina no pudo menos de sentir una profunda emocion, y al fin comprendió que la herida era grave, y que la debia tratar con consideracion.

—Comprendo todos sus dolores, le dijo mi mujer, los compadezco y participo de ellos. Pero es preciso hacer un esfuerzo para vencerse,

amigo mio. Solo las mujeres y los niños son los que ceden sin oponer resistencia: el hombre debe luchar.

—Harto he luchado ya, señora, replicó el molinero con amarga sonrisa.

—No es propio de un valiente abandonar el puesto antes de concluirse la batalla. ¿De qué modo podria V. justificar semejante conducta? Es una resolucion estremada, hijo mio: no puede V. adoptarla sino en caso de desesperacion. Discurramos: tal vez hallaremos algun medio de aliviarle.

—Mucho lo dudo, contestó friamente el molinero.

—Es que no se presta V. á hacerlo, Simon, ó mas bien, es que lo hace de mala gana. ¿Por qué no procura V. esparcir el ánimo? ¿Por qué no se distrae?

—Efectivamente, hago muy mal. ¡Distraerme! ¿Qué puede haber mas fácil? Ocasiones no me faltan por cierto. ¡Treinta discursos al dia! Á lo menos puedo distraerme.

—Ya vuelve V. á sus negras ideas: es V. incorregible, hijo mio. ¿Pero no le queda una hora libre?

—¡Libre, señora Paturot! Esa es una palabra vacía de sentido para nosotros. ¿Libre? Sí, con la argolla al pié.

—Por la mañana ¿no está V. libre? Aproveche las primeras horas del dia en beneficio de su salud. Necesita respirar el aire de los bosques, del campo. Salga V. de París, dé un paseo por el bosque de Bolonia, por Vincennes, por donde quiera. Eso le entonará y volverá á tener apetito. En las inmediaciones de la capital no faltan molinos: vaya V. á visitarlos. Los molineros le recibirán con toda clase de honores. ¡Un representante del pueblo y colega suyo! ¡Qué de títulos no tiene V. para con ellos! Podrá responder á sus mozos, y en caso necesario vaciar un saco de grano en la tolba. Asi es como se desvanecen los pensamientos sombríos. Créame V., principie desde mañana.

Malvina habria podido alargar cuanto hubiera querido esta especie de consulta gratuita. Simon la dejaba el campo libre y no contestaba. Arrellanado en su asiento parecia haberse entregado á un acceso de melancolia, como cansado del esfuerzo que habia hecho. Esta actitud no estaba, por cierto, en armonia con sus robustas formas de gladiador: bien á las claras se echaban de ver en su aspecto las huellas de un padecimiento real. Necesario fué que mi mujer volviera á insistir para arrancarle de aquella postracion.

—Vaya, Simon, digame V. ¿qué le parece el consejo? ¿No lo juzga atinado?

—¡Ah! ¡señora! Sin quererlo vuelve V. á renovar uno de mis dolores. Ya está apurado tambien ese recurso de los paseos matinales. ¡Cuánto placer me prometia de ellos! Y sin embargo tuve que dejarlos.

—Pero ¿por qué?

—¿Por qué? Siempre por el mismo motivo. ¿Puede un representante disponer por ventura de sí mismo? Cuando no está ocupado por los asuntos del Estado, lo está por los de particulares. He hablado de discursos y he olvidado hablar de ciertos entes importunos. Plagas casi de igual carácter.

—A los importunos se les cierra la puerta, Simon.

—¿Y es posible, señora? ¡Si asedian la casa desde que aparece la aurora! Infórmanse á punto fijo de las costumbres del representante: saben á qué hora se levanta: á qué hora come, la direccion que toma al salir de casa, y las personas á quienes acostumbra visitar. Acosan á un hombre en medio de la poblacion como acosarian á un ciervo en medio de las selvas. ¡Los pretendientes, señora Paturot! Sin duda no los conoce V.

—Mejor que V., Simon. ¡La raza de los Michonneau! Los he visto muy de cerca.

—Son sabuesos por lo tocante al olfato, y galgos por la ligereza de sus pies. En vano hace la caza esfuerzos para huir: nunca se consigue escapar de ellos.

—¡Y eso despues de una revolucion! esclamó mi mujer.

—Ah, sí, despues de una revolucion. Los hombres siempre son los mismos.

—¿Y le acosan á V., hijo mio?

—No me hable V. de ese, porque es para aburrirse. Tengo que luchar con dos calamidades de ese género: los proyectistas y los pretendientes.

—¡V., Simon!

—Yo, señora Paturot. Juzgue V. lo que sucederá con los demás.

—¿Hasta con un molinero tienen que hacer?

—Con un molinero. Mi cuarto no se desocupa. Es un verdadero martinete. No hay medio de librarse de ellos: los unos se suceden á los otros.

—En ese caso, ¿tiene V. que capitular?

—¡Qué remedio! Apenas me levanto principian á desfilar. Los primeros son los proyectistas. Esta es gente que no duerme sino con un ojo. Al amanecer están ya en vuestra casa. Cada uno de ellos trae en el bolsillo un proyecto para enriquecer la república. Sus proyectos son infalibles: os garantizan su virtud. Es verdad que el plan podrá costar uno ó dos millones; pero á ese precio se conseguirá la felicidad general. Podeis tomarlo ó dejarlo.

—¿Cómo es eso? ¿Cómo es eso? ¿Quiere decir que todos son lo mismo?

—Sí, todos; con una mano presentan su plan y con la otra piden una limosna. Si no se hace caso de ellos, la patria está en peligro. Quien ha visto á uno de ellos, ha visto á mil. ¿Qué se ha de hacer? Despacharlos lo mejor que se pueda. Ese es el partido que he tomado. Por último se marchan, me libro de ellos y puedo respirar.

—En hora buena.

—No cantemos tan pronto victoria: la raza de los importunos nunca se vé estinguida. Por diez que renuncien á ella, hay veinte que se afilian de nuevo. No me libro de los proyectistas sino para caer en las garras de los pretendientes. ¡Qué familia! ¡Cómo pululan! Hay algunos qûe aspiran á los empleos mas altos; otros se dan por satisfechos con poca cosa. Tal hombre que al presentarse queria nada menos que ser embajador, aceptaria con mil amores un destino de veinte reales al terminar la conferencia.

—¿Hasta ese estremo llega?

—Sí, ciertamente y aun me quedo corto. ¡Qué hombres tan contentadizos y terribles! No se puede formar una idea exacta de ellos. Por lo tocante á la opinion no transigen en lo mas mínimo. En su concepto todos los destinos están ocupados por personas sospechosas: no hay un republicano puro; con nadie se puede contar. En el seno de la administracion debe hacerse una renovacion completa desde la base hasta la cima. No hay que andarse en vacilaciones: es preciso dejar todas las oficinas como una tabla rasa; de lo contrario el gobierno se halla vendido y la república minada por su base. Establecido ese punto, ellos se ofrecen con la mayor abnegacion. La salvacion de la patria está en sus manos: no vacilan, corren espontáneamente á ponerse á disposision del poder. Cualquiera que sea el sacrificio que de ellos se exija, sabrán someterse á él sin repugnancia. Si es preciso desempeñarán los empleos mas elevados: su celo no retrocede ante ningun sacrificio. Pero téngase

entendido que la ocasion pasa, y que ya es tiempo de tomar un partido. No conviene dejar los empleos en manos de personas sospechosas. Dése en el acto el nombramiento á los pretendientes y estos responderán de las consecuencias. Si el gobierno anda remiso en hacerlo, se subirán á los tejados y gritarán que la revolucion ha sido frustrada, y que se desvia de sus verdaderos principios. Estas son sus últimas palabras.

—Las alforjas, siempre las alforjas.

—Esa raza de hombres nos asedia desde la mañana hasta la noche, y nos persigue hasta en la Asamblea. Cuando nos creemos libres por algun momento, recibimos tal vez una esquelita avisando que están en las verjas del palacio y que tienen que comunicarnos un asunto. No hay mas remedio que dejar el salon y salir con la cabeza descubierta á recibirlos, á mandarles entrar. Ya lo he dicho, señora Paturot, esos hombres disponen de nosotros. Nuestras personas les pertenecen. Estamos á su disposicion á todas horas. De buen ó de mal grado nos hacen tomar parte en sus pequeñas animosidades, y en sus mezquinas pasiones. ¿Y no quiere V. que me halle ya mas que cansado de semejante esclavitud y de semejantes tormentos? ¿Y no quiere V. que suspire por mi vida del molino donde tenia todo el aire que puedo desear, y apetito para dar á los demás? De esos honores que V. me ha encarecido, señora Paturot, no hago mas caso que el que se merecen. Sé lo que valen y lo que cuestan. He tenido mi vértigo; pero ya ha pasado. En lo sucesivo renuncio á ellos, sí, renuncio á ellos para siempre.

—No, no debe V. hacerlo, replicó Malvina, á quien la conversacion iba interesando. No debe hacer una chiquillada por ese estilo. Eso no conduce á nada. No debe V. hacerlo, vuelvo á decirle.

—Sí lo haré, replicó decididamente el molinero.

—¿Es posible que llegue V. á tal estremo, Simon, á pesar de mis consejos?

—Á pesar de los consejos de V.

—Es que tambien se trata de intereses pecuniarios: se trata de una hermosa renta. Reflexiónelo V. bien, Simon.

—¿Y eso qué importa, señora? No merece la pena.

—Ya lo sé, Simon, siempre lo he dicho: es V. superior á esa clase de consideraciones. Sin embargo, cinco pesos cada veinte y cuatro horas no son de despreciar.

—No hablemos mas sobre el particular.

—Como V. guste: no hablemos mas. ¡Asuntos de puro interés! Veo que los trata V. á lo romano.

—¡Mis intereses! ¡Mis intereses, señora Paturot! Ea, voy á contárselo todo. La confesion está principiada, no nos paremos en medio del camino. ¡Mis intereses! ¡Ah! ¿Crée V. que por ventura estriban en las liberalidades de la patria? ¿Cree V. que estoy haciendo mi fortuna, que me lleno de oro? ¡Pues bien! escuche V.

CAPITULO XXXVI.

LOS DERECHOS DE CIUDADANO.

Al acabar las anteriores palabras Simon sacó de uno de los bolsillos de la levita una carta que á juzgar por lo deteriorado del papel, debia hacer mucho tiempo que estaba guardada en aquel sitio. Reduclase á una interminable hoja de papel adornada con algunos arabescos ejecutados á pluma. Simon la estuvo mirando con atencion, la desdobló lentamente, como si hubiera sido el testimonio de su sentencia y la entregó á Malvina despues de haber exhalado un suspiro.

—Lea V. señora: eso lo esplica todo.

Mi mujer se apoderó del manuscrito: su curiosidad estaba vivamente escitada. Los rasgos caligráficos que adornaban la primera página de aquel escrito revelaban la mano de donde habian salido. Eran obra de un dómine del pais, muy conocido por ese género de caprichos. La letra era pequeña y metida, por lo cual era preciso fijar mucho la atencion para descifrarla.

—Conviene advertir á V., dijo Simon, que antes de dejar el molino, cuidé de arreglar mis asuntos. Ausente ó presente, era indispensable que la maquinaria siguiera marchando. Yo tenia un arrendamiento, y no habia medio de romper el contrato, ni tampoco me acomodaba hacerlo, si he de hablar con franqueza. Conocia que alguna vez me daria por muy dichoso con volver á encontrar mi cedazo y las muelas de mi molino. Traté pues de encontrar un hombre que me reemplazára, un hijo del oficio, un mozo de toda mi confianza. Diez años habia estado en mi casa ejerciendo el oficio y lo entendia perfectamente. Un hombre

completo, señora, de quien nunca habia tenido el menor motivo de queja. Al tiempo de partir le diriji la palabra en estos términos.—Gaspar, no tardaré en estar lejos de este sitio. ¿Serás capaz de hacer marchar bien estas cosas?—Como si estuvieran sobre ruedas, maestro Simon, me contestó.—¿Me prometes cuidar de que nada se estropee?—Nada de nada.—¿Cuidarás de los parroquianos?—Como de mis ojos.—¿Velarás por el honor de mi contraseña?—No tenga V. cuidado.—¿Tendrás bien arreglado el establecimiento.—Como si estuviera V. en él.—Sobre todo Gaspar, cuidado con las mermas: eso es lo que dá al traste con los molinos.—No tenga V. cuidado, maestro Simon: no habrá mermas.—Pues bien, hijo mio, desde hoy eres tú el amo. Dispon, manda, yo te otorgo plenos poderes. Y como es muy justo que tengas algun provecho, te doblo el sueldo. A estas palabras, señora, era de ver la alegria de aquel mozo. No hallaba términos para darme las gracias: me llamaba bienhechor y me colmaba y abrumaba de respeto.—Muy bien, dije para mí; el molino ha caido en buenas manos: todo marchará como si yo estuviera presente. Con esta esperanza me marché.

—¿Y luego?

—Luego el diablo se ha puesto de por medio, y apenas acierto á darme razon de lo que allí pasa. Es de creer que el mando ha trastornado los sesos á Gaspar. Ya no es el mismo hombre: me le han cambiado. Allí todo anda desordenado: no se hace mas que cometer locuras. Entre tanto, el arrendamiento sigue y no habrá mas remedio que pagar la renta. ¿Qué he de hacer yo aquí? ¿Qué resolucion tomaré? Lo ignoro y puedo asegurar que estoy en ascuas. Lea V., señora, lea V.: verá cómo se espresan los mozos de molino. Pero no hay duda de que eso no es obra suya. El pedante Marché-Neuf debe haber escrito esa carta. Sus espaldas lo pagarán algun dia. Lea V.: es un documento curioso.

En efecto, nada podia haber mas curioso. En la cabeza del escrito figuraban en rasgos caligráficos las haces de la república, y unos medallones artísticamente dispuestos, en los cuales se leian estas palabras: *libertad, igualdad, fraternidad.* Luego venia el siguiente epígrafe:

EL CIUDADANO GASPAR, INDUSTRIAL, AL CIUDADANO SIMON, REPRESENTANTE DEL PUEBLO.

«Ciudadano:

»Antes de tu salida de aquí, me encargaste del manejo de tus asun-

tos y de la direccion de tu molino. Los mortales se deben mútua asistencia: asi lo dice Juan Jacobo en alguna parte de sus obras. Por lo tanto acepté el encargo. La civilizacion nos manda socorrer á nuestros semejantes, y en esto nos distinguimos de los brutos.

»Ya me conoces, ciudadano: sabes muy bien de lo que soy capaz, y has podido comprenderme, cuando bajo tu direccion seguia el penoso camino del asalariamiento. Esto es decirte que he proseguido con el mismo celo. Soy por naturaleza propenso á servir con abnegacion: pertenezco al pueblo y el pueblo tiene esa virtud: sirve con abnegacion. He trabajado, pues, en el molino con toda conciencia. La maquinaria ha seguido marchando: los sacos se han llenado como si estuvieras presente: el trabajo marcha con toda actividad y los parroquianos son siempre los mismos. En la última semana se llenaron 200 sacos, 150 en la presente: ya ves que la cosa no deja de marchar. Si las aguas no vinieran bajas, aun podriamos ir mas lejos; pero las aguas vienen bajas y el hombre, por mas abnegacion que tenga, no puede mandar á la naturaleza, como lo dice Juan Jacobo en alguna de sus obras.

»Sin embargo, ciudadano, me creo obligado á darte cuenta de algunas circunstancias que ejercen su influencia en el trabajo del molino. El ser que vive bajo el humillante yugo del asalariamiento se vé reducido á la condicion de tener que depender de su semejante, y por lo tanto está obligado á darle cuentas. Es penoso; mas no por eso deja de ser un hecho cierto. La ley del porvenir está por encontrar. Sométome, sin dejar por eso de espresar mis protestas. El asalariamiento no es una cosa eterna. He aquí pues lo que sucede, y lo que importa hacer llegar á tu noticia.

»Desde el orígen del mundo trae el hombre en sí mismo derechos imprescriptibles. Podrá darse el caso de sofocarlos, de comprimirlos; pero aniquilarlos, es cosa imposible. Son derechos imprescriptibles, ciudadano, y esa palabra dice cuanto hay que decir. Hasta bajo el mismo imperio de los Faraones existian esos derechos, á pesar de la mas degradante esclavitud. Constantemente han estado dormitando en el corazon de los pueblos. Los *Instituta* lo acreditan: los *Capitulares* revelan su existencia. Esos derechos seguian, pues, dormitando en concepto de imprescriptibles: dormitaban con la última palabra del porvenir, y hubieran seguido largo tiempo dormitando á no haberlos despertado la revolucion de Febrero. Mas ya son derechos adquiridos, consagrados, y antes que renunciar á ellos, derramaremos hasta la última gota de nuestra

sangre en las aras de la patria. Saca partido de esta declaracion, representante, como que dimana del pueblo, orígen de todo poder, y como que sale de las agitadas profundidades del asalariamiento.

»Desde Febrero el pueblo es soberano y ejerce plenamente la soberania. Es tu dueño y el mio, ciudadano. Mas no puede ejercerse la soberania sin dedicar algunas horas á ese trabajo. Aquí es en donde la cuestion toma un interés particular: aquí es en donde se combina directamente con los asuntos del molino. Todo se resiente del ejercicio de esos derechos imprescriptibles. Preciso será, pues, que el molino lo lleve con paciencia. Esa es la ley del tiempo, por lo menos la del porvenir. Nuestros mozos son iguales ante la ley; no lo ignoran ellos. Así es, que en toda ocasion acuden al llamamiento de la patria con un ardor que dá gusto de ver. Aquel dia el molino huelga y la maquinaria tiene vacaciones. El estómago es el que no se para; mas no por eso deja el derecho de ser formal. Todo buen ciudadano debe valerse de sus prerogativas y acudir por lo tanto á depositar su voto en la urna. Esta es una operacion consoladora y que llena de jubilo al corazon. De allí se sale con la conciencia segura de haber merecido bien de la patria: se vé en perspectiva la ley del porvenir y la estincion del asalariamiento, y se complace uno en pensar con Juan Jacobo, que el hombre propende esencialmente á la perfeccion, y el mundo se inclina hácia el sistema de asociacion. No hay un dia mas hermoso, sobre todo si la familia tiene que comer.

»Así es que nuestros mozos ejercen ese derecho con una puntualidad digna de todo elogio. ¡Queridos hermanos! ¡Con qué solicitud iban al escrutinio! Era un placer verlos. ¡Qué perfecta armonia! ¡Qué exactitud de maniobras! Todos bajo la misma bandera y proclamando los mismos nombres. La primera jornada se dedicó á la eleccion de los representantes. Tú tambien figurabas en ella, ciudadano: ya lo sabes. Los hijos del pueblo te habian adoptado: eres producto suyo, eres su obra. No lo eches en olvido, representante; no desmientas tu orígen. El pueblo te observa, y sin cesar tiene fija la vista en tí. Eres hijo de la pelota, como dijo Juan Jacobo: sigue siéndolo siempre: de lo contrario tal vez tendrias que arrepentirte. El pueblo es confiado; pero tambien es terrible. Pero sigamos adelante. Para una eleccion como esa, necesariamente tenia que darse suelta á nuestros mozos: tardaron lo menos que pudieron: tres dias completos. ¡Así era natural que sucediera tratándose de un representante que pertenecia al oficio! Aunque la maquinaria hubie-

se estado holgando una semana entera, nada me habria sorprendido; pero como ya lo he dicho, los mozos tuvieron discrecion y se contentaron con tres dias. Tres dias perdidos para el trabajo, sin contar lo que uno se enerva con la ociosidad. Por conclusion, ciudadano, el molino tiene que descontar esos tres dias.

»Otro tanto de pérdida en la molienda.

»Adelante. La casualidad quiso que en nuestro departamento se eligiera un representante por duplicado. Hubo que acudir al remedio. Ya comprenderás ciudadano, que no pudo hacerse menos que lo que se hizo la vez anterior, pues lo contrario habria sido humillar al nuevamente elegido. Los mozos tuvieron dos dias de vacaciones. ¡Dos dias! es decir que salimos ganando uno. Cierto es que volvieron al molino en un estado no del todo bueno. Los amigos del elegido se habian mostrado pródigos en lo relativo al artículo de bebidas. En una palabra, la maquinaria tuvo que sufrir una nueva parada: así debia suceder, como acostumbraba á decirlo Juan Jacobo. Suma total: dos dias de descuento para el molino.

»Otro tanto de pérdida en la molienda.

»Entremos en el capítulo de la guardia nacional: se ván á nombrar gefes. En la lista de los derechos imprescriptibles este es uno de los que figuran en primer término. ¡Dar las charreteras! ¿Podrá haber un derecho mas hermoso? Por otra parte todos nuestros mozos eran candidatos: los mas modestos aspiraban á los galones de sargento. Llamo sobre este particular tu atencion, ciudadano. ¿Podrian hacer menos por la patria? Por esa razon les alenté en su propósito. El molino no tuvo mas remedio que conformarse. No fué posible completar los cuadros en un solo dia. El cuadro se compone de un comandante de batallon, de capitanes y abanderados, luego de tenientes y subtenientes, y por último, de toda la série de los grados inferiores. Todo eso necesita tiempo: apenas hay bastante con una semana. Pero al molino le cupieron los honores de la eleccion: cinco cabos y tres furrieles: magnífica es la parte que le ha tocado. Cierto es que tendrá que costar algo: pero ¿qué valdrá el gasto en comparacion de la celebridad que el establecimiento vá á adquirir? Ya se le cita en todo el pais como un foco de patriotismo. Á tí tambien te alcanza esa gloria ciudadano. Entre tanto, hay que conformarse.

»Otro tanto de pérdida en la molienda.

»Todo lo que acabo de decirte no es mas que un principio, un ensayo, un modo de prepararse. Otros derechos imprescriptibles nos están

esperando. Van á organizarse los consejos municipales. Ya comprenderás, ciudadano, que el molino no puede mirar con indiferencia esta clase de instituciones: es necesario que nuestros mozos tomen parte en ella; de lo contrario las cosas no marcharian como deben. Si algun individuo del molino pudiera ser miembro de esa institucion, conseguiríamos una victoria brillante. El molino es soberano; preciso es que lo demuestre. Á él pertenece la joya, como diria Juan Jacobo. Cierto es que no habrá mas arbitrio que perder algunos dias; pero la República nos los tomará en cuenta. Conclusion:

»Otro tanto de pérdida en la molienda.

»Despues de los consejos municipales, vendrán los generales. No ignoras, ciudadano, que nuestros mozos no pueden dejar pasar ningun consejo sin decir su palabrita. En especial tratándose de consejos generales. Por demás es decir que usarémos de nuestros derechos imprescriptibles. Importa que todos los poderes de la república cuenten con el molino. Costará lo que cueste. Los molineros no se paran en barras, ni regatean á la patria. Tres, cuatro dias, todos los que se necesiten.

»Otro tanto de pérdida en la molienda.

»Tampoco debemos olvidar los consejos de distrito. Y los consejos de hombres-buenos ¿á quién no inspirarán interés? Los hombres-buenos son al molino lo que el agua á la maquinaria. Nuestros mozos me han manifestado que se hallan ya en la imperiosa necesidad de tener escelentes hombres-buenos, ó mejor dicho, de serlo ellos mismos. Para obtener buena justicia no hay cosa mejor que hacérsela uno á si mismo, y de este modo se evitan una porcion de disgustos. No diré que cuando nuestros mozos lleguen á ser hombres-buenos no empleen alguna vez sus facultades contra tí. Pero ¡qué remedio, ciudadano! Ese es uno de sus derechos imprescriptibles. Por lo tanto puedes estar seguro de que asistirán á la eleccion y de que echarán fuego y llamas: mucho temo que no regresen del todo intactos. Mas por último, venza quien venza, despues de la batalla recogeremos nuestros heridos. Lo malo es que todo lo que se irá en jarros de vino, será otro tanto de pérdida en la pitanza de la familia. ¡Paciencia! No siempre hay ocasion de elegir hombres-buenos, y por otra parte, el molino socorrerá á los desgraciados. No importa que tenga que pararse algunos dias. ¡Lo menos siete!

»Otro tanto de pérdida en la molienda.

»La patria no nos dá todavía por absueltos, ciudadano: es pródiga

de derechos cada vez mas imprescriptibles. Así es que se habrán de elegir tribunales de comercio y cámaras de comercio: podrá muy bien suceder que nuestros mozos tengan algo que ver con ellas: si se les llega á desposeer de sus derechos, protestarán. Pero cuando es de presumir que el molino brillará con todo su esplendor, es cuando se trate de la eleccion de presidente de la República. Entonces parará la maquinaria por un tiempo ilimitado. ¡Un presidente! Nuestros mozos no se andan en bromas por lo tocante á ese asunto, el cual no puede llevarse á cabo sin que ellos asistan. Piden un hombre que sea enteramente de su gusto, un mortal perfecto desde la cabeza hasta los pies. ¡Un presidente! Antes que votar en favor de alguno que fuera indigno de la patria, nuestros mozos se tragarian la suela de sus zapatos. Pretenden saber todas las circunstancias que adornan al candidato y tener noticia de todos sus hechos públicos y privados. Quieren que no tenga defectos; que sea, como diria Juan Jacobo, la flor del guisante. Ya comprenderás, ciudadano, que estas disposiciones de ánimo no son del todo favorables al trabajo. Pero el molino puede estar satisfecho de ellas por la parte concerniente al honor, aunque no tanto por la relativa á la ganancia. No hay mas que tener algo de paciencia. Bien se lo merece un presidente de la República: la naturaleza no los produce todos los dias. Además, ya hemos hecho una especie de costumbre de la conformidad: por lo tanto no se trata mas que de un nuevo sacrificio.

»Otro tanto de pérdida en la molienda.

»Ahora, ciudadano, recapitularemos todo lo dicho. Presidente, representantes, guardia nacional, consejos municipales, consejos generales, consejos de distrito, consejos de hombres-buenos, tribunales de comercio, cámaras de comercio, sin contar el jurado, y otras comisiones estraordinarias. ¡Qué perspectiva para nuestros mozos! ¡Cuántas elecciones que hacer! ¡Todo derechos reconocidos é imprescriptibles! ¡No puede quitárseles ni uno solo! Y además debe tenerse en cuenta que entre ellos hay cabos, furrieles, hombres-buenos y consejeros municipales. El molino vá á tomar un rango brillante en el mundo: camina á pasos agigantados por la carrera de los honores. Solo una cosa me causa algo de inquietud y es el saber cuando tendrán tiempo nuestros mozos para subir los sacos y descargar las carretas. El caso es grave, y sobre él llamo tu atencion. La patria paga en gloria; pero eso es poco sustancial. ¿Quién pagará en dinero ó en comestibles? Indudablemente el molino. Tú eres, ciudadano, quien debe arreglar esas cosas:

es preciso aliviarse de ese peso cuanto antes. Lo mejor es tomar una resolucion pronta. Tus facultades te lo permiten.

»Tambien debo advertirte, que aquí la discusion está á la órden del dia. Tenemos un club, en el que todas las noches se agita el problema del asalariamiento. Nuestros mozos acuden puntualmente á todas las sesiones, y se empapan del sentimiento de sus deberes: los derechos del hombre, como diria Juan Jacobo. Añádase, que el asalariamiento produce en el club una oposicion formidable: casi podria decir que reune contra él la unanimidad. El club está conforme en ver en el asalariamiento nada mas que un legado del feudalismo y una forma evidente de esclavitud. Antes de ayer declaró del modo mas solemne que el porvenir no pertenecerá al asalariamiento. Este es un acto que no carece de gravedad. Nuestros mozos lo han tomado á la letra, y en verdad te digo que sus conversaciones nada bueno presagian. Pregúntanse, ciudadano, por qué razon no los asocias á tus ganancias y dicen que adquieres tesoros que vas acaparando. No comprenden cómo tú, hombre del pueblo, en vez de invitar á tus hermanos á la participacion de tus bienes, los vas enterrando como haria un aristócrata, ó un financiero. Esto es lo que se dice en todos los rincones del molino. Á esto añaden que seria muy buen ejemplo abolir el asalariamiento en este molino, y dar el espectáculo de un grupo de molineros bebiendo en la misma jarra y comiendo en la misma gamella. Esto produciria un noble impulso, un gran pensamiento. El club te invita á reflexionar sobre esta cuestion, y está pronto á decretar que mereces palmas cívicas.

»Esta determinacion tendrá además la ventaja de ahorrarte otros inconvenientes. En efecto, ciudadano, el club ha querido asegurarse por sí mismo del sistema de trabajo que se sigue en tu molino. Ha oido lo que los operarios le han dicho, ha recogido cargos y ha hecho una especie de indagacion judicial. Su resultado es de los mas malos. Sabe que oprimes á tus mozos y que los tratas como negros de Guinea, esplotándolos sin piedad y abusando odiosamente de sus fuerzas. Esto es lo que se sabe y lo que se dice. En tu establecimiento no cesa el trabajo un instante. Tus operarios no descansan ni de dia, ni de noche: es el tormento del asalariamiento elevado á su última espresion. Cuéntanse sobre este particular cosas increibles, y se citan detalles capaces de horrorizar. Hay niños de diez años que trabajan veinte y cinco horas sobre las veinte y cuatro, acosados con un látigo, y para colmo de horror privados de alimento. El cabello se eriza solo de pensar en eso. Tam-

bien se habla de reglamentos de una injusticia repugnante, de retenciones de jornales, y por decirlo de una vez, de una multitud de abusos dignos de acarrear vengadoras represalias sobre tu persona. Juan Jacobo lo dijo: El castigo llegará, aunque sea cojeando.

»El club ha declarado que no tolerará por mas tiempo un estado de cosas semejante. Esto es un abuso de las fuerzas humanas, una abominable esplotacion del hombre por el hombre. El deber del club es oponerse, y por lo tanto se ocupa en trazar un proyecto de arreglo, y si no te conformas con él, ciudadano, serás puesto en entredicho juntamente con tu molino, tus riquezas conocidas y tus tesoros ocultos. La mas sencilla reflexion indica que el club se halla en su derecho. Un hombre no puede disponer á su gusto de los brazos y de los sudores de sus semejantes. Todo lo que se hace no es mas que pura tolerancia, y en nada prejuzga la cuestion. El asalariamiento es un principio falso: todas sus consecuencias deben serlo tambien por necesidad. El club adoptará sus medidas. Él te dirá qué servicio puedes exigir de tus operarios y arreglará la duracion y condiciones del trabajo. Puedo decirte que desde luego ha adoptado un punto de partida que promete ser muy fecundo en resultados.

»Por de pronto ha determinado que tus mozos trabajen dos horas menos y ganen un franco mas. Esta medida ha sido aceptada con general entusiasmo. El club se admira de que no la hayas adoptado espontáneamente. Es un plan muy sencillo y que te habria ahorrado muchos disgustos.

»Hay tambien otro asunto, ciudadano, sobre el cual ha hecho justicia el club sin andar en vacilaciones. En tu molino rige un reglamento con arreglo al cual impones multas. ¿Con qué derecho? En vano consulto varios autores para saber en qué puedes apoyar semejante medida. El hombre sale de las manos de Dios, dice Juan Jacobo. ¿Serán esas palabras, ciudadano, el fundamento de tu pretension? Lejos de ser así, te condenarian. ¡Pues qué! Un hombre como tú, un ser igual tuyo, hecho á imágen del Criador, te sacrifica su tiempo, su atencion, sus brazos y sudores; te entrega, te abandona sin escluir nada, sin retener nada, todo lo que tiene ¿y tú especularás sobre ese hombre, sobre ese ser igual tuyo? Y le escatimarás la racion, y le reducirás á solo lo que te se antoje darle. El club no encuentra palabras para censurar esa arbitrariedad como lo merece. Es un instrumento de despotismo que te van á arrancar de las manos; es el látigo aplicado á la raza blanca. Ya no podrás usar

de él en lo sucesivo: el club te lo prohibe. Nada de multas, no mas retenciones. Integridad absoluta é ilimitada de jornales. Aun hay mas: por via de espiacion de lo pasado, te se priva de la direccion moral de tu establecimiento: el club se encarga de ella, y la desempeñará paternalmente y atendiendo al principio de que el que paga el jornal nunca puede tener razon, ni el que lo recibe dejar de tenerla.

»Asi se verificará, ciudadano, la regeneracion del molino, y merecerá ser citado en toda la estension de Francia como una fábrica modelo. Habrá persona que andará mil leguas por verlo, y los estranjeros copiarán su reglamento para proponerlo á la admiracion de Europa. Considera cuánto esplendor vá á recaer sobre tu nombre. Prepárate á recoger himnos de alabanza de todos los puntos del globo. ¿Qué seria si te resolvieras á añadir un sistema de sopa económica para los mozos del molino? ¡Ah! Entonces la admiracion no tendria límites. Para coronar la obra no faltaria mas que completar la reforma aboliendo el asalariamiento. En esto consistiria la gracia del monumento y vendria á ser como el embrion de la industria futura. ¡Un molino de asociados! El ejemplo haria progresos y tendria una virtud contagiosa. ¡Igualdad de partes, igualdad de derechos, siempre imprescriptibles! ¡Combinacion ideal! El corazon se exalta solo con pensar en ella.

»Ciudadano, ciudadano, magnífico es el papel con que te convida la ocasion: ¿la dejarás pasar? Te alzarian sobre el pavés, y tu frente seria ceñida por una corona de hojas de encina. ¡Recompensa gloriosa y digna de la antigüedad! Entre tanto, los mozos del molino andan de suelta cuando hay elecciones, y el club trata de ejecutar el reglamento que te impone por su propia autoridad. No pierdas tiempo y decídete cuanto antes. Por mi parte, ciudadano, tampoco puedo menos de decirte que me hallo muy mal avenido con el sistema de asalariamiento. ¿Es justo? Tú te paseas en París con las manos en los bolsillos, y aquí soy yo quien carga con todo el peso. Si esto no es una esplotacion del hombre por el hombre, no sé á qué cosa se podrá aplicar ese nombre. Remontándose á los tiempos pasados, difícilmente se encontraria un abuso mas caracterizado, ni una opresion mas evidente del trabajador por el capitalista ocioso. Podré soportar esta situacion como un hecho, pero estoy lejos de admitirla como principio. De manera que por mil motivos no hay mas remedio que tomar un partido, y plantear el molino bajo otro sistema.

»Los derechos están en razon de las nocesidades, valiéndome de las

espresiones de Juan Jacobo. Esta es la divisa del club, y tambien es mi última palabra.

Salud y fraternidad.

GASPAR, *primer mozo de molino.*

(No sabiendo escribir, ha puesto una cruz.)

Durante esta lectura, Simon no hizo ni un gesto ni un movimiento: conservó la inmovilidad de una estátua, pero podia adivinarse la oculta rabia que devoraba su pecho y cuyos ímpetus apenas podia contener.

—Y bien, señora Paturot; esclamó cuando mi mujer hubo concluido.

—Es una carta singular, contestó ella. ¡Escribir así un mozo de molino!

— ¡No es él, señora! es ese domine de Marche-Neuf. ¡Con qué satisfaccion le acariciaria las costillas! ¡Un maestro de escuela de tres al cuarto! ¡Un pedante, que se ha hecho presidente de club y que trastorna la cabeza á mis mozos!

—¿Y ellos le escuchan?

—¡Escucharian á Lucifer! ¿No sabe V. lo que son los mozos de molino? Unos pobres diablos, á quienes sin embargo hay que gobernar á rejonazos. Trabajan con brio, con tal que el amo esté presente; por lo demás, tienen unos cerebros muy pobres. Hé aquí mis gentes: ¿cómo quiere V. que puedan precaverse? Ese viejo dómine los habrá imbuido á su gusto. Está al corriente de todos los sistemas que circulan aquí en los periódicos. ¡Admite tanta inmundicia el papel! Habrá acomodado la cosa para ellos, les habrá prometido una suerte tan brillante, que los ha subyugado. ¡Es tan simple un mozo de molino! Tanto valdria arrimar el fuego á la estopa. Y todo esto por causa de ese maldito maestro. ¡Dios! ¡Si le pillára aquí qué bella demostracion le administraria en las espaldas! ¡cómo le haria sentir las bellezas del asalariamiento!

—Eso no estaria mal, Simon.

—Vea V. pues, lo que ha sucedido, señora Paturot. Hace un mes que dejé un establecimiento en el estado mas floreciente: todo marchaba en él como sobre ruedas. Apenas he dejado el pais cuando no ha quedado cosa sobre cosa. El trabajo ha decaido, la maquinaria ha languidecido; los parroquianos se han perdido. Me amenazan con privarme

de lo que es mio. Se me propone con el mayor descaro que suscriba á mi propia espoliacion. ¡Y qué un solo hombre tenga la culpa de tanto trastorno! Cuanto mas pienso en ello mas me exapero. Haria el viaje aunque no fuese mas que por tener el placer de ahogarle entre mis manos.

—Nada de escesos, digno representante.

—Es que estoy arruinado, señora, enteramente arruinado. El alquiler corre y el molino no anda. Cuando llegue el plazo será necesario pagar. ¿Y entónces de dónde saco el dinero? ¿Y si quedase mal? ¡Un representante! Juzgue V., pues.

—Todavia no ha llegado ese caso, Simon.

—Pero llegará pronto, por poco que tarde en ir. En el trabajo, señora Paturot, el ojo y el brazo del maestro son el todo. Si parto inmediatamente se podrá remediar el daño. Apenas haya llegado, se verá que hago tomar otro aspecto á las cosas. Si es preciso me haré algo pesado. Cuando venga al caso sabré acudir á la lógica de los puños: esa clase de razones son muy convincentes para los mozos, pues con ellas comprenden que no falta quien les dirija. Y sobre todo me prometo feliz resultado con el ejemplo que les daré. El ejemplo, señora, es el alma de un establecimiento. Cuando el dueño trabaja concienzudamente todos sus criados hacen lo mismo. Ese es el verdadero modo de persuadir y arrebatar la voluntad; el criado mas flojo no puede resistir á ese medio.

—Efectivamente.

—¿Conviene V. por fin, en que es tiempo de marcharme? Creo oportuno el oir el dictámen de V.

—Pues bien, Simon: no juzgo que el caso sea tan urgente. Podemos arreglarlo desde aquí. Le habrán exagerado las cosas. Espere V. algun tiempo.

—¿Esperar? ¿Para que la situacion se empeore? ¡No conoce V. lo que es un establecimiento industrial, señora Paturot! Además, tambien es preciso que fijemos nuestra atencion en el porvenir. Merezco á V. algun interés, ¿no es verdad?

—¿Puede V. dudarlo, Simon?

—Discurramos, pues, á sangre fria. Han elegido para la Asamblea á unos pobres ignorantes como nosotros por una vez solamente.

—¡Qué suposicion!

—De manera que si mañana me dieran el retiro, seria poco lo que me perjudicarian. Pero si tardan dos años en dármelo, la cuestion varia

de aspecto. Durante ese plazo habré vivido como un señor y no como un artesano: habré vestido frac negro, comido en la fonda, y acostumbrado mis brazos á la inaccion. Y al cabo de ese tiempo tendré que sujetarme otra vez al trabajo mecánico, y tendré que pedir á mi musculatura el rudo servicio que me prestaba anteriormente. Ni mi cuerpo, ni mi cabeza podrán corresponder ya á esa exigencia: todo lo habré olvidado, y nada habré aprendido: habré dejado de ser un buen molinero, sin haber sido otra cosa que un chabacano representante. Esas son las probabilidades con que debo contar discurriendo sin ilusion y sin rebozo. ¿Se atreverá V. todavia á darme el consejo de que me espere?

—Cierto que sí.

—Pues entonces, señora Paturot, preciso me será pensar que no me quiere V. del todo bien. ¿Á que he de esperar? Durante esa dilacion todo irá de mal en peor en mi establecimiento. Caerá una ruina sobre otra, y cuando vuelva á presentarme, ya no será con la misma autoridad. Solo se hace bien lo que se hace asíduamente. No tendré de molinero, mas que el nombre. ¿Quién sabe? Tal vez me avergonzaré de serlo. ¡Adios mi vigor de otro tiempo! ¡Adios mi voz de mando! La ociosidad lo habrá corroido todo: no seré mas que la sombra de mí mismo: mis criados se burlarán de mí. No, señora, nunca me espondré á semejante deshonra. Quiero regresar al molino antes de que ocurra tamaño desconcierto. Allí estuvo mi cuna, allí estará mi sepulcro. No he nacido para un destino mas elevado.

No le fué posible á Malvina, por mas que hizo, curar aquel corazon lacerado. Simon siguió mostrándose inflexible, y queriendo renunciar al cargo de representante para volver á poner en órden su establecimiento. Lo que mas singularmente deseaba era el aplicar al sobornador de sus criados una famosa leccion. Este deseo le hacia renacer la memoria de todas las incomodidades que estaba sufriendo, los treinta discursos que componian su racion djaria, la molesta pertinacia de los importunos, el estado de su industria, y finalmente la deplorable situacion de su apetito. Á fin de domar ese deseo, no tuvo mas remedio Malvina que darle la razon en todo, y exagerar sus quejas: así pudo conseguir algunos dias de plazo. Se escribió al comisario de policia recomendándole el domine que exaltaba á los molineros con citas de Juan Jacobo, y con invectivas contra el asalariamiento: el comisario debia hacerle buscar otras distracciones menos subversivas. Algo mas tranquilo Simon por lo tocante á este particular, se resignó á esperar.

CAPITULO XXXVII.

EL REGRESO DEL ÁGUILA.

Hacia algunos dias que el pueblo de París estaba presenciando el mas estraño espectáculo. La parte de los *boulevards*, situada entre las dos puertas de San Dionisio y San Martin, se cubria espontáneamente desde las ocho á las diez de la noche, de grupos en que se suscitaban animados debates, cuyo alimento era la política: todas las opiniones parecian refundirse en una sola. Durante largo tiempo, la República de todas condiciones habia sido dueña de las calles: ayer mismo estaba dominando en ellas como soberana. Solo ella estaba agitando sus banderas al viento, y llenando el aire de clamores. Ese imperio esclusivo acababa de fenecer: otra bandera estaba haciendo ensayos para desplegarse. Esta bandera no era otra que la de Austerliz y Jena, la bandera de los ilustres guerreros franceses. El imperio volvia á salir á flor de agua con sus gritos y sus emblemas, y tambien con sus candidatos.

Esta manifestacion fué hecha con la rapidez del rayo: hasta entonces nadie habia pensado en los calzones de ante, ni en sus derivados. La raza que los llevó empezaba á perderse ya en la noche de los tiempos: el brillo de sus recuerdos la ponia casi al nivel de las edades mitológicas. Considerábasela como relegada ya en ellos eternamente, y hubiera sucedido con ella lo que con las armas de los paladines, demasiado pesadas para nuestros brazos degenerados. Parecia que ya nada podia decirse acerca de la guardia antigua y del emperador: este se hallaba durmiendo bajo la losa de los Inválidos, y aquella se iba elevando en espiral al cielo, esculpida en la columna. Memorias queridas

y sagradas ¿á qué fin turbaros por medio de insensatas pretensiones? ¿A qué fin hacer pesar sobre vosotros la responsabilidad de ridículas empresas? Vuestro mas alto honor, vuestro mas glorioso título, era el de no pertenecer á ninguna época, ni al pasado, ni al presente, y figurar en la historia tan solo como un meteoro terrible y luminoso.

No pensaban todos de esa manera: los restos del grande ejército tenian su pretendiente que presentaban en las elecciones, y le defendian en las calles. Este proyecto se iniciaba acompañado de cierto rumor que ocupaba la atencion de todos, sin esceptuar el pueblo, que como es sabido, propende siempre á la novedad. El pueblo necesita ídolos, y los mas brillantes son los que mas le atraen. Cuando se cansa de ellos, los rompe y vuelve á crear otros nuevos. Esto es una especie de diversion para el pueblo, que se inflama y se enfria con igual facilidad, sin reparar en pretestos, con tal que le produzcan agitacion. Tal era la situacion política de Francia. La calle acababa de cambiar de programa: de un dia á otro, la palabra de órden habia sufrido una completa transformacion: las emociones revolucionarias cedian el terreno á las emociones imperiales. Vincennes quedó eclipsado por el castillo de Ham. ¿Era táctica? ¿Era entusiasmo? ¿Era movilidad ó cálculo? Nadie lo sabe: tal vez eran ambas cosas á un tiempo. Táctica y cálculo por parte de los jefes: entusiasmo y movilidad, por parte del pueblo. ¡Pueblo singular, amigo de la pólvora y del ruido! ¡Pueblo que se lanza á la calle sin motivo, y se bate á todo trance sin saber por qué, ni para qué!

Oscar no habia vacilado en afiliarse en el nuevo partido: la fuerza le entusiasmaba. Decia en alta voz, que Francia quiere ser gobernada, y que necesita un brazo de hierro: no hallaba espresiones suficientes para alabar el imperio y los personajes que habian sido su principal ornato. Jactábase de tener entre ellos muy buenas relaciones, y por otra parte, afirmaba que el imperio habia sido la época mas brillante para las artes. Los grandes pintores habian llegado á ocupar puestos en el Senado, y habian sido recompensados con palacios en Bohemia y en Iliria. En la mesa del soberano habia un cubierto dispuesto para ellos, entraban con intimidad en su imperial cámara, y le ayudaban á ponerse sus botas de montar. Cuando el Gran Capitan estaba ausente, Josefina los recibia en la Malmaison, y les ofrecia comidas dispuestas por el archicanciller del imperio. Aquella fué la época para los pintores. Desde Moscou, el emperador les enviaba tabaqueras adornadas con esmeraldas. Nadie sabia hacer las cosas mejor que él. Así es, que Oscar no va-

ciló en acudir al primer llamamiento. Queria á todo trance un gobierno amigo de las artes, y no ocultaba sus deseos: tal vez en su imaginacion iba unido el sistema de gobierno, con los festines espléndidos y las tabaqueras. La República le parecia mal provista de esas cosas, y por lo tanto se lanzaba hácia el imperio. Tal es la condicion del corazon humano.

Una de nuestras mayores distracciones consistia en recorrer el teatro de esos acontecimientos. No podia darse cosa mas original: todo se ejecutaba con una exactitud mecánica y en todo se descubria una mano sumamente diestra. Á las siete el *boulevard* estaba desocupado: podia transitarse por él sin dificultad. Á los ocho empezaban á formarse los grupos en un estado inerte: no se oia un grito, ni una palabra: todo estaba en profunda inmovilidad. Á las nueve se presentaban los oradores, que promovian y sostenian el debate. ¡Qué de mezquindades! ¡Qué de inepcias! No se echaba de ver, por cierto, ese buen sentido del pueblo, ese buen sentido tan cacareado. La actitud de los grupos nada ofensivo presentaba: no parecia que en ellos se cobijara ninguna animosidad, ninguna efervescencia, y únicamente manifestaban obstinacion en no abandonar el terreno. Á las diez era absolutamente imposible circular por aquel punto. Los carruajes abandonaban sus puestos y las puertas de los almacenes se cerraban. Habia ya atentados contra el órden, y debian tomarse sérias providencias. Empezaban á verse bayonetas en el horizonte y un redoble de tambor anunciaba la aproximacion de la fuerza armada. Entonces era cuando los grupos se dispersaban, quedando citados para el mismo punto al dia siguiente. Esto se verificaba del mismo modo y con la misma puntualidad que un ceremonial: la misma comedia volvia á ser representada por los mismos actores. Semejante espectáculo prolongado indefinidamente, concluyó por hacerse monótono y por alarmar los intereses: la paciencia del público llegó á cansarse, y empezaron á acusar de complicidad al gobierno, diciendo que se valia de ese medio, y que aspiraba á reinar por la miseria.

En cierta ocasion en que nos hallábamos en lo mas espeso de los grupos, Oscar encontró á un conocido á quien estaba muy lejos de esperar. Ocurrió este encuentro bajo la puerta de San Dionisio delante de uno de los trofeos que adornan sus costados. En un grupo compuesto de blusas se trataba del imperio y del emperador. Sentí que el pintor se estremecia bajo mi brazo y quise hacerle pasar adelante; pero ya era tarde, porque habia tomado la palabra, y como el asunto le inspiraba, debo

confesar que hablaba con elocuencia. Estableciόse un profundo silencio, y el auditorio fué aumentándose por momentos. Oscar se abandonó á la inspiracion: su barba iluminada por un mechero de gas se elevaba á los mas pintorescos efectos de luz. Estaba refiriendo al pueblo que lo escuchaba con profunda atencion, las maravillas del palacio imperial y el bautizo del rey de Roma. Estas narraciones al aire libre no estaban enteramente exentas de peligro. La policia nos rodeaba, y entre los curiosos se me figuró haber conocido á algunos esbirros. En vista de esto traté de advertir al pintor apretándole el brazo. Entre las personas que habia á nuestra derecha, ví á un hombre que llevaba un bastoncillo suspendido de un boton del pecho: su aspecto acabó de alarmarme.

—Basta, Oscar, basta, le dije á media voz.

Pero mi amigo estaba arrebatado, y no hizo caso alguno de mi advertencia. El hombre del bastoncillo se iba acercando, y al parecer se hallaba conmovido hasta el punto de derramar lágrimas. Tanto enternecimiento me pareció de mal agüero. Volví á repetir mis avisos con instancia.

—Por favor, Oscar, marchemos, dije á mi amigo atrayéndolo hácia mí.

Al fin cedió y se resolvió á seguirme. Ya empezábamos á desprendernos de los que nos rodeaban, cuando una robusta mano se dejó sentir en la espalda de mi compañero. Creí que era la policia y traté de escabullirme entre la multitud. Pero aquella mano era sobradamente obstinada para que nos pudiéramos desprender de ella: fué preciso pararse y capitular: entonces vimos que el que nos interpelaba era un artesano vestido de blusa, y de una facha capaz de inspirar respeto.

—Mi general, le dijo á Oscar quitándose la gorra y manteniéndola militarmente á la altura del ojo.

—¿Qué hay? ¿Qué hay, amigo mio? le respondió el pintor, ignorando á quien se dirijia.

—¡Cómo, mi general! ¿Ya no me conoce V.?

—Sí, amigo mio, le conozco; pero así...: con vaguedad.

—Comtois, Comtois, aquel de las casas consistoriales. Es cierto que estaba bastante oscura la noche en que nos conocimos.

—¡Ya caigo! ¡Mi querido Comtois! ¿Cómo diablo le habia de conocer asi, de golpe? Venga ese mano, querido. Jerónimo, te presento á mi salvador. Sin él, á estas fechas me estaria pudriendo sobre la paja de algun calabozo. Pero ¿qué hace V. aquí, Comtois? Siempre con humor de conspirar, ¿no es verdad? Pero póngase la gorra, amigo mio.

—Perdon, dispense V. mi general, replicó el atleta sin dejar su postura. Es el caso que quisiera pedirle un favor.

—Ya ves como les sigo fascinando, Jerónimo, me dijo mi amigo en voz baja. Luego volviéndose hácia el jornalero añadió con majestuosa benevolencia: hable V., Comtois, hable V.

—Es que, mire V., siguió diciendo Comtois sensiblemente turbado, tengo que pedirle un favor, y eso me cuesta mucho.

—Serenese V., amigo, y diga lo que sea. No le dé cuidado alguno este caballero, que es el ciudadano Paturot, honrosamente conocido en su barrio.

—Pues bien, mi general: lo que tengo que decirle es que he reñido con Percheron y desearia saber si he hecho bien.

—¿Qué motivo ha tenido V.?

—¡Ah! sé muy bien el respeto que debo á V., mi general, para que se lo vaya á contar en medio de la calle. Cerca de aqui hay un bodegon, en donde no soy mal recibido. Si no temiera faltarle al respeto ofreceria á V. un vaso de vino y un aposento para echar un párrafo. ¡Son tantas las cosas que tengo que decirle!

—Pero, amigo....

—No rehuse V., mi general, venga conmigo, y tambien su compañero. No tendrán motivo alguno para arrepentirse. Vengan VV., vuelvo á decir.

El jornalero acompañó estas palabras con un gesto tan espresivo, que Oscar no tuvo mas remedio que seguirle. De buen ó de mal grado tuvimos que entrar en un bodegon y acomodarnos en el entresuelo al rededor de una botella de Argenteuil. Apenas nos habíamos sentado cuando Comtois me dijo con mucho misterio:

—¿No sabe V. lo que pasa?

—Nada sé, le respondí.

—¿Y V., mi general, tampoco sabe nada?

—Absolutamente nada, contestó Oscar.

—Sin embargo, es cosa que ha hecho bastante ruido. Así me lo han asegurado cuatro curtidores de gamuza y se cuenta públicamente en los talleres de pieles finas.

—¿Pero qué es lo que se cuenta? Esplíquese V., Comtois.

—Que el Emperador está de vuelta, que ha regresado, repitió el artesano con un entonacion solemne.

—¡El emperador! repetimos los dos á un mismo tiempo.

—El mismo, en persona: el pequeño *Caporal*, como decia mi padre. Llegó ayer á las diez y veinte y cinco minutos de la mañana.

—¡Bah!

—Le han visto en coche cerca de la *Mare d'Auteuil*. Sí, en un landó tirado por dos caballos blancos, la cosa mas sencilla del mundo. Ha manifestado que en su regreso no queria aparato de ningun género. Ya ven VV. cuánto conviene la prudencia. La menor indiscrecion puede trastornar el golpe. Lo que hay de cierto y de seguro es que ha regresado.

—¿Pero es cierto? le pregunté sonriendo.

—Es indudable: ha regresado, y antes de poco lo verá todo el mundo. ¿Pero en donde se oculta? Nadie lo sabe. No falta quien dice que está en la linterna del Panteon y que desde allí lo está examinando todo con el anteojo. Será posible; pero yo no lo afirmo. Otros dicen que ha bajado á las catacumbas al frente de cuarenta y dos mil Indios. Eso me parece mas verosímil. Generalmente se opina que hay un plan para apoderarse de París en tres minutos, reloj en mano. Solo él es capaz de semejantes invenciones: ese rasgo le caracteriza completamente.

No podia dudarse que el artesano, al hablar de esa manera, procedia de buena fé: su rostro respiraba entusiasmo y sencillez. Estas circunstancias le ponian en una situacion peligrosa por cuanto cualquiera habria podido abusar de ellas. Por lo tanto traté de remediarlo, desvaneciendo aquella quimera.

—Pero, amigo mio, le dije, el Emperador murió.

—¿Lo cree V. así? me replicó con singular sonrisa.

—Es una verdad de que todo París ha podido convencerse. En Courbevoie se abrió su féretro. En él se encontraron los pantalones blancos, las medias de seda, la levita de solapas, el pequeño sombrero, todo se encontró allí. Luego le enterraron en los Invalidos. No puede ocurrir duda alguna acerca de su muerte.

—¿Con qué es V. de los que creen en eso? me dijo el artesano fijando en mi persona miradas llenas de desconfianza.

—Sin duda que lo soy, le contesté.

—Y V., mi general, ¿es tambien de esos?

—Tal es la opinion pública, Comtois, respondió el pintor, como tratando de evitar el compromiso.

—¡Ea! Todos serán lo mismo. ¡Morir el Emperador! Bien se vé que no le han conocido VV. Oiga V., mi general. Estoy mas enterado que V.

en lo tocante á ese asunto. Yo no he visto al Emperador, pero mi padre estaba en grande con él. Era dragon de la Emperatriz, ya vé V. si le conoceria. Cien veces ha estado de centinela en su puerta y le ha visto, como yo veo á V., por la mañana, por la tarde, á todas horas. Le siguió tambien en el ejército, en las batallas, en todas partes: como que nunca se separaron. Pues bien, mi padre me instruyó muchas veces diciéndome: Comtois, cuando te digan que el Emperador ha muerto, contesta en seguida: Ese rumor es hijo de alguna intriga. Son los ingleses los que hacen correr esa voz para utilizarse de ella. Sí, hijo mio, aun cuando fueras tú solo el que sustentáras esa opinion, nunca dejes de decir: El emperador no ha muerto, y en seguida no te olvides de añadir: El emperador volverá. Así nos lo prometió en el patio de Fontainebleau, y nunca ha dejado de cumplir sus promesas. Ya comprenderá V., general, que á eso nada hay que replicar. ¿Qué mejor testimonio puede darse? ¡Un dragon de la Emperatriz, un vigote que encaneció al lado del Emperador! Eso por lo menos es auténtico.

—¿Segun eso, le dije prestándome á su mania, el Emperador ha vuelto?

—Ha vuelto y esa es la causa de haberme indispuesto con Percheron. Así que me dieron esa noticia, me declaré, diciendo: Me paso al partido del emperador. Á Percheron no le gustó mucho esa determinacion; porque tambien es como VV. de los que creen que el Emperador está descansando bajo el monumento. Yo me obstiné, él se incomodó y dejó escapar algunas palabras duras. Tengo naturalmente un carácter sufrido, pero la muerte del Emperador me afectó los nervios. Me hizo el efecto de un vino malo. Me alboroté un poco y....

La frase quedó interrumpida por haber sonado en la puerta de la habitacion un ruido que podia interpretarse como señal ó como llamamiento. Comtois debió comprender sin duda que era un amigo el que hacia aquel ruido, pues en el acto se levantó á abrir, diciéndonos:

—Permaneced tranquilos: no tardaré dos minutos en volver.

La puerta quedó entreabierta y me dejó ver la persona con quien el artesano estaba hablando. Era un señor vestido de negro, y que segun su aspecto pertenecia á la clase elevada. En la puerta del bodegon le estaba esperando un cabriolé. Á pesar de lo bajo que hablaban, pudimos oir algunas palabras:

—Hasta el domingo, dijo el desconocido: ese será el gran dia.

—Corriente, corriente, respondió Comtois.

—¿Vuestra gente se halla dispuesta?

—¡Dispuestos y prevenidos! Todo está en regla. Al primer silbido los veré á todos reunidos. Esté V. seguro de que no tendrá motivo de queja.

—Así lo creo; el Emperador estará contento.

El resto de la conversacion se nos escapó: solo con algun trabajo pudimos enterarnos de las últimas palabras.

—¿Mañana, aquí? preguntó el desconocido.

—Mañana y siempre, respondió Comtois.

En seguida volvió á ocupar su asiento á nuestro lado. Su rostro habia adquirido una nueva espresion: en él brillaba la alegria en su mayor grado de exaltacion.

—Que me digan ahora que ha muerto, decia frotándose las manos y como respondiendo á sus propios pensamientos. ¡Qué me lo sostengan! Ya no puede caber duda de ningun género.

—¿Qué es eso? le preguntó Oscar.

—Mi general, no puedo contenerme: me sofocaria si no lo llegára á desembuchar: pesa demasiado para tenerlo oculto.

—Hable V., Comtois: está V. tratando con personas discretas.

—El Emperador ha preguntado por mí, dijo el atleta sumergido en una especie de éstasis. ¡El Emperador!

—¿Há preguntado por V.?

—Sí, por mí, que me llamo Comtois y soy natural de Baume-les-Dames; se ha informado de todo: todo lo sabe y ha dicho refiriéndose á mi persona: «Ese es el hijo mayor de un dragon de la Emperatriz, uno de mis valientes.» Esas son sus propias espresiones. ¿Y no quiere V. que se deje uno descuartizar por un hombre como ese? Aun cuando supiera que me habian de hacer pedazos seguiria defendiéndole. ¡Oh! ¡domingo, domingo! ¡cuánto tardas en venir!

—¿Se han dispuesto las cosas para el domingo? preguntó Oscar.

—Sí, mi general: todo marcha en grande. Por lo visto le consagraremos en Reims el mes que viene: el Papa ha prometido asistir á la ceremonia. El Emperador tiene en su bolsillo mil quinientos millones que distribuirá entre los pobres en el dia de su coronacion. Al anochecer habrá gran comida en las Tullerias, y los antiguos mariscales encontrarán un millon bajo la servilleta. Por lo tocante al pueblo habrá ocho dias de diversion, cucañas, ocho dias de boda. En lo sucesivo no habrá mas mendigos: el Emperador no quiere que los haya. Ya verá V., ya verá V.

Era tan sincera y profunda la confianza con que Comtois referia estos pormenores, que ni Oscar ni yo nos sentíamos con fuerzas suficientes para contradecirle. ¡Era tan dichoso aquel hombre! ¡Tan grande su fé en el Emperador, y tan arraigado el convencimiento de su existencia!

—¿Es decir que le consagrarán VV. el mes que viene? le dije.

—Sí, en Reims; asi lo hemos determinado, y asi se verificará; el Papa lo ha prometido. Lo hará personalmente.

—¿Y hasta entonces?

—Hasta entonces, todo está arreglado. Por de pronto, se procederá al escrutinio. La Francia entera elige al emperador. Será elegido por el sufragio universal de todos los ciudadanos. Yo solo he logrado proporcionar cuatro mil votos. ¡Cuatro mil votos de un puñado! ¡El Emperador! ¡Ya quisiera yo saber de alguno que no vote por él! El voto será unanime.

—¡Supuesto que aun vive!

—Está tan vivo como nosotros. Pero supongámoslo elegido ya por el sufragio universal. Ya tiene lo que necesita para decir al gobierno: Ya veis que el pueblo está en mi favor: desocupad los puestos sin andarse en rodeos. Si el gobierno admite esa proposicion, las cosas marcharán por sí solas y no habrá motivo de choques. Se verifica la consagracion y reina sobre los franceses. Si por el contrario ocurre alguna resistencia, entonces se obrará como convenga. Yo les advierto á los que hagan la oposicion que no encontrarán mucha blandura. Por mi parte estoy decidido á manejar los puños con mas vigor que nunca. No ignoro que el inglés derramará dinero en París para impedir que se verifique el plan del Emperador; pero tambien tenemos nosotros nuestros pequeños recursos y sabrémos ponerlos en juego.

—¿Vuestros pequeños recursos? dijo Oscar.

—Sí, mi general. Al postre vá lo bueno, como se dice vulgarmente. Esto producirá un efecto sorprendente: á lo menos asi lo creo. Júzguense VV. por sí mismos. Nadie lo espera.

Al decir Comtois estas últimas palabras, habia vuelto á tomar un aire misterioso, como si temiera que sus confianzas traspirasen fuera del aposento. Púsose en pié, y fijó una minuciosa mirada en todas partes. Viendo que nos hallábamos en un absoluto aislamiento, metió su mano bajo la blusa, y sacó un objeto que hasta entonces habia estado oculto. Era una águila llena interiormente de paja, y perfectamente

conservada. Su ojo de cristal espresaba cierta fiereza mezclada de indignacion: su plumaje conservaba un lustre brillante, y su cuello se mantenia altivamente erguido como debe tenerlo la soberana de las nubes. En toda su actitud se revelaban proyectos de conquista, y no podia dudarse que pertenecia á la familia de los vencedores. No parecia sino que iba á desplegar las alas para volar como su abuelo, de campanario en campanario. Consideraba el imperio como su posesion, y la tierra como su presa. Poco importaba que para conseguirlo hubieran tenido que despedazar sus garras alguna carne viva. No temia la vista ni el olor de la sangre; á sus instintos de raza no le eran repugnantes esas cosas.

—Miren VV., dijo Comtois presentándonos á la vista aquella obra maestra. Si alguno tiene la audacia de resistirse, no le faltará con quien hablar.

—¿Qué quiere V. decir con eso, amigo mio?

—Está tan claro como la luz del dia lo que quiero decir. Supongamos que se encuentra alguna resistencia. ¡Muy bien! Yo preferiria todos los medios pacificos; mas dado el caso de que no quieran prestarse á razones, enarbolo mis puños. Tengo ya el traje preparado, sí, lo tengo en el cofre, bien limpio, y bien cepillado para el gran dia. Llega ese momento. Adelante y Dios nos asista. Me lo iré poniendo pieza por pieza: primero los calzones de ante, la casaca de solapa, el casco, el sable, las botas de correr siete leguas por hora, todas las menudencias. En menos de diez minutos queda consumada la operacion. Mi padre está otra vez vivo. ¡Un dragon de la Emperatriz en traje de la época! ¡Ya pueden VV. suponer cómo desempeñaré el papel! No habrá en el universo una fuerza capaz de detenerme, así que me vea vestido y peinado á la moda imperial. Es decir que me sentiré con fuerzas bastantes para coger el Panteon con una mano y plantarlo sobre la Magdalena. Es decir que en dos bocados me tragaré á ese gobierno si tiene el valor de resistirse. ¡Un calzon de ante y un casco! ¡El casco y el calzon de ante de mi padre! Ya tengo ganas de saber todo el estrago que podré hacer con esas prendas: mis manos están impacientes por ponerse á la obra.

Por mas guerrera que fuese esta idea tenia un viso de ridículo que no pudo menos de llamar nuestra atencion. Aquel robusto mozo con sus miembros de gladiador estaba destinado á producir cierto efecto como dragon de la Emperatriz. Por mi parte dudaba que el calzon de

ante se hallase en estado de poder resistir, pero Comtois de nada dudaba, y se encaminaba á su objeto con imperturbable confianza. Una vez tomada la determinacion era incapaz de retroceder. Aunque nadie le hubiera seguido habria marchado solo con el casco y los accesorios á la casa del Ayuntamiento. Era una cosa resuelta: no habia en el mundo quien le hiciera renunciar á ella.

—¿Y su águila? le dije.

—¡Mi águila! repitió fijando en ella una mirada triunfante.

—Convengo en que es un ave preciosa, y en que está perfectamente disecada: es un emblema brillante del imperio.

Mi interlocutor no comprendió el epígrama, ó no lo tomó sino en el sentido mas directo.

—¡Mi águila! siguió repitiendo. ¡Mi águila!

—¿Vá V. á sacar dinero enseñándola al público?

—Quite V. allá. ¡Qué disparate! ¿Habia yo de traficar con ese recuerdo glorioso? Le reservo un destino mucho mas noble: esta águila nos servirá de bandera en el gran dia. Esta será la insignia que dará á conocer á los hijos del imperio. A la vista de una ave tan gloriosa vá á correr toda la capital. Ya me he provisto del palo en cuyo estremo la voy á poner. Al menos esta águila representa algo interesante ¿no es verdad? No ostenta esta divisa todo el que quiere, como sucede con la bandera tricolor que los gobiernos se ván pasando de mano en mano. El águila no se domestica con tanta facilidad. Solo reconoce á un dueño y este es el Emperador. El Emperador ha regresado: el águila tambien está de regreso.

—Hé aquí una idea, Comtois, esclamó Oscar. El águila es el Emperador; el Emperador es el águila. Nada mas cierto, ni mas lógico.

—¿No es asi, mi general?

—Además, el águila trae el recuerdo de grandes dias: de aquella época en que los artistas fueron mas espléndidamente tratados por la munificencia del soberano. Sí, Comtois, el águila es una noble ave.

—No habrá mas que ponerla en presencia del gallo y veremos lo que sucede. ¡Pobre gallo, que está ya bastante desplumado!

—¿Con qué es decir, Comtois, que marchará V. con el águila?

—Así es, mi general.

—¿Se dirigirá V. á la casa del Ayuntamiento?

—Sí, mi general. ¿Estará V. allí?

—Veremos, veremos. Su águila me gusta. No puedo menos de

mostrarme sensible al recuerdo de aquellos tiempos gloriosos.

—Añada V., mi general, que ya tenemos al Emperador. Sin él ¿quién se atreveria á mover un dedo? Él es quien todo lo pone en movimiento. ¿De quién se puede esperar algo sino de él? El comercio se halla actualmente en mal estado; el jornalero carece de pan. Deje V. que venga el Emperador, y verá cómo cambia todo de aspecto. Con él no habrá mas remedio que hilar muy delgado. Mal negocio para los habladores, asi que él empuñe las riendas del gobierno. ¿Y qué se pierde con eso? ¿Cuándo han podido los habladores arreglar cosa alguna? Desde que tratan de hacerlo, cada vez vamos de mal en peor. París está en una situacion apurada: de cada piedra de las calles sale un desgraciado. El Emperador lo arreglará todo como por encanto. ¡Es tan afortunada su estrella! ¿No es así, general?

—Sí, Comtois, dijo Oscar levantándose de su asiento; y sobre todo enseñe V. su águila. Insisto en que esa idea está llena de conveniencia.

Levantóse la sesion, el artesano volvió á colocar la gloriosa insignia bajo su blusa, y salió del aposento mas decidido que nunca á procurarle los honores de una esposicion pública. Ya se ha visto cómo comprendia la trama en que habia tomado parte y en nombre de quién se habia afiliado. Esta ilusion fué comun en aquella época. Mas de un artesano de París y de un aldeano del Oeste creyeron depositar en la urna electoral un voto en favor del Emperador. Este nombre conservaba todo su prestigio, pero no lo transmitia. La herencia era demasiado pesada para sostenerla. Parecíase á la corona de hierro que nadie la habria tocado impunemente. En todo lo que sucedió en aquel tiempo ocurrieron bastantes ambigüedades y decepciones: mas de una vez se hizo un llamamiento á la ignorancia y á la credulidad. El águila disecada habia encontrado una víctima: no le faltaron otras á la que estaba viva. La ambicion representó tambien su papel, y es indudable que mas de un personaje columbró en la perspectiva de una conspiracion, un porvenir de grandes cordones, y de plazas senatoriales. Oscar solo columbró la esperanza de algunos encargos y de algunos festines dignos del archicanciller.

A todo esto, el movimiento esterior se iba prolongando, y los *boulevards* cada noche se veian mas atestados de una poblacion parásita. Preciso fué recurrir á los grandes medios, y coger de una sola redada á los curiosos y á los descontentos. Por medio de un movimiento es-

tratégico se consiguió encerrarlos á todos en un círculo de bayonetas. Nosotros pudimos contemplar esa escena sin estar espuestos á sus resultas. Colocados á una pequeña distancia, vimos que la emocion fué muy viva durante un breve intervalo de tiempo. Vimos tambien que un hombre estaba batiéndose solo contra toda una legion. Estrechado por un cinturon de hierro luchaba aquel atleta con el vigor y la energía de un jigante. Veinte hombres le tenian agarrado por el cuello, y á pesar de esto encontraba medios de evadirse. Por último, haciendo un violento esfuerzo, derribó á los que mas de cerca le acosaban y se abrió paso violentamente al través de los soldados estupefactos. Aquel hombre triunfaba, estaba libre, y gozaba de los honores del combate. En esta situacion llegó adonde estábamos. ¡Júzguese cuál seria nuestra admiracion al reconocer á Comtois! Oscar le dirigió la palabra.

—¿Cómo vamos de planes, mi valiente?

—El ave triunfa, mi general, respondió el atleta, el ave se abrirá paso. ¡Viva el Emperador! Ya está cercano el gran dia.

Si en aquellos momentos llevaba Comtois el águila sobre su persona, es indudable que al dia siguiente el animal tuvo que reclamar los servicios de algun naturalista.

CAPITULO XXXVIII.

MIS COMBINACIONES.

Dos cosas habíamos perdido de vista en medio del oleaje que nos arrebataba. La primera era concerniente á mis allegados; la segunda me pertenecia esclusivamente. Como funcionario tenia que exigir una reparacion; como ciudadano tenia que establecer las bases de una sociedad sin defectos.

Ambas cosas eran apremiantes, y en particular la primera. Íbamos llegando ya al fondo de nuestras economias. Lo supérfluo habia desaparecido; lo necesario estaba á punto de faltarnos. Malvina apuraba los recursos de su ingenio. Nadie mejor que ella sabia sacar partido del último trapo. Á fuerza de arte habia conseguido remediar las averias de su capota de color de granate, cuyo servicio se iba prolongando mucho mas allá de lo que permitian los límites de la estacion. En nuestros gastos reinaba el órden mas perfecto: no hacíamos el menor sacrificio al lujo, ni gastábamos mas que lo estrictamente necesario. Nunca salíamos en carruaje, y si entrábamos en alguna fonda, era de aquellas en que se permite regatear. Magnífico era el ejemplo que estábamos dando: la República mas severa hubiera podido envanecerse. No era posible remontarse mas concienzudamente por el curso de los siglos, ni aproximarse mas á las costumbres de Esparta, ni al uso de la salsa negra.

Mas con semejantes condiciones no podíamos aspirar á ir muy lejos. El fondo de reserva de un empleado dista mucho de ser inagotable. Desde mi desgracia estábamos sacando recursos de un fondo que no se renovaba, y esto nada tenia de consolador. Nos íbamos acercando á

una calamidad y era preciso tomar algun partido. No me era ya posible pensar en ninguna carrera que no fuese la de funcionario público. Habia bebido en la copa de la industria, y me habia dejado un amargo sabor. Por otra parte, la industria estaba espirando, y lejos de abrir sus brazos á nuevos hijos, se los iba cerrando poco á poco á los antiguos. Miles de manos estaban comprimiendo en vano aquellos pechos agotados.

La situacion era crítica: mi mujer lo comprendia y estaba hablando contínuamente de ella. Sin embargo no se le oponia con su acostumbrado vigor: por primera vez la veia yo falta de resolucion, y como puesta en manos de la casualidad. Durante los primeros dias de su llegada tuvo un momento de animacion, un relámpago. Parecia ser toda de fuego, y al oirla podia creerse que nada se le habia de resistir, y que le bastaria presentarse para allanar todas las dificultades. Entonces sabia cómo se doman las voluntades y cómo se esclaviza á la fortuna.

—Jerónimo, solia decirme, tu vás á ser juez de mis acciones: ya verás qué hermoso espectáculo. La hora de la indemnizacion ha sonado: atencion. Otros te pedirian de plazo una semana, un mes; yo no te pido mas que veinte y cuatro horas. Sí, querido mio, veinte y cuatro horas, ni un minuto mas. Así es como se toman por asalto los gobiernos. ¡Sería cosa de ver que se me resistieran! No serán estos, por lo menos: su medida está bien tomada. Hace dos meses que los estoy observando, Jerónimo, y ¿sabes lo que he inferido? Que todos son posteriores á la invencion de la pólvora. Me la pagarán y muy pronto. Pero desearia pedirte un favor, querido mio.

—¿Qué quieres Malvina?

—Que no te metas en lo que voy á hacer, porque tienes una mano muy desgraciada. Lo mismo digo de Oscar, que todavía te aventaja en cuanto á mala suerte. Nada de arrebatos de celo: todo lo echarias á perder.

Así pues, esto quiere decir que Malvina se reservaba los trabajos y los honores de la empresa. Este ardor no decayó durante algunos dias. Púsose á asediar las puertas de los ministerios, y llenaba las antesalas con el clamor de los perjuicios recibidos. Los porteros tenian que tomarse las mayores molestias para despedirla. Mi mujer les hacia frente hasta el último estremo, y no abandonaba el puesto sino despues de haberles lanzado mil anatemas. Sin embargo, de allí á poco ví que ese

celo se iba amortiguando y que el ardor se estinguia. Cada mañana salia de casa con menos ilusion y regresaba con mas desaliento. Veíase que iba cediendo el terreno y que trataba de procurarse medios de retirada. Al sentirse vencida cubria su derrota con un arte verdaderamente maravilloso.

—¡Al diablo el gobierno! solia decir; es imposible entenderse con él. ¿Pero eso qué importa? Su reinado no puede ser de larga duracion: su caida es segura. ¡Á fé mia, vaya un buen gobierno! ¡Hombres de paja; títeres manejados por los clubs! Jerónimo, Jerónimo, no andemos con vacilaciones. Es preciso romper con esa gente. Entre ellos y nosotros median abismos. ¿Observas, por ventura, que se vayan consolidando? Todo menos eso. El último de los que llevan blusa vale tanto como ellos. A cada instante los están pisoteando y todavia dan las gracias: les insultan y contestan quitándose el sombrero. No nos comprometamos haciéndonos partidarios suyos. No, no, querido mio, es preciso conservar nuestra dignidad. La cuenta de tales hombres quedará ajustada muy en breve; el pueblo se ha encargado de examinarla. Nuestro puesto no está en esas filas. Quiero que por todas partes se entienda que repruebo ese gobierno y que no merece mi confianza. Esto es darle el golpe de gracia: asi le voy debilitando.

El guante quedaba arrojado: los caractéres se iban poniendo de relieve: entre el poder y nosotros no podia haber tregua en la sucesivo. Políticas hostiles creaban intereses diversos. No podian ya los Paturot pedir de limosna un empleo á los hombres contra quienes combatian. No habia mas remedio que aceptar la guerra franca y decisivamente, y así lo hizo Malvina. Desde aquel punto manifestó un edificante escrúpulo en abstenerse de todo paso, de toda solicitud cerca del gobierno, y esta conducta tuvo numerosos imitadores. Mas el enemigo nada perdió. A las dificultades que se le suscitaban en los demás gabinetes de Europa, vinieron á juntarse las que le promovia nuestra familia. Mi mujer tenia una manera particular de revestir las cosas, y en esta ocasion no la economizó. El gobierno, la municipalidad, todo quedó comprendido en su plan estratégico. Á Malvina se le ocurrian palabras abrumadoras, calificaciones terribles: sabia conocer el falso de la armadura, y por él hacia penetrar la punta de su espada. En caso de necesidad trazaba tambien retratos de capricho, en los cuales la vista menos práctica conocia al momento el original de donde habian sido tomados. Hizo la guerra sin tregua y sin cuartel: iba de un lado á otro siempre murmu-

rando y atendiendo al punto mas sensible, para descargar en él golpes mas seguros. Algunas veces dejaba el dardo en la herida. Lo diremos de una vez: era un enemigo implacable.

Un papel tan bien desempeñado no admitia participacion, y por lo tanto le dejé á ella sola todo el mérito y toda la responsabilidad. A mí me ocupaban cuidados mas graves. Las faltas del nuevo sistema de gobierno, no podian hacerme perder de vista lo que tan solícitamente habia ocupado la atencion de toda mi vida. Mas allá del gobierno veia la sociedad. Atacar á un gobierno, es cosa dable á cualquiera, y viene á ser un espectáculo que por lo muy comun, cansa la vista. Tampoco se halla novedad alguna en destruirlo; pues solo en el curso de sesenta años se han visto caer ocho, es decir, que no le han tocado á cada gobierno mas que siete años y medio de duracion. El goce de la posesion es costoso y hasta cierto punto oneroso. Apenas se ocupan las localidades, cuando ya se hace preciso pensar en desalojarlas. Pero la sociedad no cede tan fácilmente el puesto: sabe defenderse y opone resistencia: no se deja arrebatar por el primer soplo de la calle, y lucha contra los caprichos de la opinion. No presenta la roca de granito una masa mas sólida ni mas impenetrable á la accion conjurada de los elementos.

Abrir brecha en esa roca, tomar la sociedad aparte é infiltrar en ella el espíritu del siglo, tal era mi plan y el papel que yo me reservaba. Otros muchos pensaban tambien en hacer lo mismo; el espíritu de competencia nada respeta; pero ninguno de mis opositores se presentaba con los sentimientos que me caracterizaban. Yo me separaba de todos por lo tocante á los medios y al objeto. Hubiérame avergonzado solo con pensar que podia confundirme con los empíricos que pululaban en París, ó que existiera la menor analogía entre mis planes de estudio, y las violentas medidas que por todas partes se aconsejaban. En todas aquellas combinaciones brutales se trataba mas ó menos de una espoliacion universal, metódicamente llevada á cabo. Parecia que en ellas no se proponian sino meter las manos en el bolsillo del prójimo con mas ó menos destreza. Unos intentaban hacerlo en repetidas veces, y aligeraban el bolsillo del prójimo de un modo imperceptible; otros metian los brazos hasta el codo, y no se detenian sino hasta completar el vacío. La sangría suelta, ó las pequeñas sangrías repetidas incesantemente, eran el único plan que se propinaba al doliente en ambos sistemas. El uno producia la estenuacion inmediata, el otro la estenuacion de un modo mas lento.

No faltaban, por cierto, medios ingeniosos á los partidarios de las sangrias sucesivas. Burlábanse del principio vital atacándolo y economizándolo de manera que viniese á suministrar la medida entera de sus recursos. Planteaban una especie de ecuacion entre las fuerzas del individuo, y el régimen de estenuacion. ¡Matar de un golpe! ¡Qué horror! ¡Solo el verdugo puede hacerlo! ¡Producir una muerte lenta! eso es otra cosa: para eso se necesita la habilidad de un profesor, una mano práctica. Por lo tanto era preciso quitar desde luego por un pretesto mas ó menos ingenioso, la tercera, la cuarta parte, ó la mitad de la sustancia, reservándose la facultad de repetir de alli á poco la operacion y hacerla por completo. Pretestos nunca podian faltar. Contribucion ó empréstito, el nombre importaba poco con tal que no quedára una gota de sangre. Tambien pueden servir de ayudantes para la operacion los deudores del paciente, haciéndoles tener la lanceta y adjudicándoles una parte de los provechos.

Todos esos planes de reforma tan ponderados y tan estrepitosamente trasportados de una parte á otra, no eran lisa y llanamente hablando sino una confiscacion mas ó menos perfeccionada, un nivel pasado sobre las existencias, ó un rescate impuesto á la riqueza. Entre los diferentes medios de desbalijar al público, los autores de aquellos planes habian elegido el mas cómodo, el que por de pronto estaba libre de la accion del código penal. Todos iban á parar con la mayor naturalidad al terreno de los procedimientos que suelen emplearse en los caminos reales, y que cuentan con el apoyo del trabuco; pero al mismo tiempo, todos iban tambien disfrazados con los sentimientos mas humanitarios. Nada podia darse mas puro ni mas evangélico que aquellos sistemas, si se hacia caso de lo que acerca de ellos decian sus autores. Si se limpiaban las bolsas, solo era por interés de la humanidad. El fin justificaba los medios: maltrataban á la opulencia en provecho de la miseria, y restablecian el equilibrio alterado por la astucia ó la violencia.

No tenia yo punto alguno de contacto con esas escuelas, ó cuadrillas, como se las quiera llamar. Érame repugnante siempre disponer del bien ajeno; tenia escrúpulo de hacerlo. No me oponia á que hubiese en nuestro órden social mucho que reformar, y que hasta cierto punto fuese necesaria una metamórfosis completa. Mas yo no imaginaba que debia hacerse sino en medio del respeto de todos los derechos, ni jamás la hubiera aceptado como consecuencia de una espoliacion. Parecíame, además, que aquellos hijos de los mundos nuevos no se formaban una

idea bien exacta de aquel en que tenian la desgracia de vivir. En mi concepto tomaban la naturaleza al revés, desconocian los instintos, y trataban de construir un monstruoso edificio allá en las nubes. La familia no existia; la propiedad habia desaparecido y la pátria no era mas que una palabra vacía de sentido. El hombre se convertia en ciudadano y propietario del globo con una compañera y con sus hijos. Poco aliento podia inspirar semejante perspectiva. Á fin de corroborar mi ánimo contra semejantes errores, me dediqué á profundos ánalisis. Me remonté al orígen de las cosas y á la cuna de las sociedades. Interrogué especialmente al ser creado, y le pregunté el secreto de su maravilloso destino. Ningun trabajo podia ser mas á propósito para mantenerme en las vias de la verdad, como puede juzgarse por lo que voy á decir.

He aquí al hombre desnudo, completamente desnudo como suelen representarlo los pintores en el acto de ser espulsado del paraiso. Su compañera está cerca de él en igual estado de desnudez. Ambos pagan la pena de sus primeras imprudencias. Por no saber qué hacer adornan la tierra con algunos ciudadanos. Estos producen otros y la especie se vá multiplicando. Mil hombres vienen á la faz de la tierra, luego cien mil, luego un millon. La hechura cuesta poco. Van distribuyéndose por el globo segun sus diversos temperamentos: los que son sensibles al frio van hácia el Mediodia, y gradualmente adquieren el color negro: los que están cubiertos de vello se dirigen al Norte y se convierten insensiblemente en trogloditas ó en albinos. Todo es cuestion de instinto ó de organizacion. Los unos sienten necesidad de ser asados y los otros de helarse. Así lo hacen: de lo contrario Sahara no habria tenido aficionados, ni el Polo concurrentes. En una palabra, establécense grandes corrientes de hombres que invaden los continentes, y las poblaciones se van desparramando como hormigueros. Las razas se cruzan y varian: unos tienen las cejas y los ojos como los conejos blancos, los otros ostentan vellones que podrian dar que hacer á una carda. Todo está lo mejor posible: el espectáculo es en alto grado imponente.

Los hombres están, por lo tanto, en posesion de su dominio. No se pierda de vista que digo hombres. Todo es comun: todavia no ha ocurrido reparticion de ningun género: nada se ha abandonado todavia. Cada uno tiene igual derecho sobre el fondo y las dependencias. Cada cual puede coger los frutos verdes donde quiera y con perfecta impunidad: igualmente puede disputar á las aves las bayas de los arbustos silvestres. Todos gozan de esa facultad sin límites y sin freno. Desde Groe-

landia á la Tierra del fuego está aceptado y reconocido ese derecho comun. ¡Edad venturosa! ¡inolvidable período! El propietario, esa calamidad moderna, no se ha presentado todavia, por mas que esté ya agitándose y revelando su existencia. He aqui cómo. Fijando la atencion en sí mismo, comprende el hombre que tiene una cabeza, que le es propia, es decir, que no pertenece á otro. Este descubrimiento le embelesa y le conduce á nuevas observaciones. Echa por lo tanto de ver que tiene un busto propio, unas piernas propias, y unos brazos propios. Los detalles de este inventario lo llenan de orgullo: su imaginacion se exalta, y por decirlo así, se embriaga. Poco á poco va descubriendo una multitud de bellezas que ni siquiera sospechaba, articulaciones, clavículas, músculos, tejidos, y en todo advierte cierta gracia y comprende fácilmente su utilidad. Cada vez mas encantado, ensaya esos objetos como suele ensayarse un instrumento: los pone todos en juego, como las teclas de un piano. ¡Oh sorpresa! Los descubrimientos se van sucediendo: si piensa, es con su cerebro; si anda, es con sus pies. Desde luego conoce que no podria pensar con un cerebro ajeno, ni caminar con los pies de otro. El problema queda resuelto, el enigma ha sido descifrado. Una palabra profunda se escapa del corazon del hombre, es la voz del instinto, el grito de la conciencia. «Esto me pertenece,» esclama el hombre. Hé aquí al propietario en campaña; hé aquí el mónstruo.

El hombre conoce que posee, ya ha dado un paso, con el tiempo irá avanzando. Las buenas semillas germinan prontamente. De allí á poco echó de ver que estaba desnudo y se afligió de estarlo. Dios ha dado vellones á las fieras y plumas á las aves. Al hombre nada le ha dado para cubrirse. ¿Es justo? Tratemos de remediarlo, dijo el hombre. Allí cerca ostentaba sus pámpanos una viña: cogió una de sus hojas. Esta es una inspiracion mitológica; mas no por eso la condenemos. En aquel tiempo aun no se tejian lanas ni algodones, ni mucho menos seda. El traje vegetal era el único que se conocia: nadie ignora que fué muy anterior á los telares á lo Jacquard. La naturaleza cuidaba de que no faltára, dispensando pródigamente la tela. El hombre se vistió, pues, de un pámpano. ¿Quién se atreverá á decir que ese vestido no le pertenece, que no es suyo por la misma razon que sus falanges y sus rótulas? Sí, el pámpano es suyo, como otros pámpanos lo son tambien de su vecino. La viña es generosa: á nadie niega vestido. Entre tanto la propiedad ha encontrando una nueva forma, un nuevo signo. El hombre se poseia únicamente á sí mismo; ahora posee lo que se vá apropiando.

En lo sucesivo tendrá la propiedad una sancion.

Desde el pámpano pasa sucesivamente á vestidos menos superficiales. Afila una estaca: acecha el paso de un animal, y lo tiende á sus pies. En el acto lo divide en pedazos y los hace asar sobre las ascuas: eso es una comida bien ganada. De la piel se hace un coleto: es un despojo legítimo. El cazador vive y se viste á espensas del bosque. ¿No tiene evidentes derechos para obrar de ese modo? ¿Quién le disputará la facultad de disponer de su presa?

Desde aquel momento ha cambiado el vestido del hombre, pasando desde los pámpanos á las pieles. Tiene arcos, tiene flechas, y usa de ellas esclusivamente. Ese es su primer moviliario, el fondo de su establecimiento. Si se le privára de él, no le seria dable continuar su comercio. Así es que las conserva con la mas celosa atencion. El sentimiento de propiedad tiene por auxiliar en aquel caso á la necesidad, y vá tomando nuevas fuerzas: solo falta dar un paso y ese sentimiento sufrirá una nueva transformacion. Algun dia se cansará el hombre de su existencia nómada, y agobiado por el peso de los años, tratará de proporcionarse el reposo. El arco es ya demasiado pesado para sus brazos: su vista cansada carece de exactitud. Por otra parte, el bosque está lleno de peligros: guardas terribles le defienden en sus impenetrables guaridas. El bosque es una mala morada para el hombre: nada mas natural que buscar otro sitio mejor. El hombre descubre un valle risueño, donde los prados se estienden como cubiertos de una alfombra matizada de flores. El terreno es fecundo y la vegetacion maravillosa. Allí se multiplica el grano en espigas, y las espigas se convierten en haces á voluntad del labrador. Cepas cargadas de racimos adornan las colinas. Allí nada falta; ni las riquezas del suelo, ni las bellezas de la situacion. ¿Por qué no ha de fijarse allí el hombre? ¿Por qué ha de preferir por mas tiempo la vida errante á la vida sedentaria? Opérase un nuevo cambio. El hombre construye con sus propias manos una grosera guarida, y en ella establece su residencia. Andando el tiempo esa guarida se embellece y mejora, y otro tanto sucede con el campo que la rodea. La asídua atencion del hombre le ha hecho ganar en fecundidad y en estension. Así fué como se elevó y ennobleció gradualmente la propiedad: asi fué como adquirió un título definitivo, merecido por la inteligencia y consagrado por el trabajo.

La propiedad queda sancionada para lo sucesivo: el hombre ha llegado hasta ese punto, al través de los pámpanos y de las pieles de los animales. La pala reemplaza al arco y la azada al venablo. De allí en

MUSEO ROMÁNICO MADRID

MCD 2022-L5

adelante ya podrá el hombre dormir tranquilo bajo un lecho abrigado. ¿Habitará solo en este sitio? No, necesita una compañera; así se lo aconseja el instinto, y así ve que lo hacen todos los demás seres. Desde la paloma hasta el milano, todos viven reunidos en parejas. El hombre no puede menos de imitar su ejemplo, y se somete como todos los vivientes, á las leyes de la reproduccion. Hay que tener presente tambien, que el corazon está interesado en que obre de ese modo, y el corazon es el soberano del hombre: necesita amar y ser amado, y á su alcance no se ofrecen satisfacciones mas dulces, que la de verse revivir por medio de sus hijos. ¿Á quién dejará aquel campo bañado con su sudor? Y aquella habitacion lentamente embellecida ¿quién la heredará? Si no hubiera tenido la esperanza de trasmitirla á unas manos amadas ¿habria soportado por tan largo tiempo el peso de la vida, ni sufrido tantas privaciones, ni arrostrado tantas fatigas? ¿Habría plantado ese verjel cuyos árboles no llegarán á refrescarle con la sombra de su ramaje, ni á brindarle con sus delicados frutos? ¿Habria paseado, casi el dia antes de morir, la reja del arado por el arenal, que no llegaria á pagarle el tributo de la cosecha? Esa ingeniosa prevision solo un padre puede sentirla, y complacerse en ella. Solo un padre comprende los secretos placeres de la economia, pues sabe derramar los beneficios de esta sobre su raza, y se dá por ámpliamente indemnizado. De aquí nace un nuevo sentimiento y una garantia mas para la civilizacion. El espíritu de familia figura al lado del espíritu de propiedad. El uno consuma lo que el otro intenta. Los frutos del trabajo son algo mas que vitalicios: al trasmitirse contribuyen á que las generaciones, unidas ya por los vínculos de la sangre, acaben de estrecharse por los lazos de un mútuo interés.

¡Qué de pasos no ha dado el hombre desde la época de la hoja de parra! Su vida era nómada, ya es sedentaria; en vez de una presa, tiene rebaños. Las artes y la industria han ido apareciendo sucesivamente. En derredor del hombre, se hila, se tiñe y se teje la lana. Habitaciones, vestidos, todo se ha ido perfeccionando: á las necesidades groseras, han sucedido otras mas delicadas. Sin embargo, todavia le falta algo al hombre: algo que el mismo amor de la familia no alcanza á satisfacer. Su espíritu se halla mal avenido con el aislamiento. De todos los seres vivientes, ninguno es mas sociable, ni propende mas á comunicarse. Agrúpase, pues, por la fuerza de las cosas, por gusto y por instinto. Poco á poco las cabañas se ván reuniendo, y su con-

junto forma aldeas, pueblos, villas y ciudades. Ese contacto hace que las costumbres se eleven, y que las artes se perfeccionen: prevalecen los unos, y créanse relaciones. El pámpano queda ya absolutamente desterrado á los límites de la estatuaria: ya figura el mosquete en vez del venablo. Esta es la fecha en que aparecieron los alcaldes y los alumbrados públicos: la ciudad nació con el primer reverbero. El tiempo fué trayendo cada dia una nueva conquista, y añadiendo un nuevo detalle. Creáronse fuentes públicas y jueces de paz, mercados foráneos y comisarios de policia. Construyéronse cárceles para los malhechores, y se abrieron escuelas para los niños. Hubo represiones y estímulos, enseñanza y castigos. Piedra á piedra fué el edificio social levantándose con sus bancos y sus escalones, hasta tomar el aspecto normal que caracteriza las construcciones duraderas. Al estremo del edificio se vió el magistrado, ese principio de equidad, y en la base el gendarme, esa institucion que constituye las delicias de nuestras sociedades contemporáneas. Desde el gendarme se puede llegar á todas partes: la seguridad es madre de la invencion, y proteje el vuelo del genio. Todo se vá embelleciendo de un modo ostensible. Ya hay decretos municipales y reglamentos de policia urbana. Las construcciones se ván haciendo alineadas: las calles se cubren de empedrado, y la cabaña desaparece. Llégase por último al asfalto y al gas: la civilizacion brota á torrentes.

Sin embargo, aun no está consumada la obra: todavia no hay mas que rudimentos sin unidad ni conexion. El hombre tiene que dar aun un paso, un gran paso. Por medio de la habitacion sedentaria, se ha librado de los animales carnívoros, y por medio de la habitacion colectiva, de las cuadrillas de malhechores. Pero ¿dónde está su instrumento de defensa contra vecinos inquietos, contra otros pueblos que ataquen á mano armada? En el momento menos pensado puede ver su casa ocupada por invasores que agotarán su vino, saquearán su cofre, ultrajarán á su esposa y arrebatarán á sus hijos. ¿Qué fuerza podrá oponer á esa violencia? ¿Cómo se librará en lo sucesivo de semejantes percances? Si á tales peligros habia de permanecer espuesto, tanto le valdria retroceder á los pámpanos y á la vida de las selvas. Aquí es donde la civilizacion acaba de ponerse de manifiesto, aquí es donde pronuncia su última palabra. Sobre el hombre, y sobre los grupos de hombres, la civilizacion establece la nacionalidad é instituye la patria. La patria, es decir, el escudo que ha de protejer á todos. Sus hijos le deben

respeto; pero ella en cambio les debe proteccion. ¿Han sido dañados en sus intereses? la patria toma por su cuenta vindicar el agravio. ¿Son desgraciados? la patria se apresura á socorrerlos. La patria concentra intereses, y anudando voluntades, que por lo divididas hubieran sido frágiles, forma un haz que ninguna fuerza podria romper. Los derechos conquistados carecian de garantías; la patria se las dió, y asegurando al individuo, aseguró á la poblacion. En caso necesario, se arma por el interés comun, y estiende á lo lejos un nombre adoptado por la gloria.

De esta manera iba remontándome en el silencio de mi gabinete al origen de las cosas, y bebia en las fuentes vivas de la meditacion. Esto era hacer el estudio de la naturaleza en toda su latitud, y en toda su sencillez. Habia fijado mi atencion en el hombre al salir de su cuna, y cuando todavia se hallaba en toda la posible desnudez. Lo habia ido siguiendo al través de sus trajes diversos, desde aquel en que solo atendia al simple pudor, hasta el vestido completo que el arte le ha hecho adoptar modernamente. Habíale considerado devorando carnes crudas y balanceándose en la rama de un árbol, y luego le habia ido trayendo por la pendiente de los sucesos, hasta los colchones elásticos y las pollas guisadas *á la Marengó*. Le habia encontrado solo, y le dejaba con una compañera. Le habia encontrado desprovisto de todo, y le dejaba hecho propietario. De la soberanía del desierto, le habia venido trayendo de la mano hasta la alcaldía de un pueblo, y desde el estado de salvaje horrorosamente manchado, le habia convertido en contribuyente, en elector y en funcionario público. Esta metamórfosis se habia ido verificando lenta, gradual é irresistiblemente, como producto de los instintos del hombre y de la marcha necesaria del tiempo. No se hubiera podido añadir un detalle sin alterar toda su economia. El dedo de Dios aparecia visiblemente en todas esas cosas; era la historia de la civilizacion en cuatro libros: Propiedad, Familia, Ciudad, Patria.

Para lo sucesivo tenia ya una antorcha: la observacion me la habia suministrado; el estudio debia enseñarme á hacer uso de ella. Sabia hasta dónde podian estenderse mis indagaciones, y cuáles eran los límites que no podian franquear impunemente. Habia arrimado á mis lábios la copa del análisis, y sus virtudes me habian inundado. Despues de haber visto al hombre en todas sus mudanzas, en su infancia, y en su estado de perfeccionamiento, no podia tropezar en lo sucesivo con oscuridades. En esa existencia todos los términos se encadenaban, y

bajo una confusion aparente, la vista descubria una armonia real, y un órden profundo. Por mas empeño que hubiera tenido en encontrar faltas, necesariamente tenia que convenir en que el Creador se habia propuesto algun plan en sus designios, y en que las cosas habian sido llevadas á cabo con la mayor oportunidad. El que hace justicia á quien la merece, se honra á sí propio.

Yo quedaba dominando siempre mi asunto. Habia hecho un estudio del hombre á fin de conducirle á la felicidad: ni vestido de pámpanos, ni vestido de púrpura podria ya escapárseme. Podia leer en su alma como en un libro abierto, y esto era una ventaja inapreciable.

Ya no me faltaba mas que encontrar mis siete combinaciones.

CAPITULO XXXIX.

LOS TRIBUNOS PINTORESCOS.

Mi mujer habia salido victoriosa en su conferencia con Simon, logrando convencerle á fuerza de instancias. El diputado se resignaba á llevar su cruz hasta el último paso, por no faltar al bien parecer. Habíanle enviado á París para hacer una Constitucion ¿cómo habia de abandonar su puesto sin haber hecho nada? Su honor estaba interesado en que no sucediera así, segun se lo hizo comprender Malvina. Los argumentos que con este objeto empleó, eran decisivos, y el molinero no supo oponerse á ellos mas que exhalando suspiros de lo profundo del pecho. No tenia mas remedio que doblar la frente: la gloria le importaba poco; pero la voz del deber era imperiosa.

—¡Vaya por la constitucion! dijo inclinando la cabeza con una espresion de dolor. ¡Supuesto que para eso es necesaria mi asistencia!

No debemos pasar en silencio, que segun las últimas noticias, se habian ido mejorando notablemente los asuntos del molino. El club habia suspendido sus trabajos por falta de fondos. Los mozos se ocupaban un poco mas de sus sacos, y algo menos de sus imprescriptibles derechos. Gaspar habia renegado del dómine, y soportaba con bizarria las afrentas del asalariamiento. El trabajo empezaba á ser mas activo, y la crecida de de las aguas iba sin duda á comunicarle nuevo impulso. Todos estos detalles, cuyas noticias fueron llegando una en pós de otra, calmaron al molinero, y fueron derramando bálsamo en las heridas de su corazon. Por último, consintió en ver las cosas bajo un aspecto menos sombrio, y en moderar hasta nueva órden la estrepitosa espresion de su despecho.

Malvina ayudaba á esta curacion por medio de reprensiones artísticamente administradas: sabia muy bien mostrarse sensible á los dolores de nuestro amigo, ó reirse de la dolorida espresion que tan mal cuadraba con el vigoroso ademan de nuestro amigo.

Siempre estábamos juntos: Simon venia á vernos así que podia disponer de algun momento libre. Todas sus tarjetas de tribunas públicas eran para nosotros, y cuando carecia de este recurso, cogia á mi mujer del brazo y no dejaba en paz á los porteros hasta que la colocaban. De manera que Malvina asistia asíduamente á todas las sesiones que se celebraban en el palacio de la Asamblea, y habria podido ser considerada como señora de aquella casa. Estaba al corriente de todos los grandes torneos políticos, y de todas aquellas noticias que suelen contarse al oido y hacen arrugar la frente del aprensivo que las oye. Lo mismo estaba enterada de las cosas grandes, que de las pequeñas. Sabia cómo habian pasado la noche los jefes del Estado, y qué diplomático estranjero habia asistido á sus reuniones familiares. ¿Ocurria algun festin diplomático? Malvina sabia todos los pormenores, el nombre de los convidados, el puesto que habian ocupado en la mesa, y hasta las frases brillantes que se habian escapado de la boca de algun embajador. Los epígramas que habian circulado por la mesa llegaban casi en el acto á noticia de mi mujer, que solo siendo la primera en saberlos se dignaba oirlos. Por el menor incidente, por el mas pequeño detalle hacia que Simon se pusiera en acecho, y este no se retiraba sin haber satisfecho su curiosidad.

Es de advertir que no faltaba pábulo: aquella Asamblea presentaba un espectáculo lleno de grandeza, pues tenia en sus manos los destinos, el reposo, el honor y la salvacion del pais, y era la última tabla de aquel naufragio en que tantas cosas habian perecido. Si esta última tabla de salvacion se hubiera abismado entre las olas, todo habria desaparecido con ella á un mismo tiempo. La Francia quedaba entregada á los espíritus del mal. Resistir á la presion esterior, ó ser arrebatada á la primera debilidad, tal era el problema que se le presentaba en toda su terrible sencillez. Nada habia hecho todavia la Asamblea para resolverlo: andaba vacilando, y sobre aquel abrasado suelo apenas sabia donde sentar el pié. Hubiérase dicho que cedia al impulso de dos corrientes encontradas: un dia se lanzaba hasta la audacia, otro dia se encogia hasta la timidez. Daba alguna garantia al órden y la retiraba; hacia concesiones á los partidos, y de allí á poco tenia que arrepentir-

se. Lo que principalmente le faltaba era un punto de apoyo, pues ni siquiera un hombre tenia en que poder depositar su confianza. Todos los personajes de algun valor que la rodeaban, estaban en su concepto metidos en sospechosos compromisos; ninguno correspondia á su pensamiento, ni á sus miras. Los unos marchaban muy atrás: los otros muy adelante. De aquí nacian las vacilaciones y dudas que acosaban á la Asamblea, que en vano invocaba una luz que la dirigiera, ó una divisa que la caracterizara. Entre tanto iba flotando cual una nave sin piloto.

Falta decir que la Asamblea no se conocia á sí misma. El instinto decia que sus elementos eran buenos, mas aun no habian sido puestos á prueba. Sucede con las Asambleas lo que con los regimientos; su verdadero mérito solo puede juzgarse sobre el campo de batalla. Nada de positivo se puede augurar acerca de ellas hasta que no hayan pasado por el combate de las discusiones. En ese campo es en donde pueden apreciarse las grandes cuestiones de táctica y de estrategia, las evoluciones en masa, las cargas decisivas, y todos los demás movimientos característicos de un ejército bien disciplinado. Nada de eso se veia en la Asamblea de que nos estamos ocupando: en ella no habia cuadros bien organizados, ni jefes reconocidos: no era mas que una confusa mezcla de veteranos y reclutas, sin conexion, sin grados, sin gerarquia. La indisciplina y la confusion reinaban por todas partes; todos se manifestaban decididamente aficionados á choques parciales, y nada inclinados á las batallas formales.

Esta disposicion de los ánimos se reveló desde el primer dia. En las Asambleas que han encanecido con las armas en la mano, cada cual guarda su puesto y no se entrega á la casualidad. Los generales dan la señal del combate y el cuerpo de ejército avanza con imponente unidad: ninguna fuerza se pierde, ninguno disparo se aventura. Nuestra jóven Asamblea no comprendia esta táctica: semejantes tradiciones repugnaban á su ardor y se agitaba con impaciencia para ganar sus espuelas. Abrióse, pues, el palenque para los combates parciales: todos los combatientes quisieron lanzarse á la arena y distinguirse por alguna proeza. Ardian en deseos de patentizar su bizarria á los departamentos cuyos colores ostentaban. Tal vez era muy insignificante la utilidad que debia reportar al pais de todos aquellos pasos; pero cada héroe trataba de aprovechar la ocasion de ponerse en evidencia, de saludar al público, y de dar al aire grandes tajos y mandobles. Una vez

conseguido ese objeto ¿qué le importaba al campeon que el pais se viera obligado á tener algo mas de paciencia?

Hablando con toda formalidad, este escollo era uno de los mas graves que la Asamblea habria debido tratar de evitar. En su seno habia muchos hombres nuevos que aspiraban á la celebridad, y pronunciaban discursos por la perspectiva de triunfos lejanos. En las comisiones y en las mesas se echaba de ver á primera vista ese afan de figurar. Las vanidades andaban muy solícitas: todo representante queria llenar el universo con su nombre, y traer su piedra para el monumento del porvenir. ¡Qué de mociones y proposiciones! ¡Qué de enmiendas y subenmiendas! Los mas ambiciosos se elevaban hasta el proyecto en veinte y cinco artículos, y los mas modestos se contentaban con la correccion de una coma, ó con marcar la acentuacion de palabra. Pero todos aspiraban al honor de dejar en las leyes un testimonio de su perspicacia. ¡Qué triunfo el dia en que esto se verificaba! La prensa cuidaba de ponerlo en noticia del público, y la provincia lo celebraba con un orgullo verdaderamente maternal. Solo la legislacion era la que podia considerarse como algun tanto perjudicada, y nada ganaba con que cada cual fuese inscribiendo en ella su nombre. Semejante triunfo servia de estímulo á todos los demás representantes, y la legislacion quedaba espuesta á toda clase de asaltos y á toda clase de sorpresas.

Donde esta iniciativa tenia lugar principalmente, era en los campos de la invencion. ¿Quién podria recapitular los planes maravillosos que en aquella época se vieron surgir? ¡Qué de sistemas rentísticos, qué de instituciones de crédito! Viente cerebros se estaban ocupando á un mismo tiempo en encontrar una denominacion conveniente á un nuevo género de asignados. Otros renovaban la faz de la agricultura y la industria; aplanaban los montes, construian palacios para los jornaleros, fertilizaban los arenales, poblaban el Norte de Africa, añadian un nuevo capítulo al arte de no pagar sus deudas, arreglaban el trabajo, fijaban el jornal, y se devanaban los sesos por encontrar un tema original, que se resumiese en celebridad esterior, en gloria, en impresiones oficiales y en brillante evidencia. ¡Placeres inocentes, pero terribles! Terribles para el tesoro, terribles en razon de su desarrollo. Al final de cada uno de aquellos planes figuraban millones y un número infinito de discursos. No se admitian los millones; pero ¿qué medio habia de no admitir los discursos? Así iban pasando las horas, los dias y los meses en medio de una agitacion estéril, y así era como la Asamblea habia consagrado la

mitad de aquel tiempo tan precioso á pretensiones personales, y á las mezquinas miserias de la vanidad.

Sin embargo, dos partidos se iban destacando de aquel confuso conjunto: en ellos no habia oscilaciones ni tibieza, y sus creencias eran precisas y terminantes. Cada uno de estos dos partidos tenia su objeto y su divisa. El uno se proponia edificar, el otro destruir. Componíase el primero de hombres moderados que, sin considerar la república como obra de sus manos, le profesaban un racional y sincero afecto: no la consideraban como una esposa de su eleccion; pero se creian obligados, por el compromiso que con ella habian contraido, y comprendiendo sus propios deberes estaban decididos á vivir en buena armonia con ella. El otro partido no la miraba con tanta frialdad: la república era el ídolo de su alma, y en concepto de tal le tributaban un celoso culto queriendo ser pagados con el mismo amor que le profesaban. Estas relaciones databan de fecha antigua, y podian considerarse como un afecto crónico, como una pasion inveterada. Por una palabra de su amada habia aventurado aquel partido su vida, su fortuna, su posicion y su libertad; no necesitaba en verdad que nadie le recordára los compromisos y promesas que aquella palabra traia consigo.

Estos dos partidos, al encontrarse en la Asamblea, comprendieron en el acto que ellos debian ser los héroes del combate, y desde el primer dia empezaron á calificarse con denominaciones tomadas de la historia revolucionaria.—He aquí la Montaña, dijeron los moderados.—He aquí la Llanura, dijeron los exaltados. La eleccion de asientos correspondió á estas denominaciones. La Llanura se componia de una mezcla de parlamentarios antiguos y modernos, y formaba á manera de una legion disciplinada, prudente y enemiga de alborotos. Sus mas gloriosos miembros eran campeones aguerridos que comprendian los recursos del arte y sabian hacer la guerra en regla. No se aventuraban vanamente al peligro, ni eran pródigos de sus soldados; pero cargaban á tiempo y hacian buen uso de sus fuerzas. Con tales ejemplos, la Llanura no podia menos de progresar: por su parte estaba el número, la disciplina, y lo que es todavia mejor, los instintos profundos de justicia y de moderacion.

La Montaña no tenia seperioridad en el número, pero suplia con el ruido. Desde las alturas en que estaba sentada seguia con recelosa vista la marcha de los debates, y al menor pretesto intervenia en ellos. Si el motivo era leve la Montaña no empleaba mas que los tonos dulces, y

las interrupciones benignas. Esto venia á ser como una pequeña diversion, como el entretenimiento de los dias serenos. Mas cuando el objeto tenia alguna gravedad, entonces la escena cambiaba de aspecto en un instante. Cataratas de apóstrofes caian de lo alto de los asientos, cual cae la tromba sobre la nave que esta zozobrando. Los ojos se inflamaban, las mejillas se cubrian de púrpura. La luz se reflejaba vivamente en las barbas erizadas. Las tempestades ordinarias no solian pasar de este término; pero en las grandes circunstancias llegaban á convertirse en huracan. Entonces todos los pulmones se desencadenaban á la vez y funcionaban á toda orquesta. Allí se distinguian bajos, tiples, y regraves. No faltaban algunas veces alaridos ni tampoco silbidos: todos los tonos, todos los instrumentos. Jamás en recinto alguno habia resonado un concierto mas furioso. El gesto y los ademanes acababan de completar el cuadro. La estremidad de los bancos parecia animarse. Treinta hombres de pié dirigian hácia la tribuna sus brazos crispados y sus miradas increiblemente feroces. Epítetos y sustantivos revoloteaban cruzándose. El diapason llegaba poco á poco á su último límite. Finalmente, la Montaña, en un supremo arrebato, se precipitaba de sus alturas y venia con toda política á proponer al orador una lucha á puntapies ó á pescozones.

Durante el curso de estas escenas, el presidente ofrecia un aspecto capaz de enternecer á los corazones. Tan luego como por las alturas de la izquierda veia pasar aquellas ráfagas turbulentas, síntoma de la tempestad, dirigia hácia sus estraviados amigos una mirada melancólica y suplicante. Aquella mirada imploraba compasion; pero ¡Ah! no la conseguia. El dignatario de la Asamblea tenia que entenderse con unas almas de bronce: su ademan lamentable apenas conseguia conmoverlas. Un espantoso concierto respondia á esos ademanes suplicantes; pero el presidente no se arredraba: la paciencia es su mas hermoso atributo. Revelaba todo su pensamiento por medio de alguna señal que indicaba toda su penalidad. ¡Tiempo perdido! El ruido adquiria mayores proporciones. Entonces el presidente comprendia que debia hacer algo mas en obsequio de sus amigos. Entre ellos y su persona no podia caber mas que una mala inteligencia: era imposible que hubiesen conspirado contra todas sus campanillas. ¿Cómo habia de calmarlos? ¿Cómo habia de pacificar aquella Montaña? A estas preguntas que el presidente se hacia á sí mismo, solia contestar poniéndose á reprender agriamente á la Llanura. ¡Justicia distributiva, digna de un espíritu ingenioso! Los de

la Montaña acogian esta determinacion á su modo, es decir, con un alborroto terrible.

No era así como mi mujer habria arreglado aquellas cosas: otras serian las medidas que en tal caso hubiera adoptado. Semejantes escenas la irritaban, y de muy buena gana habria tratado de restablecer el buen órden. Sobre esto solia esplicarse en la tribuna pública con entera libertad.

—¡Otra vez esos erizos! solia esclamar al ver á los alborotadores. No parece sino que en el mundo no hay mas que ellos. ¡Adelante, adelante amorcillos mios! ¡Están hoy de mal humor! ¡Bien! ¡Romped los bancos, destruid los muebles del gobierno! ¡Romped, romped! ¡ya os los volverán á dar nuevos! ¡La patria tiene bienes con que componerlos! ¡No os apureis corderitos mios! ¡Qué fachas, santo Dios, qué fachas! Apostemos á que todos tienen la nariz postiza. ¡Y qué barbas! ¡Y qué greñas! ¡Muy bien ruges leoncillo, muy bien ruges! El hecho es que ruge muy bien. Cada cual tiene su mérito. ¡Hola! ¿Qué van á hacer ahora? Todos se dirigen en masa hácia la mesa del presidente. A fé mia que no parece sino que le van á descuartizar y á convertir en pastel. Pero, desgraciados, ¿no veis que eso seria un detestable alimento? Vais á echaros á perder el estómago para siempre. ¡Bueno! ¡ahora tienen que hacer con su colega! ¡Dios mio con qué gusto les plantaria las uñas! ¡Qué ira me dan! Si yo ocupára solo por tres horas la presidencia, solo por tres horas, ya nos veríamos. Entonces se encontrarian con la horma de su zapato. ¡Ea! por fin ya parece que empiezan á tranquilizarse. ¡Pensar que todos esos hombres están casados! ¡Pobres mujeres! ¡Qué virtud necesitan! Por mi parte preferiria ir á vivir entre hipopótamos. ¡Tales narices! Bien se puede apostar á que son postizas.

Con estos apóstrofes, que á la verdad nada tienen de respetuosos, saludaba mi mujer cada dia á los miembros de la Montaña, y como no era capaz de comprenderlos ni apreciarlos, no alcanzaba á penetrar como yo sus intenciones. Bajo unos medios sobradamente vulgares ocultaban aquellos representantes sublimes concepciones. Aquella gritería era puramente tradicional: su alboroto era como una herencia de que no se podian desentender. Era una herencia como el sombrero de forma cónica y el chaleco de solapas. Como hijos de los revolucionarios del siglo pasado, no podian menos de aceptar las mandas que aquellos les habian legado. Sus ademanes, sus vestidos, sus discursos, sus actos, todo, en una palabra, era tomado de aquellos insignes modelos. Ame-

nazaban con el puño, á la manera de Danton, y lanzaban el apóstrofe como Saint-Just. Sus murmullos se remontaban á Lebás, y sus interrupciones á Legendre. Si se complacian en las emociones de la calle era por recuerdo de Camilo Desmoulins; si hablaban de dividir á su modo la Europa, era por imitar á Juan Debry. De manera que nada de aquello era original suyo, ni su turbulencia, ni su política, ni sus discursos, ni sus chalecos. Agitábanse en los escaños, y peroraban en los banquetes como sombras gloriosas, como unos fantasmas venerables. Bajo este punto de vista no les cabia ninguna responsabilidad personal. No se les podia criticar ni alabar. No asistian á la Asamblea, sino á la Convencion. Habian abdicado en beneficio de los muertos, y en cierto modo esto venia á ser el colmo de la piedad filial.

Además de esos partidos, que se destacaban perfectamente, la representacion nacional presentaba otros elementos de observacion y de estudio. La mayor parte de los oradores que habian figurado en el último reinado ocupaban en ella un puesto que ninguna nueva notabilidad les podia arrebatar. El arte de la palabra no parecia haber ganado mucho con el sufragio universal. En un solo punto habia en realidad algun progreso y era en el género pintoresco que despues de haber estado en olvido por algun tiempo, iba reproduciéndose ostensiblemente de nuevo. Este género proporcionaba curiosas muestras y no estará de mas que consignemos aquí su recuerdo. En lo venidero tal vez irá á confundirse con las razas perdidas.

El mas memorable de todos es el que supo introducir en la tribuna el uso de echar juramentos en toda su pureza. La historia le concederá título de invencion, diciendo cómo fué solemnemente bautizado el juramento en medio de las carcajadas y aclamaciones de los representantes de Francia. Tambien dirá como el acto de jurar y echar votos no tuvo que ruborizarse al comparecer ante los elegidos del pais, y que no se espresó tímidamente, ni á media voz, como quien se avergüenza de sí mismo, sino que, por el contrario, estalló de un modo solemne, pleno, en diversas ocasiones y bajo los auspicios de una acentuacion triunfante. Esto se verificó porque hubo un hombre de posicion que se permitió semejante desvio. En concepto de aquel hombre la tribuna se confundia con una mesa de café, y esto lo hacia tan espontáneamente que lo que en cualquiera otro hubiera sido un acto repugnante, y digno de castigo, en él fué un suceso recibido con risa, y perdonado por la originalidad. Casi alcanzó un verdadero triunfo. El aspecto del orador y su lenguaje

eran muy á propósito para el efecto. Sobre su cuerpo de atleta ostentaba una cabeza casi juvenil, y se espresaba con una candidez llena de refinamiento y una trivialidad que no carecia de gracia. El guarda-canton de una calle hubiera sido la trípode que mas le habria convenido; mas no por eso le entimidó la tribuna de la Asamblea. De todos modos es muy cierto que sin él, nunca el juramento habria podido obtener cartas de naturalizacion de parte de una Asamblea decente. Allí se mantuvo glorioso, arrogante, obstinado hasta el dia en que juntamente con su padrino tuvo que partir á las playas del destierro.

Otro tribuno se distinguia por un mechon de cabellos asociado á sus movimientos oratorios y á una elocuencia dimanada del corazon. Este mechon de cabellos no le daba tregua ni sosiego: iba y venia de una manera que cautivaba la atencion y embargaba la vista. Por lo demás, se habria podido decir que comprendia el papel que desempeñaba, y en algunas ocasiones parecia ser un reflejo, una emanacion, ó cuando menos un intérprete del pensamiento. Así es que en casos dados ofrecia un aspecto severo y caballeresco, y en otras ocasiones se mostraba como pensativo y melancólico. A proporcion del asunto variaba y se transformaba cayendo unas veces lánguidamente, y elevándose otras por medio de saltos impetuosos. Unos dias participaba del carácter de la oda, otros tenia las condiciones de la elegía. Rara vez se ofreció á los ojos del observador una identificacion mas completa. Tan cierto es que al cabo se establece una completa armonía de conjunto entre los diversos elementos de que se compone la organizacion humana, y que el ardor interior se revela en la corteza, como los fuegos del volcan bajo la lava que los cubre.

Pasemos á otro tribuno, á un verdadero ramillete artísticamente dispuesto. Todo lo que el idioma tiene de palabras brillantes, de vidrios de color, de reflejos luminosos y de llamas fosfóricas, estaba á disposicion de este tribuno; y todo lo ponia á los piés de la Asamblea. Con razon se admiraban de que un orador tan admirablemente instruido tuviese á su disposicion semejante repuesto de lindezas. Sin embargo así era. La tribuna, despues del juramento habia adquirido el estilo cabelludo, un alto estilo, un estilo imperial, es decir una riqueza mas. Nada faltaba en la asamblea, ni el antítesis á grande orquesta, ni el epiteto de larga cola, ni la imágen por encima de los tejados. El vocabulario político se iba enriqueciendo con espresiones que se admiraban de verse juntas, y de combinaciones de palabras que se espantaban de hallarse unidas. Por lo

demás está fuera de duda que aquella era la grande escuela de hacía veinte años, la escuela florida, serena como el lago, pura como el azul del cielo, la escuela que tocaba en las profundidades del suelo con las raices de la encina, y que amenazaba al empíreo con la flecha de Strasburgo. Asi como en sus buenos tiempos, seguia esa escuela tomando la creacion por vestido, y la eternidad por emblema. Muy bien: yo conservaba en la memoria todas aquellas cinceladuras de precio, y podia saludarlas como á un amigo antiguo. Pero me complacia en volverlas á ver ocupar la tribuna, y considerar el recibimiento que les dispensaban: complacíame, sobre todo, oirlas en boca de un orador tan floreciente, que no se andaba en economías y prodigaba todo el repertorio. A él le debe su último dia de gloria el arte cabelludo; él contribuyó á desahogar mas de un hipocondrio lleno de cuidados, y violentó las puertas del periódico oficial de la república.

Despues del tribuno poéta viene el tribuno pensador. Este carácter fué tambien una de las brillantes adquisiciones de la época. Creia este tribuno en las místicas profundidas del número tres, y se complacia en ellas como en una divinidad. Al dirigirse á la tribuna subia los escalones de tres en tres. Se sonaba tres veces, bebia tres vasos de agua y dirigia hácia el auditorio tres dedos, el índice, el pulgar y el del medio. Llevaba un leviton pardo con tres filas de botones que visto de lejos parecia una piel de foca guarnecida como la de un Esquimal. Su discurso se dividia en tres puntos, y cada uno de estos en tres proposiciones indefinidamente demostrables. Apoyaba sus proposiciones en tres sentimientos y las sometia á tres análisis. El número cabalístico figuraba en todas sus ideas. A su modo de ver, lo ideal de un gobierno debia componerse de triunviros auxiliados de tres cámaras y de tres consejos de ministros. Hubiera deseado que las palomas se acoplaran de tres en tres y no habria dejado de poner tres caballos á ningun carruaje: tres alas deberían haber tenido en concepto de aquel tribuno todas las aves y el hombre tres brazos. La naturaleza era únicamente la que presentaba algun obstáculo á estas diversas mejoras. Al verle de pié en la tribuna se adivinaba el espíritu profundo, sensible, apasionado (tres adjetivos) cuyas indagaciones reposaban en las bases de la justicia, de la naturaleza, y de la verdad (tres sustantivos). Reflexionemos, acostumbraba á esclamar. ¿De qué se compone la vida? De tres palabras: yo, tú, aquel. ¿De qué deberia componerse? de otras tres: nosotros, vosotros, aquellos. Así es como se conseguiria aterrar al demonio del egoismo. Tres

palabras, ¡tres palabras nada mas! Dadme esas tres palabras y moveré el mundo mejor que el geómetra de Siracusa con su palanca. ¡Tres palabras! todos los pueblos las han tenido; los Babilonios *Mane, Thecel, Pharés*; los Griegos *alfha, beta, gama*; los franceses, *libertad, igualdad fraternidad*, y los Japoneses, los sublimes Japoneses tienen la fórmula bien conocida de los filósofos modernos Charr *ran tonn*.

Tal era el cuarto tribuno que sacrificaba al género pintoresco; mas no faltaban otros muchos que habrian podido ocupar un puesto á su lado. Bien lo merecian los oradores de escabel, invencion moderna y digna de respecto. Para no verse confundido con un primer actor de los teatros infantiles, se coge un escabel y puesto de pies sobre él se recita su pequeña fábula al auditorio. Esto es sumamente ingenioso. Otros veinte oradores traian á la tribuna sus pequeños inconvenientes. Uno se golpeaba el vientre como para animarse, y otro fijaba la vista en el techo como buscando inspiraciones de lo alto. Pero todas esas mezquindades de detalle quedaban confundidas ante las calamidades mas generales. Hablaremos de algunas de estas.

En primer lugar los obstinados, aquellos que despues de agarrar la tribuna, no la soltaban por nada de este mundo. Un perro de presa tiene menos tenacidad en sus dientes. Ningun ruido era bastante estrepitoso para hacerles desistir de su proyecto: el choque de los cuchillos no los intimidaba, y con imperturbalidad sufrian la descarga de todos los apóstrofes. ¡Renunciar á un discurso laboriosamente preparado! De ningun modo. Primero morir apoyados en la baranda de la tribuna. Así persistian anudando veinte veces el hilo del discurso, y llegaban tal como se lo habian propuesto á su última frase. Dios sabe á costa de cuántos tropezones.

Seguian los furiosos, es decir, aquellos cuya mirada centelleaba amenazadora, y cuyo ademan podia llamarse eternamente provocativo. Habia dos clases de furiosos; unos lo eran por naturaleza; otros por ocasion. Nada se resistia á las manos de aquellos hombres cuando estaban en el acceso. La tribuna sufria considerables averias. No parecia sino que se habian propuesto destruir su armazon atrayéndola unas veces con un vigor nada comun hácia ellos, y otras impeliéndola hácia afuera alternativamente. Esto era un esceso deplorable que la cuestura no habria debido dejar pasar por alto. Solo con que la Asamblea hubiera reunido veinte furiosos de este género, aquella tribuna, desde la cual se hablaba á Francia y al universo, no habria resistido los perjuicios ocasionados en un solo dia.

En pos de estos venian los graciosos, que para momentos decisivos tenian de reserva epígramas y réplicas aguzadas á placer. Género de asechanzas no previsto por la ley y que debiera figurar al lado de la pena impuesta al uso de armas prohibidas.

Por último seguian los gesticuladores, familia numerosa y arrogante. La tribuna les pertenecia de derecho y en ella desplegaban sus gracias. Gesto horizontal, gesto circular, la Asamblea no tenia mas dificultad que en saber elegir. ¡Qué de variedades! El uno empleaba la diestra como una hacha con la cual hendia el aire; el otro ejecutaba en el vacío un tiempo de natacion, repetido hasta lo infinito. Este describia una elipse; aquel una parábola. Habia algunos que descargaban en la tribuna golpes redoblados, como si intentaran hacer penetrar sus argumentos á viva fuerza. Otros se complacian en recorrer el recinto con un movimiento uniforme parecido al de una fiera que se agita detrás de las barras de su jaula. Cada cual tomaba la postura que le parecia mas conconveniente, la cabeza echada hácia atras, con el rostro perfilado en sus tres cuartas partes, ó por último con las manos en los bolsillos de la levita. Todos estos ademanes exigian estudio y procedian de las reglas de la perspectiva. Era preciso haberlas ensayado y haberse preparado anteriormente en su casa hasta ponerlas en un estado que causára un efecto completo y una ejecucion esmerada. Hasta los grandes oradores se han valido algunas veces de ese medio: dígalo Napoleon sujetándose á los consejos de Talma. Toda comedia necesita ser ensayada.

Esto es lo que sucedia en aquella Asamblea que por una revolucion acababa de verse revestida de un poder casi discrecional. Era como todas las cosas humanas, una mezcla de bien y de mal, una espresion verdadera y sincera de la sociedad de que dimanaba. Era turbulenta: ¿y cómo no habia de serlo en semejante época y con tal número de miembros? Era apasionada y en eso no hacia mas que mostrarse consecuente con las circunstancias de su orígen. Carecia de esperiencia: ¿cómo podia tenerla contando con tantos individuos nuevos? Mas en el fondo era una Asamblea honrada, laboriosa, valiente y que amaba al pais. Esta es una justicia que cuantos la hayan conocido no podrán menos de hacerle. Por ningun precio, por ningun pretesto se habria podido conseguir de ella una medida que lastimára su equidad ó repugnára á su conciencia. Estos serán sus títulos y su honor eterno. Se la podrá tachar de falta de luces; nadie podrá acusarla de haber faltado á la rectitud.

CAPITULO XI.

POLÍTICA DE LA BOLSA.

Dos semanas habian pasado sin ver á Oscar. Desde nuestra vuelta tuve ocasion de observar que iba economizando sus visitas y que nuestros encuentros eran debidos esclusivamente á la casualidad. Nunca supe de qué causa procedia esa reserva tan nueva en él. Lo que puedo decir es que me afligia. No pertenecia el pintor á ese género de hombres que se toman y se dejan impunemente. Poseia un modo propio de comprender é interpretar la vida; valiéndome de sus palabras favoritas diré que tenia un sello particular. En mis dias melancólicos aquel carácter original venia á ser una necesidad para mí. A su lado olvidaba mis pesares y burlaba mis inquietudes: ningun remedio obraba con mas eficacia contra la melancolia y la desesperacion.

Yo le echaba de menos, no le veia. Si esto consistia en un cálculo por parte de Oscar, no puede negarse que era ingenioso, pues ganaba en hacerse desear. Cada dia aumentaba mi impaciencia, yo no cesaba de hablar de él, ni se me caia su nombre de la boca. ¿Qué hara Oscar? ¿Qué se habrá hecho? ¿Cómo no ha venido? ¿Dónde estará? Involuntariamente se me escapaban esas esclamaciones y á Malvina le dolian los oidos de oirlas. Asi es que sin contestarme á ellas se me escapaba del lado luego que yo empezaba á repetir mi estribillo, dando lugar á que me marchára de casa á exhalar mis quejas. Yo preguntaba por Oscar en los *boulevards* inmediatos, recorria los sitios que él acostumbraba á frecuentar y me situaba en el asfalto donde solia tener regularmente sus sesiones. Todas mis diligencias eran inútiles: el pintor no se dejaba

ver en ninguno de sus horizontes habituales, y parecia que habia huido del teatro de sus glorias. Esta circunstancia me dió sumo cuidado, y llegué á concebir las conjeturas mas siniestras. Un hombre de tal importancia no podia haber desaparecido de aquel modo; la policia debia tener noticias suyas. En nada estuvo que no me fuera á informar en las oficinas ó á visitar aquellas casas fúnebres que sirven de desenlace á tantos dramas desconocidos.

De todos los puntos en que pensaba encontrar á mi fugaz compañero, quedaba uno en el que aun no habia yo puesto los pies, y era precisamente en su domicilio. Yo sabia muy bien el valor que tenia esa palabra y hasta qué punto era ilusoria; dábala á los curiosos como ofreciéndoles un cebo para poder escaparse. Sin embargo, no quise dejar de tantear el único recurso que me quedaba. Tal vez mi amigo se hallaba enfermo; ¿quién puede librarse de semejantes percances? Cierto es que Oscar tenia una salud brillante; pero tambien hay dolencias que hieren con la rapidez del rayo, sin respetar nada. De todas maneras, yo no iba á perder mas que algunos pasos en practicar aquella última diligencia. Haciendo estas reflexiones llegué á la casa del pintor. El portero tenia sus instrucciones; pero yo insistí sin hacer caso de ellas. Oscar no estaba en casa, ni se sabia á punto fijo la hora en que se le podria ver. No sé si fué efecto de mi imaginacion, pero lo cierto es que aquel hombre al hablarme de este modo tenia algo de fatal en la voz y en la mirada. Mi ansiedad se aumentó, y desde luego creí positivamente que Oscar descansaba en el fondo del Sena, ó en los abismos de algun albañal. Durante algunos dias no pude apartar de mi cabeza esa idea. La mitologia refiere los esfuerzos que el poeta de Tracia hizo para encontrar á su perdida esposa: no pongo en duda esa narracion, si bien debo confesar que me parece algo exagerada; mas lo que puedo afirmar es que en mis diligencias por encontrar á mi amigo, fuí superior á lo que nos cuenta la antigüedad. No reparé en molestias, ni en cuidados: á cada momento hice resonar el aire con aquel nombre favorito. Yo iba á todas partes; nada me contenia, nada me fastidiaba. Algunas veces fuí presa de ilusiones. Figurábaseme que le veia en cada esquina de calle, en cada mesa de café, y engañado por la semejanza toqué mas de una vez en la espalda de un desconocido. Obrando de este modo estuve á punto de provocar mil lances. No habia persona á quien no hablára de Oscar; á todo el mundo preguntaba por él. En caso necesario describia su figura sin olvidarme de su señal característica. Así

se pasaban mis dias, y al venir la noche disponia el plan para el dia siguiente.

Finalmente, la casualidad ó el presentimiento me condujeron á la Bolsa á tiempo en que se dá principio á la negociaciones de los fondos públicos. Aquel sitio, bajo el peso de la crisis, parecia un desierto. Yo que lo habia visto en sus buenos dias, solo á fuerza de trabajo podia reconocerlo. Aquel palenque, aquella fuente de operaciones lícitas tenia el aspecto de un sepulcro: algunos agentes se transmitian en voz baja alguna que otra órden con cifras significativas. Andaban vagando por el recinto circular, como aquellas sombras estigias que están esperando los honores de la sepultura. Todo me parecia hallarse sepultado en irremediable letargo. Habia dias en que apenas se anunciaba una cotizacion, ni se firmaba un pagaré. Júzguese en qué disposiciones de ánimo se encontrarian aquellos funcionarios públicos. Los acontecimientos les habian traido aquellos perjuicios y no podian menos de hacer dolorosas comparaciones. En aquel templo, solitario en la actualidad ¡qué de adoradores no concurrian en otros tiempos! ¿Qué iba á ser de aquellos empleos que se subdividian á manera de feudos con el objeto de que fueran mas accesibles? ¿Cuál seria su valor, si es que en realidad aun tenian alguno? ¿No estaban destinados á ser derretidos por el fuego de la revolucion como la nieve por el sol de abril? Por otra parte, la grande época del crédito público habia pasado ya definitivamente. El crédito vive de estabilidad: ¿cómo habia de tenerla cuando todos los reinos estaban conmovidos en su base? Ni á fuerza de siglos se podrian recomponer tal vez las ruinas acumuladas en unos pocos meses. Asi pensaban los miembros de aquella opulenta corporacion al llevar el luto de sus buenos dias.

La misma soledad, el mismo aspecto de dolor dominaba en el Bolsin. Todo está íntimamente relacionado en el imperio del agio. El bolsin es una industria libre, nacida á la sombra de una industria privilegiada. Esos dos poderes se soportan y ayudan mútuamente. El bolsin crea y educa á los jugadores, el recinto de la Bolsa los admite en su seno. El bolsin dá pábulo á la fiebre especuladora sin la cual la Bolsa descenderia al nivel de un establecimiento de depósitos donde los capitales quedan amortizados. Y al mismo tiempo recoge todo lo que la Bolsa desecha, y es á manera de una preciosa sucursal. ¿Quién no siendo el bolsin ofreceria un abrigo á las pequeñas ruinas y un asilo á los desesperados? ¿Dónde se encontrarian probabilidades de dormirse sobre el último peso

y de despertar poseyendo millones? ¿Adónde irian esos hijos del siglo que la moral ha espulsado de la martingala y de la lotería sin tener en consideracion los profundos instintos del corazon? El bolsin es por lo tanto una institucion grande y necesaria. Por otra parte, no se crea que pertenece esclusivamente á gitanos; pues tiene sus duques y pares, sus margraves y sus emperadores. Hay algunos que podrian marcar su paso en la renta por golpes atrevidos y que llegarian á turbar las noches del banquero ordinario de los estados modernos. A fuerza de audacia empezaban ya á imponerse. No habia mas armas que oponerles que las del desden, y contar con ellos para concederles parte de la soberania del crédito.

¡Qué lejos estaban aquellos tiempos! ¿Qué habia sido de aquel grande y poderoso bolsin? ¿Dónde estaban aquellos hombres cuyo genio contrastaba con el de los mas ilustres financieros? ¿Qué quedaba de tanta actividad, de tantos recursos, de tanto espíritu de especulacion? Algunas ruinas solamente. ¿Adónde habian ido aquellas primas, aquellos saldos, aquellas negociaciones á plazo, aquellas obligaciones condicionales? Ya no existian. ¿En dónde se acampaban aquellas falanges que estaban ayer todavia maniobrando desde los *boulevards* á la Bolsa, y desde esta á aquellos? ¡Ah! ¿quién lo sabe? En todas partes y en ninguna; todo se habia dispersado al soplo de la revolucion. Era un ejército completamente en derrota. Los generales habian desertado: nada mas quedaba que algunos cabos y algunos aventureros. Ninguno de los desastres de que la historia hace mencion podia compararse con este. La jornada de las espuelas no espresaba una fuga mas rápida, ni la retirada de Rusia un deshielo mas absoluto. El bolsin ya no existia, solo quedaba su sombra.

Tales fueron las ideas que me asaltaron al entrar en aquel recinto. Pareciame que un frio glacial descendia por mis espaldas y que empezaba á sentir los efectos de un amodorramiento contagioso. Yo habia visto aquel salon en otros tiempos y conocido sus misterios á título de iniciado. Bastábame una mirada para encontrar elementos de una comparacion desconsoladora. Algunos grupos ocupaban apenas el espacio donde en otros tiempos se amontonaban batallones compactos. Entristecido por este espectáculo, me iba á marchar, cuando un descubrimiento llamó mi atencion. En la sombra de un pilar se destacaba una barba en la cual derramaba la luz sus tonos mas vivos. Involuntariamente dí un grito. No habia en el mundo dos barbas arregladas con tan exquisito gusto: Oscar

se habia hecho traicion á sí mismo: ya me habia apoderado de él; allí estaba: lancéme hácia él como hácia una presa.

—Por fin te he atrapado, le dije cogiéndole de los brazos; tú eres; ya te he encontrado.

En vez de corresponder á esta efusion ó cuando menos admirarse de ella, Oscar me rechazó vigorosamente.

—Vete al diablo, me dijo; vas á hacerme perder el hilo de mis cálculos. Ciertamente es una estupidez. Llegas como un acontecimiento. Vamos, sé razonable.

A todo esto seguía separándome con la mano.

—¡Cómo lo tomas! le dije.

—¡Como lo tomo! Quisiera verte en mi lugar. Estaba haciendo un cálculo magnífico, una especulacion en que se pueden ganar dos millones y medio. Y te has dejado caer en lo mejor de mi cálculo. He visto bastantes cometas, pero ninguno con una cola semejante. Otra fortuna perdida, añadió con amargura. Un cálculo infalible, que ya no me será dado volver á anudar.

Bien pagado me veia de todas mis molestias y cuidados. Despues de haber gastado tres semanas buscando á mi amigo, no le encontraba sino para que me echase una reprimenda. Tanta ingratitud me ofendió. Crucéme de brazos y lo miré de hito en hito, diciéndole:

—Es decir que por tí he de estar sufriendo plantones constantemente. Si voy á tu casa, tengo que estar hecho un posma delante de tus lienzos; en la calle, delante de tu pueblo; en mi casa me das un solo con tus cuentos azules. ¿Qué nueva estravagancia es esa? ¿Qué haces aquí?

—¿Que hago? ¿Pues no lo estás viendo?

—Ciertamente que no.

—Pues ten entendido, Jerónimo, que hace tres semanas que no hago otra cosa. ¿Crees que es muy sustancioso el encontrarse á la hora de comer delante de una barra de tinta de la China? No habría podido transcurrir seguramente con ese sistema de vida los años que la naturaleza me concede. Por lo tanto he adoptado un partido.

—¡Hola!

—Sí, querido. He hecho almoneda de mis antiguos lienzos, de mi caja de colores, de mis paletas, de mis maniquís, de mis estudios del natural, de mis paisajes, y hasta de mis botas que estan fuera de edad. Todo, todo, querido: he dejado la casa limpia, y con los fondos de este

comercio he venido aquí en donde he adoptado otro. No habia mas remedio.

—¡Tanto me diras! ¿Y qué eres?

—Soy concurrente al bolsin, Jerónimo: no me avergüenzo de decirlo. Acepto esa denominacion en toda su latitud. Cada cual se debe á sus opiniones políticas.

—¿Políticas?

—Como la que mas. Lo que hago, es por aversion á ese gobierno. No posee mi confianza; consagro mis capitales á destruirlo. Mi papel es claro.

—¿Y dices que lo destruyes?

—Diariamente. No tengo otra ocupacion. Lo derribo mortalmente, sin misericordia. Cuando has entrado, querido, lo estaba tambien derribando, y si no hubieras turbado mi cálculo lo habria derribado indudablemente de una manera que no se habria vuelto á levantar. Estaba empleando todos mis capitales.

—Hablas siempre en enigmas, Oscar.

—Pues el presente es muy claro, hijo mio. Has de saber que juego á la baja. Para jugar á la baja es preciso matar al gobierno. Este es el objeto de la institucion: quiere decir que derribando soy consecuente á mis principios.

—Ahora te comprendo.

—Es decir que nada comprendes, querido. El oficio está lleno de profundidades que se escapan á tu imaginacion. ¿Crees que se comprende así, sin mas ni mas? El cálculo que ahora poco estaba formando no me ha costado mas que doce dias y doce noches, y me lo has hecho perder cuando me hallaba á punto de agarrarlo. No creas que te lo perdonaré nunca, Jerónimo. Iba á centuplicar mis capitales.

Grande debia ser la herida, puesto que nunca habia de perdonármela.

—Vamos, le dije, olvida ese percance y entérame del negocio. Tengo curiosidad de conocer á fondo esa clase de asuntos.

—Es cosa de risa. Hace cuatro dias que el gobierno y yo estamos jugando con estremada sutileza. Él necesita consolidarse y no se entienda que yo le quiero mal por ese motivo, tan natural á todos los gobiernos. Todos quieren consolidarse. ¡Oh! si no estuviesemos aquí, no juraria yo que no lo consiguiese. Un gobierno tiene algunos medios á su disposicion, los cuales bien empleados, podrian sacarle de apuros. Pero no le quitamos la vista de encima.

—¿No le quitais la vista de encima? dije con toda la seriedad posible.

—Ciertamente que no. Es preciso defender sus capitales. El gobierno, con ese afan de consolidarse, hace correr algunas buenas noticias. Tretas conocidas. El órden reina en Lyon: la cosecha es buena. Se ha restablecido la tranquilidad en las calles de París. Obrando de esta manera, el gobierno cree intimidarme. Sabe conocer y apreciar su situacion. Comprende muy bien que soy su grande obstáculo: sabe que si retrocedo, se salva. El dia en que yo compre en lugar de vender, hará cantar el *Te Deum* en la catedral. Pero se encuentra con la horma de su zapato. En vez de comprar, vendo, y le convido á entretenerse en otras ocupaciones. Esto ya es cosa sabida.

—¿Y lo hace así?

—No, él se atrinchera en sus medios y yo en los mios. Él lo vé todo de color de rosa: yo lo veo todo de negro. Los Austriacos, dice el gobierno, desocupan Italia. Yo vendo. La Gran Bretaña sigue en buenas relaciones con nuestro gobierno. Vendo. El emperador de Rusia ha hablado favorablemente de nosotros. Vendo. El rey de las Dos Sicilias ha sido espulsado de sus dominios. Sigo vendiendo. La Dieta de Francfort propone á la república una alianza ofensiva y defensiva. Vendo mas que nunca. Amigo, en ese juego, un momento de vacilacion causa la ruina: es preciso vender, vender, vender sin tregua y sin piedad. Yo venderé hasta emplear mi último maravedí. Solo á ese precio se puede derribar á un gobierno.

—Si eso basta, la maniobra es muy sencilla.

—Paciencia, querido; eso no es mas que la mitad del juego. La otra consiste en las mentiras ó bolas. ¿Sabes de qué bolas hablo, Jerónimo?

—Creo que sí.

—Dáse el nombre de bolas á las grandes noticias que fabricamos bajo estos pilares. Todo este recinto está lleno de ellas. Procuramos redondearlas y pulirlas lo mejor posible. Estando las bolas artísticamente torneadas, casi siempre consiguen rodar á largo trecho. Los jugadores á la baja son los que mas se distinguen en esta industria. Hay bola de las nuestras que vá del uno al otro polo. ¿Lo creerias, Jerónimo? He vencido á todos ellos desde el primer ensayo. He demostrado que tengo un verdadero genio para su fabricacion. Mis bolas formarán época. Al principio quisieron competir conmigo, rebajar, disputar mi disposicion. Pero

luego me he desquitado completamente, y he construido y lanzado bolas tan magistrales, que no ha habido mas recurso que reconocer mi superioridad. Soy maestro en ese género; nadie puede disputarme la preferencia. Tengo pues mi taller de bolas.

—Bien, ¿y luego?

—Luego las lanzo ó las opongo á las del gobierno. ¿No calculas su efecto? Se habla de Rusia: yo la presento erizada de bayonetas. Sesenta y cinco regimientos se hallan acantonados en las fronteras de Polonia. Cito el nombre de los pueblos que ocupan. No omito ningun detalle: el nombre de los generales y el de los cuerpos que mandan, todo entra en la confeccion de mi bola. Doy pormenores hasta del plan de campaña que piensan seguir.

—¡Hasta ese estremo!

—Regla general, querido: cuanto mas absurda es la bola, tanto mas agrada al público. Ese es un descubrimiento que yo he hecho y que nunca será echado en olvido. Anteriormente pulian demasiado la bola, y la lanzaban como vergonzosamente y sin aplomo. Yo he adoptado el método contrario: dejo á la bola su grosera superficie: no violento la naturaleza de la materia de que se compone, y cuando lo juzgo oportuno la echo decididamente á rodar, y cuando mas, la adorno con una zona de palabras pintorescas y de circunstancias especiales. Si alguno me hace objeciones, le trato de escéptico y le confundo. No creerías, Jerónimo, todo lo que he hecho en el particular y todos lo resultados que he obtenido. Es fabuloso, bien puedes creerme. Bolas que en otros tiempos apenas habrian podido moverse, productos monstruosos, corren y pasan cuando yo las lanzo. Y no creas que pasan solo por un camino; nada de eso. Lo mismo ruedan por la pendiente que por las alturas: lo mismo van por un terreno, que por otro. Soy maestro, amigo mio, soy maestro.

—Pero ¿tienes todas las cualidades necesarias para serlo?

—¡Yo! Me sobran. Si permanezco tres semanas mas en este sitio, produciré una revolucion. No saben ya lo que les pasa; tal es la confusion en que los he metido! Yo supongo en el Gran Turco proyectos inauditos: una escuadra se está armando misteriosamente en el Bósforo. Trata de volver á apoderarse de Africa y está á punto de desembarcar en las costas francesas. Para esto cuenta con el auxilio de otras potencias: Austria le dá la mano, y tiene relaciones secretas con Inglaterra. Esa es una bola á lo oriental; pues bien, rodó sin dificultad alguna.

Por otra parte el hijo de Bernardotte exige que Francia reintegre á la dinastía de Napoleon, y pone cincuenta mil suecos á disposicion de los pretendientes de esa familia. Esa es una bola que podria llamarse setentrional.

Las he confeccionado á propósito para todos los paises del mundo. Toda Europa se declara contra nosotros, y respecto de los ejércitos que están en marcha contra Francia, estoy en el guarismo de un millon ochocientos cincuenta mil hombres.

—No es flojo el número.

—¿Cómo quieres, pues, que el gobierno resista? ¡Un gobierno contra el cual empleo todos mis capitales! Es una fruta demasiado madura: cuando menos se piense caerá de la rama. Además ¿quieres, añadió misteriosamente mi amigo, quieres que te lo diga todo de una vez?

—Dí, Oscar.

—Aquí nadie tiene fé en la República: esto es un hecho.

—¡Oh! esclamé lleno de indignacion, esos son los hombres de dinero.

—¿Cómo ha de ser, hijo mio? Cada cual tiene sus preocupaciones. La república es como el sol, y sin embargo la bolsa no alcanza á verlo. Será preciso que tenga muy mala vista.

—Pero tú, por lo menos, le dije con calor, tú que eres un puro, un republicano de ayer.

—¿Yo republicano de ayer, Paturot? ¿De ayer? Quieres humillarme.

—Por lo menos así te jactabas de serlo anteriormente.

—Un atributo que yo me daba, contestó el pintor con alguna turbacion. Pero dejemos, si te parece, esa conversacion. Está prohibido meterse en opiniones ajenas. Lo que hay de positivo es que he vendido todos mis muebles y sacrificado por mi opinion hasta mis barras de tinta de China; es que despues de haber realizado mis capitales me propongo emplear hasta el último céntimo para derribar á un gobierno que no merece mi confianza. Suceda lo que quiera seguiré vendiendo.

—¿Y la patria?

—Inocente, me dijo Oscar mirándome con una sonrisa de compasion. ¿Desde cuando tiene patria el bolsin?

Así que acabó de pronunciar estas palabras fué rodeado por varias personas que le hablaban con viveza. Tratábase de una noticia increible, divulgada hacia poco y que atribuian á mi amigo. Oscar rehusó admitirla por obra suya, y la consideró como indigna de su habilidad. La

cuestion se reducia á un cuerpo de diez mil Austriacos derrotado y obligado por el ejército sardo á pasar el Pó.

—¡Monstruosidad, monstruosidad, esclamaba mi amigo: parto de algun gracioso sin gracia! Me calumniais, señores.

Aquellas personas á quienes decia estas palabras eran, si así puede decirse, la flor de los concurrentes á la Bolsa, los raros veteranos que se habian librado del desastre general. Fué nombrándomelos é indicándolos uno por uno.

—Mira, Jerónimo, allí tienes á una víctima del saldo. Aquel rubio alto que está á la derecha. Los acontecimientos le han envejecido prematuramente: algo mas brillaba su tez en otros tiempos. En febrero se cargó de papel al precio corriente. Los treses á 77, el cinco á 116, poco mas ó menos, no me acuerdo con exactitud de los números. De allí á 15 dias los treses estaban á 35, el cinco á 55. Ya ves qué espantosa pérdida. Sé justo, Paturot, ¿puede ese hombre tener aficion á la República?

—Ahora es cuando eso tendria mas mérito, Oscar.

—Sea enhorabuena; pero el hombre preferirá no ser tan perfecto. ¿Ves ese moreno que mete tanta bulla detrás de nosotros? Es el mas notable de nuestros especuladores en ferro-carriles. ¡Observa qué gestos hace! En otro tiempo se agitaba menos y hacia mas. Entonces especulaba; ahora petardea. Entonces llenaba su cartera con acciones de mil de Tours, dos mil de Nantes, cuatro mil del Norte, quinientos de Lyon, y dos mil de Estrasburgo. Así es que en 24 de febrero se hallaba con treinta mil caminos comprometidos, y no le faltaba ya mas que tomar el de Bélgica. Posteriormente todo se ha ido arreglando. Se ha reducido todo lo que le ha sido posible y ahora vuelve á principiar. Pero es muy duro tener que contentarse con un estanque estando acostumbrado á navegar en alta mar. Nuestro hombre se venga de ese contratiempo dando á todos los diablos á la República: ¿Hace mal? Dilo tú mismo.

—¡Si no ves mas que el interés particular!

—¡Preciso es no perderlo de vista, Jerónimo! No todo el que quiere puede imitar á Decio. Aun en el tiempo en que vivia ese célebre romano, no faltaba buen número de hombres que en nada pensaban mas que en su pequeño negocio. ¿Ves aquel calvo allí, delante de nosotros? Ese es el que estaba encargado del Banco de Francia. ¿Qué quieres? Cada cual elige lo que le conviene: todo es cuestion de preferencia. Este creia en el porvenir del banco y tenia confianza en las viñetas del establecimiento. Con razon ó sin ella, así sucedia. Habíase rellenado de ac-

ciones, literalmente rellenado. ¿Qué sucedió? Que esta barahunda le ha cogido en mala situacion. De tres mil y tantos, las acciones del Banco han caido á mil. Vuelvo á mi estribillo, Paturot, ¿cómo quieres que ese hombre mire con buenos ojos á la República?

—El tiempo curará esas heridas, Oscar.

—¡Gracias por la heridas de dos millones! No, amigo, no hay cosa alguna que las cure. Por otra parte, has de tener en cuenta que ha habido demasiadas víctimas, y los pequeños gritan mas alto que los fuertes. Mira de ese lado, añadió indicándome un grupo reunido junto á un pilar de la sala.

—¿Qué?

—Ya ves qué facha. Entre los 12 ó 15 forman cierto volúmen.

—Efectivamente. ¿Y qué son? ¿Financieros?

—Esos, amigo Paturot, á falta de otro nombre mas disimulado, podrán llamarse petardistas. Sí, petardistas, vuelvo á repetirlo. Bien vestidos, puede decirse que llevan á cuestas toda su hacienda. Botas de charol, pero no hay para cambiarlas. Por fuerza debes haber oido hablar, Jerónimo, de aquellos veteranos de la ruleta, que despues de haber perdido hasta la camisa se abrochaban hasta la barba y volvian á la casa de juego á aconsejar á los que se reponian y á seguir con la vista á los que continuaban jugando martingalas. Pues esos señores que tenemos á la vista hacen lo mismo aquí en la Bolsa. Juzgan los golpes y se restregan satisfechos las manos cuando ven una buena jugada. De cuando en cuando se aventuran á ganar ó perder un napoleon, y se llenan de orgullo pensando que van á hacer un negocio. Este orgullo pueden tenerlo una vez mensualmente.

—¿Y vienen todos los dias?

—Sin faltar uno. Son los primeros que entran y los últimos que se van. Parece que la Bolsa no podria abrirse si ellos no vinieran. Nadie se presenta mas pomposamente. Andan de contínuo á caza de noticias, lo cual, segun dicen, es para basar mejor sus operaciones. En todas partes se encuentran; en los salones de descanso de la Asamblea, para asediar á los representantes en su localidad, y en las antecámaras de los ministros para sorprender los secretos del gobierno. Así que han cazado alguna noticia al vuelo, corren á llevarla á la Bolsa, en donde por lo regular ya se sabia dos horas antes. ¡Considérese qué perjuicio! Han llegado demasiado tarde para hacer ninguna operacion. Otro dia serán mas afortunados.

MCD 2022-L5

—¿Hay formalidad en lo que me cuentas, Oscar?

—¡Cómo si hay formalidad! Si te oyeran hacer esa pregunta te apedrearian. ¿No ves como ahuecan los carrillos y qué tono se dan con las manos en los bolsillos? ¡Formalidad! Creen valer tanto como el primer banquero. ¡Óyeles hablar! Van á tomar cincos ó bien treses. Tienen que hacer un gran saldo. Andan negociando una prima. Cincuenta operaciones tienen entre manos. Mira, ese que pasa á su lado es un corredor intruso: ya lo han detenido. No podia menos de suceder así. Mira que maniobra tan diestra ejecuta para escaparse de tales importunos. Ya está en salvo.

—¿Has dicho un corredor intruso?

—Ó un agente libre, querido, como quieras, á eleccion. Un corredor intruso obra del mismo modo que los agentes autorizados y tiene sus parroquianos y sus negocios corrientes. ¡Buena posicion! Pero por desgracia, entre ciento apenas hay cuatro que lleguen á adquirirla. Pero dejémonos de todas esas cosas, Jerónimo; tú me haces charlar y entre tanto me olvido de la Bolsa realmente; me estas haciendo un perjuicio. Cuando se tienen capitales comprometidos, no hay mas remedio que defenderlos.

—¡Bah! ¡Por un dia!

—Ni por una hora, ni por un minuto, querido. Poco mas necesitamos para arruinarnos. Para un concurrente al bolsin todo es grave, todo. En tiempo del último rey, bastaba que este tuviera un dolor de cabeza para producir una baja en los fondos. ¿Qué se necesitaba para hacer fortuna? Nada mas que conocer á un ayuda de cámara de S. M. Cuando este decia que su señor estaba algo constipado, ó que tenia dolor de cabeza, no faltaba tela para cortar por donde quisieras. El dolor amenazaba convertise en un ataque de apoplegia y los fondos bajaban dos francos. Luego se sabia que aquella salud interesante se habia restablecido, pero el golpe ya estaba dado. Se podia beber á la salud del rey con cien mil francos en el bolsillo.

—Que esto sucediera en tiempo de un rey, nada tiene de estraño; pero, ¡ahora que estamos en plena república!

—¿Que mas dá? Si no hay rey, hay ministros. ¡En la Bolsa se necesita tan poco para subir ó bajar! La Bolsa es una verdadera sensitiva. El emperador de Rusia está lejos de nosotros ¿no es verdad? Pues bien; yo no desearia mas, que en el caso de que ocurriera su muerte, saberlo veinte y cuatro horas antes que nadie. Te aseguro que de un solo golpe

me enriquecia hasta el punto de poderte cubrir de oro. Semejante suceso produciria una alza de cinco francos, es un cálculo hecho.

—¿Por quien?

—Por inteligentes, por hombres que ven con toda claridad los números. Cinco francos de alza: ni mas, ni menos. Todo está arreglado, todo está sujeto á una cotizacion. ¿Ves los miembros de nuestro gobierno? ¿Me dirás que son unos pequeños señores? Yo tengo demasiada política para contradecirte; pero por pequeños que sean, ten entendido que obran directamente sobre la Bolsa. El que mas y el que menos lo ha calculado: eso depende del nombre. Los hay que para la renta valen diez veces mas que sus colegas. En un término medio puede decirse que cualquiera de ellos produce un aumento ó disminucion de 25 céntimos. Los de alto copete, los que estan agarrados á la oreja del público pueden llegar hasta tres francos. Es un precio corriente como el de los bollos. En un caso necesario podria llegarse á calcular hasta la diferencia. Lo importante seria saberlo antes de que sucediera. Todo consiste en eso. Si ocurriera una dimision en masa ¡qué ganga! ¡Si yo llegase á saberlo!

—¿Y si ellos mismos se propusieran especular de ese modo?

—Ya lo hemos visto, Jerónimo. En realidad, tú les das una idea. Aun podrian hacer mucho mas. Lo único que yo pediria seria que me asociasen á su operacion. Pero basta, basta, amigo mio: charlando nada se hace. Hoy no he vendido nada y el gobierno podrá pensar que me retiro.

—¿Y qué perderias con dejarle descansar un poco?

—Eso nunca, nunca, esclamó el pintor con indignacion. Entre el gobierno y mi persona no hay mas descanso que en la tumba. Ó yo le mato, ó él me mata. Es una religion política. Pero vete, Jerónimo, ya me has causado bastante perjuicio. Un cálculo perdido y una Bolsa nula. Podria decirse que conspiras contra mí. Sabes que...

Una campana que sonó en aquel momento cortó la frase del pintor en lo mas profundo de la garganta. Dejó caer sus brazos en ademan de hombre desesperado y me dirijió una mirada llena de reconvencion, esclamando:

—Me arruinas, Jerónimo.

—¡Yo! ¿Cómo?

—¿No has oido la señal? Por cierto que el que la ha hecho no pierde el tiempo.

—¿La campana?

—Sí, la campana: es mi redoble fúnebre. La Bolsa va á cerrarse, y yo aun no he hecho nada. Un dia es un siglo, y además la mano se enerva. ¿Quién sabe si habré perdido la ocasion de enriquecerme? Jerónimo, Jerónimo, tú le has dado al gobierno una tregua de veinte y cuatro horas. Tal vez lo habria yo derribado sin levantar la sesion.

—¡Bah!

—Y sobre todo es bueno que se sepa que yo sigo siempre vendiendo. Las posiciones no deben ser ambiguas.

El ruido de la campana siguió cubriendo su voz, y por último calló mi amigo. Sin esa circunstancia no habria dejado de repetirme de mil modos que yo habia causado su ruina. Ya se sabe que no era fácil arrancar á Oscar del predominio de una idea ni contener su desarrollo. Por lo tanto puede decirse que esta vez cedió á una fuerza superior. Salimos de la Bolsa rodeados de la multitud que iba prosiguiendo sus conversaciones hasta el peristilo. Este espectáculo no dejaba de ser interesante, pues me proporcionaba ocasion de pasar revista á todas las notabilidades financieras, y á todas las celebridades del agio. Entre estos habia uno á cuyo alrededor formaba círculos la turba de especuladores dándole inequívocas muestras de respeto. Cuando aquel personaje hablaba, todos le escuchaban como á un oráculo.

—¿Quién es ese señor? pregunté á Oscar.

—Ese, me dijo mirándole con desden, ese es el rey de la alza. ¡El Fenix del momento! Tiene confianza. ¡Confianza! Grima dá oirlo. ¡Jugar al alza, en el estado en que se halla Europa!

Así diciendo, me empujó hácia adelante como para huir cuanto antes del contagio de un hombre que no desesperaba del crédito de la república.

CAPITULO XLI.

LAS AVES DE RAPIÑA.

Un ejército en campaña suele ofrecer un espectáculo tan estraño como comun. Hay bandadas de aves que le van siguiendo en el seno de las nubes, y se asocian á todos sus movimientos, formando una especie de escolta alada. Acampan con el ejército y viven de sus despojos: al primer toque de diana forman en columna, y al oir la señal de alto por la tarde bajan á bandadas á descansar en las cimas de los árboles. No es menos discreta ni prudente la maniobra que ejecutan durante la batalla. En tanto que el cañon truena y silban las balas de la fusilería, andan describiendo círculos sin fin en lo alto del horizonte; mas cuando el humo se ha disipado y reina el silencio en aquel campo de muerte, entonces abandonan el azulado espacio donde se estaban cerniendo y se arrojan sobre los cadáveres que cubren el suelo. Entonces principia el festin, que no concluye, por cierto, sin alaridos, y sin picotazos.

Eso mismo, sobre poco mas ó menos, suele verse en las revoluciones que tambien van acompañadas de sus aves de rapiña, con los mismos instintos y las mismas costumbres. No se las vé durante el fuego ni detrás de los pavimentos hacinados. No se lanzan á la conquista de una idea ó de un principio; toda batalla empieza y concluye sin ellas. Mas así que la calle vuelve á tomar su aspecto normal; así que se desprende la piedra de la última barricada, entonces se presentan á bandadas é invaden el terreno en donde se ha dado el combate. Nadie sabe despedazar mejor una administracion, un gobierno, ni una sociedad:

redúcenla á girones y se disputan sus despojos. El hediondo festin prosigue hasta que se ha consumido la última parte de él.

De esas aves de rapiña deben esceptuarse otras que forman una especie superior. La política es un regalo aparte. Un gobierno que cae, se encuentra con otro gobierno dispuesto á reemplazarle: ese es el órden. Hay una justicia distributiva que los salvajes de los mares del Sur han consagrado desde hace mucho tiempo, y que observan con toda religiosidad. Los vencedores se comen á los vencidos. La única diferencia consiste en el modo de hacerlo, pues los unos se los comen crudos, y los otros los asan á fuego lento. De todos modos lo que resulta es que se los comen y de esa manera sancionan la lucha y dan digna sepultura á los guerreros. Muy bien comprenden su propia ferocidad. Nosotros no hemos avanzado tanto; nuestras costumbres repugnan semejantes escesos. En vez de comernos á las víctimas, las deshonramos. Los salvajes son tal vez mas humanos.

Esceptúo, por lo tanto, á las grandes aves de rapiña, y me limito á las medianas y á las pequeñas, cuya familia es innumerable, y cuya voracidad es singularmente cruel. Para ellas, una revolucion no es mas que un hueso que tiene algo que roer. Poco les importa que la riqueza del pais desaparezca, que se anonade el crédito, los depósitos, los recursos, nada merece consideracion con tal que al fin de la catástrofe encuentren digno pasto para su voracidad. El instinto impele á esas aves; y no hay escrúpulo que pueda detenerlas. Algunas veces escarban el suelo para encontrar víctimas, y ostentan artificios que podrian causar envidia á los asquerosos huéspedes de los muladares.

¡Qué de especulaciones produce aquel instinto! ¡Qué de calculadas esplotaciones de la miseria pública! Espacio nos faltaria si quisiéramos enumerarlas. No hay teoria, no hay combinacion financiera que no haya llevado una bandada de buitres pegada á sus costados. Una de ellas se distinguió particularmente en este género, y fué la denominada Asociacion del crédito territorial. Con este título se designaba á una creacion de papel cuya garantia estribaba en bienes inmuebles. ¡Ilusion contagiosa, y que se propagó hasta en el seno de la Asamblea! Los hombres sencillos creyeron en ella; y los que se preciaban de astutos aparentaban no darle crédito. Hubo un momento en que llegó á realizarse. De aquí nacieron una multitud de anuncios que inundaron las paredes en forma de carteles, ó tomaron, á fin de introducirse en las casas, la modesta apariencia de un prospecto. De esta ma-

nera llegó á nuestra manos la invitacion siguiente, digna por cierto de librarse de aquel diluvio de impresos:

ASOCIACION TERRITORIAL.

FONDO SOCIAL: 12 MILLARES DE MILLONES.

El objeto de un buen financiero es dar movilidad al suelo.
TOBORNNAIS.

Todo valor que no circula es una pérdida positiva para el estado.
TURGOT.

»En vano buscaron los antiguos el principio generador de la riqueza: ese descubrimiento estaba reservado á nuestro siglo. Sabido es el orígen á que debe atribuirsse el cambio. Los pátriarcas tuvieron necesidad de cambiar un cordero por unas medidas de trigo: ese es el primer límite de sus conocimientos de economia política. Posteriormente se inventó en la India una moneda compuesta de conchas de marisco: esa fué la cuna del arte. En seguida vinieron los metales preciosos, y el hombre se vió obligado á estraer con el sudor de su rostro el oro y la plata de las profundidades en que estaban sepultados. Poco hace que la cuestion no habia pasado aun de esos límites; mas ya acaba de dar un paso inmenso.

»Para que el prestigio de los metales fuera conservándose al través de los siglos, fué ciertamente necesario que tuviera muchas probabilidades á su favor. El oro es agradable á la vista, y la plata no tiene mal aspecto. Ambos son igualmente sonoros: toman la forma que se les dá, y conservan las impresiones indefinidamente. No se puede menos de hacerles justicia, aun cuando se trate de reprobarlos. El único inconveniente de esa clase de valores, y es irremisible, es que no se prestan á una multiplicacion indefinida. El oro tiene sus límites lo mismo que la plata, y esto es un defecto que no se les puede perdonar. Por lo tocante al cobre, no hay términos con que denigrarlo: su uso no tiene mas disculpa que la rutina y la ignorancia. Apenas puede creerse que los pueblos se hayan estado manchando los dedos con su contacto por espacio de tanto tiempo. Es una enfermedad deplorable.

»De todo esto resulta que, como principio generador, la moneda no merece ser tomada en consideracion. Jamás habria debido tomarse el efecto por la causa. Sin embargo, es tal la ceguedad humana que

el mundo ha vivido cuatro mil años en ese error, del cual ni Grecia ni Roma pudieron librarse á pesar de no haber tenido noticia de las minas de Méjico. Desde entonces el vértigo ha sido general. Venecia ha tenido sus zequines, Constantinopla sus besantes, y el Portugal sus cruzados. No hay reyecillo que haya dejado de fabricar moneda en su rincon, ni pueblo que no la haya reclamado para su uso. Los sábios se velaban la frente; la multitud obedecia al impulso general. No habia bajeza que no se cometiera por adquirir moneda; perseguíanla á todo trance y la amontonaban con placer. ¡Cuánto puede la costumbre!

»Ya era tiempo de destruir esa preocupacion. Las modernos pensadores lo han tomado por su cuenta, y de su laboratorio intelectual han sacado por último el principio generador de la riqueza. Este principio es sencillo, como todo lo grande: puede limitarse á una sola palabra:

»La circulacion.

»Sí, una palabra de once letras, las once letras del porvenir.

»Verdaderamente, al reflexionar en ese asunto no se concibe cómo un objeto tan elemental haya podido hasta el presente ocultarse á la penetracion de los hombres. ¡Cómo! ¡Tantos hombres ilustrados, tantos corazones sublimes, no han podido llegar á descubrir con el trascurso del tiempo que la circulacion es el eje del bienestar, y el principio y el fin de toda sociedad! Bastaba, sin embargo, con haber dirigido una mirada á su al rededor y haber observado el papel que desempeña la circulacion en la prosperidad de los Estados. Los datos son infalibles; la ecuacion debia resolverse. La prosperidad está siempre en razon de la circulacion. El pais mas floreciente es aquel en que la circulacion es mas abundante; el mas pobre aquel en que está mas limitada. Esta verdad se demuestra con tanto número de ejemplos que embarazan la eleccion. En Turquia apenas hay circulacion; ¿en dónde está la riqueza de ese pais? Inglaterra la tiene, por el contrario, muy desarrollada; por eso ocupa el primer puesto entre las naciones opulentas. Esos dos ejemplos son los estremos opuestos y entre ellos pueden colocarse los demas pueblos segun el órden de su circulacion. Portugal es el que menos tiene, luego España, luego Alemania, y por último Francia donde se verifica en medianas proporciones. Todo eso puede demostrarse: la proporcion es exacta. La prosperidad está en razon directa de la circulacion. No tienen mas exactitud las leyes de Newton.

»¿De qué se trata, pues? De dar incremento á la circulacion, de au-

mentarla indefinidamente. La fortuna no es ya un problema: los pueblos la tienen en la mano y pueden arreglar su dosis á voluntad. ¿Cual será el límite? Aquí principia lo arbitrario. Durante el último siglo, un hacendista célebre dió á la circulacion un empuje que nadie habrá olvidado y estableció sus bases allá en las lejanas nieblas del Misisipi. Bueno es el modelo, y tiene bastante brillo para que cada cual trate de imitarlo. Llevada la circulacion á ese estremo nos daria iguales resultados, y no admitiria límites. La ley habla, y la circulacion se somete á ella. Llegado este caso, todo es posible. ¿Qué importan la sumas? ¿Qué las garantías? Las sumas pueden elevarse á millares de millones, y por garantía puede ofrecerse Marte, Saturno, ó cualquier otro planeta á voluntad de los tomadores.

»Mas todavía estamos lejos de ese grado de perfeccion: todavía tenemos que refrenar el deseo. Así lo comprende la *Asociacion territorial* y por eso no obra en tan grande escala, y se acomoda á las preocupaciones. El globo no está aun bastante maduro para la circulacion indefinida: eso vendrá con las costumbres y con el tiempo. El hombre que recibe valores á cambio tiene aun la triste manía de informarse del fundamento en que reposa aquel valor. Quiere saber el resultado del asunto y conocer las garantías del reembolso. Apenas puede concebirse tamaña mezquindad. La *Asociacion territorial* comprende esa puerilidad sin participar de ella. La *Asociacion* cede: limita las sumas y concede garantías. Su pensamiento se funda en una transaccion y echa un puente entre el pasado y el porvenir.

»Veamos ahora los cálculos en que se funda, pues en realidad son dignos de alguna atencion.

»No es posible saber exactamente la suma total de los valores en Francia. Se han hecho innumerables cálculos, pero ninguno pasa de meras suposiciones. Los documentos particulares son inexactos, el catastro es insuficiente. Todo se reduce á aproximaciones. Los que mas las exageran hablan de cien millares de millones, otros de ochenta, los mas modestos los reducen á cincuenta. Este es el tipo que la *Asociacion territorial* ha adoptado. A fin de evitar las eventualidades y pérdidas del cambio se ha fijado en ese número estableciendo las bases de la mas estricta sinceridad. De manera que en su concepto, la suma de los valores territoriales que componen la fortuna de Francia queda reducida á cincuenta millares de millones. Esta es una cantidad decente: reservemos lo sobrante para el porvenir. Pues bien ¿quién lo creeria? Esa suma es

un valor muerto, estéril, impotente, en una palabra está dicho: es un valor sin circulacion. Risa dá contemplarnos: sabemos conquistar el mundo, estremecerlo con el ruido de nuestros pasos, llevar á remotas distancias nuestras armas y nuestro nombre, y no sabemos aprovecharnos de lo que tenemos á la mano. Bien está que seamos caballerosos; pero eso no es motivo para despreciar lo que tenemos. Nada circula sobre el suelo de Francia, siendo así que todo debería estar en circulacion. Eso es lo que falta, eso es lo que debe hacerse, pues de lo contrario no puede decirse sino que volvemos la espalda al porvenir, y rehusamos nuestros destinos.

»La *Asociacion territorial* no se propone otro objeto que poner á la Francia en su verdadero camino. Propónese que todo ande en circulacion sin exencion ni reserva. A su impulso circularán los campos donde se hacen las labores y los prados cubiertos de pastos, los bosques espesos, y las viñas generosas; todo se pondrá en circulacion, sin esceptuarse los aperos de labranza, ni las trojes, ni las bodegas, ni los corrales. Solo á ese precio puede conseguirse la riqueza: hasta los mismos edificios se acostumbrarán á ese ejercicio. Todo entra en los planes de la *Asociacion territorial*, á todo se estiende su impulso de circulacion. El mas despreciable objeto inmueble tiene derecho á ser atendido. Esa es la ley, ese es el principio generador de la riqueza. Circulacion, circulacion, tal será antes de mucho la palabra de órden y la que espresará la condicion de la sustancia. ¿En qué consiste la vida del globo mas que en su eterna circulacion? Lo mismo debe suceder con lo que el globo encierra. Esa es una consecuencia forzosa, necesaria. Por lo tocante á los valores que no se manifiesten sensibles á los beneficios de la circulacion, debemos decir que estan destinados á consumirse en el marasmo de la inmovilidad.

»Tal es el punto de partida de la *Asociacion territorial* y el objeto de su institucion, inaugurando la era de la circulacion y del crédito. Cincuenta millares de millones duermen en el territorio francés sin producir utilidad. La *Asociacion* se propone restablecer esa riqueza muerta y hacerla circular por las arterias del pais. Ya era tiempo. Nuestros vecinos van tomándonos la delantera. Prusia hace circular sus fortalezas, Austria sus granjas, Rusia sus vastos dominios. En todas partes el suelo y los edificios están en circulacion. ¿Solo nosotros permanecemos estacionados? La raza germánica entra antes que la nuestra en las vias del porvenir. ¡Vergüenza para los hijos de los Galos! Mil ingeniosas ti-

ras de papel representan en las orillas del Danubio, del Vístula, y del Spree, campos sembrados de alfalfa, y obradas cubiertas de mielgas. Otros papeles son fruto natural, signo activo de numerosas construcciones cimentadas con cal hidráulica. Asi es como se consigue tener cornisas portátiles, y cimborrios á mano. Eso son riquezas, eso son tesoros: nada valen en comparacion de eso la plata ni el oro, y cuando mas no pueden considerarse sino como Dioses caidos. ¡Y Francia no se conmoverá en vista de ese cuadro! ¡Llegará á desdeñar esa tutelar institucion! ¡Decir que no tiene necesidad de dar algo de movimiento á sus colinas y á sus valles, á sus casas y á sus tabiques! ¡Decir que rehusa hacerlos pedazos y cubrir la superficie de su territorio! ¡Oh vergüenza! ¡oh vergüenza! como dice el poéta inglés.

»Tal estado de cosas va á cesar. La *Asociacion territorial* se ha armado de la antorcha que ha de disipar las tinieblas del crédito: instituye un sistema y proclama una fecha. Desde ahora podria disponer de los cincuenta millares de millones que componen la riqueza inmueble y podria convertirla en objeto de una circulacion desenfrenada. Pero la Asociacion se promete obrar con mucha madurez, y por lo tanto no agotará el valor de la garantía. No emitirá acciones sino sobre la cuarta parte y tratará á la nacion como á un enfermo que necesita de mucho miramiento, por lo cual le suministrará la circulacion en pequeñas dósis. Con el tiempo irán aumentando, pero siempre en razon de la fuerza del individuo. Asi es como la *Asociacion territorial* justificará el dicho siguiente de un célebre publicista: «¡Institucion admirable, institucion fecunda, fecunda en la mas noble acepcion de la palabra! ¡Ramo de olivo que campea sobre el arca de la renta pública, arco iris que aparece en medio del naufragio de nuestra hacienda!»

»Pasemos á los detalles de la operacion. Los cálculos mas dignos de fé hacen subir á dos millares de millones la suma de numerario que circula por Francia, en monedas de cobre, de plata y de oro; total dos millares de millones. Sesenta generaciones han agotado sus fuerzas para reunirlos. ¡Qué de sudores representa ese total! ¡Qué de víctimas! ¡Qué de tiempo perdido! El alma se aterra, el corazon se contrista en pensarlo. ¡Dos millares de millones en cincuenta siglos! Pasemos adelante. A esos dos millares hay que añadir otro en papel, es decir en papel de crédito. Este es el embrion de la idea moderna que la *Asociacion territorial* vá á salvar del aborto. Luego la suma total son tres millares. He aquí los recursos sobre que vive el pais y á lo que se reduce en su seno

el principio generador de la riqueza. ¡Número aterrador! ¡Recapitulacion humillante! ¡Tres millares! La *Asociacion* no podia permanecer impasible en vista de semejante resultado; debia dar aviso y asi lo ha hecho.

»Desde ahora crea doce millares de circulacion: es decir, aumenta otro tanto la fortuna de Francia. Podia doblar, triplicar la suma; pero ha querido guardar medida en el beneficio, y no agotar de una vez la gratitud de los pueblos.

»Como garantia de esos doce millares de circulacion la *Asociacion territorial* afecta los cincuenta millares de que se compone la riqueza inmóvil. Es decir, Francia toma esa riqueza con una mano y la devuelve con la otra, y se sirve á sí misma de fianza y de garantia propia. ¡Mecanismo ingenioso y del cual el espíritu humano podria envanecerse! El efecto será rápido, inmediato y decisivo. Ayer, todavia, la sociedad francesa no poseía mas que tres millares, tres mezquinos millares, penosamente juntados y que representaban el capital de las generaciones y la economia de los siglos. En la actualidad se halla al frente de 15 millares en números redondos, tres millares antiguos y doce modernos. ¡Qué maravilloso progreso! ¡Qué impensada fortuna! La imaginacion se exalta al calcular los resultados, se abisma, se confiesa vencida. La proporcion aritmética no espresa mas que una parte de ella, y sin embargo, ha cuadruplicado los elementos de bienestar y prosperidad. Es decir que todo ciudadano podria tener en lugar de un par de botas cinco pares, y así todo lo demas. Una comida ordinaria de tres platos elegidos se convertiria en una de quince, y el labrador en vez de una sola pareja de bueyes encontraria cinco en el establo. Solo la naturaleza seria la que no pudiera ponerse al nivel de semejante progreso, pues no daria al hombre ni cinco estómagos, ni diez manos. Tan cierto es que el bien absoluto no es propio de este mundo, y que las cosas mas bellas llevan en sí una mezcla de imperfecciones.

»La *Asociacion territorial* no tiene por qué preocuparse de semejante elipse: perfecciona la obra de Dios; pero no la rehace. Sabe que hay barreras que al espíritu humano no es dable salvar. Su objeto es multiplicar los bienes terrestres, y aspira á ese objeto dando un impulso inaudito á la circulacion. Eso no creará mas órganos, ni mas necesidades, pero suministrará medios para ejercer los primeros, y satisfacer las segundas. Dispútase en el mundo la riqueza. ¿Por qué? Porque escasea. Derrámese á torrentes, y las disputas cesarán. La tierra, particularmente es objeto de un sinnúmero de rivalidades. Los que poseen alguna

parte de ella son perseguidos con anatemas furiosos, se ven amenazados en su goce, y se pone su derecho en tela de juicio.

»La *Asociacion territorial* hará desaparecer todos esos pretestos y los sofocará en la cuna. ¿Quién podrá en lo sucesivo tener envidia? ¿De quién? ¿De qué? ¿El menor ciudadano no estará autorizado para decir: tengo en mi cartera un pedazo de ese prado, algunos metros cúbicos de esa casa, cien árboles de ese cercado y diez áreas de esa posesion?

»Los tiempos van llegando, y valiéndome de las espresiones de un gran filósofo, el siglo de oro no está detrás de nosotros, sino delante. Póngase, pues, todo en circulacion; éntre toda la riqueza en movimiento. Nada de debilidad, nada de preocupaciones. Una vez puestos en circulacion, debemos abandonarnos enteramente al impulso, y sobre todo, guerra á los retenidos, guerra á los prudentes. Tal vez dirán que no todo debe ser emitir, y que algo se debe conceder al reembolso. ¡Reembolso! Vaya una palabra rancia, que no tardará en ser borrada del Diccionario. Reembolso ¿para qué servirá, desde que la ley lo declare inadmisible? Si la ley no lo hace así, ¡adios placeres de la circulacion! El cuarto de hora de Rabelais turba el festin mas alegre. Ademas, nos hallamos ya en el caso de estar repitiendo el conocido estribillo de: *Pague quien pueda*. Los anales financieros están llenos de ese refran.

»Sobre este particular, preciso es decirlo, la *Asociacion territorial* profesa opiniones muy terminantes. En su concepto el reembolso no pasa de ser una calamidad, que está invocando contra sí misma medidas de rigor. Estinguir los títulos seria poner trabas á la circulacion, menguar su efecto y debilitar su imperio. Nada de reembolso. Curso eterno y forzoso. La tierra es oro; con ella se pueden acuñar monedas. Todo valor fué creado para revolotear y para estar dando contínua vuelta á toda Francia. La *Asociacion territorial* defenderá esos principios fundamentales, y no consentirá que nadie se desvie de ellos. Así se compromete solemnemente á hacerlo. Ha establecido ya sus números y sabrá mantenerlos. No cree que por menos de doce millares de millones pueda despejarse la incógnita del porvenir ni consumar radicalmente la regeneracion financiera.

»Entre tanto hace una invitacion al público por lo tocante á los primeros gastos de establecimiento. Trátase de establecer las cosas sobre granito. Cincuenta mil francos podrán bastar para eso y la *Asociacion territorial* no duda de que por medio de suscriciones se cubrirá al momento esa cantidad. Todo accionista tendrá derecho á los beneficios de

la empresa, es decir, á los doce millares de millones que van á derramarse en la circulacion. Ademas, los fundadores podrán tomar el título de amigos de la humanidad; y se les asegura un puesto en la historia. Debiendo los gastos de establecimiento ser pagados á la mayor brevedad, se ruega á los suscritores tengan á bien personarse con el cajero lo mas pronto que les sea posible. A fin de facilitar la suscricion se han bajado los títulos hasta un cupon de cinco francos. La institucion es enteramente popular, y debe estar al alcance de todos los bolsillos. La *Asociacion* se dará por establecida así que se haya hecho la suscricion de veinte cupones, y desde entonces reposará sobre bases imperecederas.

»La suscricion queda abierta desde hoy.»

Así se espresaba aquel documento que reasumia la táctica de las aves de rapiña. De un cadáver apenas conseguian sacar algunos trozos. Toda idea nueva, toda empresa en gérmen, las veia presentarse en numerosas bandadas, y cuando hallaban ocupado el puesto, trataban de hacerse lugar á fuerza de gritos. Los jornaleros fueron uno de los principales objetos de su industria. Sabido es con cuánto ardor se ocupó de esa clase el gobierno y cuánto interés le inspiró su miseria. Todas las inteligencias, todos los corazones convergian hácia ese punto. Nadie les rehusaba una indemnizacion, y la única dificultad consistia en el modo de hacerla. Unos la buscaban en las esferas de la ilusion, y otros en el terreno de las realidades; pero todos deseaban ardientemente conseguirla. Ensayábanse mil combinaciones, y se derramaban á la casualidad sumas considerables. La asociacion tenia partidarios y se acudió á su sistema. Asociar á los jornaleros entre sí y con sus amos, tales fueron los dos términos de aquella prueba. Al momento acudieron las aves de rapiña, y no hubo mas arbitrio que contar con ellas. Á título de intérpretes ó de defensores hablaban en nombre del jornalero, estipulaban por él, y alargaban la mano. ¡Ah! El espíritu de beneficio equivocó las señas, y detrás del interés de la blusa penetró mas de una vez el interés del frac negro. ¡Qué de caudales se perdieron en ese camino! ¡Cuántos estados mayores vivieron á espensas del soldado! Hasta los mismos talleres nacionales tuvieron su estado mayor. En las alturas del *Luxemburgo* encontraron las aves de rapiña otra víctima. Ya hemos hablado de ella en otra ocasion: era aquel grande hombre, reducido á un centímetro por metro que analizaba el trabajo y lo trataba por un nuevo procedimiento. En su perfecta sencillez se habia imaginado y decia en alta voz que el Estado iba á ser el manufacturero universal. No necesitó mas

para adquirirse clientes: presentáronsele de todos los puntos del horizonte. Las industrias apolilladas, las que habian sido desmontadas por la crisis y otras que estaban acechando la oportunidad, vinieron á poner á los pies del gobierno sus motores enmohecidos y sus telares desconcertados. A poca costa habrian podido adquirirse todos los establecimientos industriales de Francia: no se trataba mas que de asignarles precio. Unos renunciaban por disgusto á su profesion y otros se prometian una liquidacion ventajosa. Todas las pretensiones eran lícitas al tratar con un chalan tan cándido. No se anduvieron en economías: tratábase de una ganga y se aprovecharon de ella á porfia. La industria desarmada por los sucesos, no podia defenderse y estableció los términos de una especulacion á espensas del Tesoro. Llovian demandas y el grande hombre las recogia del modo mas formal, sin ver debajo de ellas la oculta garra de las aves de rapiña.

Sus hambrientas bandadas recorrieron todos los sitios, tratando de convertir en provecho de su avidez los espedientes promovidos por la necesidad. Las primas concedidas á la industria y á la navegacion tuvieron tambien sus aves de rapiña, sin esceptuarse tampoco los préstamos de dinero hechos á los establecimientos manufactureros. Otro tanto puede decirse de los pedidos hechos precipitadamente y de los resultados escepcionales que estos dieron. Los almacenes del gobierno se llenaron de galleta sospechosa y de paño inservible. Las aves de rapiña habian tomado parte en el negocio. No hubo proyecto ni idea que no sirviera de pávulo á su voracidad. Unos destituian el Banco de Francia para crear un Banco nacional inventado por ellos. Otros inundaban el pais de falanges agrícolas para hacer un desmonte general. Presentáronse millares de arpías en las negociaciones de ferro-carriles, iniciadas veinte veces, y veinte veces abandonadas, y no faltaron tampoco en las granjas-modelos, sobre las cuales no hubo quien no quisiera decir una palabra y establecer un sistema. Todos ansiaban un despojo de aquellos millones decretados sin interrupcion, lanzados en cierto modo á la ventura bajo el crítico peso de las circunstancias. Uno de los mas grandes poetas latinos refiere en un estilo, cuyo secreto se llevó á la tumba, como fué en cierta ocasion turbada la comida del piadoso héroe de su poema por la presencia de inmundas aves. Las que cayeron sobre la república francesa debieron pertenecer á la misma familia, y sin duda vinieron del mismo punto del horizonte. Tomaron parte en las mejores cosas para mancharlas y señalar su paso por medio de inmundas huellas.

CAPITULO XLII.

EL VOLCAN.

El estado de nuestro bolsillo nos habia hecho mudar de casa para no tener tantos gastos. Íbamos ya á echar mano de nuestras últimas monedas de oro, y el arte de mi mujer consistia en economizarlas y en prolongar su servicio. En una de las calles que están tocando con las barreras, habia descubierto una habitacion que entre otras ventajas tenia la de ser particularmente barata. Allí trasladamos nuestros dioses lares. Componíase de tres piezas, que eran cuanto podíamos necesitar. Hacía ya mucho tiempo que nos habíamos despedido de los refinamientos de la vida; el recuerdo de los dias de opulencia no proyectaba ya sombra alguna sobre mi camino. La prosperidad me habia hecho ambicioso; la desgracia me convertia en filósofo. Este es el último recurso de los corazones desengañados.

En lo sucesivo ibamos á vivir retirados y esperando otros tiempos mejores. Semejante crisis no podia prolongarse indefinidamente, pues de lo contrario todos los resortes de la vida se habrian roto. El espectáculo que teníamos á la vista recordaba aquellas sociedades confusas en que aun no se habian establecido los derechos legales y la fuerza representaba el principal papel. Ninguno de los poderes normales hallaba gracia ante la soberania de las encrucijadas, que cuanto mas resuelta parecía á defenderse, tanto mas enérgicamente se negaba á reconocerlos. En ningun tiempo se habia visto un desórden semejante. En las épocas de mas agitacion el pueblo habia reconocido dueños y aceptado algun freno. Los grandes revolucionarios habian dejado caer su mano

de hierro sobre el pueblo; pero ahora nada de eso habia sucedido: no habia nombre alguno que impusiera respeto ni obediencia. Los mas humildes, así como los mas gloriosos, eran objeto de iguales invectivas y de iguales desprecios. La autoridad moral era nula; la material marchaba al abandono.

Entre tanto la multitud se iba embriagando mas cada vez, y lejos de desanimarse por el contratiempo que acababa de sufrir, no habia hecho, por el contrario, mas que añadir nuevo fermento á sus iras. Todos trataban de desquitarse: los planes de campaña se sucedian unos á otros, y por todas partes resonaban gritos de guerra. En una ocasion hablaron de atacar la residencia del gobierno para coger rehenes, y otra vez trataron de marchar sobre Vincennes y provocar el fuego de sus baterias. Las mujeres y los niños habian de formar la vanguardia de esta espedicion y ofrecer su pecho al furor de las balas. ¿Quién habria resistido á una demostracion tan significativa? Las trincheras se hubieran caido por sí mismas y los puentes levadizos se habrian bajado para dar paso á los mártires de la torre. A esos medios directos substituian otros de diverso género. Así es que por mucho tiempo se estuvo tratando de un banquete popular que debia llevarse á cabo en las mas vastas proporciones. Todo se habia calculado á fin de que reuniese el doble carácter de sencillez y de grandeza, y aunque el escote se habia fijado en 25 céntimos, todavia estaban tratando de modificarlo. La mesa debia ponerse en la llanura *des Vertus* y bajo aquella azulada tienda que Dios levantó para uso del hombre. El órden del servicio no permitia grandes detalles y alejaba toda idea de esceso. Al parecer no podia darse una cosa mas inofensiva: lo único que faltaba saber era si los directores tenian alguna mira secreta y cómo habia de desarrollarse.

Bajo esas mil formas se ocultaba un plan fijo, un levantamiento armado. El suelo se agitaba bajo los pies y el aire estaba lleno de vagos rumores. No faltaban tampoco signos precursores: nada mas se oía que imprecaciones y amenazas. Nunca los clubs habian manifestado mas audácia: no se contentaban ya con ser el foco de la insurreccion; eran su arsenal. Cada tarde se daba en ellos el santo y seña y se distribuian municiones de guerra. La enumeracion y distribucion de las fuerzas eran objeto de su trabajo asíduo. A las escaramuzas de los partidos iban á suceder operaciones formales, concebidas por hombres de la profesion. A una señal dada Paris iba á encontrarse dividido en dos mitades, hostiles la una á la otra. La revolucion no tendria ya que proceder con ato-

londramiento, ni caballerescamente: se habia propuesto poner en seguridad las ventajas que sacára. Se habian combinado obras de defensa, poniéndolas en relacion entre sí: eran baluartes de adoquines, provistos de troneras y aspilleras. Sistema temible y completo, mediante el cual las líneas eran reemplazadas por otras líneas, y habia trincheras sobre trincheras. Esta vez la revolucion habria tenido en su favor todas las ventajas, la mayoria del número y la eleccion del terreno.

En cuanto á su ejército, nada habia que pudiese contener su ardor: sus filas se formaban con rapidez; su porte era el de tropas á quienes la victoria ha sonreido siempre. Por la fuerza de las cosas, desde veinte mil obreros sin trabajo, el taller nacional habia llegado al enorme guarismo de ciento veinte mil. ¡Legion de la necesidad y de la miseria! Era una carga que ningun tesoro habria podido soportar. En ello se hubiera arruinado el crédito público sin beneficio para nadie. Cada dia entraban nombres nuevos en las listas, y ninguno salia de ellas; tambien se mezclaban en esto la especulacion y el fraude. Aun en aquel presupuesto de la miseria se habia introducido el acaparamiento: algunas manos sospechosas ó parásitas distraian en beneficio propio una parte de los subsidios destinados á los desgraciados. Nada de exámen de títulos ni de intervencion regular; en tiempo alguno se han distribuido socorros con menos discernimiento: no parecia sino que era una prima concedida á la indolencia, á la holgazanería. De aquí resultaba un doble daño para la hacienda y para las costumbres del pueblo. So pena de ir en derechura al precipicio, era preciso detenerse en aquella senda. La Asamblea comprendió que habia un peligro para el pais, y una responsabilidad para ella, y ordenó que se disolviese el taller nacional.

El acto era decisivo; provocó una esplosion de cólera. Aquel ejército habia tomado por regla no reconocer poder alguno superior al suyo. Trataba de potencia á potencia con el gobierno, como los genízaros con su Gran Señor. Con el menor pretesto, volcaba sus ollas de rancho y sitiaba las puertas secretas del palacio. Colocado el gobierno entre la energia y la debilidad, optaba por esta última, y hacia ya cuatro meses que duraba este régimen. Por vez primera osaban luchar frente á frente; era una novedad. Por eso fué prolongado y unánime el clamor en toda la línea del taller nacional. Desde Saint-Mandé á Neuilly, de Boulogne á Villejuif blandieron azadones á guisa de espadas. Disolver una institucion que estaba cual flor en capullo, ¡qué audácia tan digna de castigo! Una tarea tan dulce! un trabajo tan recreativo! Tanto jugar al chito y tantos vasos

despachados en el mostrador! Cómo! ¿de la noche á la mañana era preciso renunciar á todo esto? Antes la muerte. Así pues, estaba arrojado el guante, y no quedaba mas que ofrecer la batalla.

Los pensionistas del taller no se comprometian con igual título. Una minoria turbulenta daba el impulso; los demas solo cedian. Muchos se abstuvieron, y en este número figuraban los mas honrados, los mas dignos de compasion. Esto está en el órden natural de los hechos. En tiempos de crísis, los buenos instintos están comprimidos y los malos estallan. Por eso los héroes, los jefes del movimiento tenian casi todos sobre sí un pasado no muy honroso. Aquellos á quienes no reclamaba el presidio, eran parroquianos asíduos de la taberna. Llevaban á la guerra civil su elemento mas activo, el embrutecimiento del crímen ó el del vino. Aquellas naturalezas pervertidas ó violentas dominaban al taller; reinaban en él por medio del terror. Los caractéres débiles se defendian mal y se lanzaban á un peligro antes que esponerse á una riña. El ejemplo completaba lo que el temor habia comenzado, y de esta suerte era como aquel ejército formaba sus legiones y veia acrecentarse el número de sus individuos.

Verdad es que por cima ó al lado de esta parte principal del partido figuraban algunos hombres de mejor condicion y ortografía. Eran los pequeños ambiciosos, los hombres de Estado en ciernes. ¡Familia numerosa y rica en variedades! Por ejemplo, el águila del periódico á un sueldo, que entre las once y las doce de la noche dispone de la suerte de los imperios, ó bien el oráculo de los cafés de ínfima clase, que, en un ponche contínuo, toma la inspiracion de los procedimientos de regeneracion para el uso del género humano. Junto á estos mortales de porvenir se vé á los que han sido repudiados por la literatura y por las artes, que han pedido á la gloria y á la fortuna mas de lo que podian darles, y que, viendo defraudada su esperanza, quieren hacer pagar á la sociedad entera los secretos errores de su orgullo. Cada profesion, cada carrera suministran así una suma de rencores que degeneran muy fácilmente en un sentimiento de rebelion. La circunstancia de estar descontento de sí mismo conduce á estar descontento de los demas, y es difícil hallar perfecto un mundo en que no se hace fortuna. De aquí resulta el motin con guantes de cabritilla y botas de charol. No se le vé en el momento del fuego, pero prepara la batalla y asiste á ella mentalmente, muy dispuesto á adjudicarse íntegramente sus productos.

Así se combinaban en diferentes grados los elementos de una accion

muy próxima. Arriba, las imaginaciones turbulentas, las existencias no clasificadas, las vanidades desenfrenadas, y sobre todo la envidia, mas insaciable que la necesidad. Abajo, la degradacion legal, los vicios abyectos, los apetitos groseros y la esperanza evidente de saquear á la sociedad. Por ambas partes, las pasiones mas negras, los móviles mas hediondos. La guerra civil iba á surgir de estas fermentaciones. Ya no se ocultaban; la sedicion marchaba con la cabeza erguida. Desafiaba á la Asamblea y conmovia al gobierno. Hubiérase dicho que Paris le pertenecia. El lenguaje de los clubs resonaba como un toque á rebato, y lanzaba á la calle á una poblacion frenética. Resuelta varias veces la intentona, habia sufrido aplazamientos sucesivos. Se trataba de asegurar mejor el terreno y de envolver á la ciudad en una red de ataques simultáneos. El plan definitivo no dejaba duda acerca del resultado. Solo por un dia dependia ya Francia de poderes indignos de su mision, pero iba á despertar al dia siguiente con un gobierno de jornaleros y de literatos, la flor de la taberna y del café.

Llegó el momento predicho; el volcan rompió la corteza que le cubria. Nunca se borrará de mi mente este recuerdo. Desde por la mañana me consagraba á mi trabajo predilecto. Continuaba buscando mis combinaciones y acababa de añadir á los destinos del globo dos capítulos enteramente nuevos. Las horas transcurrian con la rapidez del rayo. A la verdad, de vez en cuando y desde lejos llegaban hasta mí algunos rumores vagos, pero pronto me distraía el encanto de la composicion. Hay ejemplos de esta fuerza: Arquímedes es uno y muy memorable. Como él me hallaba absorto en un problema, cuando ya el asesinato recorria toda la ciudad, y no habria yo abandonado mis investigaciones si Malvina no hubiese entrado bruscamente en la habitacion en que me hallaba trabajando y precipitándose hácia mí con aire asustado:

—¡Dios mio, Dios mio! esclamó, ¿qué vá á ser denosotros, amigo mio?

Diez veces repitió esta frase sin obtener respuesta alguna: mi pensamiento estaba en otra parte.

—¿Qué vá á ser de nosotros? continuaba diciendo.

—¿Qué es ello? respondí al fin maquinalmente y dominado por mi preocupacion; ¿qué sucede?

—¿Qué sucede? dijo con precipitacion. ¿Estás, acaso, en las regiones imaginarias? sucede que se están degollando en París.

—¡Bah! repliqué como un hombre que despierta sobresaltado.

—Ni mas ni menos. Desde las once de la mañana lo están llevando todo á sangre y fuego. Doscientos mil hombres bajan de los arrabales y marchan sobre la Asamblea nacional. Vincennes acaba de rendirse á discrecion.

—¿Quién te ha referido eso?

—Es público y notorio, todo el barrio lo sabe; solo tú eres capaz de no estar al corriente de lo que pasa. A la verdad que es donosa ocurrencia estar con las narices sobre el papel cuando nos hallamos á dos dedos de la muerte. ¡De la muerte! ¿lo oyes? Los arrabales lo han declarado formalmente; quieren hacer tajadas á los ricos. Asesinarán hasta á las mujeres.

—¡Vamos, mujer!...

—¡Como te lo digo! ¡Hay horrores! Pero pueden venir, los aguardo. Tendrán que habérselas conmigo. ¡Ah quieren asesinar mujeres! pues bien; veremos. He puesto aceite á hervir, y con eso basta. Escaldaré á mas de veinte antes de que logren subir la escalera.

—¡Estás loca, Malvina?

—¡Eso es! Segun tu opinion será preciso dejarse inmolar sin enseñar los dientes. Si tal es tu gusto, buen provecho. Yo les preparo una sorpresa. Que vengan siquiera con reumatismos, que yo me encargo de curarlos ¡y gratis! ¡Ah! ¿quieren asesinar mujeres?

—¡Cuentos de porteros!

—Sean de portero ó de quien quiera, prefiero saber á qué atenerme. No hay escape: ó intentan ó no probar sus fuerzas conmigo, á su eleccion. Pero dí, Jerónimo, parece que vá en aumento. ¿Oyes esos tiros? ¡Qué fuego tan sostenido! ¡qué nutrido!

—En efecto, parece que el ruido se acerca.

—Ganan terreno, es evidente. ¿En dónde habrán encontrado armas? Nos venden, amigo mio, nos venden. Nadie me quitará de la cabeza que esto era un golpe preparado. La guardia movilizada debe tener parte en él, y acaso tambien el gobierno. Ya sabes que nunca me ha inspirado confianza. ¡Pero qué ruido! ¡qué ruido! ¡Y pensar que cada tiro puede matar á un hombre! Deben correr arroyos de sangre.

Mi mujer se habia acercado á la ventana y escuchaba las descargas que se sucedian. De repente se nubló su semblante y me dijo con voz turbada:

—Jerónimo, ¿hácia qué lado será eso? ¿No adivinas próximamente?

—Es bastante difícil, repliqué.

—Procura lograrlo, así, lo mejor que puedas, añadió con un sentimiento de inquietud cada vez mas vivo. ¿En dónde puede ser?

—Creo que en las inmediaciones de la Casa de la Villa.

Estas palabras, bastaron para producir la crísis cuyos síntomas iba yo observando. Mi mujer juntó convulsivamente las manos y las tendió en seguida hácia mí con una espresion desesperada, esclamando:

—¡Dios del cielo! ¡y yo que lo olvidaba! ¡yo que olvidaba á mi hijo! ¿En dónde tenia la cabeza? ¡Mi hijo! ¡mi Alfredo! ¡Desgraciada de mí!

—¡Tienes razon, Malvina! me voy corriendo.

—¡Y su colegio que está justamente hácia aquel lado! ¡Oh! ¡Hijo de mi alma! ¡Quizás me lo habrán asesinado ya! ¡Ven, Jerónimo, ven!

Yo habia tomado mi sombrero, y me disponia á salir, cuando me detuvo Malvina.

—Aguarda, me dijo; no irás solo.

—Es esponerte inútilmente, le contesté. Tranquilízate, yo te le traeré.

—¿Y yo? ¿qué quieres que haga aquí? Jerónimo, no sabes lo que es una madre. Aguardándoos, sufriria mil tormentos peores que la muerte. No, quiero verlo todo de cerca, quiero estar allí. Bastante es con no haber pensado antes en ello. Ven, ven.

Hablando de esta suerte habia concluido de arreglarse y se hallaba ya en la escalera. Salimos; el barrio estaba tranquilo, solo en algunos puntos se formaban grupos y algunos adoquines arrancados revelaban el paso de los descontentos. Las noticias circulaban con maravillosa rapidez de calle en calle, de casa en casa. Unas eran falsas, ciertas otras. Las mas absurdas eran las que mas crédito encontraban. Suponian á los insurrectos dueños de una artilleria formidable y de máquinas dotadas de gran poder de destruccion. Se aseguraba que habian colocado barriles de pólvora en todas las alcantarillas, y que en un momento dado volarian los barrios mas hermosos de París. Estos relatos corrian de boca en boca y adquirian mayor gravedad en el tránsito. Para propagarlos, hallaban en caso necesario emisarios destacados del motin y encargados de difundir la alarma en provecho y en nombre suyo.

Llegamos á la línea de los *boulevards;* Malvina me arrastraba en pos de sí, no parecia sino que tenía alas. Hubiérase dicho que cada minuto de retraso disminuía las probalidades de salvacion de su hijo. Apenas dirigia á derecha é izquierda alguna que otra mirada distraida; nada la conmovia mas que su preocupacion maternal.

—¡Con tal que todavia lleguemos á tiempo! decia con ansiedad.

Los *boulevards* estaban guarnecidos de soldados. Durante algunas horas, el motin habia podido mantenerse en ellos á la altura de las puertas Saint-Denís y Saint-Martin; un ataque vigoroso habia bastado para desalojarle de allí. Las huellas del combate estaban visibles todavia. En las paredes la señal de las balas, en el suelo los rastros de sangre, demostraban hasta qué punto habia sido formal la lucha. La guerra civil estallaba allí con todos sus horrores. Algunos ciudadanos habian caido en aquel campo de batalla por el honor del pabellon y la defensa de las leyes; habian sucumbido sacrificados por manos impías. Al ver aquel espectáculo, el corazon esperimentaba dolorosa opresion. ¡Los hijos de una misma pátria destrozarse de ese modo y desgarrar el seno de su madre! ¡Triste guerra en la que el triunfo era un luto, y en la que debia ponerse un crespon negro al rededor del laurel! ¿Cómo esplicar semejante vértigo? ¿Cómo disculparle? ¿Cómo no lamentar, sobre todo, aquel valor gastado en valde, y aquellas fuerzas aniquiladas en un choque sacrílego?

Tales escenas, en manera alguna eran á propósito para tranquilizar á Malvina; veía en ellas un peligro mas para su hijo. Por eso apresuraba el paso, y en tales términos que me costaba trabajo seguirla. No habíamos salido de los *voulevards*, en donde se sucedian los regimientos; la infantería sobre las armas; la caballería desmontada, pero con las riendas en la mano. Los lanceros agitaban sus banderolas al viento; los coraceros desplegaban sus líneas brillantes. Este aparato militar tenia un carácter de fuerza y de grandeza. El ejército, proscrito en otro tiempo, recobraba sus derechos é iba á tomar su revancha contra los adoquines. No significaba esto que no hubiese algo de emocion en su pecho al pensar en aquella guerra terrible, pero obedecia á un móvil superior: el cumplimiento de un deber y la fidelidad á la pátria.

Mas allá del Chateau d'Eau fué detenida bruscamente nuestra marcha; nos hallábamos en pleno campo de batalla. Las balas silbaban por todas partes, los obuses iban á ponerse en bateria. Los insurrectos posesionados de las casas, hacian desde ellas disparos muy certeros. Los soldados caían en las filas, los artilleros sobre sus piezas. Malvina no pestañeó; arrostró valerosamente el fuego. La impulsaba el heroismo maternal. Abrevié la prueba que iba sufriendo y la conduje á una calle lateral en donde no estaba interceptada la circulacion. Durante el peligro que acababa de correr, en su hijo fué en quien pensó tambien.

—¡Pobre Alfredo! dijo, caminando de nuevo á paso acelerado, ¿quién sabe lo que habrá sido de él en medio de este tumulto? ¡Con tal que le encontremos vivo!

—¡Está en parte segura!

—¡En parte segura! repuso con voz melancólica; ¿quién lo está hoy? ¡Son tan malos los tiempos! ¡Dios mio! ¡Cuánto tarda el momento de llegar! ¡Cómo me le voy á comer á besos!

Nos hallábamos muy cerca del colegio; con cinco minutos de marcha llegábamos á la puerta principal. Malvina estaba fuera de sí; su Alfredo se hallaba allí. Apenas tocaba al suelo, y corria como una corza. ¡Oh dolor! En el momento de dar vuelta á una esquina, se oyó una voz brusca que decia:

—Atrás.

Alcé la vista. A quince pasos de nosotros se levantaba una fortaleza de adoquines, obra maestra de ese arte que hoy tiene ya profesores. Nada le faltaba, ni las almenas, ni los ángulos salientes, ni lo principal ni los accesorios. Aquella construccion militar, por sus proporciones y sus formas, recordaba los monumentos ciclopeos. En sus almenas habia una larga faja de fusiles, y en la cumbre un muchacho, un hijo de París envuelto en una bandera encarnada, figuraba una estátua sobre un zócalo de piedra. Era á la vez un vigia y un emblema. En caso de ataque, habria sido tambien una víctima. Pero el hijo de París goza en tales juegos; necesita movimiento y espectáculos. Para él, solo ese atractivo tienen los motines; nada mas vé en ellos. Poco le importa en nombre de quién ó de qué usurpa la calle. Sigue al motin como al tambor, por por aficion. Desempeña audazmente su papel, y en caso necesario corre al encuentro de la muerte. Es su beneficio mas positivo.

Asi pues, nos encontrábamos en frente de un nuevo obstáculo. No dejaba de ser peligroso arrostrarle. Veinte bocas mortíferas se mostraban amenazadoras, y desde lo alto de su pedestal, el guardian de la barricada nos invitaba con un jesto imperioso á que nos alejásemos. Algunas voces rudas se mezclaban con la del niño, y repetian en mil tonos diferentes:

—¡Atrás! ¡atrás!

—¡Atrás! añadió un insurrecto mas impaciente que los demás. ¡Atrás! (y apoyaba el aviso con un juramento) ó hago fuego.

El asunto se iba poniendo sério; teníamos que habérnoslas con gente de malos humos. Sin embargo, nuesto único recurso era ir derecho á

ellos; no podiamos ir por ninguna otra parte. Yo vacilaba. Malvina habia adoptado su partido. Al otro lado de la barricada le aguardaba su hijo.

—Afortunadamente, dijo, no me importa mucho un tiro mas ó menos. Se necesitaron veinte para matar al mariscal Ney.

Y antes de que yo pudiese oponerme, caminaba con paso decidido hácia la temible fortaleza. Con voluntad ó sin ella, fué preciso seguirla. Los gritos se sucedian.

—¡Atrás, ciudadana! decia el vigia.

—¡Atrás! repetia la guarnicion.

Malvina no hacia caso y seguia ganando terreno. Los juramentos y votos se hacian mas frecuentes.

—Jerónimo, me decia, mientras juren nada hay que temer. Solo los hombres falsos é hipócritas son los que juegan las malas pasadas.

Una esplosion contestó á su pensamiento; sin duda era una ocurrencia de algun chusco. Un cebo, un piston acaso. Pero mi mujer lo tomó por lo sério.

—¡Sois verdaderos soldados del Papa! dijo en alta voz. ¿Acaso os asusta una saya?

Esta ocurrencia puso término á todo, pues fué acogida con estrepitosas carcajadas. Un parlamentario bajó de lo alto de aquellas murallas de piedras. Transigieron. Yo no podia penetrar en el interior de la plaza; la consigna se oponia á ello; solo la violaron en favor de Malvina. El hijo de París abandonó su elevado puesto, y con el desembarazo de un trovador la dijo:

—¿Se dignará la señora marquesa aceptar mi mano para atravesar la barricada?

Malvina aceptó con gravedad, y el mozuelo continuó fingiendo modales distinguidos.

—Bien, señora marquesa, cuidado con el suelo, que acaba de limpiarse. Despacio, por aquí, despacio, cuidemos las botitas. Perfectamente; ya estamos fuera del mal paso. Saludo respetuosamente á la señora marquesa.

Sin embargo, mi posicion no era muy segura. En caso de ataque me hallaba cogido entre dos fuegos. Procuré guarecerme lo mejor posible en el umbral de una puerta. Nada era mas equívoco que mi presencia en aquel sitio. Podia ser fusilado por los insurrectos, como amigo del órden, y por los amigos del órden, como insurrecto. Felizmente, mi

mujer comprendió lo embarazoso de mi situacion y la abrevió. Muy luego la ví aparecer nuevamente en lo alto de la barricada, trayendo de la mano á su hijo, y la condujeron con las mismas atenciones hasta el nivel de la calle. Se reunió conmigo y pocos minutos despues estábamos ya fuera del alcance de la barricada.

—¡Héle aquí, Jerónimo, hele aquí! me dijo mostrándome á Alfredo que saltaba á su lado. ¡Está vivo, intacto! Quién sabe si mas tarde habria sucedido lo mismo. Ya sabes que los he visto de cerca. ¡Qué caras, Dios mio, qué caras! De cada ocho hay siete que son vizcos. ¡Y pensar que nuestro hijo estaba casi en sus manos, que podrian haberle devorado! Pensarás lo que gustes, querido mio, pero quiero quemar un cirio delante de San Roque. Es un milagro que nuestro hijo se haya librado.

Regresamos á nuestra casa por el mismo camino que habiamos seguido al ir al colegio. La circulacion era ya menos libre. El aspecto de París era en cierto modo siniestro y glacial. Reinaba una duda universal, una consternacion muda. No se sabia con quién contar ni de qué fiarse. El aire estaba lleno de traiciones y el suelo de lazos y trampas. Se estaba en guerra, en plena guerra, no habia lugar á equivocarse. Los *boulevards* eran un vasto campo, custodiado con consignas severas. Ni hombres ni caballos se movian. El asfalto servia de lecho y las piedras de cama para los caballos. Numerosos edecanes recorrian aquella línea recogiendo partes y dejando órdenes en el camino. El régimen militar surgia completamente armado de entre los estravios de la multitud. Era su consecuencia y su espiacion.

Malvina continuaba cuidándose esclusivamente de su hijo, consagrándose á él por entero. No se cansaba de escucharle, de hacerle hablar. El señor Alfredo le referia que entre los diferentes colegios é institutos no habian podido ponerse de acuerdo acerca de la República. Descartes la comprendia de un modo, Monge de otro; Rollin vacilaba entre ambos. Por lo demás, todos se aferraban á sus respectivas opiniones y las discutian con encarnizado teson. Monge habia enviado un cartel de desafio á Descartes; este aun no habia contestado. Probablemente se resolveria la cuestion en el primer encuentro, con piedras metidas en los pañuelos, pues de lo contrario, Descartes quedaria desprestigiado á los ojos de todos los colegios de París. Ya no le saludarian y le escupirian al rostro. Era un asunto decidido irrevocablemente. En este caso, Rollin se batiría con Monge á falta de Descartes. Un cartel de

desafio no puede qudar así sin resultado; siempre tiene que dar márgen á una reparacion.

El caballerito Alfredo encontraba aquel dia en su madre un oyente indulgente; se consideraba demasiado dichosa con tenerle á mano, junto á sí. Apenas llegamos á casa, le tomó en brazos y le prodigó interminables caricias.

—Ven aquí, decia, ven aquí chiquito mio, que pueda gozar mi corazon. Bese V. á su madre, señorito; mas fuerte todavía. Otra vez, otra vez, no lo dejes. A la verdad, hijo mio, que te creí perdido. Y ahora, añadió tomándome la mano, puesto que estamos ya reunidos, que vayan las cosas como puedan. Estando juntos, seremos muy fuertes. Para lo demás, confianza en Dios!

CAPITULO XLIII.

LA ERUPCION

Los dias que siguieron fueron de dolor y de luto. No tiene la historia una página mas fúnebre. De seguro se agitó Paris bajo otros hombres y en otros tiempos: con la Liga tuvo combates ardientes, y con la Fronda, guerras galantes. La rebelion no es fruta nueva, y menos aun la turbulencia. Ha hecho y ha deshecho muchos poderes, ha saludado y ha espulsado á muchos soberanos. No deja ceñida la aureola por mucho tiempo á unas mismas frentes. Sin embargo, estúdiense sus anales: se le encontrará heróico y caprichoso, pero nunca rencoroso y feroz. Sobre todo, en ninguna época ofreció el espectáculo de una lucha de clases sostenida con implacable encarnizamiento, ni de un conflicto de intereses llevado hasta el esterminio.

He ahí hasta dónde habia llegado Paris; la sangre corria á torrentes por una cuestion de subsidios. Algunos sofistas habian aconsejado al pueblo que contase menos con sus brazos que con la generosidad del Tesoro, y de esta suerte le habian lanzado fuera de las vias regulares del trabajo. Un estravio produce otro, y el pueblo, partiendo de un sentimiento erróneo de las cosas, habia llegado por una pendiente natural á la cólera que engendran los desengaños, las esperanzas frustradas, y de la cólera á los tiros. Hacia tres dias, que empleaba este argumento, y sostenia detrás de sus barricadas un asalto desesperado. Sus falsos sacerdotes le habian arrastrado á obrar así, despues de derramar en su alma la hiel de sus propias decepciones. El pueblo se sostenia con el ardor del tigre que olfatea su presa. Si la sociedad hubiese vacilado un

solo instante, si hubiese dudado de su fuerza y de su derecho, unas garras ávidas habrian caido sobre ella y despedazado hasta su último trozo.

Mientras duró la lucha, el barrio en que habitábamos estuvo sometido á un bloqueo rigoroso. Los insurrectos ocupaban la inmediata puerta de la ciudad, y sus cercanías estaban estrictamente vigiladas. Esta circunstancia nos dejaba en el aislamiento, y apenas recibíamos algunas noticias, casi todas apócrifas. Por ejemplo, estas: que rompian los tambores en las calles; que un regimiento de línea habia fusilado á sus oficiales y se habia pasado á los sublevados; que se cometian atrocidades espantosas; por último, que los generales no lograbran ponerse de acuerdo acerca del plan de campaña, y que tres de ellos habian roto sus espadas en un acceso de desaliento. Malvina daba entero crédito á estos pormenores y los agregaba á lo que habia sabido acerca de las disposiciones de los arrabales. El conjunto de los hechos la tranquilizaba medianamente, y persistia en mantener en el hornillo su provision de armas defensivas. A medida que el fuego de fusileria perdia ó ganaba terreno, atizaba ó descuidaba ella su lumbre, de modo que no pudiesen cogerla desprevenida.

El secuestro á que nos hallábamos sometidos se empeoraba cada vez mas; apenas dejaban circular á las criadas que iban á la compra. Ya no llegaba noticia alguna; estábamos reducidos á meras conjeturas. Nada de gacetas estraordinarias ni de bandos; la actividad de la poblacion parecia haberse suprimido. Esto era un vacio grande para mí, y no sabia cómo llenarle. Oscar no parecia; probablemente no podria atravesar las líneas. Simon debiera haber acudido á vernos; su faja podia arrostrar todas las prohibiciones. Comenzaba á afligirme y á inquietarme con su ausencia, cuando una tarde llamó á la puerta de nuestra habitacion. Malvina quiso hablarle con rigor, pero fué imposible. Las reconvenciones espiraron en sus lábios: el aspecto abatido del molinero era una justificacion suficiente.

—¿Está V. enfermo, Simon? le dijo Malvina bondadosamente.

—¿Cómo no estarlo, señora Paturot, con todo lo que pasa y está uno presenciando?

—¿Segun eso, es muy grave, hijo mio?

—¡Grave! ¡es el fin del mundo! El hombre vuelve al estado de bruto, es evidente. ¡Y aun el bruto tiene instinto! El hombre, nada.

—¿De veras? ¡Está V. hoy de mal talante, Simon! ¿Quién tiene la

culpa? Vamos, cuénteme eso. ¿Querrá V. creer que de tres dias á esta parte estamos sin noticia alguna? El gobierno nos abandona. ¡Qué amabilidad la de V. haber venido! Me voy á desquitar por completo. Siéntese aquí, hijo mio, en esta butaca. Póngase V. á gusto y cuéntemelo todo.

—Es largo de contar, señora Paturot.

—¡Mejor, Simon! ¡mejor! eso es lo que mas me gusta. Ademas, nada sé, nos tienen en ayunas. Estoy lo mismo que si llegase del reino de Congo, exactamente lo mismo. Vamos, principie V., soy toda oidos. Diga V., representante.

—Puesto que á V. le gusta, no quiero hacerme rogar, que no soy ningun cantante. Sabrán VV. lo que he visto, y nada mas.

—Eso es, Simon.

—Y sin frases escogidas, sino como me ocurra.

—Mejor que mejor, no hay que violentar á la naturaleza. Hable V., hable V.

El molinero habia cumplido con los principios del arte; despues de este pequeño exordio, comenzó su relato.

NARRACION DE SIMON.

«Podrá V. creerme ó hacer lo que guste, señora Paturot, pero si para ahorrar á mi pais la vergüenza de lo que acaba de pasar hubiese bastado sangrarse de los cuatro remos, habria yo consentido en ello gustoso. Es cosa de avergonzarme de ser francés; no hay pueblo salvaje que en adelante no tenga derecho para creerse superior á nosotros. Cuando pienso en ello, me sube el rubor á la frente; quisiera huir de un pais en que pasan tales cosas. ¡Dios mio! en último resultado vale mas la vida del desierto.

No se ven carnecerias como la que yo he presenciado. ¡No se vé á los hombres degollarse sin motivo, y enfangarse en la sangre con delicia! Sí, señora Paturot, abandonaria muy gustoso este suelo que Dios ha maldecido. Se desangra el corazon por hartas heridas. Los ojos no ven mas que escenas á propósito para llenar de desconsuelo; los oidos no perciben mas que gritos de odio y de asesinato! ¿Es esto vivir? Mire V., hay momentos en que me siento poseido de un disgusto profundo, y en que abandonaria muy gustoso una patria en la cual hay gentes tan infames.

»He aquí lo que ha pasado.

»Estábamos reunidos en nuestras comisiones, cuando llegó allí la noticia de los primeros sucesos. Unos hablaban de ello como de una cosa grave, otros como de un asunto insignificante. Decian que se levantaban barricadas en diferentes puntos, y que los dos grandes arrabales se hallaban en plena insurreccion. Estos rumores, que circulaban con rapidez, bastaron para interrumpir nuestros trabajos habituales. Cuando un enfermo tiene un ataque cerebral, no se entretienen en curarle los sabañones. En el mismo instante quedaron disueltas las comisiones, y todos sus individuos se diseminaron por los salones para ir á caza de noticias. Todo representante que venia de fuera era rodeado é interrogado. Le preguntaban lo que habia visto y sabido. La mayor parte de las veces contestaban á los que les preguntaban que sabian lo mismo que ellos. Los mas sinceros eran los que así obraban. En cuanto á los noticieros é inventores de patrañas, nunca se les cogia desprevenidos, y hacian que se formasen círculos en torno suyo. Hay hombres que siempre procuran figurar.

»Ahora poco, señora Paturot, se quejaba V. de no haber tenido noticias. En la Asamblea teníamos demasiadas. Como se contradecian unas á otras, en último resultado estábamos tan adelantados como VV. Todo se arregla, decian por un lado; los insurrectos no se sostienen detrás de sus barricadas; en todas partes las abandonan con facilidad. La cuestion se enreda, decian en otro lado; la tropa no ha podido apoderarse de posicion alguna: ha sido rechazada con pérdidas considerables. ¿Cuál de estos dos partes habia de creerse? Luego llegaban rumores alarmantes: los barrios de las afueras se pronunciaban en favor del motin y se oponian á la entrada de las tropas; algunos carros de municiones habian caido en poder de los sublevados. No cito á VV. mas que los rasgos principales. Se necesitarían dias y meses para referir todas las sandeces que se decian y todas las fábulas con que nos atronaban los oidos. Aun en momentos tan terribles habia chuscos de mal género.

»En nuestros salones se veian retratados ya en los semblantes los deseos y sentimientos secretos. El mayor número espresaba la resignacion y el dolor. Se sabia que al fin de aquellos sucesos estaba la ruina del pais, la proscripcion ó la muerte para muchos de nosotros. Nada habria respetado ese populacho si hubiese alcanzado la victoria. Tal era el convencimiento que predominaba. Unos lo tomaban con filosofía, y á este número pertenecia yo; otros no podian menos de esperimentar cierta

angustia secreta. Es hermoso sucumbir por la patria, pero no todos los caractéres se prestan á ello. No todos los hombres se hallan igualmente dispuestos á sacrificar su vida. A unos les falta decir todavia algunas palabras á sus mujeres; otros necesitan añadir algunas líneas á su testamento. Luego, se tienen hijos, y gustaria esperar á verlos concluir su carrera. En fin, por mil causas distintas sucede que una partida harto brusca conmueve el ánimo. Añadiré, señora Paturot, que nada se traslucia, y que las apariencias eran muy decorosas. Nuestro número estaba casi completo; se veian pocos claros en nuestras filas. El sentimiento del deber tiene tambien su heroismo.

»Un grupo de la Asamblea veia las cosas de distinto modo. Sus emociones iban en sentido inverso. Lo que para nosotros era temor, era esperanza para otros. ¡Sus simpatias estaban en las barricadas! ¡y con qué entusiasmo! Ande V., sé mucho de eso. Habia yo pertenecido á sus filas, y no desconfiaban de mí. Además ¿merece un molinero que se le haga caso? Todo se puede decir delante de él. Y aun así no lo decian todo y guardaban para sí la mejor parte de su pensamiento. Pero ¡cómo se leia en sus ojos! ¡cómo los descubria su aspecto! Era cosa de verlos cuando llegaban noticias. Cuando el pueblo llevaba la mejor parte, les costaba trabajo contenerse, y la idea de echar mano del poder les producia una especie de embriaguez. Ya disponian de la suerte de Francia, y la veian entregada á los beneficios de una política concebida por su imaginacion. Se veian llevados en triunfo y arreglando una república á su antojo, la buena, esta vez, la verdadera, la intachable. Acaso seria preciso luchar contra la embriaguez del triunfo; pero, ¿para qué sirve la elocuencia mas que para esto? Entonces ejercerian el dominio las palabras pomposas, los pulmones poderosos. Se trataba de preparar unas y otros, y en secreto cada uno redactaba manifiestos y se atacaba la cabeza con improvisaciones.

»El segundo dia, especialmente, fué cuando se puso muy en evidencia esta fraccion. Las cosas se agravaban fuera; so pena de perecer y de arrastrar al pais en su caida, la Asamblea tenia que resolver. No dejó de hacerlo. Ya no bastaban los poderes ordinarios; la circunstancias los exigian estraordinarios. La autoridad no podia flotar entre varias manos; urgia concentrarla. Estas dos necesidades dominaban la situacion: la Asamblea proveyó. Bajo el último reinado, varios generales habian hecho campañas afortunadas contra los beduinos; habian aprendido el arte de acorralar á los hijos del Atlas. Naturalmente se designaban

los nombres de aquellos generales para otra guerra de beduinos. La táctica era la misma y tambien el arte. El abrigo de los adoquines sustituía al de las rocas, y en vez de palmeras enanas habia las ventanas guarnecidas de colchones. A beduino, beduino y medio. Ademas, se sabia con qué corazones generosos, con qué valor á toda prueba tenian que habérselas. Se decretó el estado de sitio y se confió la direccion de las operaciones á los generales africanos. Eran hombres que no se refan sino á tiempo, los insurrectos lo supieron muy luego por esperiencia propia.

»Esta votacion del estado de sitio fijó la actitud de los partidos ante la rebelion. La Asamblea veía en él una medida salvadora; varios miembros de ella sentian la necesidad de no ser salvados. Lo declaraban dentro y fuera. Estos protestantes eran escasos, pero por eso mismo tenian mas valor. Se formó con esmero una lista de ellos y se guardó cuidadosamente. Era para un caso dado, un gobierno de repuesto; comprendia lo mas florido y escogido. En el momento solemne era bueno ejecutar aquella clasificacion, y separar el trigo de la zizaña. El pueblo conoceria á sus amigos, y sabria señalarlos con un distintivo. Tendria sus jefes, y nosotros nuestros dueños.

»Preciso es decirlo, señora Paturot, hubo un momento en que se creyó que todo concluiria así. Desde febrero predominaba la gente de la calle sobre el gobierno. Nadie tenia fuerza ni voluntad para resistirla y se temia que continuase sucediendo lo mismo. El motin seguia caminando hácia el logro de su objeto con formidable aplomo. Su ejército, dividido en dos alas, ocupaba la mitad de París, y amenazaba á la otra mitad. La audácia y habilidad de este plan sorprendia á los ánimos; la duracion de la lucha le daba una probabilidad mas de triunfo. Ademas, ¿en quién se podia confiar? ¿en dónde se podia colocar el elemento y la esperanza de la defensa? No habia un brazo firme, ni un nombre seguro. Los instrumentos se habian roto uno por uno en el ejercicio del poder. Lo poco que quedaba no ofrecia sino una garantia mediana. En tiempo de crísis, la sospecha crece mucho y con rapidez: todo asusta, en todo se columbra la traicion. Sin embargo, la partida era grave é importante la puesta. Se trataba de saber si Francia conservaria su rango entre las naciones civilizadas, ó si descenderia al nivel de una tribu de negros, con la corteza de árbol por trage y la carne humana por alimento.

»La gravedad del peligro inspiró á la Asamblea una resolucion buena. Decidió que cierto número de sus individuos se trasladase á los di-

ferentes puntos en que se hallaba empeñado el combate. Su presencia y el aspecto de sus insignias no podian menos de producir algun efecto. Así se vería que la Asamblea encerraba en su seno todos los géneros del valor y del patriotismo. Apenas se hubo votado la proposicion, se puso en ejecucion. Como puede V. figurárselo, Sra. Paturot, fuí uno de los primeros que se inscribieron. Era mi sitio, era lo que me correspondia. ¡Un hijo del pueblo como yo! Ademas, en ese terreno conocia que era útil, que de derecho podia contarme por uno. Me puse mi faja, resuelto á conservarla hasta el fin. Me costó veinte y cinco francos: no la daria hoy por mil. ¡Ha visto el fuego!

—Cómo, hijo mio, ¿ha llevado V. su heroismo hasta ese estremo? dijo mi mujer interrumpiendo la narracion.

—¡Cuando se halla uno en ese caso, Sra. Paturot! Verdad es que no he sacado partido de ello. Otros se han mantenido á cierta distancia, y sin embargo ocupan un lugar ventajoso en los boletines. ¿Qué quiere V.? Hay para eso ciertas tretas, que no usa el que no quiere. Pero prosigamos.

»Los representantes, destacados como voluntarios, se habian distribuido los barrios en que se prolongaba el combate. Cinco debian seguir la orilla izquierda del Sena y ponerse en comunicacion con los jefes militares que mandaban en aquella parte. Yo pertenecia á este número; se pusieron en marcha y les seguí. Todos eran buenos mozos, por vida mia; buena estatura y hombres decididos. Hay momentos, señora Paturot, en que no basta tener tanta sagacidad como un mono, y conocimientos suficientes para derrotar á un cura. Cuando se atraviesan épocas tranquilas, no diré que ese talento mediano no sirva para algo. Se le puede emplear y no merece que se le desdeñe. Pero cuando las cartas están embrolladas, es preciso fiar en la naturaleza y en las ventajas con que nos ha dotado. Entonces les llega su vez á los hombros cuadrados y á los puños vigorosos. Créalo V., en el fondo es lo mas positivo y lo que menos engaña. La agudeza es diaria, la memoria se trastorna; pero los miembros sólidos son de un uso seguro, infalible y portátil. Me dirigia al combate con esta clase de medios; los ponia al servicio del pais y de la Asamblea.

»Cuando salimos del palacio, un cinturon de bayonetas le rodeaba, y á lo lejos se veían relucir las corazas en los muelles y en las plazas. Era un efecto del plan adoptado. Las tropas tenian así un punto de reunion desde donde las dirigian á los barrios comprometidos. No soy un

hombre de guerra, pero me parece que la idea no era mala; quizás las haya mejores, pero tambien las hay peores. Lo esencial era que hubiese una y atenerse á ella. Solo así se triunfa: la victoria es siempre del mas obstinado.

»Nos habian dado una pequeña escolta, y se puso en movimiento. Me seria imposible, señora Paturot, decir á V. á qué sitios fuimos y por qué calles. Estoy reñido con los nombres, y París tiene tantos! Ademas, se sabe una cosa un dia y se olvida al siguiente. La cabeza no es bastante grande para contener lo que se deberia saber. Es preciso resignarse. Yo marchaba impertérrito, es cuanto puedo decir, y con paso firme, me atrevo á asegurarlo. Mis colegas no tenian un aspecto menos imponente; debíamos hacer muy buen efecto. Sin jactancia puedo asegurar que nuestro aspecto inspiraba confianza y causaba placer. Los cuerpos armados nos saludaban con sus aclamaciones: les llevábamos una fuerza mas. La Asamblea se mezclaba con ellos, y este concurso les envanecia. Nos estrechaban las manos, y nos felicitaban á porfía. Hubiéramos podido darnos tono de capitanes generales. A la simple vista se conocia que el espíritu público se fortalecia y que la tropa recobraba su vigor. Algunas alocuciones pronunciadas con oportunidad completaban el efecto de nuestra presencia. Yo prestaba mi concurso al orador apoyándole con todo el poder de mis medios. Siempre he logrado triunfos al aire libre.

»¿Qué diré á V., señora Paturot? triste campaña era la que hacíamos allí; solo el deber nos sostenia. Mis colegas estaban llenos de esperanza. Conocian al pueblo de los barrios sublevados, y se proponian dominarle por medio de la persuasion. Si se habia de creer lo que decian, no eran mas que hermanos estraviados: algunas buenas palabras harian cesar una mala inteligencia deplorable. ¿Por qué aquella violencia? ¿Por qué aquella fuerza armada? ¿No se habia instituido la República para resolver por el buen acuerdo de las voluntades lo que en otro tiempo no se decidia sino por medio de la rebelion? Los tiempos habian variado; tambien los medios debian cambiar. He ahí lo que oia decir á mis colegas, y no tengo motivo alguno para oponer objeciones. Entre tanto, seguíamos avanzando, y nuestras fajas continuaban produciendo un efecto notable.

»De esta suerte llegamos al teatro de la accion. Estaba empeñada en medio de calles angostas y tortuosas, en donde la tropa no podia desplegarse, y en donde combatia á pecho descubierto contra enemigos

invisibles. Cada tiro disparado desde las barricadas era un verdadero asesinato. El hombre apuntaba al hombre y le mataba como si estuviese cazando. Las charreteras, sobre todo, eran las que servian de blanco. Se comprende la guerra, señora Paturot, la guerra formal. Está admitido que en un dia dado se encuentren dos ejércitos en una gran llanura para administrarse cañonazos. Por ambos lados caen los hombres, y todo está dicho. Esto se practica así desde el principio de los siglos, y no creo que con la mejor voluntad del mundo esté destinado el nuestro á ver el fin de tal costumbre. Desde el momento en que hay ejércitos, es presiso que haya guerras. Admito el hecho. Pero lo que no admito es que los hombres construyan un cobertizo y se coloquen en él en emboscada para cazar á seres de su especie como podrian hacerlo con los conejos. He ahí una atrocidad que me desespera. ¡Y sin embargo los han llamado héroes! ¡Bonitos héroes! Desde su guarida se preguntan á quién matarán, si al rubio ó al moreno, al alto ó al bajo, al jóven ó al viejo. Tienen la eleccion, y cuando la han hecho, bajan el cañon de su fusil, apuntan descansadamente y matan, todo ello sin correr el menor riesgo. Si esto es heroismo, se parece mucho al de los cazadores furtivos.

»Cuando llegamos, parecia que reinaba entre los combatientes una especie de tregua. Solo se oian descargas tardias y aisladas. Mis colegas quisieron aprovechar la oportunidad para intentar pasos conciliadores y obtener de la rebelion un desarme voluntario. A esto solo un obtáculo se oponia, y era que al otro lado de las barricadas no querian prestarse á ello. Los oficiales de la tropa de línea opinaban porque nos abstuviésemos: conocian á los hombres con quienes tenian que habérselas y aseguraban que todo paso seria inútil. Añadian que varias veces habian recurrido á aquel medio, y que el ensayo no habia sido feliz. Este consejo me parecia prudente; sin embargo, uno de los nuestros persistió. Creia en las virtudes y en la generosidad del pueblo; esta ilusion debia costarle cara. Salió del abrigo en que estábamos guarecidos, y provisto de una bandera de parlamento se adelantó solo hácia la barricada ocupada por los insurgentes. Estaba ya pronunciando palabras de paz; la respuesta no se hizo esperar: una bala que salió de las almenas superiores le tendió á nuestros pies. Corrí á donde se hallaba y le conduje en mis brazos. Tiempo era de hacerlo, pues una descarga general barria la calle en toda su estension.

»Nuestro colega habia recibido una herida de gravedad por la cual salia la sangre á borbotones. Un cirujano acudió presuroso y le hizo la

primera cura. El paciente no parecia alarmarse por su estado; solo una cosa le preocupaba, y era la justificacion de sus asesinos.—«Hay equivocacion, decia, hay error; no me habrán conocido. El pueblo no hace fuego á sus amigos. Es indudable que me han tomado por otro.» Así pues, la leccion era perdida, persistía la ilusion. Dominada por la fiebre tomó un carácter mas obstinado aun, y el herido repetia á cada instante:—«¡Hay equivocacion! ¡hay error! El pueblo no hace fuego á sus amigos.» Le colocaron en una camilla, y le trasportaron á su casa.

»¿Habré de confesarlo, señora Paturot? Este principio me desalentó. Era la primera vez que yo veía el fuego, y me hallé sometido á una prueba cruel. Mi ropa y mis manos estaban manchadas de sangre, y para recoger al herido tuve que pasar por encima de dos cadáveres. Para contemplar semejante cuadro con ojos enjutos, es preciso tener el temple de aquellos veteranos del emperador que con él dieron la vuelta á Europa y dejaron á orillas del Berecina la nariz ó algun dedo del pié. Un quinto como yo no podia tener esas pretensiones. Así pues, lo repito, aquella escena me desalentó un momento; pero muy luego prevaleció la cólera. A no ser por la honra de mi faja, me habria apoderado de una carabina y vengado el asesinato que acababa de cometerse ante mi vista. La tropa se hallaba animada de los mismos sentimientos, y ardia en deseos de llegar á las manos: muy luego lograron satisfacerlos. Llevaron un cañon que abrió la brecha, y la barricada fué tomada á la bayoneta. Solo hallaron á cinco miserables entumecidos y atontados por el vino. Los demas habian buscado un refugio en las calles inmediatas, erizadas de obstáculos y de montañas de adoquines.

»Aquella guerra no tenia término. Las barricadas se sucedian; no hacian mas que pasarse de una á otra. Cada casa era una fortaleza desde la cual se dirigian sobre la tropa fuegos cruzados. Era preciso ponerlas sitio y tomarlas sucesivamente. En el momento en que menos se pensaba, salia una descarga de una ventana y sembraba la calle de cadáveres. Por mucho cuidado que tuviesen de ponernos á cubierto, no nos hallábamos libres de estas sospresas y emboscadas. Por otra parte, la faja nos designaba como blanco para los tiros de los insurrectos. Me inclino á creer que muchos de los nuestros emplearon una prudencia ejemplar en el terreno, y reservaron para las descripciones de los periódicos su heroismo mas irreflexivo. Siempre agrada á la provincia saber que sus elegidos se han prodigado, aun con peligro de su vida, y era muy importante conciliar este sentimiento con el cuidado de la seguridad perso-

nal. Así se tenia la gloria sin el peligro, y los honores del combate sin aventurarse demasiado. La idea era buena; debia salir de una imaginacion ingeniosa.

»Pasé sobre el terreno una gran parte del dia; la resistencia iba cediendo, y me aficionaba á verlo. Los movimientos militares se ejecutaban con una precision que encantaba y con una abnegacion digna de admiracion. Habia hijos del pueblo á uno y á otro lado de las barricadas. Pero en una parte se hallaba esa clase de borrachos y de habladores á quienes la vida de París deprava, en la otra esa raza del campo educada en el sentimiento de la regla y del deber. Me envanecia al ver á mis aldeanos, señora Paturot; salvaban á la sociedad, á la civilizacion, y aquellos hombres escelentes no parecia que conocian el valor de su accion. Prestaban tan inmenso servicio sin jactancia, sin ruido, sin ostentacion. Por cierto que vuestros parisienses no habrian manejado las cosas de ese modo. Los han echado á perder poniéndolos por las nubes. Al oirles, solo ellos tienen sentido comun. La provincia se compone de una coleccion de estúpidos. Pues bien, los estúpidos les cardaban la lana. Tiempo era ya de hacerlo.

»Las operaciones se ejecutaban con vigor; el motin se circunscribia gradualmente á un espacio mas reducido. Mientras le atacábamos de frente, otros cuerpos lo hacian por los flancos y le cercaban de modo que le cortaban la retirada. Se podia calcular el momento en que espiraria por falta de alimento. Verdad es que en otros puntos habia menos fortuna. Una parte de la orilla derecha del rio pertenecia á los insurgentes. Tenian en su poder casi todas las puertas de la ciudad, y amenazaban á la casa de la Villa, cuyas avenidas ocupaban. Ademas, recibíamos noticias aterradoras. Se hablaba de un oficial general que habia caido en una emboscada odiosa, y á quien fusilaron en seguida á quema-ropa, despues de hacerle sufrir mil insultos. Se añadia que algunos soldados habian sido horriblemente mutilados, y otros decapitados en un tajo. Estos pormenores, difundidos entre la tropa, la exasperaban y era preciso toda su disciplina admirable para que no hiciese represalias y se entregase á iguales escesos.

»Cuando dejé mi puesto de combate para volver á la Asamblea, las operaciones de la orilla de la izquierda del Sena podian considerarse como terminadas. El mismo pueblo que habia levantado las barricadas trabajaba para destruirlas y empedrar de nuevo las calles. Reinaba la tranquilidad en las calles tan ruidosas poco antes, y cuyas casas lleva-

ban evidentes señales de las balas. Verdad es que el cañon tronaba todavia á lo lejos, y esparcia en los ánimos, una especie de terror. ¿No es verdad, señora Paturot, que ese ruido destroza el alma?

—¿A quién se lo dice V., Simon? contestó mi mujer. Hace tres dias que no vivo. A cada tiro que oigo, me tiento. Se me figura que es á mí á quien han herido.

—¡Odioso ruido es el de la guerra civil! Que recaiga toda la vergüenza sobre aquellos que la han encendido! Prosigo.

»En el momento en que llegué á la Asamblea, estaban ya los ánimos en grande efervescencia. El presidente sacudia la campanilla con todas sus fuerzas, y no pudiendo dominar el tumulto, dirigia en torno suyo una mirada desesperada. En vano intentaba hacer oir su voz: la agitacion la cubria. Interrogué á mis vecinos acerca del motivo de aquella alarma; era poco importante. Héle aquí. En una asamblea parlamentaria, siempre hay hombres que sacan partido de todo. En donde otros no ven mas que un deber que cumplir, ellos descubren el medio de producir un efecto. Todo lo aprovechan, hasta los motines en que peligra la sociedad. Su vanidad jugaria hasta con el cáliz del altar. Para esos hombres atormentados por la mania de ponerse en evidencia, las misiones esteriores eran una ocasion preciosa. Si se habian ceñido la faja, era para ostentarla en la tribuna, manchada con el humo y el polvo del teatro del combate. Su intencion era que el efecto que produjesen no fuese perdido para sus respectivas localidades.

»Uno de estos oradores habia sido causa de que la Asamblea pasase al estado de insurreccion. Llegó á los salones con el látigo en la mano y las espuelas puestas, la frente cubierta de sudor y la cabellera desordenada. Sin dignarse contestar á las preguntas que le dirigian, atravesó todas las salas de descanso, llegó al recinto y subió á la tribuna con un aire solemne. Aquel modo de andar, aquel ademan, aquellos ojos sombrios, aquel gesto imponente, habian atraido al salon de sesiones á todos los representantes diseminados por el palacio de la Asamblea, y los escaños se habian llenado en un momento. El orador comenzó: narró toda una Odisea. Habló con noble sencillez de los innumerables peligros á que acababa de hallarse espuesto, contó las barricadas que habia tomado y el número de muertos que perdiera en el combate. Añadió que estaba muy contento de las tropas y que habian cumplido con su deber. Al principio hubo cierta frialdad, pero en un momento dado logró arrebatarlas. Todos estos pormenores se daban en términos técnicos y en

un lenguaje enteramente militar. Cualquiera habria creido que el orador pertenecia á la raza de nuestros valientes, y que él ó los suyos habian encanecido en los campos de batalla. Era un abogado, hijo de un herrero. Los abogados tienen una gran ventaja sobre la generalidad de los mortales; hablan indistintamente de todo. La naturaleza les ha dotado con un organillo, y siempre les dá la tentacion de tocarle.

»Hasta allí las cosas habian pasado sin gran tropiezo ni ruido. La Asamblea no oponia á aquellas relaciones de batallas mas que un sentimiento de incredulidad. Le parecia difícil que un solo hombre hubiese dado tantos asaltos, tomado tantas posiciones y quemado tantos cartuchos. Con la mejor voluntad del mundo no podian formarse una idea de aquello. Eran verdaderamente hartas hazañas. Las espuelas puestas en las botas no bastaban como prueba, y no era de un peso mas decisivo el látigo. En la Opera Cómica se encuentran actores que emplean este instrumento con mayor aplomo y con mucho mas desembarazo. A la Asamblea no la intimidaba: comprendia perfectamente que no tenia ante su vista á un gran guerrero. Sin embargo, para escucharle empleó una tolerancia de muy buen gusto: le dejó acabar los pormenores de sus campañas. Apenas se vengaba con una sonrisa cuando el héroe llevaba las cosas á un estremo fabuloso. Los acontecimientos influian en su carácter y la hacian ser indulgente.

»Sin embargo, estas disposiciones no pudieron sostenerse ante un estravio postrero. El orador, despues de habernos hablado de sí, quiso hablar de los demás, y en el instante mismo echó á perder el negocio. Esto era abusar de sus espuelas. A manera de guerrero consumado comenzó á juzgar el conjunto de los movimientos militares que habia visto ejecutar, y los condenó con una censura formal. En concepto suyo no debió dejarse desamparado tal punto, y habria sido preciso dirigir fuerzas sobre tal otro. En materia de plan general, hubiera preferido muchos ataques simultáneos. Además, nada marchaba á su gusto. Reclamaba cañones, pedia el uso del pico y de la zapa. Su idea fija consistia en enviar cuerpos de bomberos á los techos de las casas y arrojar sobre los insurrectos una lluvia perpétua de granadas. En una palabra, exigia que se recurriese á grandes medios de destruccion, pues de lo contrario no respondia de la salvacion de la patria. Era evidente que no se podia sufrir semejante lenguaje; no habia látigo alguno en el mundo que pudiese disculparle. El orador llegó hasta el estremo de proferir recriminaciones contra aquel ó aquellos que dirigian los movimientos. Entonces

fué cuando estalló la Asamblea, y hubo una verdadera tormenta. El héroe intentó luchar y se colocó en la actitud del Dios de las batallas. El huracan cobró aun mayor fuerza, y el representante se vió obligado á abandonar la tribuna mucho menos militarmente de lo que habia subido á ella.

»Los incidentes de este género se reproducian á cada instante. No habia miembro alguno que no llegase á su vez á dar cuenta de sus impresiones y de sus victorias. Apenas hubo algunos, y en este número me hallé yo, que tuviesen la buena idea de abstenerse. Aquellas confidencias para nada servian, y podian ser perjudiciales. El motin tenia espias en el recinto del palacio y nada perdia de lo que en él se decia. Sus agentes secretos le tenian al corriente de todo. Así pues, era cuando menos imprudente ir á declarar al público que tal cuerpo habia vacilado, que tal otro retrocedia, que en la derecha ó en la izquierda se quejaban de no recibir refuerzos. A las fanfarronerias se agregaban de este modo las faltas, y despues de todo ello venia el capítulo de las menciones honoríficas. Cada representante que llegaba de fuera llevaba una lista destinada á mantener escitada la gratitud de la patria y la admiracion de la Asamblea. Los que consentian en olvidar sus propias hazañas, tomaban su revancha constituyéndose en trompetas de las hazañas agenas. Merced á ellos se supo que el tambor Niquet se habia apoderado de una bandera y que el furriel Machefen habia tomado un entresuelo á la bayoneta. Una vez lanzados á esta senda, ya no se detuvieron: los boletines se sucedian sin interrupcion. La Asambla supo que la conducta del sargento Barbasson nada dejaba que desear, y que el cabo Poibrous se habia cubierto de gloria. Así sucedia con lo demas. La letania amenazaba prolongarse indefinidamente: cada uno tenia sus santos. Para poner cortapisa fue preciso incomodarse.

»Los impertinentes tomaron su revancha en otra parte. En una de las habitaciones del palacio de la Asamblea se hallaba establecido el jefe militar en quien habian puesto ya su confianza todos los poderes. De los personajes visibles, solo él quedaba; los demas habian desaparecido en la tormenta. Concentraba en sus manos la accion y la fuerza, dirigia el conjunto de las operaciones, y por lo tanto se hallaba rodeado de edecanes y de ordenanzas que no cesaban un momento de ir y venir. Los importantes, vencidos en la Asamblea, hicieron una irrupcion en aquel punto. Intentaban emitir su dictámen y dar su consejo. Los intereses de la patria lo exigian: era imposible salvarla sin ellos. No se cuidaban de

hacerse desear. Nunca olvidaré lo que ví y lo que oí allí. ¡Cuántas vanidades puestas en juego! ¡Cuánto ruído! ¡Cuántas palabras perdidas! Un enjambre de abejas no arma mas estrépito! El jefe militar estaba abrumado.—Seria preciso hacer esto, decia uno.—Tal medida es necesaria, añadia otro.—Piden refuerzos en las barreras.—La Asamblea está mal custodiada, pueden sorprenderla.—La tropa cede en la entrada del arrabal.—Estas frases se cruzaban en la sala en medio de interminables entradas y salidas. Me preguntaba á mí mismo cómo un hombre tan mortificado por todos podia encontrar un momento disponible para sus órdenes. Preciso es creer, señora Paturot, que Dios se ha mezclado en ello.

»No todos los representantes se agitaban de esta suerte; no todos cambian sus funciones por las de consejeros y edecanes voluntarios. La mayor parte de ellos conservaban su rango con dignidad. Se espidieron decretos, y se dirigieron al pueblo algunas proclamas. El jefe del poder ejecutivo añadió la prision de algunos periodistas y la supresion de algunos periódicos; hizo uso del derecho discrecional que le habia conferido la Asamblea. La partida era grave y la jugaba á su manera; la eleccion de los medios era esclusivamente suya. Le habian dejado entera libertad para obrar fuere como quisiese, como lo entendiera. Solo una cosa le pedian, y era que salvase al pais. A este precio podia pegar á derecha é izquierda, y aun al lado. Le eran lícitos los errores.

»Hace dos dias que estamos así, señora Paturot. La patria se halla sangrada de los cuatro remos: se degüellan en nombre de la fraternidad. Ya no conoceria V. la ciudad: es un verdadero sepulcro. No se oye en ella mas que un ruido: el de los cañonazos y del fuego de fusilería. La rebelion se sostiene todavia en muchos puntos, y sabe Dios cuánta sangre habrá de derramarse todavia. Me vé V. triste en estremo. En mi tránsito hasta aquí he encontrado veinte camillas; en una de ellas conducian á un general; con este son ya doce los que hay fuera de combate. Se habla tambien de la muerte de nuestro santo arzobispo. No se puede formar una idea de semejante carneceria. Decididamente estamos malditos; una nacion no puede bajar á tal grado de abyeccion á no hallarse abandonada por la Providencia. La flor de nuestro ejército vá á perecer; los oficiales mueren á docenas. ¿Me equivocaba yo al decir que valdria mas estar en otra parte y no dejarse destrozar el corazon por tan odioso espectáculo? Nuestro honor, nuestra fuerza, todo se hunde á la vez. Vamos á ser un objeto de irrision para Europa; es-

tamos deshonrados y despreciados. ¡Oh, infames! ¡Haber desencadenado así sobre París á lo mas vil de las tabernas y á las fieras de los presidios! ¿Lo hacen por plantear sistemas, por defender ideas? Pero insensatos, ¿no veis que para esos miserables ébrios de sangre y de vino, no hay mas sistema que el botin, ni mas idea que la de repartirse los despojos que tienen ante su vista? ¡Un dia de saqueo! lo gritan bastante alto. ¡Y se llaman pueblo! ¡Sí, como la hez es vino, como la gangrena es carne!»

—¡Bien, Simon! esclamó mi mujer con vehemencia. ¡Bien, muy bien! ¡Me gusta ver á V. así! Me gusta esa cólera. Ya lo vé V.; á ese estremo conducen los sombreros cónicos y los chalecos de figuron. La pendiente es muy rápida.

—No me hable V. de eso, señora Paturot, contestó el molinero levantándose para despedirse; espio cruelmente mi error. ¡Qué tiempos y qué hombres!

—Sí, Simon, añadió mi mujer, y Napoleon los conocia bien. Un poco de humo y una mano de hierro, he ahí cual era su método. Es el mejor. El pueblo francés necesita que le dominen.

Era tarde; el representante se separó de nosotros. Su deber le llamaba de nuevo á la Asamblea. Nos quedamos solos y dominados por las impresiones dolorosas que nos habia dejado su narracion.

CAPITULO XLIV.

HOSPITAL DE SANGRE.

Al amanecer del dia siguiente aun se oia el estampido del cañon; la rebelion no dejaba las armas. Apoyada en las puertas de la ciudad y en los arrabales hacia frente á la fuerza armada con iguales ventajas. Solo á costa de grandes esfuerzos y de pérdidas crueles se lograba desalojarla de sus posiciones. En el radio que aquella ocupaba, era preciso tomar parte en la lucha en favor suyo; el papel de neutral no estaba exento de peligros. De aquí resultaba mas de un reclutamiento forzoso, sobre todo en las filas del pueblo. El pacto comenzado en el mostrador de la taberna, iba á sellarse con sangre detras de la barricada; no ponian las armas en la mano sino despues de haber turbado la razon.

Así fué como se formaron los focos de insurreccion. Al principio cualquiera habria creido que era un juego de niños. Un puñado de furiosos invadia la calle, con el fusil en la mano y la imprecacion en los lábios. Algunos adoquines, un carro volcado, unos pocos maderos sacados de cualquiera obra les servian de primer abrigo, y allí se mantenian en la defensiva. Al ver este espectáculo, la parte pacífica de la poblacion solo esperimentaba un sentimiento, el estupor; se encerraba en una censura pasiva y en una neutralidad prudente. En cambio, todos los vagamundos que contiene un barrio acudian al primer rumor y suministraban á la reunion auxiliares naturales. Este concurso de brazos imprimia á los adoquines un movimiento repentino. Se levantaban en forma de pirámides, en cuya cumbre ondeaba desde luego la bandera de la insurreccion. Cada minuto, cada segundo aumentaba nueva fuerza

á aquellos baluartes improvisados y creaba un obstáculo mas á los cuerpos de tropas encargados de dominarlos. El ejemplo se propagaba de unas calles á otras, y en menos de una hora veinte manzanas de casas se encontraban comprendidas en un sistema general de aislamiento y de sujecion.

Era, pues, un mundo aparte en donde reinaban la violencia y el terror. La rebelion tenia un teatro, un asiento, un foco. Nada limitaba allí su accion: disponia de los bienes y de las personas. Podia verificar un desarme en provecho suyo, dedicarse á buscar municiones de guerra, revocar los poderes regulares para arrogarse una autoridad ilimitada. Su capricho era su única ley. En aquel rádio maldito, no habia alma que no estuviese en la mayor ansiedad, ni opinion que no se hallase violentada. Rostros siniestros salian de las encrucijadas; jefes estraños mandaban á la multitud y eran obedecidos por ella. Toda usurpacion era lícita. Se imponian á los vecinos contribuciones en géneros; los domicilios sospechosos eran vigilados por una guardia de hombres con blusas. Al mismo tiempo se difundian por mil partes rumores increibles. Se repetia á porfia que la insurreccion en ninguna parte encontraba obstáculos formales. La Casa de la Villa le pertenecia y acababa de ponerse en marcha sobre la Asamblea. No habia duda alguna de que antes de pocas horas el gobierno pediria capitular, y de que, vencido por la superioridad numérica, se rendiria á discrecion. Tales eran las versiones que hallaban crédito en el recinto de las barricadas, y que circulando de boca en boca, tenian por comentarios la esperanza de un triunfo inmediato y la dulce perspectiva del botin.

Hacia tres dias que la mitad de París vivia bajo este régimen de violencia, y la otra mitad bajo un régimen militar no menos rigoroso. Dos campos distintos se le repartian, el de las blusas y el de los uniformes; aquí los sitiadores, allí los sitiados. En muchos puntos, la duracion del desórden habia introducido una especie de regularidad. Cada barricada tenia su jefe, cada calle su capitan; un barrio tenia su general. Los generales comunicaban entre sí por medio de ordenanzas que recibian una consigna y llevaban insignias y distintivos. El taller nacional era la base y el punto de partida de esta gerarquía, y resultaba de aquí un conjunto de combinaciones muy á propósito para sorprender á los ojos mas ejercitados. En los ángulos de las calles, toda casa estaba guarnecida de combatientes desde el piso bajo hasta el tejado, las ventanas servian de troneras y por brindajes tenian colchones. Asi pues,

MCD 2022-L5

todo revelaba la mano de los hombres del arte. La barricada se convertia en una fortificacion completa, con dos bastiones y una cortina. Fuegos cruzados defendian todas sus avenidas, y sin un sitio en regla era imposible tomarla.

Con el auxilio de estos medios era como se pro'ongaba la resistencia. Las balas se cruzaban entre los adversarios, de los que unos estaban á cubierto, y los otros en medio de la calle sin abrigo alguno. Por eso eran grandes las pérdidas entre estos últimos, y en su número se contaban víctimas escogidas. Ya era tiempo de poner término á tan crueles sacrificios. Bastantes ciudadanos buenos habian sucumbido en aquella lucha impía; nada de compasion ni de consideraciones. En frente de aquellos furiosos, solo habia una justicia posible, la del cañon. A unas armas pérfidas era preciso oponer armas terribles. Solo á este precio se podia sofocar la rebelion y lavar la sangre que teñia las calles. Sobradas horas habian transcurrido en la vacilacion y la impunidad. La revancha debia ser proporcionada al ataque; era preciso hacer un ejemplar como espiacion del pasado, y como amenaza para el porvenir.

En el número de los barrios que oponian resistencia todavia, se contaba el nuestro, poblado en parte de artesanos. Con la puerta de la ciudad por punto de apoyo, sostenia contra la fuerza armada un combate en el que por mucho tiempo llevó esta la peor parte. Tal situacion nos esponia á contínuas alarmas. Diez veces volvieron las tropas á la carga, y otras tantas tuvieron que renunciar. De aquí resultaban movimientos alternativos que derramaban la consternacion y el espanto en el seno de las casas. Se temia que los insurgentes, quedando dueños del terreno, no tomasen á su vez la ofensiva y ejecutasen en aquel punto de París sus proyectos siniestros y odiosos. Malvina no dormia; temia una sorpresa. A pesar de todo persistia en su idea: habia escogido sus armas y no queria otras. ¡Desgraciado aquel que la obligase á emplearlas! Dia y noche alimentaba su fuego, como podria haberlo hecho una sacerdotisa de Vesta. Por lo demas, la tradicion consagraba el empleo de aquel medio. La antigüedad le conoció, los modernos siglos no le habian desdeñado. Sagunto y Zaragoza sirven de ejemplo; no se podrian desear otros mas brillantes. Malvina se proponia renovar aquellas defensas memorables y vigilaba incesantemente, resuelta á sacrificar hasta su último haz de leña.

—¡Que vengan! decia, que tengan cuidado con las salpicaduras.

Nos hallábamos en este estado de observacion, cuando de repente

estalló un gran ruido en la calle, mientras resonaban en nuestra escalera pasos precipitados.

—¡Ahí están! esclamó mi mujer ¡ahí están, Jerónimo!

Casi al mismo tiempo retumbó en el umbral de nuestra puerta el sonido de un fusil.

—¡Abra V.! dijo una voz imperiosa.

Obedecí maquinalmente y no obstante la prohibicion de Malvina, que se preparaba á hacer una resistencia heróica.

—Héme aquí, soy yo, dijo entonces un hombre que se precipitó por la puerta entreabierta, soy yo, no tengas miedo.

Solo un mortal en el mundo podia permitirse entrar de este modo. El lector habrá adivinado que era Oscar. Nunca le habia yo visto tan brillantemente ataviado. Llevaba un correaje blanco y nuevo sobre una casaquilla de caza, y en la cabeza ostentaba un kepis africano.

—Presente á la lista, añadió recostándose en los almohadones del camapé. Soy yo, Oscar, por otro nombre el verdugo de los calaveras. Pero deja que me desembarace de mis atributos guerreros. ¿Lo permites, Jerónimo, lo permites?

Sin aguardar mi permiso se quitó el correaje y dejó su arma en un rincon de la sala.

—¡Uf! repuso enjugándose la frente; por fin respiro. ¡Ya era tiempo! Hace tres dias con sus noches que el sueño no ha cerrado mis párpados. ¿Ves mi caña hueca, hijo mio? Pues bien, acabamos de ejecutar entre los dos un concierto de un género especial. Sí, señora Paturot, prosiguió saludando á mi mujer que entraba á la sazon; vé V. á sus pies á un hombre que se ha bañado en la sangre de sus semejantes. En su sangre nada menos. Tanto es así, que me horrorizo de mí mismo.

—¿V., señor Oscar? dijo Malvina irónicamente.

—¿Sales del combate? añadí con una sonrisa de incredulidad.

—Si salgo de él, Jerónimo, es porque hay un Dios para los valientes. Otro no habria logrado salir ileso. Veinte y dos veces he estado al borde del sepulcro: para libertarme he tenido que sembrar el suelo de cadáveres. Una carneceria, querido, una carneceria espantosa. No te puedes formar una idea de lo que ha sido. El olor de la pólvora me embriagaba y me tornaba feroz.

—¿Contra tu pueblo? le dije.

—¿Mi pueblo? ¿En dónde has visto que semejantes mohicanos sean mi pueblo?

—¡En otro tiempo te alababas de ello! Evoca tus recuerdos.

—¿Yo? Bah! estás equivocado! ¿Por quién me tomas? replicó eludiendo el ataque. Te digo que hecho una verdadera matanza; nada de perdon ni de consideraciones. ¿Acaso no me queda algun indicio todavia? ¿No despido una especie de olor á esterminio?

—No por cierto, te lo aseguro.

—Pues bien, no es por falta de haber teñido mis manos en sangre. ¿Qué digo las manos? los brazos, y hasta los codos. ¡Oh! ¡la guerra, Jerónimo, la guerra! ¡Qué dura necesidad! Porque en fin, ya me conoces; ya sabes que nunca he degollado á nadie, ni me ha gustado beber en el cráneo de mis enemigos. Mis gustos eran mas sencillos; me repugnaban tales escesos, y aun me negaba á comprenderlos. Hoy lo comprendo todo. Comprendo la estaca de los mahometanos, y la emasculacion de los abisinios. Es el derecho de la guerra. Comprendo que se haga un tambor con la piel de un vencido, ó que se saque un jamon de un trozo de su cuerpo. No hay horror que yo no comprenda de aquí en adelante. He pasado por todo.

—¿Segun eso, ha sido muy terrible? dijo mi mujer interrumpiendo al héroe.

—Terrible, señora Paturot, sin duda alguna, y tambien heróico. Los leones no se batirian mejor. Yo solo he mordido ciento treinta y ocho cartuchos. He dejado un diente en uno de ellos, y le he enviado al enemigo. Nada le cuesta á uno hacer en tales momentos. Ademas, era postizo, y tengo algunos de repuesto. Es para decir á VV. hasta qué punto se olvida uno de todo en el fuego. Se crece á ojos vistos: tiene uno cinco codos de estatura, y es sublime sin saberlo, sin sospecharlo; sublime, nada menos. El alma se eleva á la décimaoctava potencia. Nada son los obstáculos, he saltado treinta y tres barricadas en media hora, con reloj en mano. Era preciso ver aquellos montones de adoquines tan altos como casas. ¡Pues bien! arrebatados á la carrera. Ahora sí, no hay que cuidarse de ver en donde se pisa. Este pié que está V. viendo, señora Paturot, hace dos dias que está pisando cuerpos humanos. Lo repito, me causo horror á mí mismo. Es imposible que Dios haya dado este destino á los tacones de las botas. Es un abuso, mucho lo temo.

—Cuando se está en guerra, le dije.

—Sí, Jerónimo, repuso melancólicamente el pintor, esa palabra lo justifica todo, aun los escesos á que yo me he entregado. Cuando se está en guerra, y de seguro nosotros lo estabamos. Ese punto de vista

es decisivo, resuelve la cuestion. Contra la fuerza, la fuerza; la ley del talion. Eso es lo que me ha sostenido en el combate, y ¡qué combate! Figúrate, hijo mio, que en la última barricada me encontré solo, enteramente solo, en frente de cuarenta y ocho insurrectos. La creíamos abandonada, y marchábamos confiados con los oficiales á la cabeza y los sargentos á retaguardia. No habia movimiento detras de los adoquines, nada, absolutamente nada. Abandona la partida, dije para mí; nadie habia que no lo creyese. Era un lazo, querido, una astucia de guerra espantosa. A la distancia de diez pasos variaron de aspecto las cosas. Las ventanas se guarnecieron de fusiles, las troneras se iluminaron. Fuego graneado, descargas á quemaropa: todos caían á mi lado, era una verdadera matanza. Solo dos quedamos de pié, yo y un tambor, y aun este pobre muchacho quedó con un brazo roto de un balazo. Me tenté y estaba ileso. Era cosa de desfilar por la izquierda; pues bien, no. Me arrojé á coger la caja y dí un redoble desmesurado. Preciso es que esta accion produjese gran confusion entre los facciosos, pues en un abrir y cerrar de ojos estaba libre el sitio y quedé dueño de la posicion. ¡Me parece que fué audacia la mia!

—¡En efecto, es un rasgo atrevido!

—He tenido treinta como ese. ¿Qué quieres, Jerónimo? añadió el artista exaltándose, se trataba de la salvacion comun, y se debe uno á la patria. En último resultado es nuestra madre, nos ha criado á sus pechos. Seremos mártires, si es preciso, pero se salvará. Sí, hijo mio, he ahí como comprendo mis deberes. Todo por el país. He cubierto el suelo de cadáveres y aun lo repitiré. He quemado ciento y tantos cartuchos, y aun quemaré mil. ¡Qué vengan y nos veremos! ¡Oh! lo que es esta vez, no mas cuartel. Es preciso hacer un ejemplo y grande. ¡Figúrate, semejantes mónstruos! Solo con pensar en ello se exalta mi imaginacion y se arde mi cabeza. Llamo á la guerra con toda mi alma, tengo sed del humo de los combates. En resúmen, ¿por qué no resolver la cuestion de una vez? El fraque en una parte y la blusa en otra; la blusa devorará al fraque, ó este á aquella. Uno de los dos trajes está de más sobre la tierra. ¡Enhorabuena! Prefiero eso. Veamos desgraciados, ¿os agrada la proposicion? ¡Aliniémonos, entonces! ¡Aliniémonos y que esto concluya de una vez!

El pintor, mientras hablaba de esta suerte, parecia hallarse animado por el espíritu de las batallas; nunca habia espresado su bárba mayor resolucion. Para aumentar el efecto, se habia levantado, y apoderán-

dose del fusil, hacia sonar sus abrazaderas con un vigor y una precision enteramente militares.

—¡Qué vengan, decia, que vengan! Aquí estoy yo.

—¡Bah! Todavia les guardaria V. consideraciones, le dijo mi mujer para estimular mas aun su fanfarroneria.

—¿Yo, señora Paturot? repuso el artista. Ya veo que no me conoce V. En el fuego pierdo todo resto de humanidad; me asusto á mí mismo. ¿Yo? Pues si les pisaria el vientre, les haria pedazos, les machacaria en un almirez. Así soy yo. ¡Qué vengan ahora! Conozco que me voy tornando feroz.

Parecia que Oscar era servido segun sus deseos. En el momento en que acababa de hablar, resonó cerca de nosotros un fuego de fusileria muy vivo. La direccion del estrépito indicaba el sitio del combate. La puerta de la ciudad situada en nuestra inmediacion era atacada de nuevo y de un modo formal. Dirigíanse refuerzos á aquel punto, una batería de obuses pasaba por debajo de nuestras ventanas. Fijé mi vista en el pintor: su aspecto era algo menos resuelto, y se conocia en él cierto malestar. Sus ojos ya no estaban chispeantes, su ademan no era de reto.

—Vamos ¿qué haces? le dije con un jesto significativo.

—¿Cómo? replicó, disimulando lo mejor posible un embarazo creciente.

—¿No oyes?

—¡Sí por cierto, sí! Se conoce que todavía hay algo por aquí, y no me lo habias advertido.

—¿Para qué?

—En efecto, ¿para qué? Sin duda no debe ser grave: un empuje postrero. En los demás puntos ha concluido todo.

Como para contestar al pensamiento de Oscar el tiroteo se hizo mas vivo y violento. Era una batalla en regla. El estampido del cañon se oia con frecuencia y rompía los cristales de nuestras ventanas. El ataque era vigoroso, enérjica la defensa; no podia presentarse ocasion mas propicia para distinguirse. Todo convidaba al artista: sus deseos secretos se veian realizados. Sin embargo, no se movia, y su actitud no mejoraba de aspecto. Solo una descarga violenta le arrancó un movimiento: se levantó, volvió á colocar su fusil en un rincon, y se sentó de nuevo en el camapé.

—Indudablemente, dijo, es una refriega pasajera.

Hacia algunos instantes que á Malvina le costaba trabajo contenerse; al fin estalló.

—¡Ah! lo toma V. así, señor Oscar.

—¿Y cómo quiere V. que lo tome, señora Paturot? Los guerreros como yo no se equivocan en esas cosas. Es una refriega únicamente. Además, añadió el pintor recobrando todo su aplomo, á cada uno le toca su vez. Bastante sangre he derramado ya; todavia me parece que la veo en mis manos.

—¡De veras! dijo Malvina con soberana ironía, muy á propósito para confundir á un hombre dotado de menos sangre fria.

—Sí señora, me conozco y sé dominarme. Llegaria hasta el estremo de cometer escesos; llevaria las cosas demasiado lejos. En último resultado son hermanos estraviados. ¿Carecerá V. acaso de todo sentimiento compasivo? ¿No tendrá V. entrañas para los hombres á quienes están degollando? ¡Oh! ¡señora Paturot! ¡una mujer! ¡un ser sensible hablar de esa suerte! ¡Lanzarme al combate, á mí, que soy inflamable! ¡Entregar mi alma á las furias! ¡Impulsarme de nuevo al asesinato y al degüello! ¡Querer que me embriague todavia con el olor de la pólvora, que ande entre el humo y el fuego, que sepulte un hierro cruel en el pecho de mis semejantes! ¡Nunca, señora, nunca! Digo á V., que me conozco muy bien; sé defenderme de mis propios estravíos.

El combate se prolongaba, y era evidente que Oscar no figuraria en él como auxiliar. Los instantes eran contados: tomé un partido.

—¿Segun eso, renuncias? le dije.

—¿Yo, Jerónimo? replicó con orgullo; me contengo, nada mas.

—No disputemos acerca de la significacion de las palabras. ¿Renuncias?

—Lucho.

—Y yo tomo tu fusil, añadí apoderándome del arma que habia abandonada.

Una ojeada me bastó para cerciorarme de que no se habia hecho con ella disparo alguno. Le examiné y probé los muelles.

—Oye ¿te chanceas? me dijo Oscar.

—Nada de eso.

—Eso no tiene sentido comun: una refriega pasajera, una hoguera de paja.

Yo habia concluido mis preparativos; estaba dispuesto y con mi fu-

sil sobre el hombro. Malvina vino junto á mí, y se apoyó en mi pecho con un movimiento lleno de orgullo.

—Bien hecho, querido mio, muy bien, me dijo; avergüénzale.

Cualquiera otro hombre que no fuese el artista habria quedado confundido por la mirada que sirvió de comentario á estas palabras. Oscar era superior á tales ataques. Se levantó de su asiento y se acercó á mí.

—Aguarda, Jerónimo, dijo, arreglándome, tienes el correaje mal puesto.

Mi mujer me acompañó hasta la puerta.—Vé, querido mio, me dijo besándome por última vez, y sobre todo no te espongas demasiado.

Cuando llegué al sitio de la accion, el asunto estaba ya muy adelantado. El cañon habia roto la masa de adoquines, y los insurrectos defendian ya con blandura una posicion abierta. Apenas quedaban algunos enemigos diseminados en los edificios inmediatos. El menor arranque bastaba para reducirlos y terminar el combate. Hubo un momento de vacilacion, pero al fin se dió la órden. Se trataba de conservarse guarecidos por las casas y tomar la barricada á la carrera. La maniobra alcanzó completo éxito, y figuré en primera fila. Algunas balas silbaron junto á mis oidos: era una armonía nueva para mí. No cejé y marché en derechura al fuego, cual pudiera haberlo hecho un veterano. El peligro tiene tambien su encanto. Ante tal demostracion debia cesar toda resistencia, y algunas hechas cuerpo á cuerpo marcaron su término. Todos aquellos que no habian podido huir á tiempo, cayeron prisioneros y fueron puestos en paraje seguro. Costó sumo trabajo arrancarlos de manos de los vencedores, que querian vengarse por sí mismos, y solo hallaban garantías en una justicia sumaria.

Esta espedicion se habia ejecutado con rapidez, y pudiera yo haber terminado entonces mi servicio de voluntario. El deseo de ser útil me detuvo. Era preciso vigilar para evitar sorpresas y asegurar los resultados de la operacion. Cada uno hizo lo mejor que pudo. Despejamos las inmediaciones de la barrera y practicamos reconocimientos hasta los *boulevards* esteriores. En todos los puntos estaba la rebelion vencida y desarmada; hasta los arrabales solicitaban capitular y libertarse de la situacion violenta que pesaba sobre ellos. Gradualmente se iban restableciendo las comunicaciones, se deshacian los montonos de adoquines y renacia la confianza. Para la poblacion pacífica era como si desper-

tase de un sueño odioso; respiraba con mas libertad y esperimentaba un sentimiento de bienestar. Las calles tenian mejor aspecto, y se desembarazaban de esas malas fachas que solo aparecen en ellas en los dias malos. Las puertas se abrian, la vida habitual recobraba su imperio, como despues de la tormenta se anima el follaje de una arboleda con el canto y el vuelo de los pájaros.

Habia llenado mi mision: prevalecia el órden. Me separé de las filas y regresé á mi casa. Primero la pátria, despues mi familia: cada deber en su lugar. Malvina debia hallarse en cruel ansiedad; sabia que yo estaba espuesto al peligro: el plomo es cruel, á nadie respeta. Pudiera yo haber caido para no volverme á levantar; podria haber vuelto herido ó mutilado: todo esto se hallaba en lo posible. Sin duda estaria Malvina abrumada por algun temor de este género, y apresuré el paso para aliviarla de su pena. Cada minuto debia aumentar su angustia. Creia verla en la ventana ó en la puerta de su casa, espiando mi regreso, informándose de sus vecinos; la veía salir presurosa á mi encuentro, feliz y contenta por encontrarme sano y salvo. Era una ilusion mia: nada de esto hubo. Mi casa no parecia aguardar á un dueño ausente: nadie habia en la puerta ni en las ventanas. En vano buscaba esas muestras de interés; faltaron por completo á mi regreso. No sabia qué pensar de esto. Era imposible creer en un sentimiento de indiferencia; pero entonces, ¿qué era? Mi imaginacion se confundia, y comenzaba á temer una catástrofe.

—¿Qué ha sucedido? decia para mí. ¡Gran Dios! ¿qué ha sucedido?

En esta disposicion de ánimo fué como atravesé los umbrales de mi casa. ¡Oh sorpresa! El paso no estaba libre: una cortina le obstruia en toda su anchura. La levanté y se presentó ante mi vista un espectáculo que me conmovió: tenia delante de mí una enfermeria improvisada, ¡un hospital de sangre! Malvina era el alma de él, representaba el papel de hermana de la caridad. Oscar estaba en mangas de camisa, y ayudaba á mi mujer en calidad de enfermero. Esto era salir de un mal paso como hombre de chispa y de talento. Un médico de la vecindad habia fundado el establecimiento y presidia al conjunto del servicio. Nada faltaba allí. Los objetos para el servicio de camas llegaban de todas partes: las señoras del barrio enviaban montañas de hilas. Sus dedos no huian del trabajo: deshacian á porfia trapos viejos, y consideraban como una honra suministrar la mayor cantidad posible. La caridad tiene tambien sus luchas y su noble orgullo. ¡Luchas hermosas! ¡Orgullo bien

entendido! Esto produce milagros, y yo estaba presenciando uno de ellos. En menos de una hora se habia concebido y ejecutado la idea de establecer el hospital de sangre. Cien manos habian prestado su concurso. Cada uno habia suministrado un artículo, un pormenor: nada se podia echar de menos. Ocho camillas habian dejado allí sus heridos.

Apenas hube levantado la cortina cuando me vió mi mujer.

—¡Ah! ¡ya estás aquí, querido mio! esclamó arrojándose en mis brazos. Al menos nada te habrá sucedido, ¿eh? añadió con inquieta solicitud, examinándome minuciosamente; ¿no hay herida ni fractura alguna? Vienes intacto, ¿verdad Jerónimo?

—Completamente intacto.

—¡Nada de sangre, ni de contusion! Vamos, está bien. Y sin embargo, tenia yo pensamientos tristes. No puede uno dominarse. Pero ya ves, herido ó no, teniamos con qué recibirte.

—Gracias.

—No hay afrenta en eso ¡Jerónimo! El sábio está preparado para todo. Yo dije para mí: Es un ser de mala suerte, y pueden traérmele estropeado. Pongamos las cosas en órden. Dicho y hecho. Ahí tienes tu negocio: vendajes, cerato, en fin todo, sin contar al señor, añadió mostrándome el médico, que se proponia estraerte los cuerpos duros que hubieran podido incomodarte. No tengas miedo de que me hubiesen cogido desprevenida. Hay mujeres que lloriquean: nada de eso. Una buena cura vale mas que una jofaina llena de lágrimas.

—Mejor es que no haya uno ni otro, ¿verdad?

—Eso no es necesario decirlo. Nada tienes, ¿no es así? ¡Pues bien! será para los compañeros. Ya ves que las precauciones sirven siempre; nunca se pierde el bien que se hace, y sobre todo en estos tiempos tan desgraciados. Mira, Jerónimo, son ya ocho; estrechándonos un poco cabrán doce. No hay en todo Paris una enfermeria mejor montada. Nos llenan de trapos y de medicamentos; si esto dura, habrá que dar á otros. Todos contribuyen gustosos: yo trabajo lo mejor que puedo, y Oscar muestra buenas disposiciones. Hemos puesto ya cuatro apósitos. En el primer momento me conmovió un poco; ¡el aspecto de la sangre es cruel! Pero al fin se acostumbra uno. ¡Pobres hombres! A ellos es á quienes hay que compadecer y no á nosotros. Figúrate, querido mio, heridas espantosas. Espantosas, es la palabra. No se puede formar idea de lo que es. ¡Qué infamias!

—¡Diantre! la bala pega donde puede, Malvina.

—No es eso, hijo mio, no es eso. Calla, no me atrevo á concluir por miedo de que nos oigan. Si lo supieran, ¡Dios del cielo!

Apartó la colgadura que nos separaba del patio y me llevó consigo.

—¿Infamias? le dije cuando estuvimos á suficiente distancia del lecho de los pacientes.

—¡Verdaderas infamias! repuso. ¿No sabes lo que ha pasado, querido mio? Pues es ya público y notorio: hasta en los tejados se habla de ello.

—Pero en fin, ¿qué es?

—¡Horrores, atrocidades! ¡Picardias capaces de erizar los pelos!

—¿Pero qué es?

—¡Cómo! ¿vienes de allí y te lo he de contar yo? ¿No has visto las balas de los sublevados?

—Las he oido, pero visto no.

—Pues bien, Jerónimo, ¡ahí está la ferocidad! En ningun tiempo ni en pais alguno se ha hecho cosa peor. ¡Ya verás esas balas, todas labradas! querido. No hay una siquiera, que sea redonda, ni que tenga la forma debida y franca. ¡Balas de asesinos! ¡balas de traidores! ¡Y marcadas, tiene que ver! ¡Machacadas, mordidas! De seguro han dejado en ellas un poco de su rábia. ¡Y qué señales! Dientes de rinoceronte. Solo con ver eso se cobra odio á la especie. Me figuro lo que dirian al meterse las balas entre las quijadas. —«Toma, toma, paisano, para que te desgarre mejor las carnes. No basta con hacerte una herida; quiero que te escueza de firme. ¡Otro mordizco! Así, muy bien. No tendrás poca fortuna si te libras de esta. Hombre caido, hombre muerto.»— Ahí tienes lo que dirian.

—Es muy odioso, Malvina.

—¿Crees que no es mas que eso? Estamos en lo mas suave, luego vendrá lo duro. Las balas son labradas, pasemos. ¿Sabes lo que tienen ademas?

—No, querida mia.

—¡Envenenadas, nada menos que eso! ¡Envenenadas nada menos, y no con mal veneno! ¡De primera calidad, Jerónimo! No han reparado en el precio, por vida mia; hay variedad de drogas, y tienen donde escoger. Unas están con arsénico, otras con cardenillo. ¡Un surtido completo! Grageas para todos los gustos. ¡Oh! lo entienden. Son hombres de imaginacion y de puños. ¿Comprendes eso? ¡Balas envenenadas, en

un pais cristiano y preparadas por hombres que han recibido el bautismo! En Tartaria no se haria eso,

—No, de seguro.

—¡Pues bien! lo han hecho, sin contar las esponjitas empapadas no sé en qué. ¡Es increible lo que se dice! ¡Bombas con trementina para incendiar las casas! ¡Máquinas á todo vapor para volarlas! ¡En fin querido mio, una multitud de invenciones del infierno! ¡Todo eso han hecho, y mucho mas aun! ¡Y pensar que se vive al lado de semejantes mónstruos! ¡pensar que pueden ponernos cohetes en los bolsillos y hacernos saltar como botellas de agua de Seltz! Es cosa de estremecerse de horror. A la verdad que me dán ganas de hacer la maleta. Esto se echa á perder y comienza á ser insufrible: no hay medio de aguantarlo. ¿Qué te parece?

—¿Y adónde hemos de ir?

—Al Congo. Prefiero á los negros; que solo tienen de este color la piel. Y ¿quién sabe? acaso no estén aguardando mas que una ocasion para civilizarse. Aquí, por el contrario, volvemos al estado de salvajes.

Malvina no habria abandonado fácilmente su tema, si no la hubiese interrumpido el portero. Habia llegado una camilla, y el buen hombre iba á tomar las órdenes de mi mujer.

—¡Es un hombre de blusa! añadió.

—¿Un hombre de blusa? esclamó con acento colérico. ¡Eso sí que es tener audacia! ¿Un hombre de blusa? ¿Con qué derecho se atreve esa gente á presentarse aquí? ¡Ah! ¡un hombre de blusa! ¡Bien! ¡corriente! voy á decirle lo que viene al caso. Ven, Jerónimo.

CAPITULO XLV.

LA CONFESION.

La irritacion de Malvina no se sostuvo mucho tiempo ante el espectáculo que vió. Un obrero estaba tendido en una camilla con una herida en la cabeza. La sangre que de ella salia habia manchado su rostro y sus cabellos, y en las mejillas tenia varios cuajarones. Daba lástima verde. Una parte del cráneo estaba levantada; la bala habia hecho en él un surco espantoso. ¡Júzguese cual seria el estado de aquel infeliz! A cada movimiento de los que le llevaban lanzaba un gemido lastimero, y pedia por favor que acabasen de matarle. Un tránsito mas largo habria sido para él una sentencia de muerte, acompañada de una agonía espantosa. El lo conocia, y juntaba las manos en ademan suplicante. El alma mas feroz se habria conmovido.

Como será fácil conocerlo, mi mujer no pudo resistir. Olvidó el delito y solo vió el sufrimiento. En un lecho de dolor no hay delincuentes; solo hay seres dignos de compasion. El obrero quedó admitido en el hospital de sangre y fué objeto de cuidados solícitos. Malvina se prodigó. La herida era muy grave; no se pudo colocar el primer apósito sino con muchas precauciones. Algunas esquirlas empeoraban la herida y para estraerlas fué preciso suspender la operacion varias veces. Muchos sintomas hacian temer un desenlace funesto; el herido perdia la cabeza y tenia pocos momentos lúcidos. Las palabras que salian de sus lábios se parecian á un zumbido confuso cuyo sentido habria sido difícil comprender. Convulsiones frecuentes agitaban su cuerpo de atleta. Tan pronto sacaba el brazo fuera de la cama, cual si hubiese querido coger

un objeto cercano, como se llevaba la mano á las vendas que le ceñian la frente y las rompia con febril violencia.

Estos fenómenos alarmantes exigian una vigilancia asídua. Mi mujer se consagró á ejercerla; no se separó ya de la cabecera del obrero. En caso necesario la sustituíamos Oscar y yo. Así transcurrió el dia. El estado del herido continuaba lo mismo; no empeoraba, pero tampoco mejoraba. Habian cesado los espasmos; á los movimientos febriles sucedia un entorpecimiento en el que las facultades vitales parecian haberse suspendido. Hubiera podido decirse que la vida, concentrada en los órganos esenciales, les daba asaltos sordos y terribles. Sin embargo, hácia la noche pareció despejarse algun tanto. Oscar se habia acercado al obrero y trataba de llevar una bebida á sus lábios. Por vez primera comprendió este último lo que exigian de él. Dirigió al artista una mirada afectuosa y le dijo con voz muy inteligible:

—¡Mi general!

Oscar solo tenia en su vida un recuerdo al cual pudiese referirse aquel título, y no gustaba de prevalerse de él. Por eso no contestó al pronto mas que con un ademan de sorpresa.

—¡Mi general! repuso el herido.

El pintor se estremeció. En aquel pobre agonizante encontraba de nuevo á su compañero de armas, á su salvador, á uno de los miembros mas distinguidos de su gobierno. ¿Cómo no le habia conocido antes? Esto se esplica fácilmente. Una herida en medio de la cara no hermosea á un hombre, y un vendage desfigura mucho. Tambien yo me habia engañado. Sin embargo, á un llamamiento tan directo no habia mas remedio que responder.

—¡Cómo! ¿es V., Comtois? le dijo el artista.

—Gracias, mi general; me ha conocido V., esclamó el herido.

Parecia estar muy contento de aquella prueba de afecto; Oscar lo estaba algo menos. Por medio de una reflexion rápida, habia calculado todos los compromisos á que podia esponerle aquel encuentro.

—¡Diablo! dijo para sí, ¡esto sí que es desagradable! Este mozo ha jugado una mala partida, es evidente. Ha hecho que la fuerza pública le hiera en la frente, es incontestable. Las pruebas fehacientes estan ahí. Así pues, tenemos aquí á un insurgente de primer órden. Nadie podrá ponerlo en duda. Si le perdona la muerte, de seguro no le sucederá lo mismo con la cárcel. Es su destino natural. Pues bien, ¡ese gran delincuente me llama su general! ¡Y lo hace delante de testigos! Pero, des-

graciado ¿quieres perderme? ¿quieres enviarme al cadalso? Si tú, como soldado eres criminal, ¿qué seré yo como general? Es decir que no hay suplicio que yo no merezca, y todo por una denominacion impropia. Basta ya, que el juego es pesado, y tiempo es ya de ponerle término.

Mientras Oscar hacia en voz baja tan juicioso razonamiento, el herido volvia á su idea fija, y esclamaba por tercera vez:

—¡Mi general!

—¡Otra vez! dijo el pintor impacientado.

Comprendió, empero, que debia guardar algunas consideraciones á un hombre que se hallaba al borde del sepulcro, y acercándose á su oido, le dijo:

—Comtois, no se obstine V. en hablar; el médico lo ha prohibido espresamente. Necesita V. mucho cuidado, amigo mio. Si ha de curarse ha de ser guardando absoluto silencio.

—¡Curarme, mi general! Se burla V. segun creo.

—¡Tiene empeño en ello! pensó el artista. ¡Mi general, mi general! no se conseguirá quitárselo de la boca.

—¡Curarme! prosiguió el obrero, ¿crée V. acaso, que no conozco mi estado? El Comtois ha concluido, mi general. No tiene mas remedio que poner el arma á la funerala, como su padre el dragon. Cuando recibí esta mañana el confite, dije en seguida: — «Bien, esta es la buena. No hay que buscar otra. Ya tengo mi cuenta ajustada en este mundo: este es el saldo. No añadiré partida alguna, ni un solo trago de vino.»

—Pero calle V., Comtois, por favor, calle V. Se lo digo por su propio bien.

—¡Bah! mi general, ha de suceder lo que Dios disponga. El me echó á este mundo, y él me lleva: no hay cosa mas sencilla! Lo que él hace está bien hecho. Mire V., en último resultado, poco hay que sentir. No todo son flores en el oficio. En cuanto á mi padre el dragon, nada digo; sirvió al emperador y recibió algunas cuchilladas. Eso es agradable. Pero yo no he tenido buena suerte. En los últimos tiempos, sobre todo, ¿qué hacia yo? picar piedra. ¿Crée V. que un hombre que se halla en ese caso sea muy útil sobre la tierra? ¿Quién ha de reparar en un poco mas ó menos de piedra picada? Siempre habrá bastantes brazos para ese trabajo.

—Se desespera V. demasiado pronto, amigo mio, repuso Oscar. Vamos, guarde V. silencio, ahí tiene V. al facultativo que se enfada ya de veras. Estése callado y se le sacará del apuro.

—No, mi general, no iré muy lejos; la cabeza se vá á pájaros, la máquina se descompone: esto es lo que me hace charlar tanto. Ya vé V.; disfruto de lo poco que me queda. Pues bien, ¿qué mal hay en eso? Yo podria haber concluido mejor, lo sé. ¡Una bala austriaca, una bayoneta rusa! esas sí que son buenas muertes. No todos los que las desean las consiguen. Me voy de mala manera, ya lo veo. Pero ¿quién tiene la culpa? ¡El Percheron! ¡El es quien lo ha hecho todo! ¡Es tan taimado ese Percheron!

La voz del herido se debilitaba, y estas últimas palabras las pronunció con suma dificultad. El esfuerzo se habia prolongado sobrado tiempo, y fué seguido de una crísis. Estuvo así una parte de la noche, las crísis se sucedian con intérvalos de lucidez y de descanso. La destruccion de un atleta le cuesta mucho trabajo á la muerte, y tiene que hacerlo en diferentes veces. El Comtois luchó durante mucho tiempo; se agitó por espacio de quince horas en aquel lecho del dolor. Apenas bastábamos Oscar y yo para contenerle. En su delirio desafiaba á enemigos invisibles y lanzaba gritos sordos que parecian voces de alerta. Estaba todavia en la barricada, y representaba en ella un papel importante. Su mano cebaba el fusil, sus dientes mordian el cartucho; el ardor de la calentura se transformaba en ardor guerrero. Otras veces se incorporaba y nos dirigia miradas llenas de sombria fijeza.

El ojo no percibia ya los objetos, y se movia maquinalmente. No podia haber cosa mas aterradora que aquella escena. El coloso tomaba nuestros brazos por punto de apoyo, y los oprimia con la fuerza de una tenaza de hierro. Hubiera querido levantarse y volver al combate. La necesidad de obrar solo cedia ante la violencia del padecimiento.

Por fin, hácia las primeras horas del dia, estos accesos fueron sustituidos por un decaimiento profundo. La vida se retiraba por grados de aquella constitucion robusta. La respiracion era mas desigual, mas ruidosa, mas caprichosa. Por el brillo de los ojos y por el color encendido de las mejillas, se conocia el fuego interior que consumia la existencia de aquel desgraciado. Ante tan rápida desorganizacion era impotente la ciencia: habia que resignarse. Aquella alma iba á emigrar á regiones mas serenas. El obrero lo conocia y se preparaba por medio del reconocimiento. Sus lábios murmuraban las oraciones de su niñez. En esa hora suprema, simpre baja un rayo divino á la cabecera de un moribundo y presta supremo encanto al último adios que se dá á la vida. Los mas altivos, lo mismo que los mas humildes, sienten sus efec-

tos, unos para bajar, los otros para elevarse. De esta suerte, desde los mismos umbrales de la eternidad se establece el nivel y comienza la igualdad.

El Comtois se hallaba en este período del adios. Su voz fuerte y ruda habia adquirido gracia y suavidad; sus facciones y su postura revelaban una resignacion dulce. Se apoderó de la mano de Oscar, y estrechándola entre las suyas, le dijo:

—Vamos, mi general, ¿qué piensa V. ahora acerca de mi estado? ¿Voy á marchar ó no?

—Destierre V. esa idea, Comtois.

—¡Desterrarla! ¿por qué? Si supiera V. cuánto me agrada! Los desgraciados como nosotros, mi general, tienen su esperanza en otra parte. Dios les tendrá en cuenta lo que hayan sufrido. He ahí esplicada la vida del pobre. Desórden, crímenes, y al fin de todo tiros. ¿Adónde conduce esto? A morir como un perro en la esquina de una calle, á degollar ó á ser degollado. Mire V., mi general, ha sido V. escelente para mí, y tambien V., caballero. Escelentes los dos, y el cielo se lo pagará! He visto á VV. esta noche, me han cuidado como á un hermano. ¡Buenas almas, Dios os bendiga! Pero miren VV., aun les necesito. No tengan miedo, añadió con una sonrisa melancólica, no será muy largo. Es preciso que les diga á VV., todo, lo mismo que á un cura. Me confesarán VV., ¿no es cierto? Solo eso me falta para morir en paz.

—Hable V., Comtois, le dije.

—Hable V., añadio Oscar.

—Pues bien, mi general, y V., mi buen señor, de todo el mal que he hecho y he podido hacer, quien tiene la culpa es el Percheron, y lo juro por mi santo patrono. ¡Dios mio! no le guardo rencor por eso. Cuando se vá á emprender el viage largo, se deja aquí todo el equipaje malo para no guardar mas que lo bueno. No, no le guardo rencor, pero puedo decir muy bien que su ejemplo es el que me ha perdido. Al fin no tenia yo mal carácter. Me gustaba el trabajo, y gracias á Dios tenia los brazos fuertes y vigorosos. Con esto, mi general, un obrero que va por el camino derecho, y como Dios manda, sale siempre de apuros. Eso sí, es preciso que ande muy derecho, porque sino, buenas noches. Por poco que se descuide, se echará á perder completamente. Es como la fruta, que una vez picada se pierde. En vano se dice que el maestro es un tirano y que esplota al obrero, pues son palabras tontas y nada mas.

Cuando el obrero trabaja bien, no interrumpe la obra, está siempre en el taller á sus horas, y no deja este por la taberna, el maestro lo tiene en cuenta. Si tiene brazos de sobra, despide á los malos; si puede aumentar los jornales, lo hace siempre en favor de los buenos. Aun cuando no lo hiciese por justicia, lo haria por interés. Vuelvo á decir, pues, que el obrero tiene su suerte en sus manos lo mismo que el maestro, y que de cada cien veces en que las cosas se ponen mal para el obrero, en las ochenta es por culpa suya. Ande V., hablo con conocimiento de causa, pues lo he visto de cerca y he escarmentado en cabeza propia.

—Tiene V. razon, Comtois; pero ¿por qué no piensan todos sus compañeros lo mismo que V.?

—¿Por qué? ¡Diantre! fácil es adivinarlo: por los Percheron. Los hombres como ese son los que hacen todo el daño. Me dirán VV.: ¿Por qué no les oponeis resistencia? Quisiera ver á VV. en ello, señores. Los hombres como Percheron tienen el don de la palabra, y nosotros solo tenemos nuestros brazos. En el taller solo ellos hablan: para los demas no hay medio de pronunciar una palabra. Cuando uno trata de hacerlo, se burlan y ponen de su parte á los aficionados á reirse. Ademas los Percheron todo lo saben: están mejor enterados que nadie de lo que pasa en el gobierno. Tienen su idea respecto de los asuntos del dia. Cuando llevan á un criminal á la guillotina, ellos son los primeros que lo anuncian. Conocen de vista á los personajes mas encopetados; saben de memoria en dónde viven los embajadores. Despues, son cosa digna de oirse sus discursos; hablan durante una hora de los asuntos mas insignificantes, y adelante las cosas de la antigua república: los hombres, las fechas, todo. Es cosa que aplana á cualquiera: ¡qué pozos de ciencia! ¡Nunca se aturden, nunca se cortan! ¡Serian capaces de estarse charlando un dia entero. ¡Diantre! eso produce cierto efecto en el taller. Ya lo comprenderán VV., señores: para derrotarlos sería preciso tener los mismos recursos, y carece uno de ellos. Luego, meten tanto ruido, que son los jefes y nadie se atreve á replicarles. Los hombres de bien no hacen lo mas mínimo, pero la mayoria del taller sigue á los otros, y no se quiere formar bando aparte. Yo, por ejemplo, veia con frecuencia que el Percheron tomaba una senda estraviada, que nos engañaba, que nos perdia; ¡pues bien! hacia yo lo mismo que los demas. ¡Hay tantos carneros! Así es, mí general, como los Percheron han logrado poner en conmocion á los talleres y cubrir de cadáveres las calles de París. Pueden alabarse de ello.

—¿Llega hasta ese estremo su dominio? dijo Oscar.

—Vá todo lo lejos posible, mi general, y he aquí el motivo. Los Percheron tienen la laudable costumbre de dar siempre la razon al obrero contra el maestro. Esto halaga al obrero. El maestro es un hombre sin corazon: el obrero es la virtud misma. El maestro hace del obrero un esclavo blanco, y despues de haberse servido de él le arroja lejos de sí. Todo eso es farsa; ¡pero si vieran VV. qué buen éxito tiene entre los obreros!—«Bueno, dice uno para sí, he ahi un hombre que se pone de mi parte. Esos ricachos beben lo mas puro de mi sangre, y poco mal hay en que alguien se lo eche en cara.» Aun no es esto todo, señores: no se paran aquí los Percheron. Exigen al maestro una cuenta exacta de sus tesoros; le preguntan si es justo que guarde todo para sí y que no distribuya siquiera una parte entre los obreros. ¿No han ayudado estos al maestro á ganar sus fabulosas riquezas? Si el maestro gasta coche, al obrero se lo debe. Si la señora lleva lazos y adornos, el obrero es quien lo ha costeado. No hay un mueble en la casa, no hay un traje, no hay un goce que no sea fruto de lo mas puro del sudor del obrero. Por lo tanto ¿es justo que no tenga derecho alguno? Entonces esplican los Percheron que tienen en el bolsillo un plan maravilloso que asegura á cada obrero una existencia igual á la de un maestro. El obrero tendrá renta, fondos impuestos, carruajes, trajes para la señora y toquillas de terciopelo encarnado para los niños. Ya comprenderán VV. que el obrero abre entonces un ojo tamaño y que el Percheron logra un éxito completo. Se adopta el plan por aclamacion, y se pide que al momento se ejecute en toda la estension de la república! ¡Desgraciado el gobierno que no le acepte! ¡Desgraciado el maestro que le rechace! El gobierno sería echado á palos, y el maestro ahorcado en efigie.

—¿Nada menos que eso? dije.

—No hay mas diferencia sino que algunos quieren ahorcarle en realidad. Ahora comprenderán VV. hasta qué punto dominan los Percheron al obrero; pueden manejarle á su antojo. Los obreros son su gente, son su ejército; bastante han trabajado para lograrlo: por un lado han hablado de algo mas que de ahorcar al maestro, y por otro han prometido al obrero el reparto de los tesoros de aquel. ¿Cómo ha de resistirse á esto? ¡Hay entre nosotros algunos hombres de muy poco seso; toman las cosas por lo sério, y entonces, adios! se pierde la cabeza y se cometen necedades sin cuento. No hay un obrero que no quiera coger

la luna con los dientes. Los buenos resisten todavia; pero, ¿qué hacen entonces los Percheron? Se arreglan de modo que los echen á perder. El mejor obrero se vuelve malo en cuanto deja de ser asíduo en su asistencia al taller. ¡Se necesita tan poco para esto! con una vuelta ó dos que se dén por la taberna, está logrado. Cuando se ponen los pies en la taberna, concluyó todo; se hace ya costumbre. Primero se vá á ella por distraccion, y luego por gusto. Los Percheron empujan de contínuo; allí es en donde son reyes absolutos. Despues de beber hacen prodigios; no hay cosa mejor que un par de cuartillos de vino de Argenteuil para desatarles la lengua. Entonces todo vá bien; se trastorna á Europa sobre el plomo de un mostrador. Se inventan banquetes fraternales en donde están á discrecion los solomillos de vaca guisados, y se pagan los escotes á gusto del consumidor. Ahora sí, cuando el vino es malo, no hay perdon. El gobierno es quien se lleva todas las culpas: nada hace bien, descuida y abandona al pobre pueblo. ¡Cielo santo, como le ponen! Los Percheron no ahorran palabras: el gobierno por aquí, el gobierno por allá, nunca se ha visto mayor criminal. Toma dinero del tesoro público sin dar cuentas y mantiene coristas de la ópera. Es un gobierno juzgado; es preciso derrivarle en el término de veinte y cuatro horas, pues de otro modo chupará á Francia hasta la médula de los huesos.

—¡Diablo! ¡qué espeditivo! dijo Oscar.

—He ahí la escuela que tienen los obreros, repuso el moribundo, he ahí como los embaucan. ¡Pobres corderos! Saltan porque ven saltar, no por otra cosa. A los que desearian retroceder, se les empuja, se les arrastra. ¡Oh! ¡la taberna, la taberna! hace víctimas y no las suelta. Los Pecheron lo saben muy bien: es el sepulcro de las buenas resoluciones. Primero se deja allí una parte de jornal, y luego el jornal entero. Los hijos padecen, la mujer se queja, ¡qué importa! la taberna prevalece. No habrá pan en casa, tanto peor; que se arreglen lo mejor que puedan; pero siempre habrá vino encima del mostrador. El obrero que llega á ese estremo, pertenece por completo á los Percheron: la taberna se le entrega. Todos los borrachos se sostienen mútuamente; dán de lleno en la política, en su concepto todo se hace de mala manera, y nada bueno ven. Esto se concibe fácilmente: juzgan culpable al gobierno porque ellos mismos lo son mucho. No hay personas mas difíciles de contentar que las que están mal con su conciencia. Miren VV., señores, me ven VV. aquí medio muerto y próximo á restituir á Dios el alma que me dió. He

creido demasiado en el emperador, y eso me ha perdido; llegaba hasta el estremo de que aun creí que vivia. Así pues, muero por él, y de ello me envanezco. Iré á reunirme con él allá arriba, cerca de mi padre que era amigo suyo. ¡Pues bien! apostemos ahora una cosa. ¿A qué Percheron, el Percheron mio, no tiene á estas horas un mal rasguño? Se escapará esta vez, y veinte mas todavia, para comenzar de nuevo sus manejos, como un verdadero cobarde que es. ¡Dios me perdone! creo que le he maldecido.

El Comtois, al concluir de pronunciar estas palabras, dejó caer sobre su cama una mano lánguida. A la fiebre que hasta entonces le habia sostenido, sucedió un profundo abatimiento. Solo pronunciaba palabras entrecortadas, entre las cuales articulaba sin cesar el nombre de su odioso tentador. El moribundo tenia razon. Se puede dividir á los obreros en dos grandes familias, la de los Percheron, y la de los Comtois; los dominadores y los dominados; estos débiles, violentos aquellos. Los Percheron tienen por título para la dominacion el vicio y la pereza, y con frecuencia la incapacidad. Se imponen por sus defectos y en razon de estos. Los Comtois son buenos y dóciles, y esto es lo que les pierde. Cuando tienen la fuerza material, les falta la moral. Les arrastra la audácia cuando no les doma la amenaza. Entregados á su propio impulso, formarian una raza de artesanos dignos y honrados, como sabe producirlos Francia. Serian la honra de nuestra industria, el instrumento fecundo de la riqueza del pais. Se elevarian, no por las pretensiones, sino por los servicios. Los Percheron hacen abortar todo esto. Quieren obreros semejantes á ellos, y no toleran otros en torno suyo. No comprenden el trabajo sin ruido, y á los goces de la familia prefieren los de la taberna.

Hacia algunos instantes que el herido luchaba con la agonía. Respiraba penosamente; por sus ojos se estendia ese triste velo que parece la primera sombra de la muerte. Las manos estaban inertes, aniquilado el cuerpo. La obra de destruccion estaba realizada. El Comtois tuvo todavia fuerza suficiente para dirigirnos una mirada llena de dulce resignacion y sus lábios, por medio de un esfuerzo postrero, pronunciaron el nombre del Percheron.

La víctima no se equivocaba: su génio maléfico sobrevivió á los acontecimientos. Los Percheron comprometen á los demas, pero no se comprometen á sí mismos. Este habia adoptado sus precauciones. Supo librarse de las balas, y mejor aun de los consejos de guerra.

CAPITULO XLVI.

EL DIA SIGUIENTE.

La batalla habia concluido, pero sus huellas subsistian en todas partes, se las veía en las paredes, se revelaban en los ánimos. El suelo tiembla todavia, aun despues de haberse apagado el cráter. El viajero no mide la profundidad del abismo sino despues de haberle atravesado, y entonces aumenta su espanto. En este caso nos hallábamos. Cada uno se preguntaba á sí mismo con terror adónde vá á parar un pueblo que tiene en la historia de su vida una página tan terrible, un estravio semejante. Los mas audaces no se atrevian á entregarse al presente, los mas prudentes interrogaban al porvenir. Un terreno sujeto á conmociones tan profundas á nadie le parecia seguro, y como acontece á los pueblos que edifican cerca de los volcanes, para lo sucesivo ya no habia sitio entre nosotros sino para establecimientos temporales y construcciones frágiles.

Nada podia haber mas sombrio que el aspecto de Paris; todo en él revelaba la guerra civil en sus mas temibles horrores. Los adoquines se mostraban todavia amenazadores, siniestras las fisonomias. No se podia dar un paso sin encontrar un testimonio de los desórdenes que acababan de ocurrir. En el teatro mismo de las operaciones, solo se veian ruinas. Paredes enteras habian venido al suelo á impulso de las balas de cañon; otras mostraban grietas profundas. Las casas que se hallaban en la direccion de los disparos estaban profundamente surcadas por los proyectiles; otras estaban agujereadas y caladas como un encaje de punto ancho. Las esquinas estaban acribilladas á balazos. No habia portada de

tienda que no estubiese destrozada, ni persiana que no se hallase rota. Algunas muestras estaban partidas por la mitad, otras hechas pedazos. Bajo la presion del aire, los cristales se habian roto y los cascos cubrian el suelo. Los arroyos y las alcantarillas, comprimidos en su curso, habian refluido hácia las calles, formando en ellas charcos pestíferos, en donde el agua se mezclaba con sangre. En todas partes se reproducian estas escenas de devastacion y de luto. Al verlas, se hubiera podido creer que el génio de la destruccion acababa de cernerse sobre aquellos lugares malditos, dejando en ellos tristes vestigios de su paso.

No era este el único legado que nos habia dejado la rebelion: en otras partes se encontraba un recuerdo de su presencia. París estaba sometido á consignas militares que le daban el aspecto de un campamento. De unas á otras calles, de ciertos á ciertos barrios, se hallaba prohibida la circulacion. Cada casa estaba sometida á un bloqueo riguroso, y á penas dejaban penetrar en ella los víveres. El Oriente, en tiempo de una epidemia, no se impone un aislamiento mas absoluto. El simple hecho de ir á ver á un amigo, era una empresa llena de peligros; no conseguia un hombre hacer que le afeitasen sino á costa de los riesgos mas graves. En cada esquina brillaban las bayonetas, penetradas con esceso del sentimiento de su deber, y deseosas de sepultarse en pechos humanos. Preciso es perdonar este esceso de celo á corazones conmovidos. Aquellas bayonetas habian conquistado noblemente el derecho de mostrarse desconfiadas; tenian que vengar una sangre generosa, que habia corrido con sobrada abundancia. De este modo se esplica y se justifica un lujo de precauciones. Ademas, la consigna estaba allí en toda su fuerza, y sabido es el dominio que ejerce en los ánimos guerreros.

Sin embargo, París, sin sufrir grave daño, no podia permanecer sometido siempre á semejante régimen. Es una ciudad de negocios y de placeres en la que la prosperidad municipal no se separa en tiempo alguno de una libertad absoluta de movimiento. Para un huésped de la suntuosa ciudad es muy duro no poder ir á comer sino entre dos centinelas, no tomar el aire mas que á la luz del dia, y retirarse al toque de oraciones. No se reside en París con el esclusivo objeto de hacer estudios acerca del aspecto de un patio ó de las costumbres íntimas de un matrimonio de la vecindad. Repugna, especialmente, andar á pié y entre el santo y seña de los centinelas: el peligro asustaria menos que la esclavitud. Este fué el aspecto mas intolerable y odioso de aquella guer-

ra civil. Convirtió á una gran capital en una cárcel. Júzguese cuáles serian las emociones de una poblacion encarcelada, los rumores propalados por el miedo, las conjeturas que corrian de un piso á otro con la rapidez del rayo, las alarmas de las mujeres, la preocupacion de los hombres, y por último, esa duda, esa inquietud acerca del porvenir que abrumaba con tan gravoso peso á todas las almas y á todas las conciencias. ¡Cuántos pequeños dramas ignorados! ¡cuántas precauciones contra los acontecimientos posibles! Nuestro amigo el baron hubo de sufrir pruebas terribles, y fué un milagro que la anciana Marta no muriese de terror.

Aun despues de haberse suprimido ese sistema de opresion, las cosas no entraron en caja sino imperfectamente. El desórden moral sobrevivió por mucho tiempo al material. Es mas fácil colocar de nuevo á los adoquines en su sitio, que tranquilizar los ánimos. Los carruajes volvieron á circular, pero las pocas personas forasteras que se hallaban en Paris salieron de la ciudad tan luego como quedaron libres las puertas, y fueron á buscar á otra parte una hospitalidad menos agitada. Las familias opulentas regresaron apresuradamente á sus posesiones, lanzando á aquel pueblo de demonios una despedida mezclada con anatemas, y el pueblo solo contestó con sordos estremecimientos. Estaba vencido, pero á la manera de aquellos guerreros que, aun despues de muertos, causaban espanto con su aspecto. Su actitud espresaba mas bien la amenaza que la sumision; sus dientes no rompian ya el cartucho para el combate, pero en su mirada se podia leer un odio que sobrevivia á la derrota. Esta persistencia era visible, sobre todo en los barrios que habian sido teatro de la accion. Allí, en medio de las calles y en los umbrales de las puertas de las casas, no se oian mas que palabras amenazadoras, solo se veian rostros feroces. El pensamiento de una revancha se agitaba en todos los cerebros, se revelaba en todas las conversaciones.

Mil rumores siniestros y odiosos apoyaban estas suposiciones: «El pueblo abandona la guerra abierta, decian; pero á esta vá á sucecer otra mas terrible. Esta vez siquiera, no le engañará el resultado. No puede vencer á sus enemigos en conjunto; los cogerá parcialmente, uno por uno, y les hará sentir todo el peso de una justicia secreta. Qué tiemblen los culpables, pues ha llegado el dia de la espiacion.» Fácil es adivinar el partido que se puede sacar de tales datos en una ciudad en que todos los oidos están acechando el menor ruido de alarma, y despues de sucesos tan lúgubres. Circulaban mil versiones; cada uno tenia

MCD 2022-L5

la suya, y algunos chuscos de mal género agregaban las de su propia cosecha. Los pormenores se abultaban al pasar de boca en boca, tomaban las proporciones de esos cuentos que se refieren á los niños para atemorizarlos. Así, por ejemplo, se daba como cosa segura que muy pronto habia de llevarse á cabo una matanza general hecha á domicilio, y que tres mil personas sucumbirian bajo el puñal homicida en un mismo dia y á una misma hora. Otras veces se hablaba de inmensos depósitos de pólvora cogidos por la policía, ó de máquinas infernales preparadas con el mayor misterio y con un fin evidente de esterminio.

De todos estos rumores, el que con mas facilidad halló crédito fué el de envenenamientos aislados. Ya durante la lucha habia llenado á París de espanto y consternacion. Se decia que en muchos puntos varias cantineras habian distribuido á la tropa un brebaje mortal, y que algunos soldados habian sucumbido despues de haberle probado. La misma alarma se reprodujo despues del combate. Se habló de víctimas, se citaron hechos, unos por razon de venganzas de cuerpo, otros como venganzas aisladas. Añadíase que el veneno distribuido de esta manera era de una violencia y eficacia aterradoras; los desventurados que le tomaban caían como heridos por un rayo. Estas anécdotas, merced á su carácter sombrío y misterioso, hallaban eco entre el público, pues el ánimo se inclina gustoso á la novela y á las narraciones que escitan emociones violentas. Quizás habria algun acto de este género, algun caso particular y aislado; pero es de creer que este envenenamiento sistemático de que se habló durante algunos dias, era un sueño de algun promovedor de desórdenes ó de una imaginacion enferma.

Tan luego como la circulacion estuvo completamente restablecida, Malvina esperimentó el deseo de ir á ver por sí misma lo que por fuera ocurria. Nuestro hospital de sangre solo habia durado tres dias que era cuanto la institucion podia dar de sí. Tratábase de prodigar los primeros cuidados; un servicio establecido casi al aire libre no podia ir mas lejos. Los heridos habian sido trasladados, unos á su domicilio respectivo, y los demas á los hospitales. A Comtois le habíamos tributado los honores de un entierro decente. Emancipados ya de todo deber, éranos lícito dar libre curso á nuestra curiosidad. Siete dias de permanencia forzosa en nuestra casa habian despertado en nosotros un deseo vehemente de salir; tardábale á Malvina emprender el vuelo y romper las barras de su jaula.

—Quiero ver si han alterado el aspecto de mi París, decia riendo; esos intrigantes habrán sido muy capaces de hacerlo.

DIPUTACION PROVINCIAL DE BARCELONA

MCD 2022-L5

Cuando salimos, la línea de las calles y de los *boulevards* estaba ocupada todavía militarmente. París formaba un campamento inmenso, y ya se ostentaban en diferentes puntos algunas tiendas de campaña elegantes y vistosas. Los caballos estaban atados á estacas; y los cuerpos que desfilaban por las calles observaban las mismas precauciones que si se hallasen en pais enemigo. La caballería tenia centinelas avanzadas con sable en mano ó con la carabina preparada. Los soldados sacaban sus correajes al sol ó limpiaban sus corazas. El suelo estaba cubierto de pajaza para los caballos, y á la vuelta de una esquina solia verse una cantina improvisada. Este espectáculo me entristecia, pues en él veia el reinado de la fuerza. Yo le sufria como una necesidad, pero no le aceptaba como un beneficio. Malvina, por el contrario, reprimia con dificultad sus transportes de júbilo. Hablaba á todos, á los ginetes y á los infantes, y tenia alguna ocurrencia chistosa para cada uno, distribuyéndoles felicitaciones y estímulos en la línea de batalla.

—¡Gracias á Dios! decia, ahora toma esto buen aspecto. Que vengan los de la república andrajosa y encontrarán con quien hablar. Jerónimo, ¡mira esos coraceros! ¡Qué hermoso cuerpo, Dios mio, que hermoso! ¡Hombres magníficos! ¡uniformes soberbios! ¡Y pensar que uno de esos militares puede caer muerto por la bala de un niño! ¡Cinco pies y ocho pulgadas! y ¡gruesos en proporcion! ¡Se oprime el corazon solo de pensar en ello!

Habíamos llego á la plaza de la Concordia, en donde estaba el grueso de los refuerzos que habian llegado apresuradamente de los alrededores; habia dragones, lanceros, y aun carabineros. Todo el terreno estaba cubierto de tropas, y otros regimientos ocupaban los muelles y los campos Eliseos. Tan bello conjunto arrancó á Malvina un grito de admiracion.

—¡Viva el ejército! dijo en alta voz, ¡viva el ejército! Nadie me sacará de ahí. Por fin han pensado en él; es buena ocurrencia. Jerónimo, comienzo á tener confianza en este gobierno: entra en la verdadera política. Que añadan treinta mil hombres mas, y estoy en el caso de adherirme á ellos. ¡Ah, el sable! por fin han comprendido que el sable tiene su oportunidad. Acaso han recordado un poco tarde, pero razon mas para recuperar el tiempo perdido. ¡Cielos, qué bonitos lanceros! Mira, Jerónimo, ¡qué buen efecto hacen las banderolas! ¡Qué magnífica tropa! Cuando se piensa que teníamos eso á cuatro leguas de aquí, y que cien descamisados, jefes del club ó de otra clase, trastornaban á todo París! ¡Y

ese gobierno provisional, que preferia dejarse insultar en sus barbas á llamar á estos valientes! ¡Oh, qué bien me manejaria yo en su lugar! ¡Qué revancha tan buena y completa tomaria! Primero con sablazos de plano, y luego ¡qué diantre! se incomodaban, estocada lisa y llana. ¡Viva el ejército! no me sacarán de esta idea. El ejército nos salva, y se le debe corresponder. ¡Viva el ejército!

El entusiasmo de mi mujer tenia un carácter que podia ser interpretado de mala manera. Apresuré el paso y la arranqué al espectáculo de la caballería de línea. Entonces sobrevino muy oportunamente un nuevo elemento de distraccion. De uno de los muelles desembocaba un batallon de guardia nacional, que habia acudido presuroso de un departamente inmediato. Se componia de honrados campesinos cuyos rostros tostados por el sol, espresaban varonil resolucion. A la primera noticia se habia formado aquel cuerpo de voluntarios. Las aldeas habian llevado su contingente á los pueblos, y estos á la cabeza de partido; de manera que, de unos en otros, se reuniese un cuerpo respetable. En un rádio de cincuenta leguas sucedió así. Las ciudades y las campiñas enviaron lo mas escogido de su milicia para auxiliar al órden amenazado. Algunos ciudadanos recorrieron una distancia de ciento cincuenta leguas. En seis dias hubo en las puertas de la ciudad un ejército de sesenta mil hombres. ¡Movimiento admirable y fecundo! Por vez primera se pronunciaron las provincias: declaraban á París con espada en mano, que en lo sucesivo no volverian á hacer revoluciones sin contar con ellas.

El batallon rural que desfilaba por delante de nosotros no era perfecto bajo el punto de vista de su uniforme y aspecto militar; podia habérsele exigido mas regularidad y armonia. La parte de equipo de la cabeza variaba hasta lo infinito, desde el casco de bombero con una blusa por uniforme, hasta los chacós abombados que proceden de las épocas mas borrascosas del imperio. El armamento no era menos desigual. El fusil de ordenanza figuraba en las filas al lado de la carabina del Tirol, y aun se habia deslizado allí una especie de trabuco. Habia armas de fuego de todos calibres y de todos los paises. En cuanto al traje, fácilmente se adivina lo que era: predominaba la blusa; para el campesino es el traje de honor. No escaseaban las almadreñas; las circunstancias las ennoblecian. El órden con almadreñas iba á defender á París contra la rebelion con zapatos. La historia debe dedicar una página á esta abnegacion y á este contraste. Por lo demás, aquellas buenas gentes consagraban á la causa del pais un celo ilimitado y sin freno.

Nadie estaba mas pronto que ellos á andar á tiros, y en la emocion del momento, solia acontecer que se fogueaban unos á otros. Pero estos olvidos debian achacarse á su instruccion militar, que no á sus corazones. ¡Quién no tiene sus lunares en este mundo, y qué institucion puede llamarse perfecta!

Aquel desfile fué un bálsamo consolador para mi alma; la vista de aquellos buenos campesinos aliviaba el corazon. Se olvidaban sus pantalones remangados hasta la pantorrilla y sus trajes estravagantes; se cerraban los ojos respecto de la manera en que llevaban el paso y de la gravedad con que erguian la cabeza. Sus manos morenas y callosas lo reparaban todo. Despues de haber abierto el nutritivo surco, aquellas manos iban á consolidar á la sociedad conmovida. ¡Manos leales, benditas seais! No me cansaba de seguir con la vista á aquellos batallones irregulares, y esperimentaba á mi vez un sentimiento que llegaba hasta el entusiasmo. Prodigaba algunas palabras lisongeras al chacó abombado, y las almadreñas me arrancaban frases benévolas. Me parecia que seria poco cuanto se hiciese con unos hombres que daban tan bello ejemplo. Para salvar á París de odiosos furores, aquellos hombres lo habian abandonado todo, sus tierras, sus viñedos, sus prados; habian dejado sus trabajos urgentes, aun á riesgo de verlos desmerecer con su ausencia. Por parte de los aldeanos, el sacrificio de sus intereses era el mayor que podian hacer.

Mi mujer no se entusiasmaba tanto como yo; concedia harta predileccion á las apariencias. No podia perdonar á aquella milicia formada y organizada en medio del campo, la evidente incoherencia de su aspecto. No juzgaba su espíritu admirable, solo veia su esterioridad. Segun su costumbre habitual, hacia sus reflexiones en alta voz, y eran muy á propósito para introducir entre los voluntarios cierta impresion de desaliento. En vano procuraba yo contenerla, se me escapaba.

—¡Buena gente, muy honrada! esclamaba. No lo niego en manera alguna. ¡Todos tienen caras de hombres de bien! Pero por mas que digas, Jerónimo, prefiero á los coraceros.

Yo comprendia perfectamente á Malvina, le gustaba lo que llevaba en sí el carácter de la armonia y de la fuerza. Bajo este punto de vista cautivaban su atencion las tropas regulares, y no podia cansarse de tan imponente espectáculo. Desde aquel momento quedó asegurado el tranquilo sueño de sus noches. Mientras tuvo por única garantia las arengas del gobierno provisional, su confianza habia sido escasa, agitado é

interrumpido su sueño. Pero el dia en que vió á París inundado de uniformes, cuando vió establecer vivaques por todas partes, comenzó á reparar el tiempo perdido, y á tomar su revancha de una prolongada série de insomnios. Un batallon rural no habria producido en ella igual efecto; no contaba tanto con la solidez de esta milicia. En esto, acaso obedecia á una ilusion del golpe de vista. Entre las legiones de campesinos y las partidas de insurgentes, no era bastante sensible y evidente la diferencia para que al pronto no pudiese haber equivocacion. Este punto de contacto prevalecia en su mente, y la arrastraba á pesar suyo hasta la injusticia.

Así pues, la escursion que hicimos tuvo el buen resultado de restituir á mi mujer algun reposo y serenidad. Cuando volvimos á casa, quitó sus armas de guerra del hornillo, en donde aun estaban preparadas. Se abandonaron las medidas de defensa, se prescindió de las precauciones. La caldera que contenia el líquido proyectil pasó al desvan. No significaba esto que aun no hubiese, de vez en cuando, momentos de inquietud, rumores alarmantes. Continuaba cerniéndose sobre París la amenaza de un motin, y circulaban veinte programas. Unas veces se hablaba de que algunos millares de mujeres habian de dirigirse á la Asamblea, con el cabello suelto y el traje desordenado, á pedirle la libertad de los presos, y en el caso de una negativa, proferir mil conjuros y denuestos. Otras veces se anunciaba una demostracion general en la que habian de tomar parte todos los grandes centros de industria, de modo que se pusiese al gobierno en grave apuro en varios puntos á la vez y se dividiese así la accion de las tropas. Ademas se hablaba de conspiraciones fraguadas en el seno mismo de la fuerza armada. Un dia eran rivalidades de cuerpo, otro dia descontento por cuestiones de víveres. Malvina oía estas narraciones sin esperimentar la menor turbacion, sin concebir el menor temor. Hacia cinco meses que circulaban en París rumores de este género; flotaban en la atmósfera por decirlo así. El mal era endémico, y era preciso acostumbrarse á él. Esto habia practicado Malvina: habia hecho á su alma superior á tan desagradables impresiones. Su confianza se esplica con estas pocas palabras: creia en las corazas.

Por lo demas es preciso hacerle la justicia de que su imaginacion era de esas que solo piden un punto de apoyo. Estaba dispuesta á adherirse, y sin vacilar habria andado la mitad del camino. Para nada entraba la oposicion en sus principios ni en sus inclinaciones; abandonaba esa políti-

ca á los impotentes y á los envidiosos. Aun tenia menos preocupaciones acerca de un contacto con el poder, hácia el cual no sentia antipatia ni repugnancia; no le habria costado mucho trabajo firmar un pacto público y llevar á sus lábios la copa emponzoñada de los favores. Sin embargo conservaba su dignidad y le gustaba ante todo hacer las cosas decentemente. Su primer cuidado, la primera garantia que dió, fué contener sus arranques; en lo sucesivo se moderó en el capítulo de la censura, y aun en caso necesario no rehusó una muestra de aprobacion. Por su parte era mucho: llevaba al nuevo gobierno esa ventaja y esa fuerza.

Tenia este gobierno, como cualquiera otro, sus desaciertos y sus errores. La perfeccion no pertenece á este mundo. El mayor de aquellos errores era el de rodearse de hombres de escaso valor. Careciendo de personajes notables, se contentaba gustoso con otros secundarios. Acaso se los imponian. La calidad, la cantidad, todo le faltaba; para suplirlo, cambiaba la forma y variaba el empleo. Hombre habia que llevaba hoy mandil, y mañana se ponia la casaca bordada. Para los actores era un ejercicio poco recreativo y para el público un espectáculo lleno de monotonia; cansábase á pesar suyo y pedia que se bajase el telon. Repugnaba tener ante la vista á los mismos perros con distintos collares. Los volteos de aquellos hombres de Estado, tan á propósito para hacerlo todo cansaban la paciencia é indisponian los ánimos. No se comprendia lo mas mínino en aquel cambio perpétuo de funciones, en aquellas entradas y salidas, ejecutadas en el mismo círculo y que recordaban los mismos nombres. A cada instante se les veia aperecer de nuevo en las columnas del periódico oficial, á unos para subir, á otros para bajar. Aquella escasez oprimia el corazon. ¿Nos hallábamos verdaderamente reducidos á ese estremo? ¿Eran aquellos hombres tan luminosos astros que Francia habia de estar condenada á no ver lucir otros en tiempo alguno?

Tales eran los errores del nuevo gobierno; por graves que fuesen, el brillo de sus servicios hacia que se olvidasen. Es preciso hacerle justicia: en un combate decisivo habia salvado á la pátria, la habia arrancado de manos de los bárbaros. A no haber sido por él, las personas y las fortunas se vieran en grave peligro; un nivel terrible habria pasado por todo el pais. En la hora en que le tocó en suerte la responsabilidad, era su peso excesivo. Tratábase de conseguir en el mismo París una victoria que nunca se habia alcanzado. Dos insurrecciones seme-

jantes á aquella se habian convertido en revoluciones, y empeñar en ellas su espada era comprometer su cabeza. Mas de un valiente habria retrocedido en tal empresa. Por otra parte, las probabilidades se presentaban poco favorables; la posicion estaba llena de emboscadas. El nuevo gobierno aceptó la partida con resolucion, y la jugó con honra. Empleó para con el pueblo y los soldados un lenguaje en que se traslucia el vigor antiguo. Digo mas aun: sostuvo su victoria con sencillez y no se sirvió de ella como de un pedestal. Se puede mostrar ingratitud despues de los sucesos, desconocer la elevacion que hay en esta conducta; pero semejantes títulos, juzgados desde cierta distancia, recobran su valor y llevan consigo una estimacion verdadera.

De este género eran las disposiciones de Malvina; hasta nueva órden amparaba al gobierno con su benevolencia, y consentia en no verle sino bajo su buen aspecto. Las corazas la habian seducido, y la única reconvencion que al poder dirigia, era la de no hacer bastante uso de su fuerza. Habria deseado una satisfaccion mas completa para tantos motivos de queja acumulados. Sin embargo, aceptaba tales como eran, y por via de pagos á cuenta, las pequeñas reparaciones que presenciaba. Así pues, el desarme de los rebeldes le pareció una medida muy digna de aprobacion, solo que, á su modo de ver, no se verificaba de un modo bastante rigoroso. Segun ella, hubiera sido preciso apoderarse de todas las armas cortantes y quitar hasta los cuchillos. Solo á este precio podia obtenerse la tranquilidad pública. Cuando supo que se hacian prisiones en los barrios populosos, no se negó á declarar que la autoridad caminaba por buena senda. Ahora sí, no admitia que la medida hubiese de quedar incompleta, é invocaba contra los delincuentes un lujo inaudito de castigos, reclamando especialmente una justicia espeditiva. Los consejos de guerra le parecian harto lentos y suaves, les echaba en cara que se sujetaban á formalidades pueriles y no ejecutaban en seguida á los criminales que tanto lo merecian.

Como se vé, Malvina se pronunciaba por los medios decisivos, y en este concepto, el estado de sitio merecia su completo asentimiento. Nadie comprendia mejor que ella sus ventajas, ni pedia con mas insistencia que se mantuviese. No consentia en ver en él un recurso transitorio; era señalar una parte harto mezquina á un régimen dotado de tanta virtud. Con sumo gusto le habria convertido en una institucion permanente. ¿Por qué no? ¿En dónde se hallaria mejor instrumento? Por su uso podian haberlo conocido. Si el empedrado habia vuelto á su estado nor-

mal, ¿no se debia, acaso, al estado de sitio? Fuera de él no habia tranquilidad ni seguridad. A aquella poblacion de obreros, devorada por la fiebre de los combates, solo el estado de sitio podia contenerla; solo él desarmaba los odios y libraba á París de terribles represalias, y por lo tanto no habia lugar á escoger. Por una parte se encontraban tantas ventajas, y por la otra, ¿qué habia? una simple preocupacion. Puesto que el gobierno tenia el buen juicio de emanciparse de ella, era evidente que Malvina no podia mostrarse mas escrupulosa. Así pues, se declaró en favor del estado de sitio perpétuo.

Le fué grato ver que otras preocupaciones sucumbian en la misma prueba y con el propio motivo. Así por ejemplo, acababa de llevarse á cabo una revolucion en nombre de un derecho incontestable, cual era el de reunion. Para vengar á este derecho se habia espulsado á un soberano y destrozado su trono. Enhorabuena. Pero en el dia siguiente al del triunfo, el derecho de reunion degeneraba en llamamiento á la insurreccion. Los clubs le convertian en una arma, y tomándola por la empuñadura, asestaban la punta al corazon de la sociedad. ¿Qué partido habia de adoptarse? Retirar el derecho era contradecir abiertamente la revolucion; mantenerle, era entregar el pais á eternos desórdenes. La alternativa era en estremo embarazosa: solo habia salvacion pública á costa de una denegacion. El gobierno se hallaba colocado entre un mentís y una traicion, y es preciso hacerle la justicia de que no vaciló. Despues de haber desarmado el brazo, desarmó tambien al pensamiento; trató militarmente á los clubs y los hizo desarmar uno por uno. Obrar de esta suerte era quemar sus naves y tomar á mi mujer por su lado débil.

—¡Gracias á Dios! esclamó; ya comienzan á formarse.

Aquel gobierno estaba destinado á triunfar de otra preocupacion, aun mas inveterada: me refiero á las inmunidades de la prensa. Hasta entonces habia representado esta el papel de una corona de hierro, y el tocar á ella acarreaba desgracias. Un trono de catorce siglos habia perecido así. Tales lecciones no se borran; dejan una fecha en el transcurso de los tiempos. Por eso parecia que, para lo sucesivo, se hallaba colocada al abrigo y fuera del alcance de todo género de ataques. Como se ha visto, abusó de esta situacion. Los periódicos á dos cuartos invadieron las calles y sitios públicos con títulos odiosos y doctrinas mas odiosas todavia; tocaron el clarin y predicaron la cruzada en todas las esquinas. Cada diario era un programa de rebelion; cada gota de tinta llamaba torrentes de sangre. ¿Qué habia de hacerse? ¿cómo se habia de

obviar este inconveniente? Castigar, era desmentirse de nuevo, era condenar dos revoluciones á un tiempo. El paso era difícil; y sin embargo le dió el gobierno. Trató á la prensa tan militarmente como á los clubs. Suprimió, confiscó, encarceló, con la energía y desenvoltura de un visir. Malvina se sentia mas entusiasmada que nunca.

—¡Cada vez mejor! dijo. ¡Una preocupacion menos! ¡una garantía mas! Decididamante, se van formando.

Lo que mas le agradaba en esto, no era ver á los hombres desertar de sus propios principios y entrar de un modo tan deliberado en la carrera de las contradicciones: este espectáculo ofrecia escaso interés. Aun se aficionaba menos á las ruinas que resultaban, á esas variaciones de clientela en que la maledicencia veia un cálculo. Mi mujer no descendia á estos pormenores. Lo único que veia en ello era el empleo de la fuerza, el peso de una mano de hierro. Ahora bien, este modo de proceder era el suyo, y ningun otro admitia; por él media la bondad de los gobiernos. Cuanto mas se apoyaban en las corazas, tanto mas fiaba en ellos. Este entraba en tan buena senda, y era conveniente alentarle. No dejó Malvina de hacerlo, y cuando la llanura de Saint-Maur se cubrió de tiendas de campaña, no pudo reprimir un testimonio de admiracion.

—Por fin, esclamó, ¡ya tenemos hombres! Por eso, ¡cómo cede todo! Ni uno se mueve ahora. Bien te decia yo, Jerónimo: los franceses necesitan que los dominen y los conduzcan.

CAPITULO XLVII.

LA GRANDE OBRA.

Despues del combate volvió la Asamblea á consagrarse á los negocios. Ya era tiempo, pues hacia cinco meses que se vivia á la aventura; no habia ley reconocida, ni régimen regular. Entre las instituciones destruidas y las que estaban por crear, existia un vacío que solo podia llenarse con lo arbitrario. La Asamblea acudia á lo mas urgente; lo demas quedaba confiado al acaso. En todas las cosas predominaba lo provisional. Los departamentos no tomaban por lo sério á unos prefectos escapados de los bodegones, y á quienes habia conocido bajo el disfraz de comisarios. Dudaban de una autoridad confiada á tales manos; la rodeaban de un respeto y una adhesion muy equívocas. Solo un acto solemne podia hacer que las poblaciones entrasen de nuevo en caja, y dar á aquella série de improvisaciones el carácter de un establecimiento definitivo.

A esta necesidad habia de proveer la Constitucion; prometíanse de ella grandes resultados, y en primer lugar el aplacamiento de los ánimos. No es esto decir que faltasen escépticos que augurasen al nuevo pacto la misma suerte de sus antecesores; pero los creyentes estaban cada vez mas resueltos á fundar su monumento sobre el granito y á construir para la eternidad. La Asamblea pensaba sériamente en ello, y lo consideraba como su acto esencial. Habíanse entablado algunas discusiones interiores, acerca del conjunto y de los pormenores; las escaramuzas precedian á la batalla, y ya se marcaban las opiniones.

Unos querian circunscribir el debate, otros se esforzaban para darle extension. Para estos era un campo abierto para todo género de temeridades; para aquellos un regreso natural hácia las cosas posibles. De este modo tenia cada uno su tema, y ya no se apartaba de él.

«¿A qué investigar? decian los ardientes. ¿A qué ir en busca de nuevos evangelios? ¿no está ahí el antiguo? ¿quién tendria la pretension de hacerle mejor? Se ha roto la cadena de las tradiciones; trátase únicamente de volverla á enlazar. Nuestros padres lo han dicho y lo han escrito todo; inclinemos nuestras frentes ante sus obras inmortales. La declaracion de los derechos existe, y le basta á todo republicano sincero: es el resúmen de la sabiduría revolucionaria. Atengámonos á ella y no repudiemos ese legado precioso. No quitemos de ella lo mas mínimo, sino, por el contrario, aumentémosla; el espíritu de la época impulsa á hacer nuevas conquistas: abundemos en esas ideas. Hablemos del derecho al trabajo y del impuesto progresivo; censuremos la tirania del capital en términos que estén á la altura de nuestra cólera. Denunciémos la propiedad como un hecho abusivo, la riqueza como una calamidad. Sobre todo, no fijemos límites á los asignados; haya papel moneda en abundancia. Con tales medios será como podremos embellecer la obra de nuestros abuelos.» Así se espresaban los ardientes, agregando á los vértigos y á las ilusiones del pasado, las ilusiones y los vértigos de su época.

«Haya discrecion, replicaban los moderados; nunca ha echado nada á perder. Ved al pais, os sufre con pesar y se resiste á vuestros esperimentos. No abuseis de él, pues se os escaparia. En un dia de sorpresa os habeis apoderado de su suerte: contentaos con ese tiunfo y dejad lo demas al porvenir. Basta de violencias: quien estira demasiado la cuerda del arco, la rompe. Hoy, lo esencial es restituir á los ánimos un poco de tranquilidad, y fijar límites al espíritu aventurero. Que se inspire vuestra Constitucion en ese sentimiento, que se adapte á nuestras costumbres y no las esceda, pues de lo contrario solo encontrareis rebeldes. No se debe imponer á los pueblos mas de lo que pueden soportar; es un juego peligroso. Así pues, sabed conteneros en nombre de la república que habeis fundado; aplazad vuestras visiones para otros tiempos. Dejad el papel moneda al empirismo financiero; salid de esa nube siniestra á que se dá el nombre de derecho al trabajo, y cual un buque con dos anclas, tened dos Cámaras. De eso depende la salvacion pública.» Así hablaban los moderados; el papel que desem-

peñaban era sencillo: no pudiendo detener el carro, se esforzaban para entorpecer su marcha.

Esta actitud de los partidos se prolongó durante todo el debate. El aspecto fué siempre el mismo; las variaciones se multiplicaron hasta lo infinito. Hubo discursos ruidosos; los hubo modestos. Los primeros no se pronunciaban sin algunos preparativos; exigian cierto aparato escénico. Con varios dias de antelacion se difundia el rumor; se hablaba de ellos, como de un acontecimiento. Formábase entonces un depósito de entusiasmo para darle salida en el momento decisivo. Llegada la hora, el héroe de la sesion subia con aire grave y solemne por la escalera de la tribuna. ¡Qué silencio! ¡qué recogimiento! ¡Cuántas miradas fijas en él! Hablaba, y la admiracion comenzaba á manifestarse. El programa lo habia previsto; un programa debe precaverlo todo. Los amigos, distribuidos en diferentes puntos, secundaban al orador á la manera de los coros antiguos. Respondian á su pensamiento por medio de estremecimientos espresivos y los ecos repetian una aclamacion ruidosa. El orador se inspiraba y fortalecia con ella. En el momento en que bajaba de la tribuna, sus amigos ejecutaban una maniobra digna de los mejores tácticos. Se precipitaban hácia el recinto con un desórden fingido, y de grado ó por fuerza hacian que se suspendiese la sesion. Era un artículo del programa y una necesidad para sus corazones. Los triunfos brillantes se distinguian por estas señales. Al propio tiempo formaban en torno de su héroe un círculo compacto y bullicioso, en el cual reinaba una especie de emulacion para ver quién era el primero que lograba estrechar aquella mano elocuente. Sin embargo, el orador sostenia su gloria con buen gusto; para disimular su emocion se limpiaba el cráneo empapado en sudor. Nada faltaba á su triunfo, ni siquiera los envidiosos. Como obsequio final, el periódico del grande hombre, en su número inmediato quemaba en sus aras un incienso poco perfeccionado, y le proponia al pueblo como objeto de su adoracion. Así pasaban los discursos brillantes; á manera de las rosas, solo duraban una mañana.

En aquel torneo de palabras hubo tambien varios estrenos. Los nuevos campeones fueron admitidos á probar sus fuerzas, pero apenas tres ó cuatro dejaron un recuerdo; los demas pasaron sin ruido alguno. La Asamblea concedió algunas menciones honoríficas, pero fué lo único que se pudo recabar de ella. Muchas celebridades fueron á estrellarse en aquella tribuna, parca de favores; mas de un triunfo fué

expiado con un revés. Al ver este espectáculo, los aguiluchos sentian deseos de replegar sus alas; pero las provincias no piensan del mismo modo. Envian á sus elegidos á conquistar la palma del triunfo oratorio, y no quieren que yerren la vocacion. Les siguen con ojo receloso en las columnas del diario oficial, y se muestran mas indulgentes con sus derrotas que con su silencio. Mas quieren ver que son ridículos que no discretos. Lo que exigen y esperan de ellos es el que se hagan notar de cualquier modo; poco importa que los medios que pongan en juego sean mas ó menos escogidos. Lo esencial para las provincias es ver en los periódicos nombres que les son gratos. No exigen que se muestren sublimes todos los dias y aun en caso necesario se contentan con una lectura insignificante, hecha en medio del ruido de mil conversaciones y ante los escaños vacios. El objeto mas leve es una joya para los electores.

¡Sabe Dios cuántas miserias engendra en el seno de los cuerpos deliberantes esta predisposicion de las provincias! De aquí resultan las enmiendas ociosas y las proposiciones ridículas, los discursos vacios de sentido y las mil estratagemas de los trabajos interiores; así se pierden muchas horas y resultan muchas tormentas ocasionadas por el fastidio. ¡Oh! ¡cuánto mejor seria que las provinciss exigiesen de sus representantes precisamente lo contrario de lo que les piden! ¡que en vez de estimular el abuso de las palabras concediesen primas al silencio! Las leyes ganarian mucho, y tambien los debates. Desgraciadamente no se halla madurada esta reforma, y corre peligro de no estarlo en tiempo alguno; los abogados perderian demasiado con ella. Entre tanto era preciso resignarse y suministrar un discurso. Los mas ambiciosos lograban colocar una palabra en la Constitucion; los mas humildes se elevaban á los honores de una enmienda retirada. Durante dos meses disfrutamos de este espectáculo. Nadie podria imaginar hasta qué estremo llegaron estos ataques dados á la paciencia de la Asamblea; su descripcion formaria un capítulo entero, y me llevaria demasiado lejos. Solo me pregunto á mí mismo como logró la ley constitutiva salir ilesa de aquel torrente de enmiendas.

En el curso de esta discusion hubo una circunstancia que me sorprendió especialmente. Aquella Asamblea carecia de fé, no creia en su obra; dudó de ella al principio y conservó la duda hasta el fin. Aun despues de terminada abrigaba la misma duda. Fué carácter peculiar de aquella revolucion no poner en juego mas que vanidades é intereses.

La conviccion estaba ausente, y este carácter se reprodujo en todas partes. Nada adquirió grandes proporciones, ni los actos ni las personas. En el debate no hubo solemnidad, sino, en vez de recogimiento, turbulencia. ¿Qué respeto podria inspirar un acto ejecutado de esta suerte? En los antiguos tiempos se sabia mejor el modo de impresionar la imaginacion de los pueblos. El legislador ocultaba á la multitud los secretos y los dolores de su trabajo; cuando la ley estaba corriente, bajaba de las montañas enmedio de los rayos y los relámpagos. Aquí, por el contrario, todo se hacia á cara descubierta ante un público hostil ó burlon. La majestad del objeto se desvanecia ante la pobreza de los medios; el aspecto perjudicaba al crédito de la obra. Algunas veces se mezclaban en ello los bufones, y suministraban un alimento mas á los sarcasmos de fuera. Así fué como siguió su curso la Constitucion; comenzada en medio de la incredulidad, fué concluida en medio de la indiferencia. Los presagios no eran lisongeros; hasta el cielo y la atmósfera mostraron cierto rigor. Cuando se promulgó la nueva ley al aire libre, aquella les prodigó una acogida glacial y cubrió su cuna con un sudario de nieve.

En aquellos debates hubo varios episodios que crearon en ellos una diversion. El mas memorable fué aquel en que la Asamblea abandonó dos miembros suyos á la justicia del pais. No necesito referir con pormenores aquel proceso; me bastará decir lo que esperimenté en el trascurso de la noche en que fué pronunciada la sentencia. Malvina y yo nos hallábamos en las tribunas entre los curiosos. En el espacio de diez y ocho horas no abandonó la Asamblea sus escaños; apenas hubo un breve intermedio. Reinaba en su actitud desusada solemnidad, y esto se esplica fácilmente; detras de los dos acusados se estaba formando causa á la revolucion, y esta daba cuenta de sus estravios. Se estaba practicando una sumaria, la cual arrojaba sobre los actos y los nombres una luz siniestra. Se podia ver en qué manos habia caido el pais, distinguir la parte de la perversidad y la de la impericia. Era una recapitulacion terrible. De los hombres á quienes la tormenta habia lanzado al gobierno, muy pocos habia que se hallasen libres de censura. En grado mas ó menos fuerte, todos habian empleado las mismas violencias, y tolerado iguales usurpaciones. En unos habia cálculo, en otros debilidad. Dos fueron escogidos como la espresion mas completa, uno de los desórdenes de las ideas, otro de los desórdenes de las calles. Sobre ellos recayó la espiacion del pasado.

La naturaleza, que se complace en los contrastes, habia hecho que reinase uno muy marcado entre ambos acusados. El uno pudiera haber cabido en el bolsillo del otro. Por lo demas, su estructura estaba en armonía con su empleo respectivo. La agitacion moral y la material se mantenian en ellos con caractéres distintivos. La misma oposicion reinaba en los recursos oratorios; aquí los aprestos del retórico, allí el tono familiar del hijo del pueblo. Con estas condiciones fué como se entabló el negocio. Al principio pareció lánguido y sin interés; pero por la noche con la claridad de las arañas, se reanimó. En las fatigas del insomnio, la Asamblea se revestia de una majestad que en ningun momento habia yo visto en ella. Los escaños estaban completamente ocupados y en aquella multitud apenas se veian cerrarse algunos ojos y ceder algunas cabezas al cansacio. El sol se habia puesto, mientras duraba la sesion, y á la mañana siguiente volvió á alumbrarle con sus rayos nacientes. La defensa tuvo el campo libre, la acusacion se contuvo; esta queria llegar á un resultado, aquella deseaba ganar tiempo. No habia persona alguna que no tuviese fijo su pensamiento en los auxiliares de fuera para desearlos ó para temerlos. Esta idea predominaba en todos los ánimos, y prevaleció en la marcha de los procedimientos. A pesar de todo, la Asamblea estaba decidida á no levantar la sesion ínterin no se hallase resuelta la cuestion. Esta lo estuvo en el momento en que el alba blanqueaba los cristales y apagaba los destellos de las arañas bajo un torrente de luz siempre creciente. La Asamblea se pronunció categóricamente: despojó á dos miembros de su seno de los privilegios que se les habian concedido, y sin prejuzgar delito alguno, los entregó á la jurisdiccion ordinaria. A esta medida debia seguir un arresto; sustrajéronse á él á porfia los acusados y emigraron al territorio estranjero. De esta suerte veian los héroes de la agitacion disminuirse su número. El mismo torrente popular que tanto los habia elevado, los abandonaba definitivamente, y los arrojaba, cual restos de un naufragio, á las playas de la emigracion.

Este acto fué decisivo, y llevaba impreso el sello de una energía saludable. El motin pudiera haberle considerado como un reto, pero no correspondia á él. Era la confesion formal de su impotencia. Le herian por dos lados: la Asamblea entregaba á sus jefes, los consejos de guerra castigaban á sus soldados. Y sin embargo, ninguna emocion visible siguió á estos actos de vigor, que apenas produjeron alguna que otra amenaza. Indudablemente se habia aclarado el horizonte; vivíamos en una atmósfera serena. Los clubs callaban, la prensa solo hablaba al

través de una mordaza. Ya no habia grupos ni canciones en las encrucijadas. El régimen militar habia producido su fruto, y á Malvina no la engañó su instinto. Desgraciadamente, la fuerza moral no aumentaba en igual proporcion. De vez en cuando, el poder ejecutivo sentia momentos de desfallecimiento é iba á pedir á la Asamblea votaciones que le consolidasen. La Asamblea se las prodigaba como buena madre, con generosidad estremada. En aquellos dias de espansion, no habia rencor alguno que no quedase olvidado. El perdon fué estensivo á todo aun á la institucion de los comisionistas viajeros para propagar las verdaderas teorias republicanas. El caso era grave, formal el motivo de queja, y sin embargo, á la primera palabra se le inmoló generosamente en aras de la patria. La Asamblea tenia buen carácter.

El cielo se lo premió; pocos dias despues tuvo un espectáculo selecto. Del otro lado de los mares le llegaron miembros de colores escogidos y que faltaban en su coleccion. Grande era la variedad, desde el ébano hasta la caoba. Asistimos á aquella entrada; no podia haber espectáculo mas curioso. Los representantes de raza negra se sentaron con una gravedad digna de una tez mas clara. Se espresaron con buen juicio y como personas naturales. Esto fué un descubrimiento para Malvina, que se obstinaba en no ver en el negro mas que un mono perfeccionado. Pura preocupacion de niña, que logró desterrar en seguida. Ademas, la presencia de aquellos negros predisponia en favor suyo, y muchos blancos no habrian sido tan despejados. Emancipados, hubieran nombrado á sus dueños. Los negros no cometieron este error: se nombraron entre sí. ¿Quién sabe? acaso en el número de los elegidos habia algunos que, en su juventud, llevarian á sus semejantes en palanquin, ó agitarian sobre las frentes de las criollas el abanico de hojas de latanero. ¡Ingenioso entretenimiento! profundas estratagemas del genio! Así Esopo gustaba de jugar á los huesecillos!

Desde el momento en que los representantes negros hubieron ocupado sus escaños, Malvina no los perdió ya de vista ni un solo instante. Los vigilaba desde lo alto de las tribunas; queria cerciorarse de que se sonaban las narices como las demas personas. No la seguí en este estudio; mi atencion estaba fija en otra parte. Llegaban á la discusion de los presupuestos, palabra que aparecia de nuevo por vez primera desde el advenimiento de la república. Recordé involuntariamente el concierto de reclamaciones que promovia en otro tiempo. ¡Cuánto habian hablado de aquel pólipo monstruoso! ¡Cuánto habia yo dicho, tambien! Los años, al

sucederse, añadian todos alguna cosa, y nada disminuian. Los monumentos históricos figuraban en los presupuestos en grande escala; los pergaminos no quedaban olvidados. Continuaban concediendo fondos para la escuela de diplomas y para aquellos templos del Peloponeso que creí haber perdido en la mente de los pueblos. Las existencias parásitas tienen la fuerza de la caña; ceden al primer soplo del huracan, y tan luego como este se aplaca se levantan de nuevo.

Yo tenia grande esperanza de que la república no aguantaria burlas en este punto, y haria justicia á aquellas decepciones inveteradas. Ya una comision especial habia corregido mas de un abuso y le habia desterrado. Faltaba saber cómo recibirian los ministros aquellas reducciones y si consentirian en asociarse á ellas. Bajo el antiguo régimen estaba bien marcada su línea de conducta: todo ministro defendia sus millones cual una gallina llueca á sus polluelos, como una leona á sus hijuelos. Sostenia combates encarnizados con motivo del mas mínimo céntimo: así lo exigia la institucion. La honra y el adorno de un ministro era su presupuesto. Un ministro que dejaba le hiciesen alguna rebaja quedaba deshonrado; el que arrancaba mil francos á unas cámaras avaras regresaba á su casa con la frente erguida y resplandeciente de orgullo. No habia empleado mal su tiempo en aquel dia.

Con mi candor habitual creí que aquellas costumbres iban á variar; parecíame que un ministro de la república debia representar un papel muy distinto. Los antiguos pedian todo lo mas que podian, y yo calculaba que los modernos pedirian lo menos posible. Los veía ir al encuentro de las reducciones, acogiéndolas como otros tantos beneficios, bendiciendo á los que las propusiesen. En último resultado, un ministro no es un príncipe de Oriente, para rodearse de parásitos y de adoradores á costa de algunos despilfarros. Solo debe retribuir servicios formales y con arreglo á su importancia. Los fondos de que para esto dispone son los de la nacion, á los que todos han contribuido, pues el dinero del pobre ha ayudado á formarlos. Es deber estricto mostrarse avaro de ellos, y no distraer lo mas mínimo para darle un empleo equívoco ó fastuoso. El abuso está muy próximo á la prevaricacion. Si en todo tiempo es así, ¡cuánto mas habrá de serlo en dias de crisis en que la fortuna pública vé romperse sus resortes y entorpecerse su marcha con el terrible choque de los acontecimientos!

Así pues, me fundaba en razones poderosas para esperar de los nuevos ministros distinto lenguaje y modo de proceder. El pudor lo exi-

gia; no se podia copiar lo que se habia condenado, ni incurrir en la censura que se acababa de prodigar. Contaba con esto: ¡cuál seria mi sorpresa desde las primeras palabras que oí! Creí soñar. Ministros anteriores y ministros de la actualidad, todos eran unos. Pudiérase creer que el suelo no habia temblado bajo nuestras plantas. El último reinado nos legaba un gasto de mil quinientos millones; la república le elevaba al guarismo de mil setecientos. Cara pagaba Francia su conquista. Cuando se llegó á los pormenores, comenzó de nuevo la misma comedia con distintos actores: cada ministro fué á defender á sus clientes. Todo el que queria disminuir sus gastos era enemigo suyo. Por el artículo mas insignificante exhalaba suspiros lastimeros y encontraba acentos desgarradores. Su dolor le estraviaba y se convertia insensiblemente en odio. Condenaba á las comisiones espurgadoras á la execracion de los venideros siglos y á la venganza de los contemporáneos; las trataba de bárbaras con la mayor claridad. Tan cierto es que el aspecto de las cosas varia con la posicion, y que la opinion es, antes que todo, un negocio de perspectiva.

Quedábame una esperanza postrera, la de que el ministro condenaria las prodigalidades notórias. Hay cosas de que no se puede hablar sin risa cuando el impuesto es abundante y que el tesoro se halla bien provisto. A este número pertenecen la escuela de Diplomas y los monumentos históricos; los pergaminos y los templos que están por descubrir. Se sabe perfectamente que estos objetos solo sirven para los hombres que viven á costa de la institucion. En tiempo de prosperidad se les dá limosna y no hay mas que decir; pero cuando cada moneda que cae en las arcas del Estado representa fuera una privacion ó una miseria, cuando la bancarrota está á las puertas y alcanza al pobre en un depósito sagrado, tomar por lo sério aquellos juguetes y discutirlos con sangre fria es una broma de bastante mal gusto. No se debe escarnecer hasta ese estremo á la desgracia. Sé que hay argumentos para sostener esas malas causas; hace mas de veinte años que se surten de ellos en el mismo arsenal. Óigase á nuestros Mecenas. «Una nacion, dicen, se honra dotando de un modo espléndido á las ciencias y á las artes.» Sí, pero las artes y las ciencias se honrarian mas aun sacándolo todo de sus fondos, que no viviendo á manera de parásitos. El verdadero talento no necesita esas dádivas, y es demasiado altivo para recurrir á ellas. Así pues recaen en las vocaciones indolentes ó equívocas, é instituyen en favor suyo la peor mendicidad, la de las profesiones liberales.

Como se vé, estábamos bajo el régimen de las palinodias. Era un espectáculo triste, y para amenizarle se recurrió á los violines. La república acometió la empresa de hacer bailar á los ciudadanos; el atrevimiento era grande. Los corazones no se inclinaban á la alegria; era menester ayudarles mucho. Este fué el principal cuidado y honra de los nuevos dignatarios. Roma habia tenido cónsules graciosos; la Asamblea tenia un presidente petimetre y casquivano, que llenó á todo París con el ruido de sus fiestas. Se hablaba de ellas ocho dias antes y ocho dias despues. Las señoras de la pasada época tenian allí asientos distinguidos. Los jarabes no tenian mezcla alguna si no la habia en la reunion. Las charreteras abundaban demasiado; en caso necesario forzaban las puertas y tomaban por asalto el ambigú. Un guerrero se burla de los obstáculos. Por lo demas, es preciso ser justos; el conjunto nada dejaba que desear. La casa era una verdadera joya, acabada de salir de manos del artista. No se veía mas que dorados y pinturas, arreglado todo con esquisito gusto. Las flores mas raras adornaban los corredores; la orquesta hacia resonar magníficas tocatas en los salones. Bajo la luz de las arañas se agitaba una multitud compacta; los hombres de Estado del nuevo régimen resplandecian allí en todo su brillo. Tambien se veía bajo su mas bello aspecto á los plenipotenciarios de veinte y cuatro horas y á esos reveladores pensativos á quienes bastan cuatro dias para desarrollar el plan de un nuevo mundo, mientras que Dios empleó siete para crear y organizar el antiguo.

El ejemplo estaba dado, y le imitaron otros altos funcionarios. Se bailó en todos los palacios de la república. La orchata corrió á torrentes, y no se escaseó el agua de limon. Sin embargo, en otras partes no se halló la misma elegancia ni el mismo tacto; no todo el que quiere tiene instintos de gran señor. ¡Se conocen tan pronto los sorbetes de los magnates improvisados! Mil pormenores los descubren, y la opinion no se mantiene mucho tiempo vacilante. Uno de ellos, entre otros, habia conservado en los salones municipales un busto que los deshonraba. Era una república adornada con un gorro frigio y que tenia todas las trazas de una prostituta. Aquel busto, inaugurado en los dias borrascosos, no debió haberles sobrevivido. Permanecia allí sin embargo, como una reminiscencia de muy mal gusto. Aquel espectáculo hacia daño á la vista y lastimaba el alma. Se alejaban de él con un sentimiento de repugnancia y de dolor.

Así daba bailes el gobierno, y el pueblo pagaba los violines. El go-

La Asamblea tenia un presidente afeminado.

MCD 2022-L5

bierno prodigaba los pasteles, mientras que, solo en París, trescientos mil individuos comian pan de lismona. Este contraste arrancaba á los partidos derrotados sordos rujidos; indignaba á los corazones espartacos. Se devoraba á la república sin que á ellos los tocase una parte; ¿era esto tolerable? Cómo! ni una migaja de ese gran festin! En febrero no lo habian entendido así. Les pervertian á su hija la república: no habian deseado para ella tantos dorados ni galones, no la habian condenado á tener una comitiva de cortesanos. Tales eran sus quejas, mezcladas con imprecaciones. Los dos campos opuestos se marcaban mas que nunca. Los vencidos abrian una cuenta á los vencedores, y se prometian saldarla de un modo memorable. Los vencedores dirigian una mirada á sus regimientos, y al furor de los vencidos solo oponian una sonrisa de desden.

Entre tanto, los violines proseguian sus ritornelos; nada se habia suprimido de las orquestas del gobierno.

CAPITULO XLVIII.

LA PRESIDENCIA.

Un artículo de la Constitucion delegaba el poder ejecutivo á un presidente, y en virtud de una ley especial, esta magistratura debia ser conferida en un plazo muy próximo. Acercábase el dia decisivo. La nacion estaba convocada; el sufragio universal tocaba ya á una prueba postrera.

Hay en la vida de los pueblos momentos solemnes, y este era uno de ellos. Hacia nueve meses que Francia iba en busca de un mundo desconocido. Le perseguia á la luz de los relámpagos y en medio de los murmullos de la tempestad. Hasta entonces sus esfuerzos no habian sido afortunados; no se mostraba en el horizonte cosa alguna en que pudiese descansar la mirada con confianza. Muchas visiones cruzaban el espacio; rumores estraños corrian sobre las olas; no se oia mas que los mugidos del abismo y las voces aterradoras del escollo. No se veian mas que génios maléficos y presagios siniestros. Semejante situacion no podia prolongarse sin peligro; era preciso hallar un abrigo, poner término á aquella vida azarosa. Tal era el grito universal. La necesidad de reposo predominaba en los ánimos; la pátria sucumbia de cansancio.

Con este motivo, producia cierta emocion la eleccion de presidente: cada uno veía en ella el fin de un estado precario. Las perspectivas variaban, tambien los deseos; la conclusion era la misma. ¡Un presidente! ¡un presidente! ¡Aunque hubiese de resultar una crísis, un presidente! Todo antes que aquella agonia lenta. Tal era el deseo que se manifestaba con maravillosa unanimidad. Pero mas lejos cesaba ese buen acuerdo. La cuestion de los nombres propios dividia profundamente al pais.

No quiero juzgar á mi época, ni exigir demasiado de ella; tampoco quiero adularla. En ningun tiempo hubo menos grandeza en la vida pública. El genio industrial ha penetrado en ella para corromperla y envilecerla. Una revolucion acaba de hacer sentir sus efectos; ha destrozado muchas existencias. ¿En dónde estan las ambiciones que ha aniquilado? ¿Cuántas no ha hecho nacer? ¿En dónde está la vanidad que ha aniquilado? En cambio! cuántas vanidades mezquinas han tomado motivo para producirse! Así pues, el ejemplo carece de virtud; el hombre no sabe ya humillarse bajo la mano de Dios. La adversidad no eleva las almas. Si tales espectáculos no obligan á las conciencias al arrepentimiento, ¿en dónde podrán hallarse avisos mas eficaces? ¿Será preciso que el fuego del cielo baje sobre nuestras ciudades, ó que se abran lagos de betun para sepultarlas en su seno?

Sin embargo, hubo un momento en que las vanidades y las ambiciones pidieron gracia: fué el momento del miedo. Mientras el motin se agitó en las calles y bramó en torno de los palacios, á nadie le habria ocurrido aventurar el reposo del pais en una cuestion de personalidades. Se consideraban harto afortunados con encontrar un refugio en la oscuridad; la audacia solo volvió con el trascurso del tiempo y con la tranquilidad esterior. La quietud de las calles dió márgen á que se reprodujesen las pretensiones incorregibles. Así los marineros se arrodillan durante la tempestad, y vuelven á blasfemar tan luego como ha pasado el peligro. Entonces todo volvió á tomar el aspecto de otro tiempo. En aquel trastorno inmenso, solo se vieron ya posiciones que conquistar ó defender. La política volvió á ser un puesto de charlatanes ó de juglares. Los mismos artistas volvieron á poner manos á la obra, y comenzaron de nuevo sus ejercicios, sin introducir en ellos la mas leve modificacion. Se volvió á poner sitio al poder. A falta de asaltos francos y visibles, hubo una guerra de emboscadas. Las pequeñas pasiones y los intereses mezquinos se agitaron de nuevo; la intriga volvió á levantar su odiosa cabeza. Nada habia cambiado, ni los hombres ni las costumbres. El suelo habia temblado inútilmente, y los ambiciosos de profesion, en su ciego ardor, no veian las señales siniestras que estaban escritas todavia en el espacio.

En tales circunstancias fué como se entabló la eleccion del presidente. Ningun acto podia ser mas grave: de él dependia la salvacion pública. Habia llegado el caso de olvidarse á sí propio, de no pensar mas que en la pátria, cuyo seno desgarraban nuestras discordias. Habia llegado

el caso de confundirse en una misma eleccion, y de que esta fuese la mas digna. La empresa era difícil, y sobre todo exigia buena fé. Era preciso consagrarse á ella con un corazon sincero y manos muy puras, prescindir de las reticencias y de los cálculos personales. Era preciso ver en Francia tan solo un partido, el del bien público; tan solo una bandera, la de la grandeza del pais. A este precio se allanaba todo. La eleccion dejaba de ser una intriga para convertirse en un acto nacional. La política renunciaba á sus tretas y farsas; entraba en una senda en que las costumbres debian purificarse y las almas enaltecerse por medio del espectáculo de un gran desinterés general.

¡Ay Dios! no estaban reservados para nosotros tales goces; oponíanse á ello hartas fermentaciones impuras. El hábito volvió á prevalecer. En aquella eleccion de presidente cada uno vió desde luego lo que le interesaba. El mejor candidato era aquel de quien mas se podia esperar y de quien menos habia que temer. Grandes y chicos se hicieron la misma cuenta, se entregaron al propio cálculo. Todos examinaron lo que podian perder ó ganar; establecido el balance, la opinion llevó el mismo rumbo que el interés. Es el espíritu del siglo: le repugna un concurso gratuito. Ademas, este variaba hasta lo infinito; era positivo ó negativo. Unos tenian preferencias, otros únicamente repugnancias. Los primeros presentaban un candidato de su gusto, los segundos solo adoptaban á uno por odio hácia sus competidores. Muchos, solo necesitaban un muñeco de movimiento, cuyos hilos manejarian ellos. Un número escaso se declaraba en favor de las peores elecciones, con el fin de llevar las cosas todo lo mal posible.

Un sentimiento cruel dominaba á todo esto: era el hastío de lo existente, el hastío de los hombres y de las instituciones. Confesion penosa y dolorosa! El escrutinio parecia ser el último recurso de los desesperados. Llegaban á él con la amargura en el corazon y la hiel en los lábios, y veian una revancha de tantas decepciones. Todos aquellos á quienes habia herido el rayo, se armaban para estas represalias, y se multiplicaban por medio del movimiento y del ruido. La revolucion iba á encontrarse en presencia de sus víctimas, industriales arruinados, funcionarios destituidos, hombres políticos cesantes. Su venganza estaba en sus papeletas electorales. Debian inscribir en ellas el luto de sus posiciones perdidas ó destruidas. Los periódicos lo discutian todo, y no era este el menor embarazo del momento. Llenaban al pais con sus rivalidades y rencores. Unos tenian la presa en su poder, otros la co-

diciaban; de aquí resultaban las picaduras que llegaban á lo vivo. Las fluctuaciones de la suscricion aumentaban un veneno mas. En resúmen á aquel palenque iban á bajar pasiones que carecian de sinceridad. Era una mezcla confusa en que habian de dominar el egoismo y la intriga en todo su refinamiento.

Sin embargo, habia un punto muy claro y terminante, y era el acuerdo tácito de tratar á Francia, despues del suceso, á manera de pais conquistado. ¡Qué cosa mas natural! ¿Hay alguna victoria que no produzca su pequeño fruto? Para muchos, la presidencia era una verdadera caza, y corresponderia de derecho una parte de ella á todo aquel que hubiese contribuido á matar la pieza. El último ojeador tendria su correspondiente trozo. Sabido es cuán velozmente corre la imaginacion por esa senda. Muchos hombres formaban ya su cuenta de gastos y otras menudencias. Disponian de los empleos para sí, en seguida pensaban en los suyos, y no se negaban á hacer felices á los que los rodeaban. Desde lo mas alto hasta lo mas bajo de la escala social sucedia lo propio. Todo figura en tan magníficos despojos, desde las carteras ministeriales hasta las administraciones de correos y los estancos. Habia premio para todas las adhesiones, desde las mas elevadas hasta las mas humildes: cada uno recibiria en razon de lo que habia dado. El derecho de conquista era evidente; nada podia aminorar sus consecuencias.

Bajo esta perspectiva del interés personal fué como se presentó, en muchos puntos y en numerosos casos, la eleccion del presidente de la república. Al pensar en él, muchos pensaban en sí. En donde el ajuste no podia ser formal se sobreentendia; en cierta esfera, las cosas se hacen de un modo decente. Tal acto decisivo crea aquí un deber, y allí un derecho; está en el órden. Un niño bien educado conoce el respeto que debe á sus padrinos. He ahí de qué manera se hacian los arreglos elevados; en cuanto á los demas, se ajustaban por medio de amigos discretos y con una libertad y desembarazo dignos de un siglo exento de toda precaucion.

Tres candidatos, apoyados por partidos distintos, se hallaban frente á frente. No hablo de los que se resignaban á vivir de prestado y á espigar aquí ó acullá algunos votos estraviados. De aquellos tres candidatos, el primero tenia la ventaja de ser muy á propósito para el poder. Le habia conquistado como soldado, con la punta de la espada. Desde entonces pareció que cedia bajo el peso de sus laureles. Su error

principal consistia en haberse defendido mal de importunidades perjudiciales. Se habia entregado á las medianias y á los que carecian de poder, y este vecindario es contagioso. Estando mas libre, habria triunfado mejor. Tenia en su aspecto y en sus facciones cierta apariencia brusca y seca que dependia tanto de la profesion como de la naturaleza. Sus cejas, harto pobladas, espresaban una dureza que se hallaba desmentida por su mirada. Por lo demas, bajo esta esterioridad se ocultaba un corazon leal y un carácter enérgico hasta la obstinacion. Su palabra era breve y de sentencioso laconismo; sus modales llevaban impreso el sello de la sencillez militar. El conjunto no carecia de dignidad ni de gusto. Habia en él un verdadero presidente á toda prueba.

Tres meses antes, esta eleccion no habria encontrado obstáculo alguno; aun los mismos que hoy se oponian á ella, la hubieran prestado entonces su auxilio, pero las repúblicas acostumbran á hollar todas las popularidades. En su seno, todo brillo tiene su espiacion. Ademas, el vencedor de junio, una vez investido del poder, le habia hecho inclinarse del lado de sus amigos. A costa del pais pagaba una deuda personal, y no le perdonaron esta debilidad de su inteligencia ó de su corazon. El juego era harto peligroso. Cuatro ó cinco nombres se repartian las funciones públicas. Nombres puros, quiero creerlo así, pero mucho mas ineptos que puros! El gobierno veía eclipsarse de este modo su prestigio. Lo que los pueblos necesitan ante todo, es el talento; solo este se hace obedecer. El ejercio del poder no se justifica sino por la superioridad; pero desconocieron una ley tan constante, y por lo tanto, esta estrella apenas se hubo levantado cuando comenzó ya á declinar; y en el momento de la eleccion pareció que palidecia. Ya no se podia pensar en una aclamacion unánime, sino en una competencia, y acaso desigual.

El segundo candidato era mas nuevo en la escena; no habia tiempo suficiente para gastarse en el empleo. Una lejania misteriosa le ocultaba á las miradas de todos, y cual los dioses de la opera, aguardaba una señal para bajar de su nube. Esta clase de juegos le agradaba. En último resultado, era menos un hombre que un nombre. Este era grandioso, habia llenado el mundo, pasando por todas las brisas, y haciendo resonar todos los ecos. Estaba inscrito en el Kremlin y en las Pirámides, vivia en la memoria de las generaciones. Al oirle los ancianos se inclinaban con respeto, la desgracia le habia consagrado mas aun que la gloria. Resonaba cual marcial tocata en los campos de Italia, y como

una queja lastimera en las solitarias playas del Océano. Apenas acababa de extinguirse cuando ya la leyenda se apoderaba del él y le arrojaba hácia los tiempos heróicos. He ahí lo que era el nombre.

En cuanto al hombre nada le ponia en relacion con los siglos fabulosos; su aspecto se prestaba poco á las ilusiones de la mitologia. En rigor se habria asemejado mas bien al cabo prusiano; pero estas son particularidades que conviene sepultar en lo mas recóndito de la opinion. Un presidente posible, siempre es digno de respeto. Ademas, ¿á qué conduce? El pueblo tenia en el fondo del corazon una imágen que era imposible desalojar de él. Era el ojo del águila bajo una frente abultada, y el semblante imperioso bajo el sombrero histórico, con mas las botas de montar y el anteojo. El pueblo veia al hombre al través de este prisma. Le veia con las manos detrás de la espalda, y sepultando los dedos en los bolsillos de su chupa convertidos en tabaqueras. Le veia arengando á sus valientes y tirándoles de las orejas á manera de estímulo. Era su modo de vestir y de comprender aquel nombre. ¡Quimera pertinaz! Nada de este mundo habria logrado desvanecérsela.

Sin embargo, ¡qué contraste entre el nombre y el hombre, entre este y aquel! Los ojos no lanzaban relámpagos, ni con mucho; su semblante no recordaba en manera alguna el corte de cara imperial En vano se buscaba el perfil de César y aquel labio lleno de gracia y majestad á la vez. Nada contribuía á favorecer la mágia del recuerdo. Era evidente que no habia un codigo civil en aquel cerebro, ni un Austerlitz en el estremo de aquel brazo. ¡No era aquel pié el que tan orgullosamente se asentaba sobre la Europa! ¡No era aquella voz la que resonaba hasta los confines del universo! ¡No era aquella la mirada que medía el espacio y estendia muy lejos el mando! El destino no habia impreso en aquella frente líneas gloriosas y fatales, no la habia iluminado con un reflejo de genio, ni siquiera colateral. Ninguna herencia aparente, ningun indicio de una grandeza de raza, y por único título, campañas irrisorias, hazañas cómicas. En una palabra, la nada, y acaso peor.

Sin embargo, mezclábase en todo esto cierta infatuacion; el poder del nombre era el que prevalecia. Hay ciertas clases de la sociedad en las que no penetra mas que un nombre en cada siglo, pero al que lo consigue, no es fácil extirparle; domina sin rival. Este era el fenómeno que se manifestaba: el culto de la celebridad suscitaba fanáticos. En las veladas de invierno, aquel nombre era el primero que se citaba; formaba el principal adorno de las epopeyas campestres. Poco importaba

que á uno le hubiese costado un brazo, á otro una pierna; esto mismo le hacia ser mas querido. Inspiraba el afecto en razon de los males que por él se sufrieron. Luego, se esperaban de él tantas cosas! Aquel nombre era un talisman como los que se vén en los cuentos orientales; debia hacer descubrir tesoros ocultos. Un rio de millones iba á derramarse por los campos. Cada aldea tendria su parte; toda familia de valientes se veria enriquecida súbitamente. No mas impuestos ni contribuciones, cuando menos por diez años. Las bebidas espirituosas circularian sin traba alguna, y se desestancaria el tabaco. La Francia se convertiría en un pais de Jauja. Así se combinaban para un mismo objeto el culto de los recuerdos y el espíritu de cálculo. No desagradaba á los buenos aldeanos sacar partido de sus creencias, y por lo tanto habian de marchar en masa al escrutinio. Era la legion de la ignorancia y de la credulidad. Detrás de ella se mantenia, como guia y como complemento, la legion de los ambiciosos que sabian de un modo mas exacto cuál era el talisman de que iban á apoderarse.

Quedaba el tercer candidato, el que estaba apoyado por las opiniones ardientes. Habian vacilado durante mucho tiempo en su eleccion, porque en el seno de aquella comunion política eran numerosos los cismas. Unos querian que en seguida se echase mano de las candidaturas mas significativas. Por la fé comun padecian encadenados en los calabozos algunos mártires, otros estaban reducidos á comer el pan de la emigracion. En ellos convenia reunir los sufragios populares á manera de protesta. Otros rechazaban estos medios decisivos y preferian emplear la táctica. En concepto suyo, el candidato debia escogerse fuera de los héroes del cautiverio; citaban nombres que habian dado garantías al pueblo y que se hallaban rodeados de cierto brillo. De aquí resultaba gran conflicto y choque de sistemas. Todos dijeron su palabra, aun aquellos que sepultan profundamente sus dedos en el bolsillo del vecino. Se vaciló durante mucho tiempo entre el príncipe del Alcanfor y el de la Circular: este último fué el que prevaleció.

No se podia escoger candidato mas floreciente. Poseía la ventaja de no tener programa alguno personal, lo cual dejaba entera libertad para comprenderlos y aceptarlos todos. Su opinion era un terreno neutral en donde los demas podian confundirse; su alma carecia de preocupaciones. Ningun sistema rechazaba, ni aun el de las colas dotadas de un ojo, solo que á ninguno se entregaba. Formábase de Icaria una idea bastante exacta para no desear ir á ella, pero toleraba este gusto en

los demas. Si personalmente no fumaba pipas ni las ennegrecia, se hallaba dignamente representado en este arte por sus subalternos. Así pues, tocaba siempre por algun punto á los diferentes elementos de su partido, que iban á terminar en él como los radios terminan en la circunferencia. Era su espresion y su resúmen; grandes eran sus probabilidades, glorioso su papel. Iba á subir sobre el pavés revolucionario; iba á reunir los sufragios de cuantos llevan en sus barbas cierto carácter distintivo y rompen los cristales en provecho del porvenir.

Sin embargo, preciso es confesarlo: este gran partido no era ya mas que la sombra de sí mismo. Hacia tres meses que habia sufrido una merma notable. El régimen de las corazas alteraba profundamente su buen humor de otros tiempos, ya no tenia aquel númen y aquella jactancia. No quiere decir esto que aun no hablase de aniquilarlo todo; no se pierden en un dia los malos hábitos; pero las cosas no pasaban de simples conversaciones, y repitiéndose, perdian mucha parte de su valor. Aun habia agitacion, pero en un espacio limitado, como la de la ardilla metida en una jaula giratoria. A la guerra de los adoquines sucedia la de los periódicos, y este juego era menos terrible. Por otra parte, ya no existia el gran ejército de los motines; los regimientos se habian dispersado, y solo quedaban los cuadros ó las planas mayores. Aun los clubs comenzaban á verse abandonados; ya no estaban en boga. Esto se esplica fácilmente; los personajes principales habian desaparecido, y solo quedaban los comparsas.

Esta situacion introducia profundo desaliento en el alma de los jefes. ¡Haber tenido en su poder tan bella presa y verla escaparse! ¡Haber jugado una partida tan segura y perderla! Era cosa de ahorcarse con sus propias manos. ¡Una república que contaban devorar en familia! ¡Tantas posiciones y tantos honores! Estaban inconsolables, y lo único que á su sentimiento podia igualar, era su apetito. La desesperacion les inspiró. Un esfuerzo mas, dijeron para sí, y arriesgaron su última puesta, resultando de aquí otra campaña de banquetes. Estos habian abierto la revolucion, é iban á cerrarla; debian ser su tumba como habian sido su cuna. La segunda representacion estuvo lejos de valer tanto como la primera; habia cambiado la escena, y tambien sus directores. Pasearon de puerta en puerta los mismos convidados y los mismos brindis; bebieron treinta veces *por la abolicion del asalariamiento* y otras tantas *á la tirania del capital*. Ni este ni aquel se conmovieron lo mas mínimo; solo el partido sufrió un rudo golpe. Pudo

contarse y ver á qué hombres se hallaba reducido. ¡Perspectiva dolorosa! Se sentia condenado á perecer bajo discursos ridículos y malos vinos.

Así era como se presentaba la eleccion de presidente, y como se marcaban las candidaturas. El espectáculo era nuevo y escitaba la curiosidad. Me consagré á observarle con tal interés que perdí de vista el interior de mi casa, y sin embargo, ocurrian en ella hechos significativos. Malvina acababa de conceder el retiro á su sombrero de color de granate; se habia comprado uno nuevo y de esquisito gusto. Este acto examinado bajo el punto de vista de nuesta situacion económica, no carecia de gravedad. Pero aun siguieron otros escesos mayores. Yo mismo no podia creer lo que veia: mi mujer se habia transformado por decirlo así. Le abandonaba por completo su espíritu de órden y nuestros últimos recursos disminuian con espantosa rapidez. Tan pronto era un adorno como otro; un dia, un vestido, al siguiente, un lazo de cintas. No acostumbraba yo á hacer observaciones acerca de las compras; me habian acostumbrado á esto. Sin embargo, un dia no pude contenerme:

—¡Qué maja estás! le dije. Diantre! que bonita manteleta!

—¿Cómo? replicó. Quien nada arriesga, nada obtiene.

—¡A tu gusto! repuse. No te reconvengo.

—Y aun cuando lo hicieras; ¿qué? me dijo. Tranquilízate, querido, añadió dándome en la mejilla con el estremo de su guante, se rendirán cuentas. Abrazame y vuelve la espalda.

Era evidente que se preparaba algun suceso misterioso. Mi mujer salia todas las mañanas con trajes vistosos, deslumbradores, y Simon la servia de acompañante. Llegaba cuando concluíamos de almorzar, y conducia á Malvina á parajes que yo ignoraba. Otras veces se encerraba con ella, y entonces entablaban conversaciones interminables, de de las que nada se traslucia, y solo pude ver que la señora Paturot continuaba honrando al gobierno con su confianza. Le elogiaba á cada momento y hablaba de él en muy buenos términos. Era indudable que el poder habia conquistado su favor.

Este estado de cosas se mantuvo durante algun tiempo; las salidas de Malvina eran cada vez mas frecuentes. Entre ella y Simon se cambiaban miradas que manifestaban un secreto acuerdo. No me dí por sentido, pues en este punto sus principios eran muy sólidos, y solo aguardaba. Por fin me dieron la clave del enigma. Un dia vino el molinero á comer con nosotros; se habian hecho algunos gastos estraordi-

narios en obsequio suyo. Teníamos platos escogidos y que no habian sido condimentados en nuestra cocina, postres suntuosos, y cuatro botellas de un vino de Medoc añejo que un inteligente no habria despreciado. Mi mujer se habia adornado con el fin de hacer mejor los honores de su casa. Su persona tenia un aspecto solemne que no era habitual en ella. No sabia yo qué pensar de aquella apariencia y de aquellos preparativos, cuando al sentarme á la mesa ví sobre mi servilleta un pliego cerrado. Me apresuré á abrirle y ví que era un nombramiento para mí.

Me conferian las funciones de inspector general de la civilizacion árabe en el Norte de Africa. La República me dispensaba esa honra.

CAPITULO XLIX.

EN AFRICA.

Así pues, me hallaba nombrado inspector general de la civilizacion árabe en el Norte de Africa. La conducta de Malvina recibia una esplicacion.

Hacia diez y ocho años que el Norte de Africa se habia convertido en objeto de un problema lleno de interés. Poseíamos allí una conquista de que hay motivo para envanecerse mucho, si el orgullo se mide en este mundo por los sacrificios. Como objeto de lujo se le habia dado valor; como especulacion pudiera haberse escogido un terreno mas á propósito. Por lo demas, Francia tenia grande interés en conservarle, y con razon. Las preferencias de una madre tienen siempre por objeto al hijo que mas trabajo le cuesta criar. Estas debilidades son dignas de respeto; proceden mas del sentimiento que del cálculo. Francia procedia de esta suerte respecto de su conquista; para asegurar su conservacion no ahorraba hombres ni dinero. Cualquiera otra se habria desanimado. Su trabajo se parecia al que hacen en el infierno las hijas de Danao: arrojaba millones á un abismo que los devoraba sin provecho alguno.

No consistia esto en que no se hubiesen imaginado sistemas para hacer mas llevadera la carga. Los sistemas son lo que menos escasea: los habia militares, civiles, simples, y compuestos. Con este motivo corrieron torrentes de tinta. Unos aconsejaban que se circunscribiese la ocupacion á algunas ciudades de la costa, de modo que no se hu-

biese podido coger una flor fuera de las murallas sino con el consentimiento de los naturales del pais. Otros se mostraban mas generosos; concedian cierto territorio, pero con la condicion de defenderle por medio de un foso lleno de agua, en el cual se hubiesen criado truchas por cuenta del Estado. Estos planes ingeniosos no tenian mas que un defecto, el de trocar los papeles. Consagraban la soberania del vencido, y la esclavitud del vencedor. Era el secuestro en la conquista, sistema tomado de los chinos. Esto repugnaba al buen juicio público, y resultaban otras combinaciones. Por cada plan desechado nacian otros veinte; los reveses son el aguijon del genio. Aquella tierra de Africa escitaba todo género de emociones; tuvo epopeyas, y tambien idilios. Hubo un instante en que llegó al mas bello ideal de los modernos tiempos, el del soldado labrador. A no ser por la disenteria y las calenturas, acaso esa creacion imaginaria habria pasado á las esferas del mundo real y verdadero; pero no se pudieron trasponer los límites de un reducido ensayo.

Tal era el terreno á que iba á trasladarme. Una circunstancia reciente le daba aun mas valor. Hacia algunos meses que París estaba lleno de existencias azarosas y de miserias espantosas, y era preciso remediarlo. El trabajo se reanimaba con suma lentitud y las limosnas eran insuficientes. Fijáronse, pues, en un proyecto de emigracion. Esta ofrecia la doble ventaja de abrir á los desgraciados una puerta para huir de la miseria, y de librar á la república de un elemento de desórden. No faltaba tierra para los brazos, pues el suelo de Africa los llamaba. Ningun punto era mas á propósito para las esplotaciones; reunia en sí la fertilidad y la estension. En Africa se fijó la vista; se votaron fondos y se abrieron alistamientos; entonces se presentó una multitud de personas que querian emigrar. En cada semana marchaba un convoy, y dudo que en tiempo alguno se haya presenciado un espectáculo mas lleno de emociones. Los muelles y malecones estaban cubiertos de mujeres y de niños; se despedian en medio de torrentes de lágrimas. La presencia de las autoridades daba á aquellas partidas cierta solemnidad, y el clero acudia á bendecirlas. Así la casualidad acababa de resolver el problema que durante tanto tiempo habia dado no poco que hacer á la ciencia y al arte. De todos aquellos planes de colonizacion, solo uno habia dado resultado, el de la colonizacion por la miseria. Por mas que digan los que sueñan utopias, la miseria es la gran escuela del genio humano.

Mi deber consistia en estudiar aquellas emigraciones y acompañarlas, y no dejé de hacerlo. Habia yo aceptado mi mision con orgullo y queria desempeñarla concienzudamente. En lo sucesivo, nada de lo que era referente al Norte de Africa fué estraño para mí; me proveí de obras que trataban de este asunto; deseé conocer á fondo á los naturales á quienes me hallaba encargado de civilizar. Por medio de un esfuerzo perseverante me identifiqué con ellos, penetré el misterio de sus costumbres, y viví bajo sus tiendas; me convertí en árabe ó me faltó muy poco. Aun no es esto todo; era preciso dominar aquellos ánimos indomables por medio de algun beneficio. Acometí la empresa de arrancar á la naturaleza uno de sus secretos; me habria sido grato llevar á mis administrados una gran revelacion agrícola. A falta de esto, contaba dedicarme á los procedimientos conocidos. ¿Quién sabe? Acaso bastaria lo mas mínimo, el uso de la mielga y del rastrillo. El árabe se contentaba con tan poco! Lo esencial era dominarle, fascinarle, apoderarme de su voluntad. Una vez conseguido esto, todo marchaba por sí solo: hacia yo caminar á las tribus de sorpresa en sorpresa. Ante todo las sometia al régimen de mis combinaciones. Verdad es que me faltaban siete, pero en un pais primitivo, entre un pueblo pastoral, estas lagunas carecian de importancia.

En este órden de ideas, me ocurrió una inspiracion. Una de las dificultades del dia consistia en cuatro ó cinco doctores cuyas proezas he referido ya. Habian compuesto su específico y se lamentaban á voces porque no se hacia uso de él. Reclamaban á toda costa que se les diesen enfermos que curar y se les facilitasen los medios de hacer esperimentos. Sobre esto mismo comencé á reflexionar. Indudablemente el Norte de Africa era un teatro natural para este género de operaciones. Allí se encontraban razas que apenas habian salido de manos de la naturaleza y que estaban exentas de preocupaciones. La tierra estaba allí tan vírgen como los corazones. En muchos puntos ignoraban la servidumbre y la propiedad; el ser hollaba un suelo libre. ¡Cuántas combinaciones preciosas! ¡qué feliz concurso de circunstancias! Mi mente se complacia en enumerarlas. ¿Cómo no habian visto aquellos grandes doctores que allí estaba su esfera, su elemento, su punto de apoyo? ¿Cómo habian descuidado tan bella ocasion de ponerse en evidencia? Indudablemente, por parte de ellos era un simple olvido; bastaba con indicarles la via. Volarian hácia la comarca de sus ilusiones, y París quedaria libre de ellos. Yo tambien me trasladaria al mismo punto que ellos, y proseguiríamos

á porfia nuestra obra. A la verdad, no me desagradaba ensayar mis combinaciones al lado de las suyas; nada tenian que temer de verse juntas.

Cuanto mas pensaba en ello, mas profunda se hacia esta impresion. Me parecia que aquellos pensadores volvian la espalda al destino y frustraban su porvenir: avisarles era un deber estricto, imperioso. Cedí á mi inspiracion y determiné dar algunos pasos. Tenia un título justificado para hacerlo, y en todo caso me disculpaba mi buena intencion. El primero á quien fuí á ver pasaba por ser ilustre entre las sectas que rompen los cristales de las casas en provecho del porvenir. Era su espresion mas filosófica. Por lo demas, era bien conocido. Lo que sorprendia en su persona era una carencia completa de ropa blanca. Quiero creer que lo que faltaba en su esterior se encontraria en su interior. Con él no habia que andarse en miramientos; era de buena pasta. No tenia hiel, ni siquiera esa vehemencia revolucionaria; no era capaz de matar á una mosca. Mortal perfecto si no hubiese tenido una mania. Le hablé lisa y llanamente y le traté sin cumplimiento.

—Pontífice, le dije, es V. un gran sábio, pero no tiene gran perspicacia. Salga V. un poco de su ofuscamiento y examine lo que pasa. Sus acciones bajan, y ya no tienen sino un éxito problemático. Los frances son así; les gusta reir. ¿Qué resulta de aquí? que no se hace justicia á los medios de V. Eso es triste; ¿pero qué se ha de hacer? Se ha visto en todo tiempo. En el oficio de pensador, no todo son ventajas. Licurgo perdió en él un ojo; considérese V. feliz con tener todavía completos los suyos.

—¡Bah! me dijo riendo.

—Sí, pontífice, es V. un genio á quien desconocen. Le citaba á V. á Licurgo; el dia en que este comenzó á declinar, se marchó de su patria. Haga V. lo mismo: justamente hay un pais que le tiende los brazos. Africa! un terreno enteramente nuevo. El Africa es de V.; ella y V. son muy á propósito para comprenderse. Vaya ahora mismo á buscar su pasaporte. Quiere V. que todo marche por números tres; allí hay pueblos que son idólatras de ese guarismo. Tiene mania por el azul, el oro y la púrpura: le prodigarán esos colores. En fin le gusta á V. el álamo y le celebra como una maravilla vegetal. No disputemos acerca de los gustos; Africa tiene posibilidad de satisfacer este por completo. Allí prospera el álamo; vaya V. á cultivar ese producto, y se lo agradecerán. Plante V. muchos, véalos nacer con profusion, y emplée en

ello todo el tiempo que quiera; solo que no debe V. cultivarlos con el ruido de los cohetes ni adornarlos con el gorro colorado: se ha hecho ya la prueba, y se ha visto que ese sistema en nada les aprovecha.

Mientras yo pronunciaba estas frases, el filósofo tenia su imaginacion en otra parte. Sin duda pensaba en su sistema de gobierno, y sobre todo en el cilindro y en el cono que figuraban en él á manera de instituciones fundamentales. Esta meditacion podia conducirle muy lejos, y le interrumpí bruscamente cogiéndole ambas manos.

—Vamos, pontífice, añadí, ¿le dice á V. algo el corazon? Africa nos llama; ¿está V.? ¿quiere que le ayude á hacer su maleta?

Esta palabra le arrancó á su éstasis; me dirigió una mirada llena de uncion, y exhalando un gemido profundo, exclamó:

—¿Yo abandonar á Francia? ¿á la filosófica Francia? ¿á la patria de Diderot y de Mably? ¡Nunca! ¿qué seria de ella si yo le faltase?

En vano insistí; me fué imposible arrancarle mas palabras que aquella conclusion jactanciosa. Así pues, me fué forzoso dirigirme á otra parte. En materia de jefes de sectas, se podia escoger, pues no escaseaba el género. Me presenté en casa de uno de los que esplotaban la felicidad del género humano de mil maneras, en periódicos, en libros, en almanaques, y que viendo apurados ya los recursos, la habia puesto ingeniosamente en comandita. Eran hombres de negocios, lo cual no escluía cierto modo de llevar la cabeza á guisa de semidioses. Este aire altanero no me impuso y fuí derecho á mi objeto.

—Caballero, dije á aquel miembro de la secta por acciones, tiempo es ya de sacrificarse, pues de lo contrario acusarian á V. de engañar al público. Hace ya quince años que está V. anunciando una combinacion en la que cada ciudadano habrá de consumir veinte y cinco libras diarias de alimento. De aquí toma V. pretesto para hacer mofa y escarnio de los que creen que el estómago no se ha instituido para trabajo tan violento, y presentarlos como hombres sin corazon y enemigos del pueblo. No puede hacerse cosa mejor: está V. dentro de los límites de sus estatutos, y esas ejecuciones agradan á los portadores de los cupones de V. Pero en el fondo, ¿qué prueba eso? Aunque dividiera V. al mundo en cuatro pedazos, no por eso quedaria su combinacion muy aventajada. A eso es á lo que hay que venir á parar. ¿En qué estado se halla V.? ¿En dónde están sus resultados? Cinco ensayos, cinco descalabros; tal es su cuenta clara y terminante. Es corta, pero concluyente. A eso dice V.: Hay que volver á principiar, no he acertado. Pues acier-

te V. de una vez, y que concluya eso. Mire V., caballero, voy á hacerle una proposicion: márchese V. conmigo.

—Marchar, dijo el sectario desdeñosamente, ¿y adónde?

—Al Africa, repuse. La trastornará V. por completo, si así le agrada; es una comarca que á todo se presta. A la verdad, el teatro es digno de un hombre de tanto valer como V., que tiene verdadero talento y allí podrá desplegarle. Esta vez sí que será preciso penetrar en el fondo de las cosas; acertará V., puesto que es el momento oportuno para dar alto vuelo á sus medios y recursos. ¡No ahorre V. lo mas mínimo, y adelante sin vacilar. Que se sepa lo que vale á punto fijo la combinacion de V. y lo que se debe pensar de sus veinte y cinco libras de alimento. En caso necesario, emplée V. la cola con el ojo en su estremo, y que sea memorable la sesion. Calcule V., además, que le entregan un pais nuevo y hombres que nunca han servido; trabajará allí como en cera. Ademas, tiene V. terreno á discrecion, y masas enteras de piedra para edificar. ¡Bien puede V. construir palacios! ¡levantar monumentos! Hay llanuras magníficas y valles encantadores, en donde podrá V. elegir, y si quiere creerme, ponga todo eso en cupones. La fé comienza á debilitarse. Solo las sociedades en comandita pueden salvarla.

—¡Caballero! dijo el sectario algo picado.

—No hay afrenta en eso, repuse. Lo que hace V. es por el pueblo, y ese motivo lo justifica todo. Un dia dará V. á luz la felicidad perfecta, y eso le disculpa. Razon mas para aceptar mi proposicion. ¡África le llama á V.: siga mis pasos! ¡La ocasion es única en su género: aprovéchela!

El miembro de la secta en acciones echó hácia atrás sus inspirados cabellos, y llevando la mano á su barba de plateadas hebras, esclamó:

—¡Yo! ¡yo dejar á Francia! ¡á la generosa Francia! ¡pais de contribuciones voluntarias y de entregas de fondos sociales! ¡Quite V. allá! ¡Era preciso que fuese yo muy vil y muy ingrato!

Las respuestas se sucedian y se parecian; la acogida que me dispensaban era poco variada, y me resultó de ello cierto desaliento. Me consulté á mí mismo acerca de si deberia llevar hasta el fin el esperimento. Una consideracion me decidió: de las sectas que rompian los cristales en provecho del porvenir, no habia yo visto á la que lo hacia con mas estrépito. Librar de ella á las calles hubiera sido un golpe maestro. Fuí á ver á su jefe, hombre inexorable y sarcástico, que manejaba el sofisma como una espada de combate. Pegaba con ella estocadas y mandobles

á diestro y siniestro, y por el mero placer de probar su temple. Si no hubiese encontrado á quien sacudir, se habria sacudido á sí mismo con sus propias manos. Nunca pudo verse peor carácter; no aguantaba vecinos, queria ser el único de su especie. ¡Desgraciado el que se le acercase! su ataque era rápido y cruel. La prueba picó mi curiosidad.

—¡Tiene malas pulgas! dije para mí. ¡Pues bien! probemos; tanto mayor será el mérito.

Al entablar mi conferencia con él, me mantuve en la defensiva; la precaucion era ociosa, pues no intentó devorarme. Por el contrario, me dispensó una acogida lisongera; solo era terrible con la pluma en la mano; la tinta le embriagaba. En la conversacion se mostró muy amable, y si tenia uñas, en vez de sacarlas las escondió. No era el mismo hombre ni el mismo carácter. Le hice mis proposiciones.

—Ciudadano, le dije, voy á hablarle sin rodeos, porque es V. muy á propósito para comprenderme. No tiene V. el genio igual, ni con mucho. ¿Y por qué? Porque le falta á V. algo. El fenómeno no es nuevo; los malos genios tienen por causa las posiciones falsas. ¿Cuál es el mejor remedio para eso? cambiar de aires. No hay otro: pregúntelo V. á los médicos; hay climas para todos los temperamentos. El de V. padece aquí, se agría. Véngase conmigo; el África le curará, yo respondo de ello.

—¿El África? me dijo el sofista sorprendido.

—Sí, ciudadano, el África. Allí el aire es perfecto, y para tenerle mas puro, se internará V. en las montañas. Tenemos el pequeño Atlas, que abunda en sitios deliciosos. Allí beberá V. leche de camella, y hará una vida cuya descripcion puede ir conociendo con solo leer la Biblia. Tendrá V. entera libertad para herborizar, clavar insectos en cartones, recoger minerales, y vagar por los desiertos como hombre apasionado por la naturaleza. Tal es la base del tratamiento á que habrá V. de someterse. Por lo demás, conozco que es prudente manejar la transicion: es preciso que el cambio no sea demasiado brusco. V. es de por sí algo brutal, dispénseme la palabra. Pues bien, allí tiene V. indígenas con los cuales podrá desahogar su genio, y será un modo de entretener el tiempo. Ademas, los árabes son astutos, y con ellos podrá V. argumentar. En cuanto al galimatias, pertenecen á la mejor época del arte. No perderá V. su trabajo.

—¿De veras? dijo el sofista.

—Ademas, ciudadano, aquí hay objetos que repugnan á la consti-

tucion de V. La propiedad, por ejemplo, le ataca á los nervios; no puede V. sufrir ese espectáculo sin padecer, y sin que altere su economía. En África se verá V. libre de ese fastidio, pues el Atlas cuenta pocos propietarios, y muy cerca de allí está el Sahara, en donde el sistema de V. predomina en toda su pureza. Estará V. en su elemento, en su dominio. Aquel espectáculo es muy á propósito para tranquilizar su corazon, y le librará de sus ideas negras. Se cerciorará V. de que no todo el globo está consagrado á esa infame propiedad, y de que la naturaleza, cuando cede, se reserva siempre algo. Descubrirá V. el Gran Desierto, ciudadano, y ese descubrimiento es digno de su talento. Luego, á imitacion de él, hará V. otros. ¿Qué le parece? hay en eso toda una idea.

—En efecto, dijo el sofista.

—Aun no es esto todo, repuse, asestándole el último golpe. Lleva V. en su seno el porvenir de la humanidad, y no quieren conocerlo; está V. espiando la culpa de adelantarse á su siglo. Así, por ejemplo, ha instituido V. un banco de cambios: ¿quién se suscribe á él? algunos inocentes cuando mas. Es la suerte de todas las cosas de genio: el francés es rutinero por naturaleza. Entre los beduinos encontrará V. mas satisfacciones. Esa raza tiene mejor carácter, y se aficionará al sistema de V.; la tradicion se presta á ello, y tampoco repugna á las costumbres. A un pueblo de pastores debe gustarle el cambio; ha esperimentado ya sus beneficios. Algunas veces le acontece trocar un buey por un camello, y un cerdo por dos carneros. Este fenómeno no ha dejado de tener ejemplos en aquellas soledades. Hé ahí pues el cambio salvado, y en cuanto al banco, saldrá V. de ello como hombre que conoce el negocio. Vamos, ¿se decide V.? Es bastante fuerte la tentacion.

—¡Eh! ¡eh! replicó el sofista.

—¡Una palabra mas! añadí, y tómela V. muy en cuenta. ¡No es V. el único mortal de porvenir á quien se quiere empaquetar con destino al África! Se piensa tambien en varios colegas de V. en la industria de los mundos trastornados. Nunca ha sido V. clemente para con ellos; tolere V., pues, que se adopten algunas precauciones en favor suyo. Es asunto de utilidad pública. Cada uno de VV. tendrá un establecimiento aparte, sin comunicacion alguna posible, pues de lo contrario se devorarian sin compasion. Se buscarian los sistemas de VV., y ya no se encontrarian mas que las colas. Nada de eso. Tantos cartones

como mundos trastornados, y una corona de encina al que logre mejor éxito. Ya lo vé V., la combinacion es completa. ¿Le conviene á V., si ó no?

—Pero ciudadano, es V. apremiante, dijo el sofista á quien mi insistencia ponia en duro aprieto.

—¿Si ó no? repetí viendo que iba á echar mano de algun refran familiar.

—¿Abandonar yo á Francia? esclamó, cediendo á un impulso postrero. ¡La antigua Francia! ¡pais de los capitalistas y de los propietarios! ¡Qué vayan otros! ¿Quién habia de encargarse de destruirlos? Me quedo.

Era esta la tercera negativa que me daban, y en términos casi idénticos. Otro habria abandonado la partida: yo hice un esfuerzo supremo. Me faltaba ver al veterano de la agitacion popular. Este paso nada tenia de escesivo, pues se referia á un comercio que le era habitual. Tenia una empresa de emigraciones; muchos colonos se inscribian en su casa, y él los remitia, francos de porte, á un pais fabuloso. Era muy natural que le hiciese yo proposiciones acerca de su pequeña industria. La cuestion era en estremo sencilla; sus clientes no tenian motivos para felicitarse del sitio á que les destinaban, pues allí padecian con las mordeduras de los maringuinos, cuando no eran desollados por los salvajes. Yo iba á proponer al empresario un territorio en que no habia salvajes ni maringuinos; el ofrecimiento era generoso. Solo le imponia una condicion, y era la de que él tambien habia de emigrar. Para decidirle á emprender el viaje, le hice del Norte de África una descripcion que no habria censurado un naturalista; le cité las clases de cultivo que alcanzarian mejor éxito y me estendí prolijamente acerca de las ventajas personales que allí le aguardaban. El asunto me inspiraba y me mostré elocuente. Mi hombre era un cazurro de la peor especie: me habria sido grato verle desocupar el sitio, pero se mantuvo firme, suponiendo que su ausencia dejaria un vacio harto grande en el pais y seria objeto de un luto público. Ninguna instancia ni porfia pudo sacarle de aquí.

Así pues, caminaba yo de revés en revés. En vano habia llegado hasta el estremo de prodigar la adulacion: solo recogí desengaños. Todos aquellos jefes de partido se creian necesarios para la marcha de las cosas; no se hubieran podido romper cristales sin ellos. Preferian continuar su industria en el mismo sitio mas bien que esponerse á las

eventualidades de las operaciones lejanas. Mis planes abortaban. ¿Habré de confesarlo? este resultado dejaba un vacío en mi mente, y no podia pensar en él sin hastío. Buscaba yo víctimas á toda costa; queria enriquecer al Africa con algunos huéspedes escogidos. Acometí á Simon y le mostré en perspectiva una série de molinos que podrian establecerse en las crestas del Sahel. Me contestó que tenia bastante con el suyo, y que pertenecia á la Asamblea. Como recurso desesperado caí sobre Oscar y le estreché lo mejor que pude.

—Ven con nosotros, le dije; tú que adoras los paisajes, los verás allí maravillosos. Es la naturaleza en todo su aspecto grandioso. Brillas en la pintura de las rocas; en ninguna parte tienen un carácter tan marcado. ¿Y los leones? nuestros artistas van á buscarlos allí. Aquellos animales se dejan copiar del natural gratuitamente. ¡Qué hermosos dibujos vas á traer! ¡Qué hermosa coleccion de vistas de África! Vienes, ¿no es verdad?

Oscar, mientras yo le apremiaba de esta suerte, habia tomado una actitud desdeñosa y majestuosa á la vez, en la que se podia comprender el convencimiento de destinos superiores. Sus lábios espresaban ironia; y su barba, peinada con esmero, tenia el brillo de sus mejores dias.

—¡Yo! dijo con perfecto desembarazo, ¿que salga de Francia? ¿en este momento? ¿cuando se está jugando la partida en provecho mio? Vaya una proposicion singular! Jerónimo, una palabra, una sola palabra. Hace treinta y siete años largos que corro en pos de la fortuna; hasta aquí ha tenido los pies mas ligeros que yo. Por fin la he cogido; nada puede arrebatármela. Dispondré de ella, y ¡cómo voy á tomar mi revancha! Figúrate, treinta y siete años de miseria! Ademas hijo mio, voy á confiarte un secreto. Estamos abocados á grandes cosas. Ayer mismo encargué mi uniforme de chambelan. Una casaca de corte con bordados de plata en el cuello y adornos del mejor gusto. Estaré magnífico con ella. Se ha dado el santo y seña; volvemos á ponernos de grande uniforme, como en los buenos tiempos. Habrá un archicanciller y botas de montar. Ademas, ¿habré de decirlo todo? vuelvo á ser pintor de Cámara de S. M.

—¿De veras? esclamé. ¿Fuera de broma?

—Tan cierto como hay un sol que nos alumbra. Cuento ya con una promesa augusta.

—Tanto me dirás....

Me quedé solo, ya no podia contar mas que conmigo mismo. Para

borrar de mi memoria esta série de decepciones, me ocupé de mis preparativos de viaje. Yo pertenecia al África: esta llenó por entero mi imaginacion y ocupó la última semana de mi residencia en París. Pareciame glorioso coadyuvar á su prosperidad y levantar con mis manos el edificio de su grandeza, por lo cual ningun pormenor consideré indigno de mí. Me procuré una coleccion de semillas y compré instrumentos de labranza. Malvina, por su parte, añadia algunos patrones del mejor gusto y una coleccion completa del periódico de modas. Eran otros tantos elementos de civilizacion.

Dejo la pluma. Ya no encontraria placer alguno en continuar este relato. Mi mano está cansada, y triste mi corazon. Despues de tan prolongada noche, quisiera haber podido descansar mi vista en alguna luz naciente. Los acontecimientos no lo han permitido: aun son borrascosos los síntomas. Hay estremecimientos en el aire, y nubes en el cielo. Una duda mortal hiela el alma. Nunca ha estado el pais mas dividido, mas vacilante. No se sabe dónde colocar la repugnancia ni el afecto. Dos nombres estan frente á frente: ¿cuál de ellos resultará elegido? Su posicion es idéntica á la de los personajes de una fábula muy conocida: uno de ellos ha sacado la república del fuego, falta saber quién se la comerá. Este es el problema.

Yo estaré ya lejos cuando se resuelva: las gargantas del Atlas me ofrecerán otros. Ningun paraje es mas á propósito para la meditacion. En la soledad es donde Dios ha puesto las alegrías completas y las sociedades sin defectos. Un presentimiento me dice que allí será donde encuentre las siete combinaciones que faltan en la mia. Si lo consigo, participaré este descubrimiento al universo entero.

24 de noviembre de 1848.

FIN.

INDICE.

	Páginas.
Advertencia	5
Prólogo	7
Capítulo I. — *Los dos comisarios*	9
Cap. II. — *Cómo embellece el miedo los objetos*	23
Cap. III. — *Una tempestad en un vaso de agua*	29
Cap. IV. — *Las virtudes republicanas*	40
Cap. V. — *El anverso y el reverso de la medalla*	52
Cap. VI. — *Jugar con fuego*	64
Cap. VII. — *El enfermo y los médicos*	72
Cap. VIII. — *Los empíricos*	79
Cap. IX. — *Las colas prometidas á la humanidad*	93
Cap. X. — *La desorganizacion del trabajo*	102
Cap. XI. — *El taller nacional*	115
Cap. XII. — *Los clubs de vinagre y de alcanfor*	134
Cap. XIII. — *La casa de la villa*	146
Cap. XIV. — *El candidato de Malvina*	156
Cap. XV. — *Los vértigos en el aire*	166
Cap. XVI. — *El arte republicano*	176
Cap. XVII. — *El escrutinio de listas*	186
Cap. XVIII. — *Los grandes dias*	200
Cap. XIX — *La asamblea*	220
Cap. XX. — *Los secretos de bastidores*	234
Cap. XXI. — *Ministros en aprendizaje*	244
Cap. XXII. — *Los preparativos de un reinado*	257
Cap. XXIII. — *La constitucion de Alfredo*	270
Cap. XXIV. — *Una sesion sustanciosa*	279
Cap. XXV. — *Malvina en el club de las mujeres*	289
Cap. XXVI. — *Las víctimas de los acontecimientos*	299
Cap. XXVII. — *Una representacion popular*	308
Cap. XXVIII. — *Las manos ocultas*	320
Cap. XXIX. — *Los instrumentos*	328
Cap. XXX. — *La violencia*	338

MCD 2022-L5

Cap. XXXI.—*Narracion de Malvina*. 352
Cap. XXXII.—*Aventuras de Oscar*. 367
Cap. XXXIII.—*Los infortunios de una ninfa egeria*. 381
Cap. XXXIV.—*La fiesta al aire libre*. 394
Cap. XXXV.—*Dolores de un representante*. 410
Cap. XXXVI.—*Los derechos de ciudadano*. 426
Cap. XXXVII.—*El regreso del águila*. 441
Cap. XXXVIII.—*Mis combinaciones*. 452
Cap. XXXIX.—*Los tribunos pintorescos*. 464
Cap. XL.—*Política de la bolsa*. 476
Cap. XLI.—*Las aves de rapiña*. 490
Cap. XLII.—*El volcan*. 501
Cap. XLIII.—*La erupcion*. 515
Cap. XLIV.—*Hospital de sangre*. 529
Cap. XLV.—*La confesion*. 542
Cap. XLVI.—*El dia siguiente*. 551
Cap. XLVII.—*La grande obra*. 563
Cap. XLVIII.—*La presidencia*. 574
Cap. XLIX.—*En África*. 584

PLANTILLA

PARA LA COLOCACION DE LAS LAMINAS.

Páginas.

Nuestro comisario no estaba de humor de devorar á las gentes. 21
Era mi ministro. 48
Los hay cuyo cerebro está siempre en movimiento. 79
Era reproducir un triunfo de los reyes de larga cabellera. . . . 110
El candidato de Malvina. 163
Este profesa la política sustanciosa. 174
En su concepto, la propiedad era una infamia. 323
En lo sucesivo tendrá la propiedad una sancion. 459
La Asamblea tenia un presidente afeminado. 572

MCD 2022-L5